LOS CRÍMENES DEL MAR DE MADRID

UN CASO PARA LA INVESTIGADORA JULIA VERBEKE

MANUEL DELPRIETO

LOS CRÍMENES DEL MAR DE MADRID

UN CASO PARA LA INVESTIGADORA JULIA VERBEKE

MANUEL DELPRIETO

Título: Los crímenes del mar de Madrid.
© 2022. Manuel DelPrieto.
Primera edición: mayo de 2022.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Todas las ciudades y hechos, al igual que los personajes que aparecen en este libro, son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

A mis dos amores, Daniela y Brilli.

A ti, lector incondicional que has llegado hasta mi novela.

A ti, lectora empedernida que sabes que leer es tu pasión.

A mis seguidores que hacen posible que siga escribiendo.

A mis lectores cero, Chema J. y Marta Oibirot, por aguantarme.

A todos los vecinos de Buitrago del Lozoya y la mancomunidad de El Atazar.

A todos los investigadores de crímenes de España.

A mis padres Pili y Manuel.

A mis hermanos, hermana, suegros, sobrina, cuñad@ y amigos.

A Antonio Quesada, allá donde estés.

Y, por último, a los raperos: Ambkor, Nach, Locus, Shotta y Tote King.

Índice

Prólogo

PARTE I

El piragüista

Las heridas del pasado

El tatuaje

Púas, espinas y pétalos

El piso de Julia Verbeke

El Edificio de Cristal

Limando asperezas

El forense

Lo que esconde una bonita casa

La soga al cuello

Una tarjeta bastante sospechosa

Al candor de la leña

Y al despertar, ya mi vida sabrá…

Las tarjetas de la discordia

El comandante Ruiz

Buitrago de Lozoya

El brigada Tocino

Recuerdos turbios

Desaparecida

Empieza el operativo

De nuevo, Buitrago

El Berrueco

La casucha de los Pinteño

Un hallazgo inesperado

Nada ocurre al azar

Ropa en la presa

El contenido de la cinta

Gambito de dama

Líneas de investigación

Los clientes del pub

Unos testigos muy peculiares

Contraste de información

Valeria Tundidor

La pizarra en blanco

Descartando indicios

El hombre de San Ginés

Más púas que pétalos

La verdad siempre duele

El gimnasio

Interrogatorio a Damián Tocino

La vivienda de Rambo

La autopsia de Clara Tundidor

PARTE II

Siete años antes del crimen

de Diego Pinteño

Seis años antes del crimen

de Diego Pinteño

Situación actual

Sobre Juan Fenoy alias Rambo

Cinco años antes del crimen

de Diego Pinteño

Andrés Rufián,

el tatuador motero

Cuatro años antes del crimen

de Diego Pinteño

Conjeturas de tinta

Dos años antes del crimen

de Diego Pinteño

Entre delirios y recuerdos

El inefable Rogelio Cortés

Un cadáver mediático

En el silencio del bosque

Tres días más tarde

El nuevo enfoque

A pan duro, diente agudo

Ahogando las penas en más penas

A perro flaco, todo son pulgas

La mariposa Isabelina

La sangre fría de Verbeke

A uña de caballo

Asalto a Getafe

15 horas antes del asalto a Getafe

El sentido de los tatuajes

¿Cómplices?

La identidad del cadáver

Personalidad múltiple

Strong!

Los submarinistas del Lozoya

Cadena de favores

Hasta la última gota de tinta

El último rastro

La casa del dolor

Siempre hay una segunda oportunidad

EPÍLOGO

La instigadora y el precio DE LA FAMA

Ahora, hablemos tú y yo.

Prólogo

Raúl Gallo estaba aturdido, desorientado y por qué no, aterrorizado. Sus capacidades mermaban considerablemente y consciente de la trampa en la que había caído, intentó huir de la casa. Todos los sonidos los oía distorsionados, mientras que en los tobillos sentía un hormigueo constante. Miró en derredor, pestañeando sin parar como si con estos guiños pudiera deshacerse de su visión brumosa. Sin pensar demasiado, y temiendo que de un momento a otro sus piernas se paralizaran, corrió hacia la primera puerta que divisó, convencido de que allí estaba la salida. Dejando caer todo el peso sobre su hombro, embistió la hoja de madera y ésta, cedió sin más; para su desdicha, no cayó de bruces contra los yerbajos del bosque, sino que sus manos palparon de nuevo, un suelo enlosado con baldosas barro. No tardó en darse cuenta que aún seguía bajo el techo de aquella vieja casa, donde le aguardaba un cruento final.

—¿Qué me has inyectado? ¿Por qué me haces esto? Tú… tú me conoces —sollozó Raúl llevándose la mano al cuello—. Todo esto no tiene sentido, ¡joder!

—Lo tiene —respondió con contundencia la persona que lo había capturado. Luego paseó la hoja de un cuchillo carnicero muy afilado sobre su pecho—. Para llevar a cabo el trabajo adecuadamente, te necesito dócil y obediente.

—¿Quién eres realmente? —se angustió—. No creo que ni siquiera te llames…

—Lamento defraudarte —lo cortó antes de que la nombrase—. Yo no elegí llamarme así. Nunca me pondría un nombre tan vulgar —aclaró—. Pero ya que hay confianza entre tú y yo, puedes llamarme «A»; es mi nombre artístico.

Raúl se arremolinó con intención de levantarse del suelo, sus intentos eran en vano. «A», sin padecer por el sufrimiento de aquel hombre, se apoyó en el borde de una mesa y fue afilando el cuchillo con total parsimonia, mientras aguardaba el declive de su presa. El sonido que producía la hoja patinando sobre la chaira, originó en Raúl un escalofrío galopante. Su boca comenzó a secarse de repente. Su cerebro percibió cómo las constantes vitales se desvanecían, y liberó a través de las glándulas suprarrenales adrenalina al torrente sanguíneo. Su metabolismo se activó brindándole un último envite por salvar su vida. El hombre accedió a esa oportunidad y se puso en pie. Trotó con torpeza hacia la siguiente puerta. La falta de coordinación en sus movimientos, provocó un traspié en su huida. Su cabeza ahora parecía

llena de serrín, sus hombros de plomo, sus piernas de goma EVA. Raúl Gallo, cayó a plomo contra el suelo, como un títere al que de repente le cortan las cuerdas. Primero se escuchó un golpe en seco y tosco; al que le siguió otro más irrisorio, al hacerse añicos su tabique nasal: «¡Crac!¡Cric!». En ese mismo momento, Raúl supo que no iba a salir de esta. El sedante inyectado en la carótida, tomaba cada vez más presencia en su organismo, negándole de reflejos y clarividencia. «A», dejó de afilar el cuchillo y comenzó a zarandear su cuerpo.

Al treintañero, de profesión socorrista, solo le vestían las uñas, las pestañas, el vello púbico y su larga melena; estaba completamente desnudo. «A», comenzó a increparlo, a insultarle por su falta de inteligencia, a humillarlo por haber caído en su trampa. Con sumo esfuerzo, Raúl Gallo balanceó sus ochenta kilos de masa corporal hacia un lateral, hasta ponerse bocarriba. Tomó una bocanada de aire, pero lo único que consiguió fue atorarse con la sangre que brotaba de su nariz. En ese mismo instante, la puerta de salida se abrió. La voz de grave de un hombre, despertó los sentidos del joven. Situación que lo esperanzó.

—¡Socorro! ¡Socorro! —masculló con desespero.

—Pensé que ya le habías arrancado el tatuaje —le recriminó el recién llegado.

—Te estaba esperando… ¿Tan lejos has ido a tirar la ropa? Me estaba empezando a preocupar —le regañó mostrando desconfianza—. Por cierto, hemos pasado un detalle por alto. Este chico sabe nadar, es socorrista.

—Pues rebánale el cuello y acabemos con todo esto de una puta vez.

Raúl Gallo, perdió su esperanza al instante. Y lo peor, es que no podía sobreponerse a sus captores, ya que su cuerpo no regía ni respondía a sus órdenes. Tenía que oír todo el plan sobre su muerte asumiendo que ese iba a ser su destino.

—Tiene que parecer un accidente… un suicidio. Como hicimos con Diego Pinteño. Así, nadie sospechará.

—¿Y en qué estás pensando, «A»?

—En fondearlo en el río —dijo como si aquello fuese todo un ingenio—. Ahora, sal al huerto. Busca algo que pese para lastrarlo en el lecho mediante una soga.

El tipo salió fuera. Raúl, tuvo un segundo de reflexión ante la agonía que se le venía encima. «Mi vida no puede terminar aquí. Tengo planes. Familia. Igual aparece la Guardia Civil y me rescatan». Empeñado en no acabar ahogado, desplazó sus talones desnudos sobre las losas de barro cocido, realizando torpes gestos que no le permitían avanzar ni un solo centímetro. Un temblor repentino se apoderó de la encía de Raúl, y comenzó a emitir un repetitivo castañeo por

mediación de sus dientes. Luego, se trasladó al resto de su cuerpo anunciando el inminente fallo respiratorio. De pronto, notó un peso sobre su vientre. El despreciable ser que lo había engañado bajo la promesa de repasarle su tatuaje a coste cero, se sentó sobre la boca del estómago de Raúl. Y entonces, le reveló su plan.

—¿Cómo has sido tan estúpido de pensar que la gente trabaja gratis? Tatuar es un don… es arte y eso, hay que pagarlo. Yo te lo voy a cobrar con creces —le confesó agarrando el cuchillo de cocina con fuerza—. Los niñatos como tú no entienden el significado de los tatuajes, solo pensáis en la moda. No mereces poseerlo. Un tatú, solo tiene sentido, si expresa una emoción. Tiene que contar un episodio de tu vida… decir a la gente quién eres y en qué crees. Solo así, merecen ser dignos de ser mostrados —clavó la hoja en el brazo del joven y siluetó el borde del dibujo—. Y tu diseño, lo sentí como una parte de mi pasado que debía contarle al mundo. Y así, será.

Una vez extrajo el pedazo de piel, lo colocó en un plato de cerámica mellado por los filos, y abrió la puerta de salida. Raúl no tenía voz para quejarse. Empleando todas sus fuerzas, «A», arrastró el cuerpo desnudo del joven hasta fuera de la casa. Allí, su cómplice le explicó que había tomado la polea artesanal del pozo que había en el huerto —una soga despeluchada y una llanta de hierro—. Entre los dos, tomaron a Raúl Gallo de pies y manos, y lo metieron a pulso en la zona de carga de la furgoneta. «A», cerró el maletero y arrancó tomando un oscuro sendero. En veinticuatro minutos, llegaron al barranco donde se proponía deshacerse del cadáver. Ambos, se ajustaron los guantes de látex con sumo cuidado. Luego ataron la soga a la llanta, y a su vez, al tobillo de Raúl. Con más fuerza que maña, lo bajaron con brusquedad. Lo arrastraron hasta un filo compuesto de rocas planas, que sobresalían como un balcón al vacío; lo pusieron muy al borde, tanto que su cabeza estaba suspendida en el aire. Allí, los sapos croaban de espanto, y los búhos ululaban bajo el raso de la noche. La corriente del río Lozoya silbaba como si quisiera mandarlos a callar. En ese momento, Raúl tomó un poco de lucidez, y entre balbuceos pidió clemencia en su apuesta por ablandar la oscura conciencia de sus verdugos.

—No lo hagas… Te lo suplico… Tú me conoces… —le agarró el brazo a «A» en un gesto desesperado. Su boca exhalaba vaho—. Te conozco…. y no eres así.

—¡Tirémoslo ya! —respondió alentando a su compinche—. Se le están pasando los efectos del sedante.

Lo siguiente que se oyó, fue un fuerte chapoteo. Raúl ya estaba bajo la superficie del agua luchando por mantenerse a flote. Los criminales se alegraron por su hito. La sensación de haberlo conseguido, les produjo una recompensa emocional difícil de explicar.

Antes de subirse de nuevo al vehículo, «A» contempló el oscuro bosque que les rodeaba, y se emocionó con la expectación que le causaban sus futuros planes.

—Estoy deseando contarle a mi psiquiatra la obra que estoy llevando a cabo. Ella me dio una segunda oportunidad para demostrar a la sociedad que tengo un propósito. ¡Y eso estoy haciendo! Tengo trabajo y pareja, pero no es suficiente. Necesito sentirme importante. Hacer algo grande. Éste, es el inicio de una obra que el mundo conocerá… ¡Ahora arranca el coche! Vayamos a celebrarlo. Ya en estos días le haré una visita sorpresa a mi loquera. ¡Estoy deseando ver la cara de estúpida que se le quedará, cuando la secuestre y vea en qué ando trabajando!

Ni se lo imagina…

PARTE I
SEGUNDAS OPORTUNIDADES

«Si alguna vez tienes una segunda oportunidad en la vida para algo, tienes que llegar hasta el final», Lance Armstrong.

«Hay pocas cosas tan poderosas como la alegría de alguien que tuvo una segunda oportunidad y encontró su propósito», Kim Reynolds.

«Si hay una mínima posibilidad de conseguir algo que te haga feliz, arriesga. La vida es demasiado corta y la felicidad demasiado rara», A. R. Lucas.

«Una segunda oportunidad no significa nada si no aprendiste de la primera», Anurag Prakash Ray

1
El piragüista

Inmediaciones del río Lozoya, Sierra de Madrid.
Madrugada, lunes 24 de mayo de 2022.

El piragüista no tenía ni la más remota idea del hallazgo que le deparaba aquella mañana de mayo. Se había levantado a las seis menos veinte, antes de que sonará el despertador. Su mujer Isabel, ni siquiera le dedicó un hasta luego o un ten cuidado, tan solo se estiró en la cama ocupando la porción del colchón que ahora estaba libre. Román la miró con desdén, sabía que no iba a verla más. Seguidamente, puso una cápsula en la cafetera. Mientras tanto, batió dos huevos en un plato hondo. Los echó en la sartén y en cuestión de minutos, obtuvo una rica tortilla francesa. Se tomó un par de pastillas relajantes con el café y engulló el desayuno saboreando cada mordisco como si fuera el último. Se cepilló los dientes frente al espejo y le lanzó una mirada desafiante mientras escupía la espuma de la pasta mentolada. Cogió una mochila pequeña con cremallera, y metió una bebida isotónica y una bolsita con cierre hermético repleta de estupefacientes. A la postre, se embutió el neopreno, tomó el remo de dos palas y montó un kayak amarillo sobre la vaca de su coche. Román, no era uno de esos atletas que se batían cada día contra sus propios límites demostrándose que era capaz de superarse a sí mismo; Román solo buscaba el silencio de los acantilados, la soledad y por qué no, el monólogo interno. Pensaba que no había nada más interesante que dialogar con el yo interior. «Duerme Isabel, duerme plácidamente. Pronto te levantarás con la conciencia sucia. Zorra infiel… ¡Qué te mantenga mi compañero de trabajo al que te follas a escondidas!», la maldijo mientras sumergía la embarcación en el río. En una fracción de segundos, Román desapareció entre la niebla. Hacía frío, era temprano, pero había paz. Ese era el encanto de surcar aquel enorme cauce flanqueado por rocas y vegetación agreste.

Aquel deporte, era un ritual espiritual que solo él comprendía, y que por supuesto, no estaba dispuesto a compartir con nadie más. Era lo único que en esta vida lo hacía feliz: un cóctel de sensaciones, que empezaba con el chasquido del remo penetrando en el agua, que continuaba con la sensación de flotar corriente abajo y que acababa con la recompensa de inspirar el oxígeno que nadie más respiraba. El piragüista disponía de dos horas para suicidarse. Pasado ese tiempo, no tardaría en llegar el bullicio de los pescadores, y los niños con sus

familias rompiendo la calma de aquel embalse enorme al que la gente acostumbraba a llamar como «el mar de Madrid». El agua cristalina sobre el que flotaba, era muy reconocida en el mundo antiguo de la medicina por su pureza y, solo había que mirar hacía el lecho del embalse, para atestiguar esa fama. De vez en cuando, Román sumergía sus manos en el agua, sintiendo la caricia de la corriente en sus muñecas. También se distraía mientras observaba pasar alguna solitaria trucha arcoíris o peces autóctonos formando mosaicos errantes que cambiaban de dirección en una danza submarina. La niebla poco a poco se esfumaba y devolvía al enclave todos sus matices, colores y texturas. Román lo sabía y contempló en todo su esplendor las murallas de rocas que enfrascaban el embalse de Pinilla. Desde su kayak amarillo fabricado en polietileno, contempló en lo más alto un pedrusco plano que parecía un balcón tallado en piedra. De su base sobresalían raíces de algún árbol cercano, quizás buscando el agua que debía estar a no menos de quince metros de altura. Al bajar la mirada, contempló a un nuevo banco de peces, que estaba próximo a su ubicación. Allí, el agua se mostraba más agitada que de costumbre. «Al menos los peces se comerán mi carne. No hay lugar mejor que este para morir. Mi santuario. ¡Qué te den Isabel! Busca a otro hombre al que fastidiarle la vida», pensó mientras sacaba de su ridícula mochila, la bolsita repleta de pastillas y el isotónico que diluiría la mezcla de sustancias en su estómago. Román estaba dispuesto a poner fin a su calvario. Sabía que no había vuelta atrás. Decidido, equilibró el remo de dos palas sobre su embarcación. Estiró el brazo, abrió la palma y cuando se dispuso a volcar todos los psicotrópicos sobre ella, vio algo en el fondo cristalino: una mano que se agitaba buscando asirse al kayak. El piragüista se sobrecogió, y la bolsa hermética repleta de pastillas, se vació en el interior de la embarcación. Román comenzó a temblar; pues bajo la superficie había alguien que luchaba por salir a flote. En un acto reflejo, estiró su brazo en busca de aquellos dedos que apuntaban al cielo, pero no alcanzó siquiera a tocarlos, la ilusión óptica provocó que pareciese que estaba mucho más cerca de él. El que estaba bajo el agua consiguió asomar la cabeza. Respiró un ápice de oxígeno y exhausto, se hundió de nuevo como la plomada de una caña de pescar. Román conoció al chico. «¡Coño! Si es Raúl Gallo». Angustiado, salió del hueco del kayak y sin pensárselo dos veces se zambulló de cabeza con el fin de socorrerlo. Pataleó sin descanso, buceando hacia el lecho con los brazos estirados. Cuando llegó hasta sus dedos, notó en la cara un enjambre de burbujas que escapaban de la garganta del que se ahogaba, enturbiándole la visión submarina. Una vez se disipó del torrente de pompas, miró fijamente el rostro del Raúl y se sobrecogió al ver como el tabique de su nariz estaba completamente torcido

afeando su piel blancuzca como si fuese un monstruo de aquellas profundidades. El espanto provocó en el piragüista el efecto contrario, y en vez de querer ayudarlo, pensó en huir. El que estaba hundido realizó un último gesto y sujetó el tobillo de Román trayéndolo hasta el fondo. Entonces, se dio cuenta de que no estaba listo para morir. De una patada consiguió librarse de las manos que lo retenían. Sumido en el pánico al que le condujo la situación, Román solo pensó en alejarse de allí. A base de torpes movimientos, se metió en el hueco del kayak, retomó el remo y batió sus brazos con todas sus fuerzas sin mirar atrás. Cuando llegó a la orilla, encendió el móvil y telefoneó a la Guardia Civil. Sentado sobre el capo de su Dacia Duster, aguardó pensativo a las fuerzas del orden. Desde allí, alzó la mirada al cauce de plata que serpenteaba entre las rocas repletas de musgo, e intentó dar sentido a lo que le había ocurrido. «El destino. ¡Qué hijo de puta! Un ahogado me ha salvado del suicidio. ¡Qué paradoja! Igual no soy yo el que tengo que morir ¡Claro! La zorra de mi mujer es la que merece el castigo. La mataré. Sí. Entiendo que esto es una señal divina», teorizó y concluyó dibujando una maléfica sonrisa en su rostro.

2
Las heridas del pasado

Martes, 25 de mayo de 2022.
Un día más tarde del hallazgo del cadáver de Raúl Gallo.

Julia Verbeke se bajó del coche, pulsó el botón y la plataforma del parking robotizado, engulló el Mini hacía las entrañas de Madrid. Recogió el ticket, anduvo por un pasillo oscuro y llamó al ascensor. Mientras lo esperaba, pensó que podía haber venido al centro de la ciudad andando, le hacía falta engrasar sus piernas y, sobre todo, rebajar muslos. Pero hoy era uno de esos días en los que caminaba cabizbaja, con los hombros enjutos y los pies de plomo. Tenía varias preocupaciones: la desaparición de su padre, la reciente ruptura con su novio, la mala relación con su jefe; que, por cierto, llevaba llamándola desde hacía rato. Pero ella, no tenía ganas de escuchar un nuevo sermón del teniente coronel. Estaba en ese punto de la vida, por el que todos pasamos y en el que nos preguntamos, cual es nuestro sitio en este mundo.

Abajo, las puertas del elevador se abrieron y de él, salió un padre sujetando a su hija de la mano en un gesto tierno. Julia, le dedicó una sonrisa a la niña de dos coletas, como si pudiera transmitirle telepáticamente la suerte que tenía de compartir tiempo junto a su papá. «No lo desaproveches, algún día no estará», le transmitió. Seguidamente, tuvo que meter la mano por delante del sensor para detener las hojas correderas que se cerraban frente a su rostro bobalicón. Y en ese gesto, se sintió ridícula.

Miró atrás.

Por suerte nadie la había visto.

Una vez dentro, el espejo le escupió un reflejo poco favorecedor —dos ojeras violáceas bajos unos ojos azules y una cola tensa algo torcida, que recogía sus cabellos rubios con ayuda de un coletero negro—, todo fruto de las siete horas de conducción desde Cádiz y, de la mala noche que había pasado sin pegar ojo en un hotelucho de mala muerte, a las puertas del Parque Natural de Despeñaperros. Un estridente timbre, resonó dentro de la caja metálica y salió de su ensoñación. Sin perder de vista el espejo, bizqueó su silueta de chica con curvas, y desabotonó su cárdigan negro dejando al descubierto una camiseta rosa de escote cuadrado. Y es que, Julia Verbeke siempre llevaba cárdigan fuera la época del año que fuera —de algodón en invierno y de seda en verano—, ya que le combinaba con todo,

dándole un toque de elegancia y cubriendo los kilos de más que le interesaba disimular. La puerta corredera se abrió en dos y el trasiego de los transeúntes llegó a sus oídos como si se tratara del zumbido de un avispero. Luego, quedó cegada por el tenue sol de mayo. En cuestión de segundos, sus ojos se adaptaron a la claridad de la mañana y frente a ella se dibujó la genuina Plaza del Callao, enrocada con sus numerosos y altos edificios. De frente, tenía el cine de estilo neobarroco con aquella moderna pantalla gigante donde se reproducía un anuncio a toda voz*: «¿Te gusta la aventura? Disfruta de la naturaleza y de las aguas del 'Mar de Madrid'; un enclave turístico en plena sierra de Guadarrama donde podrás practicar senderismo, snorkel en sus cristalinos embalses, rutas en mountain bikes, actividades acuáticas para toda la familia, caravaning, alojamiento rural. ¡Haz tu reserva ahora!»*. También, le dieron la bienvenida dos gigantes de ladrillos más: uno relleno de novelas en el que lucía el letrero Fnac y otro de catorce pisos, el cine del Palacio de la Prensa, lleno de palomitas y proyectores.

—¡Ains! De nuevo, Madrid —suspiró con notas de melancolía mirando en rededor.

Julia Verbeke, estaba de nuevo en la tierra que la vio nacer hace ya 37 años. Ya no era esa niña de carácter brusco y mirada angelical que siempre se andaba metiendo en líos con los niñatos de su barrio, Vallecas, ahora había asentado la cabeza y trabajaba en la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, donde investigaba los casos más complejos y peligrosos que acontecían al territorio español. Al menos, dos veces al año, salía de la Capital hacía el punto donde se desarrollaba el delito a perseguir. Y no importaba lo corta que fuera su estancia en otras comunidades. Cada vez que volvía; Madrid había cambiado. Era una ciudad en constante movimiento, dando un paso en vanguardia, pero sin perder su esencia más clásica. Eso le hacía tomar conciencia de que el mundo giraba a la velocidad de la luz. Le obligaba a recapacitar sobre la fugacidad del tiempo y le recordaba que la arena que caía del reloj, nunca volvía. Al móvil, le llegó un mensaje de texto, era un recordatorio de su cita con el tatuador y una ristra de recomendaciones a tener en cuenta. Además de su característico mal humor, Julia estaba algo nerviosa. «Va a ser mi primer tatuaje», pensó repasando la lista de consejos. De estas recomendaciones, desestimó la que proponía tomar un analgésico si su umbral del dolor era bajo. Se negó rotundamente, agitó incluso la cabeza al volverlo a leer como si fuese un placer masoquista al que se negaba a renunciar. Ya que precisamente el dolor, era una de las cosas que más le atraía a Julia. Le ayudaba a recordar situaciones del pasado cuando hacía memoria «los traumas siempre aparecen rellenando mis recuerdos como si fuese lo único que se ancla en mis vivencias», se dijo suspendiendo la pantalla del móvil. Sin embargo,

hubo una sugerencia que no desestimó y que estaba dispuesta a tomarse al pie de la letra: la parte que ponía en que era recomendable venir bien comida. Había quedado con el tatuador a las once y, eran las diez y diez de la mañana. «Todavía tengo tiempo de tomarme unos churritos», se convenció acelerando su paso en dirección a la emblemática chocolatería de San Ginés.

Anduvo siete minutos por la concurrida calle Preciados, mirando al suelo, como si fuese Gretel siguiendo miguitas de pan —no tenía ganas de encontrarse con ningún conocido, —, pero incluso con los ojos cerrados, sería capaz de llegar con solo usar su nariz respingona; ya que padecía un trastorno llamado hiperosmia que agudizaba su olfato exponencialmente. A punto de doblar una esquina hacia el establecimiento donde servían desayunos, se topó con un yonki y éste, le lanzó un improperio. El sujeto llevaba una gabardina vieja y el pelo desmarañado. Su rostro no era muy distinto de los que Julia veía en las mesas de autopsias, solo que este hablaba y se tambaleaba sobre sobre unos mocasines que no eran de su número.

—Perdona —masculló Julia apartándose a un lado.

El drogodependiente corrigió su equilibrio, como si fuese un cervatillo recién nacido y una vez firme, comenzó a rascarse brazos y piernas, como si tuviese pulgas.

—¡Hay que mirar al frente! —se quejó y luego extendiendo una mano enguantada en lana negra que dejaba cinco dedos expuestos al aire libre—. ¿Me das un euro para comer algo?

Julia miró sus dientes desgastados, sus mejillas hundidas y ese picor que no parecía tener saciedad a pesar del ahínco con el que se rascaba. Dedujo que tenía el mono. No era la primera vez que había visto a su hermano con ese comportamiento cuando le faltaba su dosis de droga y arrugó la nariz mostrando su negativa.

—No pago vicios de nadie —atajó y giró la calle como si aquel individuo no existiese.

—¡Gorda! ¡Mal follada! —gritó el toxicómano provocando el cuchicheo de los que paseaban por su vera.

En el ámbito de las adicciones, Julia Verbeke no fumaba ni bebía asiduamente. Tampoco tenía un hobby divertido, como los que anunciaba la pantalla luminosa del cine El Callao, cuando salió del parking. Pero, sí había algo, que la tenía totalmente enganchada: el chocolate y sus derivados. Era como un potente combustible que, según ella, le ayudaba a relajar su ansiedad y por consecuencia despejar su mente para pensar mejor los casos que tenía que resolver. Cabizbaja, dobló por una calle peatonal donde había un puesto al aire libre con libros de ediciones antiguas y otros clásicos como el Principito o Los miserables. La chocolatería de San Ginés, se ubicaba al resguardo de un antiguo pasaje de piedra —ya en tiempos de la

segunda república, se ganó el nombre de “la escondida”—. A pesar de los años, mantenía su esencia señera: su letrero beige, el toldo verde y los dos faroles que emergían de la pared. El peculiar olor a aceite de girasol caliente, mezclado con el aroma a café recién tostado, creó en ella una sensación de melancolía irrefrenable, que le obligó a reprimir sus pensamientos con el fin de no inmiscuirse en su niñez. Sabía de sobra, que los olores son en ocasiones, potentes máquinas del tiempo que nos trasladaban con mucho atine, a episodios concretos de nuestra infancia.

Pensando en la cita con el tatuador, entró en el establecimiento que databa de 1894. La churrería tenía sótano y mantenía un porte elegante con mesas castizas de mármol blanco. El mostrador estaba revestido de azulejos con una barra de madera que la encumbraba. Sus paredes estaban vestidas por cuadros de personajes famosos que habían pasado por allí; incluso rezaba una placa donde afirmaba que D. Ramón María del Valle-Inclán se inspiró allí, para su obra «Luces de Bohemia». Julia pensó que ella merecía una foto, por lo asidua que era al local desde muy pequeña.

La vitrina dónde lucían los pasteles, estaba ocupada por dos ancianas que no paraban de preguntar cuál era el relleno de los dulces, acaparando a un chico guapo con buen porte. Julia le lanzó una mirada al morenazo de ojos verdes y supo que tenía que ser un aspirante a actor o modelo, que se ganaba unas pelas para pagar el hospedaje a expensas de que algún día un casting, le brindase la oportunidad de debutar en su ansiado sueño. A esas horas, no había niños de puntilla apoyando sus manitas sobre la vitrina con los ojos bien abiertos, solo jubiladas y extranjeros. El apuesto camarero se desentendió de las dos ancianas —que tras esgrimir cada ingrediente y valorar sus posibles alergias, finalmente se decantaron por una ración de buñuelos y un copazo de anís—, y fue en busca de Julia desde el otro lado del mostrador.

—¡Buenos días! ¿Qué le ponemos?

Julia lo miró de reojo y fingió no haberlo visto. Acelerando su paso, caminó más al fondo. Y se dirigió a una mujer regordeta, rolliza y con un rodete alto. Ésta, se entusiasmó al verla.

—¡¿Qué tal Julia?! —despegó de su vientre el mandil de rayas que le quedaba un poco ajustado, mientas esbozaba una sonrisa amistosa —. ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre, Pepa —respondió dibujando la segunda sonrisa de la mañana—. Estaré en la planta de abajo.

Julia se sintió dichosa de que estuviese Pepa. Era la única que entendía su gula; de haberle atendido el chico de ojos verdes, hubiese pedido un café solo con sacarina. Tras recorrer unos metros, bajó al sótano por las escaleras de mármol. Arriba dejó las ininteligibles

voces, los desagradables sorbos de los ancianos y las cucharillas tintineando en los platos tras agitar los grumos del Cola Cao. En el sótano, escrutó la mesa más retirada de las escaleras y tomó asiento poniéndose de cara a los azulejos. Se puso cómoda. Tenía la manía de escurrir los pies dentro de sus botas altas, sin llegar a asomar los talones por la caña. Era su momento de relax. Mientras esperaba a Pepa, se puso a elegir el tatuaje que quería plasmar en su muñeca. Tomó el móvil y entró en la web del estudio. Un millar de dibujos aparecieron frente a sus ojos y eso le creó más confusión. «Tribales, *new school*, minimalistas, *black & grey*, japonés, realista… todos me gustan. Debería haberme decidido. No me puedo arrepentir una vez hecho». El espeso olor del chocolate a la taza, penetró en su nariz y luego oyó unos pasos que se acercaban.

—Con permiso —se dirigió el joven camarero a Julia colocando una taza de chocolate, dos sobres de azúcar y una ración de churros y otra de porras.

—Gracias —respondió sonrojada, apartando el servilletero de metal a un extremo de la mesa.

Tras descargar la bomba calórica delante de las fauces de Julia, el aspirante a modelo sacó de su bolsillo trasero una libreta y revisó la comanda en busca de más bebidas. No le cuadraba tanta comida para un triste chocolate. Tras unos segundos retrasando el festín de su clienta, declaró frunciendo el ceño.

—Falta algo, ¿no?

—Faltan todos —masculló contemplando con melancolía las tres sillas vacías.

—Ya decía yo —expresó el chico que no brillaba por su suspicacia —. ¿Quiere que le retire alguna ración hasta que lleguen sus acompañantes?

—Déjalo estar. Gracias —desestimó su cortesía—. De momento, no necesito nada más.

El joven de mirada verde, puso la bandeja en vertical bajo su axila y caminó con elegancia hacia las escaleras. Julia se giró para contemplar su trasero y tras alegrarse la vista, se dispuso a comer. Abrió los dos azucarillos y glaseó los churros. Así los comía de siempre. Y reservó las porras para más tarde. El primer bocado, provocó un crujido repleto de sabor, que, como un carrusel de fotos con música, le trajo muchos recuerdos. Las sillas de su alrededor, se ocuparon por su madre Luisa, su inquieto hermano Gabriel y su padre, Nicolás. Y su mente, la llevó justo a sus diez años, en el día en que su padre celebraba su ascenso a brigada y posterior destino a Andalucía. Los cuatro sonreían, felices, disfrutando del momento, hablando de la casa cuartel que le deparaba en Jerez de la Frontera y de las espectaculares playas de Cádiz entre churro y porra. Y sintió de nuevo,

esa sensación de estar protegida, a pesar de que iba a dejar atrás a todo lo que conocía: el colegio, su barrio, las amistades… Y entendió, que fue capaz de adaptarse, porque su vida tenía planes, un rumbo concreto y la seguridad que le otorgaba, mantenerse en el núcleo familiar como una más. Sus ojos se anegaron y dos tímidas lágrimas cayeron sobre la pantalla de su IPhone. Cuando fue a secarlo con una endeble servilleta, la pantalla se desbloqueó y vio el diseño perfecto para su tatuaje: la rosa de los vientos. «Es perfecto», se dijo a sí misma. De nuevo, unos pasos resonaron por las escaleras. Esta vez, se oía el repiqueteo de unos tacones. Julia se enjugó las lágrimas con la manga de su cárdigan y apuró un sorbo espeso que tintó sus dientes de marrón. Luego detuvo la taza a medio camino entre la mesa y sus labios, al oír una voz que la nombraba. Y se giró para ver de quien se trataba.

—No quería irme sin verte —dijo Pepa, que había bajado a saludarla en la intimidad de aquella sala—. ¿Qué tal te ha ido en estos cinco meses por Andalucía?

A Julia se le transmutó la cara de tristona a sorprendida. Y dio un sorbo pequeñito antes de responder.

—¿Cómo sabes dónde he estado? —se preguntó girándose hacia Pepa, que debía tener unos cincuenta años—. No recuerdo habértelo contado.

La camarera, que llevaba allí al menos veinte primaveras prestando su amabilidad, servicio y cuchicheos; radiografió la mesa y contempló como aquella clienta asidua de cabellos lacios y rubios, había devorado todo el desayuno. Tan solo quedaba una docena de servilletas manchadas en aceite, granitos amontonados de azúcar por todas partes y una triste porra de las tres que componían la ración. Ni rastro de los churros.

—En las cafeterías se sabe todo —dijo Pepa, restando importancia a su metedura de pata. Pero todo disimulo era poco; Julia sabía que la vida ajena, era uno de los alicientes que ayudaba a levantarse a aquella madre soltera cada mañana—. Por cierto, ¿algún nuevo hallazgo para la humanidad? La vida de arqueóloga tiene que ser dura, con una brocha desempolvando un fósil de millones de años en mitad de un cerro dejado de la mano de Dios.

—El hallazgo lo he desempolvado aquí —bromeó—. ¿Y ese camarero de ojos verdes? ¿Lleva mucho aquí?

—¡Orellana! ¡Mmm! Ese morenazo lo elegí yo, en mi particular casting —guiñó un ojo y esbozó una sonrisa pícara—. ¡Hay que alegrarse la vista en el trabajo de vez en cuando!

Julia sonrió. El aporte terapéutico del chocolate y aquella conversación banal, le subió el ánimo.

—¡Anda! Tú sí que sabes —dijo con sorna dejando un rictus en su

boca que perduró más de lo habitual—. Por cierto, ¿quién te ha contado mi paradero? ¿Mi madre ha estado por aquí?

—No —negó con la cabeza y dejó un ojo entreabierto mientras hacía memoria—. Era ese hombre alto, calvo, con barba abundante, los brazos fuertes como Popeye…

—¿Iván Roca? —le interrumpió extrañada calzándose las botas bajo la mesa.

—¡Ese! Iván. No me salía el nombre —exclamó al sacudir el nombre que tenía en la punta de su lengua.

—¿Qué extraño verlo solo por aquí? Él no es de chocolates, ni churros, es más refinado… Y con la dieta del gimnasio, no creo que se acerque a un desayuno hipercalórico.

—Es de té verde —afirmó Pepa cortando a Julia—. Se llevó el mes anterior, viniendo un día sí y otro no. Pero no todos los días consumía, hacía una especie de ronda en el sótano y hacía como que iba al baño… Pero luego se marchaba solo… ¡Igual te buscaba a ti!

—No creo —comprobó Julia el móvil desbloqueando la pantalla, pensando en la remota posibilidad, de qué al secar sus lágrimas hubiese telefoneado al susodicho—. Él y yo, hace ya unos meses que nos disgustamos… Habría quedado con otra persona.

—Pues viene sobre esta hora, más o menos —le aseguró señalando en su reloj digital Casio—. Es tu momento de salir de dudas.

Julia sintió como su corazón se embraveció. De modo infantil, tomó el móvil haciendo un teatrillo, como si estuviese enviando un mensaje de voz a una amiga. Engulló la porra que le quedaba sobre el plato y le pagó a Pepa.

—Tengo prisa ¡Quédate con el cambio!

Julia se apresuró a salir cuanto antes de allí, subió las escaleras de dos en dos y le hizo un gesto de despedida al apuesto camarero antes de abandonar la chocolatería. A ojos de algunos, parecía que estaba haciendo un simpa, pero no se trataba de eso, tan solo temía encontrarse con su expareja en aquella ratonera, después de cinco meses sin dirigirse la palabra.

3
El tatuaje

Julia Verbeke se mezcló con la diversidad racial. La gente, caminaban como robots automatizados por la Gran Vía. Cada viandante que pasaba por su vera, dejaba un rastro que no escapaba a su trastorno olfativo, creando un coctel aromático que daba muchos matices a su paseo mientras se dirigía al estudio de tatuajes. Cada paso, dejaba una sucesión de olores: café, cruasanes, tubos de escape, colonia barata, ropa planchada...

Allí, una muestra significativa de la población mundial, se citaba en las inmediaciones de sus calles comerciales. Chinos, latinos, africanos, ingleses, filipinos, árabes, hindúes, turcos, gitanos, ucranianos. Todos componían una amalgama racial y variopinta en la artería más importante de Madrid. Julia se sorprendió por las obras acometidas en aquellos meses. Habían ampliado la acera, colocado bancos de granito, fuentes de agua y habían plantado numerosos perales, que lucían en sus copas flores blancas recordando a los transeúntes, de que era primavera. Sin lugar a dudas, aquella avenida de kilómetro y medio, resultaba más acogedora que de costumbre. En cinco minutos y más tarde de lo previsto, Julia se plantó frente al escaparate opaco donde se podía leer en un vinilo negro: «Ink's Pain Academy». Aquel negocio era una franquicia importada desde Holanda; y a pesar de llevar unos años en Barcelona y Valencia, ya tenía presencia en muchas zonas de Madrid, así como en sus pueblos. Julia no lo había elegido por ser un local novedoso, sino porque tenían página con catálogo de tatús en internet para indecisas como ella y un precio bastante atractivo respecto a lo que costaba un trabajo de esta índole. Sin esperar más, llamó al interfono. Un chico de veinticinco años, con las patillas unidas a la barba y unas gafas de pasta azul, le dio la bienvenida sin abrir la boca. Se limitó a agitar la cabeza en un gesto cortés y se giró. Dentro del estudio, olía a jabón de manos y lejía desinfectante. Había música relajante de ambiente, psicodélica cuanto menos, sobre todo al mezclarse con el zumbido de la máquina de tatuar descargando sus nueve agujas sobre la espalda de una chica que emitía pequeños rugidos —eso puso más nerviosa a Julia—. El mobiliario lo componían camillas de cuero negro, sillas similares a las de extracción de sangre y muchos taburetes pequeños para los artistas.

El chico que la recibió, agachó la mirada el teclado de un

ordenador, en busca de la reserva. Apenas tenía veinte años. Tras un biombo de papel semitransparente, se oía la corriente de un grifo. Allí, una silueta robusta se frotaba las manos bajo el chorro. Julia se acodó en el mostrador y apuró su espera sin perder de vista a la mole que secaba a sus manos realizando bruscos movimientos. Se trataba de un tipo obeso y con un pantalón de cuero del que partían cadenas en dirección a los bolsillos. Su aspecto era el de un auténtico motero de Harley-Davidson. Tenía dos entradas profundas que alargaban su frente y con una coleta larga encapsulada en cuatro burbujas de pelo, gracias a unos abalorios plateados. Vestía una camiseta de tirantas con carabelas y rosas negras. Su cuerpo era un álbum de dibujos de colores, cuyos tatuajes trepaban por sus brazos y ascendían por su cuello, como si fuesen llamas prendiendo los vellos de su pecho. Además de la colección corpórea del aquel tipo con cara de enfado y bigote tipo "morsa", sobre la pared había láminas enmarcadas que mostraban los distintos estilos de tatuajes que eran capaces de inmortalizar: minimalistas, polinesios, celtas, japoneses, acuarela, *old school* y así una quincena de ellos. Cada uno tenía un letrero debajo en dorado que facilitaba reconocer los gustos de quien venía a dejar un rastro de tinta perenne en su piel.

Julia pagó por adelantado los cincuenta euros, le mostró en el móvil el dibujo que quería que le practicasen y escogió el color negro para la tinta. Luego firmó un documento de consentimiento y otro en el que se eximían de cualquier perjuicio de salud médico. Eso le dio mal rollo. Además, aquel joven parecía en prácticas.

—¿Quién me va a tatuar? —preguntó mientras revisaba la letra pequeña del documento.

—Yo —dijo el chico en un tono serio—. ¿Quién si no?

Julia silenció un instante. Buscando la calma para no soltar un improperio. Pero la que era espontanea de nacimiento, poco podía hacer por cuidar sus pensamientos.

—Eso no te lo crees ni tú —se quejó frunciendo el ceño y señaló a la mole—. Quiero que lo haga él.

El chico jamás pensó que aquella mujer de pelo rubio y mirada anhelosa, fuese capaz de poner esa cara de cabrona con la que le intimidó. El aprendiz cerró los puños y caminó hasta la pila invocando maldades. Allí, el motero de metro ochenta recolocaba con sumo cuidado la toalla en un aro de metal. En voz baja, el maestro recibió la petición de la clienta, con cierto retintín por parte de su alumno. Julia escuchó la conversación y distinguió la jerga castiza típica de su barrio: palabras como "piba, tronco, venga, palo" y le confirió al motero, un toque más macarra.

—Hola, soy Andrés, pero todos me conocen como Andy. Soy el dueño del estudio. ¿Qué problema tiene? ¿Le ha tratado mal el chico?

Julia lo miró a los ojos, sin achantarse por su colosal envergadura. Estaba acostumbrada a lidiar con mafiosos, psicópatas y homicidas en serie. Y aquel le pareció un oso de peluche vestido de cuero.

—No. Pero es mi primer tatuaje y no me da confianza ese pipiolo —aseguró Julia sin bajar el tono de voz; ella era así de despechada—. Parece novato.

—Lo es —asumió Andrés crujiendo sus dedos consecutivamente como si fuesen una llave de carraca—. Esto es una academia de tatuajes y los cincuenta euros, son precisamente, porque el trabajo lo va a realizar un alumno en formación. ¡Aquí no queremos engañar a nadie!

—¿Cuánto tiempo lleva usted tatuando?

—Veinticinco años llevo ya, metido de lleno en esta movida de los tatús —espetó Andrés orgulloso—. Creando escuela.

—Pues usted es mi hombre. Pagaré la diferencia —se convenció Julia hurgando en su bolso—. Si no es posible, me iré a otro estudio. ¡En Madrid los hay a patadas!

El dueño del negocio la contempló de arriba abajo, como si fuese un albañil en un andamio. Tras meditar en milésimas de segundo, le lanzó una respuesta sin cambiar su rostro de tipo duro.

—Me ha dicho que es su primer tatuaje, ¿no? —Julia asintió—. Pues quiero que no sea el último. Yo le haré el trabajo, le cobraré el mismo precio, pero a cambio de una condición —hizo un silencio esperando una reacción en su futura clienta; ella elevó una ceja rubia y arrugó los labios—. Tiene que responder a tres preguntas.

—Hecho —confirmó.

Andy, le mostró el diseño para que no hubiera error. Lo imprimó y tomó unos rotuladores de tinta esterilizada. Luego escrutó el diseño de la rosa de los vientos y exclamó satisfecho por la elección.

—¡Me enrolla *cantidá*! ¡Acompáñame! —le dijo Andy haciéndola pasar a un box separado por paneles de aluminio que daban intimidad entre cliente y cliente. Luego, corrió la cortina y encendió un foco led —. ¿Dónde quieres el dibujo?

—En el antebrazo derecho, cerca de la palma de la mano —indicó remangándose el cárdigan y mostrando nudos de venas verdes bajo su piel blancuzca.

—¿Trae manga corta? ¿Podría quitarse la rebeca? —sugirió Andy.

Julia se molestó por unos instantes. Pensó que aquel tipo solo tenía curiosidad por ver la forma de su trasero, ya que no paraba de fijar sus ojos en el escote de su talla noventa y cinco, copa B. Pero cedió y colgó su prenda en el perchero. No podía negar, que se sentía algo violenta, encerrada con aquel tipo que hacia pequeño el habitáculo con sus dimensiones, creando una especie de claustrofobia que ahogaba su respirar.

—¿Contento?

Andy miró sus generosas caderas y el pliegue que producían en los pantalones vaqueros, las llamadas cartucheras y, por un instante, imaginó a Julia en la parte trasera de su motocicleta negra, con los cabellos rubios flameando al aire por la velocidad y sus piernas encorvadas sobre los reposapiés embutidos en cuero. Pero, aquella clienta de pelo rubio, mirada celestial y buen busto, le parecía una mujer que poco tenía que ver con las peñas moteras, las jarras de cerveza y las degustaciones de paellas en bares de mala de muerte.

—*¡Dabuten!* Ahora tengo el área de trabajo mucho más despejado —agarró con fuerza los dedos de Julia y estiró su brazo para ponerlo en el lugar adecuado—. ¿Ha pensado en el tamaño? ¿El color? Tenemos incluso tinta perfumada.

—Es mi primera vez… ¿qué me recomienda el experto?

—Esto no es un corte de cabello que luego crece y se enmienda la mala elección. Un tatuaje es algo muy personal —dijo con voz atropellada—. El libro de los gustos está en blanco.

—Usted tiene una Harley, ¿verdad? —le soltó Julia de sopetón cambiando de tema, fruto de los nervios—. Y por la jerga diría que es de Móstoles o Parla, ¿me equivoco?

Andy agitó su bigote de morsa en un gesto repetitivo, como si estuviese sorprendido de que fuese tan evidente que fuese motero y de la zona.

—¡Flipa! ¿Cómo lo sabe? Soy de Móstoles —alucinó sin mover ni un solo músculo facial.

—Por el ‘cheli’ que usa como muletilla. Eso canta sus orígenes por fino que quiera hablar. Yo también viví allí unos años —sonrió Julia pues aquel macarra hablaba como sus amigos de barrio en los años noventa y eso la llevó a sus orígenes humildes—. Ahora volvamos al tatuaje, Andy. Hágame una sugerencia, estoy muy nerviosa. Imagine que yo voy de paquete y usted lleva el manillar de esa Chopper, ¿A dónde me llevaría para sorprenderme?

El macarra se centró fijando los ojos en la nada. Sin gesticular otra cara distinta a la de enfadado, le sugirió convencido.

—Si yo fuese usted, elegiría un diseño fino, sin subdivisiones para no recargar su antebrazo. Una estrella de aristas alargadas, sobre la esfera del horizonte y bajo esta una flor abierta con bonitos pétalos —en ese momento, Andy manoseó la muñeca trémula con sus dedos gruesos y velludos que parecían orugas de huerta y trazó dos equis con su rotulador—. Los hay de cuatro, ocho o dieciséis rumbos, pero su muñeca es estrecha, por lo que le recomiendo la de los ocho vientos, para que quede elegante en su antebrazo.

—No hay más que hablar, solo un detalle, ponme el Norte en color rojo, digamos que es el eje de todo el diseño —soltó aire y se

repantingó mostrando su disposición—. Aquí tiene mi piel al servicio de su arte.

El motero tomó unos guantes de látex negros y los embutió en sus gruesas falanges con la misma maestría que su ginecólogo de confianza. Pero antes de que la silueta de su mano se volviese tenebrosa, la ávida mirada de Julia, percibió un rastro del pasado en el tatuador —uno que pasaría desapercibido como algo insignificante para el común de los mortales, pero no para una investigadora de élite —: ese tipo, tenía tres puntos abultados y verdosos en el torso de la mano, cerca del pliegue entre el pulgar y el índice, al que había añadido aristas para que pareciesen estrellas de una constelación inexistente. Esos puntos los había visto en multitud de ocasiones, en los delincuentes que habían pasado una larga estancia en el talego. Por lo que dedujo que el macarra, había cumplido tres años entre rejas. «¿Por qué no había anulado esa marca delatora y carcelera? Quizá, para no volver a caer en su error del pasado», dedujo Julia elaborando su propia hipótesis.

—La noto algo nerviosa —dedujo Andy mirando como el antebrazo que tenía que dibujar, se agitaba como el rabo de una lagartija—. Y necesito que no se mueva mientras inyecto la tinta. ¡Intentaré que no se coma el coco! Le haré las tres preguntas que me prometió contestar con franqueza —Julia sacó los morros y agitó la cabeza asintiendo un par de veces—. ¿Por qué ha decidido tatuarse? ¿Por satisfacer una apuesta? ¿Por estética?

—Por tener la experiencia —contestó en voz alta.

Luego terminó la frase mentalmente: «de saber si el dolor físico puede hacer olvidar al que grita desde el alma».

—La verdad es que estoy cansado de tatuar a *chonis* y niñatos que infravaloran este arte como si fuese un mero complemento decorativo. Esto no es una moda pasajera; la civilización egipcia ya se tatuaba hace cinco mil años, ¡hay momias que lo corroboran! Y por eso no tatúo a cualquiera, parece que no merecen mi tiempo ni mi talento —hizo un silencio creyéndose interesante—. La *basca* de hoy en día, solo copia lo que hacen los demás, sin pensar que un dibujo corporal permanente, es arte, reivindicación, personalidad… Lo difícil es plasmar una idea en un diseño y que transmita ese mensaje.

—Sí. Las jodidas modas. Ahora se lleva estar *fit* y pasar más hambre que un caracol en un cristal, para lucir tipazo en Instagram —dijo algo más relajada—. No soy de tendencias, evidentemente. Y para ti, ¿qué significa un tatuaje?

El hombre dejó ver una mueca bajo el bigote espeso y ancho, pareció un rictus, pero solo fue una ilusión óptica fruto de las sombras y las luces de la maltrecha estancia.

—Nunca me lo habían preguntado, pero tengo respuesta para ello

—rectificó su postura encorvada sobre el taburete y le trasladó su visión del mundo de la aguja y la tinta—. Para mí, es arte vivo. La máquina de tatuar es un pincel y la piel de mis clientes, un lienzo que camina. Y una vez tatuados, ya no son solo personas, son obras de arte únicas, sin fronteras, que viajan por el mundo y cuentan una emoción o sentimiento mediante un lenguaje universal, como puede ser un símbolo o un dibujo. Y esa es mi satisfacción, que el trabajo que ha salido de mi mano, será expuesto a una cantidad ingente de personas que se deleitaran con la técnica empleada por un artista a kilómetros de allí. ¡Una pena no poder firmar mis obras con mi nombre! —hizo un inciso tras su reflexión casi filosofal y Julia puso cara de aburrida —. Y lo que más rabia me da, es que como mucho, duren cien años…, luego, los gusanos se comen la carne y la tinta, sin distinción, sin apreciar el significado que alberga la composición que acompañó al cadáver en vida.

—Es usted un fanático del arte corporal.

Andrés no gesticuló; dio paso a otra pregunta.

—Ahora le haré la segunda, ¿qué significa para usted esa brújula marinera?

—Todos alguna vez, nos sentimos perdidos en la vida. Muchas veces es el pasado, lo vivido, lo que pudimos hacer y nunca hicimos… Esta es mi manera de encauzar los días complicados, como el de hoy, en los que me dan ganas de mandar todo y a todos a la mierda —Andrés echó la cabeza para atrás varios centímetros como si fuese a recibir un cabezazo de aquella mujer que le contaba su malestar—. Digamos que es un recordatorio, para hacerme entrar en razón, de que tengo que enderezar mi rumbo, cuando las aguas se vuelven turbulentas.

El tatuador hizo un mohín. La miró a los ojos durante unos segundos y continuó.

—Todos tenemos un pasado turbio. Secretos. Yo hui durante unos años a Gran Bretaña, Holanda, Dinamarca… allí aprendí este oficio —relató empatizando con Julia y saltándose la casilla de la prisión de Carabanchel, donde le vino la afición por este arte corporal—. Los tatuajes, a lo largo de los años, siempre han guardado un significado para los mayas: era una manera de rendir tributo a sus dioses; para los vikingos: era mera superstición como amuletos; para los maoríes: marcaba su estatus social…

Julia realizó un bostezó que interrumpió a Andy y lo silenció de sopetón; como si le hubiese dado un tapabocas.

—No tengo todo el día, vamos con la tercera en discordia, por favor.

—¿Cuánto tiempo lleva madurando la idea del diseño en su antebrazo?

Julia miró su reloj color cobre con esfera cuadrada y calculó el tiempo.

—Unos cuarenta minutos, si me apura.

—¡¿Me está vacilando?! —le sostuvo la mirada—. Esto no es una boda en la Vegas. Es un compromiso hasta el final de sus días. Y la veo algo insegura. Le haré un *stencil stuff* —ella puso cara de póquer—. Se trata de una plantilla que transferiré a su muñeca usando un gel. Y simulará el diseño en su piel —le explicó mientras trazaba el dibujo en el aquel papel semitransparente. Luego, recortó el contorno de estrellado de la rosa de los vientos, untó sobre la zona una loción y masajeó con firmeza usando sus rudos dedos—. Pasee, vaya de compras, deje su brazo al descubierto y contémplelo hasta estar segura de que es lo que quiere. Vuelva en media hora y deme una respuesta. Y si se nota nerviosa, pensando en el dolor, no se tomé Ibuprofeno, aspirina, ni tampoco se tome un pelotazo, eso aumentaría el sangrado y retrasaría la cicatrización —le plasmó el *stencil* sobre película de gel y luego retiró el papel; el diseño apareció como por arte de magia en su muñeca, aunque sin sombras y a bajo detalle.

Julia se puso el cárdigan, remangó la zona del tatuaje y revisó su móvil. Tenía dos llamadas perdidas del teniente coronel Rafael Miranda. Y tal cual las vio, bloqueó la pantalla de nuevo. No tenía ganas de hablar con su jefe. Decidida a hacer tiempo, fue en busca de su hermano Gabriel.

4
Púas, espinas y pétalos

Julia se arremangó y desabotonó su cárdigan al comprobar que no hacía fresco. Miró el dibujo hecho a rotulador de su antebrazo y le gustó. Luego, contempló a los transeúntes a ver si alguno le dedicaba una mirada a su tatú. Y, notó que atraía miradas. Eso le gustó. Estaba soltera y aquello podía ser un aliciente para gustar más. Sin desviarse mucho de su propósito, cruzó la carretera por un paso de peatones. Frente a ella, estaba el mismo yonki con el que tropezó por la mañana. Ahora se mantenía más erguido, no le picaban las piernas y se había mojado el pelo de manera que su peinado rozaba lo decente. «Ya ha conseguido su dosis. Otro muerto viviente esclavo de la heroína», pensó sin poder evitar recordar episodios turbulentos con su hermano. Sin prestarle mucha atención al piropo que le lanzó, Julia vio a lo lejos la floristería y se puso nerviosa. No podía luchar contra ese sentimiento: era una descastada. El hecho de la desaparición de su padre, no la unió más al resto de su familia, sino que por el contrario la alejó. Y su hermano no ayudaba a reforzar vínculos, debido a sus constantes devenires con la delincuencia. Gabriel, su mellizo, vivía un ciclo repleto de adicciones que empezaban los 28 de junios con la celebración del orgullo gay y acababan en enero, cuando conseguía desintoxicarse. Pero, últimamente, llevaba una racha bastante buena. Incluso la asociación de drogodependientes le movilizó el papeleo para que obtuviera una bonificación en la cuota de autónomo y un microcrédito para emprender su propio negocio. Ahora regentaba lo único que le gustaba hacer, cuidar de plantas y jardines. Legado de las innumerables horas con la que sirvió realizando trabajos a la comunidad como jardinero, con el fin de conmutar las multas que no podía pagar.

Julia llegó a su destino y se detuvo al notar bajó sus pies el crujir de unos cristalitos. El escaparate estaba hecho trizas. Tenía un agujero enorme por donde tuvieron que acceder los cacos a la tienda. En el mueble expositor, había varias flores pisadas, tiestos rotos y un lienzo de novios, que había sido destrozado. Emitió un suspiro al ver a aquella pareja tan acaramelada que posaban con traje y vestido. Y pensó en sus planes de futuro, no consiguiendo imaginarse en esa tesitura ante un altar. Solo asaltaba su mente, la idea de quién sería el siguiente criminal al que debería de seguir el rastro. Así, era su vida y por ende su trabajo: nada de compromisos a largo plazo; todo era

susceptible de ser cancelado por la falta de horarios y de planificación. Echar raíces y formar su propia familia, parecía un lujo destinado para otros, ya que, se pasaba mucho tiempo fuera de casa; situación que no le permitía cuidar ni un triste gato. Curiosa por saber que nombre le puso a la floristería, leyó el cartel verde con letras doradas: «*Floristería Púas, espinas y pétalos*».

Dentro, la floristería estaba vacía en cuanto a género; como si las flores hubiesen pasado de moda, y los sentimientos fueran cosas del pasado. Apenas quedaban una docena de gladiolos compartiendo cubo con un puñado de coloridos claveles. A cambio, había todo un arsenal de cactus de distinta morfología y aspecto, cosa, que resultaba cuanto menos extraña. Al fondo, había una puerta que daba a un pequeño almacén. Parecía blindada. Tenía varias soldaduras y dos candados que no habían sido forzados. «¿Qué clase de ladrón entra a robar y no toca ni la caja registradora ni donde parece que guarda el dinero en efectivo?», caviló Julia trazando una visual dentro del establecimiento. En una de las paredes, había un grafiti de pintura negra. Allí su hermano, que vestía un jersey azul y un pantalón beis de marca, se empleaba a fondo con una bayeta húmeda. Al olfato de Julia no escapó un agradable olor a madera y se extrañó al comprobar que Gabriel se perfumaba. No era habitual en él. Nunca cuidaba su aspecto. Julia decidió saludar a su hermano, con el fin de acortar su visita cuanto antes.

—Hola, Gabriel —dijo usando un tono suave.

Éste se giró sobre sus talones y quedó en silencio al verla allí. A nivel físico, salvando que uno era tan delgado como un espantapájaros y la otra, parecía la Venus de Tiziano, mantenían esa semejanza característica que guardaban los mellizos. En este caso: ojos azules, pelo rubio, nariz respingona, piel blancuzca. En cambio, por dentro, No tenían nada que ver. Quizá, fruto de sus vivencias personales, ya que cada uno había aprendido a manejar sus emociones de una manera distinta ante la falta de una figura paternal. Y es que, fue a la complicada edad de los quince años, cuando recibieron la dramática noticia de que su padre había sido asesinado en acto de servicio. Su pilar principal, se había derrumbado y arrastró tras su pérdida, todo lo que en vida había intentado construir. Los días venideros aparecieron cargados de preguntas sin responder, reproches a Dios y llantos sobre la almohada. Cada uno pagó su frustración a su manera: Julia se refugió en la comida, en la soledad de su habitación y en los libros; su hermano buscó abrigo en la calle, en las drogas y el sexo desenfrenado. Luego llegó la etapa de la furia y el odio. Julia lo enfocó en la venganza y se sacó las oposiciones a la Guardia Civil a los veintidós, siendo una de las españolas más jóvenes en aprobarlas; Gabriel, por el contrario, se ganó una celda en Alcalá Meco tras dar

varios tirones de bolso, hurtar coches y robar usando la violencia en varios pisos del barrio Salamanca.

—No te esperaba por aquí —le confesó haciendo un gesto que iba a caballo entre la emoción y la decepción.

Entre los dos se notaba frialdad, distancia. Después de tanto tiempo, no hubo ni siquiera un amago de abrazo por parte de ninguno de los dos. Como si agasajarse estuviera prohibido; como si temieran que las espinas que rodeaban sus corazones tuvieran la propiedad de punzar.

—¿Hurto o robo con fuerza? —se preocupó escrutándolo de arriba abajo, sin hallar en él un solo rasguño. Es más, lo veía de mejor aspecto que nunca.

—Por suerte fue antes de la apertura. De haberlo pillado dentro, le hubiese partido una maceta en la cabeza. ¡Te lo juro!

Julia leyó la pared y en la pintada emborronada ponía: «Muerte a lo *belga*». Y dedujo al respecto.

—Ya. ¡Umm! Diría que es vandalismo callejero. Los jóvenes están obsesionados con destruir el mobiliario urbano y de paso, partir escaparates. Pero aquí leo una amenaza dedicada a ti. ¿Estás metido en problemas?

Su hermano mellizo negó y se encogió como si no le importara lo más mínimo aquel hurto y mucho menos la pintada. Julia se sorprendió con su actitud. A Gabriel, le gustaba el victimismo; pero hoy, lo notaba muy entero.

—Bueno, ya sabes que así me llamaban en mi época conflictiva: el Belga, como a papá… Seguro que es algún envidioso resentido o alguien al que le deje colgado dinero, vete a saber —borró la letra «M» del grafiti—. Por suerte, a día de hoy, soy un hombre renovado.

—Ya te veo. Estás estupendo —Julia esbozó una sonrisa, sin dar crédito al cambio radical al que se había sometido: barba poblada, peinado con tupe, globos oculares blancos en vez de rojos, dientes con carillas de porcelana—. ¡Mejor que nunca!

—Gracias, hermana. Todos merecemos una segunda oportunidad. Y, yo, me la he brindado.

—Me alegro por tu cambio… repentino. ¿Es cosa del dinero?

—El dinero no cambia a las personas —le aseguró soltando la bayeta sobre un estante—. El amor, sí.

—¿Habemus pareja? —preguntó expectante.

—Haberlos, haylos —puso cara de vencedor—. He encontrado a alguien que soporta el carácter quisquilloso y despechado de los Verbeke.

—Pues…, menuda sorpresa —respondió con lentitud valorando mentalmente como sería ese chico y que posibles adicciones podía tener para querer estar con un florista con antecedentes penales—

¿Cómo se llama el afortunado?

—Joaquín. Y estamos viviendo juntos en su piso en Chueca. Me he independizado.

—Vaya, pues no sé qué decir, veo que la vida te sonríe.

—No ha sido un camino de rosas… pero, este es mi presente. Todo ha vuelto… —De repente, el interior de la floristería se oscureció, como si fuera el sol, hubiera sido cubierto por las nubes. Julia volvió la mirada hacia el escaparate, temiendo un chaparrón. Allí se encontró con un tipo corpulento, con barba descuidada y tres lágrimas tatuadas en una de sus mejillas. Tenía la mirada recargada de furia y un palo de madera en una de sus manos. En un gesto amenazante, pasó un dedo bajo su barbilla, como cortándose el cuello. Julia dejo a su hermano con la palabra en la boca y acudió al escaparate. El tipo, dio un par de pasos hacia atrás y se perdió entre la multitud—. ¿Ocurre algo? ¿Tienes el coche aparcado en la acera?

—No. Había un tipo... en fin, no tiene importancia —se giró rumiando la amenaza—. Bueno, solo decirte, qué me alegro por ti. Por cierto, ¿cuánto tiempo hace que te has ido a vivir con Joaquín?

—Dos meses, pero parece que llevamos ya varios años. Todo muy intenso —dijo con la boca llena—. ¡Ah! Por cierto, tengo que darte algo.

Gabriel caminó hacia el fondo de la tienda, justo donde reposaba un buda de piedra de metro y medio. Se puso de puntillas y con la yema de los dedos, retiró un llavero suspendido en una alcayata que había clavada en la pared. Volvió sobre sus pasos y le hizo entrega.

—¿Y esto?

—Tú sabrás. Creo que son las llaves de tu piso. Hace unos veinte días, estuvo por aquí el culturista hippy de tu novio —hizo mención a Iván Roca—. Le dije que hacía mucho que no sabía de ti. Entonces, me dijo que te entregara esta llave. No se entretuvo mucho, ya sabes, no me cae bien y me cuesta sonreírle —se encogió de hombros—. Se le veía algo preocupado.

—Es hípster, no hippy —aclaró su hermana dibujando una sonrisa infantil—. Supongo, que quiere llamar mi atención. Antes de marcharme a Andalucía, cortamos. El muy cabrón… me fue infiel. Y ahora, igual está arrepentido… pero ya es tarde.

—¡El amor! Nadie sabe cómo funciona, ¿verdad? —atajó Gabriel elevando una ceja—. Cuando más se necesita, más rehúye.

—No me lo esperaba, la verdad —confesó Julia—. Otro palo a mi lista de fracasos.

—Bueno, ¿y qué hacías por el sur? —cambió de tema.

—Acepté un caso de estafas en Sevilla, simplemente, porque esa ciudad está muy cercana a Jerez de la Frontera. Lo vi como una oportunidad para mover la investigación sobre el paradero de papá.

He contratado a un detective privado para que indague al margen de la ley.

Gabriel agachó la mirada. Era mencionar la palabra Jerez y sentir un escalofrío galopante sobre la columna vertebral.

—¿Todavía sigues encaprichada con encontrar sus huesos?

—¿Capricho? Me reconcome no saber dónde lo han enterrado. Y, sí, estoy obsesionada y no pararé hasta que no lo encuentre —confesó apretando los dientes. Gabriel puso morritos no entendiendo aquella estúpida cruzada—. Con la ubicación de su desaparición en la mano, me colé en la bodega abandonada y busqué vestigios en el zulo donde le fotografiaron sus verdugos… Papá escribió varias palabras. Entre ellas tu nombre y el mío. Usó un filo, quizás un trozo de cristal que había en el lecho de aquel pestilente agujero. Estaba convencida de que papá habría dejado alguna pista, ya que yo hubiese hecho lo mismo. Llámalo intuición. Pero rasqué un poco el moho de la pared y apareció como por arte de magia una inscripción —relató costándole mencionar cada palabra conforme llegaba al final de la frase—. ¡Se acordó de nosotros en sus últimos momentos! Además de Julia y Gabriel, se molestó en escribir otro mensaje, ponía: «B las Mercedes». Estoy convencida que se puede tratar del lugar, dónde igual, tenían pensado deshacerse de su cuerpo.

—Entiendo que no hayas conseguido pasar página, pero no creo que te haga bien, una búsqueda tan compleja después de tanto tiempo. Seguro que él pasaba de nosotros… Por cierto, no sé si te has dado cuenta, pero papá, no nombró a mamá en su lecho de muerte.

Julia negó con la cabeza. Sus ojos se llenaron de pesadumbre. Y entonces, los mellizos se fundieron en un abrazo. Hubo algún gimoteo y lágrimas. La escena no duró más de un minuto, pero duró lo suficiente como para limar asperezas del pasado.

—Gracias. Lo necesitaba —dijo enjugando sus lágrimas sobre el dibujo de tinta. El diseño quedó emborronado—. A todo esto, ¿cómo está llevando mamá su día a día sin tu compañía?

—Bien, pero deberías ir a verla —le sugirió usando un tono algo tosco—. Se rompió la cadera.

—¡Qué me cuentas! —quedó perpleja con la noticia—. ¡No me ha dicho nada!

—Ya sabes cómo es el carácter de mamá. Pero no te preocupes, tiene la compañía de una asistenta social del ayuntamiento. Mi novio aceleró el papeleo, conoce al concejal de sanidad. Algunas noches, le doy una vueltecita, estará bien —calmó a su hermana.

Julia miró el reloj y supo que iba a llegar tarde a la cita con el tatuador.

—Te prometo que iré a verla, pero hoy no puedo.

—Allá tú…

—Bueno, espero que nos volvamos a ver con más frecuencia. Me tengo que marchar. Voy a hacerme mi primer tatuaje.

—Pues que sea leve —retomó cepillo y recogedor y, siguió limpiando la floristería—. *¡Ciao!*

A paso ligero, puso rumbo al estudio. Cuando se vino a dar cuenta, entre pensamiento y pensamiento, ya estaba sentada en aquella silla con apoyabrazos, a merced de Andy. Éste, usaba mascarilla sanitaria y guantes de látex negros. Puso en marcha un transformador, donde marcaba los ciclos de velocidad con que las agujas inocularían la tinta. Pisó un pedal y el sonido vibrante advirtió que aquello iba en serio. Aquella porción virgen de su muñeca, comenzó a ser profanada por minúsculas gotas de tinta que acabarían gastando el cartucho de carga. El tatuador pasaba una gasa esterilizada para limpiar la sangre que provocaban las pequeñas incisiones —aquellos pellizcos le resultaban molestos, pero soportables—, y por un instante, Julia, volvió a recordar la foto de archivo del crimen de su padre y que, por suerte, su hermano Gabriel nunca llegó a ver. Aquella, en la que Nicolás Verbeke, aparecía vestido con el pantalón del uniforme verde de Guardia Civil, en un espeluznante zulo repleto de humedad y cucarachas; enfocado en un plano cenital, donde posaba tumbado boca arriba, con las piernas acurrucadas, un brazo estirado y esa mirada ausente, característica de los cadáveres. Y se castigó, pensando que una de las heridas que su padre tenía en el antebrazo, podía deberse a la mordedura de una asquerosa rata. Cuando entró en razón, Julia identificó ese pensamiento, con la sensación dolosa que pudiera provocar los afilados mordiscos que le daba la máquina de tatuar, como si se tratara de la misma rata que descarnaba el antebrazo de su padre.

5
El piso de Julia Verbeke

Subida en su coche, Julia Verbeke llegó al parking subterráneo de su piso ubicado en el Paseo de la Habana, en un distrito conocido como el Viso. Aquella zona verde al Noroeste de Madrid, resultaba bastante tranquila y porque no, señorial. Lo adquirió en la época en que creía que podría ser más feliz, viviendo en un lugar lujoso y comprándose caprichos caros. En definitiva, una estrategia estúpida que no llenaba su vacío existencial. Entró en el ascensor, acarició el panel a la altura del siete y en el espejo, se contempló el tatuaje que le molestaba como una quemadura solar. La caja ascendió sin apenas esfuerzo. Una vez pisó el descansillo, se aproximó a la puerta blindada de color nogal. Después de seis meses, giró la cerradura, provocando tres golpes bruscos que atrajo la atención de su vecino hasta la mirilla. Julia, entró en su vivienda. Al batir la hoja sobre las bisagras, un olor a cerrado, le sacudió el rostro. Estaba todo oscuro. No veía nada, tan solo intuía donde estaba el mobiliario. Cerró la puerta con el talón y quedó sumida en la oscuridad. Julia se deshizo de su cárdigan y acertó a engancharlo en el perchero de pie. Luego hizo lo propio con el bolso. Seguidamente, se descalzó sin ayuda de las manos. Luchó en un estúpido combate pisándose la cuña de sus botas con la suela de la otra, hasta que se quedó en calcetines. A ciegas, apresuró su paso sobre el parqué, dejando huellas de sudor a su paso con formas de cruasanes. Sin tropezar, llegó hasta la persiana. Cuando tiró de la cinta, una bella estampa quedó enmarcada en la terraza, como si fuese la pintura al óleo de un paisaje alegre. Desde allí, se divisaban las montañas aserrando el horizonte con dientes verdes que mordían el azul del cielo. De un brusco gesto, corrió el ventanal y un soplo de aire fresco le acarició el rostro. Julia soltó su melena y se giró contemplando su hogar de nuevo. En el salón había un incómodo pero elegante sofá Chesterfield. Sobre el reposabrazos, extendida de cualquier manera, todavía estaba la manta roja que dejó allí hacía seis meses y que normalmente se echaba por encima, cuando no quería dormir junto a su pareja en la cama de matrimonio. Como un cachorro en busca de su juguete favorito, caminó hacia la manta y la agasajó entre sus brazos. El tacto que le devolvió el tejido, le resultó reconfortante; el olor a ropa almacenada no tanto. La dobló y la colocó sobre una mesita baja. La punta de sus pies tropezó con algo y cuando metió la mano para ver que era, halló unas zapatillas de estar

por casa. Las dejó justo a la entrada del distribuidor para ponérselas luego. En su piso, reinaban los aparatos modernos e inventos caros, comprados por puro capricho en diversos ataques materialistas con los que buscaba rellenar su vacío existencial. El resto del salón era más bien una oficina de trabajo, con estantes y vitrinas repletas de libros. Pero estaba medio vacía, ya que Iván se había encargado de retirar sus pertenencias de una atajada —ese barbudo *cultureta*, era un coleccionista nato de CD`s de música independiente y DVDs de películas estrafalarias—. Julia bordeó el escritorio color miel, que estaba coronado por folios, un bloc de *post it* y un ordenador de mesa. Iván Roca, no le había dejado ninguna nota de arrepentimiento por su infidelidad, pero sí hubo un olvido en el estante, que le sonó a pista: se había llevado todos los títulos, excepto la película "Submarine" de Richer Ayoade. Julia la había visto un par de veces con un suculento bol de palomitas junto a Iván, en el incómodo Chester y con la manta roja sobre las piernas. Y, recordó en ese instante el argumento de la peli, que trataba de un par de adolescentes que no encajaban en ningún lugar. El protagonista, de nombre Oliver, cuestionaba su propia existencia sin encontrarle sentido, hasta que Jordana, llegaba para ayudarle a cruzar el universo en un submarino surrealista que explora el lado más atípico, pero hermoso del amor. Julia se acercó al estante, tomó el DVD y lo escondió en un cajón para tirarlo más tarde. Sobre la pared, había varios cuadros y orlas enmarcadas en el mismo color que el resto del mobiliario. En ellas, se podía apreciar momentos cumbre de la vida de Julia, incluido su ascenso a teniente. Solo faltaban las fotos con su familia, que las guardaba en un altillo, amontonadas en una caja de zapatos. Aquellas instantáneas colgadas de la pared, testificaban el esfuerzo realizado por Julia para formar parte del bando de los buenos. La muerte de su padre fue un motor que dio potencia a sus ansias por hacer justicia y hacer caer todo el peso de la ley sobre los que iban arrebatando la felicidad de los demás. Y sin lugar a dudas, a Julia nadie le había regalado su puesto. Se lo había trabajado con sudor y lágrimas —con más de estas últimas que con ejercicio—. Cursó bachillerato de Ciencias Sociales, luego hizo cuatro años de criminología en la Universidad. Aprobó las oposiciones de la Guardia Civil y con sus primeros ahorros, se pagó un posgrado de «Peritaje criminológico»; y más tarde, un master en perfilación criminal. En pocas palabras, había sacrificado sus mejores años, para evitar que muchos ciudadanos, padecieran lo mismo que ella, a manos de las organizaciones violenta que azotaban el país.

Los latidos de su pecho y la falta de aire, la condujeron a la estrecha cocina en busca de un ansiolítico. Abrió la puerta de una alhacena y sacó una caja de galletas danesas que colocó ruidosamente sobre la encimera de color pistacho. Destapó la lata y una bofetada a

mantequilla le sacudió el rostro, a pesar de que hacía meses que no quedaba ni una sola miga. Sumergió su mano entre los medicamentos hasta que encontró la caja de Alprazolam. Sacó un comprimido, lo colocó sobre su lengua y fue a beber agua. Abrió la llave de paso, pero desestimó coger un vaso —llevaban seis meses acumulando polvo—, luego se arqueó sobre el fregadero y giró el grifo. Pero su mano resbaló sobre el mando. Estaba cerrado por una fuerza sobre humana. Ella suspiró, sabía sobradamente que era obra de las manazas de Iván. Y no luchó contra el grifo, sino que abrió la nevera en busca de algún líquido. Además de un limón mohoso que había creado un ecosistema a su alrededor, había una tarrina de mantequilla, un Coca-Cola por la mitad, una botella de vino de aguja, flanes de huevo caducados, varios paquetes de salchicha, tabletas de chocolate *noir*, una pizza de pepperoni, varios paquetes de salchichas…. Y cerró la puerta descontenta. Luego la volvió a abrir de nuevo, como si fuesen a aparecer cosas nuevas y mágicamente, encontró un yogur líquido de plátano y fresa, tras un blíster de chorizo pamplonica. Comprobó la fecha, lo desprecintó y dio un largo trago al lácteo, buscando una tregua química contra los caballos que daban coces en su pecho. Cerró la puerta y vio como estaba cubierta por variopintos imanes que daban color al metal del frigorífico. Aquello, era su particular manía cada vez que iba a una misión, traerse un suvenir para decorar su nevera. Bilbao, el Pirineo Catalán, Benidorm, Asturias, Badajoz, Ceuta, Granada, Valladolid, Cuenca, Tenerife, Mallorca… cada uno representaba su itinerario de misiones, aquellos lugares donde el mal decidió presentarse en su expresión más sanguinaria. Y recordó que en el bolso tenía uno nuevo para su colección: se trataba de la Torre del Oro, de Sevilla.

Tras engullir el ansiolítico, se calzó las zapatillas y se dirigió a su habitación con el cárdigan rosa en la mano —aquel piso tenía sesenta metros y disponía de un único dormitorio, en él había un armario empotrado, un diván, una silla con ropa amontonada y una cama de colchón especial que compraron para que las piernas de Iván Roca no quedaran fuera de borda—. Encendió la luz, abrió el armario y frente a ella se desplegó un amplio abanico de cardiganes de todos los colores, tipos y tejidos. Los tenía de invierno, entretiempo y verano; lisos, estampados y de lana. Colgó el que faltaba en una percha caoba y se deshizo de su camiseta colocándola sobre una pila que se amontonaba sobre un taburete. «Mañana las quito», se repitió mentalmente, sabiendo que no iba a cumplir su propia palabra. Se enfundó un camisón gris. Fue a por las zapatillas y a por el móvil. De uno de los cajones, tomó una carta metida en un sobre color marfil. Salió a la terraza de aquella séptima planta y se sentó en una de las dos sillas que bordeaban una mesa de forja con tapa de cristal. En voz

baja leyó la carta:

—«*Estimada Julia, te necesito más fuerte y solo quiero dedicarte unas palabras. Tu padre me hizo prometer que te cuidaría como a mi hija, y así quiero hacerlo. Me duele que estés deprimida y te comprendo. Los cumpleaños son celebraciones bonitas para los que están vivos, pero cuando se convierten en un aniversario de fallecimiento, solo nos provocan un daño mayor, pues tendemos a recordar el momento de su partida, en vez de lo que nos dio en vida. Julia de mi corazón, nunca olvides que lo que te ocurre, es fruto de la vida misma, del camino espinoso que a todos nos toca transitar. Todas las personas nos hallamos en una constante búsqueda de la felicidad. Pero la felicidad es un estado de ánimo… una actitud que hay que trabajarla con disciplina en nuestra cabeza para que el corazón se la crea. Y, para terminar, querida Julia, nunca olvides que a pesar de lo que piensen los demás, tu eres una bella persona, especial y con cualidades más que solventes para conseguir cualquier propósito que te propongas. Vocación, constancia, tesón, dinamismos, entrega, inteligencia… Honestamente, te mereces formar parte de mi equipo y aprovecho este momento en que sé que estás mal, para que tengas un rumbo, un nuevo norte más allá de tu zona de confort. Así que ve olvidando ese estado de tristeza en que estas sumida: voy a mover cielo y tierra, para que puedas estar lo más cerca de mí, pues me siento tu apoyo. Te quiero fuerte. Y espero que aceptes dar este paso al frente, pues le voy a proponer a mi mando superior, que formes parte de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. Un fuerte abrazo y ya sabes que puedes llamarme cuando quieras. Cuídate. Manuel Ruiz*».

Julia sonrió y dobló la carta sobre los pliegues remarcados. Aquellas palabras producían un efecto placebo, que mejoraba su estado de ánimo con total eficacia. Con el fin de que la misiva no saliese volando, colocó su móvil como pisapapeles. Luego, alzó la mirada al frente y contempló el paisaje como si esperase que, de allí, apareciera una bestia gigante. En ese mismo instante, sonó una sacudida repetitiva sobre el cristal de la esa, que quebró la armonía de aquel momento de sosiego. Tomó el móvil y leyó la identidad del llamante: «Teco Miranda». Esta vez, si descolgó:

«¡Jefe! ¿Cuénteme?».

«Teniente Verbeke, me alegro qué tras nueve malditas llamadas, se digne a atenderme de una vez por todas».

«Perdone, estaban tatuándome el brazo y tenía el móvil en silencio».

«No me vacile, Verbeke. Nos conocemos muy bien, ¿ya está en Madrid?».

«En cuerpo sí. En mente… no sabría qué decirle».

«Escúcheme. Me hubiese gustado decirle esto en persona, pero no

me apetece entrar en debates absurdos con usted cara a cara. Quiero que sepa, que me han dado las quejas en su proceder durante el operativo que encabezó en Sevilla. Sus métodos controvertidos, van llamando la atención haya por donde va y eso, repercute en el prestigio del grupo, ¿entiende? Le haré una advertencia. Qué sea la última vez, que se comporta de manera arbitraria y poco metódica, ¿me explico? No pienso dejarle pasar una más. A la próxima, le enviaré a un puesto de la España vaciada, lejos de las gestiones de la UCO».

«Mis métodos igual no son de manual. Pero resolví el caso, mi teniente coronel. Y eso es lo que cuenta».

«Verbeke. No somos una panda de aficionados. Somos la élite. Así que tómese mis palabras como un ultimátum».

«Lo siento. A veces me dejo llevar en demasía por las intuiciones. Pero le prometo que la próxima vez, lo haré a su manera».

«Pronto saldremos de dudas, teniente. Tengo un nuevo caso para usted. Así, que dese una ducha de agua fría si lo precisa, y coma algo. La quiero aquí a las cuatro de la tarde. Tenemos una autopsia pendiente y un testigo, para un caso que presume ser peliagudo».

«Todos lo son. Nos dan las sobras de lo imposible. Desfalco, narcotráfico, terrorismo, corrupción política, pornografía infantil… ¿Qué marrón nos ha encomendado esta vez?».

Julia apretó el teléfono con fuerza aguardando la respuesta. Pensando si en deshacer la maleta que tenía en el coche o dejarla estar, para poner rumbo a su nuevo destino.

«El juez y el forense, no se ponen de acuerdo sobre la muerte del cadáver que ha aparecido en una presa del llamado mar de Madrid. Nos toca discernir si se trata de un suicidio o un homicidio».

«¿El mar de Madrid? ¡Ah! sí, así llaman al embalse de El Atazar — Julia se aproximó a la barandilla del balcón y, contempló a lo lejos su nuevo destino. La Sierra Norte estaba allí, enturbiada tras el oleaje de vegetación que se amontonaba sin mesura en el horizonte. Y pensó en qué tipo de criminal podía estar aguardando entre tanta maleza—. ¿Y por qué necesitan a nuestro grupo?».

«Porque el cadáver presenta una herida bastante peculiar en el brazo y parece que existe una coincidencia con un crimen anterior».

«¡Vaya! ¿Hablamos de un asesino en serie por Madrid?».

«No se precipite. Igual es un simple suicidio y la herida, una coincidencia. Pero para eso estamos nosotros, para dar certidumbres a las sombras».

«¿Nos vemos entonces en la sala de operaciones?».

«No. La quiero antes en mi despacho. Es una reunión exprés para que exploréis el terreno antes de abrir una investigación que requiera de todos nuestros efectivos».

«¿Y se puede saber que compañero me ha asignado para llevar a cabo estas pesquisas?».

«Uno que esté a su altura. Y que le ate en corto —hizo un silencio espeso—: el sargento Roca».

«¡¿Iván Roca?! Lo hace a posta, ¿verdad?».

El teniente coronel sonrió entre dientes, emitió un chasquido y finalmente, colgó.

6
El Edificio de Cristal

Julia llegó a su puesto de trabajo. Se trataba de un edificio de color beige, salpicado por máquinas de aire acondicionado y cerrajería metálica blanca que daba algo de intimidad a los pasillos de su interior. Gracias a los numerosos ventanales, la claridad primaba en aquel vivero de oficinas; aunque la verdadera luz, se gestaba con las ideas brillantes de las mentes pensantes que albergaban cada uno de sus despachos. Debido al ingente número de ventanas y terrazas, aquel inmueble impersonal —sin letreros, ni indicaciones—, era conocido como el Edificio de Cristal. Al menos ocho plantas, se elevaban desde la acera, como un coloso que imponía su supremacía sobre un barrio humilde rodeado de pisos bajitos de tres plantas. A las afueras del edificio, no resultaba extraño oír a los aviones surcar el cielo —por su cercanía al aeropuerto de Barajas—, ver periodistas grabando sus programas de investigación a pie de puerta o individuos sospechosos pululando por el perímetro con otro tipo de intenciones más oscuras. El enclave, estaba rodeado por un muro de hormigón coronado por una cristalera bajo extremas medidas de seguridad; y por más que el Gobierno quisieran mantener en secreto la ubicación de la sede de la UCO, todo el mundo sabía que, en la calle Salinas del Rosío, 33, se emplazaban los investigadores de élite más importantes de la Guardia Civil de España. El edificio tenía capacidad suficiente para albergar los quinientos agentes, que a su vez vertebraban la organización en cuatro departamentos distintos. Julia trabajaba en delincuencia organizada —que encabezaba el teniente coronel Rafael Miranda— y su cometido no era otro, que combatir el robo de vehículos, trata de seres humanos, organización criminal, terrorismo y homicidios.

Julia detuvo su Mini Cooper ante la baliza roja y blanca. Sin bajarse del coche, saludó con un gesto simpático a la guardia civil que bostezaba tras el cristal de la garita de control. Tras desperezarse, le devolvió una mueca de hastío que indicaba que estaba al final de su turno y que luchaba con la morriña que producía el candor del sol penetrando sin piedad por aquella lupa blindada. La joven pulsó un botón y la barrera bicolor ascendió. El vehículo compacto, descendió por una cuesta empinada hasta el parque móvil. Allí, se apeó, tomó el bolso y se subió al ascensor introduciendo una llave en el panel. Julia, tenía ganas de orinar; fruto de los nervios por encontrarse de nuevo con su ex tras seis meses. Con ayuda del espejo, recolocó su

cola trenzada sobre el hombro y lanzó una sonrisa que nadie vio. Luego, se asombró por el potencial de los polvos bronceadores con los que pudo disimular sus marcadas ojeras, debido a la mala noche que pasó conduciendo. Con maestría, desabotonó el cárdigan de cachemir azul que resaltaba sus ojos celestes, con el fin de tapar sus caderas y la pistola que portaba bajo el brazo en una discreta funda. Por un momento, pensó que no había sido buena decisión ponerse un pantalón blanco, pues era un color que no estilizaba sus generosos muslos. A continuación, se abrió la puerta del elevador. Tras un mostrador de madera y mármol —que le recordó a la chocolatería de San Ginés por unos instantes— le recibió un compañero, que leía un periódico deportivo, recostado sobre una vencida silla giratoria. Se trataba del cabo Martín, un veterano guardia que apuraba su jubilación pasando las tarjetas de los compañeros que entraban y salían del edificio. Tenía el pelo blanco, barbas del mismo tono, gafas de presbicia y los carrillos de la cara descolgados, como si se tratara de un bulldog francés.

Martín había oído cómo se abría el ascensor, el taconeó hasta la recepción y el descarado carraspeo de garganta que profirió Verbeke; aun así, decidió no elevar la mirada hasta que no llegó al punto y final del artículo que leía —molesto por las constantes interrupciones a las que era sometido—. Ante la falta de atención, Julia, arrojó un «buenas tardes, cabo», con cierto retintín y solo entonces, al oír el tono de la teniente, el compañero se puso en pie como un resorte.

—Buenas tardes, Verbeke —respondió con desgane. De un gesto manido, tomó la tarjeta identificativa y arrastró su panza hasta el fondo para pasar la tarjeta por el escáner—. Fichada. ¿Ya estamos de vuelta?

—¡Qué remedio, cabo! —respondió con la boca pequeña, lanzando una mirada furtiva hacia la zona de descanso, para comprobar si su ex, puntual como siempre, ya estaba sentado en uno de los desgastados sillones. No obstante, no había nadie tomándose un café —. Por cierto, pensé que ya te habías jubilado.

—En un mes colgaré las botas… Cuento los días como un preso — respondió Martín entregándole la tarjeta a Verbeke y retomando el periódico—. ¡Que tenga un buen día, mi teniente!

—Igualmente, cabo.

Julia galopó hacia el baño, vació su vejiga, se lavó las manos y revisó de nuevo su aspecto frente al espejo del lavabo. Finalmente, decidió añadir un poco de *gloss* en los labios para realzar el brío que le faltaba tras el largo viaje. Al comprobar su reloj, supo que todavía le restaban catorce eternos minutos y decidió hacer tiempo en la sala de espera hasta la hora acordada. Como una polilla ante el brillo de una bombilla, acudió hasta la máquina de vending con el fin de sacar un

pastelito con el que apaciguar su ansiedad. La oferta de grasas *trans* de la que disponía el muestrario era bastante variada, circunstancia que complicó la elección. Mientras se decidía, hurgó en su bolso —tipo *Hobo* de color negro—, un euro que siempre rondaba suelto entre los tampones y la barra de labios. A tientas, lo encontró y no le dio tiempo a colarlo por la ranura, cuando tras ella, se oyó el sonido de apertura del elevador y una voz muy aguda que saludó al cabo Martín.

—Ya estoy aquí, cabo. El tráfico, ya sabe —se excusó un joven guardia que venía a hacerle el relevo tras aquel mostrador.

—¡Déjate de excusas malas! —le reprochó Martín en un tono bromista—. Os he visto por las cámaras del ascensor haciendo manitas. A ti y a ese bujarrón que te acompaña.

Julia se sobrecogió y la moneda que tenía entre los dedos se le cayó y rodó por el suelo. Cuando se agachó a recogerla, se dio cuenta que el ascensor había expectorado a dos tipos, uno canijo y otro que era una mole de músculos. Evitando el contacto visual, pues suponía de quien se trataba, gateó mostrando su retaguardia hacia los tres agentes y luego se puso en pie, recolocando las alas de su cárdigan sobre sus caderas.

—¡Mierda! ¡Las cámaras! —respondió el joven con sorna, llevándose la mano a su rostro pálido repleto de espinillas—. Sargento, este viejo verde nos ha pillado.

—No te pongas celoso, Papa Noel —saludó Iván Roca, al hombre de enorme panza y pelo cano que había enroscado el periódico con la idea de terminarlo en casa.

Aquella voz de timbre potente y enérgica, que pertenecía inequívocamente a Iván, desquebrajó el cuerpo Julia en dos, mediante un calambre que fue desde la entrepierna hasta la coronilla—. Venga, vete al parque a dar de comer a las palomas.

—Sargento Roca, a estas alturas, prefiero echar migas de pan a las palomas que aguantar a los gilipollas que aparecen tras las puertas de ese ascensor —respondió el veterano entre risas fichando las tarjetas.

—¡Me echarás de menos Papá Noel! —finalizó su intervención Roca—. ¡Y lo sabes!

Julia se escoró hacia la máquina de *vending*, como si Iván no supiera reconocerla en esa posición. Pero se trataba de su expareja y la había visto de espalda muchas veces, tanto con ropa como sin ella; sería capaz de reconocerla incluso vistiendo un grueso anorak.

—¡Julia! —se emocionó al verla—. Me alegro que estés de vuelta —la mujer no respondió y hundió su mirada en el reflejo del cristal de la expendedora donde se silueteaba Iván y del cual destacaba el brillo de los ojos, la calva y esa barba tupida acabada en pico bajo el mentón. Sin dirigirle la palabra, se limitó a meter el euro en la ranura. Presa de los nervios, pulsó cualquier código al azar. La espiral que

sostenía la mercancía, dejó caer un Redbull. Y supo, que lo que menos le hacía falta era una alta dosis de cafeína para sostener los nervios tras el ansiolítico que se tomó en casa—. Si buscas el Toblerone, tengo que decirte que el reponedor…

—¿Te puedes callar? —le cortó demostrándole que no le valía que Roca actuara como si no hubiera pasado nada entre ellos—. No he pedido tu opinión.

Roca agarró con sus fuertes dedos el brazo de Julia y tiró de ella hacia atrás, escorándola tras la planta de plástico que emergía de un macetero que cumplía las veces de papelera. A escondidas del joven guardia que cotilleaba tras la recepción, le rogó atención.

—¿Podemos hablar? Estaba preocupado por ti.

Julia lo miró con desidia. Y lo examinó. Iván Roca, era un chico de treinta y cinco años, que había pasado por varias tendencias urbanas, roquero, grunch y ahora era hípster. Era de esos tipos que se tomaba todo a pecho, tanto lo bueno, como lo malo. Si se apuntaba a natación, se compraba el mejor gorro, las mejores gafas y el bañador más favorable para deslizarse bajo el agua; si alguien le ridiculizaba, era capaz de pedirse una baja por depresión o partirle la cara como si fuese un pandillero. Otra costumbre fea que tenía, era la de poner mote y apodo, a todo ser viviente que le rodeara: el Teco, Papa Noel, el Lagarto de V, el Pajillero, Harry el sucio, la Diva, el Backstreetboys, la Globos, el Microbio, el Miarma, el Pichatanque, el Niño Pena… Nadie escapaba al ingenio de sus peculiares bautizos, los cuales se hacían comunes en los pasillos y acababan siendo parte de los agentes hasta sus últimos días de jubilación. Pero si algo define la manera de ser de las personas, son sus manías, y el sargento, se desvivía por el orden. Tenía un “no diagnosticado” trastorno obsesivo compulsivo, ya que le gustaba poner los objetos de una manera determinada, hacer y deshacer sus acciones motoras de manera exacta y buscar la simetría en todo lo que le rodeaba —circunstancia que a ojos del teniente coronel lo hacía un tipo metódico y correcto—; aunque había excepciones en su vida ordenada, había un caos imperioso que se llamaba Julia y parecía ser una pieza fundamental en su equilibrio emocional. Ni el mismo lo entendía, pero era así, la teniente físicamente estaba desproporcionada, actuaba de manera azarosa y el desorden reinaba en su hábitat en todos los niveles. Pero así somos, buscamos la mesura que nos falta en otros caracteres o en los polos opuestos.

—Estaba preocupado por tu viaje al sur…

—Ya no soy tu asunto pendiente. Háztelo mirar —Iván se sorprendió ante la actitud hostil de Julia—. Te han visto frecuentando los lugares donde yo suelo ir. Por ejemplo, la visita al negocio de mi hermano, con la excusa de la llave, estuvo bien. Cuela. ¡Pero tú! ¡¿En

la chocolatería de San Ginés?! ¿Qué mosca te ha picado? —puso cara de asco y abrió la lata frente a su rostro como si fuese una granada de mano que iba a hacer estallar.

—Simplemente, quería saber de ti. Quería saber cómo te encontrabas —sentenció bajando la mirada hacia la puntera de sus Vans—. Me he dado cuenta de que aún estoy…

—Hecho un imbécil —atajó dando un trago a su Red Bull—. La cagaste, Iván. Ahora no te arrastres. No puedes arreglar lo que ya está roto.

—Lo sé. Te debo una explicación —se disculpó arrugando el labio. Desinflando su pecho, como si el músculo que marcaba su torso bajo la camisa estampada, se hubiese ablandado como el relleno de un osito Teddy—. Estoy muy arrepentido. Me siento perdido sin ti. Supongo que así somos los humanos: no valoramos lo que tenemos, hasta que lo perdemos. Pero necesito que me escuches.

—Los psicópatas también se arrepienten cuando matan a un inocente… pero el mal ya está hecho cuando piden resarcirse —dio otro largo sorbo reconcentrando su mirada en las pupilas de Iván.

El sargento no le dio más cancha. Sabía que cuando Julia se enrocaba en una cuestión, no había filosofía, argumento, ni inteligencia emocional, capaz de hacerla entrar en razón.

—Son las cuatro, ya vamos justos de tiempo a la reunión… y ya sabes cómo se las gasta el Teco con la puntualidad —advirtió Roca mirando el reloj de su muñeca—. Subiré las escaleras.

Julia optó por el elevador. Una vez dentro, resopló aliviada mientras los números de las plantas aparecían en la pantalla de la consola —se iluminó un cuatro—; las puertas se abrieron de par en par. Frente a sus ojos, se dibujó un estrecho corredor. En ambos lados, había puertas que se abrían y cerraban, escupiendo y tragando a compañeros atareados por el trajín cotidiano del papeleo entre los despachos. La luz que entraba por la persiana de lamas, creaba un juego de luces y sombras sobre el gres, como si se tratara de un tétrico paso de peatones. El despacho del teniente coronel Miranda estaba al fondo, por lo que Julia cruzó el pasillo separando un poco los codos de su torso, como medida de protección ante la más que posible embestida de algún compañero despistado —no sería la primera vez que la estampaban contra la pared—. Cuando llegó al despacho en cuya patina podía leerse «TCol. Rafael Miranda», tocó a golpe de nudillos la puerta que estaba entre abierta y la empujó a pesar de no haber obtenido el permiso pertinente. La hoja de color cerezo —que era la madera predominante en todo el mobiliario del edificio—, provocó un quejido mientras se abría. Verbeke entró como quién se cuela en la panadería de su barrio y allí, se encontró a su jefe pertrechado con el uniforme verde de guardia civil y un mazo de folio

entre sus manos. El teniente coronel pertenecía a esa generación de españoles bajitos, pues no levantaba más de un metro sesenta y cuatro desde el suelo. Había ascendido por la escala militar —de ahí su comportamiento diligente, serio y disciplinario— y luego había realizado la correspondiente promoción interna hasta alcanzar el rango que ostentaba con orgullo. Una de las ventajas que te proporcionaba formar parte de la Unidad Central de la Guardia Civil, residía en que los agentes, podían vestir con ropa informal. Rafael Miranda tenía los ojos marrones y pequeños, y un carácter del demonio. Su cabello era abundante, entrecano y sin entradas.

En un lateral del despacho, había una vieja máquina de escribir, una Olivetti con la cinta de tinta bicolor y un largo rodillo —una reliquia que poco tenía que ver con los inventos de hoy en día—. En la pared, había multitud de recortes de periódicos sobre casos resueltos, además de menciones honoríficas, un crucifijo con la figura de Cristo y un cuadro de don Felipe y doña Leticia. Las malas lenguas decían, que, tras el marco de los reyes de España, ocultaba una instantánea de su verdadero ídolo: Francisco Franco, el caudillo; pero solo eran habladurías, más de uno lo había comprobado, entre ellos, Julia Verbeke. En el escritorio había montañas de informes, un teléfono de mesa, un flexo y un ordenador. También tenía un pequeño marco apoyado sobre un bote de cristal colmado de caramelos de regaliz, donde posaba con gesto alegre su esposa Candela; a pesar de haber fallecido hacía ya unos años, la tenía muy presente. Al contrario de otros compañeros, en su mesa, no había manualidades del día del padre, ni tarjetas infantiles de felicitación, lo que daba por entendido a quién no lo conocía, que el teniente coronel no tenía hijos; por suerte, sus genes disciplinarios y rigurosos, no iban a trascender más allá de su generación.

—¿Y su compañero?

—Ni idea —le mintió Julia.

—Pues tome asiento. No voy a dar la charla dos veces —se quejó ante la inaudita impuntualidad del sargento.

Miranda agachó la cabeza, en vez de darle conversación a Verbeke y, aguardó a que llegara Iván Roca. Mientras tanto, Julia desestimó esperar sentada. Dio un par de pasos por el despacho y se situó delante de la vieja Olivetti; en un gesto impulsivo, ladeó la palanca de retorno de carro y pulsó varias veces la tecla espaciadora hasta escuchar la simpática campanita produciendo un tintineo que resonó en la sien del teniente coronel como si fuese un tosco martillazo.

—¡Se puede estar quieta de una vez, leches! Me está poniendo de los nervios.

—Perdón —se excusó recogiendo las manos, como si aquella reliquia diese calambre. Seguidamente, destapó el frasco de caramelos

de regaliz y deslió uno ruidosamente—. Con su permiso, mi teniente coronel.

Tras cinco años trabajando juntos, Verbeke y Miranda, no terminaban de llevarse bien. Estar sometido a presiones constantes, sacaba lo peor de cada uno de ellos; situación que generaba una factura emocional, difícil de condonar. Parecía que Julia, disponía de un manual secreto y efectivo de autoayuda, titulado "Como sacar de quicio a tu teniente coronel en tres sencillos pasos". Ya que sabía llevarlo al límite de su paciencia mediante comentarios desacertados, comportamientos incorrectos y exceso de riesgo a la hora de actuar en las misiones.

La puerta sonó y Roca no entró hasta que el teniente coronel le dio paso. Dentro, se encontró a Julia de espaldas y al teco sentado en su sillón, mirándole de frente con su bigote, tipo Chevron, más recto que nunca. Su dedo índice daba pequeños brincos sobre la esfera del Rolex que asomaba bajo la manga de su chaqueta.

—Llega tarde —agitó sus labios sin pestañear, repicando con más ímpetu los golpes del dedo índice contra el reloj.

—Lo siento, mi teniente coronel —se disculpó bajando la mirada. Antes de inventase la excusa perfecta, centró el rodillo de la máquina de escribir que Julia había desviado de su eje—. Me encontré en el pasillo a la limpiadora y ya sabe lo que charla.

—Ya —asumió el jefe señalándole una silla—. Toma asiento, por favor

Roca, dio dos pasos y el suelo de la oficina retumbó. Antes de sentarse, alineó las patas delanteras de su silla con la junta de las losas de gres. Y se sintió mejor, como si ahora fuese más confortable su asiento por estar en línea con las baldosas.

—Si os he citado extraoficialmente, antes de montar el operativo ante el resto del equipo, es por una razón concreta —aclaró recolocando la foto de su esposa contra el bote de caramelos—. Tengo entendido, que ya no estáis juntos y supongo, que tendréis vuestros motivos. Cosa en la que no me voy a meter. Pero si os quiero dar mi opinión —hizo un silencio antes de señalar con el dedo al sargento y luego a la teniente—. Pienso que tanto uno como otro, cuando trabajáis en solitario, sois unos investigadores solventes, pero bastantes mediocres… sin embargo, cuando aunáis vuestros esfuerzos os convertís en un tándem bastante cojonudo —los alabó de una manera extraña; que provocó un rictus en Julia—. Habéis resuelto el cien por cien de las misiones encomendadas, con métodos poco ortodoxos y pasándose por el forro muchas de las órdenes que os he dado —enfatizó mirando a Julia—; pero por suerte, el fin siempre acaba avalando vuestros medios. Todo este sermón os lo doy, porque creo que deberíais limar vuestras asperezas y dejar de lado el aspecto

personal, en pos de la ciudadanía a la que servís. Sería una pena perder vuestro talento por un mal de amores —miró la foto de su mujer Candela con anhelo—. Una vez aclarado este punto, ¿tengo vuestro compromiso?

Julia se quedó pensativa, la palabra «mediocre» no le había sentado del todo bien y menos, cuando parecía que su jefe le estaba haciendo de celestino.

—Por mi parte no hay problema, mi teniente coronel —admitió Roca separando su camisa ceñida de sus hercúleos pectorales.

—Claro, la que lleva cuernos soy yo —le reprochó—. Pero haré de tripas corazón. No sería la primera vez…

Tras un silencio ominoso, Miranda crujió sus nudillos con ayuda de la otra mano y luego, cambió el caramelo que jugueteaba con sus piezas dentales, al lado opuesto de la encía donde reposaba; provocando un desagradable sonido. El teniente coronel padecía de halitosis y pensaba que, con el regaliz, podía tapar el hedor. Pero el efecto que conseguía, era justo el contrario. Mantener una conversación con él durante un determinado tiempo, requería de un buen estómago.

—Bueno, tomemos cartas en el asunto. Resulta que esta mañana, al alba, ha aparecido un cadáver atado a la llanta de un neumático en el cauce del río Lozoya, en la mancomunidad de El Atazar. Un piragüista lo encontró mientras remaba por las aguas a eso de las seis de la mañana. Aparentemente, parece alguien que ha querido quitarse la vida y ha saltado desde uno de los riscos con un lastre para morir ahogado. Pero el forense ha determinado la hora de la muerte, muy próxima al hallazgo del testigo. Por lo que no hay que descartar, que puede estar ocultando información sobre lo que realmente pasó. Ya se le tomó declaración al testigo, pero prefiero que vosotros hagáis esa labor de nuevo. Ambos tenéis una capacidad innata para detectar esas señales incriminatorias en su lenguaje corporal, ¿estamos?

—Una extraña coincidencia, que lo encontrará justo en el momento en que estaba agonizando —advirtió Roca mesando su barba—. ¿Cree que hay gato encerrado?

—No lo sé, para eso estáis vosotros. Pero hay un testigo más que sumar a esta ecuación. En este caso se trata del Comandante de Puesto de Buitrago; un brigada de nombre Damián Tocino, que aquella madrugada pescaba en solitario en el río Lozoya —arrugaron la frente ante el taciturno hábito—. Dice que vio pasar corriente abajo, un tumulto de ropa, a eso de las doce de la noche. La ropa ha sido identificada por los familiares de Raúl Gallo. Pertenece a la víctima.

—Primero, la ropa a las doce de la noche. Luego, a las seis, el cadáver —Verbeke repasó la información y la anotó en su libreta Moleskine.

—No cierres tu libreta —le sugirió el Teco—. Hay más. El brigada Tocino, hace mención en su atestado, que encuentra relación entre este hallazgo, y el de un cadáver que apareció hace seis meses en las inmediaciones del mismo río —Julia hizo un rictus de incredulidad—. Según este hombre, recuerda como primero se halló ropa en uno de los embalses y luego, días más tarde, se encontró el cadáver que correspondía al joven desaparecido —el teniente coronel Miranda elevó un mazo de informes y les hizo entrega—. Ahí tenéis las ubicaciones y los datos de filiación de los testigos. Respecto al orden a seguir, será el siguiente: primero vais a acudir a la autopsia del cadáver de Raúl Gallo, luego iréis a entrevistar al piragüista a su casa y a continuación, hablaréis con el guardia civil de Buitrago. El juez está deseando cerrar el caso —dio su parecer—. Pero, como bien sabemos, las cosas no son lo que parecen. ¡Manos a la obra!

La teniente y el sargento, se pusieron en pie y abandonaron el despacho sin dirigirse la palabra. Sabían, que la convivencia iba a ser incómoda durante la investigación, pero lo que realmente les preocupaba, era resolver el rompecabezas que tenían por delante, ya que tenían que girar las piezas una a una, hasta que los cubos quedaran colocados en la posición perfecta para discernir de que dibujo se trataba.

7
Limando asperezas

Tras la reunión pertinente y la recopilación de información necesaria, Verbeke y Roca, salieron del edificio acristalado de la UCO y pusieron rumbo al Instituto Anatómico Forense de Madrid. El aire del coche se notaba recalentado, no solo por las horas que llevaba en el parque móvil a pleno sol, sino por la tensión que se respiraba en el ambiente del habitáculo: espeso, asfixiante, denso; como si hubiesen reemplazado el oxígeno por una gelatina insípida. La situación resultaba cuanto menos embarazosa, ya que albergaban reproches y excusas, en vez de argumentos conciliadores. Desde que cortaron, habían pasado seis meses de incertidumbre sin darse explicaciones, ciento ochenta días afilando la guillotina para culpar al prójimo y hoy, sin remedio, daría lugar el juicio. El precio de liarse con un compañero de trabajo, acarreaba estas situaciones: podías enajenarte de los sentimientos, pero no del trato. Estaban obligados a compartir ratos a solas, a trabajar codo con codo e incluso, llegados el momento, dar la vida el uno por el otro.

En esta ocasión, el sargento llevaba gafas de sol de montura gruesa, vaqueros de pitillos, unas pulseras de cuero en su muñeca y zapatillas customizadas de la marca *Vans*. Sus rodillas, embestían como dos arietes la guantera con cada badén, a pesar de que había alejado el sillón a tope, hacia la zona trasera. Y, es que, Roca medía un metro noventa, lo que hacía que cualquier vehículo en sus manos, pareciese un autochoque de feria. A mitad de camino, la teniente Verbeke detuvo el coche frente a una farmacia. Estacionó en el aparcamiento de minusválidos y entró en el establecimiento, sin contarle a su binomio, el porqué de aquella parada. Julia se acercó al mostrador atestado de pastillas Juanolas, barritas energéticas, parches de nicotina y spray para la halitosis. Tras él, había una joven con bata blanca, gafas en forma de corazón y pelo rizado. Sin prisas por atender a la teniente, recortaba con un cúter el código de barras de un medicamento, haciendo una mueca con la boca con cada temeroso corte. El local respiraba ese olor peculiar a desinfección y el blanco nuclear predominaba en todo el mobiliario. Viendo la pasividad de la farmacéutica, Verbeke la saludó.

—Hola, guapetona —la chica la miró con indiferencia, como si le hubiese molestado el cumplido—. Quería una crema cicatrizante para tatuajes, un paquete de gasas esterilizadas, *Vick VapoRub* y un paquete

pequeño de algodón.

La chica asintió y se fue a la trastienda. Mientras tanto Julia aprovechó para pesarse en la báscula digital. La cifra que le devolvió la pantalla, corroboró su sospecha: había engordado cuatro kilos.

«Lo he echado todo en pechos», se convenció aupándose las mamas con orgullo.

La farmacéutica volvió con una pomada de la marca Bepanthol, el ungüento a base de eucalipto y mentol, las gasas y el algodón en zigzag. Julia añadió cuatro barritas energéticas de chocolate con ginseng. Y pagó la cuenta. Sin demorarse demasiado, caminó dando zancadas hasta el Renault. Dentro, estaba Roca, con los cristales subidos, los cuatro intermitentes puestos, el cierre echado y contemplando la pantalla de su iPhone mientas agitaba la calva en un rítmico vaivén. Estaba esperando a su compañera, escuchando una de sus cantantes favoritas: Polly Jean Harvey —una chica británica con el pelo negro y rasgos muy marcados, que tocaba la guitarra, el saxofón y el auto arpa con bastante maestría—: un icono de la música hípster. Julia sujetó la bolsa de la farmacia con fuerza y con la otra, golpeó con brusquedad la ventanilla dejando señalada la palma de su mano. El sargento, que estaba ensimismado dio un brinco que agitó todo el vehículo. Su coronilla dio con el asidero que había cercano al techo.

—¿Qué has comprado con tanto ímpetu? —se quejó desbloqueando el cierre centralizado—. No me lo digas. Algodón y mentol para tu hiperosmia.

—No tengo que darte explicaciones de lo que compro o dejo de comprar —le dijo en un tono serio—. ¿Quieres una barrita de chocolate?

Iván tomó una por inercia. Miró las calorías. Y se la devolvió.

—No. Tiene aceite de palma y azúcar. No me lo puedo permitir.

—Tú te lo pierdes. La vida son dos días.

Julia arrancó y se metió una barrita energética en la boca. Mientras conducía, rumiaba, evitando tener que hablar con Roca. Pero su compañero, no quiso dejar pasar la ocasión y decidió romper el hielo.

—Debemos enterrar el hacha de guerra. Escúchame, ¿vale? Necesito que me dejes explicarme.

—No pienso saltar del coche en marcha, así que aprovéchate antes de que llegue al próximo semáforo —le mostró su descontento, aunque en el fondo estaba deseando oír su testimonio.

Roca desplazó su cinturón de seguridad para poder girarse unos centímetros. Ese gesto, le robo el espacio vital a Julia y provocó que no pisase bien el embrague y resbalasen las marchas por todos los engranajes ruidosamente. Roca subió los hombros, como si aquel ruido, le hubiese perforado el tímpano. Antes de empezar su relato, se puso las gafas de sol sobre su calva, como una si fuese una ridícula

diadema.

—En primer lugar, pedirte perdón —tomó aire antes de continuar —. Como ya sabes, nosotros vivimos por y para el trabajo. Con una jodida maleta en el hall esperando que, de la noche a la mañana, nos den un destino al que acudir en menos de veinticuatro horas. Eso nos da una visión caleidoscópica del mundo que vivimos —chasqueó la lengua—. Cuando decidí apuntarme al gimnasio y tomármelo en serio, conocí a Carola. Y ella fue como la nota discordante en mi monótono día a día —Julia resopló mostrando su descontento—. Hablábamos de temas divertidos de conversación, tenía otros proyectos de vida y un estilo muy diferente, a mi modo de ver las cosas. Mi entrenadora personal, no era un coach en sí para mejorar el físico; cada vez que iba a entrenar con ella, era como una ventana donde tomar aire fresco… una válvula de escape a la rutina.

—No sé si lo estás arreglando o empeorando, Iván —rompió el dramatismo de aquel discurso, que Roca había ensayado frente al espejo en una multitud de ocasiones—. Te fuiste con ella por pura atracción sexual. No aliñes tu mal comportamiento con falsos aderezos. Carola, es carne de gimnasio. Un pibón, la novedad; y yo, bueno, soy esa chica aburrida y entradita en carnes, con complejos y rondando los cuarenta.

—¡No! No malinterpretes. Me equivoqué. Tú vales muchos más que ella. Me aportas mucho. Si me gustara tanto, iría a por ella y aquí estoy, mendigando una segunda oportunidad.

—Ponte en mi lugar, Iván. Me fallaste. No puedo volver a confiar en ti. Pero como dije frente al teniente coronel, haré como si este turbio episodio no hubiese pasado. Y, no lo hago por ti, que quede claro, lo hago para engañarme y así poder entregarme a la investigación, ¿*caspici*?

Roca asintió y devolvió la mirada al frente. Entendió a la primera que no iba a ser fácil la reconquista. Pero rendirse no entraba en sus planes. Habían pasado dos años juntos, con muchas vivencias y momentos intensos. No estaba dispuesto a tirar por la borda todos esos recuerdos. «Paciencia. Roma no se hizo en un día», pensó y cambió de tema con el fin de salir de la conversación escabrosa.

—A ver que nos depara el caso… Ojalá, no haya coincidencia entre ambos cadáveres. De haberlo, daría a la investigación un matiz más serio.

—No pienso ir con una idea prefijada —dijo Julia abriendo otra barra energética con ayuda de una mano y los dientes—. ¿Puedes leerme el informe que ha trascrito el teniente coronel Miranda? ¿Cómo se llama el guardia de Buitrago?

Iván tomó la carpeta del salpicadero y ojeó el mazo de folios que había dentro.

—Brigada Damián Tocino. Al parecer, escuchó un chapoteo mientras pescaba por la noche. No se imaginaba que se trataba de una persona. Con las claras del día, vio al piragüista acercarse a un punto, y luego, marcharse remando con fuerzas… Cuando subió a por su coche, lo vio claro, pero el piragüista ya había dado aviso a sus compañeros —pausó el relato poniéndose misterioso—. Lo curioso, es que Damián Tocino, seis meses antes, halló también el cuerpo de otro cadáver en la ribera de río.

—Una coincidencia un tanto sospechosa, ¿no te parece? —dedujo la teniente haciendo un tic con la ceja.

—Ya escucharemos su testimonio en persona… Igual es de esos, que le gusta tener su minuto de protagonismo y fingen haber estado presente inventando detalles… vete tú a saber.

Julia redujo a primera. Maniobró y estacionó junto a un largo Mercedes que según su rotulo, prestaba servicios funerarios. Cuando el sargento se bajó del coche, no pudo evitar mirar al interior de aquella limosina fúnebre donde había un minúsculo ataúd blanco. Entonces, tragó saliva y se sugestionó. Recordó la primera y única vez, que vio el cadáver de un niño con evidentes signos de violencia e hizo un esfuerzo titánico porque tras diez años, esa imagen no volviese a su cabeza de nuevo. En frente, tenían el edificio del Instituto Anatómico Forense, que disponía de cinco plantas. Su fachada intercalaba ladrillos a cara vista con carpintería metálica en color blanco. Julia acudió a la parte trasera del Renault, tomó la bolsa de la farmacia y de ella sacó el Vip VapoRub y un puñado de algodón, que guardó en su bolso. Luego cerró el coche. Se posicionó junto a su compañero. Lo vio más alto y robusto que de costumbre. Con su barba perfecta, abundante y bien cortada; y como no, despidiendo ese olor a perfume clásico: *Old Spice*.

Tras desestimar la escalera que ascendía a la planta principal, tomaron el acceso al semisótano, por donde entraban los cadáveres para su posterior examen. Llamaron al interfono y esperaron a que le abrieran.

—Les abro —sonó una voz enlatada. Luego una especie de timbre.

Entraron. Roca, sintió un pequeño escalofrío, fruto de los nervios. Los institutos de medicina legal, no eran santo de su devoción. Sobre todo, cuando el cadáver a examinar, se trataba de un cuerpo en avanzado estado de descomposición. Julia, sin embargo, sentía nervios, pero no por pavor sino por la expectación que le causaba encontrar pistas que le llevaran al presunto agresor. Cuando recorrieron un estrecho pasillo, un chico joven, con aspecto de universitario en prácticas y acento muy fino, fue a su encuentro. Julia se presentó.

—Buenas tardes, somos de la policía judicial. Él, es el sargento Iván

Roca y yo, la teniente Verbeke. Venimos a ver un cadáver que ha ingresado esta mañana. Según las indicaciones, está en la sala de autopsias número uno.

—Ah, sí… el ahogado de embalse —recordó en voz alta. Luego señaló una caja de cartón que había cercana al mostrador de recepción —. Tomen de ahí un traje desechable anticontaminación y pasen, por favor, el doctor Santana ya les está esperando desde hace un rato.

Julia se alegró al escuchar el nombre del forense.

Se trataba de un viejo conocido.

Para ella, era todo un espectáculo verlo trabajar y, sobre todo, escuchar sus arriesgadas hipótesis.

8
El forense

El olor a productos desinfectantes se hacía notorio en aquel hostal de la muerte. La teniente tomó el algodón, separó dos trozos y los empapó en la pomada de eucalipto con la intención de enmascarar el hedor a cadáver que habitaban las morgues. Podía parecer algo exagerado, pero su sensibilidad olfativa a los olores, era capaz de rastrear a una legua, los cuatrocientos compuestos orgánicos volátiles, que se liberan en el proceso de descomposición del cuerpo humano. Sin temor al ridículo, le dio forma esférica entre sus dedos y las insertó en sus fosas nasales. Su nariz quedó abultada, embasteciendo sus facciones al instante. Una vez se enfundaron los trajes anticontaminación, accedieron a la sala de autopsias correspondiente. Al entrar, pudieron ver dos mesas metálicas. Solo una estaba ocupada. En ella reposaba un cuerpo blanquecino, hinchado y abierto en canal. Tras él, les esperaba el doctor Mauricio Santana. El forense tenía cara de bonachón. Pelo abundante y entrecano. Tenía los hombros caídos hacia delante como si sufriera una especie de deformación en la columna, acaecida por el paso de los años diseccionando difuntos. Respecto a su origen, era canario de nacimiento. En relación a su prestigio, era considerado como una eminencia en su campo, aunque sus métodos, eran un tanto controvertidos y por qué no, discutidos dentro del seno de la medicina forense. Julia Verbeke, lo sabía de primera mano y le fascinaba su manera de proceder. No pudo evitar recordar una ocasión, en la que estuvo presente, cuando Mauricio Santana examinaba un varón con dos heridas de bala. Los enfermeros no encontraban los plomos que necesitaban los de balística para determinar la identidad del arma causante del homicidio. Sin reparo alguno, Santana, dejó las pinzas a un lado, se quitó los guantes de látex y sumergió sus manos desnudas entre las vísceras del cadáver y sus fluidos; el chapoteo que produjo al remover las entrañas y el hedor que escapó del abdomen del cuerpo, provocó que dos agentes de la científica, tres auxiliares forenses y un juez de instrucción, que estaban presentes durante el examen post mortem, fuesen en busca de las papeleras que había en la morgue, para vomitar. Cuando todos volvieron pálidos y con esa acidez característica de las arcadas, Santana, ya tenía las dos balas sobre la palma de su mano. Y, lleno de satisfacción, dijo con su marcado acento canario: «Estaban alojadas en el interior de la vesícula, *mullallos*».

En la sala, predominaban las luces blancas. La pared estaba revestida de azulejos blancos, que resaltaban la lechada gris que los remarcaban. La decoración se resumía a ocho láminas ilustradas del cuerpo humano, que hacían referencia a cada uno de los sistemas: locomotor —muscular y esquelético—, respiratorio, digestivo, circulatorio, excretor, endocrino, nervioso y reproductor. En otra pared, había un reloj analógico gris, con manecillas negras, rojas y naranjas que hacía las veces de un corazón extracorpóreo, ya que latía con cada golpe del segundero, dando falsa vida a los cadáveres que reposaban sobre las mesas. Roca, sentía un repelús indomable, producido por los reflejos que producía el metal del que parecía estar hecho todo el material quirúrgico. No le gustaban las autopsias lo más mínimo, le parecía la parte fea de su trabajo, y venía a regañadientes, cuando se lo ordenaba el teniente coronel; sin embargo, Julia se ofrecía siempre por iniciativa propia. Le resultaba fascinante sacar respuestas de un cadáver; para ella, era algo así, cómo entender el lenguaje de los muertos.

—Buenas tardes, doctor Santana —saludó Julia al forense, usando un tono informal—. Perdona el retraso.

—Teniente Verbeke, mucho gusto en volverla a ver —saludó acercándose hasta la posición de los agentes. Su perenne sonrisa mostraba una dentadura desgastada con algún que otro diente impostado—. Una lástima que el contexto no sea el adecuado.

—La próxima vez quedamos en un bar —bromeó Julia guiñándole un ojo—. Éste, es mi compañero: el sargento Roca. Vamos a estar al frente de la investigación como miembros de la Policía Judicial.

—Mucho gusto —saludó Roca aguantando la respiración.

—¡Encantado! —le estrechó la mano notando cierta reticencia por parte del sargento—. Ahora toca que os presente al anfitrión, se llama Raúl Gallo.

Los tres acudieron al cuerpo como hienas hambrientas. Y, sus miradas escrutaron al cadáver con cierto recelo. El chico, que reposaba desnudo sobre la mesa de metal, tenía la piel blancuzca. Sus cabellos largos caían como una cortina por fuera de la camilla. Su pecho estaba diseccionado por la mitad, en forma de “Y”, lo cual ofrecía una apertura para ver todos los órganos desde la barbilla hasta el pubis.

—¿Qué tenemos? —preguntó Julia buscando la opinión tras el examen—. ¿Suicidio u homicidio?

El forense, hizo una mueca con la mano, que les invitó a que se acercaran un poco más. Tras abandonar el margen de observación, invadieron la zona de trabajo alrededor de la mesa de autopsia.

—Esa es la pregunta del millón —bromeó Santana—. Raúl Gallo, varón de unos treinta años y complexión media. Trabajaba de

socorrista en una piscina de un municipio cercano. Apareció sumergido y desnudo. Según su piel, llevaba algún tiempo en el agua, supongo que unas ocho o diez horas, ya que no había dado lugar la conservación cadavérica. Tampoco presenta signos de muerte violenta, aunque tiene algunas lesiones leves. En el momento del hallazgo, tenía una llanta de quince pulgadas de metal, atada con una soga al tobillo, que lo lastraba al fondo del río. Causa de la muerte: ahogamiento.

—¿Se precipitó o le obligaron a saltar? —hizo Julia un inciso creando un interrogante en la mente de Roca—. ¿Estaba inconsciente en el momento que cayó al agua?

—Eso no lo sé. Lo que está claro es que hizo todo lo posible por salir a flote —respondió Mauricio, dilatando las paredes del torso del cadáver con ayuda de unos fórceps. Con su mano enguantada, apretó uno de los pulmones, el derecho, que se mostraba de un tamaño mayor al que le correspondía. Al retirar la palma del órgano grisáceo, se quedó una marca en él, como si fuese un colchón de espuma con memoria visco elástica —Iván levantó las cejas en un gesto de asombro—. Inmediatamente, Santana tomó un bisturí, y de un gesto viciado, practicó una incisión en el órgano respiratorio —el sargento abrió la boca sin bajar las cejas—. El metal afilado hizo brotar un jugo espumoso a su paso y, liberó un olor peculiar desagradable.

—Huele a cañería atascada —ilustró Roca el hedor. Poniéndose amarillo bajo el traje blanco, mientras unas náuseas le trepaban garganta arriba—. ¡Uff!

—Esta espuma, es el resultado del movimiento convulsivo agónico. Un batido de agua, moco y aire —reveló Mauricio mostrando su sabiduría.

—Me resulta chocante que un experto en natación, planee su suicidio ahogándose. Retorcido, ¿no? —dio su parecer la teniente Verbeke—. Supongo, que tuvo que tomarse una caja de pastillas para adormilarse, y así, no coordinarse para patalear y dar brazadas.

—No obviemos que el peso del objeto, se reduce considerablemente, debido al empuje del agua. Una llanta puede fondear a un cadáver, pero no a alguien que sepa nadar y esté consciente —apostilló Iván Roca.

—¡Bien visto! —aplaudió Santana el criterio de Roca—. Llegué a la misma conclusión. He enviado al laboratorio muestras de sangre para determinar su toxicidad en el torrente sanguíneo —aclaró demostrando que iba un paso por delante—. Respecto a si lo lanzaron o se arrojó, hay un detalle importante a tener en cuenta: tiene el tabique de la nariz roto. Se trata de un golpe limpio y bastante anterior a la hora de su fallecimiento. Por lo que hay que descartar, un impacto con una roca en su caída.

—¿Dices que pudieron agredirlo? —intuyó Verbeke lanzando un

globo sonda a la sala—. Quizá un puñetazo para amedrentarlo.

—Igual lo retuvieron en un maletero y luego, le ataron la soga y se deshicieron de él.

—El cadáver no muestra signos, ni en sus muñecas ni en los tobillos, de haber estado retenido mediante sogas, bridas o cadenas. Además, tenía bastante comida en el estómago…

—Tenemos que averiguar si alguien puso denuncia por desaparición —añadió Roca recordando la tarea—. Igual no fue algo premeditado. Los suicidios a veces, son un impulso irrefrenable.

—El camino fácil es pensar que ha sido un suicidio. Pero lo de la llanta, siendo Raúl Gallo un socorrista, me chirría —especuló Julia desviando su mirada hasta el tobillo. Luego tocó las manos del cadáver y ascendió hacia el hombro surcando con la yema de sus dedos la piel mortecina de Raúl Gallo. Su uña, se frenó en una lesión. Se acuclilló para contemplar con detenimiento la herida—. ¿Esto qué es? ¿Una quemadura? ¿La mordedura de una alimaña?

—¿El qué? —quiso saber Santana.

—Aquí hay una herida avulsiva y ovalada que tiene en la cara posterior del brazo. No parece producida por el filo de una roca.

—No. Ese trozo está tan bien recortado como si fuese el vestido de una muñeca de papel —señaló con un bisturí—. Se ha hecho con un objeto afilado.

—¿Autolesión? —dedujo Roca.

—No tiene cortes en las venas, ni en el cuello… solo tiene esa herida. La hoja ha llegado a la hipodermis y ha dejado al descubierto los adipocitos —señaló Santana las células ricas en grasa que daban un tono anaranjado a la herida—. Usó un arma afilada y estrecha. Por el ángulo que muestra la lesión, descarté la autolesión, ya que apenas ha dañado las capas más hondas de la piel. Por lo que, diría, que alguien acometió la extracción…

Julia enarcó las cejas ante la propuesta de Santana. Expectante, se encorvó sobre el brazo del cadáver y acercó la mirada a la herida. Le pidió las pinzas al forense y tocó el borde de la lesión mediante pequeños golpecitos.

—La silueta oscura que rodea la piel que falta, parece una quemadura producida por un soplete de cocina.

—Es curioso ¿verdad, Julia? —se entusiasmó Santana—. Ya he tomado muestras del tejido y está en el laboratorio. Pronto sabremos de que se trata.

—Sí. Esto es solo el principio. Por lo visto, hubo en esa misma ubicación otra muerte. Tendremos que cruzar los datos, así que necesitaré el examen post mortem.

—Por supuesto. Y, además, sé de lo que me hablas. Hará, como seis meses, se realizó aquí la autopsia a un joven con heridas similares. Yo

fui a testificar su muerte al lugar de los hechos y ahora que lo dice… tenía una herida de estas características —confirmó Santana acodándose en una mesa repleta de botes para recoger muestras y esterilizantes. Estrechó el ceño y tensó todas las arrugas en la misma dirección. Sus cabellos entrecanos se mostraron abundantes, ondulados—. Aunque yo no le hice el examen.

—Háblenos de ello, Santana —insistió Julia esperando detalles—. Cualquier dato nos puede arrojar luz.

—Era invierno y recuerdo que estaba de guardia —hizo memoria como un abuelo frente a sus nietos—. Fui a levantar el cadáver junto al juez. El cuerpo apareció semicubierto de nieve y desnudo en la orilla de un embalse, cuyo nombre no alcanzo a recordar ahora mismo. Pero fue en inmediaciones del mar de Madrid. Tenía una herida avulsiva como esta, ejecutada de una manera muy similar —se acordó al mirar el brazo de Raúl—. Aunque la tenía en la espalda, a la altura de uno de sus omóplatos.

—¿Qué veredicto dio la autopsia? —preguntó Julia cambiando el peso de su cuerpo a la otra pierna—. ¿Lo recuerdas?

—No tenía indicios de violencia, ni señas de forcejeo —guardó Santana un silencio, especulando sobre la veracidad de sus propios recuerdos—. Creo que el fiambre, era un delincuente habitual de esos pueblos serranos y, su muerte fue más una celebración que un duelo. Eso nos confirmó un guardia civil de la zona, que no ocultó su alegría por la pérdida del joven. Tras examinar su cuerpo, se dictaminó "autopsia blanca".

—¿Mmm? —Iván rugió y elevó la cabeza, intrigado por aquella definición. Santana le sacó de dudas.

—Los patólogos determinamos autopsia blanca, cuando el cadáver presenta muerte súbita; es decir, que no conocemos la causa de su muerte. Diego Pinteño, ya estaba muerto cuando apareció varado en la orilla del embalse, bajo la nieve. Sin signos de violencia, ni otros rasgos que pudieran hacer pensar que había sufrido una agresión. También apareció completamente desnudo, como este…

Julia, miró por última vez al joven. Y en seguida, le estrechó la mano, deseando continuar con la investigación fuera del Instituto de Medicina.

—Pues muchas gracias, doctor. A ver si somos capaces de resolver este enigma. Y, si descubre algo novedoso en los exámenes post mórtem, no dude en llamarme antes que al teniente coronel. Ya sabe, me gusta mover ficha sin estar cohibida.

—Eso haré —le respondió con entusiasmo—. Seguro que dan pronto con las respuestas. No tengo dudas.

Iván Roca, torció el morro, molesto por aquel "colegueo" entre la teniente y el forense. Se despidió cordialmente de Santana y abandonó

la sala de autopsias junto a su compañera. Ambos se quitaron la ropa anticontaminación y la arrojaron a un cubo de basura amarillo. Julia, se deshizo de los dos tapones de algodón y respiró hondo, aquel aire fresco mentolado en sus fosas nasales. Una vez dentro del Renault Laguna, la teniente miró a su compañero. Su calva brillaba tanto como el resplandor de una gema. Su rostro, mostraba incertidumbre ante toda la información brindada.

—¿Y ahora qué? —intrigó Julia con esa sensación de que todo iba a empeorar de un momento a otro—. No está nada claro… y mi intuición me está empujando a la encrucijada. ¿Y si hay alguien tras todo esto?

—Todavía es pronto para lanzar las campanas al vuelo, Julia. Tenemos que hablar con el piragüista… Él, se topó con el cadáver.

—Y, también, el brigada de Buitrago, que pescaba casualmente de madrugada.

Roca, toqueteó su teléfono para poner la ubicación exacta del domicilio del testigo. El navegador le indicó que tenían por delante una hora de camino. En silencio, escaparon de la ciudad al monte.

Todas las hipótesis estaban abiertas.

9
Lo que esconde una bonita casa

Mientras el Renault avanzaba por el castigado asfalto de la autovía Madrid-Burgos, Verbeke y Roca, tejían conjeturas sobre lo que habían visto en la mesa de autopsias. Aquello solo era un aperitivo de lo que estaba por llegar; una trufa envenenada que no escapaba a sus olfatos policíacos. Ya habían dejado atrás el municipio de San Sebastián de los Reyes y estaban a la altura de San Agustín del Guadalix. El paisaje que se proyectaba en la luna del vehículo, pasó de gris a verde de una manera turbia, como si se tratara de un *Cinexin* a marcha acelerada. Los bloques de hormigón, la gente caminando cabizbaja y las naves industriales; dieron paso a las frondosas copas de los árboles, a las aves volando en bandadas y a las casas diseminadas, que salpicaban las lomas.

—Ya debemos estar cerca.

—Según el navegador, tenemos que tomar un desvío campo a través —dijo Roca girando su rostro unos grados para mirar a Julia a la cara—. Por cierto, he visto bastante buen rollo entre Bilbo Bolsón y tú… incluso tiene tu número de teléfono, ¿cómo os conocisteis?

—Hace unos seis años, en la Comarca de la Tierra Media —le aseguró Julia dibujando una mueca en la boca, que a Roca le pareció tan apetecible que dudó en la intención de plantarle un beso; pero se contuvo—. ¡¿Ya le has puesto mote al bueno de Santana?! ¡No lo hay más bobo! —apretó los dientes conteniendo la risa que le provocó el acertado apodo—. Coincidimos en un viaje a Tennessee. Mi mentor, el comandante Manuel Ruiz, me lo presentó.

—¿Mmm? —rugió extrañado haciendo un esfuerzo por adivinar el motivo del viaje—. ¿Qué se te perdió allí? Supongo que fuiste a ver la casa de Elvis Presley… No, no lo veo. ¿El Museo del country? Tampoco. ¿Las calles de Broadway?

—Frío, frío… Fui de casualidad, gracias a un viaje subvencionado que le regalaron a Mauricio Santana tras acabar un curso de medicina forense específica; y el billete incluía dos acompañantes con el vuelo pagado y entrada a “the body farm”.

Iván tragó saliva y miró al frente, como si no hubiese escuchado bien. Luego, volvió de nuevo la mirada a la conductora. No daba crédito.

—¡¿La granja de cuerpos?! Más de ocho horas de avión para ver cadáveres enjaulados que se descomponen en distintas condiciones

atmosféricas y en mitad de una parcela ¡Qué mal gusto, Julia!

—Sí —le devolvió la mirada e hizo un mohín—. Suelo tener un criterio pésimo a la hora de elegir lo que me gusta... No es nuevo.

Iván se dio por aludido y esperó a que llegaran a su destino en el más absoluto de los silencios. No quería abusar de la tregua que Julia le había ofrecido tras tanto sufrimiento. La sierra de Guadarrama, comenzó a engullirlos lentamente hacia su verdor, a través de la lengua de asfalto que se replegaba entre los valles de las montañas. Pasaron por pequeños núcleos urbanos en cuyos letreros blancos se podía leer el nombre de cada pueblo: Venturada, Cabanillas de la Sierra, Asperilla, Pradera del Amor… El más grande les pareció uno llamado La Cabrera, cuyas casitas de piedra con tejas rojas, descansaba a los pies de un macizo rocoso.

—Julia, toma aquel desvío —indicó Iván a su compañera para que abandonase la autovía para tomar la salida 60 en dirección a la M127.

Reduciendo un poco la marcha pasaron de largo por el Berrueco —un pueblo repleto de senderos y muy próximo al embalse de El Atazar —. Luego serpentearon por la M133, flanqueando el pantano que se mostraba como un ancho abanico de cristal licuado que se sostenía en aquel marco de rocas y barrancos. Al fondo, emergió el escarpado paisaje con laderas verdes y otras desnudas, que se remontaban sobre el río Lozoya. El contraste de tonos era brusco, y no daba lugar a colores intermedios, como si el horizonte fuese un lienzo retratado por el pintor impresionista Claude Oscar Monet.

—*¡Wow!* ¡Qué vistas! —se entusiasmó Verbeke.

—Y la gente, viajando al extranjero, con la joya que tenemos en el corazón de la Sierra —añadió Iván, elevando sus gafas redondas de pasta sobre su cabeza para apreciar el vivo contraste de los colores—. Es inmenso, nunca imaginé tanta agua junta.

—Por algo le llaman el mar de Madrid, Iván; yo estuve aquí de excursión con el colegio. Lo pasé bien montándome en unas tablas con remos —narró contemplando de reojo la mansedumbre del agua, domada por aquella presa titánica de 134 metros de altura, que aliviaba a través de unas pequeñas ventanas abiertas en el hormigón armado, los excedentes de las últimas lluvias que azotaron la zona.

—Bueno, a ver que nos cuenta el piragüista.

—¿Te importa leerme el informe?

Iván alargó el sonido de la S a modo de sí. Ordenó el mazo de folios y leyó en voz alta.

—El individuo se llama Román Berasategui, cuarenta y dos años; y según dice, estaba practicando piragüismo a las seis de la mañana, cuando entre la niebla vio algo en el agua. Creyó que era un animal ahogado: un corzo; pero cuando se aproximó se topó con una persona. Dice que lo estuvo observando para no omitir el socorro, pero ya

estaba muerto, no se movía y estaba completamente sumergido. De inmediato, volvió a la orilla y llamó a la guardia civil.

—¡¿Vio un animal bajo el agua y con niebla?! —parafraseó Julia el fragmento relatado, restando credibilidad—. ¿Este chico iba en un submarino o en una piragua?

—Ya sabes que los nervios, provocan que haya este tipo de incongruencias en los testimonios y, si el compañero que recogió el manifiesto se le daba mal la expresión escrita, pues se junta el hambre con las ganas de comer, y en vez de un relato, parece un jeroglífico.

—Totalmente cierto. Tenemos que interpretar los balbuceos, los delirios y los datos…

—¡Dobla por ahí! —le interrumpió Roca metiendo las manos por delante de la cara de Julia.

Ella frenó.

—¿Por ese camino de barro?, ¿estás seguro? —dudó de la indicación que casi le ensarta el dedo en un ojo—. Parece una cañada real para ganado.

—Eso dice el navegador: quinientos metros campo a través… Igual está en aquella arboleda cerca del embalse. ¿Ves el techo de aquella casa con la chimenea encendida? Igual, Román Berasategui vive allí.

El vehículo tomó el camino compuesto de arena y gravilla. Numerosos badenes ocultos bajo los charcos de barros, sacudían el Renault, poniendo a prueba la amortiguación del coche y porque no, los riñones de los que lo tripulaban. Las puertas del vehículo rechinaban al ser arañadas por las ramitas de los matorrales que flanqueaban el carril. Jara pringosa, cardos y retamas, hacían las veces de guardarraíl. El trayecto resultaba cuanto menos incómodo. La presencia del ruidoso motor por la zona, alertaba a los conejos que salían espoleados de sus escondrijos y, a las suicidas perdices, que encabezaban a una docena de polluelos cruzándose por delante del morro en una maratón sin precedentes.

—No sé si estoy en lo cierto, pero por aquí tuvo que ser donde Heidi perdió la virginidad —bromeó Julia zarandeándose sobre su asiento debido a los agujeros del camino—. ¡Esto está a tomar por culo!

—Me juego la invitación de la merienda, a que cuando lleguemos, ese tipo no está en casa —supuso Iván con cierto pesimismo, mientras se agarraba con fuerzas al asidero que tenía junto a su calva—. Fijo que ha salido a comprar o a trabajar.

—¿Quién te ha dicho que tú y yo vamos a merendar juntos? —se negó Julia a su sutil invitación—. ¿El teniente coronel?

—Son las cinco y media —cambió de tema Roca para no entrar en su juego—. Y nos queda visitar al brigada de Buitrago. No te pido una cena romántica, ni miradas cómplices en la mesa, solo mendigo un

café.

—Ya veremos —espetó.

El vehículo llegó finalmente a una planicie oculta entre varias copas de encinas y algún que otro roble. El GPS anunció con su voz enlatada, que habían completado el trayecto. Allí, se encontraron con una casa levantada en piedra caliza, con tejados abuhardillados de un tono rojizo, donde el humo escapaba a borbotones por un tubo negro metálico que hacía de tiro de la moderna chimenea. Cercando el perímetro, había una valla de madera barnizada en color viraro —castaño rojizo violáceo— de poca altura, que guardaba con recelo dos coches; uno de ellos con una piragua sobre el techo. Julia abrió la puerta y el frío de coló hacia el habitáculo del Renault, ofreciéndole un sorbo de aire puro y gélido. La temperatura allí, era siete grados más baja respecto a la capital. Abandonó el coche sin esperar a su compañero, sacó de su bolso una pashmina de tacto cálido y la anudó a su cuello. A continuación, abotonó su cárdigan azul. Roca no perdió el tiempo, le miró el trasero mientras se alejaba y confiado de que no le miraba tomó la bolsita de la farmacia para examinar su contenido. Además del Vicks VapoRub y el algodón del que ya tenía conocimiento; pudo ver la pomada para regenerar la piel tatuada y un paquete de gasas esterilizadas. Como buen investigador, dedujo, que su compañera se iba a hacer un tatuaje en los próximos días. Tras la conjetura, se bajó del coche y de un par de zancadas, se posicionó frente al maletero. Elevó la puerta y buscó su cazadora Harrington que estaba apiñada en un rincón junto a una garrafa de anticongelante rosa, el triángulo de averías, el maletín para recoger evidencias y una manta térmica. Seguidamente, se colocó la pistola en la funda que llevaba en la zona trasera de la cintura y subió la cremallera de la chaqueta hasta la nuez, notando el forro interior de tartán escocés en su nuca. Julia detuvo su mirada en los postigos de madera de las ventanas, que solapaban la piedra de la fachada dándole ese toque inconfundible a casa rural. Bajo el porche del mismo color que el vallado, se encontraba una puerta cuadrada con un llamador color bronce con forma de puño. A la derecha, había un acogedor banco artesanal, barnizado en otro tono más claro al resto de maderas. El inconfundible olor a leña de encina, perfumaba el más idílico de los paisajes, haciendo de aquel alojamiento rural, un apetecible destino para una romántica escapada de fin de semana.

—Un bonito lugar para vivir, ¿no crees Julia? Lejos del tráfico, los vecinos, el trabajo y el estrés

Iván, miró en derredor, contemplando el embalse y el faraónico muro que contenía los incontables litros de agua filtrada por las montañas. Su vista se detuvo en una loma alta y cercana, que estaba coronada por un puñado de casitas encaladas. Aquel era el antiguo

poblado de El Atazar, donde el dictador Francisco Franco les cedió las viviendas a los trabajadores de la presa, para que estuvieran cerca y en constante alarma. Ahora, el poblado estaba abandonado y solo algunas viviendas, eran usadas por las diócesis cristianas como campamentos de verano.

—Demasiada paz para mi cabeza. Prefiero gente con la que hablar, ruido, estar ocupada —sentenció la teniente—. Por cierto, está en venta.

Roca miró el cartel y fantaseó con comprarla. Se vio por un instante en aquel porche de madera, tumbado en una hamaca amarrada de poste a poste. Sumido en la armonía de la presa manando agua y el trinar de los pájaros de fondo. Con los gritos de dos hijos corriendo descalzos sobre la hierba, cazando mariposas bajo la tierna mirada de su esposa. Y, fue más allá, al imaginarse tocando el ukelele sin camiseta, con unas zapatillas "pisacacas" y unos pantalones de pitillos, sin pensar en más obligaciones que ser y hacer feliz a los suyos. Julia hizo lo mismo. Aquella casa tenía un magnetismo especial. Pero demostró lo diferente que era respecto a Iván. Ella se imaginó sola, con el pelo blanco y descuidado. Recostada sobre un sofá y vestida con una bata de franela mientras contemplaba con anhelo una fotografía entre sus dedos apergaminados; perdida en sus recuerdos mientras oía el crepitar del fuego deshaciendo la leña. Y, se sintió vacía, abandonada, devorada por la soledad imperante de aquella vivienda apartada. Y, se angustió con el propio pensamiento. Desechando la idea de estar en silencio, porque el silencio le parecía una cruel llave que hacía girar las cerraduras de los cajones prohibidos donde guardaba todas las miserias que había vivido; y aquel remanso de paz, solo la llevaría a una situación: la locura.

—Parece que vamos a tener suerte —vaticinó Roca—. Está la chimenea encendida y los dos coches estacionados. ¿Quién hace los honores?

—¡Te tocó! Por hablar.

Iván, caminó hasta el porche, penetrando por el hueco que tenía la valla. Subió dos escalones de piedra y se colocó justo debajo del dintel. Julia lo miró desde atrás y no pudo evitar arquear las cejas cuando vio a su compañero, con la oreja pegada a la madera de la puerta. «¿A qué espera?», pensó sin entender aquel gesto cotilla. Roca, oyó un chapoteo, voces, jadeos, gemidos ahogados y palabras sucias que interpretó como una sesión de sexo salvaje en la bañera. Con una sonrisa canalla en su semblante, se giró.

—Están en casa… chingando —confirmó apoyando la espalda en la fachada y metiendo sus manos en los bolsillos del pantalón—. ¡Qué envidia!

—Eso, tú tranquilo. Esperaremos a que lleguen al clímax y se

fumen un cigarrito —le advirtió con ironía—. ¡Llama de una vez, macho! Se nos va a echar la noche encima… ya tendrán tiempo de rematar.

—¿Estás envidiosa? Confiesa —especuló Iván usando un tono bromista que a Julia le sentó como una patada en el estómago.

—No necesito a un hombre para obtener placer, te recuerdo que estamos en el siglo XXI… hay inventos buenísimos… Cualquier día os extinguís.

Julia avanzó hasta la puerta y agarró la aldaba con forma de puño. En ese gesto, dejó entrever el film transparente bajo la manga del cárdigan azul. Roca, enarcó las cejas en un gesto sorpresivo. Antes de que pudiera preguntarle, la teniente repicó dos veces con firmeza, provocando un sonido tosco y seco. Al otro lado, se hizo un silencio extraño, pues el hombre que decía improperios enmudeció, mientras que la mujer que jadeaba elevó su tono como si le excitase que la oyeran gemir. Los agentes esperaron una contestación, pero pasaron dos minutos y el vocerío bronco del hombre, volvió a la palestra, junto a aquel inexplicable chapoteo, en el que parecía que alguien estaba arrojando cubos de agua por el salón. Verbeke distinguió las palabras: cerda, puta y bruja, como si fuesen tres notas desafinadas en una guitarra eléctrica.

—Saben que estamos aquí, pero les da igual —evidenció Roca abandonando su postura pasota—. Con la de semanas que tienen por delante y deciden hacer el amor el día en que se encuentra a un ahogado. ¡Manda huevos la peña!

—No pienso estar aquí toda la tarde… Tengo un sueño que me muero —aclaró Julia agarrando el llamador con firmeza. Luego, hizo tronar la puerta con fuerza—. A éste, le bajo yo los humos, como que me llamo Julia Verbeke.

—¡¡Marchaos, periodistas de mierda!! —exacerbó una voz bronca tras la puerta—. ¡Dejad de molestar a estas horas!

—¡Román, somos agentes de la Policía Judicial! —le aclaró Julia pegando los labios a la madera de la puerta. A su olfato llegó el olor a barniz recién aplicado—. Solo queremos hacerle un par de preguntas.

Los jadeos se siguieron oyendo con más ímpetu —Roca pensó que se trataba de un trío—. El dueño de la casa abandonó la mirilla y se asomó por la ventana corriendo un visillo que no dejaba ver el interior. Julia se percató del detalle y pudo ver al piragüista tras el cristal. Estaba con el pecho descubierto, tenía una perilla remarcada y un flequillo laxo que caía sobre su frente empapada en sudor.

—Está bien. ¡Dadme un minuto! —les prometió Román gritando desde dentro.

Los agentes se retiraron de la puerta con el fin de respetar su intimidad. Julia, se alejó de su compañero y caminó hasta el flanco

izquierdo donde estaba la cochera. Se apoyó sobre el vallado de madera y contempló su interior: allí había un Dacia Duster con un kayak amarillo sobre la vaca, y un Seat Ibiza verde, con más años que Matusalén. Pegado a la pared, se mantenía un armario de resina con las puertas mal encajadas, que dejaban ver algunas bolsas verdes, botes de espráis, unas tijeras de podar y un chaleco salvavidas. Incrustado en la pared, había dos llantas metálicas pintadas de marrón, donde se enroscaba una manguera azul y una soga. Esos dos últimos detalles, le recordaron al hallazgo del cuerpo en el embalse. «El tobillo anudado por una soga y éste, a una llanta», recordó Julia. Comprobando que Roca seguía con los brazos cruzados sin perder de vista la puerta, la teniente decidió dar un paso más y sin necesidad de correr la puerta que simulaba ser un trozo más de la valla, dio un torpe salto y se coló en la cochera. La embarcación tipo K1, estaba puesta bocarriba, sujeta por unos pulpos tricolor que iban de un lado a otro del techo del Dacia. Julia, curiosa, miró en el interior del coche y comprobó que carecía de bandeja, por lo que el contenido del maletero quedaba al descubierto. Dentro vio un traje de neopreno, un remo que sobresalía entre los cabezales de los sillones traseros y unas botas de agua de un número alto. Por la marca del coche que parecía nuevo y los años del viejo, la teniente Verbeke dedujo que el testigo no tenía una economía muy boyante. «Igual por eso tenían la casa en venta», supuso. Luego, se acercó al Seat y pudo comprobar que las alfombrillas estaban aspiradas y el agrietado salpicadero relucía por gracia de una gamuza. En ninguno de los dos vehículos, halló una sillita de bebé ni un elevador, por lo que supuso que no tenían hijos. Un golpe tosco y seco, se oyó a la derecha de Julia. Román había abierto la puerta. Lo siguiente, fue un grito.

—¡¡Julia, ven aquí ahora mismo!!

La teniente salvó con torpeza la valla, mediante un salto, decidida a saber de Roca. Al llegar a la puerta, vio a su compañero tumbado bocabajo con la calva ensangrentada. Sin conseguirlo, luchaba por levantarse del suelo. Verbeke dio un par de zancadas y le ayudó a levantarlo. Tiró con fuerzas hacia arriba y le hizo de punto de apoyo.

—Román me ha golpeado con un martillo y ha corrido de nuevo hacia el interior de la casa. No sé qué intenciones lleva —le informó Roca tambaleándose, mientras la sangre le chorreaba por la cara.

Julia se deslió la pashmina. Se la tendió a su compañero y éste, la usó para frenar la hemorragia. Con cautela entraron empuñando la pistola. Al ver la dantesca escena, bajaron el arma.

El terror se hizo con sus corazones.

10
La soga al cuello

Con la vista turbada por el golpe del martillo, Iván Roca, se adentró junto a su compañera en el salón. La estancia era amplia, con una alfombra de esparto en el centro, donde se ubicaba una enorme mesa con dos sillas a juego. Había fotos de Román y de una mujer morena de cabellos rizados con mofletes rollizos en casi todas las instantáneas. Ninguna foto con amigos, ninguna con familiares. La chimenea estaba encendida y la tele apagada. Al mirar para arriba, pudieron ver todas las vigas de madera que sujetaban el techo abovedado, y de una de ellas, una soga que descendía hasta anudar el cuello de Román Berasategui. Tenía los pies descalzos apoyados sobre el respaldar de un sofá blanco. Hacía equilibrios con el dedo gordo, amenazando con saltar. Julia, se percató de que, en aquel salón, ya no se escuchaba los efusivos jadeos; tan solo reinaba el chisporroteo de la savia achicharrándose a merced del fuego y ese crepitar molesto de la leña haciéndose añicos.

—¡Tranquilo! No venimos a arrestarte. Solo queremos hablar amistosamente —le aseguró Julia Verbeke, actuando con cautela. En su dilata carrera, se había visto en más de una ocasión en esta tesitura. Sabía que no tenía que robarle espacio al que amenazaba con suicidarse, si quería que se mantuviese en su sitio. Ahora solo tenía que convencerlo de que aflojase el nudo corredizo de su garganta y bajara del sofá—. Todo esto es innecesario. Hablemos cómodamente. Yo le ayudaré. Seguro que encontramos una solución.

Román vestía un pantalón vaquero y estaba descamisado. Tenía cuerpo atlético, brazos fibrosos y una fea cicatriz de apendicitis asomando cerca de su abdominales. Mostraba restos de sangre adheridos en la mano. En cuanto a su rostro, una perilla bien remarcada y barba incipiente que punteaba su rostro anguloso. Su pelo, castaño, abundante y con un largo flequillo pegado a la frente por obra del sudor producido por la situación. Su mirada advertía pesadumbre, sabía que la barbarie que le había hecho a su pareja, no le había devuelto el sosiego que anhelaba.

—Demasiado tarde —confesó luciendo una mirada estática y una sonrisa queda, que advertía que estaba totalmente enajenado—. Ya no hay solución para lo que he hecho. Le he hecho pagar su traición. ¡Me ponía los cuernos! —recargó su mirada en cólera usando un tono pastoso—. Todos estos años trabajando en un matadero, me han

servido para llevar a cabo mi venganza. He disfrutado viéndola sufrir…

—¿Y la mujer? La estuve escuchando desde afuera —quiso saber Julia tras ver sangre en las manos de Román—. ¿Dónde la tienes?

El que amenazaba con suicidarse, dibujó una nueva sonrisa y respondió con frialdad.

—Aunque ya no chille como una cerda, sigue aquí. Está en la habitación del fondo.

—Voy a ir a verla. Igual necesita ayuda —sospechó Roca de que algo no iba bien.

—No —masculló Julia frenando a su compañero; ya que podría ser el detonante, para que el homicida confeso, se quitara la vida—. Todo esto no es necesario Román. Simplemente, queríamos hacerle unas preguntas. Si se baja nos marcharemos y volveremos otro día.

—No habrá segundas oportunidades ni para ella ni para mí —coqueteó con saltar del respaldar del sofá—. Ya no me volverá a poner los cuernos.

Iván, que tenía una mano sujetando la brecha de su cabeza, alzó la voz esperando respuesta por parte de la mujer. Pero no sucedió. No hubo respuesta y entendió, que no era un bulo de Román: a Isabel, le había pasado algo.

—Voy a ir a verla. Igual necesita una ambulancia.

—Mejor traiga a un cura —dijo el que estaba listo para quitarse la vida.

—No des ni un paso más, Iván —le susurró la teniente, temiendo que Román saltara. Prefería verlo pudrirse en una cárcel—. De nuevo, le invito a que baje. Hablemos esto como adultos. Solo queremos saber si Raúl Gallo, estaba vivo cuando usted lo encontró. Solo eso.

—Lo estaba. Yo lo maté. No lo auxilié —se jactó—. Pero, no pagaré condena por ninguna de las dos muertes. No, después de esto. Además, nunca me he sentido feliz. Jamás he sabido vivir la vida como la viven otros —finalizó abriendo los brazos en cruz y saltando del sofá.

Julia fue a por los tobillos de Román. No llegó a tiempo. Su cuello crepitó. El plan falló. El testigo había muerto ipso facto y ahora se balanceaba inerte, como un péndulo, fruto de la inercia. Iván, corrió hacia la habitación en busca de Isabel. Allí, la puerta estaba semiabierta. La luz entraba por la ventana, siendo filtrada por un visillo bastante tupido, que mostraba con claridad la cama de matrimonio, con su cabecero y su pie, fabricado en forja. Sobre una colcha blanca, había toda una colección de cuchillos puestos en orden de tamaño. Bajo cada uno de ellos, había un reguero de sangre. Los siguiente que vio Roca conforme abría la puerta, fueron unos pies atados por los tobillos a la estructura metálica de la cama y entonces

fue cuando su corazón, comenzó a latir desbocado. Sobre una silla, había una persona recostada, con las piernas estirada y tensadas por la cuerda. Bajo una toalla azul marino que claramente estaba mojada, asomaba una melena anillada negra y dos brazos desnudos y laxos a cada lado de la figura. El sonido de una gota de agua, alertó a Iván que, bajo la víctima, había un cubo y un barreño lleno de agua turbia. Dio dos pasos hasta el cuerpo y pisó algo. Al levantar la suela del zapato, se dio cuenta que era un trozo de carne puntiagudo con dos orificios. «Joder, es una nariz», adivinó Roca. Julia se sumó a la habitación. Con la mirada, siguió el rastro de pequeños despojos que se repartía por el suelo, entre los que claramente se distinguía una oreja con un pendiente largo; entre otros pedazos gelatinosos. Y, se vio en la obligación de comprobar, si aquel cuerpo evidentemente inerte y sin signo alguno de viveza, seguía con pulso. Aspiró y armada de valor, retiró la toalla. Frente a sus ojos apareció un monstruo, que poco tenía que ver con la morena de mofletes rollizos que retrataba la foto del salón. Julia usó dos dedos, índice y corazón, y los llevó al cuello descarnado de la víctima. El tacto resbaladizo y aún caliente que le devolvió la aorta, le ofreció una lectura descorazonadora: aquella mujer no llevaba muerta más de cinco minutos.

—Si hubiéramos entrado antes… cuando gritaba… igual ahora estaría viva — recapacitó Roca mientras le colocaba la toalla de nuevo sobre aquel rostro abominable—. Me deberías haber dejado que fuera a socorrerla. Ahora ninguno de los dos vive.

—No pensé que fuese ha ahorcarse. Creí que solo estaba llamando la atención. Pero me equivoqué. Es un puto carnicero, y no lo digo por su oficio.

—Parece un crimen machista —añadió—. ¿Tendrá algo que ver Raúl Gallo en esta historia? Ha hablado de infidelidad.

—No lo ha dejado claro.

—Puede ser que se vengara de los dos —dijo tambaleándose, mientras su cabeza le daba vueltas—. Primero liquidó al amante y luego a su pareja.

—Hay que esclarecerlo. Comisiona a una ambulancia, yo llamaré al jefe para que ponga en marcha todo el mecanismo post criminal.

Iván Roca, hizo lo propio. Pero, en su nivel de aturdimiento, solo atinó a llamar al 112. Tras una infinidad de preguntas y respuestas solicitadas por el operario, se acuclilló en un rincón. La operadora, avisó a la guardia civil de Buitrago del Lozoya y a una ambulancia. Julia Verbeke, observando como su compañero perdía el equilibrio, lo acompañó fuera de la casa, para que le diera el aire. Había perdido mucha sangre y por un instante, temió por su vida. Entonces, se quitó el cardigán y taponó la brecha de Roca, presionando con fuerza.

11
Una tarjeta bastante sospechosa

Los agentes que vivieron el asesinato machista y el posterior suicidio de su agresor, supieron que tendrías pesadillas e inquietudes durante una larga temporada. No eran pocos, los policías de la judicial, que pedían una baja psicológica por verse superados por la investigación que llevaban a cabo. Y eso ocurría porque eran personas, gente de a pie con los mismo miedos y fobias que el resto de humanos. Pero por suerte, en España, había investigadores que parecían hechos de otra pasta. Investigadores que, en vez de entrañas, tenían un jodido cementerio nuclear. Como si sus corazones estuvieran compuestos por celdas de hormigón, donde las emociones tóxicas y los recuerdos con capacidad de contaminar el resto de sentidos, quedaran sellados herméticamente. Éste, era el caso de la teniente Verbeke y del sargento Roca, que, aunque tenían el alma descosida por las heridas que dejaron las palabras y hechos presenciados en la casa de El Atazar, tenían los suficientes bemoles como para sobreponerse, pasar página y seguir adelante con el caso, como si aquello fuese algo que formase parte de la naturaleza de su día a día.

Fuera, bajo una encina achaparrada, esperaban a los refuerzos, custodiando la escena del crimen y esperando a los servicios de emergencia hicieran acto de aparición. El cielo se emborronó sobre las seis de la tarde, y el aire de montaña se volvió más húmedo y fresco. Con el fin de desconectar de lo vivido dentro, Iván, bastante recuperado de la contusión, le sacó conversación a Julia, para que no pensara en el incidente vivido.

—Por cierto ¿y ese tatuaje?

—¡Buff! —resolló Julia—. Ni me acordaba con toda esta movida.

La teniente alzó el antebrazo y comprobó el estado en el que estaba el film. Roca intentó adivinar.

—¿Es un reloj de bolsillo? ¿Una flor?

—Una rosa de los vientos —le precisó retirando el plástico para que no le cupiese la menor duda—. Necesito recordar que la vida sigue un rumbo.

—¡Está chulo! En la vida me imaginaba que fueras capaz de hacerte uno —se sinceró el sargento—. No por falta de valentía, sino porque tu renegabas de ellos. Decías que no te veías de vieja luciendo un tatuaje con la piel arrugada y la espalda llena de verrugas.

—Eso era cuando pensaba que podía envejecer con dignidad —

respondió usando un tono melancólico—. Ahora, veo la muerte más factible; como si pudiera olerla, como si supiera que me ronda con cierta obsesión.

—No digas tonterías, Julia —le sostuvo las dos clavículas con sus manazas—. Estás pasando un mal momento. Solo es eso.

Ella, supo que Iván solo estaba siendo condescendiente, pero le fue suficiente, como para ablandarse bajo aquella encina que parecía que, de un momento a otro, se iba a quebrar sobre sus cabezas. Y entonces, le abrió parte de su corazón.

—No debería haber bajado al sur —lamentó su decisión—. Buscar la pista de mi padre, solo me ha traído más dolor. Remover las ascuas, ha incendiado mi alma de nuevo.

—Lo siento, seguro que yo he contribuido a ese malestar tuyo —se disculpó el gigante de Roca—. Sé que no es el momento; pero, quiero que sepas, que todavía te sigo amando.

Julia lo miró sorprendida, creyéndose a medias su testimonio; pero, aun así, le respondió con la franqueza que le caracterizaba.

—Tengo que meditarlo mucho, Roca. Como amigo y compañero eres increíble, pero como pareja, no lo haces nada bien —mantuvo un silencio y miró las hierbas aplastadas bajo el zapatón del número cuarenta y seis—. Yo en una relación, busco comprensión, lealtad y cariño… busco en la otra persona un apoyo, un refugio… —alzó su mentón con decisión—; pero no una trampa en la que caer constantemente.

El trajín que acompañaba a las escenas del crimen, se hizo con el lugar, acaparando la atención de Julia y Roca: las voces de los mandos dando órdenes, las ráfagas de los flashes deslumbrando como relámpagos, las frecuencias de las emisoras de los patrulleros murmurando entre pitidos, el olor a calentón de los motores que acudieron a la llamada de auxilio, la sirena de la ambulancia…

Una vez salió el cadáver de Román en una bolsa de plástico, el binomio de agentes se plantó de nuevo frente a la vivienda en venta. Su parecer cambió de inmediato respecto al inmueble. Ya no les resultaba acogedor, ni idílico, ni siquiera un hogar; ahora tenía un aspecto lúgubre, tétrico, con un aura a casa encantada, a morada donde solo podía habitar la maldad. Y supieron, que lo que hoy podía parecer idílico y bello, mañana podía cambiar de un plumazo, y verlo como la cosa más horrenda de sus vidas. Esa era la dualidad del ser humano, la falta de conexión entre corazón y conciencia, en la que hoy matas por alguien y lo justificas diciendo que no puedes vivir si ella; y al otro día, prescindes de esa persona, como si fuese un clínex en el que ya no cabe más moco.

La zona estaba acordonada con cintas de plástico, salvaguardando el perímetro de curiosos y periodistas. El verde en todas sus

tonalidades, predominaba alrededor de la casa donde había dado lugar el asesinato: el balizaje, el carenado de las Suzuki DRZ 444 del Seprona, el diseño de rotulación de los coches patrullas, y el moderno uniforme de los compañeros de Seguridad Ciudadana. La presencia de agentes uniformados con EPI's anticontaminación y los que entraban vestido de calle con chalecos de la Guardia Civil, advertían que la maquinaria por esclarecer el crimen estaba en marcha. Justo en la entrada, bajo el porche de madera, había una pirámide amarilla con el número uno impreso en una de sus caras señalando la primera evidencia —se trataba del martillo ensangrentado con el que Román le quebró la crisma al sargento—. Cuando Roca lo volvió a ver, no lo recordaba tan macizo ni tan oxidado. Tenía la cabeza de hierro sujeta con una puntilla alcayatada. Iván, observó una vez más la herramienta con total detenimiento, y en ese mismo momento, en el que pensaba como no le había roto el cráneo en pedazos, notó una profunda punzada en la coronilla que le hizo cerrar los ojos.

—¡Verbeke, aquí! —se oyó una voz femenina.

Acudiendo a la llamada, Julia llegó hasta la empalizada que delimitaba el garaje. Entre los dos maleteros de los coches, pudo distinguir a Nekane Ndiaye —su compañera de Científica—, que esbozaba una sonrisa blanca, que contrastaba con su tez chocolate. Nekane era vasca de nacimiento, de veintiocho años, hija de inmigrantes senegaleses y quizás, la agente con mejor físico de todo el edificio de cristales de la UCO. Tenía el pelo negro y leonado, unos labios gruesos y pequeñas marcas en sus mejillas que se dilataban cuando sonreía. En su trabajo era muy metódica, y no solo se encargaba de tomar huellas o pruebas en los lugares más evidentes del crimen, sino que tenía un ingenio asombroso y una intuición sobrenatural, para descubrir pistas ocultas al alcance de la vista de cualquiera. Sin duda era la niña bonita del teniente coronel Miranda.

—Hola, ¡qué alegría verte! —la saludó Julia despegando tímidamente una de sus manos del pecho—. Menudo marrón, amiga.

Nekane, alzó las cejas en un gesto de compresión hacia su compañera. Luego, se aligeró en su tarea y cerró herméticamente una bolsita de plástico en cuyo interior se podía ver toda una ensalada de pastillas y cápsulas de origen sospechoso. En él, escribió un código y una fecha con ayuda de un rotulador permanente sobre el plástico y, atendió a su compañera como era debido.

—Mira lo que guardaba en el kayak, parece que no solo flotaba sobre el agua —bromeó mostrándole el hallazgo—. Por cierto, me alegro que estés de una pieza. ¡Vaya regreso más intenso has tenido!

—Si lo llego a saber vuelvo más tarde de Andalucía. Menudo disgusto —admitió Julia mientras los dientes le castañeaban.

—El juez ya ha levantado el cadáver —le avisó—. Por lo que ya

podéis entrar en la escena del crimen; el trabajo en el interior ha finalizado.

—Si pregunta por mí el teniente coronel Miranda, dile que estoy junto a la chimenea. Supongo que debe estar al llegar —dijo Julia frotándose los brazos en busca de calor.

—Dalo por hecho. A ver si tenemos suerte y podemos incriminar a este suicida con la muerte de Raúl Gallo y caso cerrado… ¡Por cierto! Tengo algo para ti —retuvo a la teniente un minuto más, alegando que iba a entregarle un presente. Julia enarcó sus cejas rubias, mientras observaba a la vasca de ascendencia senegalesa, como metía las manos dentro del mono en busca de un trozo de cartulina que guardaba en uno de sus múltiples bolsillos. Con total discreción, le hizo entrega del misterioso hallazgo a través de las lamas de la valla. Julia lo tomó y lo metió inmediatamente en sus ajustado jeans que ya no era de color blanco; ahora parecía de camuflaje—. Lo he encontrado en el asiento trasero del Dacia Duster. Luego la ves tranquila. Me pareció curioso la dirección que aparece en esa tarjeta… Me debe una, teniente.

12
Al candor de la leña

Como un novio esperando a su prometida sobre el altar, se hallaba Iván Roca con la mirada impasible y subido al primer escalón de la casa. El aparatoso vendaje de su cabeza, y la camisa ensangrentada, invitaba a cuestionarse al resto de agentes, si merecía la pena jugarse el pellejo por el sueldo de funcionario que recibían. La teniente Verbeke se puso al lado de Iván y tomó la iniciativa entrando la primera. Al pasar bajo el dintel de madera, pudo percibir olor a tabaco, sudor y orín. En un instante, perdió glamour la casa. A un lado halló el sofá de sky blanco, la moderna chimenea de metal y el suelo de mármol con una gran alfombra rústica. Y entonces, sintió una sensación eléctrica por su cuello, un escalofrío que le erizó los vellos de la piel amelocotonada de desde su espalda hasta la nuca. Y no tardó en elevar la cabeza y ver la soga anudada a la viga donde Román se quitó la vida «Debería haber disparado a la cuerda. No por salvarlo de la asfixia, sino para que se pudriese en una cárcel», caviló sobre lo sucedido.

—¡Buenas! ¡Hola! ¡Qué tal! ¡Enhorabuena! —se sucedieron una ristra de saludos por parte de los distintos guardias que ocupaban el salón de techos abovedados.

A Julia no le sonaba ninguna de las caras, y les devolvió el saludo con cierta desgana.

—¿Qué coño hace aquí tanta gente? —preguntó en un tono inquisidor a Iván Roca, como si él fuese el culpable de que, en vez de una escena del crimen, aquello pareciese una jura de bandera.

Roca se mesó la barba y tras pensar en lo gratuita que fue la acusación por parte de su compañera, llamó al sargento que controlaba a todos aquellos guardias que estaban tanto dentro como fuera de la casa. El tipo que compartía con Iván altura y rango, dio una profunda calada a su cigarro y se tornó en dirección al que le reclamaba, mostrando unos andares desgarbados, mientras balanceaba los brazos como si tuviera dos bolas de demoler edificios en vez de puños. En lo que atañía a su aspecto, parecía una bestia de arar —musculoso y huesudo—, con el pelo negro engominado hacia atrás y con una nariz estrecha coronada por dos ojos marrones que se ensombrecían bajo una frente protuberante y ancha. El sargento de Buitrago del Lozoya, exhaló el humo y arrojó la colilla a la chimenea.

—Sargento Mediavilla —los presentó Roca—. Ella es la teniente

Verbeke, mi compañera.

—Mi teniente —saludó el hombre de mandíbula robusta y cejas que parecían dos alas de cuervo—. Lamento el revuelo. Al ver la sangre, mis hombres han entrado saltándose los protocolos.

—Ya veo —le dio la razón Verbeke con aires de desapruebo.

Aquel tipo de cuarenta y seis años, tenía un timbre de voz bronca y no vocalizaba adecuadamente, es más, parecía que hablaba todo el tiempo haciendo gárgaras. Sin lugar a dudas, parecía un hombre de Cromañón, que había resucitado de una de las muchas cuevas que poblaba la Sierra de Guadarrama.

—En estos pueblos apenas ocurre nada —insistió Mediavilla dejando la boca abierta unos segundos como si se le hubiese descolgado el mentón. Julia apreció como las piezas delanteras de su encía, estaban separadas por líneas marrones; señal inequívoca del paso de la nicotina a lo largo de los años—. Y se ha presentado aquí media plantilla.

—¡Solo falta el tonto el pueblo! —exasperó Julia, repasando con la mirada la divisa que lucía en la hombrera de la chaqueta: tres franjas doradas con el borde en grana.

En ese mismo instante, cuando se oyó el eco del improperio —tonto— por parte de Verbeke, entró en la casa el juez Navarro, la agente de la científica Nekane Ndiaye, el médico forense Mauricio Santana y encabezando la desanimada conga, el teniente coronel Miranda, que le dedicó una mirada fulminante a Julia, sintiéndose aludido por el comentario. El teniente coronel se plantó en mitad del salón, con su uniforme verde de gala y contempló como la escena del crimen se había convertido en un cortijo. Molesto por el comportamiento de aquellos agentes, palmeó sin gracia y con fuerza, con el fin de acaparar la atención de los inquilinos de aquella casa.

—¡Soy el teniente coronel Rafael Miranda! —se presentó el de la UCO—. ¡Qué salga todo el mundo fuera, excepto los policías judiciales! ¡Ya! —exigió apretando los puños. El boca a boca, se extendió como un incendió bajo el techo de vigas de madera. De las habitaciones y el baño, salieron varios guardias en dirección al porche, sin mediar palabra, como si el estar allí les quemara las plantas de los pies. Miranda cerró la puerta y caminó hacia los miembros de su equipo. El único que se quedó, fue el basto sargento Mediavilla, que se cuadró uniendo las botas como si estuviesen pasando revista en un cuartel—. He dicho: todo el mundo que no pertenezca a mi equipo… Y a usted —miró su divisa para dirigirse a él poniéndose de puntillas—, sargento, no lo he visto en mi vida.

—Mi teniente coronel, soy Fulgencio Mediavilla, del puesto de Buitrago del Lozoya y, le pido disculpas por haber venido a meter las

narices en sus asuntos —se excusó enjugando todas y cada una de sus palabras—. Pero como comprenderá no somos adivinos, simplemente acudimos a la llamada de emergencias 112 que realizó aquí su subalterna —se excusó—. Y claro, me pareció tan grave, que movilicé a todo el personal para cubrir el suceso y acordonar la casa. Nuestro cuartel se encarga de toda la mancomunidad de El Atazar y de sus alrededores —trazo en el aire círculos con sus manos peludas, como si estuviese haciendo un conjuro ancestral—. Velamos por la seguridad de más de doce pueblos y normalmente, no ocurre nada trascendental, más que rescates de senderistas que se pierden, denuncias de hurtos o riñas entre cazadores. Por lo que imagine, mi teniente coronel, lo que supuso tener el conocimiento de algo así.

El teniente coronel se atusó el bigote y digirió el contenido de la frase a medias, ya que la vocalización atropellada de aquel hombre, resultaba indigesta para los oídos.

—Bueno, vayamos por partes —le respondió sin bajar el mentón y sin parpadear, como si la altura de aquel cavernícola engominado no le impusiese lo más mínimo—. Han reaccionado bien, pero han actuado mal —Julia, Iván, Santana, Nekane y el juez Navarro, oían atónitos junto al candor de la chimenea, cómo el teniente coronel le leía la cartilla a Mediavilla—. Como bien dice, se nota que no está acostumbrado a presenciar escenas del crimen, y por ello, debería haber llamado a la policía judicial para esclarecer los hechos, en vez de entrar usted, con su pareja de patrulla, a cotillear qué demonios había pasado dentro. Por si no tiene conocimiento, nunca hay que entrar por el lugar donde escapó el homicida, para no contaminar los vestigios que pueda haber en la escena…

—No fue así —le interrumpió Mediavilla cruzando sus brazos sobre el pecho—. Cuando llegué, me encontré al sargento Roca con la cabeza abierta y sentado en la puerta bajo el porche. Me dijo que dentro no quedaba nadie a quién auxiliar. Entiéndame, no es fácil lidiar con los compañeros, aquí hay mucho compadreo y todos querían saber de primera mano lo ocurrido.

—No hay excusa —insistió el teniente coronel—. Los cadáveres tienen derecho a la intimidad y el respeto, porque todavía son personas… aunque usted no lo crea. Y no es la primera vez, que los agentes, sobre todo los más jóvenes, empiezan a compartir entre sus colegas las fotos de las víctimas que realizan con sus móviles por las redes sociales. Usted como responsable de todos estos guardias de su puesto de Buitrago del Lozoya, debería haberlos pastoreado con mano firme —comentó el teniente coronel notando su malestar—. Se trata de una cuestión de dignidad… imagine que ese cadáver es su esposa o su hija o su madre. ¿Dejaría a todo el mundo contemplarla como si se tratara de un objeto en una exposición? —El gigante, agachó el

entrecejo y sus ojos pequeños se clavaron en el suelo—. ¡Cómo me entere que las imágenes del cadáver de esta mujer están pululando de Whatsapp en Whatsapp, me encargaré personalmente de expedientarle! ¿Me ha oído? Ahora salga si es tan amable.

Mediavilla abandonó el salón caminando como un oso —lento, pero con paso firme—. Antes de llegar a la puerta, fue abordado por la teniente Verbeke, que acudió a él como un toro de lidia ante un capote. Iván dejó de escuchar al teniente coronel intentando comprender, porque su compañera había abandonado el corro en dirección al energúmeno con uniforme.

—Espera —lo invitó a detenerse.

El sargento giró la cabeza y se la comió con la vista, como si ella fuese la culpable del rapapolvo que se había llevado por parte del teniente coronel delante del juez.

—¡Qué! —rugió dejando la boca abierta y mostrando los empastes dorados que cubrían las coronas de sus muelas del juicio.

—Tranquilo —masculló Julia—. Solo quería preguntarte si conoce al brigada Damián Tocino. Me gustaría hablar con él.

Mediavilla torció el morro y finalizó antes de perderse tras la puerta.

—Es el Comandante de Puesto. Su turno acabó y no quiso venir. ¡Con lo que le gustan estas movidas! No sé qué mosca le ha picado.

El portazo sacudió las hebras de pelo que sobresalían de la trenza de la teniente y por supuesto, crispó al teniente coronel que observaba desde la chimenea —lo llamó "imbécil" ahora que no lo escuchaba—. Miranda no se arrugaba ante nadie, pero tampoco era tan gilipollas como para sumarse al recuento de agredidos de aquella tarde de finales de mayo. Al otro lado de la puerta, mientras la chimenea deshacía la leña de encina, el teniente coronel mugía esperando un argumento convincente por parte de Julia.

—Solo teníais que venir a hablar con el testigo, de buenas formas y comprobar si daba algún detalle nuevo respecto al atestado que ya teníamos —relató Miranda sin dar crédito al inesperado desenlace—. Ahora tenemos dos fallecidos y un agente herido. ¿Cómo demonios se ha desmadrado la situación?

Roca miró al suelo buscando las palabras en los nudos de aquella alfombra de esparto. No encontraba explicación lógica a lo que había sucedido, ya que no siempre las cosas lo tienen. Dio su versión.

—Nos dijo que estaba ocupado. Luego, oímos gritos. Cuando abrió la puerta… me dio un martillazo en la cabeza y se anudó la soga —explicó Roca—. Cuando entramos, se justificó. Dio un paso al frente y puso fin a su vida.

—¿Qué argumento dio para algo tan injustificado como esto? —quiso saber el juez.

—Antes de hacer crujir su cuello, ha confesado que mató a su pareja por un ataque de celos y que, a Raúl Gallo, lo dejó morir. Al parecer… estaba vivo cuando lo encontró.

El teniente coronel se planchó el bigote y miró a Santana y al juez, buscando un gesto de aprobación en el testimonio aportado por la teniente.

—La muerte de la mujer, ha sido provocada por asfixia. Es un método de tortura. Le coloca la toalla sobre la cara y la moja con cubos de agua. Aunque antes, la ha hecho sufrir, mutilando su rostro con parsimonia y maldad.

—¿Estamos ante un crimen pasional con ensañamiento? —deliberó de manera informal el Teco—. Tendrá algo que ver Raúl Gallo en todo este intríngulis.

—Al Seat Ibiza que hay en la cochera, le falta la rueda de recambio —apostilló Nekane—. Pero, las medidas de la llanta de este vehículo, según fabricante, no coincide con la usada para lastrar a Raúl Gallo.

Julia se sujetó la barbilla y dio su parecer.

—A Raúl Gallo le faltaba un pedazo de carne en el brazo. Román trabaja en una sala de despiece… igual le sacó el pedazo de carne con un cuchillo. Tiene destreza… mirad lo que le ha hecho a su pobre mujer —intervino el sargento Roca mirando al forense—. Igual, se encontró el percal mientras navegaba, y eso le inspiró para causar ese sufrimiento del ahogamiento, a su pareja.

—No parece una idea loca —asumió Santana—. Haré una comparativa de las lesiones de uno y otra, para ver si se empleó la misma destreza y el mismo tipo de arma.

—Esto empieza a tomar forma —fantaseó el juez con archivar este caso y enviar a la trituradora un buen tocho de informes—. A ver si se corrobora la hipótesis.

—¡Nekane! —le requirió el teniente coronel—. ¿Has encontrado elementos coincidentes con el hallazgo de Raúl Gallo?

La compañera de científica, asintió con la cabeza y enumeró cada uno de las evidencias.

—He encontrado una soga en el maletero del coche, muy parecida a la que se usó para lastrar a Raúl Gallo —señaló la exótica agente, que aunaba en su genética, lo mejor de la raza africana y la caucásica —; además de la mencionada llanta y drogas en el kayak. En la casa, las evidencias son un par de teléfonos móviles y un juego de cuchillos de todas las formas y tamaños. No hay que descartar nada. Tenemos que esperar al informe pericial de los materiales.

—Buen trabajo, Nekane —le agradeció el teniente coronel—. Quedamos pues, a expensas de los resultados para conocer el grado de implicación de Román Berasategui en todo esto.

—Nuestra labor aquí ha concluido —aclaró Miranda dejando la

casa en potestad de los dos chicos de la funeraria que se adentraron siguiendo las indicaciones de Iván en busca de Isabel.

—¿Y qué hay sobre el testimonio del brigada de Buitrago? —quiso saber Julia.

—De momento, no parece relevante su testimonio. Trabajemos sobre lo que tenemos aquí —dictó Miranda—. Esta tragedia, apunta a violencia doméstica, donde el damnificado, traza una venganza en la que incluye a su esposa infiel y el amante de ella. Luego, en un acto cobarde, se suicida. Así, que ahora a dormir. Mañana seguiremos indagando en el asunto.

Cada uno de ellos, volvió a su vehículo. Iván esperó a Julia junto al Renault, contento a pesar de todo, pues tenía por delante una hora y pico en exclusiva con su expareja, para seguir derribando las defensas que lo habían alejado de ella durante seis meses. Pero la teniente, cambió de estrategia y le advirtió a Roca que volvía con Nekane al Palacio de Cristal. Roca le aseguró que, a pesar del martillazo, estaba lúcido para conducir de noche. Julia se mantuvo aferrada a su idea —y no lo hizo por capricho, sino por orgullo; ya que, ese acercamiento bajo la encina achaparrada con Iván, debía ser un hecho aislado si quería mantener su dignidad como mujer tras la infidelidad—. Una vez se montó en el sillón de acompañante, esperó a que Nekane pusiera rumbo a la capital. Y aprovechó para examinar las tarjetas de visita. La primera se trataba de un papel grueso y estucado, con un divertido dibujo de un cactus. La tipografía era elegante y se podía leer la siguiente inscripción: *«Floristería Púas, espinas y pétalos. Gabriel Verbeke Estrada»*. El número de teléfono estaba tachado con bolígrafo. La otra tarjeta pertenecía a un locutorio donde leyó una inscripción escrita en azul «Remedios alucinógenos: Rambo». Y nueve dígitos, que daba a entender que era el número del contacto.

—No se ve una mierda por esta carretera —se quejó Julia encendiendo la luz de viaje.

—Perdona mi indiscreción —habló Nekane mirando de reojo a Julia—. Pero ¿qué relación tendrá tu hermano con este asesino?

—Tendré que averiguarlo. Igual es una coincidencia que esté grapada a otra que parece de algún tipo de camello apodado como Rambo —pensó y quiso salir de duda—. ¿Por qué me la has dado en vez de adjuntarla como prueba tras incautar todas esas pastillas que tenía Román?

—Porqué sé que estas con medio pie fuera del cuerpo y no quiero, que esta coincidencia retorcida, pueda crear nuevas fricciones en tu relación con el Teco. Te admiro como investigadora. Así, que haz con ella lo que quieras. Será nuestro secreto.

—Gracias. Te agradezco el gesto.

La conversación acabó ahí. Julia guardó las tarjetas en su bolso y

dejó caer la cabeza en el cristal, observando como alrededor del coche, parecía que no había nada. Y se sintió identificada con el entorno respecto a su situación personal: a los volantes de un vehículo que se desplazaba hacia ningún sitio concreto, surcando un vacío infinito y plano, a la espera, de que algún día se quedara sin combustible o descarrilase hacia la luz.

13
Y al despertar, ya mi vida sabrá…

Tras el episodio traumático vivido en la casa de El Atazar, Julia Verbeke llegó a casa. Revoleó su bolso, se descalzó, se puso su camisón de Hello Kitty, engulló un par de cruasanes y se sentó en el Chester bajo una acogedora manta. La única luz que le alumbraba, era la de la pantalla del dispositivo, que le daba a su rostro un aspecto fantasmal. Mientras bicheaba el Facebook y Whatsapp con el pulgar de la mano derecha, fue deshaciendo su trenza con la otra mano. No tenía mensajes, ni llamadas perdidas nuevas, ni siquiera un triste «me gusta» en ninguna de sus publicaciones; tan solo parecía prestarle atención, los muchos anunciantes de vibradores y succionadores Satisfyer, que bombardeaban las páginas que navegaba, basándose en sus desesperadas búsquedas de Google. «De hoy no pasas», pensó haciendo clic en el producto de masturbación femenina. Sin dilatar más, la inútil lucha que mantenía con sus párpados, proclamó vencedor a Morfeo y se tumbó de costado sobre el incómodo sofá. Acomodó su trasero contra el respaldar, apretó los brazos sobre su pecho y frotó con energía los pies enfundados en los calcetines sobre el tapizado, como si fuese a hacer fuego con dos palos. Fue cuestión de cinco minutos que quedara vencida sobre los cojines, como un lechón sobre una ración de patatas asadas.

Tras diez horas dando vueltas sobre el indomable sofá, Julia Verbeke se despertó. Se desmadejó de la manta como una mariposa saliendo del capullo. Se puso en pie, estiró sus alas en mitad del salón y valoró su estado de ánimo. «Me siento como una mierda». El primer pensamiento que le vino a la cabeza, fue la tarjeta que le entregó Nekane, ayer por la tarde. Y pensó, en todos los malos ratos que le había hecho pasar su mellizo. Palos en tienda, tirones de bolso, incluso le había robado a su propia madre las joyas en alguna ocasión, para comprar droga. Con la idea de zafarse de aquel pensamiento, que se estaba volviendo recurrente, decidió darse una ducha de agua fría. Miró el reloj y eran las diez de la mañana.

—¡Alexa, pon música optimista en español! —le ordenó al asistente de voz; que en cuestión de milésimas de segundo encontró varios temas alegres, inundando la casa de energía a través de los altavoces que se desplegaban por distintos puntos del apartamento. La primera canción que sonó fue “Mi gran noche” de Raphael. Julia comenzó a tararear mientras movía sus hombros de camino a la ducha, tenía que

reprogramar su mente a positivo—. ¡Y al despertar, ya mi vida sabrá, algo que no conoce!¡Era la, la, la-la-la-la-la-la…!

Sin ropa, roció su cuerpo de agua helada, poniendo todos los poros de su piel de punta. Al jabonarse la muñeca, notó un dolor punzante. Como una quemadura. Se trataba del tatuaje: estaba enrojecido y abultado por allí, donde había tinta. Antes de padecer hipotermia y con las ideas congeladas, salió del plato de ducha. Con la canción de "Bonito" de Jarabe de Palo, se contempló en el espejo de frente y luego de perfil. Pasó sus manos por sus caderas y se dio una palmada en el trasero. «No estás tan mal Julia», se convenció. La ducha causó efecto y se sintió pletórica, dentro de esa sensación somática y bipolar que le acompañaba desde la adolescencia, donde pasaba de la tristeza a la alegría en cuestión de segundos. Tras secarse, se puso unos jeans negros; una camisa de cuello alto con franjas negras y blancas; un cárdigan de color rojo y se recogió el pelo en un moño que dejaba al descubierto sus ojos azules en todo su esplendor. Se pintó los labios en un rojo intenso y se calzó unas botas de agua del mismo color. Metió en su amplio bolso todo lo que creyó indispensable, así como la pistola reglamentaria, su libreta Moleskine, la tarjeta de visita que le entregó Nekane, las llaves del Mini y su móvil. Antes de abandonar su residencia, se perfumó con *Nuit de Feu* —de Louis Vuitton— y tomó un paraguas de mano.

Llegó a Madrid Centro. Estacionó en su parking favorito y cuando salió a la superficie, desplegó el paraguas. El tema de la tarjeta con el nombre de su hermano en el vehículo del homicida, volvió a su mente, como un eco que no se agotaba. La ansiedad se abría paso en el pecho de Julia y antes de visitar a su hermano para pedirle explicaciones, decidió llenarse el estómago para paliar su estado anímico. A paso firme, caminó por la Gran Vía en busca de la chocolatería de San Ginés. Las gotas azotaban la tela impermeable con suavidad, haciendo del paseo una grata experiencia. Todavía estaba lejos de su destino, desde allí era complicado percibir la exquisita alianza de aromas a café y churros, incluso para una persona con hiperosmia aguda; pero Julia disfrutaba igualmente, al apreciar en su olfato el olor a ciudad mojada. Sin prestar atención a los charcos, se encaminó hacía la churrería como si se fuese a quedar sin su ración. Y no escatimó a la hora de cruzar por los charcos más profundos, con tal de no tener viandantes por su vera. El paraguas de Julia era bastante estrecho, apenas cubría la envergadura de sus hombros, pero era el que conjuntaba con su bolso negro. Tras un centenar de pasos, sus botas rojas se detuvieron al resguardo de un pasaje que comunicaba dos calles —desde allí podía leer el letrero del vetusto establecimiento — y abrió las aletillas de su nariz respingona para deleitarse con la unión de esos olores tan dulzones. Seguidamente, recogió el paraguas

extensible y lo sacudió enérgicamente como si fuese un chucho empapado. Luego caminó pensando en qué se iba a pedir, chapoteando sobre la lámina de agua iridiscente, que como una colorida alfombra se extendía hasta la cafetería. El local estaba hasta la cúspide, repleto de jubilados, extranjeros y clientas habituales que, como ella, venían buscando el mejor chocolate de la capital. El joven camarero, Orellana — al que vio el día anterior y que parecía modelo de anuncio de perfumes—, le dedicó una sonrisa y la abordó con simpatía.

—¡Buenos días! ¿Qué vamos a tomar?

Julia se quedó petrificada por aquellos dos ojos verdes, que parecían esmeraldas. En un acto reflejo buscó a Pepa al fondo del mostrador, pero los martes libraba. En consecuencia, como si a aquel guapo camarero fuese su endocrino y quisiera pesarla como toma de control semanal antes de entrar en el establecimiento, cambió sus preferencias.

—Un café avellanado con dos sobres de sacarinas.

El chico alzó sus cejas, que parecían dibujadas, e hizo un rictus de sorpresa.

—¿Nada más? No quiere mejor un chocolate bien caliente y unas porras.

Julia se fue por la tangente y su mente interpretó las palabras en otro sentido. En un gesto mecánico, se mordió sus labios carmín de una manera pícara. Su boca se hacía agua al imaginarse tal festín con aquel chico de nombre Orellana, embadurnado de chocolate a la taza.

—¡Qué demonios! —respondió Julia pensando que aquello de privarse de lo que venía buscando era una absurdez—. ¡Con el hambre que manejo! Ponme un cappuccino y dos raciones de churros —el camarero guiñó un ojo de manera pícara y anotó en su minilibreta repleta de lamparones de aceite, la comanda como si no fuese capaz de recordar el pedido en cuanto se girase—. Y aligera… o te como a ti.

El joven oscureció sus mejillas morenas mostrándose avergonzado; y a pesar de estar acostumbrado a recibir piropos de toda índole, no supo cómo salir de aquel lance airoso. Así que hizo lo que mejor sabía hacer: mostrar su dentadura perfecta y seguir con lo suyo. Julia se encaminó escalera abajo. Allí siempre había más intimidad y menos jaleo. Las charlas pedantes de los jubilados sobre hospitales, males y fallecidos, se oían distorsionados, como un zumbido; y en vez de ponerle mal cuerpo a Julia con los decesos, la relajaban. Tras acomodarse, apoyó su paraguas de color negro contra la pared de azulejos blancos, para que terminara de desangrar las gotas de la lluvia que lo humedecían. La televisión estaba encendida. El volumen en mute. Había que leerle los labios al periodista que salía en los informativos. Desistió. Hurgó en su bolso. A ciegas, palpó dentro de

su bolso: la pistola, los clínex, las llaves de casa, el euro que siempre rondaba junto al Tampax de emergencia, la tarjeta que le entregó Nekane… finalmente encontró su teléfono. Con entusiasmo, lo colocó sobre la mesa y pulsó el botón lateral del dispositivo esperando a que se encendiera. Dos notificaciones llamaron su atención: un Whatsapp de Iván Roca y una llamada perdida del investigador privado que había contratado para encontrar los restos de su padre. Sin dar prioridad a sus preferencias, leyó el mensaje que le había dejado su compañero a las doce de la noche; el primero tras seis meses.

«Buenas noches, Julia. Hoy ha sido un día de emociones fuertes. Me alegro que hayas salido ilesa del marrón que nos tocó vivir sin previo aviso. La investigación va por buen puerto, igual el juez da por cerrado el caso antes de lo que pensamos. Descansa. ¡Ah! Te dejaste la bolsa de la farmacia en el coche. El próximo día te la entrego. Bye».

Nada más terminar de leer el mensaje, se acordó del tatuaje y notó una picazón latente en su antebrazo. Pensó en el tejido de su cárdigan, pero fue rascarse y sentir como los picos de la estrella de ocho puntas, se clavaban como agujas en su piel. Se quejó aspirando aire por la boca, pero nadie la oyó. Se arremangó la rebeca y se preocupó por el mal aspecto que estaba tomando. «He dejado que le diera el sol, le quité el film protector, no me duché al llegar a casa, no me lavé con jabón la zona afectada, y para culminar no me apliqué la crema cicatrizante… ¡qué esperabas Julia!», se regañó repasando todos sus descuidos. Sin lugar a dudas, el tatuaje estaba tomando un aspecto alarmante. Acto seguido, tras soplarse sobre el contorno enrojecido, devolvió su mirada al teléfono y viendo que no llegaba el camarero, le devolvió la llamada al investigador. «¿Habrá descubierto algo?», se entusiasmó. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis tonos de llamada… el tedioso contestador. Julia cortó la llamada y resopló. Aguardó un minuto y volvió a intentar comunicar con aquel Oficial de la Policía Nacional de Jerez de la Frontera, que fue expulsado del cuerpo, por decomisar ilegalmente un vehículo de alta gama, algunas paquetillas de cocaína y varios miles de euros, del chalet de un peligroso narco, aprovechando que había entrado en prisión. La teniente, podía haber contratado a otro tipo de investigador —uno más formal y sin antecedentes policiales—; pero tras entrevistar a varios candidatos, supo que Enrique Aragón, era su hombre. El clan de los Matasiete, se movía en un círculo muy concreto de gentuza; y solo un agente acostumbrado a patrullar y codearse con los delincuentes de los barrios más marginales, sería capaz de encontrar alguna respuesta que la llevara hasta los restos de su padre. La llamada fue recibida.

«¡Qué *paza*! ¿Dónde se mete señorita Verbeke?», saludó Aragón haciendo notar su marcado acento sureño. Al otro lado del teléfono se oía un chapoteo constante.

«Recargando pilas, Enrique. Ayer tuve un día complicado. Pero igual me alegras la mañana, ¿alguna novedad?».

«¡Pues claro! La duda ofende», le respondió en tono jocoso.

«¡Desembucha!».

«Uno de mis informadores: un delincuente habitual llamado Poluto, me ha soplado el nombre de un tipo que está relacionado con el clan gitano involucrado en la desaparición de su padre. Del talante de un personaje como este yonki, no puedes fiarte lo más mínimo, pero tampoco hay que subestimarlos: las cucarachas saben bien de que calaña son las ratas que habitan en las cloacas. ¡¿Me entiende?! El Poluto al principio se negó, pero a estos colgados les extiendes una rayita de coca y se consiguen resultados muy interesantes... ¡Fíjate! Me ha puesto en contacto con El Gazpachito, que es un delincuente que hacía los trabajos sucios del clan de los Matasiete».

Aragón silenció, dejando el suspense en el aire de aquella atmosfera ruidosa y enlatada que gobernaba la comunicación. A pesar de tenerlo a seiscientos kilómetros, Julia adivinó la cara exacta que puso aquel investigador de ojos azules y cabello anillado, ampliando una vanidosa sonrisa que se extendía en dirección a sus patillas de estilo ganadero y que acostumbraba a poner cuando atesoraba un as en la manga. La teniente sintió una turbonada en su interior que acrecentó sus ansias por saber de qué se trataba.

«¿Y? ¿Le has sacado información? ¡¿Qué sabes?! ¿Te has reunido con él?».

«¡*Pos* claro! Estás en buenas manos, Verbeke. Resulta que El Gazpachito, estuvo al servicio del clan. Digamos que era el matón, el tipo duro que se encargaba de ejecutar los ajustes de cuentas. Ahora está en una silla de ruedas; le dio la paliza al tipo equivocado y le rompieron las dos piernas. Ha accedido a hablar solo por venganza… bueno y por unos dos cientos euros, ya sabes cómo funciona esto».

«¿Me estás pidiendo más pasta?».

«En absoluto. Ya le dije que no hay precio para recuperar a un ser querido. Y que los tres mil euros que le pedí solo eran para cubrir los gastos. Voy al grano, Gazpachito, me confesó que él había trasladado el cadáver de El Belga, en una furgoneta de alquiler. Y lo llevó desde el zulo de la bodega hasta una laguna a las afueras de la ciudad».

«¿Cómo? Hijo de… ¿y estaba vivo o muerto?», se quedó de piedra esperando más información.

«Se lo pregunté, pero dice que no se acuerda bien; pero que juraría qué El Belga estaba fiambre… —corrigió y carraspeó en varios tonos como si estuviese calibrando su garganta—. Perdón, difunto. Al parecer lo llevó por la noche desde el zulo hasta la Laguna de Medina y allí, se lo entregó a otro tipo, el mediano de los Matasiete, para que fondeara el coche robado en el lecho del lago. Dieron por hecho, que

siendo tu padre guardia civil, moverían cielo y tierra para encontrarlo; pero estos tipos son astutos y decidieron ocultarlo donde nadie buscaría: bajo el agua».

Julia apretó el teléfono entre sus manos y sus ojos se anegaron de lágrimas. Con la voz titilante, añadió.

«Eso es estupendo. En un mes has conseguido más que la policía judicial en varios años. Ahora hay que conseguir un permiso para sacar el coche en el supuesto de que sea real su testimonio».

«Lo es, Verbeke. Lo… es —enfatizó poniendo voz de ganador—. Pero antes de pedir ayuda de rescate, hay que verificar si la información es correcta. Y ya lo he hecho. Ahora, mismo, estoy en la orilla de la laguna, con un amigo, el Bezugo, un aficionado a la pesca submarina. Una eminencia rescatando fardos de hachís en la playa —aclaró—. Se ha sumergido con su neopreno bajo las aguas. Tras diez minutos de inmersión, me ha confirmado que hay un vehículo en el lecho. Pero a través de las ventanas no puede ver con claridad si hay alguien en su interior. Cree que sí. Pero no quiero hacerte ilusiones».

«¡Gracias! No sabes cuánto tiempo llevo anhelando este momento, Enrique. Moveré los hilos necesarios para que saquen el coche de la laguna. Gracias de corazón».

«Nunca hay que subestimar a un yonki, teniente Verbeke. Son los ojos de la calle y los oídos de la noche. Le mantendré informada. Cuídese».

Tras el contagioso ceceo al que le sometió el investigador privado, Julia resopló emitiendo el sonido de una larga zeta, como un globo que se desinflaba lentamente. Tras liberarse de parte de la tensión acumulada, se enjugó las mangas del cárdigan con sus lágrimas y levantó la cabeza dichosa. Se sentía afortunada por estar cerca de hallar los restos de su padre y poder darle sepultura de una vez por todas. Y mientras en su cabeza, tomaba forma la idea de cerrar ese capítulo funéreo que tanto la atormentaba, comenzó a tatarear el fragmento de la canción de Raphael con la que se levantó: «¡Y al despertar, ya mi vida sabrá, algo que no conoce!¡Era la, la, la-la-la-la-la-la-la…!».

14
Las tarjetas de la discordia

En dirección al sótano, se oían los pasos de unas suelas desgastadas sobre el mármol. Y en este orden, fue apareciendo Orellana: zapatos de color negro, paquete bien marcado en su pantalón de pinzas, bandeja engrosando su bíceps, pecho definido, labios perversos y ojos verdes. Julia pensó en lo mal repartido que estaba el mundo, en cuanto a genética; algunas personas heredaban los defectos de sus congéneres y a otros, como aquel camarero, se le alineaban en perfecto equilibrio, todos los rasgos y virtudes disponibles en su cadena de ADN. El chico se aproximó hasta la mesa del fondo y descargó la bandeja con soltura.

—Una de churros y un café especial con dos sacarinas —enumeró esbozando una sonrisa.

—Gracias guapetón —le agradeció Julia comprobando que la espuma del café tenía una flor realizada con sirope—. ¿Y esto? Hace mucho que no me regalan flores.

—Me apeteció tener un detalle contigo. No se lo hago a todas, ¡eh! Solo a las que me parecen merecedoras de un presente.

«Un yogurín celestial, no puede estar tirándole los tejos a una pureta desfondada. Aunque se ha molestado en hacerme un detalle de art cofee. No te líes, Julia. Será por pura compasión. Se ha dado cuenta que tengo los ojos enrojecidos por el llanto», desconfió Julia de sus intenciones.

—Ahora me da lástima tomarme el café, la flor es preciosa —aseguró contemplando la espuma tatuada con maestría—. Por cierto ¿qué hace un chico como tú en una churrería?

—Esperando un golpe de suerte.

—Cómo todos —dijo Julia pensando en lo referente al hallazgo de su padre—. Lo que pasa es que a veces tardan mucho en llegar.

—Yo espero que esa fortuna me llegue pronto, porque si no me vuelvo a Murcia ya mismo. Alquilé una habitación y decidí probar suerte. Madrid te ofrece muchas oportunidades. Así que no que queda otra que servir churros de día, y por la noche, copas en un garito. Todo a cuenta de esperar ese casting que me abra una puerta para interpretar un papel secundario en una serie o película.

Julia dio un sorbo y se tragó el sirope. Cuando bajó la taza, su bigote estaba lleno de espuma. El chico amplió su sonrisa y elevó el mentón señalando la boca de la mujer rubia con ojos azules, que, como muchas otras clientas, le dedicaban miradas penetrantes.

Seguidamente, se secó con una servilleta y dejó carmín rojo en ella.

—Un chico guapo y con esta planta… seguro que te llueven los trabajos.

—Fui míster Cartagena. Y eso en vez de abrirme puertas, me las cierra. Solo me ofrecen participar en programas para la nueva tele —hizo una pausa recogiendo la bandeja bajo su brazo—: *Dating show, realitys* y todas esas porquerías. Yo quiero ser actor, aunque sea secundario.

—Pues nunca pierdas la esperanza.

—Eso nunca —admitió el joven—. Bueno, ¿y cómo te llamas?

—Julia —respondió guiñándole un ojo.

—Bonito nombre. Como la amante de Romeo en la obra de Shakespeare.

Julia hizo un mohín provocado por la poca brillantez del joven. El chico mostró sus dientes blanqueados con flúor y haces de luz.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre de pila no me gusta, me recuerda a mi padre. Nos abandonó cuando yo todavía estaba en el vientre de mi madre. Todos me llaman Orellana, que es el apellido de mi madre —Julia le hizo un gesto de ternura ante su relato, ya que el joven se mostró triste—. ¿Me perdonas? Tengo que subir. La jefa estará preguntando por mí.

Julia lo contempló mientras se alejaba, mordiendo un churro con total lentitud, al ritmo del vaivén de sus nalgas. Tras media hora de desayuno, salió del establecimiento en dirección al estudio de tatuajes. Fuera, las nubes grises se apelmazaban sobre los edificios, en borbotones de plomo que amenazaban con descargar balas afiladas en vez de agua. Un trueno sonó lejano, y estremeció a la mitad de los viandantes, que miraron al cielo, como si hubiese reventado un avión en pleno vuelo. La tormenta se antojaba inevitable. Verbeke, hizo un amago por extender el paraguas, pero de momento no llovía. A paso ligero llegó al negocio de los tatuajes y llamó al telefonillo hasta en cuatro ocasiones antes de ser atendida. Allí, Andy le dio instrucciones y le confirmó que se le había infectado. Que tuviera cuidado y que acudiese al médico de cabecera si brotaba pus del tatuaje.

Fuera del local, en el cielo de hormigón, se había abierto una grieta por donde asomaban tres haces de luz fantaseando con tocar el asfalto —aquello parecía una señal divina, pero solo era un fenómeno atmosférico—. El viento se hacía notar, agitando las ramas de los perales y sacando la basura de las papeleras hacia las calles; creando una estampa lúgubre en la concurrida Gran Vía. A pocos pasos, divisó la floristería de su hermano, de la cual salieron tres jóvenes entrados en kilos y con barbas. A continuación, salió un chico sonriente, como si le hubiesen lanzado un piropo desde dentro y luego dos chicos punkis que se dieron un pico antes de pisar la acera. A Julia no le pasó

por alto el detalle: ninguno portaba flores, macetas o cactus. Justo antes de disponerse a entrar, notó una mano enclenque que le se posó en su hombro. Luego vino la bronca voz.

—¡Shh! Rubia, ¿tienes un eurito para llevarme algo caliente a la boca?

Cuando se giró se encontró al toxicómano, que justo ayer la llamó amargada. Vestía un chubasquero azul que no era de su tamaño. Sus zarrapastrosas barbas escapaban del óvalo que dejaba a la luz la capucha impermeable del poncho que vestía. Entre sus labios, se veía su tenebrosa dentadura repleta de sarro y caries.

—¿Calentito? —pensó Julia en una papelina de heroína—. Nadie pide hoy en día dinero para comer, hay muchos comedores sociales.

—La comida de los comedores no me gusta. Nada más ponen lentejas y habichuelas —el toxicómano alzó la mano en la que sujetaba un tetrabrik de tinto y señaló la floristería—. Te espero aquí rubia, por si te sobra calderilla cuando compres flores al maricón.

—Pues lo llevas claro, no voy a darte una mierda.

Julia entró en la floristería —el local olía a pétalos mojados y tallos verdes recién cortados—. De las vigas de madera, colgaban unas redes que sostenían macetas, como si estuviesen en la bodega de un Boeing 747. Los cactus seguían imperando los estantes, en contra de la flor cortada que parecía estar decorando la tienda, como si no estuviesen a la venta. Sobre el mostrador había tres maceteros de cerámica esmaltada —el del gato, la espiral y el conejo— y sobre los que reposaban tres plantas con púas y tallos globosos. En un estante que emergía de la pared, había colocado la zambomba que le trajo Julia en su vuelta de Jerez de la frontera, junto a una foto de su madre donde se mostraba sonriente, frente a una tarta de cumpleaños de merengue, en la que celebraba el décimo cumpleaños de sus dos hijos mellizos. De la pintada amenazante de la pared, ni rastro.

—¡Julia! No te esperaba tan pronto de vuelta.

—Has dejado la floristería como nueva. Y parece que tienes éxito. Se ve movimiento de gente entrar y salir —indicó Julia intrigada—. Aunque, la mayoría salen con las manos vacías.

Gabriel se rascó los cráteres de sus mejillas, justo en la zona donde la barba se notaba más tupida —sus dedos se hundieron en los carrillos—. Luego cruzó sus brazos sobre el jersey verde que conjugaba con unos vaqueros blancos.

—La gente pregunta mucho, pero cuando le digo los precios, salen corriendo —argumentó restándole importancia al detalle—. Por cierto, se te ve contenta, a pesar del día tan gris que hace fuera.

Julia se mordió el labio, tirando con los dientes del arco de cupido y luego lo soltó pronunciando un “sí” afilado, como si fuese una flecha silbando en el aire.

—¡Sí! Acabo de hablar con el detective privado que está tras la pista del cadáver de papá —le explicó entusiasmada mirando a los ojos de su hermano—, y ha dado con un hallazgo que igual, nos trae de vuelta los restos para darle sepultura.

Su hermano no compartió su alegría, sino todo lo contrario, metió las manos en sus bolsillos y se puso a mirar la réplica en miniatura de la zambomba, que le trajo su hermana como suvenir de la tierra sureña, pensando en su turbulenta época allí.

—Tengamos sus huesos o no, no cambia nada, Julia —discrepó—. Seguirá igualmente muerto.

—Yo necesito cerrar capítulo, Gabriel —confesó con desespero—. No sé cómo consigues no atormentarte con su pérdida.

—Yo hace mucho que lo dejé en el baúl de los recuerdos; no merece la pena vivir anclado al pasado —se sinceró mostrando resentimiento—. Tuvo la oportunidad de ser feliz junto a una bonita familia. Pero priorizó su trabajo, por encima de sus hijos y su esposa. ¿Para qué? Para perder la vida.

—Era hijo de inmigrantes. Sus hermanos tenían mala reputación en el barrio, el abuelo andaba metido en líos y él, simplemente quería quitarse ese San Benito que le acompañaba a los Verbeke. Quiso limpiar el apellido familiar. Y encontrar su sitio a golpe de respeto.

—Pues en su búsqueda perdió el rumbo y nos hizo naufragar a todos —sentenció alzando la mirada hacia su hermana. Julia se sentía muy incómoda con el punto de vista de su hermano; quizás porque en el fondo sabía que tenía parte de razón—. Por cierto, ¿qué motivo te ha traído hasta aquí en un día tan feo?

—Tus flores. Venía a por un ramo para mamá y otro para llevarlo al nicho del Comandante Manuel Ruiz.

—Gracias a los invernaderos, hay variedad y flores para cada ocasión —afirmó su hermano acercándose a los cubos azules donde se hidrataban las flores ornamentales. Luego, seleccionó claveles, rosas, crisantemos y unos tallos muy ramificados como complemento. Y con cierta maestría, comenzó a elaborar una composición repleta de significado que solo él conocía—. Las madres son únicas. Ellas nos quieren de verdad. Así que lo mejor será un ramo de peonias. Son exclusivas y originales.

Mientras tanto, Julia trazo una visual por el local, donde pudo cerciorarse que, a pesar de la recomendación tras el robo, no había puesto cámaras de vigilancia. El pensamiento recurrente de la tarjeta de visita, vino a su cabeza de nuevo. Y sacó ese reconcome como si fuese una espina clavada en la garganta.

—Una pregunta, ¿te suena tener un cliente de nombre Román Berasategui? Es aficionado al piragüismo y trabaja en un matadero de Madrid —Gabriel detuvo su gesto de colocar los tallos de paniculata

blanca entre las rosas y luego prosiguió, negando con la cabeza—. ¿Y a un tal Rambo?

Entonces se le cambió la cara. Julia lo detectó y supo que ese nombre, había bloqueado su expresión facial. Gabriel salió al paso.

—¿A que vienen tantas preguntas?

—A esto —le mostró Julia las tarjetas grapadas, alzando una ceja rubia a la par—. La halló mi compañera de científica en una escena del crimen. Me llamó poderosamente la atención que apareciera tu nombre junto al de un presunto camello de estupefacientes.

Gabriel envolvió el ramo funerario con delicadeza. Colocó un plástico transparente y anudó un lazo rojo. Sus dedos temblaban. Carraspeó la garganta y levantó la mirada.

—¿Qué insinúas? ¿Me estás culpando de algo?! Ya piensas que estoy metido en algún asunto turbio, ¿no? —su rostro se volvió iracundo—. ¡Para eso no vengas a verme, ya tengo bastante con mis asuntos!

—Tus asuntos. Eso es precisamente lo que me preocupa —matizó Julia girando la tarjeta de visita que se trajo de la casa de El Atazar—. Ponía detrás el siguiente mensaje: “Remedios alucinógenos”.

Gabriel se colocó de lado y miró la puerta de salida, como si estuviese acorralado y quisiera escapar de la conversación. Comenzó a parpadear con nerviosismo y a intercalar el peso de su cuerpo de un pie a otro. Luego, le replicó usando un tono perdedor. A Julia no escapó su reacción al estímulo.

—Ya no soy ese enfermo del que todos se avergonzaban, ese Gabriel ya no existe. La vida me ha dado una nueva oportunidad para mirar al futuro, Julia. A ver cuando tú haces los mismo… —caminó dándole la espalda hacia donde estaba la caja registradora—. Esa tarjeta la pudo haber cogido cualquiera, están sobre el mostrador —se acercó y le revoleó un mazo de tarjeta de visitas al pecho, como si fuese un crupier falto de técnica—. ¡Deja de mirar al pasado! ¡No busques fantasmas donde no los hay!

—Si te refieres al comandante Ruiz y a papá, te aseguro que no son fantasmas, más bien los considero, como mis pilares. Parte de la persona que hoy soy.

«¿Y qué eres? Una mujer perdida», pensó Gabriel mirándola con desidia, luego le replicó.

—Ninguno de los dos, merecen mi respeto. Un padre que nos enviaba una carta al mes y que nos veía cinco veces al año. Y un comandante que quiso aprovecharse de la desgracia, para acercarse a mamá. ¡A ver si abres los ojos y miras al futuro, Julia!

—¡Mientes! —se sulfuró Julia—. El comandante Ruiz sintió lástima por nosotros y nos ayudó a salir adelante. Yo no sería guardia civil, si no fuese por su apoyo.

—Te utilizó Julia, te usó para acercarse a mamá. Puedes preguntarle a ella. ¡Qué ingenua eres a veces! ¡Me pregunto cómo demonios conseguiste ascender a teniente con las pocas luces que tienes!

Julia se quedó compungida. Aquellas palabras le hicieron tambalearse. Y en un gesto fugaz, retiró la manga del cárdigan y miró el vidrioso norte de su rosa de los vientos bajo el film. Respiró hondo y aguardó a que su hermano terminara con los ramos.

—¿Cuánto te debo?

—Sin descuento, setenta euros.

Julia le dio dos de cincuenta y Gabriel se los arrebató de la mano con saña. Pulsó un botón en su caja registradora y ésta, abrió un cajón donde florecían billetes de todos los colores. Eso provocó que Julia arqueara las cejas y que el llanto al que parecen que entrenan a los autónomos cuando montan un negocio, se convirtiera en un teatro falto de realismo. Tomó el cambio y abandonó la floristería tras un escueto: «hasta otro día». Al salir, abrió el paraguas ante la fina lluvia que enturbiaba la avenida como una cortina de satén. El repiqueteo en el poncho impermeable del yonki —que permanecía impasible junto al escaparate— le llamó la atención y giró la cabeza en su dirección.

—Rubia, ¿te han sobrado unos centimillos para este humilde caballero?

—¡Hay que joderse! —expectoró Julia. Y antes de mandarlo a la mierda, recordó las palabras de Enrique Aragón: *«Nunca hay que subestimar a un yonki, teniente Verbeke. Son los ojos de la calle y los oídos de la noche»*. Y le hizo una proposición—. ¿Quieres ganarte diez euros?

—Con menos me haces un hombre.

—Averíguame que trapicheo se trae entre manos el florista. Creo que se dedica a otros asuntos, más allá de las flores.

—¡Pues ya me lo he ganado! —puso la palma de la mano extendida, mostrando sus guantes negros de lana, que dejaban al descubierto sus falanges—. ¡Mira que rápido! Se dedica a juntar a maricones en casas. Eso lo sabe todo el mundo —bajó el tono para que nadie le oyera—. Orgías con tíos, ¡qué asco!

Julia, quedó abrumada por la información de primera mano, que le estaba entregando aquel yonki. Juraría que el mundo pasaba a su alrededor sin que él, fuera consciente; pero una vez más, estaba equivocada; incluso estos zombis callejeros, no perdían detalle del mundo de los vivos.

—Si averiguas algo más, te ganarás cincuenta euros, ¿trato hecho?

El toxicómano estiró la mano para cerrar el trato, pero Julia no fue capaz —sintió grima— y se limitó a tenderle los diez euros con el fin de que este lo cogiera. Pero aquello era un pacto entre caballeros y el yonki, apretó la mano de Julia, con fuerza, como si no hubiese un

mañana.

«Menos mal que no se ha escupido en la palma para sellar el acuerdo», sintió alivio pensando en rociarse la mano con hidrogel a la primera de cambio. A paso ligero, volvió al parking. El cielo rugía sobre su cabeza como una bestia herida. La tormenta, estaba a punto de descargar su furia. Julia protegió los ramos de flores bajo el paraguas y se encaminó hasta el cementerio.

Allí, siempre encontraba paz.

Hablando con los espíritus del pasado.

15
El comandante Ruiz

Julia conducía el Mini en dirección al cementerio de la Almudena. El trayecto se hizo eterno debido a la poca visibilidad y la llovizna que se volvió insidiosa en cuestión de segundos. Los limpiaparabrisas, a pesar de estar al máximo de su oscilación, no eran suficientes para evacuar el agua que se amontonaba sobre el cristal. La sensación en la cabeza de la teniente Verbeke, era similar; no era capaz de apartar los pensamientos que quería evitar. «¿Y si realmente el comandante Ruiz, me había utilizado de señuelo para acercarse a mi madre?». De repente, el cielo se iluminó tras las nubes, luego bramó. La tormenta ponía de rodillas a la Capital, bajo sus gritos y el estruendo de su eco. Julia estacionó sin problemas, ya que, solo se le ocurrió a ella visitar el Camposanto en un día como hoy. En la explanada aledaña, no estaban siquiera los incansables aparcacoches, que te seguían con los chalecos reflectantes mendigando un euro, como si fuesen a cuidar tu vehículo de posibles hurtadores. Mientras la tormenta azotaba la carrocería del Mini sin compasión, Julia se resistía a poner un pie fuera del coche y esperó a que la tempestad amansara. Pensó en encender la radio, pero todo quedó en un ademán —no fue capaz por temor a que atrajese un rayo hacia la antena y quedara achicharrada en un sarcófago de metal—. Se giró y fijó su mirada en la composición de ambos ramos; uno para su madre y otro para un difunto. A pesar de simbolizar cosas muy distintas, los dos arreglos florares le resultaron preciosos…, pero a la vez, insignificantes. «Acaso podían los interfectos oler las flores, acaso distinguían los colores de los pétalos o se sentían dichosos por el precio que costaba un ramo», dilucidó sintiendo que aquello era una tradición, un gesto para limpiar su propia conciencia; porque los que estaban al otro lado del mármol, ya ni sentían, ni padecían. El cielo se iluminaba con destellos y rayos, a ramalazos. Ante la imposibilidad de abandonar el vehículo sin ponerse como una sopa; Julia optó por hacer una llamada a la comisaria de Jerez de la Frontera, para que el inspector que llevaba el caso, agilizara los trámites judiciales para sacar aquel coche del fondo de la laguna. La conversación se dilató durante veinte minutos, en un toma y daca, hasta que finalmente, dieron por válido los indicios presentados por el detective privado en nombre de Julia. Nada más finalizar la llamada, la tormenta amainó, dando una tregua para el resto del día. Desestimando el paraguas, tomó un ramo y caminó por

la acera rumbo al cementerio. Una robusta reja protegía los restos óseos de posibles profanadores de tumbas y otros hijos predilectos de Satanás. Al traspasarla, se encontró un pasillo largo y desolador. Enormes charcos y hojas verdes en forma de espina, tapizaban aquel camino empedrado en el que reinaban las lápidas, los nichos y los panteones. Allí, no se apreciaba ninguna forma de vida; siquiera gatos moradores, ni mucho menos gorriones en busca de un trago de agua para hidratar sus buches. Dentro, el viento apenas soplaba, debido a los cipreses, los abetos y los altos muros que parapetaban la necrópolis cosmopolita ubicada en el centro de Madrid. El silencio que reinaba, hablaba del descanso eterno de los que ya no estaban en alma. Julia no tardó en hacer suya esa paz, como un reclamo de los que estaban al otro lado de la vida. Como un lamento sordo, que solo podía ser escuchado por los seres queridos que se plantaban frente al nicho a rezarle a los suyos. Pero todo era apariencia, la teniente conocía bien el proceso de descomposición del cuerpo humano y sabía que, tras cada lápida, había puñados de gusanos que se deleitaban haciendo añicos la carne.

Julia salió de sus ensoñaciones y continuó buscando la lápida del comandante Ruiz. La teniente se sentía inquieta por tanta serenidad, en contra, de lo que leyó una vez en una revista de la sala de espera de su dentista, que hablaba sobre el escritor Frank Kafka, en el que aseguraba, que tenía el hábito de visitar con asiduidad el cementerio judío de Josefov, donde hallaba soledad y recogimiento. Julia no sentía lo mismo que el célebre novelista, aquello le parecía un final injusto para un camino tan largo. Y estar por allí, solo le recordaba que hiciese lo que hiciese, su muerte sería algo inevitable. «La vida es una puerta a ninguna parte», se dijo antes de llegar a la tumba de su mentor. La estela de granito estaba enmarcada por un arco carpanel de ladrillos vistos. En la losa, se podía leer en letras doradas el nombre de su ocupante: Manuel Ruíz Maestre. Bajo la losa dispuesta en vertical, había un estante y ahí, colocó el ramo de tonos rojos. A pesar de no tener descendientes, ni mujer, alguien le había dejado una banderita de España, atravesada por un pin dorado en el que aparecía un haz de lictores formando una equis junto a una espada desnuda —el inequívoco logo de la Guardia Civil—. Julia lo recolocó sobre el saliente de ladrillos vistos. Al tocar la bandera, su mente se abstrajo y removió un recuerdo de hacía unos años, precisamente el instante en que Julia Verbeke juraba bandera junto a dos mil guardias civiles en la Academia de Baeza. Allí estaba su madre, junto al comandante; ambos mirándola con orgullo y ella, satisfecha por conseguir la meta que un día fijo.

Poco a poco, mientras el viento borraba del cielo las nubes negras como si fuese un Tele sketch, distintos grupos de personas, acudían al

cementerio para velar a sus difuntos. Pronto, las calles se volvieron concurridas. Cada vez que una silueta pasaba de largo, Julia dedicaba una mirada en su dirección, sugestionada por las leyendas que siempre acompañaban a los Camposantos, pero eran personas de carne y hueso; como ella. Aprovechando que, de momento seguía en rigurosa intimidad, se remangó el brazo derecho y le enseñó el tatuaje al nicho, como si se pudiera comunicar con el difunto en una videoconferencia con el más allá.

—Mi querido comandante Ruiz… espero que te encuentres bien, allí donde estés —se le atragantó la voz a pesar de estar hablando sola —. Sabes que siempre te pido que busques a mi padre, que me envíes una señal que me de aliento, para encontrarlo. Y creo, que haberme cruzado con ese tal Enrique Aragón, ha sido cosa tuya —sonrió entusiasmada apoyando una mano sobre la esquela—. Por cierto, mira lo que me he tatuado. Se me ha infectado, pero es una rosa de los vientos apuntando al Norte, señalando la N de Nicolás. Espero que te gusten las flores, según mi hermano, son un símbolo de respeto y honor. Gracias por haber estado siempre a mi lado, un padre no se puede reemplazar, pero tú has sido lo más parecido que he tenido. Te extraño.

Julia anegó sus ojos con lágrimas y se quedó fija mirando la edad a la que llegó su mentor: cincuenta y ocho. «¿A cuántos llegaré yo?», se preguntó esperando no saber nunca la respuesta. Luego dio un paso atrás, contemplando los pétalos que contrastaban con la piedra y rememoró el momento en que se enteró de la noticia del fallecimiento de su mentor. Fue hace cuatro años. Julia llevaba seis meses incorporada a la Unidad Central Operativa, por recomendación del comandante y estaba en el grupo de Delitos Económicos, que es donde empiezan los recién llegados para ir tomando contacto con la manera de operar de la UCO. Manuel Ruiz quedó con ella el día antes de partir hacia Almería, donde se disponía a dar caza a un peligroso asesino —conocido como: el Espantapájaros—. Quedaron en la churrería de San Ginés, bajo los cuadros de celebridades que decoraban la pared. Allí, le contó toda la verdad sobre Nicolás Verbeke, como si supiese que nunca la volvería a ver jamás. Fue así: «Tu padre, al que todos conocían como “el Belga”, era un agente con dos pares de cojones y una valentía sobrehumana. En la comandancia, la mayoría le tenían mucha estima, a pesar de su carácter agrio. Era de esas personas directas de las que ya no quedan. Sus ojos azules eran como un cristal donde se podía leer lo que pensaba. Era un tipo sin dobleces, ni retorcimientos. Si te tenía que mandar a la mierda te lo decía en la cara y cuando tenía que asumir un error, era el primero en pedirte disculpas. Nicolás era un hombre obcecado por la justicia y por erradicar la escoria que reinaba en las calles, y que, según él, llevaron

a su padre y a su hermano, por tan malos derroteros. Cuando le adjudicaron la misión de vigilar al clan más peligroso de la provincia, David, Aarón y Abraham: los temidos "Matasiete"; no tembló como haría cualquier mortal al recibir el marrón, sino que le dio las gracias al mando por la oportunidad brindada. Tal cual te lo cuento —le hizo un inciso mostrando asombro—. Esos narcos sin escrúpulos, robaban, extorsionaban, mataban y movían toneladas de hachís por toda Andalucía. Poco a poco, tu padre fue desmantelando las "guarderías" donde almacenaban la droga, frustró varios desembarcos en la playa y aportó información relevante sobre los hábitos delictivos de estos tres hermanos; que lo único que tenían de santos, era el nombre bíblico que le pusieron al nacer. Gracias a su implicación, dieron caza al patriarca y lo metieron entre rejas. El Belga, se convirtió en la piedra del zapato de los Matasiete. Esta gentuza, tomó represalias contra tu padre y a partir de ahí, llegó su calvario. A su pesar, os puso a salvo en Madrid, y decidió llevar hasta el final su empresa. Sabía que estaba muy cerca de encerrar a todos los miembros del patriarcado y recibir un distintivo por su encomiable labor. Pero la amenaza de muerte, que ensombrecía a los Verbeke allí donde estuvieran, se hizo latente. Tu padre no fue capturado por los Matasiete, sino que negoció entregarse a cambio de que os dejaran en paz, ya que estos tenían matones repartidos por toda la península. Por eso vine yo a Madrid, para protegeros de esos sicarios llegados el momento, esa fue la promesa que le hice a tu padre —el comandante silenció apurando su café americano—. A esa gentuza sin escrúpulos hay que matarlos, como se les deje vivos, siempre se vengan.

Julia, volvió en sí. En su bolso, notó el móvil vibrar. Su corazón latía con premura, resonando en su pecho; convirtiéndose en la envidia de todos los exánimes. Sacó el dispositivo y atendió la llamada.

«Verbeke —resonó la voz enlatada del teniente coronel Miranda—. Malas noticias».

«¡¿En plural?! ¿Malas?».

«Según los informes periciales, la soga que ataba a Raúl Gallo a la llanta y la encontrada en casa de Román Berasategui, no están fabricadas con el mismo material. El forense ha determinado que, tras el cotejo de las lesiones de Isabel y Raúl, la forma y la manera de ejecución de las ablaciones en la piel, no coinciden. Y tras registrar las llamadas del teléfono de la mujer asesinada y la víctima del río, no se han hallado vínculo alguno que los relacionen. El juez ha determinado que el caso sigue abierto y que tenemos que buscar al causante del homicidio. Por lo que, tendréis que reuniros con el brigada Tocino, de Buitrago del Lozoya y, que os revele su testimonio; Iván Roca le está esperando aquí en la Central; no se demore mucho».

«Entendido».

«Espere. Hay más. Ha aparecido ropa en el río».

«¡Vaya! Empezamos entonces de cero con la investigación, ¿no? Voy a casa a cambiarme y tiro para allá».

Julia guardó el móvil y con cierta rabia por tener que marcharse, con la de cosas que quería contarle al difunto.

—Comandante Ruiz —puso la mano sobre la fría piedra del nicho —, tengo que marcharme, ya sabe, el deber me llama. Mi hermano me ha dicho hoy algo que no me gustó de ti. Está convencido de que me utilizaste como excusa para acercarte a mi madre. ¿Fue así? —se entristeció guardando unos segundos de silencio—. ¿Me convertiste en una especie de Caballo de Troya para que te abriera las puertas de casa? No te creo capaz, de ser tan mezquino… ya me lo dijo una vez, que creyera en la buena fe de las personas. Pero como buena investigadora que soy, lo averiguaré. Le volveré a visitar para bien o para mal. Gracias de todas maneras. Verbeke besó la lápida y con un mal presentimiento, se marchó del cementerio. Tocaba trabajar y esclarecer, que estaba ocurriendo realmente, en las inmediaciones del mar de Madrid.

16
Buitrago de Lozoya

Por suerte, ya no llovía. El cielo había cambiado sus planes de repente y ahora, Madrid lucía un sol radiante. Al volante, Julia. Roca iba de acompañante con la mirada fija en el boscoso paisaje, en busca de algún arcoíris tras la tormenta. Así, llevaban ya sesenta kilómetros. Meditabundos, con la melodía del ronroneo del motor y muy atentos a las indicaciones del navegador GPS. Un intenso pitido, encendió la luz de reserva del Renault. Ambos salieron de sus ensoñaciones. Ahora, tenían que estar atentos a un letrero que indicase donde había una gasolinera, si no querían verse en una cuneta con el depósito vacío, en mitad de la sierra. Julia habló de lo que realmente era importante.

—Dicen que ha aparecido un nuevo tumulto de ropa en el río. ¿Crees que será un hecho aislado?

—El río Lozoya es enorme. Según Google tiene unos noventa kilómetros y varios embalses. La gente tira basura de todo tipo al cauce. Pasan de los ecosistemas y de cuidar la biosfera. Puede ser ropa que lleva años allí o de algún turista que se ha dado un baño y ha perdido sus prendas.

—Se trata de una chaqueta de color rojo y falda de tubo del mismo color. No se trata de un pantalón viejo y una camiseta —sembró dudas en su compañero—. Por cierto, ¿has traído la bolsa de la farmacia que me dejé olvidada? Se me ha infectado el tatuaje.

—Sí, está en el maletero —le aclaró—. Por cierto, ¿cómo estás después de lo de ayer?

—¡Mira, allí hay una gasolinera! —indicó Julia cambiando de tema.

A lo lejos, el pueblo de Buitrago se mostraba como una península alzada con sillares y almenas, flanqueada por las aguas del río Lozoya. En su interior, destacaban numerosas tejas rojas que se apiñaban hacia una torre de piedra con un reloj. Su destino estaba ahí, pero antes, hicieron parada en la gasolinera. La estación de servicio, tenía techo de metal, dos calles con surtidores, una máquina de refrescos descolorida por el sol y un taburete en la entrada a la tienda, donde el expendedor aguardaba aburrido a que llegara algún cliente. El veinteañero —uniformado con los colores azul y naranja de la franquicia Repsol—, dio tres zancadas y se colocó junto a un lateral del Renault Laguna, dando a entender que la manguera era cosa suya. Julia se apeó y lo saludó. Le pareció un gesto muy grato, que un tipo,

te llenara el depósito —esa costumbre parecía extinta en las grandes ciudades, donde primaba el autoabastecimiento y todo iba orientado, para para reducir costes en vez de buscar la satisfacción del cliente—. El chico descolgó el boquerel y lo introdujo en la entrada del depósito a la primera. Roca aprovechó para ir al baño, tenía la vejiga a punto de explotarle. Y tal como abrió la puerta del WC, la cerró. Lo que se encontró en la taza del váter y en los azulejos que alicataban el aseo, le removió tanto el estómago, que sintió nauseas. «Dios mío, no se puede ser más cerdo», pensó haciendo un mohín que nadie vio. Con el estrés típico de no poder aguantar más, se bajó la cremallera de sus pitillos de tejido vaquero y orinó escorado entre unas bombonas de butano naranja y una jaula verde que contenía leña para chimeneas. Mientras el vaho de su orín flotaba delante de sus ojos como si los troncos de encina estuvieran prendiendo, no perdía la ocasión de inspeccionar el lugar evitando que alguien le viera evacuando de aquella manera. Cuando subió la cremallera, elevó la cabeza en un gesto automático y arriba, vio varias cámaras que posiblemente, habían filmado su gamberrada. Y se maldijo haciendo sonar su saliva al torcer la boca.

Julia, mientras tanto, entró a la tienda para pagar. Y no tardó en sucumbir a las delicias artesanales que se exponían en los estantes. Compró una cajita de Miguelitos de la Roda y abandonó la tienda, pensando en ese primer bocado de azúcar glas, hojaldre y crema de cacao. Antes de entrar en el coche, fijó su mirada en un quitamiedos que había frente por frente a la gasolinera, justo en una curva y allí divisó un ramo de rosas marchitas amarradas con cinta de embalar. La respiración se le cortó y no tardó en ponerse triste —no era difícil adivinar que alguien había perdido la vida en un trágico accidente de tráfico—. Pero Julia no se apenó por la desdicha, sino por el tiempo que llevaba allí aquel arreglo floral sumido en la pereza del olvido. Inmediatamente, se acordó del ramo que tenía en el sillón trasero de su Mini y supo, que sin agua y a pleno sol en el parque móvil del Edificio de Cristales, las flores que iban a ser para su madre, acabarían con el mismo aspecto mortecino que las que adornaban con soez aquel guardarraíl. Roca ocupó su asiento. Julia condujo hasta Buitrago, entretenida con el relato del sargento sobre el lamentable estado del baño, saliendo de su boca todos los sinónimos relacionados con el adjetivo “asqueroso”, para referirse a los artífices de aquel reparto de heces por el alicatado y el trono sanitario que llevaba su apellido —Roca—, como marca comercial.

El navegador siguió dando pistas, hasta que al fin se encontraron frente al pintoresco pueblo medieval, que no había perdido un ápice de aquella época de guerra. La entrada a la ciudadela, la hicieron a través de un puente de mampostería, sillería y granito —llamado

Puente Viejo— que salvaba el río a través de un único arco de medio punto. En el interior de los muros, las casitas mantenían una estética similar, con fachadas fabricadas en piedra y callejuelas estrechas, diseñadas en tiempos remotos para que circulase una yunta de bestias sin rozar las paredes. Al aire libre, se veía bastante movimiento de personas y turistas con sus cámaras réflex colgando del cuello. El humo de las chimeneas, emborronaban el cielo creando una bruma espesa que daba al pueblo un aspecto algo lúgubre y melancólico —al menos así fue para Iván Roca, que recordó su primera escapada romántica con Julia a la ciudad medieval de Cesky Krumlov en la República Checa—. Y pensó en lo bonito que era estar enamorado y acompañado con alguien que te comprendía a la perfección. Ahora, sin embargo, y a pesar de haberlo compartido todo con ella, se sentía como un completo desconocido ante sus ojos.

Las calles rezumaban un delicioso olor a carne a la brasa y a guisos hirviendo al candor de los fogones. La gente esperaba sin prisas en los pasos de peatones, cediendo el paso a los coches con gestos repetitivos, como si no tuvieran prisa por volver a casa. La vida allí parecía tranquila, sana y porque no, aburrida. Nada que ver con el bullicio de las calles de la capital. Sobre las estrechas aceras, los buitragueños se detenían a charlar entre ellos, dando muestra, de que la mayoría se conocían de toda la vida. A los ojos del sargento Roca, no pasó desapercibido la indumentaria que regía la moda pueblerina, donde la media de edad de los modelos rozaba los cincuenta años y sus conjunciones parecían elaborados por el mismo modista: pantalón claro y jersey con cremallera bajo el cuello en los hombres; y en mujeres, tintes rubios en pelo corto, pantalones negros y chaquetones coloridos. Julia en cambio, mantuvo su mirada en una niña rubia de unos siete años, que se aupaba de puntillas, señalaba una Barbie que había tras un escaparate. Su padre le dijo que no; la niña le hizo una carantoña y el papá cedió. Fue cuestión de segundos, que aquel deseo de la chiquilla se materializara. Ahora caminaba dando saltos, de la mano de papá y con una sonrisa llena de ilusión de las que hacía mucho Julia, no sentía. Y por unos instantes, la teniente deseó ser pequeña de nuevo.

Tras unos minutos, el vehículo ascendió por una cuesta empinada, y estacionaron junto a un enorme campo de futbol base, cercado perimetralmente con una valla metálica de torsión simple. Por allí, apenas, había viandantes, solo una chica sacando a su mascota a pasear.

«Calle San Lázaro. Ha llegado a su destino», dijo la voz robótica del navegador. El binomio de agentes, tardó en descubrir donde se encontraba el cuartel de la benemérita, ya que el inmueble parecía una hacienda en vez de un puesto. Pero la bandera de España

flameando junto al mástil, hacia inequívoca su identidad. Aquel "mini cuartel" enclavado en la Sierra, hacía de centralita de todos los pueblos que conformaban la mancomunidad que rodeaba el cauce del río Lozoya. En un patio vallado, descansaba gran parte de la flota de vehículos todoterreno, como si aquello fuese una feria donde se exponían vehículos clásicos y de ocasión. Acostumbrados al sobrio edificio de cristales de la UCO, aquel inmueble les resultó encantador. Tenía tejas negras y fachada de ladrillos vistos a dos alturas. Sin demorarse demasiado, Verbeke y Roca cruzaron el patio y se aproximaron hasta la puerta de entrada. Sobre sus cabezas había un letrero verde en el que ponía: «Todo por la patria». Dentro, tras una mesa con tapa de mármol, había una compañera uniformada con aquel polo aceituno de manga larga, con el escudo y las letras de Guardia Civil resaltando en fosforito sobre su pecho. Se trataba de una chica rubia, con las cejas muy definidas y la nariz puntiaguda. Tenía los cabellos recogidos en una cola y no aparentaba más de veinticinco años. Sobre la silla mantenía una postura encorvada que advertía de su estado anímico. Bajo los pies, tenía un calefactor de barras incandescentes que daba un halo naranja a toda la sala. Usando un tono cordial, les atendió.

—Buenas tardes. ¿En qué les puedo ayudar?

—Somos de la UCO —se presentó Roca quitándose las gafas de sol justo en ese momento—. Teniente Verbeke y un servidor, Sargento Iván Roca.

La guardia se enderezó y rectifico sus hombros, haciendo desaparecer aquella chepa que sale cuando el tedio te domina en un puesto en el que no entra nadie durante horas.

—Bienvenidos. Soy la guardia Pedraza —respondió sintiendo admiración por la boca de aquel hípster, que entre las frondosas barbas mostraba unos dientes blanqueados que resplandecían como una fuente luminosa—. ¿Les puedo ayudar?

—Somos de la UCO. Nos gustaría hablar con el Comandante de Puesto —solicitó Roca sacando pecho en su jersey de cuello alto—. Brigada Damián Tocino, si no me equivoco.

La chica puso en pie. Su espigado cuerpo señaló una de las puertas. A los ojos de Iván no escapó una alianza de plata que llevaba en el pulgar y que le daba un toque algo macarra. Pedraza les explicó.

—El brigada Tocino libra hoy. Pero igual el sargento Mediavilla les puede atender. Está en su despacho.

Verbeke siguió la dirección indicada y se plantó bajo el dintel de la puerta que estaba abierta de par en par. Allí, de espaldas a ella, se encontró a Mediavilla sentando en una silla rotatoria, donde su espalda sobresalía unos treinta centímetros del respaldar de esponja tapizado en tela azul. El gigante, se mantenía sumido en el teclado del

ordenador. Redactaba un informe sin mirar la pantalla. Sus enormes dedos, aporreaban las teclas sin descanso. Era como ver a un gorila con dotes para la mecanografía. Roca se detuvo tras su compañera, sin entender por qué no entraba o golpeaba la puerta con los nudillos para acaparar su atención. Entonces, decidió intervenir.

—¡Buenas tardes, Sargento Mediavilla! —saludó Roca.

El que fue nombrado, detuvo sus manazas fuera del teclado. Con ayuda del ratón le dio a la opción "guardar documento" —su velluda mano parecía una tarántula inoculando veneno a un roedor—. Luego, giró su silla con cierta lentitud. Al tornarse, el binomio de agentes pudo ver como la luz de la ventana, daba brillo al pelo engominado y negro del sargento, creando destellos que parecían canas prematuras. Sus cejas pobladas, tenían briznas que caían contra los párpados, como un chozo a punto de ser derruido.

—Hola, de nuevo —respondió como si tuviera la lengua anestesiada—. Vienen por lo de la ropa hallada en el cauce, ¿no? De momento no hay denuncia que concuerde.

Roca negó con la cabeza. Mediavilla puso cara de póquer. Julia aprovechó para extraerle información.

—Venimos por otra cuestión, pero no estaría de más, conocer las características de esa ropa.

—Ropa formal. Falda de tubo de color rojo y chaqueta a conjunto. Olía a perfume. Por lo que oí de boca de su compañera de Científica, que probablemente, llevaba poco tiempo en el agua.

—Está claro que pertenece a una mujer. Habrá que determinar si tenía alguna placa con nombre. Por la descripción parece el uniforme de alguna trabajadora de cara al público. Quizá de uno de los hoteles de la zona o de una agencia de viajes…

—No es momento de sacar conclusiones, teniente. Este no es el sitio apropiado —le recriminó Roca. Julia se calló. Se dejaba llevar con rapidez—. Estamos aquí, porque nos gustaría hablar con el brigada Damián Tocino, sobre un asunto que a usted no le concierne. Su compañera dice que está de descanso. ¿Nos podría dar su número de teléfono o domicilio? Es urgente.

Mediavilla, arrugó la frente y respiró hondo. No le gustaba el tono del hombre con el que compartía rango. «Menudo prepotente» pensó. De un brusco gesto, sacudió la manaza provocando que un reloj de esfera cuadrada, asomase por la manga. Tras comprobar la hora, respondió con contundencia.

—Son las seis y cuarto. A esta hora está en el «Jara y sedal».

—Eso… ¿está muy lejos de aquí? —preguntó Iván apretando sus bíceps en una postura cruzada de brazos.

—Es un bar de pescadores y cazadores. Si siguen la cuesta abajo, darán con el antro. Todas las tardes que libra, va a jugar a las cartas o

al dominó.

—Perfecto, gracias —le agradeció Julia dándole la espalda. Antes de abandonar las dependencias, cayó en la cuenta y le preguntó de nuevo a la guardia que jugueteaba con el anillo de su pulgar pensando en cuestiones banales—. Pedraza, ¿sabe si el brigada tiene algún rasgo característico para identificarlo? Es para no alarmar al dueño y a la clientela del bar. Ya sabes el revuelo que causamos cuando decimos que somos de la Policía Judicial. Barba, calva, perilla…

La guardia Pedraza, quedó embrujada por la mirada azul de Julia, que iluminaba su rostro pálido como dos llamas de propano. Y le respondió, sin parpadear, temiendo que fuesen a detener a su Comandante de Puesto, debido a algún nuevo lio.

—Es fácil de reconocer. Tiene una cicatriz en la cara. Dice que lo atacó un oso pardo… —hizo un mohín—. Bueno, eso dice él.

—Gracias, guapetona —se despidió Julia provocando una sonrisa automática en Pedraza, que no le impidió cerrar los labios que sepultaban la chatarra odontológica que tanto complejo le daba.

17
El brigada Tocino

En cinco minutos, ya estaban junto a la puerta del bar señalado por la guardia Pedraza. En la fachada había un cartel con un ciervo y una trucha, donde se podía leer “Jara y sedal”. Tenía unas cortinillas de plástico azul para entrar, que daban intimidad al local. Estas se agitaban como los tentáculos de una medusa, evitando que se colaran las moscas, pero no los borrachos. Iván se ajustó el cuello del jersey y luego deslizó la tela de canalé hacia el ombligo, ciñendo su prenda a los abdominales que adoquinaban su vientre. A los ojos de Julia, no escapó aquella calzada romana que apareció sobre el ombligo de su compañero y, recordó la de veces que había caminado por ella, en busca de un beso. Verbeke, repitió el gesto de su compañero, pero a la inversa: despegó la tela de su tripa. Decididos, avanzaron hacia la cortinilla y la apartaron hacia un lateral. Lo primero que percibieron fue un fuerte tufo a tabaco, que se mezclaba con el olor a pescado asado y vino recién derramado sobre el suelo de hormigón. Dentro había unos diez hombres ataviados con gorras y camisas de cuadros, que gritaban relatando sus prolíficas hazañas de montería y pesca. En un lateral, se oía el murmullo de las fichas de dominó siendo mezcladas sobre una mesa blancuzca con letras rojas donde se podía leer Coca-Cola. Los participantes de la ronda, miraban las piezas como si estas le hablaran y tras decidirse, deslizaban la ficha elegida sobre la superficie, como si fuesen trineos de nieve arañando el hielo. Julia trazó una visual en busca de una cicatriz en la cara de alguno de los clientes. Pero no tuvo suerte. Entonces, recurrió al camarero. Ambrosio, vestía una camisa blanca con cuatro botones desabrochados bajo el cuello y remangada por los puños. En su velludo escote, lucía una cadena de oro con un cristo, que quedaba enmadejado en aquel matorral espeso como una reliquia sepultada entre la vegetación.

—¿Qué les pongo? —preguntó metiendo un paño mohoso en el interior de un vaso—. ¿Un vinito de la casa?

—No gracias —respondió Roca poniendo cara de asco.

—¿Sabe usted si está aquí Damián Tocino? —apostilló Julia.

El camarero miró de arriba a abajo al fornido agente. En un principio pensó que eran inspectores de sanidad. Roca, le mostró con disimulo la placa. El camarero respiró aliviado. Asintió con la cabeza y les respondió.

—El que está de espaldas, cigarro en mano —señaló el camarero a

la ruidosa mesa donde jugaban cuatro hombres a alinear fichas blancas con pecas negras.

Julia se giró hacia la mesa. Y pudo comprobar como todos los hombres, la miraban como una presa valiosa a la que deseaban dar cacería. «¡A saber cuánto tiempo hace que no entra una hembra en este bar!», se dijo al ver el comportamiento de los cazadores. Sabiendo que era el centro de atención, caminó con elegancia hasta la partida de dominó. Allí, su rostro se vio inmerso en una nube de humo blanco, por efecto de los cuatro que fumaban y vociferaban como pastores, a esas ovejas de marfil que se desligaban del rebaño.

—¿Brigada Tocino? —preguntó Julia deteniendo la actividad de los participantes, ipso facto.

El compañero de juego de Tocino, alzó las dos cejas, y como una estrategia, le indicó con un guiño que venían a buscarlo. Ante su pasividad, recibió un puntapié a la altura de la espinilla. Tocino se giró, mostrando su rostro desfigurado —tenía calvas lineales en sus barbas, como si fuesen surcos en una tierra recién arada—. Entre sus dedos amarillentos, humeaba el cigarrillo de una marca poco conocida para cualquier fumador al uso.

—¿Quiénes son ustedes? —Dio una gran calada iluminando el extremo del pitillo en un naranja infernal—. El cuartel está más arriba. Es mi día libre.

Un escalofrío recorrió la espalda del sargento Iván Roca. Tocino tenía el rostro cruzado por varias cicatrices que separaba sus barbas en dos, como un arroyo seco. Su labio superior estaba a dos alturas. Su cara afilada tenía arrugas alrededor de los ojos y su mirada, anunciaba cierta tristeza. A Roca, sencillamente, le pareció un monstruo. Y recordó lo que le dijo la guardia Pedraza: «le atacó un oso».

—Ejem…, venimos de la Unidad Central Operativa —intentó disimular Julia ante los que les miraban con detenimiento—. ¿Podemos hablar con usted? Fuera. A ser posible.

—Cuando acabe la partida. Hay dos truchas en juego y tengo buenas fichas —sentenció Tocino en un tono seco. Luego, se giró hacia la mesa dándoles la espalda—. Tomaros algo. Yo pago.

Roca gruñó ante la actitud de aquel tipo y antes de que se encendiera, Julia, se lo llevó del brazo, cambiando los roles respecto a la situación anterior en el cuartel de Buitrago. Desde la barra, Iván se desahogó aprovechando el jaleo del ambiente.

—¡¿Este tío es tonto o que le pasa?! Además, fumando en un local cerrado. Eso está prohibido.

—Ya —expectoró Julia disfrutando en parte con el malestar de su compañero.

—Tienen razón —intervino el Ambrosio, colocando los vasos en orden—. Está prohibido en España. Pero esta sierra es un lugar aparte

de la civilización. Aquí los mismos guardias civiles, son los primeros en incumplir la ley. Por cierto, ¿qué van a tomar?

Julia e Iván se miraron fugazmente y luego devolvieron la mirada al camarero. Les resultó un tanto sospechosa aquella afirmación, pero aquello no era asunto suyo; suficiente tenían ya con las pesquisas impuestas por el teniente coronel.

—Yo, una cerveza de barril —respondió Julia codeando al sargento que estaba pensativo, temiendo porque su calva, luciera una cicatriz como las del rostro del brigada—. Y una tapita caliente de lo que tengas por ahí. ¡La espera, le va a costar cara!

—Yo… algo light, ecológico o cero —añadió Iván formando un círculo con los dedos pulgar e índice—. Sin burbujas a poder ser.

El camarero se retiró. Iván prosiguió trasladándole su malestar.

—No me gusta un pelo, nuestro hombre. Va de subido, ¿no te parece?

—Nosotros estamos acostumbrados a que nos fastidien los días libres y las vacaciones… es normal que no tenga ganas de que le agüemos su día de descanso —argumentó Julia desabrochando su cárdigan gris.

—No me parece un tipo serio. Prioriza una partida de dominó a un testimonio que puede tener relevancia —Roca se acodó en la barra mirando con desidia a Tocino—. ¿No te parece muy rara la gente de este pueblo?

—Todo el mundo no puede ser tan perfecto como tú —le lanzó la puyita—. Lo que pasa, es que Tocino está acostumbrado a llevar la batuta en el pueblo. Se ve que tiene el síndrome del Sheriff. Pero, bueno, hagamos tiempo picando algo.

Una campanita, resonó en el cuchitril que alojaba la cocina. Ambrosio, sacó el plato del microondas y corriendo porque se quemaba, lo plantó sobre la barra. Luego tendió una caña de cerveza a Julia, mientras que, al agente de aspecto hípster, le puso un vaso de agua.

—Estofado de jabalí, recién cazado de esta mañana —alardeó el camarero poniendo ojitos a Julia—. Lo he cocinado yo. Tengo mano para los guisos.

—Huele que quita las penas del sentido.

A la teniente, se le hizo la boca agua. Roca, como no podía ser de otra manera, se abrumó. Elevó el vaso y contempló su contenido al contraluz.

—¿Esto qué mierda es? Parece cianuro.

—Algo light y ecológico —le aclaró Ambrosio en un tono complaciente—: H2O

—No me vacile. ¿De qué marca es? Prefiero que me sirva la botella original y así beber de ella —puso cara de asco soltando el vaso sobre

la barra—. Además, el borde está sucio. No está bien fregado.

—Es agua de «Montegrifo» —bromeó despertando una carcajada en Julia—. Esto es un bar de cazadores muchacho. Tenemos el agua más pura de España en ese embalse que luego sale por este grifo de aquí. Pero si quieres pagar por el agua, yo voy al almacén y le traigo una botella de Solán de Cabras.

—Mejor traiga una espátula y así me despego de la barra —le reprochó Iván, molesto, retirando el codo de la madera que se adhería con facilidad al canalé del jersey.

El camarero se fue para la cocina, mordiéndose la lengua por no soltarle una fresca. Una vez llegó frente al grasiento microondas, masculló: «¡Maldito gilipollas!». Julia sonreía con un bigote de espuma sobre el labio, que crecía tras cada sorbo de cerveza. A Iván, le sacó una sonrisa tras el enfado, y no dudó en secarle el labio con el dedo. Julia se quedó paralizada por el gesto y cambió de tema con el fin de evitar mirarlo.

—Te quejas de vicio, Roca. Nadie se ha muerto todavía por beber agua de grifo.

—Una cosa es agua, esto parece un barbitúrico para eutanasia —exageró Iván—. ¡Mira con tus propios ojos! Tiene grumos. Por no hablar del amarillento del vaso. ¡Qué asco!

—Para ser un hippy moderno…

—Hípster —le corrigió—. No me llames como lo hacía el yonki de tu hermano.

Julia se enervó y sonrió mostrando dos hileras poco cuidadas de dientes. Ese adjetivo no le había gustado nada. La palabra yonki, resultaba peyorativa cuanto menos, no por lo que significaba, sino por lo que conllevaba y todo el mal que arrastraba a sus espaldas. Julia aprovechó para defender a su hermano.

—Gabriel ya no es el toxicómano que era antaño. Tras la condena, optó por reinsertarse y míralo, está mejor que nunca. Tú lo viste en la floristería cuando le devolviste la llave.

—Perdona, por el insulto, ya sabes que Gabriel no me cae bien. Es que estoy de los nervios con la actitud de ese brigada y el ambiente de este antro —se exculpó en busca de comprensión contemplando las cabezas disecadas de los corzos que decoraban la pared—. Cada vez llevo peor el estrés de este trabajo.

—Te estás aburguesando —rio Julia quitándole hierro al asunto—. Eres un tiquismiquis de cuidado. Deberías haber optado por interrogación u otro departamento de oficina. La calle es así y esta es la parte fea de la investigación. Cuando tienes que visitar lugares donde nunca irías de voto propio. La clave es adaptarse —se llevó un trozo de carne a la boca—. Deberías dejarte llevar… el jabalí en salsa está buenísimo.

—No pienso probar eso. No tengo ganas de hospedar un parásito intestinal —imprimió repulsa en su argumento—. Por aquí debe hacer años que no pasa un veterinario para analizar la carne de presa…

Julia apuró su cerveza de un largo trago. Y mojó sopones de pan, hasta dejar el plato impoluto. Tras un grito de alegría. La partida de dominó terminó. Tocino se proclamó ganador elevando el puño. Con una sonrisa de oreja a oreja, anadeó hasta la barra.

—¡Ambrosio! Mañana te pago lo que han tomado mis invitados, ¡apuntalo a mi cuenta! —le dijo al camarero que hizo un gesto con la cabeza viéndolo venir—. Y dame las truchas que me las he ganado. Esta noche me voy a pegar un homenaje.

Julia se limpió la boca con la manga de su cárdigan. El brigada Tocino, tomó la bolsa con los pescados, y se dispuso a abandonar el «Jara y Sedal». En un gesto caballeroso, aguantó la cortinilla de plástico para que pasara la mujer y luego la soltó antes de que cruzara el fortachón. Cuando salieron fuera, el sol se guarecía travieso entre nubes que pululaban despistadas, creando sombras intermitentes sobre las calles de Buitrago.

—Aquí me tienen —agitó una de sus manos haciendo una reverencia, como si fuese un artista sobre un escenario.

—No queríamos causar revuelo ahí dentro —se explicó Julia dándole a entender que el asunto era peliagudo—. Soy la teniente Verbeke. Este es el sargento Iván Roca. Nos han encomendado la investigación del cadáver de Raúl Gallo y según parece, usted presenció algo parecido hace unos meses.

El que tenía la cara desfigurada, medía un metro setenta y era extremadamente delgado. Vestía una camisa de cuadros roja y azul. Debajo del cuello, dejaba ver una camiseta interior de color hueso. Tenía los dientes amarillos, pero bien cepillados. Olía a champú, como si estuviese recién aseado, pero al no usar desodorante, sus axilas liberaban un tufillo fuerte y penetrante, que no conseguía enmascarar la colonia *Varon Dandy* con la que se había rociado tras la ducha. Sin prisa alguna por satisfacer la visita de los agentes, abrió una cajita abollada de metal —en la que a duras penas se podía leer Marlboro—, tomó un cigarro de otra marca y lo prendió en un gesto viciado.

—Perdonen por la espera —dijo estrechando su mano con los agentes—. Pero soy muy competitivo y no me gusta perder. ¿Fuman?

Julia masculló un “no”. Iván negó con la cabeza el ofrecimiento.

—No hemos venido a echar unas cañas entre coleguitas, solo queremos que nos cuente un poco, sobre el hallazgo del cadáver. Y por qué cree que pudo haber conexión entre éste y el de hace seis meses —explicó el sargento desesperado por la forma en que actuaba aquel guardia civil de rostro desfigurado.

—En ese caso, montaos en mi Jeep —les invitó Tocino señalando

un viejo 4X4 con el tubo escape oxidado y la pintura degrada creando cercos sobre la chapa—. Os llevaré al lugar de los hechos y os lo explicaré todo, como Dios manda.

18
Recuerdos turbios

El Jeep del brigada Tocino, debía tener unos veinte años. La carrocería era de color verde y vibraba con las revoluciones del motor como si se fuese a desmontar en alguna acelerada. En la luna delantera, tenía una variedad ingente de coloridas pegatinas de la ITV, como si el cristal fuese un álbum de sellos y él, un filatélico dispuesto a exponer su colección allí donde iba. Sin lógica alguna, llevaba como copiloto a las dos truchas arcoíris que ganó en la reñida partida de dominó, relegando a la pareja de investigadores a los zarrapastrosos asientos traseros. El habitáculo no solo olía a grasa, tabaco y sudor como de costumbre, sino que ahora esta combinación se maridaba con el hedor a pescado fresco. Iván, sugestionado con la suciedad que imperaba la tapicería del vehículo, no paraba de rascarse los brazos pensando que las pulgas lo estaban devorando. Julia aguantaba la risa, viendo sufrir al tiquismiquis de su compañero, que pasaba un más que evidente mal rato. La chatarra con cuatro ruedas salió del núcleo urbano. Pasaron por delante de la gasolinera Repsol donde hicieron parada. Antes de dejarla atrás, ocurrió algo insólito: un tipo con un ramo de flores en las manos y mirada bobalicona, se paró en mitad de la carretera mirando fijamente al coche, como si se tratara de un gato deslumbrado. Vestía un pantalón verde con la bandera de España a lo largo de la pernera, jersey abrigado y zapatos de cuero con hebilla. Instintivamente, Tocino apretó sus botas camperas contra el pedal de freno, a la vez que sujetó la bolsa con las truchas, antes de que saltaran hacia la mugrienta alfombrilla. El 4x4 bloqueó las cuatro ruedas. Se deslizó patinando hasta que el capó se detuvo a pocos centímetros del hombre, como si el morro del auto, quisiera oler las flores que sostenía en su regazo.

—¡Picoleto, cabrón! ¡A ver si miras por dónde vas! ¿Estás borracho? ¡Por poco me atropellas! —se quejó, insultando al conductor como si se hubiese saltado un paso de peatones imaginario. Julia e Iván no daban crédito al numerito que montó aquel tipo, sin razón aparente.

—¡Bah! No le echéis cuenta —le restó importancia al suceso—. Es Rogelio Cortés, el hermano del alcalde de Buitrago. Digamos que es el tonto del pueblo.

—Tonto no sé, pero agresivo es un rato —espetó Julia.

—Para cruzar por medio de la carretera de esas formas y encararse,

le debe de faltar un hervor —apostilló Roca.

Con el sobresalto, el sargento se olvidó de los picores corporales; ahora se preocupaba por contener la respiración a raya tras el susto. Tocino puso el Jeep en marcha. Julia se giró y miró a aquel peculiar individuo que iba derecho al guardarraíl.

—De higo a breva, viene a ponerle flores a sus padres —les explicó Tocino usando un tono melancólico—. Fue un accidente que conmocionó al pueblo… los ancianos eran muy queridos. Esta pareja de ancianos, igual que su hijo ahora mismo, salían a caminar por el arcén todas las tardes. Y ¡pum! Fueron atropellados. ¿A qué no sabéis quién los atropello? —se hizo el interesante—. Ni más ni menos, que Diego Pinteño.

—Diego Pinteño es el cadáver que usted encontró en…

—El uno de diciembre —le cortó—. Como para olvidar la fecha.

Julia buscó en las entrañas de su bolso la libreta Moleskine y anotó el parentesco de Rogelio Cortés con el alcalde del pueblo. No pasó por alto, que un mes más tarde, apareciese muerto el autor del atropello.

—Y ese tal Rogelio… vive en un centro de acogida, ¿no? Tiene que ser difícil llevar el día a día solo y con una minusvalía mental —se apenó Roca.

—Sus padres eran quien lo tutelaban. Pero al morir, este se quedó con su casa. A su manera, se desenvuelve bien —le respondió Tocino sin perder de vista el zigzag de asfalto—. Menos mal que tiene una paga y la ayuda caritativa de las monjas del pueblo; ya que su hermano, no le presta atención ninguna; bueno a veces le da ropa vieja. Ya sabéis, no es plato de buen gusto tener un hermano disminuido que va contando trapos sucios del alcalde electo.

—Me lo imagino —dijo Julia Verbeke.

Cambiando de tema y tono, Damián Tocino, se tomó la licencia de hacer las veces de guía turístico, como si aquellos dos agentes que vestían de paisano, estuviesen de viaje de novios.

—Supongo que no venís mucho por aquí —dedujo—. Buitrago de Lozoya es el pueblo más grande de esta región. También hay otros municipios más pequeñitos, que engloban la mancomunidad del río Lozoya —pausó y luego contabilizó los pueblos—: El Atazar, El Berrueco, Cervera de Buitrago, Patones, Puentes Viejas y Robledillo de la Jara. La gente se mueve de un término a otro, como si todo fuese la misma ciudad. Digamos que todo gira en torno a una economía circular, donde los negocios familiares hacen de eje para los visitantes y habitantes que van de un pueblo a otro. No es raro ver el mismo panadero, el butanero o incluso al cuponero, de pueblo en pueblo, como si tuviesen dobles repartidos por otras locaciones —sonrió con la boca chica, como si le hubiese hecho gracia su propia explicación—. Vivir aquí es una delicia. En primavera el valle está verde y florido,

pero en invierno, las lomas se visten de blanco con las nevadas. El paisaje es todo un espectáculo en cualquier época del año.

—Entonces, os conocéis casi todos los vecinos —supuso Julia.

—Más o menos. Pero sobre todo reconocemos a los que no son del pueblo y a los maleantes. A esos los tenemos bien fichados —afirmó con contundencia. Iván se imaginó a Tocino, dando tortas a un delincuente para que confesasen algún hurto. Le daba la impresión que era de ese tipo de agentes de la vieja escuela—. Ocurre algo y según su tipología delictiva sabemos quién ha sido el causante. Pero esto es, totalmente distinto. Lo que ocurrió hace seis meses y lo que ocurrió con el socorrista que apareció con la llanta atada en el pie, no parece que sea fruto de alguien de aquí —teorizó haciendo saltar las alarmas de Roca y Verbeke—. Coincide que ambos son hombres y aparecen desnudos.

—Le veo muy convencido de que los dos crímenes los firma un mismo autor —subrayó Verbeke, esperando que le aclarará su impresión—. Le ruego que no vaya aireando esta teoría por el pueblo. Ya sabe. Esto hace que el autor material, salga despavorido.

—Soy una tumba. Les cuento esto, porque peino muchas canas y hay cosas, que uno a esta edad, las ve clara.

Esa afirmación vino acompañada por los abruptos saltos del Jeep al abandonar el asfalto y tomar un carril de cabras repleto de piedras y barro. Teniente y sargento tragaron saliva y se aferraron a los respectivos cabezales de los asientos para evitar chocar los unos con los otros. Roca notó el áspero tapizado del techo rozando sus puntos de sutura y se agazapó sobre su propia figura con el fin de que no se le abriera la costura como una vaina de guisantes.

—¿Cuánto hace que no pasa la ITV a esta reliquia? —preguntó Iván descorazonado.

—Está al día. Lo que ocurre es que el sistema de amortiguación es así de brusco. Es un coche para tipos duros…

Roca prefirió no responderle. Y resopló por la conducción temeraria a la que el brigada les estaba sometiendo.

—Una pregunta —quiso saber Verbeke arrimando su boca a la oreja de Tocino—. ¿Conocía a la víctima?

—Sss… Sí —respondió con la boca pequeña—: Raúl Gallo. Un chico encantador. De clase humilde, pero no se metía en líos. Tenía su novia y creo que se iban a casar el año que viene. Trabajaba en verano en la piscina natural de Riosequillo y no era raro verlo pasear junto a su abuela de avanzada edad por las calles del pueblo.

Los agentes se miraron alucinados por el retrato que le dio del joven, y supieron de inmediato que en aquel pueblo era difícil ocultar secretos.

—Ya no quedan de esos —admitió Julia mirando a su compañero

con cierta inquina—. Ahora los jóvenes solo van a lo suyo y se apartan de su familia, como fuese una vergüenza caminar junto a ellos.

—El maldito coronavirus se llevó a mucha gente el año pasado, se cebó con estos pueblos de una manera muy virulenta —dijo Tocino cambiando su voz en un tono bronco—. Fallecieron muchos ancianos y supongo, que eso despertó el aprecio de algunos jóvenes por sus abuelos. Raúl Gallo venía desde el Berrueco, hasta Buitrago a trabajar en la piscina; tras su jornada de vigilancia y a pesar de su abuela tener cuidadora, la paseaba en su silla de ruedas por las calles y le mostraba los rincones de esta ciudad amurallada como si fuese un viaje del INSERSO.

—¡Qué tierno! —exclamó Verbeke, pensando en el tiempo que hacía que paseaba junto a su madre.

El paraje se despejó de repente. Frente a sus ojos, se dibujó un barranco rocoso al que lo cruzaba una larga lengua de agua. El todoterreno iba directo al desfiladero, como si quisiera cruzar de un extremo a otro de un acrobático salto. Tocino tiró tarde del freno de mano y el Jeep se detuvo racheando sobre las piedras a tres metros del barranco. El efecto óptico les hizo pensar que estaban con medio coche colgando del acantilado.

—¡Llegamos! —sentenció el brigada.

Antes de bajarse, Tocino recolocó la bolsa con la pesca en el sillón, preocupado por el estado de sus dos trofeos con escamas. Los pasajeros no le importaban lo más mínimo. Roca abandonó el jeep y se santiguó por haber salido ileso. Julia disfrutaba con la cara pálida que lucía su compañero. El paraje apenas tenía vegetación, tan solo algunos rastrojos que florecían entre las grietas de las rocas. Las riberas del río mostraban cárcavas —hoyas grandes— producidas por la erosión de la corriente y las avenidas de agua. Los tres caminaron hasta el saliente. Aquella roca parecía un balcón esculpido por algún artista. Pisando con cautela, avanzaron sobre la piedra. Con una mano a modo de visera, otearon el bello el horizonte. Desde la altura, además del vértigo que se hacía evidente, pudieron contemplar aquella arteria de agua, destinada a abastecer de agua corriente los hogares madrileños. Bajo ellos, el río se ensanchaba y daba lugar a actividades lúdicas en familia. La superficie cristalina, estaba salpicada de piraguas de color naranja. Flotaban acompañadas de gritos de entusiasmo y el chapoteo producido por los remos penetrando en el agua. Al fondo, se divisaban arboles típicos de sierra y otros singulares como los rebollos, acebos, abedules, enebros, abetos y tejos. Tocino les sugirió que le siguieran y tras dar unos doce pasos sobre la tierra, hallaron la zona del crimen, que aún seguía acotada por unas estacas de madera y unas cintas verdes y blancas de plástico.

—El cuerpo de Raúl Gallo fue arrojado desde aquí —explicó el

brigada haciendo un gesto con las manos como si empujase a alguien. Iván se sobrecogió como si hubiese sentido en sus carnes el brusco impacto del chico contra la superficie del río—. Los de Científica, encontraron sangre de la víctima aquí, justo en el lugar donde está balizado. Según el rastro, parece ser que fue bajado desde el maletero de un vehículo y que luego tiraron de sus piernas hasta llevarlo al filo —tragó saliva—. Ya que había restos de pelos y cuero cabelludo sobre las piedrecitas.

—Deduzco que quién lo hizo, conocía bien la zona —averiguó Julia asomándose al filo para contemplar la caída y buscar en los alrededores una saliente natural con características similares—. Es difícil no estamparse contra una roca, pero este punto es perfecto si no quieres matarlo en el acto… Es como un trampolín.

—¡Seguidme! Por aquí podemos bajar —les indicó el brigada señalando al agua.

El binomio le persiguió sin rechistar, esperando una bajada con poca pendiente o en el mejor de los casos, una cuesta escalonada. Pero en contra de lo que deseaban, lo que allí se encontraron fue un barranco repleto de salientes y agujeros, donde tenían que asirse a las matas y a las raíces que escapaban de las rocas, para no despeñarse. La hazaña parecía sencilla, al observar la destreza que empleaba Tocino al descender apoyando la puntera de sus mocasines en cada roca. Verbeke intuyó que no era la primera vez que el brigada descendía por aquel lugar. Tras varios suspiros del sargento y alguna risa de la teniente, superaron la accidentada pared, hasta asentarse en una planicie muy cercana al río. En aquel descansillo, de forma rectangular, había infinidad de colillas blancas; también alguna que otra botella de cerveza y cajas vacías de cebo para pesca. El brigada señaló la margen del río más cercana a ellos y que se encontraba a un desnivel de cinco metros respecto a su posición. Allí el agua se mostraba mansa, cansada, como si estuviese paciendo tras haber cabalgado a través de las rocas.

—¡Justo ahí! Dónde está ese banco de peces, se encontró el cuerpo. Yo pescaba como a quinientos metros de este punto. Estuve toda la madrugada, pero no oí un grito ni llamada de auxilio. Solo un chapoteo. A eso de las seis y media, se montó el revuelo y se confirmó que se trataba de Raúl Gallo.

Iván contempló la pureza del agua y se asombró de su aspecto diamantino. Se podía ver cada detalle del lecho con total detalle y se imaginó por un instante, al treintañero ahogado, con la soga atada al pie y con esa cara inexpresiva que tienen los que ya no respiran. Julia en cambio, miró hacia arriba —plegó la nuca y el mentón apuntó hacia el desfiladero donde dejaron el coche—, a ojo midió unos seis metros de altura hasta su posición y sumó, antes de hablar.

—Debe de haber unos once metros hasta el río. Es muy probable que perdiera el conocimiento debido al impacto, una mala angulación en la inmersión y el agua puede convertirse en cemento.

—¿Y si le obligaron a saltar? Igual le estaban apuntando con un arma —teorizó Iván.

—Los vestigios encontrados arriba, advierten que fue arrastrado hasta el desfiladero. Raúl tenía el pelo muy largo y fue dejando cabellos allí por donde pasaba —aseguró Tocino haciendo sonar su barba con las uñas, como si sus dedos fuesen fósforos prendiendo sobre una lija.

—Cuéntenos los detalles del cadáver que usted encontró hace unos cinco o seis meses —intrigó Verbeke, esperando oír la versión de sus propios labios—. ¿Por qué le ha recordado a este?

El brigada Tocino encendió un cigarro. Dio una calada que le llego hasta los talones y miró el horizonte, donde el embalse se abría paso hasta la presa —un águila imperial paseó su sombra por el agua en ese instante, dibujando un tatuaje de tinta que se diluyó junto a la corriente—. Exhaló dilatando las cicatrices que cruzaban su barba. Y se embrujó con el humo de su cigarrillo como si fuesen nieblas que abrían un umbral a su pasado inmediato. Julia se sentó en una roca a escuchar la historia, como cuando era niña y su abuelo le contaba anécdotas los días de lluvia.

—Estaba de cacería, junto a un guía acreditado por la Comunidad de Madrid, para la modalidad de caza de rececho —sus oyentes pusieron cara de desconcierto—; que, si no sabéis lo que es, me refiero a que iba solo. No en formación de batidas —hizo un inciso, para dar dos caladas rápidas a pecho que expulsó por la nariz de una sola vez —. Este hombre y yo, íbamos buscando cabras montesas y corzos, pero la nevada nos estaba helando y los animales estarían refugiados siendo difícil abatirlos. Por lo que desistimos y nos bajamos de la montaña. Llegando a la altura del embalse de El Villar —aseguró Tocino mientras que Verbeke ponía los cinco sentidos en su testimonio—, vimos una silueta bajo la nieve. Pensamos en un muflón por su tamaño y el color del pelaje, pero cuando quitamos el manto… ¡Joder! Jamás olvidaré ese rostro espeluznante, deformado, inexpresivo… con la boca semiabierta; el cuerpo estaba completamente desnudo.

—¿Hubo denuncia?

—Sí. Pero el chico siempre andaba metido en líos y bueno, no se llevó a cabo ningún dispositivo de búsqueda. Sus prendas estaban en el embalse de El Atazar, a siete kilómetros —señaló con el dedo las dispares ubicaciones—. El Villar está más alto, por lo que la corriente pudo arrastrarlo aquí o talvez, se depositó a posteriori… no sé. Supongo que para eso estáis vosotros aquí, sois la élite de la Guardia

Civil —pausó su relato y arrojó el cigarro al suelo. Julia se dio cuenta que la vitola verde que tenía la colilla era igual que todas las que había allí amontonadas y enlazó que este hombre venía aquí muy a menudo—. El primer cadáver que uno ve, nunca se olvida. ¡Aún se me aparece en sueños! Nunca había visto uno tan de cerca y entonces entendí por primera vez, lo frágiles que somos, a pesar de lo fuerte que nos creemos… Asumí que la vida se podía perder en un santiamén y desde ese día, procuré no preocuparme por cosas banales de mi día a día.

Julia quedó boquiabierta, haciendo un ejercicio mental por separar el grano de la paja, y extrayendo los datos que podían resultar de interés; como la distancia y el intervalo entre la ropa y el cadáver; o el suceso de que estaban desnudos.

Iván intervino espantando las musarañas de Tocino y Julia.

—Pensé que la primera vez que le puso cara a la muerte, fue cuando le plantó cara a un oso pardo

«Bocazas», pensó la teniente poniéndose en pie y dándole un codazo a su compañero.

El brigada sonrió entre dientes.

—¡Cuanto chismoso hay en el cuartel! —exclamó y se aproximó hasta el hípster—. Sargento Roca, esto fue peor que enfrentarse a un oso, se lo aseguro —lo miró con desidia—. Mi padre bebía muy de vez en cuando, sobre todo cuando los domingos nos llevaba por ahí a almorzar. Un día se pasó con el vino, y envalentonado adelantó a un camión, encontrándose con un autobús de frente. Dio un volantazo, pero finalmente, el coche se despeñó por un barranco. Mis padres llevaban el cinturón de seguridad, pero los vehículos antiguos carecían de ellos en los asientos traseros: salí despedido por una ventanilla. Aquel día, volvíamos de celebrar mi doceavo cumpleaños; imagínese el regalo que me llevé de por vida —alzó una ceja pensando en lo viejo que estaba—. Cuando ingresé en la guardia civil, la mayoría me miraba con desprecio a cuenta de mis cicatrices, entonces me inventé eso de que me había enfrentado a un oso. A partir de ahí, sus miradas cambiaron a admiración por mi hazaña —guiñó un ojo con cierta altanería—. Pero la gente no sabe que, en estos parajes, está extinguido el oso pardo, a pesar de estar en el escudo de nuestra bandera. Y la verdad es que tener la cara hecha un cromo, no es agradable. Es una cruz que no se puede ocultar… Tienes que aprender a vivir con ello.

—Todos tenemos estigmas, solo que algunas heridas, van por dentro —añadió Julia empatizando con aquel hombre que, en cierta manera, le recordaba a su padre—. Por cierto, volviendo al tema que nos reúne: Diego Pinteño, ¿tenía antecedentes penales?

—Además del atropello involuntario de los padres del alcalde.

Tenía denuncias por consumo de drogas y delitos menores como hurtos y alteración del orden público —aseguró el brigada asomando la puntera de sus botas camperas al cauce—. Pero, vamos, Raúl Gallo no tiene nada que ver con la calaña de Pinteño.

—Pues habrá que visitar la vivienda del socorrista. Igual sus familiares tienen algún detalle, que escapa a nuestro entendimiento —sugirió Iván agarrando el bíceps de Tocino, que se estaba jugando el tipo en el borde del río—. Nunca se sabe.

—Están destrozados. No lo veo buena idea —expresó el brigada notando las tenazas de Iván como si sus dedos estuviesen dotados de una naturaleza biomecánica—. Pero todo sea por arrojar luz sobre este siniestro suceso.

—Seremos discretos y respetuosos —le calmó Julia—. Se lo aseguro.

—El revuelo con vuestra presencia, mantendrá al pueblo sugestionado —lamentó el guardia civil de Buitrago, recordando lo que pasó hace meses—. Habrá denuncias por desaparición cada vez que un muchacho llegue tarde a casa. Un extra de trabajo; consecuencia del alarmismo. Pero bueno, supongo que es algo inevitable a estas alturas. Yo les acompañaré a su domicilio, mañana, si les parece bien. Conozco bien a su familia.

—¡Un momento! Me gustaría que me aclarase una duda que me ha surgido —frenó Julia a Tocino, contemplando aquel rincón repleto de colillas—. No es necesario haber empleado cuatro años en la UCO como investigadora para averiguar que este rincón, es un lugar de pesca y meditación para usted. ¿Qué le preocupa? ¿Por qué viene aquí?

—Soy pescador nocturno… No pego ojo por la noche —respondió y caminó barranco arriba. Julia no insistió, pero parecía que le incomodaba la pregunta—. Consecuencia directa de estar divorciado y tener un hijo que no me dirige la palabra. Su madre lo alejó de mí y vengo aquí a pensar. ¿Contenta?

—Lo lamento, brigada —masculló el sargento siguiendo los pasos tras Tocino—. Debe ser duro.

Julia, pensó que a todos los que la vida le daba palos, tenían un refugio, una especie de *Bat-cueva* donde ahogar sus penas y pensar sobre las desdichas. Ella tenía la churrería de San Ginés y Tocino, este rincón al aire libre.

—Lo llevó como puedo. ¡Vamos! Está anocheciendo y tengo que meter las truchas en la nevera —dijo Tocino subiendo hasta donde estaba el coche.

Los tres llegaron al pestilente 4x4. Julia miró por última vez la zona acotada. Había marcadores blancos de vestigios que habían sido dejados allí y alguien había colocado un casco vacío de cerveza junto

al marcador como si fuese una pista. La gente no tenía escrúpulos a la hora de bromear, incluso con una escena del crimen.

—Por cierto, ¿tomaron huellas del dibujo de los neumáticos? —preguntó Iván acuclillándose.

—No. El camino es muy transitado. Pueden ser de cualquiera. Aquí se realizan muchas actividades lúdicas. Además, por la noche vienen parejitas a intimar en sus coches con las románticas vistas del embalse de fondo; por no hablar de ciclistas en sus mountain bikes que van de aquí para allá —agitó Tocino las manos dentro del coche como si fuesen dos hélices, batiendo la peste por todo el habitáculo—. Hacer una medición de huellas sobre el barro, resulta una pérdida de tiempo.

—Está claro —sentenció Julia rascándose la coronilla.

—Os llevaré al bar para que recojáis el vehículo —sugirió Tocino, mostrando sus deseos por abandonar la entrevista.

—Sí, por favor. Ya luego acudiremos al cuartel para que nos faciliten la dirección de las víctimas… Me gustaría entrevistarme mañana con los familiares de Gallo y Pinteño.

En ese instante, sonó el teléfono del brigada Tocino. Se trataba de una llamada del puesto de Buitrago. Al parecer, alguien había puesto una denuncia.

Una chica había desaparecido.

19
Desaparecida

Miércoles 26 de mayo de 2022

La noche ocultaba la luna tras un banco de niebla que caía lentamente sobre los tejados de las viviendas del pueblo. Las farolas apenas arañaban luz a la oscuridad que alumbraba las calles. El 4x4 de Tocino y el Renault Laguna, estacionaron en las inmediaciones del puesto de Buitrago. Tras atravesar el patio a pie, los tres guardias civiles se adentraron en el cuartel. Dentro, un hombre gritaba arrodillado frente a la guardia Pedraza. Estaba sumido en un desesperado estado de pánico. Rugía y daba manotazos sobre el mármol que cubría la mesa.

—¡Mi hija está en peligro!¡Tienen que buscarla! ¡¡Ahora!! ¡Creo que le ha pasado algo!

Ante la pasividad del sargento Mediavilla, que observaba la imagen impasible, Tocino entró a socorrer a aquel hombre. Metió las manos bajo sus axilas y lo aupó hasta llevarlo a un banco. La guardia Pedraza, daba vueltas de un lado para otro, intentando realizar una llamada. Se la notaba nerviosa. Preocupada. Tenía el cabello suelto y el polo por fuera del pantalón. Sus pupilas se mostraban fijas y dilatadas, expresando el caos que se había desatado en su mundo en cuestión de segundos. El sudor era una constante en su rostro sin maquillar y no paraba de maldecir mostrando sus braquets con cada improperio.

—Este hombre es el suegro de la guardia Pedraza —presentó Tocino al padre de la desaparecida, mientras lo abanicaba con un periódico viejo—. Se llama Alonso Tundidor. Es un buen hombre.

—¿Qué dice de su hija, caballero? —preguntó Julia queriendo adivinar de qué se trataba—. ¿Ha presenciado un rapto? ¿Lo ha visto con sus propios ojos?

Alonso Tundidor no respondió. Estaba hiperventilando. Pedraza intercedió por su suegro, mientras tecleaba una y otra vez su teléfono con nerviosismo.

—Dice, dice que se han llevado a mi novia. Qué no está por ninguna parte. Estoy intentando localizarla. Da tono, pero no descuelga.

El sargento Mediavilla reprodujo la denuncia.

—Alonso asegura que cuando entró en su casa, se encontró a su suegra sola y tirada en el suelo. Ni rastro de su hija Clara, que había

acabado su turno en el pub y debía cuidarla. Al parecer, Clara le realizó cinco llamadas hará como un cuarto de hora, cosa que asegura, solo hace cuando tiene algún problema.

—Tranquilícese, igual se le ha averiado el coche o se ha quedado sin cobertura —hizo Julia un intento fallido por calmarlo.

—¡Ella no tiene coche! —le explicó la guardia Pedraza, enjugando las lágrimas con el torso de la mano—. Creo que mi suegro tiene razón, ¡le ha debido de ocurrir algo!

—¿Qué ropa llevaba la última vez que la vio? —preguntó el brigada a Alonso.

El hombre, con sumo esfuerzo, le dio la respuesta.

—Iba vestida… de negro… como siempre. Es la ropa que llevaba en el pub. Pero, según me dijo la cuidadora, se dio una ducha. Y no parecía que hubiera quedado con nadie, ni se comportaba de manera extraña.

—¿Y cómo que estaba sola su suegra? ¿Tenía signos de forcejeo o violencia?

—Estaba sola, porque la cuidadora acaba turno antes de las ocho. Entonces mis hijas se turnan para cubrirla. Debería haber estado Clara toda la tarde noche, no lo entiendo. Además, salió y cerró con llaves.

—¿Sabes si entre sus vestimentas formales, tiene una falda de tubo de color rojo y una chaqueta a juego? —preguntó Julia temiendo un sí.

—Clara es de falda larga, botas militares…: moda gótica, en definitiva —aclaró Pedraza, con los ojos anegados, realizando nuevas llamadas—. Nunca viste con chaqueta.

—Además, esa ropa roja apareció esta mañana. Y, Clara hace unos minutos que no está —obvió Mediavilla ante la conjetura de Verbeke.

Pedraza, recibió un mensaje. La notificación provocó que todos mirasen con expectación el rostro de la guardia civil. Su cara se descompuso. No desveló el contenido, tan solo tomó las llaves de su coche particular e intentó abandonar el puesto. Roca usó su envergadura para taponar la puerta y evitar que, en su estado de agitación, se pusiera frente a un volante.

—No puedo dejarte marchar. Lo siento —se justificó el sargento de la UCO.

—¡Tengo que buscarla ahora! —gritó—. Está en peligro. ¡Apártate, joder!

—No sabes dónde buscarla. Nosotros nos ocupamos —le recomendó Mediavilla—. Cálmate. Solo lleva unos minutos. No hay que perder los estribos.

Pedraza seguía en sus trece. En un nuevo intento por empezar la búsqueda, empujó a Roca de malas formas, sin conseguir moverlo tan solo unos centímetros. Desesperada, les mostró la pantalla de su

teléfono. Respiró hondo y les trasladó el contenido del Whatsapp.

—«Estoy en peligro. Perdóname» —leyó el primero de los mensajes. Su voz titiló como la llama de una vela que amaga con apagarse—. «No sé qué me van a hacer, pero tengo miedo» —hizo una nueva pausa para leer el tercero—. «Se trata de…».

Iván le arrebató el teléfono de las manos, intentando leer el nombre, pero el mensaje acababa ahí, antes de nombrar a la persona.

—Claramente está en peligro: hay muchas faltas de ortografía —dedujo Roca mesando su barba—. Fruto del estrés de la situación.

—¿Nombra a alguien? —se quiso asegurar Julia—. Pedraza, ¿le has devuelto la llamada? ¿Da señales su teléfono?

—No des… cuelga…, no res… responde —sentenció Pedraza.

La respiración abrupta y la voz cortada, daba una muestra del terror que sentía. La amaba. Y su mente la angustiaba, haciéndola creer que podía estar en manos de un demente. De un perturbado con nombre y apellidos, que, por alguna razón, quería hacerle daño.

—He dispuesto un operativo de búsqueda con los guardias que están de servicio y pronto, sumaré incluso los que están de descanso —explicó Mediavilla justificando su buen hacer—. En media hora estaremos barriendo cada uno de los municipios de la sierra.

Roca, tras no hallar en el chat más que conversaciones intimas y fotos provocativas, le devolvió el teléfono a Pedraza. La guardia, lo tomó como si se tratara de su bien más preciado. Luego, sugirió.

—Sería interesante geo localizar la ubicación del teléfono.

Mediavilla asintió con la cabeza, como si su prominente frente fuese una maza para clavar estacas. Julia invitó a Pedraza a que tomara asiento en el cuartel, mientras llegaba la ambulancia. Ésta accedió y se abrazó a su suegro buscando compasión. Con la situación bajo control; Verbeke, aprovechó para pedirle al sargento Mediavilla los datos de las víctimas, incluyendo los de la recién desaparecida, Clara Tundidor. El rudo sargento, entró en su despacho, tecleó el ordenador con sus enormes dedos y sacó una copia impresa con todos los datos de filiación. Verbeke le comunicó que mañana volverían. Le deseó suerte a Alonso Tundidor y a su nuera. Y salieron del recinto. Fuera, un banco de niebla ocultaba la mitad del cuartel dándole un aspecto un tanto tenebroso. En el patio, el rocío mojaba las carrocerías de los vehículos bajo el relente. En la acera, esperaron para cruzar la carretera hacia el coche que estaba al otro lado. Sobre el capó del Renault Laguna, había un tipo despeinado, con las piernas muy delgadas y el torso desproporcionado. Contemplaba a los agentes con una mano levantada, como si quisiera contarles algo. Iván no dudó sobre su identidad «¿Qué querrá el loco del pueblo?». Rogelio Cortés, alzó la voz. Pero los coches que pasaban rebasando los límites de velocidad y con la música a todo trapo, hacía imposible la

comunicación de acera a acera. Cruzar, resultaba una temeridad. «Aquí hace falta un paso de peatones», pensó Julia no viendo el momento de pisar el alquitrán. El tráfico dio una pausa. Pero en ese mismo instante, un grito que venía de atrás, provocó que los dos agentes de la UCO se quedaran quietos como estatuas. Al mirar hacia atrás, entendieron con nitidez el bramido que había proferido el sargento Mediavilla.

—¡Párenla!

De pronto, apareció Pedraza y Alonso, escupidos por la niebla. Esprintaban huyendo del brigada y el sargento, en dirección a Rogelio Cortés. Roca intuyó que la guardia civil, quería montarse en su coche particular para buscar a su novia. Por lo que hizo un intento por poner los brazos en cruz, para evitar que, en su estado, condujera. Pero solo pudo sostener al padre de la desaparecida. Pedraza, lo esquivó e hizo una finta frente a Julia, escapando de sus manos. Cuando Mediavilla salió del banco de niebla, vio como un coche se acercaba a las inmediaciones del cuartel a toda velocidad, con el habitáculo iluminado en azul y el volumen de la música a todo trapo. El vehículo, frenó tarde. No esperaba alguien cruzando a las desesperadas por delante del paragolpes. El derrape erizó los vellos de los presentes. El sonido, les rompió el corazón. Y por un instante, los agentes dudaron sobre la identidad del atropellado. «¿Rogelio Cortés o la guardia Pedraza?».

—¡Crac! ¡Plac!

Una desagradable melodía a huesos rotos, sonó por encima de los decibelios de música que escupía el coche. Su capó se tintó de sangre. El Audi de color blanco arrolló a Pedraza. Mediavilla se clavó de rodillas sobre la acera, como si fuese Goliat derrotado por David; Roca sujetaba a Alonso Tundidor para que no viese la tragedia que acaba de suceder. Tocino y Verbeke, corrieron en dirección a socorrer a la guardia civil, que estaba a muchos metros del impacto, inerte, como una muñeca de trapo con las piernas dispuestas en una posición antinatural. El coche se detuvo. Tenía la luna rota por el impacto. Dentro, los ocupantes se llevaban las manos a la cabeza. Julia se arrodilló junto al cuerpo y le llamó poderosamente la atención que, a pesar del fuerte impacto, Pedraza mantenía el móvil engarrotado entre sus dedos. Tocino se acuclilló y comenzó a practicarle la reanimación cardiopulmonar a su compañera, oprimiendo su pecho con ahínco. Las insuflaciones las descartó, ya que resultaba difícil averiguar donde tenía la boca tras el impacto.

—¡Llamad a la puta ambulancia! —exclamó Julia comprobando que no tenía pulso—. ¡Y qué alguien corte la carretera! ¡No nos vayan a atropellar!

Rogelio Cortés, ojiplático, salió despavorido. Corrió hacia el

corazón del pueblo, como si la culpa hubiese sido suya. Mientras tanto, Tocino no desistía en su intento por traerla al mundo de los vivos. Se empleó a fondo, maldiciendo a los ocupantes del vehículo. Por unos segundos, Julia se abstrajo de la tragedia y pensó en la angustia de aquella joven por rescatar a su chica. Devolvió la mirada al cadáver por última vez y sintió curiosidad por saber, que había propiciado esa carrera que le costó la vida. Entonces, vio la pantalla del teléfono iluminarse y decidió leer lo que ponía.

Clara: «Me ha llevado adónde nos dimos nuestro primer beso».

—¡Mierda! —exclamó la teniente en voz alta—. ¿Y dónde está ese sitio?

El secreto del lugar donde se vieron Verónica Pedraza y Clara Tundidor por primera vez, se convirtió en un enigma sin respuesta. La gente, curiosa y cegada por el morbo, comenzaron a bajarse de sus vehículos, para cotillear y porque no, filmar el accidente para hacerlo viral en sus redes sociales. Temiendo el poco escrúpulo de los más jóvenes, Julia se quitó el cárdigan y tapó el cuerpo de Pedraza, que yacía sobre el asfalto. Verbeke no sentía el frío de la niebla que le calaba como cuchillas de hielo; tan solo sentía cómo la adrenalina le abrasaba el vientre y le aceleraba la respiración. En un gesto astuto, buscó en la agenda el nombre de Clara. En pantalla apareció una chica rubia y de ojos azules, con una contagiosa sonrisa gamberra.

La llamó sin perder ni un solo minuto.

Sonó un tono.

Dos…

Tres…

Descolgaron al otro lado y se oyó un alarido lejano de dolor; también una respiración muy cerca del micrófono.

«¿Clara? —preguntó Verbeke expectante notando su corazón a punto de salir por la boca—¡¿Clara?!»

De fondo, se oía un murmullo continuo, que advertía que Clara estaba en algún lugar al aire libre. El sonido invitaba a pensar que estaba cerca de un grifo abierto, que manaba agua sin parar.

«¡Ttt, ttt, ttt! —realizó una secuencia con la lengua, negando la afirmación».

«Escúchame. Soy la teniente Verbeke. ¡Seas quien seas no le hagas daño a Clara, te lo ruego! —desesperó Julia oyendo aquel chasquido que expresaba disconformidad—. «Aun estás a tiempo de dejarlo todo en un malentendido».

Al otro lado sonó una voz enlatada y fantasmagórica. Un susurro en el que no se distinguía ningún rasgo en el tono. Y que dejó a Verbeke con el alma sobrecogida.

«Ya es tarde. El mundo… tiene… que conocer… mi obra».

Y colgó.

20
Empieza el operativo

Jueves, 27 de mayo de 2022
Edificio de la UCO, Madrid Capital

El día despertó con alegría, sin importarle todo lo malo, que sucedió en la noche anterior. Sus rayos golpeaban sin piedad la cristalera de la oficina, creando incómodos destellos sobre los galones de la chaqueta del teniente coronel Miranda. Tenía rueda de preguntas con los medios, pero antes, tenía que organizar el operativo. La enorme sala donde iba a dar lugar la reunión, estaba equipada con varias sillas rojas giratorias, un proyector, un panel de corcho y una pizarra blanca. Alrededor de la enorme mesa, ya estaban sentados los agentes, deseando hincar el diente a los tochos de informes que el Teco había preparado con esmero. Julia llegó la última. En esta ocasión, vestía una blusa blanca de cuello de pico, un vaquero azul y un cárdigan rosa palo. Sobre el hombro, uno de esos enormes bolsos, *tote bag*, de color negro.

Como si de una clandestina timba de póquer se tratara, los presentes aguardaban en silencio las cartas que les repartiría el crupier Rafael Miranda, para afrontar la cruel partida que se avecinaba. Los jugadores eran Iván Roca, Julia Verbeke, Nekane Ndiaye y el cabo Lucas Mendoza —sevillano de nacimiento. Treinta y pocos años. Peinado con raya al lado. Bajito. De piel pálida y complexión delgada —. Este último, era conocido en el seno del edificio como «el Miarma». No era muy dado a salir fuera. Alegaba con sorna, que la calle le producía alergia. Lo suyo eran los datos y la búsqueda de información vía internet.

El teniente coronel esperó a que la teniente Verbeke desplegara su libreta Moleskine y pusiera su teléfono en silencio. No le dijo nada, solo miró su reloj con descaro, haciéndole saber su malestar por el retraso. En pie, junto al pizarrón blanco de 122 x 200 cm., comenzó a escribir en la zona alta. Con mayúsculas, bautizó la operación.

—El operativo necesita un nombre, por lo que he decidido ponerle "Operación Caronte": en honor al barquero de Hades que cruzaba los difuntos de una orilla del río al otro —ninguno se sorprendió por lo rebuscado que había sido con el nombre de la misión. Al teniente coronel le gustaba la mitología griega y los pensadores antiguos—. Como ya sabéis todos, estos *briefing* sirven de preámbulo para conocer que tenemos y por dónde podemos empezar a investigar. Las

sospechas indican que hay alguien tras las desapariciones, ya que la teniente, tuvo ocasión de establecer contacto con ella —soltó el rotulador ante el murmullo que provocaron Verbeke y Nekane; y éste, las miró de manera jurídica como si fuesen alborotadoras alumnas de primero de la ESO—. Tomad vuestros dossiers y empecemos a sacar conclusiones sin perder más tiempo, ¿entendido?

Los agentes de la UCO tomaron los folios y empezaron a leer para sí mismos toda la información que tintaban el papel. Desde los exámenes post mortem, a las denuncias y pesquisas relacionadas con el caso. Las lecturas procedían de forma mecánica, donde tras memorizar los datos más inquietantes y reseñables, pasaban el informe al compañero de al lado, con el fin de que rotaran por todos los componentes que conformaban la mesa de investigación. Mientras tanto, el teniente coronel deslió un caramelo de regaliz y lo saboreó ruidosamente, haciéndolo chocar con las caras internas de sus dientes postizos. En menos de quince minutos, sus cerebros memorizaron los datos, las fechas, las heridas y los nombres de todas las víctimas que ahora tenían algo en común: un mismo asesino les había arrebatado la vida injustamente. El teniente coronel, alojó el caramelo a un lado de la mandíbula, para poder vocalizar correctamente y, viendo que todos habían terminado, empezó con la perorata.

—Frente a nosotros tenemos un nuevo reto. Todos nuestros casos son derivados por la incapacidad de resolución de las comisarías y comandancia de este país. Por lo que sabemos, es un asunto complejo, perturbador y por qué no… espinoso —pausó su manida charla para mover el caramelo al otro lado de su mejilla. Su bigote se agitó como un gusano sobre su labio—. Como habéis podido comprobar, el forense patólogo, doctor Mauricio Santana, ha contrastado las características de las heridas que presentaban las víctimas y ha certificado, que han sido producidas por la misma arma blanca. Por lo que hay un autor material tras los homicidios. No sabemos su sexo, edad, estatus o antecedentes. Pero sí, su modus operandi y su radio de acción… —Julia bostezó y el teniente coronel pudo ver sus muelas del juicio empastadas en chocolate blanco—. ¿Le da sueño lo que hablo, teniente?

—Más bien me lo quita —aclaró Julia—. He pasado una noche de perros pensando en todo lo sucedido.

Miranda la fulminó con la mirada. Y es que Julia, tendía a sacarlo de quicio continuamente, como si fuese una especie de hobby puntilloso del cual lo hacía participe

—Como decía antes de ser interrumpido, primero tiende a desnudar a sus víctimas, luego arroja sus ropas al cauce del río, para finalmente, en un margen de veinticuatro horas a setenta y dos, deshacerse del cadáver, al que lesiona previamente, esperando al

parecer, que se ahogue…

—El criminal actúa siguiendo un patrón, que advierte, que podemos estar ante un asesino en serie —dilucidó Roca—. Cuadraría con el periodo de enfriamiento de seis meses entre víctima y víctima, típico de estos sociópatas. Lo que me descuadra un poco, sería esta nueva desaparición, muy seguida a la de Raúl Gallo.

—Nos faltan datos —dijo el teniente coronel—. Verbeke, exponga sus conclusiones para ver que podemos extrapolar de esa conversación que mantuvo con el agresor.

Julia pasó un par de páginas de su libreta. Se había pasado la noche apuntando dato y sacando conclusiones. Tras echar un vistazo a sus notas, habló.

—Si nos basamos en el mensaje que escribió Clara, no tengo claro si se trata de una o más personas las que la tenían retenidas en contra de su voluntad —teorizó Julia mostrando un folio con los mensajes hallados en el teléfono de Clara—. Escribió en plural y luego en singular.

—Esa información hay que cogerla con pinzas. Con un ataque de nervios de esa magnitud, no coordina bien la cabeza con los dedos. Tampoco, hay tiempo para borrar y reescribir un mensaje. Es más que posible, que esa incongruencia, sea fruto de la situación de terror en la que estaba sumida —dedujo Lucas Mendoza.

—Prefiero que se centre en la llamada con el sospechoso, Verbeke —le sugirió el Teco.

—Bueno, no intercambiamos muchas palabras —aclaró—. Solo me dijo que su obra era imparable y que quería mostrársela al mundo. Respecto a la voz, era un susurro lento y comedido, pero no sabría determinar si el sujeto era hombre, mujer, niño o anciano, aunque me decantaría por una voz aguda. De fondo se oía un ruido constante… de agua, como la corriente de un arroyo.

—¿Cree que usaba un distorsionador? —quiso saber Mendoza.

—No. Más bien se lo tomaba como un juego. Como si estuviese disfrutando con la llamada —sentenció Julia contemplando como los pómulos descolgados de su jefe se agitaban nerviosamente.

—¿Y, oyó a Clara? ¿Gritaba, gemía, pedía auxilio? —preguntó el teniente coronel atrapando su barbilla rasurada con dos dedos.

Verbeke alzó la mirada con tristeza y negó con la cabeza.

—No.

—Vale. No podemos descartar ninguna posibilidad. No sabemos cuál será su destino. Así, que tenemos que pensar que aún está con vida y que la encontraremos sana y salva, ¿ok? Vamos a ser positivos. Igual sigue ilesa y retenida en algún lugar. Tenemos que presionar al sujeto que la tiene secuestrada —se convenció el teniente coronel torciendo el morro. Luego prosiguió con sus sospechas—. Conociendo

la conversación que la teniente Verbeke mantuvo con el agresor, podemos determinar que habló de "mostrar su obra al mundo", por lo que debemos entender tiene un plan premeditado. Pero ¿en qué consiste ese propósito al que llama obra? —dibujó un interrogante gigante en la pizarra—. De momento, no tenemos respuestas. Debemos averiguarlo antes de que de otro paso y saber, por qué ha cambiado su patrón: tenemos dos varones muertos y ahora, una mujer que puede convertirse en su tercera víctima.

Julia Verbeke alzó un dedo. El teniente coronel le dio paso.

—Lo que nos deja claro de su obra, es que está en pleno plazo de ejecución. Y que no se mostraba asustado ante la autoridad. Más bien, hallé satisfacción en su tono cuando me identifiqué.

El Teco usó su particular código de miradas con su interlocutora, mostrando su resiliencia a creer al pie de la letra, los argumentos que oía. Roca intervino.

—Cabe la posibilidad, de que se trate de dos asesinos que han convergido en un mismo radio de acción. Eso explicaría que haya cambiado de sexo a la hora de elegir a sus víctimas. No sé si me explico…. Igual, Clara está en otras manos.

—Demasiada casualidad —divergió Verbeke.

—La desaparición de Clara… puede dar fuerza a esa teoría de cruce de homicidios —continuó Iván esperando reacciones—. No sería la primera vez, que alguien aprovecha la situación de la oleada de crímenes, para perpetrar una venganza esperando que se la atribuyan al psicópata que campa a sus anchas.

—El hecho de que arroje a las víctimas al río con vida, me resulta interesante —admitió Julia arrugando el ceño de todos sus compañeros—. Demuestra cobardía. Parece que no es un asesino encarnizado que alimenta su ego con el dolor ajeno. De esos que se empodera con los gritos de clemencia e impotencia de sus presas.

—Bien visto, teniente —aplaudió Mendoza.

Roca discrepó.

—Todos los psicópatas disfrutan del dolor ajeno. Cuanto más sufren sus víctimas, más poderosos, soberbios y excitados se sienten. ¿Quién te dice que no se quedan a contemplar cómo se hunde a plomo en las aguas mientras manotea en la corriente?

—Si disfruta o no con su agonía, no le da humanidad al criminal —añadió Nekane Ndiaye poniendo los pelos de punta a más de uno con su confesión—. Lo que sí le da un rasgo un tanto espeluznante, es que a todos les corta un pedazo de carne a filo de cuchillo.

—¿Puede ser un trofeo? —sugirió Roca peinando su barba con los dedos.

—Es posible, sargento —Verbeke, le dio la razón—. Muchos se llevan un premio para recordar su hazaña. Una prenda, un cabello…

en definitiva, un fetiche.

—En otro orden de cosas —dio paso el teniente coronel Miranda a otro contenido—. ¿Qué evidencias tenemos, Nekane? ¿Sabemos algo de esos restos mutilados?

—No hemos encontrado los pedazos de carne por los alrededores, ni el arma empleada para extraerla —dijo la compañera de piel de chocolate y melena leonada—. Tampoco fluidos corporales ajenos a la víctima. Nada de huellas o fibras… parece que se cuida de no dejar evidencias. Igual, para que no le pillemos antes de terminar con lo que está haciendo.

El teniente coronel miró su Rolex, viendo que eran las diez de la mañana, decidió aligerar el proceso. «Todo el tiempo que empleemos aquí, lo perderemos fuera», pensó. Entonces, se giró con decisión hacia la pizarra, y comenzó a trazar letras con elegancia, como si estuviese dirigiendo una orquesta de música con una batuta, en vez de con un rotulador; al retirarse aparecieron dos nombres en el pizarrón: Diego Pinteño y Raúl Gallo.

—Le falta Clara Tundidor, mi teniente coronel —añadió Julia desde su asiento creando fastidio en su jefe.

Miranda escribió tímidamente el nombre de Clara Tundidor, como si en vez de tener un rotulador lavable, tuviera un portaminas. Las facciones flácidas de su cara no se agitaron, pero sin lugar a dudas, tenía miedo de sumar una nueva víctima al caso.

«Diego Pinteño, 1 de diciembre 2021»
«Raúl Gallo, 23 de mayo 2022»
«Clara Tundidor, ¿?»

—Ahora, vamos a ir uno a uno, para conocer si hay rasgos físicos o de filiación. Proceda, sargento Roca.

El hípster, tomó los informes de las autopsias y los colocó en estricto orden. Luego, carraspeó la garganta y comenzó a dictar.

—Diego Pinteño: 28 años, ojos azules, cabello castaño corto, corpulencia media, fibroso, con herida avulsiva en la espalda —cambió el documento—. Raúl Gallo: 30 años, ojos azules, cabello moreno y largo, complexión media, herida avulsiva en el brazo y lesión en el tabique nasal.

El teniente coronel Miranda, lo anotó todo, haciendo del negro el color predominante en aquella pizarra blanca, como si fuese una tiniebla que auguraba lo que estaba por venir. Julia elevó su mano, mientras con la otra escribía en el cuaderno varios datos. El Teco le concedió permiso para hablar.

—Las víctimas elegidas son jóvenes, nada de adultos, ancianos o niños. Supongo que debe ser corpulento para agredir, mover y arrojar

un cuerpo a los embalses —auguró la teniente Verbeke tensando su cola alta en una gomilla rosa.

—Clara, le envió un mensaje de texto en el que le pedía perdón —aclaró Roca dando un dato que llamó poderosamente la atención de los asistentes—. ¿Qué estaba haciendo, que le remordió en sus últimos instantes de vida la conciencia?

Un ángel pasó por delante de todos ellos, dejando una estela de inquietud en el aire.

—Una infidelidad —opinó Verbeke—. ¿Pero con quién?

—Estuvo torpe, quizás fruto del pánico —opinó el teniente coronel imprimiendo en su voz cierta lástima—. Si le hubiera dado el nombre ya estaríamos tras la pista de esa persona. Pero supongo que dio prioridad a morir sin esa carga del remordimiento.

Roca miró a Julia, y en parte, sintió empatía con Clara. El sostenía el peso de la mochila de la culpa, tras haberle sido infiel. Y pensó, en si sería capaz de confesar algo así, antes de exhalar su último aliento. No tuvo que meditar mucho. Llegó a la conclusión de que ojos que no ven, corazón que no siente, ni padece.

—Y si el agresor manipuló el móvil de la víctima, haciendo creer que estaba en peligro, cuando realmente, a quien quería secuestrar era a la guardia Pedraza —conjeturó Julia Verbeke con brillantez.

Iván elevó las cejas tan alto, que casi descarrilan por su calva en un gesto discrepante.

—Tenemos demasiadas hipótesis sobre la mesa —llamó a la calma el teniente coronel, deteniendo aquella batería de suposiciones que se agolpaban, enturbiando aún más los acontecimientos—. No sabemos si Clara está en manos de Caronte. Igual ocurre igual que con el piragüista y es solo, un crimen aislado y pasional. No hay concomitancia alguna entre los dos hombres y esta chica, al menos por el momento.

—¿Y qué hay del color de ojos? Tiene predilección por el azul —añadió Lucas Mendoza encontrando una nueva coincidencia.

—Puede tratarse de una casualidad… o no —dudó la teniente encogiendo sus hombros—. Los psicópatas establecen sus propios patrones a la hora de agredir. La historia nos demuestra que muchos «serial killers» han atacado a mujeres que lo único que tenían en común era que vestían un traje rojo.

—Bueno —acaparó la atención el teniente coronel Miranda—. Pues ya tenemos un hilo de dónde tirar. Roca, Mendoza y Verbeke, volved a ese pueblo. Entrevistaros con las familias, para averiguar donde estuvieron la noche anterior al crimen y si notaron un comportamiento extraño en los días previos a su desaparición; y no perdáis de vista a ese brigada de apellido Tocino, no hay que descartar ninguna suposición.

Los agentes salieron de la sala cagando leches, como si las sillas les quemase el trasero.

Tenían muchas preguntas por resolver.

Y el reloj de arena, ya había sido invertido por la mano de un sociópata bautizado con el nombre de Caronte.

21
De nuevo, Buitrago

Al volante del trillado Renault, iba Julia Verbeke junto a Roca. Detrás, el cabo Mendoza, que contaba el desmayo que sufrió durante el parto de su mujer, haciendo un chiste de ello. Entre risas y anécdotas, atravesaron las murallas medievales de la ciudad, giraron un par de calles y llegaron a los aledaños del cuartel de Buitrago. Allí, el cielo lucía completamente celeste, con alguna que otra nube despistada en busca de su rebaño. Las montañas relumbraban su verdor más intenso y el sol, se mostraba mucho más acogedor que el día anterior, obligando a los tres ocupantes del coche, a quitarse las prendas de abrigo antes de abandonar el habitáculo. El trío de la UCO, cruzó de acera a acera sin perder de vista al reportero que le hablaba a una cámara de televisión a través de un micrófono envuelto en espuma azul. Ninguno miró hacia abajo en busca de restos de sangre cuajada, sino que buscaron distracción en objetos altos y sin encanto alguno, como farolas y copas de árboles. Inevitablemente, al discurrir cerca del cámara, escucharon las palabras del corresponsal, que miraba al frente, sujetando un cuaderno repleto de tachones. Su relato, refrescó lo vivido a los agentes.

—Aquí dio lugar el fortuito accidente que acabó con la vida de la guardia Verónica Pedraza. Muy querida en el pueblo y cuya muerte ha conmocionado a todos los vecinos. Los tres jóvenes que ocupaban el coche no se saltaron ningún semáforo o señal, pero conducían a una velocidad superior a la permitida y además dieron positivo en el test de estupefacientes. El sepelio de la joven guardia civil, tendrá lugar durante el día. Mañana, será trasladada a Camposanto, dónde se espera mucha afluencia por parte del pueblo. A esta rocambolesca historia, se suma la desaparición de su pareja, Clara Tundidor, vecina también de Buitrago de Lozoya. Según nos informan, se ha organizado un dispositivo de búsqueda por toda la mancomunidad, en la cual están colaborando voluntarios para dar con el paradero de la conocida camarera del pub El Marquesado. De momento, su desaparición… es un misterio, que esperemos acabe con final feliz.

—¡Ojalá, miarma! —prorrumpió Mendoza provocando una mirada de desapruebo en el reportero.

—Los finales felices son para las películas de Disney —murmuró el sargento—. En la vida real no se dan los milagros con tanta facilidad.

Julia resopló mientras su mente recreaba el suceso: el cuerpo de

esa chica corriendo por la acera, convertida en heroína, dispuesta a darlo todo por su novia. Con un halo de esperanza en su cara mientras gritaba que sabía dónde estaba. Pero el destino, no lo quiso así. No quiso un final de reconciliación. Quiso poner una guinda amarga al pastel, como lección quizás, de que quién está destinado a morir, lo hará por mucho que los nuestros tengan cuidado o acudan a nuestro socorro.

El resultado fue devastador para Julia Verbeke, le hizo mella en su voluble estado de ánimo. Los tres se detuvieron a las afueras del cuartel y posaron sus miradas en la bandera de España, la cual, estaba alzada a media asta. Quizás, fruto de su capacidad de relacionar lo abstracto con lo evidente, notaron que las tejas negras que siempre estuvieron allí, hoy pareciesen más oscuras; como si vistiesen el luto del duelo. Un gato cruzó el patio, como si fuese un espía evitando ser visto. Bajo el dintel de entrada, Tocino disfrutaba de un cigarro como si el umbral de la puerta que separaba el cuartel del patio, fuese un vacío legal recogido en la ley antitabaco. Tenía el uniforme arrugado y un cordón desabrochado en una de sus botas. Sus inexpresivos ojos, lucían dos ojeras violáceas que advertían, que no había pegado cabezada en toda la noche.

—¡Buenos días, brigada! —saludaron los de la UCO al unísono.

—Los ha habido mejores —respondió con desánimo, dando un paso lateral para dejarlos pasar.

Esquivando la espigada figura del que fumaba, se colaron dentro. Verbeke sacudió el humo que empalagaba la recepción haciendo aspavientos; y no pudo evitar mirar el sillón donde la noche anterior, estaba sentada la guardia Pedraza. Ahora, había un joven pelirrojo de veinte y cinco años, el guardia Mateo, que ojeaba la portada de un periódico con fecha de hoy, en cuya titular podía leerse: «¿Anda suelto un asesino en serie en el mar de Madrid?».

Con educación, saludaron al joven guardia que reemplazaba a la recién fallecida compañera. El joven lanzó una mirada vaga por encima del periódico y respondió los buenos días. «Ahora contamos con la presión mediática, ¡estupendo!», pensó Julia mientras aguardaba a que Tocino la pusiera al tanto sobre la búsqueda de Clara Tundidor. Lucas Mendoza, no pudo ocultar su asombro, al ver las cicatrices que cuarteaban la barba de Tocino en varios fragmentos. Y codeó a su compañero, haciendo un gesto de sorpresa. Roca le pidió que fuera discreto. Por el pasillo que daba a los despachos, asomó el sargento Mediavilla, que himpló a la vez que estiraba los brazos, tocando la escayola del techo con sus nudillos. Su prominente frente y las cejas que se descolgaban bajo esta, como dos murciélagos con las alas desplegadas, provocó que el Miarma sacara una conclusión al respecto: «En vez de un puesto de la guardia civil, parece esto el

casting para una película de Tim Burton».

—Buenas, sargento Mediavilla —saludó la teniente—. Mi más sentido pésame por la muerte de la guardia Pedraza.

—Es duro perder a una compañera tan joven en una acción tan necia —admitió ajustando su crespón negro sobre el brazo—. No somos nadie.

—Nunca sabemos cuál es nuestro último día entre los vivos…

—Por cierto, Verbeke —cambió de tema—: veo que viene bien acompañada.

—Hoy traigo refuerzos —admiró a sus acólitos con orgullo—. El sargento Iván Roca ya lo conoce. Le presento al cabo Lucas Mendoza —se estrecharon la mano—. La idea es dividirnos para sacar toda la información útil en el menor tiempo posible.

—He enviado a descansar a mis hombres, a que se repongan del sueño. Estamos bajo mínimos —miró la sala con desolación—. La batida de ayer fue totalmente infructuosa. No hemos encontrado nada relevante. La noche hizo difícil la labor de búsqueda. Las linternas apenas alumbraban con la espesa niebla… ¡Todo un despropósito!

Tocino apuró la colilla y justo antes de quemarse los dedos, la tiró al cemento del patio. Acudió cabizbajo hacia dentro y conteniendo un bostezo, mostró su disposición.

—Ya están al día, ¿no? ¿Por dónde empezamos?

—Lo importante ahora mismo, es seguir con las pesquisas —atajó Julia Verbeke—. He pensado en hacer dos grupos para visitar los domicilios de las víctimas. Yo iré con alguien de este puesto a los pueblos vecinos; y Roca y Mendoza, se quedarán en Buitrago visitando las viviendas de Clara Tundidor y la del hermano de Diego Pinteño.

—Pues me gustaría acompañarla, teniente. Pero tengo que quedarme aquí, para coordinar los servicios —Julia se encogió de hombros—. Si Mediavilla me suple, iré encantado… Conozco bien a los Gallo.

A pesar de que Mediavilla se moría de ganas por acompañar a la agente Verbeke, para formar parte de una investigación compleja, no tuvo más remedio que dejar pasar la oportunidad. Con la boca pequeña, expuso sus intenciones.

—Por supuesto. El guardia Mateo y yo, nos ocuparemos de atender a la ciudadanía.

—Gracias —respondió Verbeke agradecida.

Mediavilla se giró sobre sus talones y disgustado, dio un portazo tal, que Julia e Iván, recordaron el sonido del cráneo fracturado de Pedraza contra el capó del Audi. Y, por un instante, contuvieron la respiración ante el fenómeno sonoro.

—¡Vaya genio tiene! —criticó Tocino—. Por cierto, ¿os acompaño primero a los domicilios de Buitrago?

—No es necesario —aseguró Mendoza mostrando su teléfono móvil —. Tenemos las direcciones anotadas en el navegador.

—La cuestión no es llegar, la cuestión es si os querrán abrir la puerta —los miró de arriba abajo poniendo un rostro algo disconforme —. Con esa pinta de vendedores de seguros de decesos…

Roca, había elegido hoy una camisa blanca con topos negros, ceñida, que resaltaba su musculatura. Sobre ella, llevaba tirantes negros que se ajustaban a un pantalón chino. Sobre la calva, llevaba una gorra de color negro para tapar la cicatriz que le causó el martillo con el que le golpeó el piragüista. A su lado, el andaluz Lucas Mendoza, vestía con un polo rosa de la marca Lacoste y un pantalón azul. Calzaba unos náuticos marrones y llevaba un peinado ochentero, con tupé abundante, pero estiloso. Éste, le respondió con cierto retintín.

—Para eso traemos las placas, señor Tocino. Son las llaves maestras para colarnos en los domicilios… Háganos caso, sabemos cómo proceder en esto menesteres.

Los cuatro salieron hacia fuera del puesto. Roca y Mendoza no se distrajeron y se encaminaron a la dirección indicada con ayuda del navegador del teléfono móvil; Verbeke, acompañó a Tocino hacia el patio, donde un flamante Land Rover Discovery les aguardaba.

—Veo que ha llegado hasta aquí el escueto reparto de dotaciones —se extrañó Julia Verbeke al ver el nuevo vehículo—. Escuché que iban a renovar la flota con ochenta y cinco vehículos a estrenar. ¡Una miseria! Teniendo en cuenta, que contamos con más de mil novecientos cuarteles en territorio español.

—Pues, ya ves, aquí nos ha tocado el Gordo —atajó Tocino—. Llegaron hace una semana. Hoy lo voy a conducir por primera vez.

—Están bonitos con estos vinilos fluorescentes —se asombró Julia pasando la mano por encima del capó. Luego, le dio un par de puntapiés en el neumático—. El cuerpo se está modernizando poco a poco. Me alegra que nos quiten esa imagen anticuada que pesa sobre la Benemérita, como si todavía llevásemos el tricornio.

—Demasiado tuneado para mi parecer. Parece un Gran Turismo de competición en vez de un vehículo de vigilancia…, nos resta seriedad de cara a los maleantes —discrepó Tocino torciendo el gesto—. Pero no puedo negar que tomar los caminos de cabras que patrullamos, con estos vehículos, hacen los turnos más llevaderos.

—No sé qué criterio contemplan para las reparticiones, pero parece que no se acuerdan de la élite; mucho prestigio a nivel interno, pero nos dejan los vehículos más cascados: tenemos un Renault con nueve años… Con eso te lo digo todo. Y a expensas de que le incauten un vehículo de alta gama a un narco.

—Ya. Este tiene motor diésel, 240 CV de potencia, control de

estabilidad, navegador integrado… Mucho coche, teniente, pero prefiero los antiguos Patrol y su mecánica sencilla. No me llevo bien con las tecnologías modernas. Se enciende un testigo en plena persecución y te quedas sin coche de un plumazo —Tocino abrió la puerta del acompañante en un gesto caballeroso para que la invitada, entrara al interior. Julia apreció una connotación machista en aquel detalle. No accedió al vehículo. El brigada rodeó el Jeep sin entender la negativa y antes de sentarse al volante, golpeó el capó enérgicamente con la palma de la mano. De debajo, salió un felino escopeteado hacía otro coche—. Los gatitos buscan refugio en el calor del motor, siempre hago este gesto, para evitar un disgusto. Ya sabe.

Tocino, arrancó el vehículo y puso dirección al Berrueco. El GPS que traían integrado no lo encendió —Le resultaba lioso escuchar la voz robotizada—. El habitáculo olía a ese perfume a nuevo, que solo desprenden los coches recién sacados del concesionario. Julia reflexionó sobre ello. «Conociendo los hábitos de éste, en un mes, apesta el coche a tabaco, sudor y pesca de río». Por delante les deparaban quince minutos por la M-131. Tocino habló sobre los autores del atropello de la guardia Pedraza. Le contó que fueron tres niñatos, uno con dieciocho y dos de diecisiete, que conducían drogados. Y, le mostró su malestar sobre el aumento del consumo de estupefacientes entre la juventud del pueblo. A Julia le resultó aburrida la conversación y le habló de comida. Le preguntó de qué manera, se comió las truchas que ganó en la partida de dominó. *Al horno*, le respondió relamiéndose los labios. Entre sustancias estupefacientes y pescados horneados, llegaron a su destino. El pueblo no tenía murallas como Buitrago, pero presumía de una estampa bastante peculiar, ya que, sobre el tejado de las casas, emergía un alto cerro de granito, que daba nombre al termino bautizado como: El Berrueco; que literalmente significaba, peñasco rocoso. Desde allí, si mirabas al horizonte, se podía divisar al inmenso embalse de El Atazar, flanqueado por espesa vegetación y concurrido por coloridas hileras de excursionistas dispuestos a disfrutar de la vasta naturaleza.

—A ver que podemos sacar en firme, brigada. Hay que esclarecer esta situación y poner fin a esta masacre. Déjeme a mí las preguntas, cuando estemos en el interior de la casa, ¿estamos?

—Es solo una opinión, mi teniente. Igual me tacha de antiguo, pero no veo buena idea, irrumpir en una casa donde todavía, se llora la muerte de su ser querido. Lo considero una falta de… escrúpulos por su parte.

A Julia no le gustó demasiado aquella opinión. Parecía que el brigada no estaba por la labor de tener un cara a cara con los Gallo. Y eso, le produjo cierta desconfianza. «¿Qué oculta?», pensó, lanzándole con descaro una mirada de sospecha.

—Le seré franca. Dadas las circunstancias, me importa una mierda lo que piensen de mí. No podemos hacer nada por Raúl Gallo. Mi misión es ahora, salvar el pellejo de Clara Tundidor. Así que aparque de una vez y lléveme hasta esa casa. ¡Hay una vida en juego!

22
El Berrueco

El núcleo urbano, se asentaba en un llano, a espaldas de la Sierra de La Cabrera. Allí, sus habitantes respiraban el aire puro que ofrecía el poco tráfico y la nula industrialización de la zona. La estampa era similar a la de Buitrago; como si los vecinos de un pueblo se hubiesen trasladado al otro. De nuevo, vieron la desvencijada Citroën Berlingo del panadero, las mujeres baldeando las puertas con agua y lejía, el cartero sembrando sobres en los buzones, los barrenderos hablando con los jubilados bajo la copa de un naranjo y, las cuidadoras paseando a ancianas en sus sillas de ruedas.

El Land Rover, dobló hacia el interior de la urbe, donde las casitas de piedra con tejados rojizos, guardaban una estética típica de la región de montaña. Tocino sacó un cigarro de una cajetilla de metal y se lo colocó en la boca sin encenderlo. Detuvo el flamante 4x4. Puso una bota sobre el asfalto y prendió el cigarro.

—¿Quiere uno? —Le ofreció exhalando humo entre los huecos de sus dientes.

—No. Mi vicio es el azúcar y el chocolate.

—No sé cuál te mata antes.

Tras cerrar el vehículo anduvieron por las estrechas aceras. Al girar una esquina, un niño venía hacia ellos con una bolsa de pan en sus manos. Al ver a la pareja, aligeró su paso como si hubiese hecho algo malo y temiese ser detenido. El chico de unos nueve años, tenía los labios finos, la cara redonda y unos ojos redondos de color miel. Al ver a Tocino, cambió su cara de asustado a temeroso. Seguidamente, se metió bajo el zaguán de una ostentosa casa; el brigada, no le quitó la vista a aquel niño, en ningún momento.

—¡Menudo susto… se ha llevado al vernos! —exclamó Julia achicando el tono de la frase mientras su mente daba una explicación coherente al espanto repentino del chico; y llegó a la conclusión de que se sobrecogió al ver el espeluznante rostro del brigada—. Igual ha atracado al panadero.

—Más bien, se ha ausentado del colegio —respondió con preocupación por el ausentismo escolar—. Hay madres que no se preocupan de la educación de sus hijos. ¿Tiene usted hijos?

—No. No me lo he planteado. Y no admito sermones de moral ¿entendido?

Tocino no añadió nada al respeto. Solo se quedó mirando el portal

de la casa donde entró el niño —aquello más que una vivienda, parecía un hotel rural en mitad de la calle—. Una mujer con el pelo planchado y un chándal fluorescente, se asomó a recibir al chico, le sujetó la bolsa de pan y lanzó una mirada expeditiva hacía el brigada, como si fuese culpable de haber espantado a su hijo.

—¡Qué despiste! No es por aquí —dio la vuelta Tocino, volviendo sobre sus pasos—. Los Gallo viven en la otra punta del pueblo.

«Pues El Berrueco no es Manhattan», obvió Julia con la mosca tras la oreja, ya que aquel rodeo, le resultó un tanto absurdo. Tras tomar una nueva ruta, llegaron al número 13, de la calle Labradores. En la entrada había un felpudo de esparto. En la ventana, asomaban geranios y otras macetas muy floridas por la primavera. Tocino tiró la colilla al suelo y apretó el timbre. Ambos se pusieron serios —no iba a ser agradable; éstas visitas nunca lo eran—. Frente a ellos, se abrió la puerta y bajo el marco, apareció una chica joven, entradita en curvas, con el rostro sin maquillaje y los ojos hinchados; todos los rasgos del luto, estaban presentes en su cara.

—Buenos días. Soy el brigada Tocino y ella es la teniente Verbeke —se presentó el guardia llevando una mano a su pecho—. En primer lugar, queremos trasladarle nuestro más sentido pésame por el fallecimiento de Raúl Gallo.

—Gracias —dijo la mujer de treinta años, conteniendo las ganas de romper a llorar—. ¿Qué quieren?

—Es la pareja de Raúl Gallo —añadió Tocino haciéndole saber a Julia, que la conocía de vista—. Lamento la pérdida.

—Sé que no es el momento más apropiado para hacer preguntas —intervino Julia mostrando la placa de Guardia Civil, por si acaso, le cabía dudas sobre su oficio—, pero sería de gran ayuda, que respondiera a algunas cuestiones, para ver si nos acerca un poco más al culpable de esta tragedia.

—Ya nadie me lo va a devolver… ¿para qué perder más tiempo? —aludió la chica amagando con cerrar la puerta—. No tengo cuerpo para conversar, discúlpenme.

—¡Espera! —intervino Julia deteniendo la puerta con la puntera de su bota. Sabía qué si cerraba, ya no volvería a abrir—. ¿Cómo te llamas?

La chica no le recriminó el gesto, estaba tan abatida por la pérdida, que nada le parecía más importante que su dolor.

—Estefanía.

—¿Quién es, Estefi? —sonó una voz cascada desde el interior de la casa. Se trataba de una anciana que estaba sobre una silla de ruedas —. ¿Ha venido Raulito?

Estefanía agachó la cabeza, cansada por oír la misma pregunta una y otra vez, cada vez que alguien llamaba. Julia aprovechó para dar un

paso al frente y abrazarla. «Ya estoy dentro», se alegró. En el salón, se encontró a la abuela de Raúl y, tras ella, una mujer de porte fino bastante alta. Estaba vestida con un uniforme blanco de asistenta social y traía entre sus manos un vaso de agua y una pastilla.

—No, Ramona, hoy se ha quedado trabajando —le mintió María, la cuidadora—. Hasta la noche, no viene tu amado nieto.

—¡Siempre viene a verme cuando ya estoy acostada! —se quejó la anciana.

Tocino entró y cerró la puerta. Julia hacía de paño de lágrimas de Estefanía. El salón era de corte rústico, con lámpara de siete brazos y chimenea. Ramona se encontraba en una silla de ruedas y vestía una bata de color violeta. Tenía la mirada perdida hacia el sofá, como si allí hubiera alguien sentado ¿Y quién lo sabía a ciencia cierta? Desde hacía años, la moviola que habitaba en su cabeza tenía presionado de forma permanente, el botón de rebobinar y quién podía negarle que allí, no estaba nadie sentado.

La cuidadora le metió la pastilla en la boca y con mimo, le acercó el vaso de agua. La octogenaria tragó con dificultad. Ofreció un par de toses y volvió a preguntar sobre su nieto. No recibió respuesta alguna. Solo las lágrimas de Estefanía, que lo recordaba con cada mención. Julia trazó un visual por el salón. A su agudo olfato no pasó desapercibido el olor a café ni los matices de orín en el ambiente del salón, debido posiblemente, a los pañales de la anciana.

—Tiene alzhéimer —masculló Estefanía secándose las lágrimas con el torso de la mano—. No le hemos contado nada del devenir de su nieto, para no preocuparla.

—Entiendo —dijo Julia haciendo un gesto de entendimiento.

—Sus padres están en el tanatorio, al igual que medio pueblo —explicó mostrándose muy afligida—. Yo me he quedado por la abuela. Luego, vendrá mi suegra para quedarse con ella, ya que María —señaló a la cuidadora— termina turno.

—Puedo quedarme un poco más. Tú atiende a estas personas —dijo María retirando el vaso de la boca de Ramona y secándole el labio con un pañuelo. Verbeke se fijó en el tatuaje que la asistencia social, tenía en uno de sus dedos, donde ponía de manifiesto su entrega con las personas mayores: “AMOR”. La teniente pensó en su tatuaje de la flor de los vientos y no vio mala opción, hacerse un segundo diseño en el dedo—. A mucho voy a perderme el almuerzo. Y con todo lo ocurrido, no tengo mucho apetito que digamos.

—Gracias por el gesto, María. Pero sería de más ayuda, si sacara a pasear a la abuelita —sugirió Julia Verbeke, sacando la libreta Moleskine repleta de post it, que asomaban por los cantos—. Vamos a hacer ciertas preguntas de carácter confidencial.

La cuidadora frunció el ceño, como si le hubiese molestado que la

dejaran al margen. Julia no estaba dispuesta a que el chisme se filtrara a la prensa en menos de que cantaba un gallo. El hecho de que fuese un pueblo pequeño, daba pie a estos rumores. La cuidadora salió fuera de la casa empujando la silla de ruedas, mientras la anciana preguntaba por Raúl una y otra vez. Una vez tronó la puerta al cerrarse, Estefanía, comenzó a relatar.

—Mi novio paseaba a Ramona muy a menudo y ella le tenía un aprecio muy fuerte —se sinceró con aires de melancolía—. Es curioso, como no recuerda lo que ha desayunado esta mañana, sin embargo, Raúl siempre está ahí, presente en su mente.

—Lamento esta situación, Estefanía, pero es muy importante saber quién pudo hacer esto y cuáles fueron los motivos —explicó Tocino tomando asiento en el sofá de tres plazas.

—¿Tienes una foto de tu chico por aquí? —preguntó Verbeke, mirando los marcos de las fotos que se repartían por la estancia—. Es por ponerle identidad.

—Voy a buscar, un momento.

Estefanía se levantó y caminó hasta un mueble-bar color caoba, repleto de caballitos de porcelana que pastaban sobre un lecho de polvo. La joven abrió un cajón y sacó un álbum bastante grueso. Estefanía, lo posó sobre los muslos de la teniente, pasó un par de hojas y señaló la foto de la víctima.

—Era muy risueño... — Verbeke tenía ante sus ojos a un niño muy flaco, bajito y con un pelado que no le favorecía. Sacaba la lengua a la cámara, subido en un tobogán. Cerró el álbum de sopetón, no quería conocer su pasado, más bien su presente—. Pero me gustaría ver fotos recientes.

Verbeke, acalorada por la situación, se quitó el cárdigan de color negro y lo colocó en un reposabrazos del sofá. Tocino quedó prendado con el tatuaje: «con semejante calcomanía, cuesta tomarse en serio que se trata de una de las mejores investigadoras de este país», discrepó sumido en sus pensamientos. Estefanía, tomó una buena porción de hojas entre sus dedos y pasó un tocho hacia la izquierda de la teniente. De pronto, el chico bajito y feo, se convirtió en un joven apuesto y fibroso.

—Nos íbamos a casar el año que viene —añadió Estefanía usando un tono lastimero—. Lo teníamos todo planeado. No me imaginaba que algo así nos pudiera pasar.

—Lo lamento. La vida a veces se corta de raíz demasiado pronto —dijo Julia buscando una foto veraniega del joven donde pudiera estar más ligero de ropa. Una vez la tuvo delante, se fijó en alguna marca en sus brazos; no vio nada que le llamara la atención—. ¿Cuánto hace de estas fotos?

—Dos años. Ahí nos estábamos empezando a conocer.

Verbeke, metió la mano en el álbum y sacó una foto. En ella salía Raúl sobre un trampolín, con una sonrisa embaucadora y una melena larga y espesa, que causaría envidia a cualquier alopécico. La teniente se la acercó a los ojos, como si quisiera traspasar el grano de la captura fotográfica.

—¡Nada! —desesperó Julia explicando el porqué de su gesto—. No tiene ni lunares, ni verrugas, ni cicatrices…

Estefanía arrugó la frente e hizo un mohín, sin entender que interés podía suscitar esos rasgos de la piel de su novio.

—¿Qué busca, Verbeke? —intrigó Tocino curioseando la imagen.

—¿Tiene alguna de este último mes? —le requirió poniendo el pesado álbum sobre una mesita baja.

Estefanía, sacó su teléfono móvil de última tecnología —cosa que le llamó la atención a la teniente, ya que el terminal debía de valer unos mil ochocientos euros— y buscó en la galería, una foto de ambos. Raúl tenía unos ojos de color azul eléctrico, hipnóticos; sin embargo, tenía una dentadura bastante descuidada, con una paleta rota por una esquina, que le restaba atractivo cuando abría la boca para posar. Verbeke forzó su visión y se concentró en el carrusel de imágenes que pasaba por delante de ella, como si fuesen vagones de tren.

—¡Quieta!

La mano de Estefanía detuvo el desfile —le temblaba el pulso—. Sabía que todos aquellos momentos ya formaban parte de una vida pasada. Verbeke contempló la pantalla de cinco pulgadas y amplió la imagen con el pulgar y el índice, comprobando, que no perdía calidad al hacer zoom. Lo que vio, le sorprendió. Y su corazón repicó como si su caja torácica fuese un campanario.

—¡Maldita sea! —exclamó Verbeke extendiendo el móvil hacia el brigada—. ¡Ahí está! ¿Lo ves? —Tocino achicó los ojos sin entender el hallazgo que celebraba la investigadora—. ¡Tiene un tatuaje!

—Sí, es el árbol de la vida. Se lo hizo para remarcar el paso de la vida y tener latente el recuerdo de su hermana fallecida —se aclaró la garganta tragando saliva—. Ella, murió hará unos diez años; fue otro mazazo para la familia. Y ahora, éste.

—Necesito que me envíe una copia de la foto, es importante —le exigió a la chica—. Y hágalo a este email, por favor.

Estefanía anotó la dirección del correo electrónico. Y no pudo reprimir hacer la pregunta que le estaba comiendo por dentro.

—Mi Raúl… ¿Sufrió mucho?

Julia desvió la mirada hacia su antebrazo y se quedó fija contemplando el elaborado diseño de la rosa de los vientos que decoraba su piel. Apretó los dientes. Respiró hondo. Luego paseó su dedo sobre el film que lo envolvía y notó una pequeña molestia. Todo

en una teatral maniobra para distraer su impronta y no responder la verdad, tal y como acostumbraba.

—No. Fue algo rápido. Se dio un golpe que lo dejó inconsciente —mintió la teniente. Tocino hizo un gesto con los ojos que por suerte la afligida no vio—. Ni se enteró.

—¡Pobre mío! —respondió aliviada Estefanía llevándose las manos a la cara.

—No se lo tome a mal, ya estamos al final de la entrevista, pero debo hacerle este tipo de preguntas, quizás algo incomodas, pero necesarias…, confíe en mí —se excusó Julia Verbeke antes de ir al grano. Estefanía respiró hondo—. ¿Tienes conocimiento de con qué clase de personas trataba? ¿Sabes si le debía dinero a alguien?

Estefanía miró a Tocino, como si quisiera que este hablase en su nombre. El brigada, dio la cara por Raúl, sentía que en parte se lo debía.

—Ese chico jamás dio ruido. No era un delincuente. Solo luchaba por tener un porvenir —salió en su defensa, paseando su dedo amarillo por la cicatriz de su cara, en un gesto repetitivo—. Ni un solo antecedente.

—¿Algún negocio turbio? —instigó la teniente—. ¿Deudas repentinas?

—Últimamente, curraba mucho —intervino Estefanía robando protagonismo a Tocino. Su rostro mostró pesadumbre, ya que los planes que tenían en común se deshicieron en añicos mientras los narraba—. Estábamos ahorrando dinero para casarnos e irnos a vivir juntos. Raúl trabajaba en la piscina de Riosequillo en verano y el resto del año, se buscaba la vida como guía para turistas que querían hacer senderismo por los montes… aunque esto lo hacía de manera… ya sabe… sin estar dado de alta, mientras cobraba el paro.

—¿Notaste a tu chico más raro que de costumbre en estos últimos días? ¿Te hizo alguna llamada extraña? —quiso saber inclinando su frente en dirección a Estefanía.

—Raúl es un chico muy hermético —usó el presente, a pesar de que su novio ya no estaba entre los vivos—. Muy suyo. Y la verdad, es que no lo vi preocupado en ningún momento —recordó mirando a la puerta de la calle como si fuese a aparecer de un momento a otro—. Respecto a las llamadas, no me gustaba agobiarlo. Son de esos chicos que necesitan espacio.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —preguntó anotando las respuestas anteriores en su libreta.

—La noche que desapareció yo estaba en mi casa, pero, sé que él estuvo aquí junto a su abuela; la cuidaba en el intervalo de tiempo en que la cuidadora se marchaba y su madre volvía del bar —sonrió con aires de melancolía—. Ni mi suegra ni María, notaron una conducta

extraña en Raúl. Es más, el día de su desaparición, dejó su coche aquí. Ya no supimos más de él, hasta que hallaron el cuerpo fondeado.

Verbeke arrugó el ceño. «Raúl no ha cogido su coche. ¿Con quién se montó?», caviló anotando la incógnita en su cuaderno. Un golpe de llaves resonó en la puerta y ésta, se abrió. Primero apareció la silla de ruedas y sobre ella, la anciana nombrando a su nieto con cierto desespero. Tras ella, venía la cuidadora empujando, con más fuerza que maña, la silla. Ahí no quedó la visita; tras estas dos, apareció la madre de Raúl.

—Hola —saludó la madre del fallecido—. ¿Qué ocurre? ¿Les puedo ayudar en algo?

Verbeke se puso en pie, vistiendo su rostro más serio. El olor a laca que llegó a su olfato le indicaba que aquella mujer de cabellos castaños y abiertos, acababa de salir de la peluquería, para acudir al sepelio de su hijo.

—Es la madre de Raúl —explicó Estefanía recogiendo la taza de café de la mesita—: Rafaela.

—Mi más sentido pésame. Solo recabábamos información sobre su hijo —respondió Tocino dirigiéndose a la mujer de cabellos escardados—. Ya nos íbamos. Solo queríamos hacer unas preguntas rutinarias.

—Gracias —respondió Rafaela—. Pero como entenderán estamos de duelo. No tenemos ánimos para recibir a nadie ¿lo entienden?

Tocino agachó la cabeza y quedó en silencio. Estefanía volvió con un bolso de mano e hizo un ademán para despedirse —no le salían las palabras—. Julia Verbeke la abordó antes de que abandonase el inmueble y le pidió una última cosa.

—Me has dicho que el vehículo de Raúl, no se movió la noche del crimen —su interlocutora negó—. ¿Tendrías las llaves del coche para echar un vistazo en su interior? Muchos hombres tienes la costumbre de ocultar regalos u objetos en la guantera y bajo los sillones, como si fuesen su propia caja fuerte.

—¿Insinúa que me ocultaba algo? —se molestó Estefanía ante la conjetura de la guardia civil que iba de paisano.

—Estoy aquí para esclarecer el crimen de Raúl. Y se sorprendería de las pistas que a veces, nos dan los vehículos de las víctimas.

Estefanía, cogió un llavero compuesto por un mando y una llave con la empuñadura de plástico. Luego le dijo el modelo.

—Es un Ford Fiesta, con dos letras chinas sobre el capó y de color negro. Está aparcado en la plaza, junto al estanco —le hizo entrega.

—Mañana te las devuelvo.

—Mañana no venga a molestar, por favor, un respeto —se quejó la madre de Raúl cansada de los periodistas y las fuerzas del orden, que no parecían capaces de entender el dolor que padecían—. Echad las

llaves en el buzón y marchaos.

La cincuentona vestida con una rebeca negra y traje oscuro, no añadió nada más al respecto, tan solo agasajó a la novia de su hijo y le narró el mal trago que le deparaba.

—Esta noche a las nueve, es la incineración. Ve a velar a tu novio, yo me quedo aquí con la abuelita —miró su reloj y eran las doce de la mañana—. ¿Te pido un taxi?

—Si quieres te llevamos a Buitrago —se ofreció Tocino.

La chica no estaba por la labor de montarse en un vehículo patrulla y desestimó la invitación. Sabía que podía ser la comidilla del pueblo si se bajaba de un todoterreno de la guardia civil; entonces le pidió el favor a la cuidadora, cuyo turno, acababa de terminar.

—Me coge de paso —aseguró María dispuesta a echarle una mano.

—Pues, mucha fuerza —dijo Verbeke, haciendo una especie de referencia asiática con la cabeza; el brigada, en cambio, les estrechó la mano—. ¡Gracias por la colaboración!

Cuando se dispusieron a salir, la madre de Raúl, requirió la atención de la teniente.

—¡Espere! ¿Creo que ésta rebeca es de usted?

—Sí. Mi cárdigan —asumió su despiste estirando la mano para recogerlo. Rafaela y María, quedaron embelesadas con el tatuaje que tenía la inspectora en la muñeca, como si aquello fuese un talismán con poderes hipnóticos. Verbeke se dio cuenta de la expectación causada y retrasó el movimiento de replegar el brazo, orgullosa del diseño—. Es reciente… me recuerda que no hay que perder el Norte, por fea, que se pongan las cosas.

La teniente, sabía bien de que trataba ese dolor intenso que experimentaban los familiares de Raúl Gallo durante el duelo. Ella, ya había pasado por todo el proceso de la pérdida de un ser amado. La aflicción, la rabia, la confusión, la desesperanza abrumadora, la tristeza que nunca se marcha, la culpabilidad, el miedo, la soledad, la incomprensión y el aislamiento intenso. Y eso, la dejó desconsolada, pues sabía que los familiares de Raúl Gallo, no iban a levantar cabeza en varios años, por más que se pusieran en manos del mejor psicólogo del mundo. Haciendo de tripas corazón, salió de la casa y fue en busca de un Ford Fiesta con las características facilitadas por Estefanía.

Julia, no se hacía una idea de lo que estaba por venir.

Ni mucho, menos.

23
La casucha de los Pinteño

Lucas Mendoza, era de esos agentes a los que les gustaba trabajar bien pertrechado tras las trincheras, mientras que sus compañeros, se jugaban el tipo en el frente de batalla. Sus dotes como informador y hacker, lo habían relegado a trabajar bajo techo y frente a un potente ordenador del cual sacaba partido buscando grabaciones, conversaciones en redes sociales, movimientos bancarios y ubicaciones de los posibles delincuentes a los que se les seguía el rastro. En otras palabras, salir no era su fuerte, no tenía predisposición alguna para patrullar o perseguir a maleantes, pero de vez en cuando, el teniente coronel Miranda, decidía que era hora de que tomara el aire, con el fin de que no se aburguesara en su puesto. Siguiendo los designios de su jefe, caminaba por Buitrago junto a Iván Roca, como un niño en un parque temático. Disfrutando de las vistas que le ofrecía aquel pueblo medieval, cuyas murallas, eran de las mejores conservadas de toda España. Mientras buscaban la dirección, sargento y cabo, intercambiaban impresiones sobre los guardias civiles del pueblo.

—Menudo personal hay en ese puesto, ¿no? —se sorprendió Mendoza—. Habrá que ver el resto de la plantilla.

—Yo los he visto en la casa donde se produjo el crimen machista, y te aseguro que son un cuadro. Parecen obra de la artista Cindy Sherman.

—No sé quién es, pero vamos, que seguro que son raros de cojones —bromeó imaginándose al resto—. Pero el que más me ha sorprendido, sin duda, no fue el cavernícola de dos metros, sino el brigada Tocino. Parece que ha sido víctima de un atentado terrorista. ¡Impresiona su rostro!

—Pues lo que le ocurrió es más bizarro todavía: le atacó un oso —le mintió el sargento alimentando el falso rumor.

—¡La virgen!

De camino a casa de Clara Tundidor, se toparon con un camión de reparto estacionado sobre la acera. Cortaba el paso y había que rodearlo para poder avanzar. Mendoza y Roca, flanquearon el vehículo y, antes de llegar a la cabina, tuvieron que apartarse para no ser arrollados por un barril metálico que pateaba un joven repartidor. Tras un cruce de miradas asesinas, subieron de nuevo a la acera. El pub tenía un letrero luminoso donde se podía leer “Marquesado de Santillana y Tundidor”. No necesitaron más datos, para entender que

aquel bar de copas, pertenecía a la familia de la desaparecida. Unos pasos más adelante, giraron una esquina y se toparon con una bonita fachada decorada con piedra, que les recordó, a la de la muralla que rodeaba el pueblo.

—Hemos llegado, es aquí —aseguró el sargento Roca, leyendo la placa metálica del buzón.

Tras cerciorarse de que estaban en el lugar correcto, llamaron a la casa. El timbre resonó, en un ¡*ding-dong!,* que murió lentamente en su propio eco. «Parece que no hay nadie», intuyó el sargento alejándose de la fachada para observar si se apreciaba alguna luz o movimiento en las ventanas superiores. Un ladrido se oyó arriba, se trataba de un pastor alemán que empañaba el cristal con el vahó que salía de su hocico. Antes de desistir, Roca, insistió presionando el botón dos veces más; pero nadie acudió a abrir.

—Pues a otra cosa, mariposa —añadió Mendoza, leyendo la dirección del domicilio de Diego Pinteño en su iPhone—. Éste vive al otro lado del pueblo.

Los agentes, callejearon allí por donde el navegador les dictaba, contemplando la infinidad de establecimientos tales como tabernas, bares, tiendas de suvenires y alojamientos rurales. Una chica repleta de piercings, abordaba a los viandantes haciéndoles entrega, de unos folletos en los que se prometía un suculento descuento aplicable a un tatuaje de tamaño medio. Se trataba de una franquicia de tatuajes, que tenía locales en varios puntos de Madrid, uno de ellos, era la Gran Vía. Roca agarró un flyer y opinó al respecto.

—Un precio suculento, pero con asterisco. Aquí hay gato encerrado. Igual es de esos que se borran con los lavados.

—Dicen que la teniente Verbeke se ha hecho uno.

—Sí. Le ha dado esa picada —confirmó el rumor—. Ya sabes cómo es de cambiante. Lo que hoy lo ve blanco mañana lo ve negro.

—Todo lo contrario, a ti, que eres de ideas fijas —se tomó la licencia de opinar sobre su sargento—. La verdad es que la teniente y tú, no pegáis mucho.

—Los polos opuestos se atraen, cabo. Pero si no estamos juntos, es porque la cagué en su día —confesó mientras recolocaba su gorra sobre la calva—. Me encapriché con esa chica que conocí en el gimnasio y el calentón me costó caro. Carola es una mujer con otras pretensiones muy distintas a las mías, quizás por ser ocho años más joven que yo. Una cara bonita para lucir, sin temas de conversación más allá de los TikTok, los *reels* de Instagram y la ropa que lucían las *influencers* que seguía.

—Carola, es un pibón —le soltó de sopetón Mendoza—. No sé qué ves en Julia, sinceramente.

Roca sonrió mostrando sus dientes blancos entre el bigote y las

barbas, intentando fingir que no estaba molesto por las palabras de su compañero. Y añadió al respecto.

—Sí, Verbeke es de esas mujeres que dejan una huella imborrable en uno y de las que te hacen sentir que, sin ella, la vida no es igual, ¿no sé si me explico?

—Vamos, que estás enamorado.

Roca dio unos golpecitos en la espalda a su compañero, que provocaron que este titubeara sobre la acera.

—Llega un día en que decidimos sentar la cabeza, Miarma —le aseguró—. Por cierto, ¿y tu hijo? —se interesó cambiando de tercio—. ¿Cómo está?

—Grande, tiene tres añitos —el sevillano, se llenó de orgullo recordando a aquel terremoto que tenía en casa y que le desordenaba todos los cajones.

—¿Y se va pareciendo más a mí? —bromeó Roca.

—¡Qué más quisieras! Además, tiene pelazo, como su padre —le respondió con sorna.

—Yo que tú, le hacía una prueba de paternidad. Se te está clareando la coronilla y así, empecé yo.

Entre risas llegaron a la ubicación indicada. Se trataba de una calle aislada, oscura y sucia, como si los servicios de limpieza no llegaran a aquellas zonas. Y no hacía falta ser un lumbreras para entender que aquella sombría callejuela, se trataba de una zona humilde y conflictiva, que poco tenía que ver con el resto del municipio. Había papeles por el suelo, latas de cerveza y una bicicleta en mal estado apoyada sobre el poste de una farola. Entre la hierba crecidas por las grietas del suelo, había dos gatos que jugueteaban con una cucaracha, haciendo del insecto su distracción favorita. En cuanto a las fachadas de las casas, no tenían piedras como el resto del pueblo, sino que se mostraban enfoscadas con una capa gris de mortero repellado. No todas las ventanas tenían rejas —unas parecían que las habían arrancado para vender el hierro en la chatarrería; otras que no les preocupaban el hurto, quizá por la peligrosidad del inquilino—, sin embargo, todas las puertas eran de metal blindado.

—¡Hemos llegado! —asumió Roca palpando su pistola en la espalda para asegurarse que estaba en orden bajo la ropa—. Éste es el número.

Lucas Mendoza, se mostró más nervioso de lo normal, no esperaba que hubiese una calle con ese aspecto, en un pueblo tan bonito y pintoresco. El sargento, llamó a la puerta y sus nudillos hicieron temblar el hierro de la hoja. De la ventana que tenían a su derecha, se asomó un chico calvo, delgado y con un porro de marihuana entre sus labios. El humo llegó hasta el olfato de Roca empalagando sus fosas nasales.

—Hola, ¿qué quieren? —quiso saber el propietario de la casucha, que, como rasgo llamativo, tenía las cejas y la cabeza, despoblada de cabellos—. ¿Son testigos de Jehová?

Roca elevó su mano y le mostró la placa de la Guardia Civil. El joven de veinticinco años, bajó el canuto para quitarlo de la vista de los agentes, pero el espeso humo y el característico olor del cannabis, hizo imposible su propósito de disimulo.

—Somos de la Policía Judicial, pero no venimos por quejas vecinales, solo queremos hablar con los familiares de Diego Pinteño. Es importante.

—Entiendo —respondió poniendo un tono triste—. Soy Paco, su hermano.

—Yo soy el sargento Roca y él, el cabo Mendoza ¿Están tus padres?

El joven se quedó con la mirada fija y tardó en dar respuesta a los investigadores.

—Mi madre falleció y mi padre está cumpliendo condena…

—¿Podemos hablar contigo? —insistió Roca—. Solo serán unas cinco preguntas.

El chico desapareció de la ventana y apareció bajo el dintel de la puerta. Vestía una camiseta que le quedaba grande, un pantalón de chándal rojo y babuchas en los pies. Realizando un gesto con la mano, les invitó a pasar. La casa consistía en un salón, dos dormitorios, baño, cocina y un pequeño patio donde había aparcada una moto scooter y una maceta con una frondosa planta de marihuana que, por su tamaño, parecía un pino mediano. El salón, estaba conformado por dos sillones viejos —cada uno de un color distinto—, una tele pequeña y una PlayStation 4 con el famoso juego de fútbol Fifa 22. Apenas tenía cuadros o muebles de adorno. Los dos gatos que estaban en la calle, saltaron por la ventana sobrecogiendo a Mendoza; los felinos comenzaron a comer pienso de un casillero, como si la cucaracha con la que jugaban fuera les hubiera abierto el apetito.

—Poneos cómodo —les invitó Paco—. ¿Qué queréis saber? ¿Ya han dado con el asesino? —intrigó sin perder de vista la cocina, donde el porro se apagaba bajo el extractor de la campana.

—Queremos que nos hable de su hermano —le aseguró Roca quedándose en pie. No estaba dispuesto a sentir las pulgas de los gatos por su cuerpo—. Toda la información que nos dé, nos será de utilidad para dar con la identidad del asesino.

Paco, miró al suelo y recogió la cajita de un relajante muscular, dándose cuenta del tiempo que hacía que no barría.

—Disculpen la suciedad. No acostumbro a recibir visitas —aclaró —. Mi hermano era un balarrasa, no se lo puedo negar, pero como entenderán, conmigo se portaba de puta madre.

—¿Sabe si tenía deudas con alguien en particular? —quiso conocer

Roca.

—Mi hermano tenía deudas y rencillas con todos los habitantes de la Sierra. Tenía adicciones que no podía permitirse, por lo que robaba, hurtaba y daba palizas continuamente —se sinceró—. Desde que mi madre murió de cáncer, Diego, no ha levantado cabeza. Buscó refugió en esa mezcla de heroína y cocaína que le alegraba la vida cada veinte segundos, olvidándose de él mismo. A pesar de su estado, intentaba cuidarme a su manera, ya que padezco la misma enfermedad que mi madre —silenció y resopló antes de continuar—. Diego me traía marihuana, esa hierba es lo único que me calma los dolores de la metástasis; mucho mejor que los relajantes musculares que solo hacen dormirme —hizo una pelota con el cartón del medicamento que recogió del suelo.

Mendoza y Roca, se conmovieron con la historia. El joven volvió a la cocina y le dio una calada al porro. Luego, exhaló una espesa humareda, confiado de que no iban a llamarle la atención por el gesto. El cabo Mendoza elaboró una nueva pregunta.

—Conociendo todos los frentes que tenía abierto su hermano, ¿me podría dar un nombre de alguien con quién pudiera tener problemas habitualmente?

Paco se encogió de hombros, dando a entender que podría ser cualquiera. Pero, como si la mariguana le hubiese aclarado los recuerdos, confesó un suceso que ocurrió hace ya un tiempo.

—Mi hermano estuvo sufriendo amenazas, desde que atropelló a los padres del alcalde. Una vez vino aquí, tras el juez haberlo impugnado. Supongo que con las elecciones a la puerta de la esquina y siendo él el candidato de su partido, quiso mantenerse al margen. Justo un mes antes de que mi hermano apareciera muerto el río, recibió un botellazo en la cabeza de manos del hermano retrasado del alcalde… Casi lo mata.

—¿Rogelio Cortés?

—Sí, va de mosquita muerta y tiene una malicia que flipas.

Roca retuvo en su mente el dato, como haría un buen detective, ya que sacar la libreta frente a los morros de un entrevistado, no causaba buena impresión. Seguidamente, probó con otro tipo de cuestiones.

—¿Sabe a quién le pillaba la droga? —quiso saber.

—No tengo ni idea a quien le compraba la cocaína y la heroína que se fumaba en esas botellitas a las que le hacía un agujerito; pero la marihuana que me traía, se la compraba a un tipo que conocía del gimnasio; al parecer vendía también todo tipo de sustancias y medicinas. Ahora, me autoabastezco con una planta que tengo sembrada en el patio. No es el mejor sitio, pero no puedo pagar tanto recibo de luz para mantenerla.

—¿Recuerda el nombre del camello? —se impacientó Roca.

—Rambo, así le llaman.

—La última pregunta —le advirtió el sargento finalizando con la entrevista—. ¿Tiene alguna foto de su hermano sin camiseta y reciente?

—Mi hermano no se saca fotos nunca. Tengo una de cuando éramos niños. ¿La busco?

—No. Solo queríamos saber si su hermano tenía alguna cicatriz en la espalda, a la altura de los omóplatos.

—No sé, puñaladas tenía varias… por eso se había tatuado toda la espalda. Pero ahora que lo dice… —recordó mirando a la amarillenta escayola del techo—. Tenía un cuervo solitario, sobre una rama. Muy realista… Daba miedo el dibujo.

—Ok. Pues muchas gracias por dedicarnos su tiempo —le agradeció el sargento—. Haremos todo lo posible por esclarecer el asunto.

—Gracias —respondió Paco haciendo un amago por llorar—. Y a ver si estoy vivo para ver como meten entre rejas al asesino de mi hermano.

—No lo dudes. Cuídate y mucho ánimo, Paco —le deseó Mendoza, tras estrecharle la mano.

Cuando salieron de la casucha, Roca miró al cabo y desolado, filosofó inspirado por el joven.

—Sin las drogas, este mundo sería mejor; pero tengo que confesar, que, en este caso concreto, es la droga la que ayuda a que su mundo sea más llevadero.

La respuesta fue tan solemne y comedida, que incluso el charlatán de Mendoza, no añadió nada al respecto.

24
Un hallazgo inesperado

Tras abandonar la casa, donde la muerte había puesto su guadaña, Tocino y Verbeke se encaminaron hacia la plaza de El Berrueco. Se mostraban alicaídos, como si el haber compartido la pena que afrontaba aquella familia, les hubiese robado parte de su energía. No era necesario conocer las estadísticas, para obviar que en el censo local predominaban los ancianos por encima de los nuevos nacimientos. A Verbeke, le sorprendió gratamente el cuido y la limpieza de las calles, en donde resultaba extraño pisar un chicle o encontrarse una lata de cerveza arremolinada bajo los coches. Esa sensación de orden y dedicación, aumentaba el grado de satisfacción de los visitantes en su paseo. Julia se colocó el cárdigan, protegiendo su tatuaje del sol y sus pechos, de las miradas esquivas que le lanzaba el brigada.

—Cambiando de tema, he percibido algo extraño en la manera en que te miraba la novia de Raúl. ¿Seguro que no la conocías de antes?

—De vista —atajó y tragó saliva—. Por cierto, no creo que encontremos nada en ese vehículo. Veo una pérdida de tiempo, el venir sin los preparos para hallar huellas dactilares o restos de sangre.

Verbeke hizo caso omiso al brigada, y continuó con su propósito. Caminaron hacia la dirección indicada y en cuestión de minutos, llegaron a una plaza flanqueada por unas bonitas casas. Aquel lugar, era conocido con el nombre de La Picota, debido a una columna monolítica, que, tras mil años, aún se mantenía en pie. Alrededor había árboles de sombra, un bar con mesas y un pintoresco ayuntamiento con varias banderas que emergían de su fachada de piedra; al fondo, se veía una alta grúa de obra, que giraba transportando materiales, construyendo nuevos hogares para extranjeros que buscaban un retiro en el pulmón de Madrid.

—¡Lo estoy viendo! —señaló la teniente el vehículo tras identificarlo.

Cuando llegaron al coche, Julia Verbeke usó la llave y abrió la puerta. El interior despedía un fuerte olor a fresa. En las alfombrillas había cascaras de pipas y restos de barro seco. En el espejo retrovisor interior, colgaba un frasco con un líquido rojo, que parecía la pócima de un hechicero. Verbeke sacó un clínex y lo usó a modo de guante, con la finalidad de meter una mano bajo el sillón del conductor. No encontró nada más que papeles de plata arrugados y una botella de

agua vacía. No contenta, se dirigió a la guantera —varios mecheros y una carpeta; pero ni rastro de su móvil, ni de ningún arma que alertase que su vida estaba en peligro—. Luego husmeó en los sillones traseros, sin hallar más que cabellos largos y, otros cortos y rizados, pegados a la tapicería. Tocino no intervino en el registro, tan solo se limitó a cruzar los brazos y esperar a que la teniente se diese por vencida. Verbeke salió del habitáculo y negó con la cabeza, pensando que aquello no le iba a llevar a ninguna parte. Cerró. Y antes de poner rumbo al buzón de los Gallo para dejar las llaves, cayó en la cuenta. «¡Uy! Si no he mirado en el maletero». Fue atrás y elevó la puerta. Frente a sus ojos apareció algo que no esperaba: se trataba de una bolsa negra de deporte bastante voluminosa. Expectante por saber que había dentro, corrió la cremallera y se quedó descolocada al conocer el contenido.

—¿Qué has encontrado? —mostró preocupación—. Se le ha cambiado la cara, teniente.

—Una cámara de video, cintas, un cúter, unos prismáticos, una soga, tabaco sin el sello de la aduana, dinero en metálico y una cizalla de corte —contó sin tocar nada—. Igual no significa nada, pero sería interesante revisar todo este material.

Tocino, se arqueó y miró el contenido. Luego opinó, quitándole hierro al asunto.

—Creo que está dando palos de ciego, teniente Verbeke. Solo son herramientas y una cámara de video para hacer reportajes a los senderistas.

—Aquí hay bastantes billetes…

—Serán propinas que escondía aquí, a los ojos de su novia —argumentó—. Los guiris son muy generosos —se dio cuenta que Julia no se convencía—. ¿Qué sospecha ve en esto? No le entiendo.

—Es por descartar, Tocino. ¿Y si esas cintas contienen algún crimen, delito o la propia cara de su asesino? He visto cosas peores.

—¡Venga ya! Y entonces… ¡¿Él se ha auto mutilado?! Te recuerdo que es una víctima más —le reprochó haciendo un amago por cerrar el maletero—. No le eche más mierda al chico. Ya tiene bastante con no respirar.

Verbeke frenó la puerta abatible. Lanzó una mirada expeditiva hacia el brigada, sin entender su actitud defensiva. Sin temblarle el pulso y, ante la cara de desagrado del guardia civil, sacó el móvil y llamó a su jefe para que movilizaran al grupo de Científica. Tocino se alejó disgustado. Julia aprovechó para sustraer una de las cintas: le gustaba ir un paso por delante del resto de su equipo.

25
Nada ocurre al azar

Una vez acudieron los compañeros de Científica al vehículo. Verbeke se montó en el Land Rover con Tocino y pusieron rumbo al puesto de Buitrago. El motor apenas emitía sonidos bruscos durante la conducción. Las marchas no rascaban la caja de cambio y los neumáticos parecía que flotaban sobre el asfalto a través de imanes. Esa afonía, hacía todavía más incómodo los silencios por falta de diálogo en el interior del habitáculo.

—Sigo pensando que no ha obrado bien, teniente Verbeke —rompió el hielo sin perder de vista el frente—. ¿En serio cree que el chico tenía una cámara de video para grabar torturas? Se nota que no conoce a Raúl Gallo.

—Tiene razón. Yo no lo conozco. Pero usted, no me engaña a mí —le advirtió—. He visto la mirada que le echaba Estefanía, la actitud de protección que usted ejerce en torno al joven y lo molesto que estaba con el registro en el coche. Supongo que usted sabe más de la cuenta. Pero se calla. No sé qué oculta. Pero lo averiguaré. Soy muy testaruda, no le quepa la menor duda —dio un par de golpes en su bolso. Tocino desvió la atención de la carretera—. Tengo aquí una de esas cintas. A ver qué sorpresa me llevo esta noche cuando la visione. Ya le contaré.

—Debería devolver esas cintas a la familia. Los jóvenes se graban, ya sabe, practicando sexo. Puede usted cometer un delito de vulnerabilidad de la intimidad —le amenazó mirándola de reojo—. Dámela a mí. Yo se la entregaré personalmente.

Verbeke, se llevó las manos a la cara, como si fuese a recibir un puñetazo del brigada, pero no fue por esa razón. De frente, venía una moto chopper a más de cien kilómetros horas. Tocino dio un volantazo. El motorista trazó una ese y esquivó el vehículo de la guardia civil, como si estuviera acostumbrado a realizar maniobras suicidas durante los adelantamientos. Verbeke vio tan cerca la cara del conductor, bajo el casco de estilo jet, que supo que se trataba de Andy, su tatuador. Presa del pánico, Tocino no rectificó la trayectoria a tiempo y pasó de la cuneta, al campo. Por suerte no había quitamiedos que destrozara el morro del 4x4 y por desdicha, el terreno gravoso acababa en un barranco que daba al río. El brigada, pisó el pedal de freno a fondo y el Land Rover comenzó a deslizarse como una porción de mantequilla sobre una sartén candente. La gravilla salió despedida de debajo de los neumáticos hacia todas las direcciones; sin lugar a dudas, iban de cabeza hacia el remanso de aquel embalse. Verbeke

gritó colocando la mano en la maneta de apertura.

—¡Saltemos!

Tocino cerró la boca, aguantó la respiración y tiró del freno de mano. Verbeke no pudo abrir la puerta debido al mecanismo de seguridad que las bloqueaba durante la marcha. El auto comenzó a girar sobre su eje, hasta finalmente detenerse con su propia inercia. La puerta del acompañante quedó a ras del precipicio. La teniente contuvo la respiración.

—¡Uff! —Tocino suspiró y desinfló todo el aire que atesoraba en sus pulmones. Poco a poco, despegó los dedos del volante, temiendo que el vehículo se despeñara—. ¡Maldito motero del demonio!

—Me cago en la… —se quejó Julia Verbeke, asomándose hacia el acantilado, donde la inmensa porción de agua soñaba con engullirlos.

—No haga ningún movimiento brusco —le aconsejó llamándola a la calma, ya que el vehículo parecía tener medio neumático en volandas—. Ahora salga por encima de mí; así no desestabilizaremos el coche.

La teniente se desabrochó el cinturón de seguridad y gateó sobre los famélicos muslos del conductor. Se sintió ridícula, torpe, pero no era momento de pensar en nada más, que abandonar aquel Land Rover. Una vez fuera, se arrastró hasta alejarse lo suficiente del coche. Su corazón bullía como si estuviese a punto de hervir. Una vez fuera, pensó en lo poco que había faltado para no contarlo. El brigada, secundó el gesto y una vez a su lado, la ayudó a levantarse del suelo. A varios metros del coche, lo contemplaron, temiendo a que se despeñara barranco abajo y se quedara sumergido bajo el agua. Por suerte, no ocurrió. Verbeke se sacudió las rodillas de tierra y masculló una sarta de improperios como si Dios fuese a oírla desde las nubes; Tocino, en cambio, atinó a encenderse un cigarro, dándose tiempo a asimilar lo ocurrido.

—¡Joder! ¡Joder! —desesperó apretando los puños y dando pequeñas caminatas que acababan en el punto de partida—. ¡Qué susto!

—Hoy no nos tocaba morir, mi teniente. El destino está escrito y nos ha dado una segunda oportunidad —caminó el brigada hasta el desfiladero exhalando humo—. No somos más que marionetas en manos de Dios.

—¿Destino? —discrepó Verbeke—. No creo en Dios, ni en que el Universo malgaste su tiempo en reescribir nuestra historia. Solo creo en causa y efecto.

Tocino dejó caer el cigarro al río, como si los peces comiesen colillas. Sacó de su funda el walkie y pidió a sus compañeros que dieran aviso al servicio de asistencia en carretera, antes de que el todoterreno se despeñara. A expensas de que los recogieran, mataron

el tiempo sentados en una roca, con los pies colgando al vacío, imitando la postura temeraria del Land Rover. Relajados tras el susto, debatieron sobre la existencia de un creador, la tetera de Russell, el karma, la ley de atracción y el flujo de las energías. Transcurrida media hora de discusiones, Tocino clavó la mirada en el río. A sus ojos no escapó el movimiento de algo que flotaba en el cauce. Con uno de sus dedos, amarillentos por la nicotina, señaló una porción de agua. Al respecto, añadió.

—¡Las casualidades no existen! —se reafirmó—. La vida nos pone donde le sale de los cojones, en el momento adecuado, teniente Verbeke. ¡Hágame caso! Llevo mucho vivido.

Verbeke miró a donde señalaba el brigada. Su nariz se encogió y su boca se agrandó. No daba crédito a lo veían sus ojos. «No puede ser», pensó. En el agua flotaba lo que parecían restos de cortezas de árboles, formando una alargada mancha oscura. Pero solo se trataba de una ilusión óptica; cuando los reflejos del sol incidieron directamente sobre el agua, pudieron apreciar que se trataba de ropa de color negro que avanzaban lentamente en dirección a la presa.

Corriente abajo.

Sin un cuerpo al que vestir.

—¿Será la ropa de Clara Tundidor? —dedujo con preocupación, sin perder de vista las prendas que navegaba sobre la corriente—. Le enviaré la ubicación al sargento Roca para que nos recoja. Tenemos que dar alcance a esas prendas y averiguar si realmente, es de la desaparecida.

En cuestión de minutos, aparecieron Roca y Mendoza. Con suma rapidez, salieron del Renault, no pudiendo ocultar su asombro al comprobar en la comprometida situación en la que quedó el flamante Land Rover.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó el hípster apretando con fuerza sus gafas de pasta negra contra la ternilla—. Está el coche aparcado muy al filo ¿no?

—Muchas prestaciones, pero no creo que tenga modo submarino —apostilló Mendoza siguiendo con el chiste.

Tocino no respondió. No hizo por simpatizar. No era el momento. Verbeke cortó sus risitas con toda la mala ostia que le había producido el incidente.

—¡Seréis payasos! Casi no lo contamos.

—Disculpa —reculó Mendoza.

—Acabamos de ver pasar un tumulto de ropa flotando corriente abajo —explicó Tocino—. Va a caer por la presa. Tenemos que averiguar si coincide con la descrita en la denuncia de desaparición.

—¡Venga ya! —Mendoza se mostró incrédulo—. ¿Ropa?

Roca los miró con estupefacción. Julia asintió. Entonces, galopó

hasta el coche sin perder ni un solo segundo. Una vez dentro, alentó a los suyos.

—Yo conduzco. No estamos para otro susto. ¡Vamos!

—Aparta del volante —se quejó Tocino decidido a llevarlos por el atajo más corto—. Igual tú tienes mejor vista y estás más sereno que yo, pero no tienes ni puta idea de tomar los caminos adecuados para llegar al punto donde la ropa se dirige —arrancó el Renault—. ¡Más sabe un loco en su casa, que un abogado en la ajena!

26
Ropa en la presa

El coche llegó al lugar escogido por Tocino. Los cuatros guardias se bajaron del Renault y se aproximaron a la ribera del río. Las piedras rodadas, se hundían al ser pisadas por las suelas de sus zapatos. Allí, los insectos les dieron la bienvenida con molestos zumbidos alrededor sus orejas. En cuanto al olfato, olía a moho por encima de otros hedores. Aquel reducto de agua, estaba flanqueado por vegetación abundante y rocas que mostraban líquenes en sus caras más irregulares. Al alzar la mirada, contemplaron la pared de la presa, que aliviaba presión, mediante seis caños de agua. A sus pies, cerca de la orilla, no solo encontraron la ropa oscura que vieron descender río abajo; sino que había otro conjunto que resultaba sospechoso, creando una expectación apabullante sobre su origen.

—¡¿No me digas qué…?! —se tapó la cara el sargento Iván Roca.

—¡Dos bultos de ropa! —añadió la teniente con sorpresa—. Es pronto para pensar, que pertenecen a dos nuevas víctimas, aunque veamos la firma de Caronte en el modus operandi.

—Perdonad mi inciso, pero dicen que el que pregunta, es tonto solo una vez. ¿Caronte? Hay algo que me he perdido. ¿Ya tenéis a un sospechoso?

—Ya nos gustaría saber quién está detrás, brigada —dijo Verbeke —. Caronte, es el nombre que le hemos atribuido al autor material, que puede estar perpetrando los asesinatos. Aunque viendo la rapidez con la que actúa, cuesta pensar en singular.

Tocino quedó pensativo: «¿y si se trata de una especie de banda criminal? Mi hijo y mi ex mujer, pueden estar en peligro. No puedo permitírmelo». Verbeke, se aproximó al conjunto negro que se arremolinaba en la orilla y pensó en sacarla de la orilla para ver de qué estilo era, así como la talla.

—Igual es ropa vieja que no tiene nada que ver con los criminales —añadió Tocino restándole importancia al segundo grupo de ropas—. Las personas tiran cosas al río sin miramiento.

—Como colillas, por ejemplo —espetó Julia Verbeke, denunciando su hábito.

Roca se aproximó al segundo grupo de prendas para discernir de qué se trataba. Parecía ropa deportiva.

—Diría que se trata de una camiseta de tirantes de color naranja —dedujo el sargento.

—Y eso negro ¿qué es? —señaló el cabo.

—Ni idea —dudó Roca—. Deberíamos separarlas para distinguir de que se trata.

Verbeke corrió hasta el maletero del Renault. Y revisó el contenido del maletín metálico en busca de bolsas para evidencias. Tenían que ser de las grandes, ya que la ropa ocupaba mucho volumen. En voz baja, enumeró todo lo que tocaba.

—Luminol, marcas, varillas, bolsas de plástico… ¿Dónde estarán las de cartón? —la teniente se aproximó hasta sus compañeros y le regañó a Roca, ya que era el utilitario del Renault—. A ver si reponemos las existencias. No quedan bolsas grandes de papel. Estos fallos se traducen en pérdidas de pistas que pueden ser relevantes.

—¿Y cuál es el problema? —se extrañó Tocino uniendo el entrecejo —. ¿No valen las de plástico?

—¡El ADN se estropea en las bolsas de plástico! —explicó Iván Roca admitiendo su error—. Mejor orgánicas. Por suerte, este percance tiene solución. Llamaré a los compañeros de científica para vengan de inmediato, deben de estar en el pueblo de Raúl Gallo, liados con el tema del hallazgo en el Ford Fiesta. Seguro que tienen alguna de sobra.

Verbeke, se libró del cárdigan que le empezaba a agobiar y pensó en cómo podía sacar la ropa del agua. A pocos metros de ella, encontró una rama bastante larga. Con suma torpeza intentó rescatar las prendas de la margen de la orilla. Asumiendo que lo suyo no era la pesca, le cedió el honor al brigada.

—Tocino, necesito de sus dotes.

—Seguro que es más sencillo que sacar una trucha arcoíris — respondió tomando la rama como si fuese una caña de pescar. Sacó la lengua como si así tuviese más atine y levantó las ropas a pulso—. Ojalá hubiera piezas de este tamaño y peso.

En cuestión de segundos, el ropaje estaba sobre las piedras de la orilla, lejos del agua que podía lavar los restos biológicos. Verbeke, le arrebató la rama de las manos. Separó las prendas y las estiró. Luego, acudió a su bolso, sacó la Moleskine y anotó los detalles mientras los describía en voz alta. Iván Roca, se acercó curioso por saber de qué se trataba.

—Ropa femenina. Una falda larga negra de marca Desigual; braguitas lilas, sujetador a juego y camiseta morada de cuello de barco de Zara —dictó Verbeke—. Falta el calzado.

—Allí parece que flota algo —señaló Mendoza a una bota militar que navegaba con la suela apuntando hacia arriba, como si fuese una especie rara de nenúfar—. Pero está muy lejos.

Ignorando la bota, por la distancia a la que se encontraba, repitieron la operación para poner a salvo el otro grupo de ropa. Con

ayuda de la rama, como si fuese una herramienta prehistórica, se empleó Verbeke repitiendo la hazaña de Tocino. Seguidamente, separó el segundo tumulto. En esta ocasión, se trataba de un pantalón corto deportivo y una camiseta de tirantes de color naranja.

—Todo lo que saquemos de aquí, nos valdrá para ir trabajando sobre la complexión de su dueño —alentó la teniente Verbeke—. Talla XL en la camiseta de tirantes y un pantalón corto de baloncesto de la marca Adidas.

Roca se aproximó hasta las prendas deportivas e indicó un detalle que no le pasó por alto.

—Hay un logotipo en la camiseta, pone: «King Sport Gym».

—Brigada ¿sabe si en su pueblo hay un gimnasio con este nombre? —quiso saber Verbeke.

—¿Me ves pinta de culturista? —respondió Tocino haciendo una mueca con la boca—. Háblame de tiendas de pesca, de bares, de estancos, de escopetas de caza, de marcas de cerveza…

La teniente encogió los hombros ante lo obvio. La constitución de aquel hombre, no daba lugar a la duda, el peso máximo que habría levantado en su vida, serían las plomadas de su caña de pescar y aquel tumulto de ropa mojada que rescató del agua.

—Roca, fotografía el nombre que aparece en el logo —ordenó Verbeke a su compañero—. Puede ser un dato a tener en cuenta para dar con la identidad del desaparecido.

Tocino se mostraba preocupado por el hallazgo. La ropa deportiva, de momento, no le decía nada. Pero la otra, en cambio, le descorazonaba. En alguna ocasión había visto a Clara Tundidor vestida de esa manera, buscando a la guardia Pedraza al acabar los turnos. «Igual, más pronto que tarde, acaban compartiendo nicho para la posteridad», pensó con angustia.

—Sería interesante volver al puesto de Buitrago para revisar las denuncias y ver si la ropa coincide con la de algún desaparecido —determinó Iván Roca—. No perdamos ni un puto minuto más.

Julia Verbeke asintió con la cabeza y le ordenó al cabo Mendoza que se quedara junto al brigada, a esperar al grupo de Científica.

«Espero que no caiga nadie por esa compuerta», pensó el Miarma, dirigiendo su mirada hacia la inmensa muralla de hormigón que contenía el agua del embalse, temiendo que el cadáver de Clara Tundidor, fuese escupido por uno de los aliviaderos de la presa, de un momento a otro. Roca se hizo cargo del volante. Dio un par de aceleradas y una estela de polvo y humo negro, envolvió la silueta del Renault. El vehículo voló por la carretera secundaria, como si fuese un caza del ejército del aire. En pocos minutos, la muralla medieval del pueblo los engulló.

Pasada la 13:00 horas, entraron en el puesto de Buitrago.

Comentaron lo sucedido con Mediavilla y el sargento del puesto, comenzó a escribir, haciendo crepitar cada letra del teclado. El programa lanzó a la pantalla más desapariciones de las que esperaban.

—Puede ser cualquiera —desesperó Roca contemplando el monitor —. No sabía que había tantas denuncias en la zona.

Mediavilla los sacó de duda.

—La mayoría son de senderistas extranjeros que se extravían. También hay domingueros que alquilan canoas y se quedan encallados en alguna roca del río. Otros pierden los hijos bosque adentro cuando se les ocurre buscar mariposas Isabelinas en la noche. Luego, vienen corriendo a poner la denuncia para que nos rompamos los cuernos buscando a sus desaparecidos. Muchos aparecen por sí solos y sus familias, no se molestan en venir y retirar las denuncias. Creando un caos en el sistema… En fin ¡qué os voy a contar que no sepáis!

—El brigada Tocino, piensa que la ropa que hemos hallado, pueden pertenecer a Clara Tundidor. Hay una falda larga de color negro, una camiseta lila con cuello de barco y ropa interior de color morado. Busca la denuncia que puso su padre y despejemos esta incógnita de una vez por todas.

Mediavilla agitó el ratón, puso una fecha y pulsó *enter*. La denuncia recogida días atrás, apareció en la pantalla del monitor. Allí, pudieron comprobar que la ropa descrita por Alonso Tundidor, no estaba bien definida, solo ponía ropa oscura. La información brindada no era determinante, pero la concordancia la dieron por válida. En el despacho se hizo un silencio aciago. Un mal presagio revoloteaba sobre sus cabezas. No querían ser negativos, pero, en el mejor de los escenarios, Clara estaba en peligro. Mejor eso, que dar por hecho que ya estaba muerta. Roca rompió el pensamiento de todos, mostrando una foto en su móvil.

—Las otras ropas hablan de alguien corpulento. La camiseta de tirantas es XL y apostaría que pertenecen a un culturista —vaticinó señalando el logotipo del gimnasio—. ¿Recuerdas haber recogido una denuncia con estas características?

—A bote pronto, no. Le preguntaré a mis compañeros —dijo el sargento Mediavilla agarrando el walkie talkie.

El bolso de Julia Verbeke comenzó a vibrar. Dio un respingo. Se puso en pie y descolgó la llamada. Se trataba del teniente coronel.

«Teniente, ¿alguna novedad además de la bolsa de deporte encontrada en el maletero del vehículo de Raúl Gallo?».

«Le pongo en situación: acabamos de encontrar nuevas prendas en el río. Es posible que Caronte, tenga a varias personas retenidas».

«¡¿Qué me dice, Verbeke?! ¿Más víctimas? Esto no ha hecho más que empezar y ya vamos de culo».

«Parece ser, que un grupo de ropa pertenece a Clara Tundidor; el

otro, no podemos atribuirla a ningún desaparecido, al menos, de momento».

«¡Vaya por Dios! Pues en cuanto acaben, los quiero aquí en el Edificio de Cristales. Tenemos que abordar las nuevas líneas de investigación. Hay que recopilar toda la información de los domicilios de las víctimas».

«Entendido, mi teniente coronel Miranda».

Julia Verbeke, guardó su teléfono y salió al patio, bajo la atenta mirada de Roca. Aludió un ataque de ansiedad. Intentó serenarse, pero los acontecimientos estaban transcurriendo de manera vertiginosa y le costaba asimilar la situación, a pesar de estar acostumbrada a lidiar con la presión. «No es fácil mantener la cabeza fría, cuando la vida de otras personas, dependen de mi buen hacer. Pero, no soy una máquina, ni una vidente con poderes paranormales; solo soy una mujer normal y corriente, que hace lo que está en su mano para dar caza a criminales inteligentes. Solo eso. No te sientas culpable por no salvar a Clara», se dijo a sí misma.

27
El contenido de la cinta

Verbeke salió pensativa del puesto —no terminaba de quitarse de encima ese escalofrío que coqueteaba con su espalda—. Y entonces dejó de dar vueltas alrededor del patio y caminó sola hacia el pueblo, como un soldadito de plomo al que le han dado cuerda. Paso tras paso, llegó hasta el Torreón del Reloj que, como un ciclópeo centinela, custodiaba todo el recinto del amurallado. Allí, buscó una pastelería —necesitaba combustible para que su cerebro carburase adecuadamente—, y no tardó en salir con una palmera de chocolate en sus manos. El primer bocado, dio paso al primer interrogante: «¿Cómo se puede retener a tanta gente en un intervalo de tiempo tan corto?». Julia siguió caminado sin rumbo, masticando y cavilando. También vio sobre una de las murallas, cañones, catapultas y ballestas, como atractivo para visitar en otras circunstancias. Cuando se vino a dar cuenta, estaba frente al escaparate de una academia de tatuajes. Por el nombre y la decoración, supo que se trataba de una franquicia hermana de la ubicada en la Gran Vía: *Ink´s Pain Academy*. Verbeke se aproximó al aparador, se puso de puntillas y miró a través de la cristalera. «¿Estará Andy?», se preguntó. Pero dentro solo había un par de chicas discutiendo y llevándose las manos a la cabeza. Muy posiblemente hablando de los crímenes que tenían sumido al pueblo en un halo de incertidumbre. Antes de que fuese tachada de cotilla, se alejó del escaparate y siguió con su paseo, ratonando la palmera de chocolate. Había mucho pequeño comercio por todas partes. Frente a sus ojos se desplegó una enorme cristalera con vinilos negros que imitaban a un amurallado. En letras corpóreas podía leerse: “El marquesado de Santillana y Tundidor” y no tardó en relacionar aquel pub con el lugar de trabajo de la recién desaparecida. Sin duda, era el negocio familiar de los Tundidor, donde Clara servía copas. Dentro, las luces estaban apagadas, pero se apreciaba una larga barra flanqueada por taburetes altos, dianas en las paredes, una mesa de billar, un futbolín con muñecos desfigurados y varios espejos forrando las columnas. «Dan ganas de entrar y tomarse un copazo», se dijo a sí misma chupándose los dedos tras acabar su dulce. De pronto, algo le llamó la atención, notó que la estaban siguiendo. Se trataba del ronroneo del motor de un coche, que iba al ralentí tras ella, sin adelantarla, como si quisiera aparcar en aquel trozo de acera que ocupaba la viandante. Verbeke giró el cuello, molesta por la actitud

del conductor. Dentro, divisó a un hombre de unos treinta años, que le miraba el culo de una manera lasciva —el panadero sabía que esas caderas anchas, ocultas bajo el vaporoso cárdigan que se agitaba con cada paso, no pertenecían a ninguna vecina del pueblo—. Cuando se detuvo en seco para increparlo, este hizo el sonido de un relincho y aceleró, dejando una estela de humo que enturbió la matrícula. «¡Baboso!», pensó Verbeke, avanzando a paso lento. Al meter la mano en su bolso, en busca de un pañuelo para limpiarse la boca, se topó con la cinta de video. La sacó y sintió curiosidad por descubrir su contenido. Buscó una tienda de electrónica, pero no encontró ninguna. Lo más parecido que vio en el pueblo, fue una ferretería, que vendía de todo —un negocio Frankenstein en el que bien podías comprar destornilladores, martillos percutores, desbrozadoras, así como televisiones, radios para coches o lámparas de techo—. En el cartel rotulado y descolorido, ponía: «Ferretería La abuela Gómez». Julia entró con la boca llena de chocolate. Dentro, la calefacción estaba a tope de potencia, los pasillos atestados de herramientas, y la calefacción a tope. Algunos hombres, con botas llenas de barro y ropa de labranza, miraban los sacos de fertilizantes que se apilaban sobre un palé. A ver a la teniente, se giraron como quién ven a una estrella de la tele. Verbeke se acordó de que tenía la boca manchada y se limpió con la manga de su cárdigan antes de sentir más ridículo. Los hombres susurraron de forma ininteligible. La teniente ahondó hacia el interior, contemplando en los estantes, todo lo que había incautado en el maletero de Raúl Gallo: sogas, cizallas, cúteres... Estas herramientas convivían con pequeños electrodomésticos y escopetas de caza. Al fondo, tras un mostrador repleto de expositores con pilas, pegamento para ratones y linternas, había dos mujeres —Carmen y Carmela—, con looks muy similares. Vestían pantalón corto, blusa ancha y zapatillas de verano. Tenían gafas de pasta y el pelo corto, tintado en un tono violín, que les favorecía bien poco. Y aunque realmente, eran madre e hija, más bien parecían gemelas nacidas a destiempo. La de menor edad, se fotografiaba un tatuaje recién hecho, que tenía en la pantorrilla. Subió la foto a Instagram y le puso un hashtag. La madre, era de esas que no apartaban la vista del televisor con facilidad cuando entraba un cliente, no saludaba, como si la telenovela colombiana que acaparaba todos sus sentidos, la mantuviese bajo un sutil hechizo. Verbeke, preguntó a la más joven.

—¡Hola! ¿Tenéis videocámaras que le sirvan a este tipo de cinta?

La solterona dejó el móvil sobre el mostrador de cristal y viendo que su madre seguía obnubilada, se acercó hasta la clienta.

—Es una cinta de modelo Mini DV —leyó las características—. Sí, nos queda una cámara Sony, que usa este tipo de casetes.

—¿Cuánto cuesta? —quiso saber.

La mujer más mayor, alzó sus cejas pintadas y, respondió sin perder de vista la televisión, como si fuese una terminal para comprobar precios.

—Ochenta euros. Tienen un año de garantía. Y si lo desea, la envolvemos para regalo.

—Me la llevo… Y sin envolver.

Verbeke pagó. Salió fuera del establecimiento y dobló un par de calles en busca de algún rincón solitario para visionar la cinta. Caminando y caminando, llegó hasta una plaza poco concurrida. A pesar de ser la hora del almuerzo, no había ni gorriones rapiñando migajones de pan. Allí se encontró con el ayuntamiento. Emergía desde el suelo en altura de dos plantas, con fachada de ladrillos vistos y un reloj en el tejado. En la planta baja, había un museo, dedicado a Picasso. El sol no le dejaba ver la pantalla led con suficiente calidad. Así que se acercó a la entrada y se puso bajo techo. Se deshizo de los corchos del embalaje. Encendió la videocámara y comprobó que tenía algo de batería. Metió la cinta. Aguantó la respiración. Y la visualizó. La imagen estaba filmada desde el interior de un coche. En la pantalla, apareció un chico jugando a la pelota. Luego con su madre acudiendo al colegio. Y así, sucedían escenas del mismo niño, en diferentes ámbitos. La grabación daba a entender, que se trataba de un pederasta obsesionado con un menor. Pero, a Verbeke no le pasó por alto, la identidad del niño ni de la madre. Los identificó de momento. «Se trata del niño de El Berrueco que se asustó al ver a Tocino y, de su mamá que, desde la puerta de su casa, nos lanzó una mirada recargada de repulsa», conectó. No le cabía duda. Una retorcida teoría le asaltó la cabeza. «¿Qué le habrá hecho Tocino para el que niño le tuviera miedo? ¿Por qué han aparecido estás grabaciones en el maletero de Raúl junto a las herramientas de corte? Lo mejor es que el brigada me lo cuente». En ese momento, salió un tipo repeinado del ayuntamiento. Vestía jersey de marca y pantalón de pinzas. Tenía una sonrisa altiva y era estrecho de hombros. Viendo a Verbeke con la cámara cerca del museo, se presentó ante la desconocida. Su tono era pedante y vanidoso.

—Hola, soy don Álvaro Cortés. Si está pensando en entrar a la exposición, le advierto que cierra a las 13:45. Es totalmente gratuito. No se lo pierda —se sacudió la caspa del hombro—. Hay una colección muy diversa, que reúne las piezas que le regaló Picasso, a su barbero de confianza.

—No gracias —le atajó con desinterés—. No estoy en su pueblo por ocio.

—¿Es periodista? Ya. Supongo que viene por los crímenes del mar de Madrid —su simpatía se volvió un tanto áspera—. Pues como alcalde de Buitrago, le daré la queja: hacéis un flaco favor al pueblo

haciendo propaganda de este suceso aislado. En vez de hablar de la antigüedad de sus murallas, de cuando Napoleón estuvo por aquí con sus tropas, de los paisajes o de los manantiales, lo que hacéis es hundir el turismo de la sierra norte. Los hoteles y las casas de alquiler, están empezando a anular las reservas. Algo están haciendo mal, ¿no creen?

—¡Qué tenga un buen día, don Álvaro! —le dio largas con cierto retintín.

Verbeke, no le prestó más atención. Centró sus esfuerzos en meter la cámara en el embalaje, con tal meticulosidad, que parecía que no la había sacado en ningún momento. Guardó la cinta en su bolso y caminó de nuevo hacia la ferretería Frankenstein, con el fin de devolver la videocámara. En ascuas, por el material visualizado, fue en busca de Tocino para que le contase la verdad sobre las cintas. Las calles se vestían de olores que recordaban a cocidos madrileños y carnes a la brasa. La actividad en el pueblo, se limitaba al movimiento de las manos hacia la boca, de los turistas que comían sentados en las terrazas de los bares.

Ya en el puesto, Julia Verbeke, se encontró con la grúa de asistencia en carretera, dejando el todoterreno a buen recaudo en el aparcamiento del patio. Sintió alivio al verlo de una pieza. Tocino estaba unos metros más atrás, dándole indicaciones al gruista de donde tenía que dejarlo. Verbeke se acercó hasta él. Sacó la cinta de su bolso y le susurró intentando ser discreta.

—Brigada, tenemos que hablar sobre…

—Ya se han llevado la ropa para el laboratorio —desvió el tema de conversación—. Vino una compañera tuya. Una chica morenita, muy mona. Nada que ver con el cabo Mendoza, que no paraba de hablarme de su hijo y de lo listo que era. El padre perfecto —lo apodó— y la negrita, han vuelto a la capital. El sargento Roca, ha preferido esperarte y sigue ahí dentro exprimiendo el programa de denuncias.

Verbeke lo tomó del brazo. Lo arrinconó contra la pared y le plantó la cinta Mini DV en la planta de la mano. Tocino elevó la mirada. Dilató las cicatrices de su cara al gesticular con asombro. Y aguardó a la acusación.

—¿Qué es esto? Quiero la verdad.

28
Gambito de dama

Tocino guardó la cinta en uno de los múltiples bolsillos de su pantalón de dotación. Buscó la cajetilla metálica en busca de un cigarro. Julia le frenó la mano, impidiéndole que lo prendiese.

—Me está poniendo de los nervios, teniente. Se trata de un malentendido… Ya verá: todo tiene una explicación.

—Brigada, es usted una caja de sorpresas, ¿lo sabía? ¿Por qué no dijo nada cuando abrí el maletero? ¿Cuánto sabe y cuánto me está ocultando?

—Es una situación comprometida. Entiéndame —salió al paso—. No sabía que todo esto podía enredarse de esta manera.

Verbeke hizo un tic con la boca y agachó la mirada mostrando decepción. Mediavilla, oyendo el cuchicheo desde su oficina, decidió cotillear el toma y daca que mantenían fuera. Agazapado y a la escucha, se empapó de aquello, pensando que podía ser una oportunidad única, para empapelar al brigada y convertirse en el Comandante de Puesto de una vez por todas. Decidido, grabó la comprometida conversación, en la memoria de su teléfono móvil. Tocino recorrió el patio con la mirada, como si tuviera intención de huir para no responder a la pregunta. Pero tenía muchos años encima y se había visto en más de una encrucijada a lo largo de su vida laboral. Y decidió mantenerse sereno, para no levantar ningún tipo de sospecha, y dar las respuestas adecuadas.

—Iré al grano. ¿Por qué Raúl Gallo tiene filmaciones de ese niño que salió despavorido cuando le vio? ¿Lo estaba amenazando? Pude percibir en el registro, lo incómodo que usted estaba, mientras husmeaba el Ford Fiesta del socorrista fallecido.

Tocino acudió a su caja metálica repleta de abolladuras. Verbeke no lo detuvo esta vez. Sacó un cigarro de contrabando y lo prendió. Para él, fumar era una especie de terapia “mindfulness”. Una particular manera de controlar las respiraciones a base de caladas.

—Intuyo que ha visto la cinta. No ha perdido el tiempo, ¿eh? Es de esas, que cuando algo le inquieta, va hasta el fondo de la cuestión, ¿verdad? —le reprochó sujetando la respiración. Luego alzó el mentón y exhalo el humo—. ¿Qué ha visto en las grabaciones?

—La vida de un niño de nueve años, en su día a día.

Tocino suspiró aliviado. «Menos mal, que no ha visto las otras grabaciones», se consoló. A continuación, desveló su misterio.

—Ese niño regordete, con mirada alegre y ojos marrones, es mi hijo.

—¿Su hijo? —las piezas encajaron en su mente—. Eso explica muchas cosas. Como que me paseara por la puerta de su exmujer, fingiendo un despiste. ¿Me ha usado para darle celos?

El brigada hizo un rictus avinagrado antes de agachar la cabeza. Tembloroso, dio una calada profunda y cerró los ojos antes de vaciar sus pulmones.

—No sabía que disimulaba tan mal —el humo se enredó en los cabellos rubios de Julia Verbeke—. Sí. Con esa intención le pasee por delante de su puerta. Quería que viera que me va bien. Le pido disculpas.

—Me resulta lamentable su comportamiento. Supongo que no está llevando bien el divorcio, pero eso no le da licencia de usar a la gente como cebo. Hay mejores formas de reconquistar a una ex pareja. El despecho no funciona, hágame caso, sé de lo que hablo —Tocino se quedó en silencio, digiriendo su culpa. Verbeke le expuso la duda que le rondaba la cabeza, para ver por donde salía—. Ahora, vayamos al turrón ¿por qué Raúl Gallo tenía grabaciones de su hijo? ¿Le chantajeaba? ¿Le amenazaba con hacerles daño, y usted, le pagaba una suma de dinero para que no lo hiciera? Por eso, tenía herramientas de corte en el maletero. Por eso… —bajó el tono en su resolución—, usted se cansó y lo mató, aprovechando que hay un asesino suelto en su jurisdicción.

Tocino se sintió abrumado por la conjetura. Si quería salir bien parado, sabía que tenía que colaborar en medida de lo posible. Julia Verbeke, alzó la mirada por encima de la cabeza del brigada, y tras la cortinilla de la venta, vio una silueta alta que no identificó bien, ya que podía ser tranquilamente, cualquiera de los dos sargentos cotilleando la conversación. Entonces, avanzó un poco para correr el visillo, pero ya no había nadie. El brigada mostró unos ojos llorosos. Dio un par de caladas rápidas y entonces desembuchó.

—Si tanto le perturba lo que hay en esas cintas y cuestiona mi relación con Raúl Gallo ¿por qué no me detiene y me lleva al calabozo?

—Quiero oírlo de su boca. Toda la verdad.

—Está bien. Esto es duro para mí. No se lo he contado a nadie. Es triste, sí, lo reconozco —se rascó la nuca—. Pero es la verdad. Mi situación con mi ex mujer, es complicada. No me deja ver al niño. Me amenaza. Y supone un reto acercarme a él sin que se entere su madre. Ya sabes cómo corren los cotilleos por aquí. No tengo idea de que le ha contado a mi hijo sobre mí, pero como pudo comprobar, salió corriendo cuando me vio. Entonces, buscando una solución a mi mal, pensé en Raúl Gallo y le propuse un trato. Le compré una videocámara

y le pedí que grabara a mi hijo en su día a día: no quería perderme su infancia. Si algún día hacemos las paces, quiero justificarle, que aunque no le hablase, sabía de él. Por eso, aparece en esas cintas. Hay tardes que me paso visualizándolo en el salón de mi casa. Es una manera de estar junto a él. Y sí. Sé lo que piensa. Pero no soy un perturbado. Más bien, un nefasto padre.

Verbeke, no sintió ni un ápice de lástima. Le pareció patética la solución a la que se aferró. Se tuvo que morder la lengua para no darle su opinión. Tampoco era cuestión de hundirlo.

—Y las herramientas de corte ¿qué pintan en todo este asunto?

—No —negó con rotundidad rascándose la nariz—. No sé de dónde han salido, ni qué fin tienen —hizo una pausa—. Del tabaco de contrabando, si le puedo decir que se lo di yo. Y le estoy siendo bastante franco. Fue en un control rutinario. Unos moldavos que iba conduciendo haciendo eses. No le dije nada a nadie. Los decomisé unas quinientas cajetillas y me los quedé. Llevo mucho sin gastarme un euro en fumar. ¡Qué tire una piedra quién esté libre de pecados! No hay más.

—No incurre en ningún delito por grabar a su hijo, siempre y cuando no difunda las imágenes. Solo quiero advertirle, ya que, no sé qué contiene la otra cinta. Pero si me la está jugando irán a su casa. Se lo digo por el tabaco de contrabando y por si tiene el cadáver de algún traficante de tabaco descuartizado en la nevera.

Tocino no estaba para chistes. Sus neuronas no eran capaces de discernir de que palo iba aquella mujer rubia de ojos azules, caderas anchas y dientes separados.

—¿Por qué hace esto? ¿Me está vacilando? Hace un segundo pensé que me iba a esposar…

—Un asesino que se pone a jugar al dominó en un bar de mala muerte, que está amargado porque su hijo no le habla, que da golpes al capó del coche para que salgan los gatos y que hace la reanimación cardiopulmonar a una compañera recién atropellada: no da el perfil de un psicópata y menos aún, de un asesino en serie.

Tocino arqueó las cejas y dio un paso para atrás sin entender las pretensiones de la teniente. Verbeke, bajó el tono y le explicó al brigada.

—Digamos que es un gambito de dama —hizo alusión al movimiento de ajedrez donde se sacrificaba una pieza para ganar una mejor posición—. Estos parajes son muy peculiares, son accidentados, desconocidos para los agentes de mi grupo… Hay bosques en vez de bloques de viviendas, senderos de arena en vez de calles y ríos más largos que las avenidas de la Capital. En otras palabras, un escenario complejo para esta carrera a contrarreloj —Julia le quitó el cigarro de los labios y lo arrojó al suelo—. No quiero, que por esta gilipollez, lo

mantengan alejado de este puesto. Cuando vean el contenido de las grabaciones, pensarán que era cosa de Raúl Gallo. Pero cuando busquen a los padres del niño, para advertirles que estaba siendo grabado, darán con usted. Así, que limpie su casa de estas cintas que tanto le reconfortan, ¿entendido?

En ese mismo instante, salió Roca con el teléfono pegado a la oreja. Mientras conversaba, avanzaba a paso lento hasta su compañera. No le pasó desapercibido, que se traían algo entre manos. Echándole cara al asunto, preguntó.

—¿Qué me he perdido?

—El almuerzo —salió del paso Verbeke, esbozando una falsa sonrisa.

—Ya —dijo—. Pues volvamos a la sala de operaciones, el Teco quiere conocer todos los detalles. ¡Buen día, brigada!

—¡Vayan con Dios! —respondió asimilando el extraño comportamiento de Verbeke—. Y vuelvan con nuevas pistas…

29
Líneas de investigación

El reloj marcaba las cuatro de la tarde. Todavía había luz natural dentro del edificio. Con todo lo vivido en tan poco tiempo, costaba ordenar la información de manera coherente. Pero esto funcionaba siempre así. Sobre todo, cuando el asesino era más rápido que ellos. El teniente coronel, había tenido un careo con todos los miembros de su equipo, había oído una versión descafeinada de lo averiguado y sobre esto, había configurado un esquema para la posterior reunión multitudinaria. Como siempre, el Teco esperó a que cada uno de ellos se sentará, no le gustaba que nadie le sacase una cabeza de altura mientras daba órdenes o explicaciones; eso le hacía sentir, en cierta manera, inferior. En la enorme pizarra blanca, arriba del todo, había remarcado en un cuadro el nombre de la misión: «Operación Caronte». También había colocado fotos de cara de las víctimas, ya cadáveres. Miranda carraspeó la garganta, deslió un caramelo y lo saboreó ruidosamente. El aroma a regaliz llegó hasta el olfato de Julia que miraba con atención a su jefe.

—Bueno, os he reunido con urgencia, porque estamos en un punto en que manejamos mucha información. Por lo que tenemos que separar la paja del grano, y definir, los datos que son de utilidad de los que parecen poco relevantes. Sé que es complicado unificar las indagaciones acometidas, pero si no queremos perder el norte, tenemos que fijar un rumbo concreto —Julia recordó su tatuaje de la rosa de los vientos y le echó un vistazo—. Han ocurrido demasiadas cosas mientras estabais liados con las pesquisas. Es hora de trazar las distintas líneas de investigación —dibujó en la pizarra varios recuadros—. Por un lado, tengo los resultados del análisis de toxicidad de Raúl Gallo. En el cual se subraya, que en su torrente sanguíneo había una cantidad ingente, de Midazolam, un medicamento que se usa para anestesiar y provocar que se pierda el conocimiento tras una intervención. Por otro lado, acabo de hablar con el Comandante de Puesto de Buitrago, para que organice más batidas con ayuda ciudadana, para dar con el posible causante de la desaparición de Clara; y en un último apunte, comentaros que vamos a acceder a todas las cámaras que haya en el pueblo, para ver si en algún momento, se sucede la extracción de Clara Tundidor o de otra persona. Ninguno de las víctimas, tomaron sus coches, por lo que el rapto tuvo que producirse en el mismo pueblo y cerca de sus domicilios.

Alrededor de la mesa, estaban la teniente Verbeke, el cabo Mendoza, Nekane Ndiaye y el sargento Roca.

—Alguien debe de haber visto algo. Allí, se conoce todo el mundo. Sería extraño que pasase desapercibido un comportamiento inadecuado de alguien desconocido par < a los vecinos.

—En tu razonamiento, está la respuesta, sargento Roca —dijo Verbeke, anotando el dato—. Es posible que sea alguien del pueblo. Un rostro conocido del que nadie pueda tener sospechas.

—Buena observación, teniente —El Teco le alabó su perspicacia—. Además de revisar las cámaras de vigilancia que pueda haber en Buitrago y toda la mancomunidad de El Atazar; vamos a entrevistarnos con los clientes del pub, que aquella tarde, acudieron al local. Igual alguno vio algo fuera de lo normal. Alonso Tundidor, el padre de Clara, está elaborando un listado de clientes —pausó y se alejó unos pasos de la mesa—. Aclarado este punto, centrémonos en los detalles sobre vuestras pesquisas. Que empiece Verbeke.

La aludida, desplegó su libreta Moleskine. Echó un vistazo rápido y comenzó con la explicación.

—Bueno, ya sabéis, han ocurrido muchas cosas a tener en cuenta y no estoy muy centrada, perdonad si digo alguna incoherencia —aclaró desperezándose. Roca y Nekane tuvieron que esquivar sus puños; el Teco la fulminó con la mirada—. El brigada Tocino, me acompañó al domicilio de los Gallo. Allí estaba su novia, su abuela con alzhéimer y la cuidadora de la anciana. Ninguno había notado un comportamiento extraño en Raúl. Le pedí fotos recientes. Y aquí viene lo importante —se remangó el cárdigan—: en el lugar donde Raúl mostraba la lesión, tenía uno de estos.

—¿Un tatuaje? —se sorprendió Nekane.

—Exacto, concretamente tenía un árbol de la vida —el teniente coronel anotó la palabra "tatuaje" bajo la foto correspondiente—. Luego ya saben, ocurrió lo típico en estos casos —parafraseó el discurso—: "mi novio era muy trabajador, no se metía en líos…". Incluso Tocino decía que era un joven admirable que paseaba a su abuela en silla de ruedas por el pueblo. Otro detalle importante fue la confesión de su novia, la cual nos garantizó que Raúl no se desplazó en su automóvil, por lo que tuvo que ser llevado hasta el embalse, en otro coche. De ahí, se me iluminó la bombilla y decidí hacer un registro en su vehículo para ver si tenía algún dato relevante: dinero en metálico, un arma blanca, su móvil o incluso restos de sangre que pudieran delatar una agresión anterior… pero no, el habitáculo estaba limpio de vestigios. La sorpresa, como ya sabemos, me aguardó en el maletero: cizalla, videocámara, cinta americana, una soga…

El teniente coronel anotó debajo de la foto de Raúl la palabra herramientas cortantes y videocámara. Luego, aclaró.

—Las grabaciones están en manos del grupo correspondiente. En cuanto la visualicen, hablaremos sobre su relevancia. De momento, no le daremos preferencia a esas cintas.

—Respecto a las herramientas —intervino Nekane—, el luminol, no arrojó restos de sangre sobre ellas. Estaban a estrenar.

—¿Algo más que añadir, Verbeke?

—Sobre la visita al domicilio, no. El tatuaje fue lo más llamativo —recalcó—. Lo otro fue lo de las ropas halladas en el embalse.

—Eso para luego. Vayamos por partes —sentenció.

Verbeke apretó los labios y alzó los ojos en un gesto de sorpresa. El teniente coronel quiso conocer los detalles de las incursiones en los domicilios y con el índice señaló a Iván Roca, para que procediera. El aludido se mesó la barba, y ojeó el folio que tenía entre sus brazos antes de exponer.

—Gracias mi teniente coronel. Esta mañana, el cabo Mendoza y yo, fuimos en primera instancia, a casa de la desaparecida Clara Tundidor, pero en su domicilio no había nadie. Por lo que desistimos y fuimos a la vivienda de Diego Pinteño. Allí, nos recibió su hermano, Paco, enfermo crónico. Nos contó que Diego andaba metido en líos de toda clase. Y que, en cierta manera, debido a la ausencia de sus padres, Diego era quién llevaba la economía de la familia. Se buscaba la vida trapicheando y robando lo que podía. Según su hermano, Diego Pinteño tenía rencillas con mucha gente del pueblo y sus alrededores. No olvidemos que fue él quien arrolló a los padres del alcalde del pueblo, sesgándole la vida al instante. Tras el suceso, recibió amenazas por parte del edil en más de una ocasión. Y poco antes de ser hallado sin vida, sufrió una agresión de manos del hermano del alcalde: un disminuido psíquico.

—Rencillas entre los vecinos del pueblo —obvió Miranda dando normalidad al asunto—. Anotaré al alcalde y su hermano, cerca del de Diego Pinteño, por si las moscas.

—¿Pudisteis averiguar, si en el lugar donde mostraba la herida, tenía algún tatuaje? —quiso saber Verbeke para conocer si había dos coincidencias.

—Este tipo era un cromo. Tenía todo el tronco tatuado. Pero según Paco, tenía en esa zona, el tatuaje de un cuervo negro posado en una rama.

—Estupendo. Muy buen trabajo —se alegró el Teco—. El criminal se va perfilando. Parece que tiene algún tipo de obsesión por los tatuajes. El tema es conocer si Clara, también tenía uno.

—Habrá que hablar con su padre —sugirió Verbeke—. Puede tratarse de una filia del asesino por los tatuajes.

—Sargento ¿algún detalle más? —Iván negó con la cabeza. Mendoza recordó otra parte de la charla que le pareció interesante y

alzó el dedo—. ¡Hable!

—Paco Pinteño recalcó, que su hermano de vez en cuando, le suministraba sustancias estupefacientes y otros calmantes —hizo un gesto de entrecomillados con los dedos—, para sus cuidados paliativos.

—Le traía relajantes musculares y marihuana, para ser exactos —apostilló Iván Roca—. Nos recibió con un canuto en la boca.

—Sí —retomó la narración el cabo—. Al decir usted, al inicio de esta reunión, que el forense ha descubierto que Raúl Gallo tenía en su torrente sanguíneo "bloqueadores neuromusculares", no he tardado en unir la información al nombre del camello que le suministraba las sustancias: un tal Rambo.

El teniente coronel se giró hacia el pizarrón y dibujó un rostro a modo de caricatura. Debajo escribió un nombre: Rambo. Verbeke se estremeció y Nekane la miró sobrecogida. Ese nombre, era el que constaba escrito a bolígrafo, en la tarjeta de visita que encontró en el vehículo del piragüista, y donde aparecía el mote hollywoodiense, ligado al de la floristería de «Púas, espinas y pétalos». Aprovechando que el teniente coronel estaba de espalda a ellas, estas comenzaron a hacerse gestos sobre la conveniencia de revelar el detalle de las tarjetas de visita. Miranda se volvió con sus ojos pequeñitos apuntando a Verbeke. Ante la presión, decidió hablar.

—A colación de todo esto… Tengo que decir algo… en casa de Román Berasategui, encontré dos tarjetas de visita —protegió a su compañera—: una de un locutorio de Madrid y otra, que hacía referencia a un presunto contacto… que casualmente, se llama Rambo.

El teniente coronel, avanzó un par de pasos y acortó sus distancias con Verbeke. Todos los puntos que había ganado con su manera de proceder, los había perdido ocultando información. Miranda, le reprochó su actitud.

—¿Y por qué no me lo has contado antes? Ese carnicero que mató a su pareja, tenía en su casa una cantidad ingente de todo tipo de drogas y medicinas: burundanga, éxtasis, relajantes musculares, ansiolíticos… y sabe, todas esas sustancias son las que ayudan a los delincuentes a llevar a cabo sus atrocidades.

—Perdóneme, pero pensé que no guardaban relación —mintió intentando no ligar el nombre de su hermano, con el del sujeto de apodo Rambo—. Pero tengo que admitir que me equivoqué, ese tipo, parece están implicado de alguna manera.

—Hay algo más que quiera contarme, lo digo, para evitar otro disgusto a destiempo.

Verbeke, negó con la cabeza, pensando en el contenido de las grabaciones de la videocámara y su encubrimiento hacia la figura de Tocino.

—Nada que objetar —aseveró.

—Muy bien, hablamos de vidas inocentes que ahora mismo están al borde de la muerte. Y no nos podemos permitir pasar por alto ningún detalle —le reprendió el teniente coronel intuyendo que había algo más. A la teniente comenzaron a sudarle las manos; delatando que su jefe estaba en lo cierto—. ¿Tiene alguna de esas tarjetas para investigar el número de teléfono?

Julia se encogió de hombros y respondió con la boca pequeña.

—Creo que la tengo en otro bolso. Tengo que buscarla en casa. Si la memoria no me falla, ponía locutorio: "Abrazo latino", en Madrid.

El teniente coronel resopló y Roca se golpeó la calva por la zona donde no tenía la cicatriz. No entendían por qué la teniente, se complicaba la vida de manera tan absurda.

—Genial… ¡Pues vaya a buscarla de inmediato! —inquirió el Teco, con cierta inquina—. No podemos boicotear nuestra propia investigación. No somos nadie para descartar hallazgos por iniciativa propia ¿estamos? Mendoza, localiza si existe un locutorio con ese nombre y envía dos investigadores al local para ver si tienen cámaras de vigilancia en su interior —se dirigió de nuevo a la pizarra y remarcó el nombre de Rambo—. Tenemos que descubrir el grado de implicación de este tipo y si ese locutorio tiene algo que ver con todo lo que está ocurriendo.

—Respecto a la ropa que hallamos en el embalse —se anotó el tanto Roca, mirando a Nekane con expectación—. ¿Habéis hallado alguna evidencia?

Nekane hizo un gesto con cara de desesperanza, luego respondió.

—El agua es un medio destructivo para las muestras biológicas y más aún en un río con tanta corriente. Tampoco se han hallado fibras o fluidos. Pero sí parece claro, que tanto las dos piezas femeninas, como las dos piezas deportivas, llevaban poco tiempo sumergidas en el agua.

El teniente coronel, avanzó hasta la larga mesa que cruzaba la sala de operaciones. Apoyó sus manos sobre ella, encorvó la espalda y elevó el mentón, como si fuese un lobo apunto de aullar delante de su manada.

—Verbeke y Roca, tendréis la misión de entrevistaros con los usuarios del local, a ver si por un casual, alguien ha visto algo fuera de lugar… Esa será nuestra primera línea de investigación. Y quiero que vayáis esta tarde antes de que ocurra otra desaparición —miró a su derecha—. Mendoza, usted se encargará de buscar en la base de datos, si hay algún delincuente, con el apodo de Rambo. Nekane, redacte su informe sobre las herramientas —asomándose al ventanal declaró—. Ya sabéis, concentración y buen hacer… Quiero noticias esperanzadoras de Clara, a poder ser.

La sala quedó vacía. Todos escaparon de la sala, como abejas en busca de polen: zumbando.

30
Los clientes del pub

El sargento Roca y la teniente Verbeke, se abrían paso por la autovía, camino a Buitrago. El reloj del cuadro de instrumentos marcaba las 21:05. El tintero de la noche se derramaba sobre todas y cada una de las formas que emergían desde el suelo; solo la luna, las estrellas y las líneas de pintura luminiscente de la carretera, parecían flotar sobre el tapete de la obscuridad.

Verbeke, aprovechando que conducía su compañero, encendió la luz interior del habitáculo. Se retiró la manga del cárdigan, deslió el film que embutía su muñeca y se aplicó la pomada cicatrizante sobre la estilizada rosa de los vientos que tintaba su piel.

—¿Qué tal va ese tatuaje? —se interesó Roca desviando sus ojos marrones hacia la mano de Julia.

—Tú mira a la carretera, que no se ve una leche —se quejó.

—¿Te arrepientes de habértelo hecho?

—Para nada… No soy de las que se aburren pronto de las cosas que deseo.

Roca, entendió el paralelismo a la primera, pero no se molestó por la pullita; es más, el reproche de Julia, le reconfortó. Le dio a entender, que todavía sentía algo por él.

—Me refiero al momento que has escogido para hacértelo; parece que te has anticipado a la filia del homicida. Ya sabes… Caronte está demostrando cierta filia por los tatuajes.

Julia cerró la pomada. La metió en la guantera y apagó la luz de cortesía.

—Sí. Ya sabes cómo se las gasta el destino conmigo: es una retorcida casualidad. La verdad, es que estoy deseando resolver este caso. Me está perjudicando psicológicamente. Por no hablar, de los viajecitos de ida y vuelta: Centro-Sierra, Sierra-Centro.

—Según se mire, todo tiene su bueno y su malo —se hizo el misterioso.

—¿Dónde encuentras el encanto a dar cochazos, Iván?

—En compartir tiempo a solas contigo en un coche en marcha. Sin poder rehuir el uno del otro. Obligados a dialogar. A acercar posturas. ¡Este caso nos ha unido más, Julia! Supongo que eres consciente de ello.

—Confiésame una cosa. ¿De verdad me sigues queriendo o tan solo te has encaprichado? No veo normal tu actitud. Además, me lo dejaste

claro. No te gusta de mi casi nada. Según tú: estoy gorda, soy aburrida, tengo un mal carácter…

Roca giró el mentón perdiendo de vista la carretera. Metió quinta y su bíceps se infló como un neumático. Devolvió su mirada al frente y se sinceró.

—Cascarrabias eres un rato… eso no te lo puedo negar. Gorda no, rellenita más bien —matizó con solvencia—. Pero me he dado cuenta, algo tarde, que me gustan incluso tus defectos. Me tiene enganchado tu personalidad, más allá del físico. Eres inteligente, divertida cuando te lo propones y, sobre todo, sabes gestionar esa ausencia de cariño, cuando por motivos de trabajo, nos distanciamos el uno del otro. Eres la persona ideal, Julia.

—¿Sabes lo que más me jode? Pues qué te has tenido que equivocar, para valorarme. Y eso es una pena, Iván. No puedo darte una segunda oportunidad a las bravas. ¿Quién me asegura a mí que no me volverás a traicionar cuando la rutina se instale de nuevo en nuestros días? No. No me compensa. Hay muchos hombres en el mundo, como para repetir con uno, que me ha demostrado no dar un euro por mí.

Roca tragó saliva y se resignó. Tras pasar por delante de la gasolinera Repsol, un letrero les advirtió, que en la siguiente salida entrarían en Buitrago de Lozoya. Y sabiendo que le quedaba poco tiempo para explicarse, aminoró la marcha y le respondió.

—Por aquel entonces pasábamos un bache, ya sabes, no querías hacer el amor, estabas apática, discutíamos todos los días… culpa de ello, me refugie en los brazos equivocados. No me estoy justificando; estoy reconociendo mi error. Y te vuelvo a pedir perdón por lo débil que fui.

—Estuve atravesando un episodio depresivo, Iván. Ya sabes que soy una montaña rusa —se sinceró—. Tristeza, desesperanza… me encontraba perdida. Nada parecía tener sentido ¿cómo esperabas que tuviera ganas de echar un polvo en esa situación? Necesitaba empatía, un abrazo, que escucharas mis llantos, que cambiases el enfoque de esta mente tóxica que muy de cuando en cuando me envenena —resopló y continuó con cierta indignación—. No te pedía mucho, Iván. Pero tu preferías pasar el poco tiempo que teníamos a solas, para ir al gimnasio; para pasarte horas a solas pintando figuritas de Warhammer o tumbarte sobre la cama con los auriculares, escuchando esa música de los ochenta que ya no se lleva…

—¡Para! Ya está bien. Me siento como una mierda —dejó caer una lágrima y la voz le titilo. Cosa que llamó poderosamente la atención de Julia. Nunca lo había visto llorar. Hacía honor a su apellido: era una roca en lo físico y lo emocional—. Acepto mi culpa y tu condena. Aun así, te aseguro que no pienso perder la esperanza, de que algún

día, me levantes el castigo.

—Pues no te hagas muchas ilusiones, de momento tu pena es larga —se ablandó.

—¿Prisión permanente? —recogió su lágrima usando un tono bromista.

—Revisable —apostilló.

El coche penetró en la ciudadela amurallada, rodando con parsimonia, por el viejo puente de piedra que daba acceso al pueblo. Las farolas alumbraban las calles con solvencia. Los bares corrían los veladores y prendían las estufas de gas. Los taxis escupían a familias enteras que venían a disfrutar de la gastronomía de la sierra. Verbeke y Roca, acudieron con otro propósito muy distinto. Bastante lejano al placer de comer y el disfrute de una charla amena: debían resolver uno de los casos más espeluznantes de todos los tiempos, en territorio español.

El variopinto puesto de Buitrago, les dio la bienvenida. Estacionaron en batería junto a una motocicleta Harley Davidson y bajaron del Renault. Acudieron a por algo de abrigo al maletero —ésta vez no había niebla, pero si hacía fresco—. En el lugar donde dio lugar el atropello de la guardia Pedraza, había ramos de flores y un paso de cebras recién pintado, que resaltaba sobre el asfalto. Cruzaron la carretera y se plantaron en el patio del puesto de la guardia civil. Allí, una hilera de personas, aguardaban pertrechados con plumíferos y abrigos de paño, esperando ser llamados para testificar de manera voluntaria. Entre los asistentes, Verbeke distinguió a su tatuador; al alcalde de Buitrago y a su hermano, este último, conversaba con un gato agazapado en los bajos de un coche patrulla. «¿Qué hace Andy aquí? Claro, tiene una academia en el pueblo», abrió Julia, su propio debate interno.

Los investigadores de la UCO, dieron las buenas noches a los que guardaban cola y entraron en las dependencias. En la recepción, había un puñado de guardias civiles alrededor de un plano del pueblo. Trazaban líneas en busca del paradero de Clara Tundidor. Ante la presencia de los recién llegados, Mediavilla mandó a sus compañeros a patrullar, con el fin de que despejaran las dependencias.

—Mi teniente, mi sargento. ¡Buenas noches! —balbuceó como un bebé de cuarenta años; vocalizando lo preciso para que sus receptores entendiesen el contexto de la frase—. Les he habilitado dos despachos para que puedan recoger las declaraciones de manera cómoda. Recibí la llamada del teniente coronel y he ejecutado lo más pronto posible. Me ha costado trabajo reunir a algunos de los testigos que aquella tarde estuvieron el pub —alzó sus cejas a la barra de luz del techo y dio una soez palmada al aire, aplastando a un mosquito que le acechaba desde hacía rato, convirtiendo al insecto en una calcomanía

—. Tuve que emplear mis métodos, para conseguir meterlos en el patrulla… —sonrió recordando los empujones—. Y, antes de que se pudieran quejar, ya estaban en el patio aguardando fila. Les aclaro esto, por si alguno viene con los humos subidos —Verbeke miró con asombro a Roca tras el relato—. De los sesenta clientes que aquella tarde asistieron al pub, había una veintena de ellos, que no eran habituales; Alonso Tundidor, ha tenido que revisar uno a uno, los cupones que había en el local. Ese día había promoción y muchos rellenaron unas participaciones con sus datos personales. Gracias a esto, encontramos los teléfonos y las direcciones. La mayoría eran guiris, que no entendían una mierda lo que les estaba hablando —dijo sulfurado, mientras Roca, pensaba que no hacía falta ser extranjero para no entender su acento; le resultaba más próximo al homo sapiens que al ciudadano moderno—. Todo ha sido un poco precipitado, por lo que solo he podido reunir a doce testigos; el resto estaban trabajando o no localizables.

—Buen trabajo, sargento Mediavilla —le agradeció Roca—. Y, por cierto, su ayuda nos vendría bien para acelerar el proceso. Solo tiene que anotar los datos que le parezcan relevantes. ¿Nos echa un cable?

—¡Cuente con ello! —contestó con rotundidad

Verbeke se desabrochó el anorak y se puso cómoda. Estiró las alas del cárdigan y se preocupó por como llevaban la búsqueda, antes de entrevistar a los clientes.

—Sobre las batidas ¿se ha hallado alguna pista que nos lleve al paradero de Clara? ¿Algún rastro o testimonio?

Mediavilla se rascó con ahínco la cara, haciendo sonar sus huellas dactilares, contra los puyones de la barba cerrada que ensombrecían su rostro.

—Ya me gustaría… Hacemos lo que podemos, con los medios que tenemos. La ciudadanía no está por la labor de colaborar. La culpa la tiene el inepto del alcalde. Esta tarde montó una reunión en la plaza del ayuntamiento para advertir a los vecinos, de que las batidas en las que participan, son difundidas en las redes sociales. Y que eso, solo consigue repeler al turismo que nos da de comer.

—Debería animar a su pueblo a colaborar. Toda presión es buena, puede provocar que libere a los rehenes. En el supuesto de que tenga alguno… con vida.

—Opino como usted, mi teniente. ¡Qué quiere que le diga! De momento, podemos descartar que esté en la zona urbana. Hemos registrado todas las propiedades y viviendas sospechosas, de cada uno de los pueblos que componen la mancomunidad de El Atazar. Por lo que intuimos, que el culpable de las desapariciones, ejecuta sus fechorías en algún lugar del monte. El Seprona, se ha sumado a la ayuda; también contamos con un dron en alta definición para las

zonas más accidentadas y las riberas de los ríos.

—La sierra es muy extensa —lamentó Roca recordando los numerosos pinos que tapizaban las lomas de las montañas—. Caravanas, casas diseminadas, furgonetas camperizadas, tiendas de campañas… En cualquier lugar se puede llevar a cabo un secuestro.

—Pues sigan trabajando, nosotros haremos lo propio —le animó Verbeke, retomando su propósito—. Mediavilla, haz pasar a los testigos y acabemos con esto… el tiempo vuela.

Una vez los tres entrevistadores tomaron asiento en sus respectivos despachos, las personas citadas, fueron entrando a cuenta gotas; uno para cada agente. El primero que entrevistó Julia Verbeke, se trataba de un chico de veinte y ocho años, que venía acompañado por su novia. Ella tenía el pelo corto, como un chico. Olían a perfume y laca. Vestían de manera elegante, como si fuesen al convite de una boda. Se mostraron relajados a pesar de ser su primera vez. Con predisposición a colaborar, como si sus testimonios, fuesen a salvar a la desaparecida.

—¿Cómo se llaman?

—Nacho Macón y Marta Toribio —respondió la chica con cierto entusiasmo, contemplando como la teniente anotaba en su libreta los nombres.

—Bueno, en primer lugar, daros las gracias por asistir a la cita. Estamos buscando pistas para dar con el paradero de esta chica —les explicó buscando la foto de Clara en la galería de su teléfono móvil—. ¿La conocéis? ¿Venís mucho por aquí?

Marta tomó la iniciativa, dejando a su pareja con la palabra en la boca.

—Somos de Guadalix de la Sierra, pero venimos muy de vez en cuando a tomar algo. Esa chica es una de las camareras. Pero no sé cómo se llama.

—Clara, se llama Clara —Verbeke, le facilitó el nombre y la pareja asintió—. ¿La visteis en alguna actitud extraña o hablando con alguien de aspecto dudoso, que os llamara la atención en el local?

—Los miércoles hay mucha gente en el pub —añadió Nacho buscando protagonismo—. Hay dos por uno en cerveza artesanal y, además, regalan packs de estancias en hoteles rurales de la zona, por lo que viene gente más variada este día que los fines de semana. En cuanto a ella, no vi nada extraño. Siempre nos atiende con una sonrisa —su chica le miró con cierta inquina, pues no sabía que su pareja, se fijara tanto en las camareras—. Nos sirvió los botellines y nos cobró, solo eso.

—¿Recordáis que ropa llevaba Clara? —preguntó tratando de averiguar si Clara se había cambiado de ropa o si había sido interceptada nada más abandonar el pub.

La testigo negó con la cabeza.

—Le gusta vestir gótica. Pero en esta ocasión, llevaba un pantalón negro y una camiseta de color roja con tachuelas en el escote —dijo el chico provocando una mirada hostil en Marta.

Julia concluyó con una última pregunta, antes de que acabaran tirándose de los pelos.

—¿Sobre qué hora la dejasteis de ver dentro del local?

—Ni idea —se encogió de hombros Marta—. Pero a las ocho acaba la promoción… igual, se marchó a esa hora, es cuando el pub comienza a vaciarse.

—¿La visteis discutiendo con alguien?

Nacho amagó con dar una respuesta. Verbeke entendió que había visto algo, pero que con su chica delante, no estaba dispuesto a meter la pata.

—Yo… no. No sé mi novio si ha visto algo —soltó con cierto retintín mirando a su pareja—. Esa chica habla con todo el mundo. Es bastante… intensa.

—¿Segura? ¿No la viste haciendo aspavientos o algo fuera de lugar?

El chico se armó de valor y se dignó a hablar.

—Yo la vi discutiendo con uno de los que está ahí en el patio. No duró mucho la disputa, pero el tono subía por encima de la música.

—¿Y quién de los que está afuera es?

—El motero regordete —concluyó.

—Está bien, pues muchas gracias por vuestra colaboración. No lo miréis al salir, así no se sentirá señalado.

—Buena suerte —dijo Marta.

—Ojalá, todo quede en un susto —se despidió Nacho sabiendo que, tras abandonar el cuartel, vendrían los reproches de su chica.

«Clara tuvo tiempo de cambiarse de ropa, ¿qué curioso? Y, además, estos delincuentes, aprovecharon el día de más trasiego en el pub, para secuestrar a Clara, con el propósito de pasar desapercibido entre la multitud. Son odiosamente astutos», caviló Verbeke, ordenando a uno de los guardias que había en el pasillo, que diera paso al alcalde de Buitrago. Éste, entró con paso altivo. Su expresión corporal no le gustó un pelo a Verbeke: que no cerrara la puerta, no tomara asiento y se mostrase circunspecto, decía mucho más él, que lo que podría soltar por la boca. El sujeto, de cuarenta y cinco años, vestía chaqueta barbour de color verde y un jersey rosa de cuello a la caja, que mostraba tímidamente una camisa blanca. Su cabello amelcochado parecía brillar con luz propia y la línea lateral que peinaba su cabeza, era sencillamente perfecta, como si llevase toda la vida haciéndose aquel clásico peinado. Verbeke comenzó con la entrevista.

—Buenas noches, ¿usted se llama? —se hizo la despistada.

—¿No se acuerda de mí? En esa ocasión creí que era periodista,

pero ya veo que no. Bueno, me vuelvo a presentar. Soy el alcalde del pueblo —se enojó manteniendo los brazos cruzados sobre el pecho—: Don Álvaro Cortés. Y me parece una falta de respeto, que me saquéis de mi casa a trompicones, como si fuese un delincuente sin previo aviso. Y lo que me parece peor de su proceder: sin ponerme al corriente sobre la investigación que estabais llevando a mis espaldas. Este es mi pueblo. Merezco una explicación, ¿no cree?

Julia Verbeke hizo un mohín y le invitó a que tomara asiento. El edil rechazó la cortesía agitando la cabeza en un gesto pastoso. La teniente se puso en pie y se sentó sobre el filo de la mesa para estar a la misma altura. No estaba dispuesta a ser ninguneada por ningún hombre con aires de superioridad.

—Está bien… alcalde Don Álvaro Cortés —le dijo con retintín—. En primer lugar, me gustaría saber por qué demonios está torpedeando las batidas. No para de poner trabas y de quitarle las ganas a los vecinos de su pueblo. ¿qué saca usted con todo esto? Juraría que tiene especial interés, en que no hallen al culpable de las desapariciones.

El alcalde miró al techo, sin mover la cabeza, en un gesto que imprimía incredibilidad. Se mostraba molesto por la suposición de la entrevistadora. Resopló como un purasangre ante una yegua, y apretó todavía más sus brazos contra el pecho, antes de explicarse.

—Este municipio y todos los que flanquean el río de El Atazar, viven del turismo. Imagine el alarmismo que puede despertar en los visitantes que vienen a pasar una jornada de relax y diversión en familia, cuando vean a medio pueblo, peinando el monte. Hágase una idea de cómo reaccionarán cuando le digan: «Están matando a gente». Usted no entiende que hay muchos hogares que viven del turista. Y esta mala fama, lo único que puede hacer es que se ensucie el buen prestigio que tiene Buitrago y sus alrededores.

—Ya veo que lo único que le importa, es que, bajo su legislatura, parezca que el pueblo va sobre ruedas. La política me da asco, sabe, y la gente como usted, diarreas —uso un tono vulgar—. Tenga el valor de afrontar esta crisis. Apoye a Alonso Tundidor y haga un llamamiento a la ciudadanía. Su hija está a punto, de ser ejecutada… y le aseguro, que con el revuelo de prensa que hay en la zona, su nombre y el de su pueblo, saldrán en los noticieros, causando ese efecto negativo, que usted no quiere.

—No, me dé lecciones de como tengo que dirigir mi pueblo.

Verbeke dio un paso al frente y se puso a una cuarta de separación de su rostro. Sin amilanarse, le reprochó.

—No se lo iba a decir, pero tengo cierta información que puede dañar su imagen de cara a su amado pueblo. Tenemos constancia de que estuvo amenazando a Diego Pinteño, desde que este,

accidentalmente, matase a sus padres —el edil aguantó la respiración —. Instigado por usted, su hermano Rogelio, agredió con una botella de vidrio a Diego, alegando venganza. Por suerte, salió ileso. Pero, casualmente, un mes más tarde, apareció muerto en la ribera de un río… Puedo esposarlo. Sacarlo al patio y meterlo en coche, rumbo a un calabozo en la Comandancia de Madrid. No creo que le haga bien tal numerito… Así, que déjese de cuidar su imagen y colabore de una vez.

—Lo mejor que le ha pasado a este pueblo, es que ese malnacido de Diego Pinteño, apareciese muerto —sentenció—. ¡Hemos acabado! Busque información sobre Clara en otro sitio. No pienso perder el tiempo con usted.

Julia Verbeke, arrugó los labios y alzó las cejas. El alcalde se dio la vuelta y se dispuso a abandonar la entrevista.

—¿Qué le da miedo, señor alcalde? —le sujetó del brazo y cerró la puerta—. ¿Tiene algo que ocultar? Le noto muy nervioso ante mi conjetura.

El hombre tragó saliva. Zarandeó el brazo y se giró con la mandíbula apretada.

—No tengo nada ver con Pinteño. Y sobre mi hermano, él va a su bola. Yo no le dirijo la palabra. Me perjudica, ¿sabe? Ensucia mi imagen metiéndose en líos.

—¿En serio? Lo que opinen de usted es lo único que le importa — se indignó Verbeke entendiendo el por qué quería abandonar las dependencias.

—No puede retenerme y lo sabe —le aseguró separando las piernas. Luego metió las manos en sus bolsillos, elevó la cabeza y proyectó el mentón hacia su interlocutora—. Conozco mis derechos. No puede meterme en un calabozo por una estúpida conjetura, fruto de su imaginación.

La teniente analizó su lenguaje corporal como si se tratara de un libro abierto. «Don narcisista Cortés, te gusta dominar y tener el control. Te muestras agresivo y empoderado… Pero has dado con la cabrona equivocada. Te vas a cagar», se dijo a sí misma.

—Si puedo. Le explicaré el cómo. Ahora mismo me voy a dar un cabezazo con la pared y alegar que me agredió… y mientras lo averiguan o no, usted estará en ese calabozo comiendo lentejas en una bandeja calentada en el microondas, ¿qué opina?

«Me está vacilando», pensó el hombre sonriendo tímidamente. Verbeke se acercó con decisión a un pilar que sobresalía en la habitación; lo tocó con los

dedos, comprobando si el filo era lo suficientemente resistente como para abrirle la ceja y cargó la cabeza hacia atrás. El alcalde, accedió ante la amenaza de la teniente, y se sentó en la silla dispuesto

a hablar; temiendo que aquella rubia de caderas anchas, se dejase la crisma en la pared.

—Clara, es un chica bastante social y abierta. Campechana. Habla con todos los clientes, como si fuesen amigos de ella de toda la vida. Si el que le pide una copa es del pueblo, le cuenta un chiste; si es un inglés o un belga, le invita a un chupito; si se trata de una chica guapa, no escatima en halagar alguna virtud. Digamos, que Clara hace de relaciones públicas del pub —le explicó demostrando que tenía bien calada a la desaparecida—. Aquella tarde, la vi salir un par de veces. Dentro no se puede fumar. En una de ellas, lo hizo acompañada.

Verbeke se despegó del pilar. Sus dos ojos azules se engrosaron. Sus hombros se auparon, fruto del interés de aquella información.

—¿Con quién? ¿Recuerda su apariencia? ¿Se trataba de algún tipo corpulento o de aspecto sospechoso, que no encajaba con el ambiente?

—Los miércoles hay gente que no son habituales, todos vienen por la promoción del 2x1, pero ahora que lo menciona, creo recordar que salió acompañada del panadero —se quedó pensativo.

—¿Salió con el panadero? —le reiteró la pregunta, fijándose en su lenguaje gestual—. ¿A fumar?

—Estoy seguro —asintió con rotundidad.

—Interesante… ¿Sabe a qué hora pudo ser?

—Cuando acabó la promoción. A eso de las ocho.

—Gracias. Ahora puede irse. Y si por un casual, recuerda algo más sobre Clara, por favor, no dude en pasarse por aquí. No se trata de usted. Se trata de la vida de una joven que puede estar agonizando mientras nosotros discutimos.

El alcalde dio por concluida la entrevista. Abandonó la silla y se dispuso a abandonar el despacho. Pero por alguna razón, se detuvo entre las jambas de la puerta; una duda le recomía por dentro y quería saber si el teatrillo de la teniente era cierto.

—Antes de irme… ¿en serio se iba a abrir la cabeza con la pared con tal de que declarase?

—Por supuesto —atajó de una manera tan convincente, que el alcalde salió despavorido del puesto, no fuera a ser que esa noche cenara lentejas precocinadas.

El tercero y último entrevistado, causó expectación en Julia Verbeke, ya que se trataba del motero del que hablaron la parejita: Nacho-Marta. No se lo imaginaba en aquel moderno pub, con sus pantalones de negros y su chupa con tachuelas. El testigo avanzó hacia dentro —sus muslos resonaban con la fricción del cuero de las perneras—. Sus brazos, rotaban alrededor de sus caderas como si su tronco, fuese una grúa giratoria. Tenía en el rostro esas barbas de chivo con abalorios en la punta; en los torsos de sus manos, tenía

tatuajes.

Verbeke no pudo ocultar su asombro al verlo tan lejos de la Gran Vía.

—¿Andy? ¡Qué sorpresa!

31
Unos testigos muy peculiares

Verbeke, sintió una sensación bastante extraña al ver a su tatuador frente a ella. Y la primera pregunta que asaltó su intelecto, se hacía evidente en su rostro «¿Qué pinta este tipo en todo este asunto?». Por el contrario, Andy realizó un esfuerzo por no mover ningún músculo de su cara que delatara asombro, ya que no imaginaba a su clienta, desempeñando la labor de interrogadora. Sabía de sobra, que los agentes de la ley no acostumbraban a tatuarse en lugares visibles; intrigado, quiso salir de dudas—. ¿Eres detective privado?

—Picoleta, para ser exactos —espetó Verbeke.

—¡Ostias tronco!¡Cómo mola! Nunca había tatuado a una guardia civil —mostró una tímida sonrisa en su peludo cutis—. ¿Y cómo llevas la infección?

Julia se arremangó el cárdigan y le mostró el tatuaje.

—¡Mucho mejor! La pomada es mano de santo.

—Ya mismo podrás lucirlo. Cada vez hace más calor.

La teniente cortó la conversación, ya que no estaban allí para hablar del tatuaje, sino por otro motivo más cruento e importante.

—Tome asiento, Andy. Tengo que hacerle varias preguntas.

El motero retiró la silla. Se sentó en una posición cómoda manteniendo las piernas estiradas y separadas. Luego se acodó en el respaldar con un brazo mientras su panza —embutida en una camiseta gris con la cruz de Chopper en blanco—, emergía de su chupa de cuero como si estuviera preñado de nueve meses.

—¿Qué quiere saber? —se mostró servicial a pesar de su aspecto macarra—. Estoy dispuesto a colaborar.

—Para empezar, me gustaría saber qué hacía usted el miércoles, tan lejos de la Capital.

—Para un motero de Harley, no hay fronteras. Y este lugar está a una hora —aclaró con orgullo. Verbeke le hizo un gesto para que fuese al grano—. Bueno, de vez en cuando me paseo por Buitrago. Cerca del pub, tengo una academia —Julia asintió recordando el local —. Aquí monté la primera franquicia… hará ya unos diez años. Tengo otra en Jarama, otra en San Sebastián de los Reyes y la más reciente, es la que está en la capital; donde le tatué —se contoneó en la silla y apoyó una mano sobre la rodilla, dejando ver la estrella que tenía en el torso, cerca del pulgar y el índice—. Los pueblos me preocupan, aquí la gente se tatúa por pura decoración, ninguneando el

simbolismo que atesoran los tatuajes —miró el voluptuoso pecho de Verbeke y luego sus ojos azules; le pareció un pibón digno de pasear en su Chopper—. Además, aquí no tengo competencia y ya sabe, es como convertir en lienzo a toda una región. Digamos, que aquí libro mi pequeña guerra por expandir mi obra artística.

Verbeke sintió un escalofrío galopante, como si una culebra se le enroscase en las vértebras y se enderezó sobre su asiento. Aquella frase final, le recordó a la que le dijo el captor, cuando tomó el teléfono de Pedraza tras el atropello.

—Ya veo… ¿Y viene mucho por aquí?

Andy se puso pensativo, mientras enumeraba su agenda semanal.

—En teoría, los lunes y los miércoles vengo a Buitrago; los martes voy a Gran Vía; los jueves a Jarama; y los viernes a San Sebastián de los Reyes. Como profesor, tengo que dar clases a los alumnos y atender cada academia como es debido. Siempre surgen problemas, ya sabe.

Verbeke, anotó el horario en su libreta y a la postre, levantó la pantalla de su móvil, para mostrarle la foto de Clara Tundidor. La joven estaba insultante en la imagen, con una sonrisa que contagiaba felicidad y una melena radiante que parecía formada por hilos de oro.

—¿La conoce?

Andy se balanceó hacia delante, estirando el cuello y replegando su barriga hacia el interior de la chaqueta. Verbeke pudo apreciar como en el cuero, brillaban los insectos que habían colapsado fruto de la velocidad en la carretera. En ese momento, su mente hizo un flashback y recordó el volantazo que dio el Land Rover para esquivarlo y que casi les cuesta la propia vida; en consecuencia, le lanzó una mirada recargada, que el motero no entendió a que venía.

—Pues claro, es difícil olvidarse de una cara tan bonita —ratifico observando la fotografía—. Clara, que es muy salada.

—¿Habló con ella? ¿Le contó algo que la tenía preocupada? —quiso saber Verbeke preparando su libreta para escribir—. ¿Le dijo usted algo que no debiera?

—¡Para! ¡Para el carro, tronca! —le cortó Andy. A ella no le gustó nada que la llamara “tronca”; pero, debía aparentar cercanía, para que el tatuador se sintiera cómodo y largarse todo lo que sabía—. No estará pensando que soy de esos tipos que se pegan a la barra como una lapa y se pasan la tarde metiendo fichas con la camarera de turno ¿verdad? —Verbeke no le respondió; pero precisamente, lo imaginó como uno de esos plastas—. Yo pido mis dos cervecitas artesanales y disfruto del ambiente de los miércoles. Luego me largo del pub y acabo la noche pidiéndome un asado de presa ibérica en el Asador La Muralla, para rebajar el alcohol y conducir fresco de camino a casa.

—¿Por qué discutías con Clara Tundidor? —le soltó de sopetón.

Andy, agitó la cabeza con energía, sus facciones se desdibujaron como un *Telesketch* de los años sesenta. Lentamente, trazó nuevas líneas faciales, que indicaban su malestar.

—No sé de qué me hablas.

—Hay testigos que aseguran que mantuviste una conversación acalorada con el "bellezón" de Clara Tundidor —añadió el adjetivo para darle más énfasis a la situación.

—¿Testigos? ¡Hay que joderse! Con la música tan alta, hay que elevar el tono para…

—¿De qué hablaron? —no lo dejó terminar.

Andy la fundió con la mirada. Luego respondió.

—La chica es muy zalamera, pero tiene una picaresca digna de un pirata del Caribe —le aclaró—. Le reproché el precio de alquiler del local. Cada dos años me sube la cuota. Y esta vez, lo consideré un abuso. El sector está sufriendo un pequeño bache, ya que son los jóvenes quienes se tatúan y en este pueblo, cada vez hay más ancianos. Entonces, la amenacé… —hizo una pausa—, con irme del pueblo a montar la academia de tatuajes en otro pueblo y me mandó a la mierda. Fin de la historia. Esa tronca tiene muy mal carácter.

—Ya —anotó su relación mercantil con la desaparecida—. ¿La viste salir del local con un conocido o con alguien que no te suene?

—Yo soy como una sombra, voy de aquí a allí… pero no estrecho vínculos con nadie. La gente es intolerante por naturaleza y me juzga por mi aspecto… y a estas edades, no busco desilusiones —se agarró el abalorio plateado de su barba y lo apretó como si anillase la pata de un ave—. Me suenan muchas caras de este pueblo, son diez años cumpliendo el itinerario y Buitrago no es muy grande, que digamos. Pero como has podido comprobar, está plagada de extranjeros y de gente que, simplemente, está de paso.

—¿Hasta qué hora estuvo en el local?

—Tenía reserva a las ocho y cuarto, en el Asador La Murallas; puede comprobarlo. Sé que es temprano para cenar, pero luego las mesas se llenan de familias con niños, dando por culo corriendo alrededor de ellas. No le puedo negar, que cuando abandoné el pub, Clara también lo hacía. Recuerdo, que estaba fumando, junto al panadero… Y me dedicó un: "es lo que hay, amigo". Hasta ahí, le puedo contar de toda esta movida, amiga.

El motero se quedó en silencio. Verbeke permitió sus muletillas castizas y confiadas, con el fin que de que no estuviera más pendiente a su acusación que a otra cosa.

—Gracias por colaborar. Para terminar, déjeme su teléfono y su nombre completo con apellidos, tronco —le requirió con sorna—. Y el DNI, para tenerlo localizado en caso de que tenga que declarar ante un juez.

El rostro del tatuador se transmutó. El tono usado por la guardia civil, no le gustó un pelo y temía que, por causa de sus antecedentes, se viera envuelto en la desaparición. Ante la insistencia de Verbeke, Andy cedió mostrándole el carné de conducir. Julia Verbeke, fotografió el documento por delante y por detrás. Luego le pidió el teléfono por dos veces, para comprobar que no se lo estaba inventando y lo anotó en su libreta.

—Espero que la encuentren…

—Eso espero, Andrés Rufián Soler —le leyó todo el nombre que ocultaba el diminutivo "Andy" —. Gracias por responder, y no se vaya muy lejos, por si requerimos de su presencia durante la investigación ¿de acuerdo?

El motero se levantó y, caminó hacia fuera del despacho, como si las suelas de sus botas fuesen de plomo. La teniente se quedó con un sabor amargo en la boca, mientras oía los muslos de Andy rozando el cuero. No sabía que pensar de aquella sombra, como el mismo se autodenominó, pero la frase que usó mencionando la palabra "obra" y pensando en los cuerpos tatuados como lienzos, le creó a Verbeke una partida de *Tetris*, con piezas que se amontonaban en su lógica, sin que le diera tiempo a ordenarlas por bloques.

En la habitación aledaña, Roca hacía lo propio, usando una estrategia muy distinta a la de Verbeke: él no se sentaba. Es más, jugaba con su imponente estatura, con el fin de amilanar a aquellos que no se tomaban en serio la entrevista. Con su técnica de poli malo, ya había tenido careo con varias testigos, y había dado buenos resultados. En claro, sacó la hora en que Clara salió del pub; también descubrió que estuvo acompañada de un hombre con el que estuvo fumando. Entre esos testigos, le tocó entrevistar al panadero del pueblo, que aseguraba ser usuario del pub los miércoles y los sábados —ya que, según él, era cuando venían mujeres que no eran de Buitrago y le resultaba más fácil echar el anzuelo del amor—. Le confesó que salió con Clara a echar un cigarrito y que la acompañó a pie hasta el zaguán de su casa. Roca le insistió, pero este hombre decía que tenía coartada, ya que hizo una nueva parada para ver un partido de Champions League en un bar cercano a su domicilio. Respecto a la ropa que vestía Clara, indicó que llevaba un pantalón negro y una camiseta roja. Tras tomarle todos los datos, le dejó marchar, advirtiéndole de que estuviera localizable, por si era requerido en las próximas horas.

Tras estos, llegó el quinto testigo para Roca y recordó el refrán: «No hay quinto malo». Pero, el dicho se le vino abajo cuando lo reconoció. Se trataba de Rogelio Cortés. Y venía con un gato entre sus manos, que le lanzaba zarpazos al cuello.

—¡Puto gato! ¡No te voy a hacer daño! ¡Estate quieto! ¡Zape, zape!

«Ya me tocó el tonto el pueblo», se resignó el sargento. El gato dio un salto y escapó por el pasillo como si hubiese visto pasar un ratón por delante de sus bigotes. En cuanto a Rogelio, vestía un pantalón de pinzas gris, una americana con las coderas desgastadas y un polo Lacoste con tantos lavados encima, que el cocodrilo del emblema parecía disecado. A pesar del lamentable estado de su indumentaria, la lucía con orgullo, ya que era ropa heredada de su célebre hermano. Cuando la vestía, se creía uno de los concejales que formaban parte del elenco del ayuntamiento. Sin cerrar la puerta, anadeó de un rincón a otro, secando la sangre que le había producido el gato. Rogelio no se había peinado y muy posiblemente, llevaba más de tres días sin asearse; así lo percibió Roca. El sargento, lleno de manías y escrúpulos, sintió una sensación extraña que le ponía de los nervios—quizás influido por su signo zodiacal de virgo—, ya que cuando tenía enfrente a una persona disminuida, le producía un cóctel que iba entre la risa y el miedo. Y no era cuestión de falta de empatía, sino un mecanismo emocional que se accionaba sin que pudiera evitarlo. A pesar de ello, se mantuvo entero y lo llamó a la calma.

—¡¿Te puedes quedar quieto de una vez?! Solo te voy a hacer dos preguntas.

—¡Yo no he hecho nada! Esto será un error policial. Tenga cuidado con lo que dice o hace —se detuvo de su vaivén y lo amenazó—. Usted no sabe quién soy ¿verdad? —Roca se reservó la respuesta con el fin de no herirlo—. Soy el hermano del alcalde…

—Muy bien, yo soy el sargento Iván Roca —le estrechó la mano siguiéndole la corriente y deseando que aquel careo terminara cuanto antes—. Ahora tome asiento. No te estoy acusándole de nada, solo quiero que me ayudes.

Rogelio tenía un porte endoformo: brazos flácidos y piernas anchas. Su rostro tenía forma de diamante y su semblante parecía estar sumido en una añoranza perpetua.

—¿Y usted porque no se sienta? ¿Se cree más que nadie? —le reprochó al sargento que accedió con el fin de que aquel tipo no le montara un mingo—. No me intimida, que lo sepa.

—Rogelio, vamos por mal camino… Solo responda y márchese. ¿Conoce a Clara Tundidor?

Rogelio hundió la cabeza entre sus hombros y viendo que no podía meterse entre el cuello de la chaqueta americana, elevó la tez. El sesgo de sus labios era triste. Su mirada se volvía esquiva a ratos y otras, fija.

—Claro… todos la conocen. Tiene un bar de copas… Su padre es muy buena gente, siempre me invita a una Coca-Cola Zero y me pone cacahuetes en un plato pequeñito —dibujó con la yema del índice una circunferencia minúscula sobre la mesa—, pero se agradece el detalle.

Roca resopló y continuó con su labor.

—¿Sabe que Clara, ha desaparecido del pueblo?

—No. Bueno, sí…. Sí, he oído algo en la fila cuando esperaba. Pero no sé nada.

—¿En qué quedamos Rogelio? —desesperó Iván paseando los pulgares sobre la cara interna de los tirantes que se solapaban a su camisa—. Bueno te haré otra pregunta, ¿viste la tarde noche del miércoles a Clara hablando con alguien?

—No. Cuando yo llegué al pub, ya ella se iba.

—¿Adónde? —quiso saber Roca, haciendo sonar sus tirantes al soltarlos contra su fornido pecho—. ¿Con quién?

—Se subió a una furgoneta. Parecía igualita a la del panadero, pero ya era de noche y el color no era el mismo… Parecía más oscura. Yo es que tengo gafas, pero no me las pongo. Soy como tú, presumido.

Roca aguantó la risa por la comparación y se dio cuenta que el ego, era algo con lo que se nacía, sin importar el cómo era uno por fuera.

—Céntrate, Rogelio. Esa chica la han secuestrado en contra de su voluntad —le rogó ante la confesión que le estaba dando aquel tipo que parecía que había robado la ropa en el tendedero de un pijo—. ¿Recuerdas la marca del vehículo? ¿Reconociste al conductor? ¿La matrícula?

—No —negó con rotundidad, uniendo las yemas de los dedos de una mano contra las de la otra, en un gesto repetitivo—. Pero cualquiera se la ha podido llevar. Yo mismo me la llevaría y me casaría con ella. Es muy guapa y simpática. Conmigo habla mucho, pero dicen que es bollera… ¿Eso se nota? Lo de ser lesbiana, quiero decir.

Roca, encadenaba mohín tras mohín, viendo como aquel hombre de unos treinta y pocos años, entraba en bucle haciendo visible su enajenación mental. «¿Cómo puede una persona quedarse tocada del ala de esta manera? ¿Se lo provocó consumiendo drogas o fue una complicación de nacimiento?», se preguntó Roca, sintiendo lástima por la papeleta de acontecía a aquel hombre, que se repetía más que el gazpacho.

—¿Recuerda qué ropa llevaba Clara cuando se montó en el coche? —le preguntó al disminuido, que estaba obnubilado mirando un mosquito que trazaba círculos encima de la calva del sargento, como si la cicatriz fuese una H para aterrizar. Una vez se posó en el cuero cabelludo, Rogelio, abrió la palma de su mano, dispuesto a lanzar una torta para aplastar el insecto contra la calva, antes de que le picase. Elevó la mano amenazante, pero frenó su impulso cuando Roca le lanzó una nueva pregunta —Ánimo. Estamos a punto de terminar. ¿Llevaba pantalón negro y camiseta roja?

—No. Una falda larga negra… se movía con el viento, junto a su

melena rubia. ¡Me encanta su pelo! Parece de oro. Por no hablar de sus ojos azules. Es una Barbie humana…

Roca anotó el dato. De todos los testigos, Rogelio era el único que la había visto con la ropa que se encontraron en el río y eso, le hizo interesarse más, por todos los detalles. Lo que le resultó bastante extraño, fue que la viera salir de casa. «¿Con quién había quedado?», se preguntó.

—¿Sabe en qué dirección se alejó?

—¿Qué? —no entendió la pregunta.

—¡Qué si sabe si tiró hacia dentro del pueblo o hacia afuera! —repitió Roca con cierta impaciencia.

—Para afuera —sentenció Rogelio, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, como si siguiera la estela del vehículo—. Salieron dirección a la autovía.

—¿Dio algún tipo de acelerón? ¿Oíste gritos que escapaban del vehículo?

—Conducía normal… recuerdo que incluso, puso un intermitente —usó un tono lastimero para cambiar de tema—. ¿Sabe que a mis padres lo asesinó un drogata? Fueron atropellados, de igual manera, que a la guardia Pedraza. ¿Dónde están ustedes cuando de verdad hacen falta? ¿Por qué no ponen radares de velocidad? ¿Por qué no persiguen a los que venden droga? —cambió de tema—. ¿Y esa cicatriz de su cabeza?

—Esas cuestiones discútelas con tu hermano. Como alcalde seguro que le pone solución y monta otro cuartel de la Guardia Civil; ¡Ya hemos terminado! —le cortó temiendo de nuevo que entrara en modo disco rayado—. Muchas gracias por su testimonio.

Rogelio se levantó. Se abotonó la chaqueta y se sacudió la cabeza con las manos, como si tuviera un puñado de mosquitos pululando por su coronilla. Roca se alejó un metro de la mesa, presa del escrúpulo.

—Mi hermano no es buena persona. A mí no me dirige la palabra —puntualizó perdiéndose por el pasillo—. ¡Y eso que no le he hecho nada!

Las entrevistas acabaron. Verbeke y Mediavilla se reunieron con Roca. Todos llevaban sus apuntes; era hora de sacar conclusiones, en el supuesto de que los hubiera.

32
Contraste de información

Mediavilla, cerró la puerta de un manotazo, haciendo temblar el tabique de ladrillos, que dividía su despacho del contiguo. Tomó asiento y aguardó. Verbeke ya estaba sentada. Retiraba la gomilla elástica de su inseparable libreta y la ojeaba repasando los detalles. Roca hacía memoria, mientras se frotaba la calva, como si ésta fuese una lámpara mágica de la que pudiese salir un genio, con todas las respuestas que anhelaba.

—¿Quién empieza? —preguntó ansiosa por unificar los testimonios —. ¿Dejamos al anfitrión?

El sargento de Buitrago carraspeó su garganta, como si fuese a arrojar un esputo sobre la mesa. Pero no lo hizo, solo estaba afinando su voz antes de hablar.

—Vale. Empiezo. De los míos, solo dos chicas conocían a Clara — explicó Mediavilla—. Ambas coinciden, que una vez acabó la promoción, ésta se marchó y no volvió. También aseguran, que les pareció verla echando un cigarro con alguien, justo en la puerta. Un hombre delgado y no muy alto. Pero no se fijaron bien quién era. Una dice que se parecía al alcalde, la otra que si el panadero…. Sobre la ropa que vestía Clara, no tuvieron dudas: camiseta color carmín y un pantalón oscuro.

Verbeke, estuvo digiriendo la vocalización, hasta que finalmente, entendió todo el mensaje. Y se dispuso a cruzar los testimonios, en busca de una coincidencia.

—Mis testigos, también aseguran que Clara, salió a fumar. Parece ser, que fuera estuvo hablando con un hombre justo antes de desaparecer, en mi caso, el panadero —explicó mirando sus apuntes —. En cuanto a sospechosos por sus comportamientos, podría hablar del pedante alcalde Álvaro Cortés y de Andrés Rufián… el tatuador del pueblo. Este último, tuvo una acalorada discusión dentro del pub con Clara, debido al precio del alquiler del local, que los Tundidor, le tienen arrendado. Casualmente, el tatuador visita el pueblo, los lunes y los miércoles.

—Lunes y miércoles… ¡Los días en que tuvo lugar la desaparición de Raúl Gallo y Clara Tundidor! —subrayó Iván—. ¡¿Casualidad?! No lo creo.

—Espera, hay más —continuó Verbeke ante la atónita mirada de los dos sargentos—. Todos sitúan la desaparición de Clara sobre las

ocho… hora en que asegura el tatuador que se marchó del pub para cenar cochinillo asado en el Asador La Muralla. Otra casualidad. Pero hay algo que no me cuadra: Andrés tiene una Chopper y no creo que nadie secuestre a una chica, como si fuese un indio del lejano Oeste, a lomos de un caballo.

Roca quedó pensativo: «una moto no parece el mejor medio, para llevar a cabo el secuestro. Hay que retener, amenazar, reducir a la víctima y transportarla». Luego, ofreció la información que había sonsacado.

—Parece ser, que Clara, ejercía de relaciones pública en el pub. Y que un hombre, estuvo hablando con una chica en la puerta… —se hizo el interesante—. Pero la clave me la dio el tonto el pueblo.

—Se llama Rogelio Cortés, nos seas bruto —le atajó Mediavilla sintiéndose molesto con el adjetivo peyorativo que le puso al sujeto—. No eligió ser así.

Verbeke no esperó ese detalle empático de parte del sargento de Buitrago, ya que parecía un híbrido entre humano y lobo, un prototipo autóctono de la naturaleza. Roca supuso, que aquella defensión igual venía, porque Mediavilla tenía algún familiar en las mismas circunstancias; y decidió recular.

—Está bien, Rogelio. ¡Menudo personaje! —corrigió—. Me ha confesado que vio a Clara subiendo a un coche, de las mismas características que la furgoneta de reparto del panadero. Y al parecer, se montó por voluntad propia, ya que el vehículo no dio un acelerón… Según este chalado, se marchó a una velocidad moderada hacia fuera del pueblo.

—¿Qué marca de coche es? —quiso saber Verbeke.

—Una Citroën Berlingo —aseguró Mediavilla sin dudar al respecto —. Blanca y rotulada por los laterales.

—¿Y piensas que su testimonio es de fiar? —desconfió.

—¡Shh! —asintió Roca como si fuese una serpiente—. Teniendo en cuenta que no anda muy católico, es el único que ha descrito la ropa con la que desapareció Clara aquella tarde: falda larga negra y camiseta lila. Pero igual es una fantasía, fruto de su enajenación mental.

Mediavilla salió en defensa del hermano del alcalde.

—Rogelio, a pesar de su patología, sabe latín. Muchos lo subestiman porque a veces hace tonterías o dice lo que piensa. Pero tiene dos ojos como todos. Es muy observador. No es la primera vez que habla de infidelidades entre vecinos que nadie esperaba y que luego, salen a la luz como una certeza. Por lo que, si Rogelio dice que la vio meterse en una furgoneta, no hay que tomarlo a broma. Puede estar en lo cierto.

Verbeke, pasó un par de su libreta moleskine, y rescató un dato que

oyó de boca de Alonso Tundidor, el día que puso la denuncia.

—Según su padre, Clara tenía que cuidar a su abuela, sin embargo, cuando este entró en casa tras ver las llamadas, se encontró con la anciana en el suelo. ¿Qué le hizo salir y desatender a su abuela? ¿Una emergencia de última hora?

—No. Se cambió de ropa incluso. En una emergencia, sales con lo puesto. O en pijama y bata. Pero no te pones una falda… digo yo —elucubró Iván Roca.

—La pregunta difícil, es la de conocer con quién se montó —intervino Mediavilla aupando sus espesas cejas—. Clara, es una mujer de carácter alegre, pero muy temperamental. No es la primera vez que acude al puesto, para echarle una bronca a Pedraza, delante de todos nosotros. No creo que se suba a un coche sin gritar, salir corriendo o abofetear a su captor.

—No hay que descartar la teoría, de que se trate de un conocido de su entorno —obvió la teniente—. ¿El panadero? ¿El tatuador? ¿el alcalde? ¿una ex novia? ¿Rogelio? Cualquiera de ellos, puede no levantar sospechas de sus intenciones verdaderas.

—Rogelio no tiene carné de conducir, ni facultades para ello —apostilló Mediavilla.

—Eso no tiene nada que ver. Igual, el verdadero asesino, usa un gancho para embaucarlas y no llamar la atención —vaticinó Roca levantando nuevos interrogantes.

Verbeke, arrugó el ceño y se mordió el labio, admitiendo que su compañero podía llevar razón. Le gustó su razonamiento.

—No sería la primera vez, que dos perturbados se unen para cometer sus fechorías… Hay cientos de casos que avalan esta unión temporal para perpetrar sus fantasías criminales.

—Creo que deberíamos hablar con la hermana —sugirió Mediavilla —. Valeria debe conocer bien, si Clara quedó con alguien.

—¿Su hermana? No sabía que tenía una. Pues tiene razón, sargento. Con todo este trajín, hemos olvidado los testimonios del padre y la hermana de Clara. Iré a hacerle una visita —se impuso Verbeke pidiéndole las llaves del Renault a su compañero.

—¿Ahora? —se extrañó Mediavilla mirando su reloj—. Igual no están para recibir a nadie. Han dado sepultura a su nuera.

—Y pronto se la darán a Clara, si no nos andamos con perspicacia —asumió Verbeke la responsabilidad—. El asesino tiene la misma prisa por ejecutar, que nosotros por evitarlo; así que no hay mañana, solo el ahora.

Roca sostuvo a Verbeke del antebrazo, reteniéndola antes de que se marchara a casa de los Tundidor. La teniente, zarandeó su brazo para librarse de las tenazas del sargento. Una vez la soltó, escuchó lo que

quería decirle.

—Voy a llamar al teniente coronel, para que envíe al grupo de Científica y que busquen algún rastro de Clara en la furgoneta del panadero. Hay que ir descartando, basándonos en las acusaciones de los testigos.

—Esto es matar moscas a cañonazos, pero no nos queda otra opción. Así, que ve al domicilio del panadero. Igual lo pillas en casa tras comparecer. Inmoviliza su vehículo, ya sea por las buenas o por las malas. ¡Qué no le dé tiempo a limpiar las pruebas!

—Sargento Mediavilla, sería interesante que elaborase, una relación de furgonetas Citroën de color blanco, de las que circulan por el pueblo.

—Eso está hecho. A la vuelta. Ahora voy a preparar el vehículo, para ir al domicilio del panadero junto a su compañero.

Mediavilla salió al patio. Roca quedó a solas junto a la teniente. Esta le dio su opinión.

—Aprovechando que se ha ido el ogro —susurró Verbeke, sacándole una sonrisa—. Andrés, mi tatuador, me dio bastante mala espina con algo que me dijo. Repitió una frase muy parecida a la que me soltó Caronte en la llamada de teléfono. Habló de una obra… creo, que deberíamos vigilarlo de cerca. Oculta algo.

—Habrá que ponerle un seguimiento —le aseguró Roca trasteando el móvil en busca del número de Miranda—. Por cierto, ¿no prefieres que te acompañe?

—Mejor sola. Me gustaría hablar con la hermana de Clara en plan cercano; y las chicas nos entendemos mejor.

Verbeke, le guiñó el ojo a su compañero y tras recoger el anorak del despacho, salió en dirección a casa de los Tundidor.

33
Valeria Tundidor

Tras estacionar cerca del domicilio de Clara, Verbeke se subió la cremallera del anorak hasta la barbilla, se apeó del Renault y caminó hacia la vivienda. A pesar de que estaban a las puertas de junio, en aquellas latitudes, siempre refrescaba por la noche. Desde lejos, vio como una chica pertrechada en un abrigo negro y con una larga melena rubia, penetraba en la casa que tenía que visitar. La teniente respiró hondo y emitió una voz para llamar su atención; pero esta no se enteró y, cerró la puerta. «No puede ser… es ella: Clara», alucinó acelerando el paso. Frente a la puerta, tocó el timbre con ahínco y luego aguardó con el rostro serio. En ese instante de espera, se le pasó por la cabeza muchas cosas, como por ejemplo que Clara Tundidor, había sido liberada y todo había quedado en un susto —pero algo en su interior le impedía creerlo—. Luego, usó la lógica y soslayó que nunca se resolvían las situaciones de una manera tan obvia. También, pensó que podía ser una visión, una premonición o tal vez el espíritu de Clara. A Verbeke, nunca le había acontecido estos fenómenos paranormales. Sin embargo, había compañeros veteranos que relataban estos sucesos inexplicables, donde el alma del cadáver volvía a su casa sana y salva, como si fuese algo común. Tras un murmullo apagado, la puerta se abrió y Clara apareció frente a ella. Verbeke, se olvidó del frío por un instante y se abalanzó hacia la joven para sujetarle las manos en señal de alivio. No daba crédito, pero Clara estaba allí. Aliviada, no pudo reprimir su entusiasmo y con la voz temblorosa, le expresó su alegría.

—¡Clara! ¡Qué bien que estés sana y salva!

—¡¿Qué hace?! —se soltó de los brazos de la teniente—. No venga a molestar a estas horas.

—Disculpe. No me he presentado. Soy de la policía judicial. Estaba investigando…

—Lamento decirle que se ha confundido —la cortó mirándola de arriba a abajo—. Me llamo Valeria. Muchas personas nos confunden. Soy su hermana.

Verbeke, recibió la aclaración, como un jarro de agua fría. Aquella chica se parecía tanto a la secuestrada que pensó que era ella.

—Disculpe el mal entendido. Creí que… —dejó a medias su explicación y le estrechó la mano—. Mi nombre es Julia Verbeke, ¿puedo pasar?

—Mmm… ¡Por supuesto! —le hizo un ademán para que pasase al interior, donde temblaba la luz de un televisor—. Me ha pillado de milagro, el turno de la cuidadora acaba de terminar. Con la desaparición de Clara, apenas podemos prestarle atención a mi abuelita ¡Pobrecilla! Cuando Verbeke entró en el salón, se encontró con un mobiliario moderno y paredes estucadas en color salmón. Sobre un sillón desfondado, había una mujer de avanzada edad, que contrastaba con la decoración vanguardista —se trataba de Simona, su abuela—. La octogenaria tenía el cabello teñido en un tono canela muy artificial y su peinado no guardaba mayor misterio, que dejar tres dedos de espesor por todo el cuero cabelludo; sin florituras, ni complementos. Vestía un batín azulón por donde asomaban dos piernas repletas de varices, que se encastraban a la altura de los tobillos, en unas chanelas de tela. En una mano, encerraba un pañuelo, que pasaba cada dos por tres por el contorno de su boca. La anciana, estaba abducida por los destellos de la pantalla de televisión, asumiendo que las visitas nunca eran para ella; ni tampoco, los temas de conversación.

—Buenas noches —saludó la teniente a Simona.

La anciana saludó tímidamente y volvió su mirada a la película de acción que televisaban. La teniente, se centró en Valeria.

—¿Está aquí su padre o su madre?

—No. Mi padre se ha llevado al perro y la última ropa que vistió mi hermana, para ver si siguiendo el rastro, da con el paradero de Clara, por el monte —reveló Valeria—. Y mi madre… hace años que no sabemos nada ella. Nos abandonó a todos por vivir una aventura junto a holandés que conoció en el pub ¡Es una egoísta! Falló a sus hijas, a su marido y —señaló a Simona que insultaba al antagonista de la película en voz alta— a su madre.

—¡Vaya plan! —expresó su disconformidad contemplando a la anciana—. Lo siento.

—Y ahora esto. Otra desgracia para los Tundidor —bajó el tono y sacó un cigarro de contrabando de una cajetilla blanca con el logo verde—. Mi abuelita, no sabe nada de que Clara está desaparecida. Esta débil del corazón, ya sabe. ¿Quiere un pitillo?

—No, no fumo.

Valeria prendió el cigarro. Con el fin de que tuvieran más intimidad, le invitó a pasar a una habitación aledaña al salón —ya que la tele estaba a un volumen elevado; y con las persecuciones, las explosiones y la música de misterio, era complicado no hablar a gritos —. Una vez en la sala de estar, Verbeke, contempló una foto de las dos hermanas en la adolescencia, vestidas iguales y con la misma sonrisa traviesa; parecían clones.

—¿Sois gemelas? Yo soy melliza con un hermano.

—¡Qué va! Yo nací dos años más tarde.

Verbeke hizo un gesto de sorpresa, elevando una ceja.

—Necesito hacerte unas preguntas, Valeria —le dijo tomándose las confianzas suficientes como para ocupar una silla—. Con tu permiso me siento, estoy molida.

—Perdona, no sé ni en qué día vivo. No te he ofrecido nada… ¿Quieres algo de beber? Tengo todo lo que se consume en un bar, así que puedes elegir —le invitó la anfitriona dando una profunda calada al cigarro y echando las cenizas sobre un posavasos de metal con el nombre del pub—. ¿Un gin tonic?

«Me tomaría un ron doble para olvidar», le respondió telepáticamente, pero tenía que causar buena impresión para que confiara en ella, por lo que tiró de una de sus frases hechas.

—No. Tengo que plantar cara a este enigma lo antes posible y lo que menos quiero es que esta charla se dilate.

La chica asintió con la cabeza. En su pálido rostro, lucía dos ojeras azulonas que parecían el reflejo de sus intensos ojos azules, que parecían iluminados con led.

—Dime, ¿cómo puedo ayudarte?

—Estamos intentando descubrir quién se oculta tras la identidad de ese secuestrador que está sembrando el caos en esta región —usó un tono amistoso para engrasar la contundencia de su afirmación—. ¿Tiene conocimiento de si tu hermana le debía dinero a alguien? ¿Algún acosador en las redes sociales o el pueblo?

Valeria, dio una nueva calada y aplastó más de la mitad del cigarrillo contra el posavasos. Exhaló el humo y respondió.

—Mi hermana da lugar a la confusión por su manera de ser. Los hombres creen que coquetea con ellos, cuando lo que está es siendo agradable; y eso le ha traído algún disgusto. El hermano del alcalde, Rogelio Cortés, alguna vez le ha dicho alguna burrada. Éste, también le ha dejado en alguna ocasión, cartas de amor en el buzón, pero ya sabe, no hay que echarle mucha cuenta... Mi hermana se ocupaba de pararle los pies. Está acostumbrada a lidiar con los tíos en el pub.

—¡Los hombres son tan básicos! —se quejó—. Bueno, centrémonos en el local de copas. Hemos estado hablando con clientes que estuvieron consumiendo allí, en la tarde del miércoles. Algunos de ellos, coinciden en que vieron a su hermana salir a fumar; que vestía un pantalón negro y una camiseta roja; que habló con un hombre en la puerta; y que luego, sin que aparentemente nadie la forzase, se subió a una furgoneta “paquetera” de marca Citroën Berlingo. ¿Sabe usted con quién pudo irse?

Valeria negó con la cabeza. Tras recrear la escena en su mente, comenzó a sollozar con las manos pegadas al rostro. Su pecho le ardía y las piernas le flaqueaban a pesar de estar sentada.

—¿Eso es así? Pues no tenía ni idea. Mi hermana vino a casa a hacerle el relevo a la cuidadora, pero es cierto que se cambió de ropa y también se duchó: como si fuese a salir a algún sitio —enfatizó con las manos dando fuerza a su argumento—. Mi yaya es diabética y hay que estar midiéndole constantemente la glucosa. Por lo que me extraña mucho que se montara en una furgoneta con alguien… si lo hizo, fue para ir a una farmacia.

—¿Ha hablado con la cuidadora? Igual ella vio algo.

—Sí, María me dijo que Clara venía algo alterada, ya que había discutido con alguien en el pub y que tuvo que esperar a que se duchara antes de irse. Una vez, Clara salió del baño, la cuidadora se marchó. De lo que ocurrió después, ni idea.

—María te dijo con quién había discutido Clara.

—No.

—¿Tiene el teléfono de la cuidadora? Me gustaría hablar con ella para preguntarle éste y otros detalles.

—Tengo que buscarlo en la agenda del móvil —dijo levantándose en busca del dispositivo. Verbeke la vio tan temblorosa que la sujetó del brazo y la retuvo.

—Tranquila Valeria, te voy a dejar mi número apuntado y cuando estés más calmada, me lo envías por Whatsapp —la chica asintió mientras enjugaba sus lágrimas con la manga de su vestido—. Ahora tienes que seguir arrojándome luz, ¿vale?

—Sí. Tengo que hacerlo por ella.

—A las pocas horas de desaparecer, Clara le envió un mensaje a Verónica Pedraza pidiéndole perdón y admitiendo que la quería mucho. También le dijo, que estaba en el lugar donde "lo hicieron por primera vez". Mi equipo buscó en los hoteles de la zona, pero ni Pedraza, ni Clara, aparecen registradas en el historial de ningún establecimiento donde pudieran haber tenido ese encuentro. Por lo que no descartamos que pudiera ser en algún lugar del bosque… ¿quién sabe? Lo que sí me gustaría saber, es si el hecho de ducharse y ponerse mona, responde a un ligue. No creo que nadie se arregle para ir a la farmacia —conjeturó ante el nerviosismo de Valeria que solo atendía a abrir los ojos y apretar los labios—. ¿Cabría la posibilidad de que Clara hubiese conocido a alguien en el pub y decidiera tener un momento flash de intimidad?

Valeria estaba tan abstraída de la realidad, que se limitó a responder en piloto automático, mostrando una secuencia de risas y miradas perdidas que se alternaban siguiendo un orden.

—A Clara, le pasa como a mi madre: tiene ese gen infiel y promiscuo que le hace ser una seductora nata y engatusar a cualquiera con su verborrea —confesó como si estuviese orgullosa de sus hazañas —. Y claro, un pub es un punto de encuentro bastante tentador para

conocer gente nueva. Yo le he cubierto muchas veces las espaldas respecto a las infidelidades, siempre le reprocho, que es una cabra loca —sonrió Valeria a medio gas—. Pero llevaba una temporada, en que no se dejaba llevar por sus impulsos, como si Pedraza le hubiese hecho asentar la cabeza.

—Hablan de que la vieron charlando con un hombre antes de volver a casa. ¿Puede ser que le gustasen también los del sexo opuesto?

—¡¿Mi hermana con un hombre?! No. Clara tiene muy definida su orientación sexual. No es un chico atrapado en un cuerpo de chica. No. Mi hermana es una mujer a la que le gustan las mujeres. ¡¿No sé si me explico?! No es de esas que juegan al futbol, ni de las que visten ropa ancha; todo lo contrario… Se siente femenina: le gusta llevar el pelo largo, pintarse las uñas, maquillarse. El único detalle que le resta elegancia, es su predilección por la ropa oscura de estilo gótico.

—Sí. La ropa que encontramos en el río, justamente, coincide con la que llevaba Clara —Cambió de tema—. Sobre el mensaje, no hay ninguna certeza de que sea real. No descartamos, que su captor lo pudiera escribir con la intención de despistar a Pedraza; y con el único fin de que las fuerzas del orden, buscásemos en una ubicación equivocada.

—¿Cómo puede hacer alguien algo así? ¿Quién puede llevarse a otra persona en contra de su voluntad?

—Esto que te voy a contar es confidencial y no está contrastado —le dejó claro—. No puedes contárselo a nadie; pero algunos testigos, creen que ese hombre con el que se marchó, fue el panadero del pueblo.

—¿Qué dices? El panadero viene andando y, además, es una persona muy querida en Buitrago. No lo veo faltándole el respeto a mi hermana.

—¿Y se le ocurre alguien de su entorno con un vehículo de esas características? ¿Alguna amistad reciente? ¿Un trato mal cerrado? ¿Deudas o denuncias? ¿Algún joven con posibilidades de embaucarla, y si fuera preciso, retenerla en contra de su voluntad?

Valeria extendió sus cejas suavizando sus finas líneas. El bombardeo de información, la tenía algo colapsada. Tras respirar hondo, respondió con total seguridad.

—Clara no se montaría con cualquiera en un coche; se lo aseguro. Y menos aún con un hombre… no le puedo decir que sea *feminazzi*, pero es de esa corriente, en la que los piropos le parecen una vejación contra su persona. No es la primera vez, que Clara tortea o increpa a un tipo que se ha pasado con los halagos —resopló cada vez más hundida en su tristeza—. Si alguien le ha hecho subir, es porque tenía un arma o era alguien tal de su confianza, que no tuvo miedo de

hacerlo.

Julia Verbeke sacó su libreta y la puso sobre la mesa.

—Perfecto, Valeria. Lo estás haciendo muy bien —le tomó las manos a la joven con ternura—. Otra pregunta, ¿tú hermana tenía algún tatuaje?

—¡No! ¡Los odiaba! Decía que era muy difícil elegir un dibujo para que te acompañase toda la vida… supongo que pensaba igual de las relaciones sentimentales —conjeturó.

—¿Estás completamente segura?

—Ni uno; la he visto muchas veces desnuda —se reiteró agitando la cabeza—. Pero ¿qué tienen que ver los tatuajes con su muerte?

—No le puedo revelar nada de momento, pero si no tiene tatuaje, puede ser una garantía de que no esté en las mismas manos del asesino del embalse.

—¡Dios mío! —se tapó los ojos como si la palabra "asesino" la hubiese cegado—. ¡Tenéis que encontrar a mi hermana!

De repente, un vocerío recorrió el pasillo y llegó al salón. Su contenido fue como una puñalada en el vientre, que hizo estremecer a Verbeke y a Valeria.

—¡¡Ya está muerta!! —gritó la anciana. No fue una apuesta personal de Simona, ni fruto de su opinión tras cotillear la tertulia entre su nieta y la teniente; tan solo respondió, al personaje principal de la película que veía, en donde, el villano preguntaba por el destino de su novia recién asesinada por un sicario. Simona, le dio la respuesta en voz alta, interactuando con el actor—. ¡Está enterrada, bandido!

—¡Qué inoportuna! —se quejó Verbeke ante las palabras de la anciana—. Seguro que aparece —la calmó fundiéndose en un cálido abrazo con Valeria—. Hablamos ¿eh? Tengo que marcharme.

Una vez fuera, giró la esquina y caminó hasta el pub. Contó unos cincuenta pasos de distancia y miró la calle de izquierda a derecha, imaginando en qué punto pudo ser abordada. En el silencio de la noche, donde sus pensamientos se mezclaban con el grillar de los insectos, sonó el móvil, sobrecogiéndola en un nuevo susto. En primera instancia, pensó que era Roca, desesperado por su regreso o tal vez, el teniente coronel que estaría en la sala de operaciones esperando novedades del trascurso de la misión. Pero no. Se trataba del forense, Santana.

«¿Teniente Verbeke?».

«Sí, ¿qué ocurre?».

«Le he llamado en cuanto he podido. Tengo algo que contarle. ¿Recuerda la herida del brazo de Raúl Gallo? Tenía una mancha negra alrededor del contorno, ¿se ubica? —Santana, escuchó un jadeo que pareció un sí—. En un principio pensé que se trataba de una

quemadura por roce o simplemente, causa de la necrosis de los tejidos. Pero tras examinar una muestra en el laboratorio, los resultados han arrojado que se trata de tinta…».

«Eso es genial —le interrumpió—. Según nuestras últimas averiguaciones, donde hay una herida, hubo un tatuaje».

«Escúcheme, no le hablo de tatuajes antiguos, le corroboro que la tinta analizada en Raúl Gallo, es reciente; al menos, la que estaba en el contorno de la herida. Bajo la lente del microscopio, se aprecia que la mancha sigue un patrón. Diría que es una letra o un símbolo, pero está incompleto».

«Y ¿cómo se nos pasó eso por alto?».

«La zona estaba inflamada debido al desgarro».

«Deberíamos revisar el informe del anterior cadáver, para conocer si tiene esa letra o símbolo».

«Verbeke, la curiosidad me ha llevado a la misma conclusión; y, me tomé la licencia de buscar y revisar el informe post mortem de Diego Pinteño. No existe ningún dato que haga alusión a que haya tinta en el borde de la herida, pero… he revisado todas las fotos realizadas al cadáver y muy cerca de una de sus lesiones, hay un tatuaje que no guarda armonía con su línea de diseños, se trata de una “A”».

«¿Una letra? La gente combina distintos estilos de tatuajes. Mezclan diseños japoneses con minimalistas o tribales con realistas, haciendo de su cuerpo un mural callejero».

«Verbeke, no le hubiera llamado con desespero, si no lo tuviera bastante claro. ¡Ya me conoce! Es bastante sospechoso, que la letra “A” que tiene Diego Pinteño, no esté tatuada del derecho, sino acostada; como si se la hubiesen dibujado mientras estaba inconsciente en una postura no adecuada. Supongo, que, al tener más dibujos por todo el cuerpo, no les llamó la atención».

«De tratarse de una marca dejada por el asesino… Lo cambiaría todo. Se está perfilando: sabe tatuar y señala a sus víctimas como un modo de atribuirse las muertes ¡Gracias Santana! ¡Es usted un crack! Lo expondré ante el equipo de investigación».

Verbeke, cortó la llamada y se quedó pensativa. En su estómago sintió punzadas que le recordaron a mordiscos, como si tuviera en su interior un nido de ratas. Y elucubró bajo la luz de una farola, como si la bombilla, estuviese arrojando claridad a su cerebro.

«El asunto de los tatuajes está tomando cada vez más fuerza. Si pudiera exhumar el cadáver de Pinteño y corroborar la antigüedad de ese misterioso tatuaje, tendríamos la certeza, de que el verdugo de las víctimas, se toma la molestia de dejarle una marca de autoría. Y no todo el mundo sabe usar una máquina de tatuar… ¡Andy! Sí. ¡Qué extraña coincidencia!», se abrumó. Entonces, hurgó en su bolso, en busca del teléfono del tatuador que entrevistó en el puesto. El móvil

no dio tono: estaba apagado o fuera de cobertura. Y eso, elevó las sospechas sobre la figura del tatuador-motero, cuya inicial, corresponde con la letra parcial hallada en el primer cadáver y a ciencia cierta, en el segundo. Sumida en un temblor efervescente, Verbeke marcó el número de su teniente coronel y le trasladó sus sospechas, con el fin de que tramitase una orden de busca y captura, sobre Andrés Rufián Soler.

34
La pizarra en blanco

Viernes, 28 de mayo de 2021

Los primeros rayos de sol de la mañana, penetraban a través de las lamas de las persianas de la sala de operaciones. Sobre la mesa, se proyectaba un patrón de sombras, que recordaban a la piel de un tigre. El que estaba en pie, no era un cazador de felinos. Se trataba más bien de un domador de informaciones, con la misión de acabar con los actos salvajes que se cometían en la sierra de Madrid. Miranda, se mantenía sentado como anfitrión, en uno de los extremos de la mesa. Su rostro mostraba cansancio, ya que no había salido de su despacho en toda la noche, preocupado por los vericuetos de la investigación que dirigía. Para no ser vencido por el sueño, tenía la manía de hacer tronar los dedos sobre la madera, en una secuencia rítmica que denotaba intriga y suspense —como si fuese una versión descafeinada de Frédéric Chopin—. Al son de su melodía, comenzaron a entrar los agentes implicados en la *Operación Caronte*, ocupando los asientos de manera ordenada. Los primeros en madrugar fueron el sargento Iván Roca y el cabo Lucas Mendoza, que se colocaron lo más lejano al teniente coronel, buscando no tener un contacto directo con su mirada. Segundos más tarde, entró la teniente Verbeke, con la cabeza gacha y la suela de sus botas raspando el parqué. Apenas lanzó un tímido buenos días a su jefe, tan solo se limitó a tomar asiento y esperar a que todo aquello diera comienzo. No estaba de humor, hoy se había levantado con esa sensación de hastío que le mermaba la moral de una manera insidiosa. Al alzar sus ojos azules, pudo comprobar que en la pizarra ya no estaban las fotos, ni los interrogantes, ni los datos de la última reunión; ahora se podía leer en letras mayúsculas el siguiente texto: «BRIGADA DAMÍAN TOCINO / TATUAJES». Una vez cerraron la puerta, dio paso la explicación.

—Equipo, como bien sabéis, el operativo está tomando una dinámica desconcertante, que nos hace replantearnos a qué nos enfrentamos realmente. Por suerte, estamos trabajando en la buena dirección, por desgracia los sucesos transcurren con demasiada rapidez y eso me obliga, a empezar casi de cero —el teniente coronel Miranda avanzó hasta la cristalera con pasos comedidos y poco enérgicos. Luego, cerró las persianas y conectó el portátil al proyector —: por eso he borrado la pizarra. Antes de recopilar la información derivada de vuestras pesquisas, quiero que veáis lo que hemos hallado

en las filmaciones de una cámara de seguridad, de la estación de servicio de Repsol en Buitrago —pulsó una tecla en el portátil y un cañón de luz proyectó el video en la pizarra que se mostraba impoluta —. Llevo toda la noche revisando la grabación y aparte de ver al sargento Roca miccionando como un perro en una esquina —el aludido se avergonzó esbozando una sonrisa tensa. Sabía que Mendoza había dejado adrede ese fragmento con el fin de ridiculizarlo—; las cámaras de la gasolinera, filmaron al brigada Tocino y a la segunda víctima, manteniendo una breve conversación. Esto se produjo unas dos horas antes de la desaparición de Raúl Gallo. Como podéis comprobar, Damián Tocino le hace entrega de una bolsa de deporte y un fajo de billetes. Casualmente, se trata de la bolsa con la cámara y las herramientas que la teniente Verbeke halló en el maletero del Ford Fiesta —Julia abrió la boca sorprendida, Damián le había mentido sobre las herramientas de corte y entonces, se sintió mal por haberlo encubierto—. Debido a los derechos de privacidad, las cámaras de vigilancia del surtidor de combustibles, no registran el sonido, pero queda claro que estos dos mantenían un vínculo —obvió el teniente coronel, poniéndose delante del haz de luz que proyectaba la máquina; haciéndole parecer un espectro ante los suyos—. ¿Un negocio? ¿Deudas? ¿Trapicheos? Para eso estamos… para averiguarlo.

—¡Qué fuerte! —exclamó Roca—. Desde el principio, ese «cara cortada», me dio mala espina. ¡Esto explicaría muchas cosas! Como que encontrará los dos cadáveres con tanta prontitud. Y como ocurre en estos casos, se ha prestado a colaborar para no despertar sospechas.

—¿Hay más grabaciones de video vigilancia en otras partes del pueblo?

—No, mi teniente —confirmó Mendoza—. Ninguno de los siete pueblos de la mancomunidad de El Atazar, tiene sistema de cámaras públicas en las calles. Buitrago tiene alguna dentro del ayuntamiento y en algunos locales; entre ellos, en la ferretería, donde se ve a Damián Tocino comprando, días antes de la desaparición de Raúl, las herramientas halladas en el maletero.

«Me la ha jugado. ¡Qué perro viejo está hecho!», se indignó Verbeke. El Teco añadió al respecto.

—Repasemos el contenido del macuto: una cizalla, una soga, un cúter, cinta americana, unos binoculares, una cámara de video, dos cintas Mini Dv y un cartón de tabaco de contrabando. No sabemos con qué fin, pero seguro que no compró las herramientas al azar. La pregunta es, ¿con qué propósito? ¿Por qué tanto misterio para entregarle la bolsa de deporte?

—Igual Tocino mató a Diego Pinteño. Raúl Gallo lo vio y lo estaba chantajeando —elaboró Roca su conjetura, mientras tocaba con suavidad los hilos de sutura que coronaban su calva, como si leyese

sus pensamientos en braille—. Le hizo un pago y luego, se deshizo de él, cuando se ganó su confianza.

—¿Han visualizado el contenido de esa cinta? —quiso saber Verbeke—. Igual las respuestas están ahí.

—Pues claro —aseguró el teniente coronel—. Lo tengo en el portátil. Pero quería calibrar vuestros razonamientos. ¡Continuamos! Mirad las imágenes y opinad.

En la pantalla, se proyectó la grabación de la cinta que había en la videocámara. Estaba grabada desde unos matorrales. En ella, se veía como en plena noche, acudían coches a una casa. Iban y venían, como si aquello fuese un *take way*. Aparecían dos tipos: uno alto, fuerte y calvo; el otro delgado y sin camiseta. Sus rostros no se veían con nitidez. Tras un fundido a negro, dio comienzo otra filmación, esta vez a plena luz del día —Roca y Verbeke, distinguieron de inmediato, que la casa se trataba de la vivienda del homicida Román Berasategui—. El que se tomó la molestia de filmar, caminaba con sigilo y en silencio, sorteando los troncos de unos árboles. Esta vez se aproximó hasta la casa, de la que parecían haber salido sus dueños. Una vez en la cochera, donde no quedaba ninguno de los dos vehículos, comenzó a filmar el suelo de césped artificial. Un recuadro silueteaba la tela sintética que imitaba a la hierba y en él, se podía apreciar un candado que sobresalía —El teco mandó a callar los murmullos de Verbeke, que maldecía a la figura Tocino con todo tipo de improperios—. La grabación se cortó. Ahora, la cámara enfocaba la calle donde estaba el pub de los Tundidor. En él, se veía a Clara caminado de espaldas y unos pasos más atrás, a Rogelio Cortés, que se escondía tras unos coches estacionados, acechándola con sigilo —El Teco, apagó el proyector—. La pizarra quedó en blanco de nuevo.

—No sé en qué asuntos puede estar metido Damián Tocino. No salgo de mi asombro. En las grabaciones, salen dos víctimas de Caronte, además del chalado del pueblo jugando al escondite tras los pasos de Clara; por no hablar de la casa del ahorcado, donde Román Berasategui habla con un tipo alto, calvo y fuerte, al que le hace entrega de algo. Es un mosaico, al cual no encuentro sentido —expresó Verbeke descolocada—. Pero sigo en mis trece, de que Damián Tocino, no reúne los requisitos para desnudar, arrojar a un río y cercenar un tatuaje. ¡¿En serio lo veis arrancando ese pedazo de carne de una manera tan meticulosa?! Hay algo que no me encaja.

—Es pescador y cazador —argumentó Roca subiendo el tono de su voz—. Puede ser que se maneje bien con herramientas de marroquinería o taxidermia.

—Me niego a creer que sea el ejecutor. Igual me equivoco —se enfrascó Verbeke—. Pero no da el perfil de un asesino en serie: no es minucioso ni ordenado. ¡Recuérdalo Roca! Con las truchas en el sillón

de adelante del coche, jugando al dominó, reanimando al Verónica Pedraza tras el atropello, va regando el suelo de colillas allá por donde pasa… A pesar de las imágenes, no da la talla.

El teniente coronel, la miró con cierta animadversión, estaba esperando el momento preciso, para soltarle a la teniente, la "bomba" que le tenía reservada.

—Igual cambias de opinión, teniente Verbeke —añadió atusándose el bigote—. Mendoza me ha pasado un listado con movimientos bancarios y hay pequeños depósitos realizados por Damián Tocino en la cuenta de Raúl Gallo. Pero ahí, no acaba todo. El alcalde de Buitrago y la guardia civil Verónica Pedraza, también le hacían ingresos por Bizum, a la cuenta de Raúl Gallo. El concepto que ponen en las transferencias de todos ellos, siempre es el mismo: «Limpieza», acompañado de las iniciales de los pagadores. Las cantidades, varían según el mes y se hacen de poco importe, pero muy repetidas, para no levantar sospechas en el sistema bancario. Por lo que hay un intríngulis criminal que escapa a nuestro conocimiento.

Ninguno de los presentes pudo enmascarar su cara de sorpresa. El sargento Roca se alarmó y lanzó la propuesta.

—Pues con las sospechas vertidas, deberíamos poner al juez en conocimiento para que emita una orden de detención inmediata sobre Tocino.

—Ya he dado ese paso, sargento —confirmó Miranda en un tono solvente—. Y por suerte, Damián Tocino fue detenido de madrugada. También ha sido efectuado un registro en su domicilio y en casa de Raúl Gallo. En este último, no hemos hallado nada relevante. En cuanto a la casa del brigada —forzó una pausa esperando una reacción en el rostro de Julia Verbeke; esta se inclinó hacia delante esperando el desenlace—, apenas han incautado unas cinco cajetillas de tabaco de contrabando, dos escopetas de caza sin licencia y quinientos euros en billetes pequeños, bajo una losa. Tenía nuevas cintas de videocasete, del mismo modelo que las halladas en el maletero de Raúl Gallo —Julia se sobrecogió con esta última noticia —. Y, no se han encontrado restos en su casa, de que haya torturado o retenido a nadie en su domicilio.

El teniente coronel separó las lamas de la persiana dejando entrar la luz natural. Luego añadió.

—A las cuatro de esta tarde, interrogaré a Damián Tocino en el edificio. Verbeke, usted me acompañará, ya que lo ha tratado en persona. Así, sabrá si se está comportando con naturalidad o si bien, se pone más nervioso que de costumbre. Necesitamos saber qué relación tenía con Gallo y por qué le hizo entrega de esa bolsa, en cuya cámara salen imágenes de algunos de los desaparecidos que buscamos, además de un niño y otros drogadictos fumando porros.

—¿Y qué hay de Rambo? —cayó en la cuenta Julia Verbeke—. ¿Hay algún criminal registrado?

—No, *miarma* —confirmó el cabo Mendoza, añadiendo su muletilla sevillana—. No aparece ninguna reseña policial con ese alias. Por lo que caben dos posibilidades: o no ha delinquido o se ganó ese mote una vez fuera de prisión.

—Ahora vamos a tomarnos un descanso, tengo que hablar con el juez que lleva el caso y ponerlo al día —les avisó el Teco—. En media hora os quiero arriba de nuevo. Y por favor, buscad a Nekane, para que aporte los datos de su registro en el vehículo del panadero. Necesitamos unificar todas las pistas y sospechas cuanto antes.

35
Descartando indicios

La expendedora de snacks se tragó las monedas, pero no devolvió ningún producto —Roca se lo tomó a mal, a pesar de tratarse de unos míseros euros—. Preso de la tensión que anidaba en su pecho y en un alarde de fortaleza, zarandeó con sus brazos la pesada máquina y comenzaron a llover chocolatinas y latas de refresco, como si se tratara de una piñata de cumpleaños. Una vez se frenó, sintió y produjo vergüenza ajena. Con el fin de suavizar el ambiente, bromeó sobre su vandalismo.

—Yo invito, así que recoged del suelo lo que más os guste.

Entre risas, los agentes se surtieron de aperitivos varios, como si hubiese pasado por allí la cabalgata de reyes. Pero no todos se tiraron de rodillas a luchar por ellas, Verbeke no participó. Es más, se aisló de Mendoza y Roca, y buscó refugio en el baño. Una vez dentro, se detuvo frente al espejo y se contempló —no tenía buen aspecto—. La noche había sido un suceso de pesadillas y comederos de cabeza: el caso de su padre, la verdad sobre las intenciones del Comandante Ruíz, la relación de su hermano con ese tal Rambo, la reconquista de Iván Roca hacia ella. Todo sumado al chasco producido por Damián Tocino tras las grabaciones. Pero frente al espejo, se centró en su ex «¡Qué poco te das a valer, Julia! Iván te dejó por otra, te reventó el alma y ahora, actúas con él como si no hubiese pasado nada. ¡¿Dónde está tu orgullo de mujer?! Quien te quiera, que lo haga de verdad: con tus defectos y virtudes. Aceptando tu carácter cortante, tu físico de curvas, tu manera de ver la vida y que comprenda tus altibajos», se boicoteó, como si la Julia reflejada, la estuviese reprendiendo sobre como tenía que comportarse. Tras ella, apareció Nekane. Al verla ensimismada frente al espejo, no necesitó emplear ninguna palabra para subirle el ánimo; fue suficiente con posar una mano sobre su hombro y ejercer un poco de presión con los dedos. Verbeke sonrió. Le guiñó. Dándole a entender que necesitaba un achuchón, un gesto afectivo, que le hiciese sentir que no está sola. Con el ánimo a medio gas, Verbeke y Nekane, volvieron a la sala de operaciones sin esperar al resto. Allí, se encontraron con un Miranda bastante motivado, que recolocaba las fotos de las víctimas formando una columna, a expensas de sacar alguna conclusión determinante sobre el autor material de las víctimas. Mendoza y Roca, entraron serios, forzándose por no reír, tras lo ocurrido abajo en la sala de descanso. A pies

juntillas, tomaron posiciones, ocupando los mismos asientos que antes, como si fuesen butacas numeradas de cine. El teniente coronel cerró la puerta y dio paso al segundo bloque.

—Respecto al teléfono de Clara Tundior —hizo un inciso—. Os tengo que aclarar, que la geolocalización se está convirtiendo en toda una odisea, ya que, el móvil de Clara, fue un regalo de su chica, que, obsesionada con la privacidad, le regaló un Blackphone.

—Por si no lo sabéis, se trata de un teléfono pensado para no ser *hackeado*, rastreado, ni modificado —apostilló Mendoza aportando su conocimiento.

—Dicho esto, ahora toca centrarse sobre quién puede estar tras los crímenes. ¿Caronte actúa solo o acompañado? ¿Por qué esa filia con los tatuajes? ¿Por qué tiene ese peculiar modus operandi? ¿Qué nombres barajamos? Teniente, comience usted. Hable de los testigos del pub.

Verbeke se puso en pie. Caminó hasta la pizarra, dejando a su paso, una densa estela de perfume —no se había duchado; se levantó tarde y con ganas de volverse a acostar—. Roca, observó el *outfit* de la teniente, con total detenimiento: un cárdigan sedoso con flores estampadas y unos pantalones pitillos de color blanco, que morían en unos botines marrones. Y pensó, que Julia hizo un burdo intento por poner alegría en su exterior, ya que hoy, se intuía claramente, que estaba bastante gris por dentro. Con el semblante compungido, Verbeke empezó a narrar lo vivido ayer, sujetando entre sus dedos, la libreta Moleskine que siempre la acompañaba a todas y cada una de sus misiones.

—Ayer, estuvimos entrevistando a doce testigos en las dependencias de Buitrago. Tras cotejar toda la información y según el atestado recogido en la denuncia por desaparición, tenemos la certeza de que Clara Tundidor abandonó el pub a las 20:00 para cuidar a su abuela, ya que la cuidadora, acaba el turno a esa misma hora. Del local a su domicilio, hay unos cincuenta pasos, por lo que no tuvo que tardar ni cinco minutos en llegar —pausó y pasó un par de hojas de su libreta—. Según los clientes entrevistado, Clara se detuvo en la puerta del pub, a fumarse un último cigarro antes de volver a casa. Lo hizo junto a un hombre, cuya identidad estamos esclareciendo. El dato más relevante, quizás fue el testimonio del hermano del alcalde del pueblo, que acertó con la ropa que vestía Clara en el momento de su desaparición y, que además, afirmó que vio a la desaparecida subiéndose a una Citroën Berlingo —levantó la mirada de la libreta y miró a sus compañeros haciendo un esfuerzo por hablar—. Tras las entrevistas, fui a casa de los Tundidor y allí me recibió su hermana, Valeria. Me comentó que Clara, antes de salir de casa, acostó a su abuela en la cama, se duchó y se puso otra ropa distinta a la del pub;

por eso le hemos dado validez al testimonio de Rogelio Cortés —cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra—. Valeria me aseguró, que su hermana no tiene tatuajes en ninguna parte de su cuerpo y que le extraña que algún hombre la haya amedrentado para meterla en un coche, ya que no solo tiene mal carácter, sino que tampoco se siente atraída por el sexo opuesto —el teniente coronel hizo un gesto para que tomara asiento, pero Julia Verbeke no había terminado todavía—. Teniendo en cuenta que Clara es una mujer de armas tomar, supongo, que la única razón por la que se subió a ese coche sin montar un circo, es porque debía tratarse de alguien conocido; quizá un amigo, un cliente habitual o un familiar. Por ello, le he pedido una relación de nombres de las personas de su entorno, que puedan tener un vehículo de estas características.

Verbeke, arrastró sus botas hasta su silla, dando por finalizada su perorata. El teniente coronel se dio por satisfecho, ya que la teniente y su equipo, había trabajado muy bien. Aun así, buscó el consenso de Roca, no era la primera vez que a Julia se le olvidaban detalles o se los saltaba a antojo.

—Sargento, ¿algo que añadir?

—Los sospechosos. Creo que no hemos señalado a ninguno con claridad —respondió dejando un ojo guiñado—. Basándonos en el testimonio de Rogelio Cortés, el panadero del pueblo tiene bastantes papeletas; el alcalde se mostró algo hermético y poco colaborativo; y Andrés Rufián Soler, el tatuador, es el otro candidato.

El Teco Miranda, se atusó el bigote, como si fuese postizo y quisiera pegarlo a su labio. Luego respondió a la pregunta.

—De eso tenemos que hablar. Pero, ahora, prefiero cerrar filas con el panadero. Nekane, exponga las conclusiones derivadas de la recogida de pruebas en el vehículo del susodicho.

La chica de ascendencia senegalesa, caminó con pasos enérgicos hasta la pizarra y resumió de manera concisa el proceder científico.

—Por suerte, el panadero no había limpiado la tapicería de los asientos. Ni las alfombrillas ni el salpicadero ni los ceniceros, cosa que facilitó la recogida de vestigios. Huellas, colillas cabellos y mocos, eso es lo único que encontramos. Todos ellos pertenecientes a él. Tampoco tenía en la guantera armas, móviles u objetos que pudieran usarse para extorsionar u amenazar. Así que, tras cotejar los datos, hemos llegado a la conclusión de que nadie se montó en el asiento de acompañante. Tampoco en la zona de carga, donde solo hallé harina y restos de pan. Por lo que el panadero, no parece ser el candidato que buscamos.

—Estupendo. De todas maneras, le pondremos un seguimiento en la puerta de su casa, por si tras el registro, empezase a comportarse de manera extraña —dijo Miranda no fiándose del panadero s a pesar de

estar aparentemente limpio. Nekane volvió a su asiento—. Ahora vamos a hablar sobre Andrés Rufián —Verbeke elevó el mentón y abrió los ojos forzando sus párpados para ver mejor a su jefe—. Anoche, la teniente me alertó de las sospechas vertidas sobre la figura del tatuador, pero no me he querido precipitar ante la falta de argumentos —aclaró el Miranda—. ¿Qué le hace sospechar de él? Expóngalo.

—Para empezar, se fue del local a la misma hora que Clara —dijo convencida—. En segundo lugar, regenta la academia de tatuajes, a la cual acude los dos días de la semana en los que desaparecieron Raúl y Clara; en otro orden de cosas, las víctimas aparecen sin sus tatuajes y esto refuerza la teoría del doctor Santana… —el teniente coronel arrugó el ceño y sus ojos se volvieron diminutos—. Olvidé comentárselo, discúlpeme —hizo un molesto inciso—. El forense ha hallado una marca de tinta reciente en la herida de Raúl Gallo: se trata muy posiblemente de una "A". El hecho de encontrar un tatuaje recién hecho, me hace sospechar de una frase que me repitió el tatuador cuando me estaba haciendo el mío, dijo algo así: «las pieles de las personas son lienzos donde mostrar mi arte y me gustaría firmarlos para que supieran de mi mano como autor. Es una pena, que finalmente, sean los gusanos los que destruyan mi obra». Lo que me lleva a la conclusión de que esa es la razón del porqué los extrae.

—Retorcido, cuanto menos —masculló Mendoza desde el lateral.

—¿Por qué el forense no me ha contado eso de la tinta? —preguntó Miranda llevándose la mano a su tez recién afeitada—. ¿Por qué me tengo que enterar a través de usted? No me gustan estos "colegueos", ¿entendido? Somos un equipo.

Verbeke desbloqueó la pantalla de su iPhone y buscó la foto enviada por el forense, en la cual, se podía apreciar la letra tatuada en la pálida piel de Diego Pinteño.

—Supongo, que no lo tenía claro, y me lanzó el órdago a mí, para corroborar su teoría… Pero no cabe duda, que Diego Pinteño, tiene una letra "A" dispuesta en una postura ilógica; Raúl Gallo, trazos de tinta fresca cerca de la herida—amplió la foto con ayuda de sus dedos, mientras el resto de compañeros abandonaba sus sillas para hacer un corro alrededor de la teniente—; se puede interpretar, que es la parte inferior del grafema "A".

—Yo creo que usted ve lo que quiere —divergió el teniente coronel no teniéndolo claro del todo—. Y actúa como una lunática ante un test de Rorschach… ¡Interpreta lo que le parece!

—Casualmente, el tatuador se llama Andrés —insistió Verbeke—. Me temo que está marcando a sus víctimas. Esa es mi despiadada conjetura.

—No lo veo descabellado —le apoyó Roca con la boca pequeña.

Nekane asintió con la cabeza convencida y Mendoza se encogió de hombros, entendiendo su veredicto como precipitado.

—No puedo darle un jeroglífico al juez, Verbeke —desestimó el teniente coronel su prueba—. Suponiendo que sea una letra "A", no tiene porqué ser una inicial, igual puede ser la terminación de una palabra, de un nombre o simplemente, líneas convergentes de un tatuaje reciente.

—Aún hay una posibilidad de saber si la tinta de la foto, es reciente… —insistió Verbeke. El teniente coronel resopló, pues se imaginaba por donde iban los tiros—. Sería interesante conocer de primera mano, la antigüedad de la tinta que existe en esa "A" tatuada, en el cadáver de Diego Pinteño.

—¿Qué insinúa Verbeke? —temió el teniente coronel la respuesta que estaba a punto de darle.

—¿Cabría la posibilidad de exhumar los restos de Diego Pinteño para saber si el asesino deja una marca en sus víctimas reivindicando su autoría? Saldríamos de dudas.

Roca tragó saliva y se le fue por el conducto respiratorio. Comenzó a toser, atorado con sus propias babas; Mendoza, comenzó a sacudir su espalda a tortazos.

—¡¿Estamos locos?! —desestimó el teniente coronel la petición y se giró hacia la pizarra apuntando los datos—. Sus argumentos sobre el tatuador me han convencido, por retorcida que parezca la conjetura, por lo que lo citaré para tomarle declaración —giró todo el cuerpo y señaló al cabo—. Mendoza, usted indagará en el historial de la academia de tatuajes de Buitrago, para verificar si allí se tatuó Diego Pinteño y Raúl Gallo. En cuanto acabemos con esta reunión, hablaré de nuevo con el juez.

—De acuerdo —aceptó Mendoza el encargo.

—Verbeke, haga uso de su máster, ¿qué motivos cree que llevaron a Caronte a cometer estos crímenes?

La teniente resopló y dio su punto de vista.

—Cuesta entender que una sola persona, sea capaz de hacer desaparecer a otras tres; pero el modus operandi, tiene una seña de identidad clara, una firma —dispuesta a convencer a sus compañeros, se puso en pie y acaparó las miradas junto a la pizarra—. Cada asesino tiene una manera distinta de perpetrar sus crímenes, normalmente es una proyección de traumas o vivencias del pasado. En este caso, los desnuda, les arranca un tatuaje, les deja una marca y luego los arroja al río. ¿Y por qué lo hace? Posiblemente, tuvo una infancia de abusos y por ello despoja a sus víctimas. Les arranca los tatuajes porque piensa que son parte suya. Debido a un ego retroalimentado por su propio narcicismo, deja una huella para que no haya duda de su autoría; y, por último, si los arroja al río, quizás es porque tenga

alguna fobia relacionada con el agua.

—Mucho trabajo para un solo psicópata. No olvidemos que tiene a más rehenes. No dejemos de lado, la chaqueta y la falda roja… además de la ropa de gimnasio —se anotó el tanto Roca pasando la mano por su calva. Sus dedos notaron la fricción que provocaban los puyones que emergían de su cuero cabelludo; pensó en lo rápido que pasaba el tiempo.

Julia Verbeke, sabía que tenía razón, que los sociópatas disfrutan y miden mucho sus acciones antes de complacer sus designios; no actúan fruto de la improvisación. Tienen un control sobrenatural para llevar a cabo sus asesinatos. Tras pensar en esto, dio una explicación.

—En una asociación de psicópatas: uno hace de señuelo y los embauca, mientras que el otro los ejecuta. No sería la primera vez que dos perturbados se unen para cometer atrocidades. ¡Dios los cría y ellos se juntan!

—Las mentes perturbadas buscan sus semejantes —añadió Roca mirando a Julia—. Y por afinidad, acaban juntos compartiendo intereses.

—Eso podría explicar la rapidez con la que desaparecen las víctimas —apostilló el cabo Mendoza.

El teniente coronel se quedó dubitativo. La lógica le conducía a pensar, que el modo de proceder era bastante laborioso como para ser llevado por una sola persona. Y la idea no fue de su agrado. Dar con dos sujetos, siempre resultaba más difícil, que echarle el guante a uno solo. Tras suspirar, mostró su preocupación.

—La idea, de que sea una sola persona quién esté tras las desapariciones, resulta complicado de creer. Pero no olvidemos, que Caronte o los Carontes, usan sustancias para adormecer a sus víctimas. Eso le da ventaja. No necesita usar la fuerza bruta para reducirlos. Basta con echar una pastilla en una bebida o inocularle el contenido mediante un pinchazo y no habrá resistencia alguna por parte del que va a ser secuestrado.

Hubo un pequeño silencio. Una pausa para asimilar las conjeturas.

—¿Se ha buscado en la base de datos la desaparición de alguna mujer que vistiera esa ropa elegante y de color rojo? —quiso saber Verbeke deseando conocer la identidad de la futurible víctima.

—En la mancomunidad de El Atazar y Buitrago, no hay denuncia coincidente —respondió Mendoza.

—Igual hay que ampliar el radio de búsqueda —sugirió Verbeke—. No solo en el la Sierra Norte, sino un poco más lejos: Guadalajara, Madrid capital…

El Teco intervino. Le pareció buena idea.

—Cabo, se te acumula el trabajo —le trasfirió la tarea—. Respecto a la camiseta de color naranja, nos dice que se trata de alguien que

asistía a un gimnasio y que por ende, era corpulento por la talla —hizo un inciso—. Cabo Mendoza ¿has hallado algún lugar que coincida con el nombre que aparece en el logotipo?

—Sí —aseguró el aludido—. King Sport Gym, tiene en Google más de cincuenta coincidencias. En Madrid hay seis recintos deportivos con ese nombre. La mayoría son centros de crossfit; pero casualmente en la sierra, hay uno, justo en el pueblo de La Cabrera.

—Estupendo. Roca irá al gimnasio, para comprobar si alguien reconoce a algún usuario, que vista esa ropa —aclaró el teniente coronel—. Nekane, esté operativa por lo que pueda pasar y Verbeke, le espero a las cuatro en la sala de declaraciones para interrogar al brigada —Miranda se tomó un par de segundos para evaluar el aspecto de la teniente: algún que otro pelo lánguido escapaba del coletero y se frotaba los ojos continuamente—. Y le ruego de una cabezada, que la tarde se presenta larga y la quiero fresca como una lechuga, ¿entendido?

Verbeke asintió con la cabeza.

Pero no era su mejor día.

Su cabeza era una jaula de grillos.

36
El hombre de San Ginés

«Las penas con pan, son menos», deliberó Verbeke, desestimando volver a casa a dormir unas horas; sabía que la soledad, haría que sus pensamientos negativos, tomaran fuerza en su cabeza. Entonces, se decantó por una buena ración de churros y chocolate en su local favorito, en vez de dormir una siesta en su incómodo sofá Chester. A las doce de la mañana, aparcó su Mini en el garaje robotizado de la Plaza del Callao. Subió la escalera y salió a la superficie. De inmediato, sintió el cálido baño del sol desde la coronilla hasta los pies. Y es que, el cielo se mostraba de un celeste impoluto, sin nubes, como si el verano hubiese llegado repentinamente; y solo había que echar un vistazo a los viandantes de la concurrida avenida, pues la mayoría vestían mangas cortas y faldas por encima de las rodillas. En ese destape prematuro, los tatuajes florecían por todas partes, como setas sobre las pieles de sus propietarios. En consecuencia, Verbeke se quitó el cárdigan y lo plisó sobre uno de sus brazos, luciendo en su esplendor, la rosa de los vientos.

Cuando llegó al pasaje que conectaba la Gran Vía con la churrería, se encontró con un tipo que la miraba fijamente, como si quisiera decirle algo. Vestía una camisa de lunares, con cuellos que parecían de los setenta. Su panza, amenazaba con hacer saltar los botones por los aires, de un momento a otro. Aquel hombre le causó mala impresión. Evitándolo, aceleró el paso hasta penetrar en la chocolatería. Verbeke, tenía la mosca tras la oreja. Le sonaba y a la vez, le daba mala espina. Entonces, hizo un ejercicio de memoria. «¿Quién eres? ¿Quizá un delincuente que arresté en alguna ocasión? ¿Un narco al que esposé tras decomisarle un alijo de hachís?». Preocupada, avanzó hasta el fondo de la churrería, donde el olor a aceite se hacía más intenso. Con cierta desconfianza, se giró y miró la entrada. El tipo no accedió al local tras sus pasos; todo quedó en un susto. Verbeke se relajó y se disipó. A sus sentidos llegaron los tintineos de las cucharillas, el jaleo de las jubiladas criticando a sus nueras y el trasiego de los guiris que se fotografiaban junto a las fotos de las celebridades que habían pasado por San Ginés. En un extremo de la barra, vio a Pepa sumida en el caos de siempre, preparando chocolates a la velocidad de la luz. Orellana, el joven camarero, la vio entrar. Le saludó con la mano y le hizo una mueca bastante extraña, como si quisiera contarle algo importante. Verbeke le respondió con una seña, indicándole que se iba

a sentar abajo y dándole a entender, que le pusiera lo de siempre.

La teniente bajó. El sótano, estaba más concurrido que de costumbre. A penas quedaban tres mesas donde sentarse, por lo que no pudo ocupar la que tanto le gustaba. Tomó asiento en una que estaba junto a la escalera. Colocó el cárdigan en el respaldar de su silla y sacó los pies de los botines, a expensas de que le trajeran el desayuno. Al fondo, el televisor estaba encendido. Tenía el volumen muy bajo y nadie le prestaba atención —la mayoría miraba el móvil o charlaba apasionadamente con sus interlocutores—. En la pantalla, retrasmitían el rescate de un coche y en el titular ponía: «Se hallan los restos óseos de un varón, en una laguna de Jerez de la Frontera». Aquella televisión, parecía que estuviera esperando a que Verbeke tomara asiento, para sobrecogerla con la emisión. En un alarde de valentía, mandó a callar a los presentes. Nadie le obedeció. La miraron con desdén y siguieron con lo suyo. El informativo dio paso a los deportes y ella, quedó llena de interrogantes.

«Ahí está mi padre… el detective tenía razón. ¡Qué fuerte!», dio por sentado al ver las imágenes. Sin quitar la vista de la televisión, metió la mano en su bolso y a tientas, sacó el móvil. Buscó en la agenda el número del detective privado y lo llamó. La espera se le hizo eterna, como si los tonos no tuvieran fuerza para llegar hasta el otro dispositivo. Al otro lado, descolgaron.

«¿Enrique?».

«Perdona, Verbeke. Intuyo que estás viendo las noticias. Son de ayer. No te he llamado porque vi algo me dejó muy descolocado».

«Te pago para que me tengas al tanto, Enrique. Se trata de los restos de mi padre. Llevo años esperando esta llamada».

«Lo siento. Estaba moviendo los hilos y no he querido llamarla antes hasta tener bien clara, una pieza que me ha descolocado... Le aviso, esto ha dado un giro importante».

«¿Un giro? Vaya… al grano… Enrique Aragón —le pidió con la voz temblorosa—. ¿Podré enterrar a mi padre?».

«Me temo que no, teniente Verbeke».

«¿No había nadie en el interior del coche? En el titular ponía bien claro que han hallado el cadáver de un varón».

«Y así es... con un tiro en la cabeza; pero no era su padre. Las pruebas de ADN y la estatura, no corresponden a Nicolás Verbeke».

«¡¿Eso es así?! ¿Seguro?».

«Como lo oye. Los Matasiete son tres hermanos: el mayor, de nombre David, se lo cargaron de un tiro en la cabeza; Abraham, el mediano, lleva años cumpliendo condena en el talego; y el pequeño, Aarón, fue dado por huido de la justicia, en los tiempos en que tu padre desapareció. Ahora todo encaja… este último, era el que tenía encomendado liquidar a El Belga y murió aquella misma noche —

tragó saliva—. Por lo que se abre un nuevo interrogante».

«¿Qué tuvo que ocurrir aquella noche, para que su verdugo acabase con un tiro en la cabeza?».

«Algo inesperado, a lo que pienso darle respuesta. Hablaré con Gazpachito, a ver si hay algo que no me ha contado. La mantendré informada».

Verbeke no atendió a responder y colgó. Su mirada se anegó de lágrimas y un nudo se plantó en su estómago. Su pecho vibraba en una sinfonía tocada por músicos borrachos, que desafinaban notas estridentes. «El destino se ríe de mí una vez más», se defraudó. Orellana, apareció en el sótano y le plantó los churros y el café sobre la mesa. No hacía falta ser un camarero con dotes en el campo de la psicología, para percibir que su golosa clienta, estaba sumida en un estado de tristeza repentina. Dispuesto a animarla, le lanzó un halago, buscando una sonrisa en su rostro compungido. Pero no sucedió, parecía catatónica. Orellana, retiró una silla y se sentó. Tenía que contarle algo que le parecía importante.

—¿Un mal día?

—Uno de tantos —respondió con indolencia.

—Alegra esa cara bonita. ¿Por qué amargarse con medio día quedando otro medio por delante?

—Porque la otra mitad se antoja complicada, Orellana.

—Todos tenemos días así. No te sientas rara por algo tan normal ¿ok? —la calmó pellizcando la mejilla de Verbeke con ternura—. Bueno, tengo que seguir llevando churros y chocolates a las mesas, como Pepa me vea aquí sentado, me mata —luego bajó el tono—. Si me he sentado, es porque quiero advertirte.

Verbeke salió de su ensoñación y contempló a aquel guaperas con voz misteriosa. Y se recreó en su boca de dientes alineados y perfectos; mientas oía lo que le tenía que decir.

—¿De verdad te importo? Hace mucho que nadie se preocupa por mí.

—No mires, pero justo a tu derecha, se ha sentado un tipo que lleva días rondando la chocolatería. Nunca entra a desayunar, pero esta vez ha bajado al sótano… Juraría que te está siguiendo. Me ha pedido una copa de Pedro Ximénez; al servírsela, he podido comprobar que te estaba sacando fotos con su teléfono. Te lo digo, porque como me comentaste que eras espía, no fuera a ser que te hayan descubierto.

Verbeke no pudo aguantar la risa por el comentario del camarero. Orellana se sintió estúpido. Y tras comprobar que su clienta no le dio importancia, se marchó hacia la planta de arriba. Una vez se le pasó la carcajada, sintió curiosidad por saber de quién se trataba. Pensó en Iván Roca, ya que no sería la primera vez que se hacia el encontradizo

con el fin de charlar con ella, pero supuso que, de ser así, se hubiera dirigido directamente a ella y por supuesto, no le habría sacado ninguna foto de extranjis. Verbeke actuó con naturalidad, mordió un churro y siguió bicheando su móvil. Activó la cámara frontal y se apoyó contra el respaldar. Se hizo un selfi y descubrió en su pantalla de quién se trataba. El sujeto, no era otro que el hombre de la camisa de lunares, que la miró con ira fuera de la churrería. Verbeke hizo una foto y bajó el dispositivo. El tipo, se dio cuenta de la maniobra de la mujer. Apuró la copa y se marchó con cierta torpeza, escalera arriba.

«¿Qué querrá de mí este chalado?», se preocupó Verbeke. Dispuesta a averiguar su identidad, amplió la fotografía y contempló sus rasgos: barba descuidada, ojos negros con bolsas, un tatuaje sobre las mejillas... Se trataba de tres lágrimas huecas que imitaban un falso llanto. Verbeke supo de inmediato, el significado de aquel tatuaje, ya que era habitual de los sicarios que cumplían condena en el trullo. Se lo hacían a modo de recordatorio, para dar a entender que tenía deudas pendientes que debía saldar: venganza. Y según su diseño de tres gotas, estaba dispuesto a ajusticiar a tres personas. Verbeke sintió un pequeño escalofrío en la planta de los pies. Guareció sus dedos en las botas y miró la sala por si había vuelto. Tras comprobar que no estaba, devoró el desayuno, mientas enviaba la foto del sujeto a un compañero. Cuando acabó, se colocó el cárdigan y se puso en pie. Al alzar la vista, lanzó una última mirada a la televisión: allí salió un anuncio sobre un vivero. Y se acordó que tenía que visitar a su madre. Verbeke subió las escaleras, le dedicó unas palabras a Pepa y le pagó la cuenta a Orellana. Cuando fue a devolverle el cambio, el camarero le sostuvo la muñeca y con sus dos ojos verdes, la miró como si fuese a robarle un beso.

—¿Todo bien? El tipo se ha marchado sin pagar. He supuesto que lo has increpado.

—A los chiflados es mejor no darle carrete —le restó importancia sin perder de vista la boca del camarero—. Si por un casual te pregunta por mí, dile que no suelo venir por aquí.

—Entendido. Y vuelve pronto… guapa. El próximo día te quiero con una sonrisa de oreja a oreja. Si no, no te atiendo —bromeó marcando sus hoyuelos.

Verbeke sonrió y se marchó algo más animada que cuando entró. Bajo el sol del mediodía, puso rumbo a la floristería de su hermano. De nuevo: el tráfico, el murmullo incesante y políglota de los viandantes, los patines eléctricos por los carriles bici, las prisas. La misma puesta en escena de todos los días. A pocos pasos de «Púas, espinas y pétalos», notó una mano áspera, que se posó sobre su hombro y frenó su avance. Como le enseñaron en su día en la academia, se giró y le torció la muñeca, pensando que era el que la

estaba siguiendo, en busca de rellenar de tinta, una de sus lágrimas de venganza. Pero no. No se trataba del tipo de antes. En esta ocasión era un tipo en chanclas, con un abrigo desmadejado de paño y una boca con menos dientes que un patito de goma.

—¡Ahh! Me haces daño… ¡Ahh! Te estaba buscando —le aclaró el yonki, pensando en que aquella mujer le iba a partir la mano de un momento a otro—. Hacía mucho que no venía por aquí, ¿no?

—No me vuelvas a tocar así, por la espalda ¿te enteras? —le advirtió sobreponiéndose del susto.

—¡Tampoco es para ponerse así! —se molestó el toxicómano mirándose la muñeca estrangulada—. Es que llevaba un rato llamándote, pero no te detenías. ¿Sigue en pie nuestro trato?

—¿Qué trato? —le respondió con una pregunta—. ¡Hum! Ya caigo. ¿Has averiguado algo sobre el hombre de la floristería?

—Depende —estiró la mano enfundada en unos grimosos guantes negros donde los dedos que asomaban por ellos estaban más oscuros que la lana—. Usted, me prometió cincuenta euros, pero he estado pensado y creo que se trata de un embuste… ¡No existen billetes de cincuenta!

Verbeke hizo un esfuerzo mayúsculo por no gesticular su cara de asombro. Y aprovechó la incultura monetaria del toxicómano.

—Te daré dos billetes de veinte.

Los ojos del yonki brillaron como los de un animal enfermo y aceptó el trato, asintiendo con la cabeza repetidas veces. Luego, soltó la información que atesoraba, de manera resumida.

—La floristería es una tapadera. Vende sustancias ilegales y medicinas para los…

—¿Sustancias y medicinas? —le cortó.

—Sí —aseguró mirando de un lado para otro, como si lo estuvieran vigilando—. He estado ensayando la frase, porque no me salía la palabra en inglés. A ver si la pronuncio bien: «chemsex». Eso, el tipo de la floristería se dedica a los «chemsex», pero no solo concreta las citas, sino que les vende todos los preparativos para que estén toda la noche dándole que te pego: burundanga, miau miau, relajantes musculares, dilatadores, ketamina… todos lo que quieras, él te lo trae; incluso medicinas sin recetas.

—¿Cómo sabes tú todo eso? ¿No te lo estarás inventando?

—Palabrita del niño Jesús —se besó los dedos en los que previamente había conformado una cruz—. Me lo ha confesado una pareja de maricas. Salieron con una bolsita y los abordé en un callejón. Cuando le enseñé la navaja, cantaron como jilgueros y me explicaron lo que era un «chemsex» —mostró la escombrera dental mientras sonreía—. ¿Ahora qué? Me merezco esos dos billetes ¿a qué sí?

Verbeke se sobrecogió por el método usado por el toxicómano, pero el resultado, había sido impecable. Dispuesta a saldar su deuda, hurgó en la cartera para entregarle los dos billetes de veinte que le prometió. El yonki los agarró y desapareció entre la multitud. Verbeke, cerró los puños y se dirigió hasta la floristería de su hermano, preocupada por la información recibida.

Tenía que hablar muy seriamente con Gabriel.

37
Más púas que pétalos

Julia Verbeke se plantó frente al escaparate y contó hasta tres. No quería entrar en plan borde, reprochándole a su hermano lo que acababa de descubrir. Tras serenarse, accedió a la floristería. De espaldas, se encontró a Gabriel cerrando con llave el misterioso armario que ocupaba el fondo de la tienda. Al ver a su hermana allí, se llevó un pequeño sobresalto.

—¡Julia! —guardó el llavero en su bolsillo—. ¿Qué te trae por aquí?

Verbeke se mantuvo en silencio, conteniendo la respiración y con la mirada firme. Debatía cómo debía actuar: siendo cortés o soltándole de sopetón todo lo que había averiguado sobre sus trapicheos. No tardó en tomar la decisión.

—Venía a por unas flores para mamá.

—Pues has venido al mejor sitio —caminó hasta el mostrador para coger el plástico decorativo con el que iba a envolver a las rosas—. ¿Y tú que tal estás?

—Regular —osciló la palma de una de sus manos—. Acabo de recibir una llamada sobre papá, que me tiene bastante desconcertada. Al parecer no estaba sumergido en el coche tras haber sido ajusticiado por el clan. Su lugar lo ocupaba el hombre que tenía la misión de ejecutarlo. ¡No me imagino que pudo pasar aquella noche en Jerez! Se trata de una nueva incógnita.

Gabriel, caminó de manera enérgica hasta unos cubos, haciendo como que no había oído a Julia. No entendía por qué su hermana, que lo tenía todo en esta vida, basaba su felicidad en enterrar los huesos de un padre. De un cubo azul, sacó varias rosas que sujetó por el tallo. Emitió un pequeño gemido al pincharse la yema de sus dedos y se chupó la gota de sangre. Su tono se cargó de ira.

—Ya estás otra vez con eso… ¡Deja de castigarte, Julia! Bastante tienes con los criminales esos del Mar de Madrid.

—¿Cómo sabes dónde estoy investigando? ¿Criminales? ¿Cómo sabes que son más de uno?

—No escuchas la radio, ¿verdad? —cortó los tallos con una tijera de poda y le dio la espalda—. A todas horas están hablando de los asesinatos y desapariciones de la Sierra. Y tu nombre, sale a la palestra cada dos por tres —narró—. Que si la teniente Verbeke, que si la UCO, que se están haciendo batidas nocturnas, que si hay dos personas en

paradero desconocido, la ropa que flota en el río Lozoya…

—No paran de dar eco a las malas noticias —respondió con ironía —. Y encima, dan mi nombre a bombo y platillo. Los periodistas no saben en los peligros que nos meten, dando tantas pistas sobre nuestras identidades.

Gabriel siguió decorando el ramo, evitando alargar la charla. Julia se aproximó al escaparate, madurando la manera en que iba a reprender a su hermano. Y observó a la gente que pasaba por delante del cristal, como si la floristería fuese un vagón de tren. De repente, uno de los peatones se detuvo frente al escaparate. Apoyó la frente contra él. Y miró hacia el interior de la tienda. Julia averiguó al instante, que se trataba del hombre de San Ginés. Vio de cerca el tatuaje de lágrimas sobre las mejillas. Dispuesta a recriminarle su actitud, dio varios pasos y se asomó a la calle; el sujeto ya había echado a correr. «¿Quién te envía a por mí?», se preguntó Julia Verbeke notando como aquella situación, se estaba pasando de castaño a castaño oscuro. El florista se chupó el dedo ruidosamente; el chasquido provocó que Julia se girase. «Llegó el momento de soltar la bomba», se convenció.

—Ya he terminado. Ha quedado bonito, ¿eh? ¡Mira que belleza de ramo! A mamá, le va a encantar.

—Muy elegante, Gabriel —lo agarró de malas maneras—. ¿Cuánto te debo?

—Esta vez, dame solo veinte euros… suponiendo que no quieras algo más —quiso saber Gabriel, dándose cuenta de que su hermana había cambiado el tono y el gesto de su cara—. ¿Te ocurre algo?

Julia pasó la tarjeta Visa sobre el datafono. Una vez aceptó el pago, caminó hacia la salida. Cerró la puerta sin salir y le dio la vuelta al letrero de “cerrado”. Luego, avanzó bajo la mirada atónita de su hermano, hacia el armario con candado.

—Sí, ahora que lo preguntas, quiero algo más… —soltó el ramo de flores sobre el mostrador y miró hacia atrás para asegurarse de que estaban solos—. Que me pongas: *miau miau*, ketamina, cocaína, popped o lo que cojones tengas por aquí.

Los ojos azules de Gabriel se encendieron como si estuviesen avivados por una llama. Y dio dos pasos atrás temiendo que lo reprendiera por el cuello de la camisa. Ceñudo, miró al suelo y luego a Julia, que avanzaba lentamente hacía él, como una tanqueta de guerra.

—No sé de qué me hablas, Julia.

—¿Has vuelto a los negocios turbios? ¿Dónde guardas el material? —husmeó elevando la cabeza hacia el fondo de la tienda—. Reconozco esa mirada asustadiza y el tic nervioso con el que frotas las manos compulsivamente con el pantalón… No puedes engañarme.

—No tengo nada que ocultar —negó pegando la espalda a la puerta de hierro del armario—. ¿Por qué sigues pensando mal de mí? ¿No tengo derecho a cambiar?

—La gente como tú no cambia. Vuelven a sus antiguos hábitos —dio un manotazo contra la puerta blindada, a la altura de los oídos de su hermano, haciendo temblar los candados—. ¿Qué escondes aquí?

—Abono aromatizado para los cactus y otros fertilizantes.

—¡¿Bajo dos candados?! —usó Julia un tono incrédulo, elevando una ceja—. ¿Te crees que me chupo el dedo? Te recuerdo que además de tu hermana, soy guardia civil. ¡Dame las putas llaves!

Gabriel no se opuso. Metió sus dedos en el bolsillo del pantalón y se las entregó a Julia. Ésta apartó a su hermano. Desbloqueó los candados y tiró de la puerta hacia atrás El interior estaba forrado de metal, como si fuese una caja fuerte de dos metros de altura por uno de ancho y tres de profundo. Tenía una repisa estrecha y fina, realizada del mismo material, que sostenía: una báscula de precisión, una cuchara metálica y varias bolsitas con cierre hermético. En la parte inferior se apilaban cinco sacos de fertilizantes para cactus; el que estaba más arriba, tenía un corte en horizontal, como si fuese un abdomen diseccionado por un cúter; de él escapaban unos cristalitos amarillentos. Julia supuso que era algún tipo de éxtasis y metió el dedo índice bajo la atenta mirada de su hermano, con intención de probarla; Gabriel le sujetó la muñeca, deteniendo su temeridad.

—No lo hagas. ¡No te metas esa mierda por el cuerpo! —la protegió.

—¿De qué va todo esto, Gabriel? Sabía que organizabas orgías desenfrenadas y otras movidas sexuales en pisos de Chueca… y lo deje pasar; pero que también suministres la droga para que la velada sea duradera, no, eso no puedo permitirlo —agitó su cara sumida en descontento—. Cuando salga por esa puerta, te voy a denunciar, y entrarás de nuevo en prisión, a ver si te desintoxicas de una puta vez.

Gabriel cerró con recelo los candados del armario. Con la cabeza gacha, comenzó a disculparse.

—No estoy enganchado: esto es solo un *business*. Cálmate, te juro que estoy limpio —usó un tono lastimero, pero sin verter ni una sola lágrima—. Tengo que pagar el sello de autónomo, el alquiler, la luz… ya sabes, una ayudita.

—Te creía reformado, pero supongo que tras toda esta movida, está tu novio. Seguro que se trata de otro toxicómano que te está llevando por el mal camino de nuevo. Se está aprovechando de tu poca personalidad. Te está utilizando. Y al final, se lavará las manos y te dejará en la estacada. Entonces, te darás cuenta de lo panoli que has sido.

—Qué tus relaciones no hayan funcionado, no significa que las

mías estén destinadas al fracaso. No conoces a Joaquín. No lo juzgues —salió en su defensa—. ¡Escúchame! Te seré sincero. Eso que hay en los sacos, y no te miento, es fertilizante. En la calle se le conoce como: comida para cactus, *miau miau* o mefedrina. Es un alucinógeno que te da vigor sexual, euforia, sociabilidad y durabilidad para una sesión de sexo intenso. El gramo cuesta doce euros, por lo que imagínate el valor que tiene todo el saco —buscó compasión con su relato—. Gracias a la floristería, tengo la excusa perfecta para venderlo como abono. Yo organizaba los encuentros grupales, es cierto, pero otros se llevaban la tajada grande, que era la droga de los participantes. Entonces, sucumbí. Eso es todo. Me he dejado llevar por el dinero fácil.

—¿No puedes trabajar de manera honrada? Cómo la mayoría de las personas.

—No todos tenemos un sueldo digno ni las cosas nos van tan bien. Nadie me quiere contratar: mi pasado delictivo es una mochila. Y mi única opción, es darme una segunda oportunidad. Joaquín me la dio. Me ayudó a montar esta floristería. Así, que no prejuzgues la buena fe de las personas.

Julia Verbeke, lo miró con desprecio. Resopló y negó con la cabeza. Sus argumentos, no le valían. Ya lo había visto en muchas ocasiones llorando y maldiciendo su suerte; y ahora, no estaba dispuesta a ceder a sus chantajes emocionales.

—La avaricia te corrompe, hermano. Ahora entiendo porque te habían atracado tantas veces en poco tiempo… Vienen buscando tu droga.

—Por eso blindé el almacenaje. Excepto la última vez, que no se llevaron nada. Solo partieron el escaparate y escribieron la amenaza: «Muerte a los Verbeke» —recordó la pintada en voz alta.

—Pues ándate con ojo. Hay un tipo merodeándome, que no me gusta un pelo. Igual es quién ha dejado la pintada en tu floristería.

—Ya he vivido muchos años con miedo. ¡No me van a asustar unas pintadas! Además, no le vendo a yonkis, digamos que más bien cumplo con una labor social —maquilló su negocio—. No solo vendo el miau miau; también hago de intermediario con otras sustancias —admitió aproximándose al mostrador, donde tenía las tres figuras de los simios y, acarició una a una, explicando por qué estaban allí—. Los clientes vienen, señalan a uno de los tres monos: el sordo, el mudo o el ciego; y con disimulo, reciben en otro punto la sustancia. No solo es droga vigorizante, también me proveen de medicamentos que necesitan receta y que no están subvencionados por la sanidad pública. Te hablo de relajantes musculares, sedantes, hormonas y retrovirales.

Julia hizo un gran esfuerzo por no mostrar debilidad, pero le dolía

todo lo que estaba descubriendo de su hermano. Su voz se volvía más áspera conforme avanzaba la conversación, como si las palabras fuesen trozos de cristal al pasar por su garganta.

—Por más que maquilles tu labor, no dejas de ser un camello —se indignó—. ¿Tiene algo que ver en todo esto, ese tal Rambo? ¿Por qué tenía tu tarjeta?

Gabriel agachó la cabeza. Encogió los hombros y respondió con la boca pequeña.

—Veo que sabes más de lo que cuentas… —no pudo evitar sentirse sorprendido—. Rambo, es cliente mío. Soy yo el que le surte y éste, lo distribuye por sus pueblos. Digamos, que forma parte del negocio.

Julia se enervó y tomó a su hermano de los cuellos de la camisa; mientras lo zarandeaba, su pecho le devolvía bofetadas de perfume caro.

—¡¿Entonces lo conocías?! ¡No me dijiste nada cuando te pregunté! ¡Ya te vale! Hay gente muriendo ahí afuera y ese tipo, está en todas las quinielas como sospechoso. Háblame de él. ¿Quién cojones es? ¿Cómo es? ¿Qué distribuye?

—Ese tipo es muy peligroso Julia, no puedo decirte más. Sí se entera de que te he dicho algo y vas a por él, no dudará en matarme —le advirtió.

Julia le soltó para mostrarle el pulso firme de sus manos.

—¡Buuuh! Mírame, estoy temblando —ironizó—. Responde ¿qué sabes de él? Hace un minuto había un tipo espiando a través del escaparate con muy mala pinta. Descríbeme a ese camello.

Con la voz atropellada, soltó todos los detalles.

—Es alto, musculoso, está lleno de tatuajes; pero tiene uno que le cruza la frente, creo que es un alambre de espinos. No es de Madrid, es de un pueblo, pero no sé de cuál. No busca participar en las *chemsex*, sino que me compra relajantes musculares, sedantes, miau miau y burundanga. Eso es lo que sé…

Su hermana descartó, que el hombre obeso que se sentó muy cerca de ella en la churrería y que vestía camisa de lunares, se tratara del mismo. Sin poder contener su furia, le recriminó partiendo las figuras de los monos, una a una.

—Eso es… un arsenal… para violadores, Gabriel. ¿No te queda decencia?

—La perdí hace mucho, Julia —comenzó a soltar lágrimas de culpa —. La vida me ha convertido en lo que soy.

—¿Sabes el nombre de pila de ese tal Rambo? —le preguntó con el rostro en ascuas. Su hermano negó con la cabeza—. Está bien. Te aviso: deja esta mierda y ponte a vender algo que sea legal y, que te deje más margen de beneficio que las flores. Te doy una semana. Si no, la próxima vez que venga, vendré con una orden para detenerte.

Julia pisó los trozos de barro de las figuritas, tomó el ramo del mostrador y se pertrechó tras las flores. Abrió la puerta y se mezcló entre los viandantes. A contracorriente, puso rumbo a casa de su madre. Mientras tanto, Gabriel se acercó al cristal del escaparate, y contempló la calle como un pez de feria deseando escapar del minúsculo acuario que lo asfixiaba.

38
La verdad siempre duele

Verbeke bajó del coche. Se arremangó el cárdigan y tomó el ramo de flores del sillón delantero. Con anhelo, contempló el barrio que la vio crecer. Un cóctel de emociones se agitó en su pecho; las vistas le trajeron añoranza. Allí, se había forjado como persona. Unas secuencias de instantáneas se sucedieron en su mente con escenas del pasado y, momentos vividos a todo color. Cada rincón que miraba, le devolvía un trocito de su niñez: juegos, risas, besos, desengaños. Y por un instante, fantaseó con posibilidad de ser niña de nuevo y poder revivir la vida de nuevo. Una segunda oportunidad, para disfrutarlo todo con más intensidad. Donde pasaría más tiempo junto a su padre. Donde ayudaría a su hermano mostrándole su apoyo incondicional; pero la vida es una, y nadie tiene el privilegio de reiniciar el tiempo, solo queda enderezar los años que nos quedan y buscar la felicidad en medida de lo posible.

De entre todas las personas que se encontró en el barrio, no vio ningún rostro conocido, por lo que supuso, que sus vecinas de toda la vida, ya se habían mudado de Vallecas. Pisos patera, prostitución y menudeo de drogas, convertían aquel lugar con identidad propia, en un agujero negro donde confluía la delincuencia. Y entre las pocas personas de bien que quedaban por allí, una era su madre. Se resistía a abandonar el piso, como si fuese un bastión para vencer a esa apisonadora llamada tiempo, que iba borrando todos los recuerdos, como si jamás hubiesen dado lugar. Verbeke, no entendía como su madre prefería vivir de los retales que le dejó la fractura familiar, en vez, de cambiar de aires y rehacer su vida. Una vez llegó al portal, se arremangó, metió las llaves en la cerradura y entró sin llamar al interfono; quería causar sorpresa. Subió hasta el primer piso usando las escaleras. Como escudo al enojo de su madre, se pertrechó tras el ramo de rosas blancas. Pulsó el timbre y aguardó mordiéndose el labio. La mirilla de la puerta se ennegreció; luego se aclaró. A continuación, resonó el pestillo y alguien abrió la puerta. No era su madre, sino una mujer de unos treinta años con el pelo negro corto y gafas con armazón de metal.

—¿Le puedo ayudar?

—¿Quién es usted? —se extrañó Julia al ver a una desconocida en la casa de su madre. Preocupada, alzó la mirada por encima de su hombro. Al fondo, vio que toda la decoración seguía intacta. Los

cuadros, los muebles, el reloj de pared. «No me he equivocado de piso», se dijo saliendo de dudas—. Aquí vive mi madre: Luisa. Y yo soy su hija.

—¡Ah! Soy Tamara, la auxiliar de geriatría que la cuida. —La mujer vestía una bata blanca con el logo del ayuntamiento de Madrid en el pecho. Sus cejas se curvaron como dos arcos de seguridad y sus ojos titilaron como alarmas; no se fiaba de aquella rubia de ojos azules y tatuaje en la muñeca—. Lo siento, pero Luisa no espera visita.

—¡Tamara! ¿Quién es? —se oyó una voz bronca que venía del interior de la vivienda.

—Una mujer que dice ser su hija —le respondió sin desocupar el marco de entrada.

—¡Pues no la dejes escapar! —bromeó la voz desde el salón—. Llevo mucho sin verla.

La cuidadora se sorprendió. Se giró y caminó hacia el fondo del salón. Verbeke cerró la puerta. Maldijo la actitud de Tamara y se adentró en el que un día fue su hogar. A su olfato vinieron todos esos olores de antaño: friegasuelos de pino, colonia fresca de ducha, café molido… a éstos, se incorporó uno nuevo, el olor a anciana. Al fondo, sentada sobre un sillón de terciopelo, estaba su madre. Vestía de manera elegante, a pesar de no estar esperando a nadie. Tenía el pelo recién tintado. En sus dedos, que comenzaban a arrugarse por la vejez, lucía varios anillos de oro; en su cuello, un collar de perlas majóricas. No lo hacía por estética, sino por temor, a que su hijo Gabriel le hurtase las joyas para venderlas a cambio de droga. A ambos lados de Luisa, se sostenían unas muletas apoyadas contra la pared. Verbeke sonrió y se aproximó hasta su madre, con el ramo entre sus manos, como si fuese a hacerle una ofrenda floral.

—¡Mamá! ¿Cómo te encuentras?

Su madre estiró las manos para agarrar el ramo, y de paso, evitar el abrazo. Sentía resquemor por la actitud descastada de su hija, ya que venía de higo a breva, a hacerle visitas.

—Me partí la cadera, pero ya estoy mejor. Con ayuda de las muletas y de Tamara, voy retomando la movilidad en las piernas.

La asistenta sonrió con condescendencia, mientras contemplaba el encuentro en silencio. Verbeke sintió remordimiento. Cedió al sentimentalismo de su madre.

—¿Por qué no me contaste nada?

—No me gusta llamar la atención, ya sabes —mostró su orgullo—. Además, siempre andas muy liada y no quería importunarte. Tu trabajo es más importante… que yo.

—No pienses así —se conmovió Verbeke sentándose en el brazo del sillón. Con dulzura agarró su mano—. Nos tenemos la una a la otra, aunque no venga a visitarte. Lo sabes ¿verdad?

La mujer se mantuvo seria. Su hija se inclinó y le sembró las mejillas de besos. Fruto de las lágrimas de ambas, floreció una bonita sonrisa, en el rostro apagado de Luisa.

—¡Mi niña! —respondió abrazándola—. Te he echado de menos.

—¿Nos podría dejar a solas, Tamara? —le rogó a la cuidadora que contemplaba la tierna imagen con el semblante neutro; como si aquello no fuese digno de ablandar su corazón.

—Mi turno acaba en media hora, si queréis, lo doy por finalizado. Me vendría hasta bien, ya que todavía, me quedan dos casas más.

—Sí. Puedes marcharte. Hasta mañana —se despidió.

Tamara recogió su bolso de la habitación, y sin quitarse la bata blanca con el logo del ayuntamiento, salió del piso rumbo a otro domicilio. Madre e hija, quedaron en total intimidad.

—El ramo es precioso, Julia —lo contempló secando sus lágrimas —. Tiene el inconfundible sello de tu hermano.

—Sí, Gabriel tiene mano para las flores… entre otras cosas —dijo con retintín—. Por cierto ¿la cuidadora tiene titulación? ¿O te han enviado a una enchufada del ayuntamiento que viene a pasar el día?

—Ésta, sí que está preparada —le aseguró—. Antes venía una mujer muy maja, que cobraba en negro, incluso me ayudaba a hacer las camas; pero no era formal. Por suerte, el novio de Gabriel, movió los hilos y me consiguió una asistenta con titulación. Tamara, viene de mañana y me ayuda a asearme y a pasear. Son muy jóvenes, no se les puede pedir más. Se convierten en una grata compañía, cuando una se pasa tanto tiempo sola.

—Lo siento, mamá. Te he tenido muy desatendida.

—Una aprende a valerse por sí misma —aspiró con la nariz—. Quién me preocupa es tu hermano… Algún día no estaré para apoyarlo.

—Me gustaría decirte que yo cuidaré de él cuando tú no estés —se sinceró—. Pero no pienso cargarme esa responsabilidad a las espaldas. Gabriel tiene que aprender a sacarse las castañas del fuego.

—Tú hermano está muy cambiado. Le va estupendamente en la floristería —se llenó de orgullo; mientras su hija hacía un mohín—. Da gusto verlo entusiasmado y con ese aspecto tan cuidado… Parece que esta vez ha enderezado su rumbo.

Verbeke miró su tatuaje y fijó su mirada en el Norte que marcaba la rosa de los vientos.

—¿Te ha presentado a su novio?

—Sí. Lo trae cuando me visita. Joaquín es muy atento conmigo — miró a su hija a los ojos—. Además, no me hace falta esperar a que me dé cita el médico de cabecera, él me trae las medicinas sin necesidad de receta.

—¿Y eso? —sintió intriga.

—¿No lo sabes? Joaquín trabaja en la farmacia del Hospital de la Paz. Tu hermano, esta vez, ha sabido elegir. ¡Ya le tocaba una alegría al pobre mío!

—Ya… —Verbeke pensó en la conveniencia de contarle o no, el lío en el que estaba metido su hermano mellizo, pero hacía mucho que no veía ese brillo en la mirada de su madre cuando se refería a Gabriel. Finalmente, no lo delató. No quiso chafarle ese estado de júbilo. «Eso explica muchas cosas. Ya sé quién suministra los medicamentos sin receta a mi hermano», caviló Julia.

Luisa torció la mano de su hija y observó el tatuaje que allí lucía. No dijo nada al respecto.

—Me contó tu hermano que estuviste en Andalucía.

—Sí, estuve por Sevilla y Cádiz. No pude eludir la visita a Jerez, ya sabes, sigo removiendo el asunto de papá.

—¿Está muy cambiada la ciudad?

—Apenas lo recordaba, mamá, pero me sorprendió. Jerez es muy señorial y tiene una luz especial que alegra el ánimo a cualquiera —Luisa cerró los parpados, apretó sus dedos repletos de anillos sobre la mano de Julia y viajó entre sus recuerdos mientras la oía—. Fui en busca de respuestas y encontré nuevas pistas…. También, nuevas incertidumbres —su madre abrió los ojos y respiró hondo—. Papá escribió palabras en el zulo donde estuvo secuestrado. Eso me llevó a contratar a un detective privado. Al parecer, papá debería estar en un coche sumergido en una laguna; pero en su lugar, había el cadáver de uno de los tres hermanos del clan Matasiete —Julia hizo un silencio y tragó saliva—. Ha sido una sensación agridulce. Por primera vez, pensé que podría cerrar esta herida, pero no. Se me resiste el asunto —imprimió un tono nostálgico—. Pero no pienso tirar la toalla, mamá. No descansaré hasta dar sepultura a sus huesos.

—¿Por qué lo sigues buscando, Julia? Yo creo que todos hemos pasado página menos tú —acabó con su entusiasmo en medio segundo.

Verbeke arrugó el ceño y soltó la mano de su madre.

—A veces, tengo la sensación de que soy la única que realmente lo aprecia. Como si ya no significara nada para nadie más. Pero no me importa… Yo no voy a olvidarlo. Lo quiero. Lo tengo presente. ¡Es mi padre y siempre lo será!

Su madre colocó el ramo sobre el asiento de una silla. Con torpeza, se giró sin levantar el culo del sillón. Con el semblante serio, le confesó un secreto que llevaba años guardándole.

—Igual es el momento de que te cuente algo, mi niña.

Verbeke, trastabilló sobre brazo del sillón. Su pecho se aceleró a expensas de lo que podía oír de boca de su madre.

—¿El momento? Tengo cerca de cuarenta años, mamá.

—Nunca es tarde para saber la verdad —intentó calmarla—. Yo amaba a tu padre con locura. Me dio dos mellizos preciosos y los cuatro formábamos una familia muy bonita —sus ojos melosos se plantaron en mitad de la nada y sus mejillas se arrugaron con un toque de añoranza—. Pero fue pisar Jerez de la Frontera y su actitud cambió. Yo siempre había sospechado sobre infidelidades de tu padre, y no era de extrañar, las mujeres se le acercaban como si fuesen moscas alrededor de un pastel. No solo tenía sueldo fijo y vestía de uniforme, sino que, además, tenía un buen porte: cabello rubio, enormes ojos azules y ese carácter diligente que encandilaba a cualquiera que entraba entre sus pretensiones —contempló el semblante de su hija que era todo un poema—. En definitiva, tu padre era un mujeriego. Pero yo me convencía de que todo era falso, porque no quería ser una divorciada con dos hijos a los que cuidar. Entonces, tomé el duro camino de aceptar sus infidelidades por vosotros, creyendo que así no nos abandonaría. Cuando nos envió a Madrid de vuelta, ya lo di por perdido antes de tiempo, sabía que era una sutil manera de cortar la relación. Cuando me dieron la noticia de que estaba muerto en un zulo, que de destrozada… aunque por otro lado, sentí que el destino se había vengado por todo el daño que me había hecho. ¡Todavía no me perdono haber pensado así! Lo siento.

—Pero… papá nos envió aquí para protegernos del clan… de los Matasiete. ¡Nos puso a salvo! —balbuceó con cierto nerviosismo, ya que su versión de lo sucedido no era más que un montaje—. Al menos eso quise creer…

—Eso nos contó, pero la amenaza de muerte iba contra él, no contra nosotros. Nos alejó con esa falsa excusa, ya que lo único que quería era emprender una nueva vida con otra persona —respondió apretando con fuerza la mano de su hija; Julia notó el candor del oro que anillaba sus dedos—. Ese año que estuvimos lejos de él, lo usó para vivir con una viuda gitana, que conoció en una peña flamenca. Nos cambió por una desconocida, mi niña. Lo dejó todo por amor.

Verbeke se levantó del brazo del sillón, como si éste hubiese detonado. Caminó por el salón y contempló los marcos de las fotos, donde aparecían los cuatro, felices y sonrientes. Con los puños cerrados, encaró sus pasos hacia su madre y una vez frente a ella, se clavó de rodillas como si fuese un tótem al que venerar.

—¡Dime al menos, que papá me quería! Me siento engañada, mamá. ¡Mira! —le mostró su muñeca. Sus ojos de carnero degollado no encontraban consuelo—. Este tatuaje me lo he hecho por él. Es una rosa de los vientos señalando a la N, y no es la inicial del Norte, sino la inicial de Nicolás —se cubrió la cara con los dedos—. ¿Mi hermano conocía todo esto desde el principio?

Luisa, asintió con la cabeza antes de responder.

—Sí. Gabriel y yo hemos compartido mucho tiempo juntos y nos hemos contados muchas cosas a modo de desahogo. Nos servía de consuelo, airear nuestras penas.

—Eso es cruel. ¡Yo también merecía saberlo! —miró con decepción a su madre—. ¿Por qué me habéis dejado al margen?

—Porque no queríamos arrebatarte esa ilusión, ese recuerdo idílico que tienes de él.

Verbeke se cubrió los ojos y comenzó a sollozar. El dolor que sentía hacia su padre, hubiese sido de menor magnitud, si hubiese conocido desde primera hora, que no quería saber nada de ella.

—He vivido entonces una mentira… Soy una estúpida.

—No. Lo que sientes por tu padre es real y te aseguro, que a sus mellizos los amaba con locura. Pero eligió a esa gitana de ojos verdes, que tenía un hijo de otro hombre.

En sus rodillas se manifestó un temblor cuyo epicentro partía de su pecho. De sus labios convulsos, escapó una segunda pregunta. Tenía que despertar de la distopía a la que se sometió y quería conocer toda la verdad de boca de su madre.

—¿Y cómo te enteraste de todo? ¿Te los contó el comandante Ruiz? —preguntó con miedo a la respuesta—. Porque según me contó Gabriel, él tampoco era trigo limpio.

Verbeke cambió su postura de predicadora de misa, por la de un reo en el patio de prisión —se colocó en cuclillas— para oír bien claro, lo que su madre le iba a contar. Necesitaba saber si todo lo que ella apreciaba y por lo que tanto había padecido, no era más que un espejismo. Luisa comenzó a relatar la versión que conocía.

—El comandante Ruiz, quiso cumplir la promesa que le hizo a tu padre antes de que fuese secuestrado por el clan. Ruiz, haciendo de buen samaritano, se apiadó de nosotras e incluso pidió un traslado a Madrid para velar por nuestra seguridad. Pero se acercó tanto a nuestro seno familiar, que se encariñó de mí. Se le metió en la cabeza reformar las ruinas que quedaron en este hogar. Sabía que tu padre no me merecía, que Nicolás había dejado escapar una bonita familia; y se empecinó tanto en ganar mi corazón, que me confirmó que tu padre mantenía una relación extramatrimonial y en paralelo, con otra mujer. Ahí lo destapé todo. Fue muy duro. Pero es la cruda realidad.

—¡Menuda decepción! —se aupó para abrazar a su madre—. Tanto por papá, como por Ruiz. Me cuesta asumir que el Comandante se acercó a mí por pura conveniencia.

La madre despegó a la hija, la miró a los ojos y le apretó los brazos.

—Hija mía. Lo mejor que te ha pasado en todo esto, ha sido el comandante Ruiz. ¡Mírate! ¡Has llegado muy lejos! Lo tomaste como un referente paternal y ocupó esa carencia emocional que tenías. Ruiz te dio las alas, que una madre deprimida, no podía concederte. Te

guio, te ayudó a crecer y no permitió que descarrilaras en la vida. ¡Mira como acabó tú hermano! Así que, gracias a Ruiz y a tu esfuerzo, hoy eres una persona digna de admirar.

—¿Tú crees? —respondió Verbeke con la voz temblorosa.

—No tengo dudas, Julia.

La hija, abrazó a la madre con fuerzas. En el fondo, era la única persona que no le había fallado. Y por primera vez, sintió que lo tenía todo: con tenerla a ella, le sobraba el mundo. En ese mismo instante, sonó el reloj de pared mediante un «¡dong!», que hizo temblar el cristal de las vitrinas del salón. Eran las dos de la tarde.

—La hora de comer —comentó la hija a la madre—. ¿Te apetece que comamos juntas? Tengo una hora y media antes de volver a curro.

Su madre sonrió. No esperaba que un gesto tan sencillo como compartir mesa con su hija, le resultara algo tan especial.

—Me haría mucha ilusión. Pero apenas tengo en la nevera nada que ofrecerte.

—Vamos a pedir comida, en el bar que íbamos todos los domingos, cuando yo era pequeña. El de Ciudad Lineal ¿cómo se llamaba?

Luisa hizo memoria. Con anhelo, le sopló la respuesta

—Docamar… pero, estará cerrado. Hoy en día, no duran mucho los negocios de toda la vida.

—¡Qué va! Siguen al pie del cañón. Y según la foto, sigue igualito por fuera. ¡Cuántos recuerdos! —confirmó bicheando la app de *Uber Eats*—. Y para nuestra suerte, sirven comida a domicilio. Este reencuentro tenemos que celebrarlo, mamá. ¡Homenaje al canto! Una de patatas bravas, otra de boquerones en vinagre, una de calamares y una ración de patatas alioli. En quince minutos lo traen.

—¡Las penas con pan, son menos! —exclamó su madre buscando las muletas con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Voy a por un vinito!

Verbeke, aprovechó para leer un par de Whatsapp de Roca. El sargento, ya estaba dentro del gimnasio, listo para realizar sus pesquisas.

39
El gimnasio

Pueblo de La Cabrera.
King Sport Gym.
13:55 horas.

Apoyado en una pared, Iván Roca observaba detenidamente a la profesora de spinning. Se trataba de una chica muy atractiva. Dominicana. Treinta y un años. Moño alto y cuerpo esbelto. Tenía un par de operaciones estéticas. Por desgracia para él, la conocía y, lo último que se imaginaba, era encontrarla en un pueblo tan remoto de la sierra de Madrid. La monitora animaba a sus alumnos, incitándoles a un último sprint sobre la elíptica. La música dejó de sonar. La sesión terminó. El espeso olor a axila se agitó por la sala como una nube tóxica. Carola, esperó a que todos salieran de la sala. Una vez a solas, miró con expectación a Roca, que vestía polo azul, vaqueros tejanos y unas zapatillas Vans. Caminó hacia él, con una toalla de tocador y una botella de agua minúscula. A un metro de su cara, dio un largo sorbo.

—Iván ¡qué sorpresa! ¿Cómo has dado conmigo? —le preguntó secándose la pátina de sudor de la frente—. ¿No te quedó bastante claro que lo nuestro había terminado?

—¡Tú tan egocéntrica como siempre! —le recriminó atusándose la barba—. No vengo a buscar una segunda oportunidad —le aseguró elevando la cabeza para que Carola no viese la cicatriz que afeaba su calva—. No tenía idea de que mi ex, trabajara aquí. De saberlo, hubiese enviado a un compañero en mi lugar.

—Pues entonces vete.

—No puedo. Se trata de un asunto muy importante —Roca infló su pecho y se preocupó por tensar los bíceps para marcar músculo—. Estoy haciendo unas investigaciones en la zona y me gustaría que me ayudaras. Será algo sencillo.

—Prueba a ver. Igual no estoy a la altura de tu inteligencia.

Roca miró de un lado a otro y pudo comprobar como los usuarios del gimnasio pasaban por la vera del sargento, con el fin de empaparse de la conversación. Viendo el panorama, le pidió intimidad a su ex.

—¿Podemos pasar a un lugar más privado?

Carola, asintió con la cabeza y expresó una mueca de disgusto.

—Vuelvo en cinco minutos, me voy a dar una duchita rápida.

—Por supuesto —aceptó.

Mientras tanto, Roca realizó una inspección visual, comprobando

cómo eran los usuarios que frecuentaban el gimnasio. La mayoría eran jóvenes y cincuentonas, con la firme idea de rebajar peso; todas menos una muy delgada, con una melena corta y el pelo húmedo. Roca siguió husmeando la sala. Buscó cámaras de vigilancia, pero no había. Solo altavoces, que escupían música motivadora. Cuando se aproximó de nuevo hacia la puerta de salida, pensó en un detalle que se le había pasado por alto. «¡Los tornos de entrada! Todos los socios deben disponer de carnet para acceder, en el cual aparecen sus datos personales; aunque igual, alguno se lo salta de un brinco como he hecho yo».

Carola volvió de la ducha con la melena humedecida. Se había perfumado y vestía unos shorts deportivos que no escaparon a la mirada expeditiva del sargento.

—Ya estoy lista. Pasemos a mi despacho.

Roca siguió sus pasos. Detrás del mostrador había una habitación. Dentro, estanterías con trofeos y fotos. También había libros sobre nutrición, masajes, culturismo; además de una saga de novelas: «Las Sombras de Grey».

«Menuda mierda de literatura comercial», juzgó su gusto. La monitora, del King Sport Gym, le invitó a sentarse en un sillón. Iván Roca tomó asiento y sacó su teléfono del pantalón. Lo sujetó entre las manos y buscó la foto de la camiseta naranja, en la galería de imágenes. Carola se sentó en el brazo del sillón y clavó la mirada en la pantalla.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en este gimnasio?

—Dos meses. Necesitaba un cambio de aires. La mayoría me contrata como entrenadora personal porque estoy buena, y no por mis cualidades —opinó sin reservar su vanidad—. Como monitora puedo mantener las distancias, ya que el trato no es personal. Al no compartir tiempo con mi alumno, evito confusiones, tanto para mí como para él.

—Haces bien —le restó importancia y señaló a pantalla del dispositivo—. Ahora vayamos a lo realmente interesante… Estoy buscando al dueño de esta camiseta. ¿Te viene a la cabeza alguien?

—Cualquiera —no dudó—. Las camisetas se regalan con la matrícula. Todos los socios tienen una…, aunque es cierto que no todos se la ponen.

—Es una XL. Haz memoria. Conoces a todos los clientes del gimnasio ¿no?

Carola puso un tono picante y volcó su respuesta muy cerca del oído del sargento.

—A unos más que otros. ¿Qué quieres saber concretamente?

—Pues… —notó un escalofrío en los vellos de la nuca—. Si recuerdas a alguien que lleve faltando unos días y que vista pantalón

corto negro y camiseta XL de propaganda.

—Muchos pagan la matrícula y con las primeras agujetas ya no vuelven —se alejó del sargento.

—En la entrada hay un torno de acceso. ¿El ordenador registra quién entra y sale? ¿Sabes de algún usuario fortachón que lleve tiempo sin venir?

La chica caminó hacia una mesa. Al llegar no se sentó, sino que se encorvó para escribir sobre el teclado del portátil. El sargento miró su escote y alzó una ceja. «Madre mía», se entusiasmó. No podía evitarlo. Se sentía violento. Su instinto animal florecía, como si ella portase una especie de vigorizante en su perfume, que lo excitaba ipso facto. Con el fin de distraer su mente, volvió a los estantes con libros. Allí, se disipó del demonio hecho carne, y se centró en el lomo de las novelas eróticas que vio al entrar. De las tripas del libro, sobresalían post it de colores, que marcaban páginas con frases importantes o escenas ardientes. Y supo, que por atractiva que fuese Carola, no congeniaría con su manera de entender el mundo; y menos aún, con su nueva filosofía de hípster. «No caigas imbécil. Eres tú el que la ve como una diosa. No te dejes llevar por el deseo. Realmente, ella no quiere nada. Es su manera de ser. Solo eso», se convenció.

—¡Mmm! —emitió un sonido muy genuino. Roca salió de sus ensoñaciones—. Hay dos socios asiduos, que llevan tres días sin venir y… te aseguro que eso es muy raro. Se trata de Rambo y Tomate — Roca alzó una ceja y giró todo el cuerpo hacia la monitora; ella, lo miró a los ojos—. ¡Ups! Perdona. Olvidaba que esto es La Cabrera. Aquí todo el mundo tiene mote y si te soy sincera, todavía no me he hecho con sus nombres de pila.

—¡¿Has dicho Rambo?!

—Sí. El mote le viene porque tiene un tatuaje en la frente, como si fuese un pañuelo a lo Silvestre Stallone; además, dobla la boca cuando levanta las mancuernas. A Tomate, le viene el apodo porque se pone rojo cuando levanta las pesas —le explicó con una sonrisa bobalicona —. Parece que va a explotar de un momento a otro.

—Me interesa especialmente los datos de Rambo: DNI, domicilio, nombres y apellidos… —exigió el sargento avanzando hacia la monitora en un tono serio—. Igual a ninguno de los dos le corresponde la dichosa camiseta. Pero es algo por dónde empezar.

Carola tecleó haciendo sonar sus uñas de gel con cada pulsación. Tras mover el ratón con sutileza, le dio los nombres.

—Rambo se llama Juan Fenoy. Tomate, Víctor Caramé. Cualquiera de los dos se pone la camiseta de esa talla asiduamente. Pero los pantalones cortos, sí, eso es cosa de Rambo; ahora lo tengo claro.

—¿Podemos preguntar a alguien que lo conozca?

—Son cerca de las dos. No creo que haya nadie levantando hierros.

Iván Roca la siguió, embelesado con el vaivén de sus caderas. Cuando se dio cuenta, ya estaban en la zona de musculación. Como era de esperar, estaba desierta. Solo había un tipo gritando mientras levantaba dos pesas enormes. Se aproximaron a él y esperaron a incomodarlo, para que desistiese de su esfuerzo.

—Por suerte, aquí tienes a Ragnar; él los conoce.

—¡Tengo monos en la cara! —se quejó el hombre de barbas largas y tatuajes que ascendían del cuello hasta las mejillas. Roca vio un vikingo y entendió el porqué de su apodo—. ¿Por qué me miráis así?

—Tranquilito, Ragnar —le calmó Carola—. Solo queremos hacerte una pregunta sobre tus dos colegas.

El sargento acortó distancias y se apoyó en la máquina. El vikingo de Patones endureció las facciones de su ruda tez y se puso en pie. Vio la cicatriz de Roca y cerró los puños, dispuesto a soltar un puñetazo si fuera preciso. Pensó que aquel tipo, era uno de los que había participado en la pelea que tuvo el sábado. No era la primera vez que venían a buscarlo al gimnasio. Iván Roca, viendo su actitud, saco la placa a pasear. «Medicina Santa», comprobó Roca, viendo como al vikingo rural, se le bajaban los humos de un plumazo; como si Odín lo hubiese mandando a callar.

—¿Podemos hablar?

—¿Me han denunciado? —masculló Ragnar—. Ese imbécil intentó romperme un vaso de tubo en la cabeza y me defendí… Todavía está escupiendo dientes.

—Relájate —le cortó—. Soy el sargento Roca. No me importa una mierda tus historias callejeras. Solo quiero saber desde cuando llevas sin ver a Rambo y a Tomate.

—Con Tomate, estuve “wasapeando” esta misma mañana. Se ha ido del pueblo —explicó usando un tono creíble—. Ha encontrado curro en Toledo.

Roca descartó su desaparición. Si habían hablado, es que presuntamente no estaba en peligro.

—Y sobre Rambo ¿desde cuándo no sabes de él?

—¿Se ha metido en algún lío? Yo no tengo nada que ver con sus movidas.

—Eso lo decidiré yo... Depende lo que me respondas —advirtió cruzando los brazos sobre el pecho, para mostrar sus hipertrofiados bíceps—. No te andes con jueguecitos ¿vale?

—Hace como tres o cuatro días que no lo veo. Normalmente viene de mañana a entrenar.

—¿Recuerdas si te dijo que se iba a ver con alguien en esta semana?

—Vamos a ver. Rambo es mi colega, pero no me cuenta todo lo que hace o va a hacer. No somos novios —explicó con sorna.

—No me vaciles. Te estás ganando un viajecito con esposas, al Helheim de Buitrago de Lozoya. ¿Qué fue lo último que hablasteis?

—Eh… Hablamos de muchas gilipolleces, no sé. Cosas de gimnasio: proteínas, anabolizantes, chicas, tablas de ejercicios. También hablamos de palomos… ¡Compartimos esa afición!

—¿Algún plan? ¿Un viaje? ¿Una cita?

—Quería hacer una barbacoa con algunos del gimnasio. Pero su chica es muy aguafiestas.

—¿Puedes llamarlo? —le propuso.

—Sí, por supuesto.

Ragnar, sacó de una funda deportiva el teléfono. Desbloqueó la pantalla y envió una nota de audio al Whatsapp, preguntándole si podían hablar.

—¿Qué haces? —se indignó el sargento—. ¡Llámalo coño! No tenemos todo el día.

—Según Whatsapp, su última conexión fue hace tres días —aludió y llamó a regañadientes de la petición del agente—. No. Apagado o fuera de cobertura.

—Llama otra vez —insistió Roca.

—Nada.

—Y de su novia ¿tienes el móvil?

—No. Esa canija no me traga. Tuvimos una movida hace tiempo y no me habla desde entonces. Estaba en la clase de spinning. Creo que ha salido de la ducha.

Carola quedó pensativa. No imaginaba a esa chica delgada intimando con Rambo.

—Gracias por la ayuda, Ragnar —dijo el guardia civil.

El vikingo, siguió con sus pesas, pensando en su amigo y en el lío en que podría estar metido.

—Bueno. Pues necesito la dirección de Rambo y Tomate.

Carola, entró en el despacho. Roca prefirió quedarse fuera, dentro podrían saltar chispas. «Sí Rambo estuviera desaparecido, no creo que su novia estuviera paseando alegremente por el pueblo. Estaría buscándolo en las batidas; y poniendo la correspondiente denuncia. Y nadie, ha ido al puesto reclamando la camiseta naranja», elucubró. Al poco, la joven salió con la hoja de un cuaderno entre sus dedos, donde apuntó tres direcciones a bolígrafo; en la última, un diablito riendo.

—Juan Fenoy Rambo, vive en el Atazar… y Víctor Caramé, vive aquí en el pueblo. La de abajo del todo, es la dirección de mi casa… por si quieres tomar un café —le desveló el contenido por si no entendía la caligrafía.

—Muchas gracias, Carola —se hizo el sueco y le agradeció la colaboración prestada—. Y espero que te vaya bien en esta nueva aventura como monitora de spinning.

—Me ha gustado volverte a ver, Iván.

—Ya… —reculó haciéndose el duro—. No puedo decir lo mismo.

Roca salió del gimnasio, embotado con tanto apodo pueblerino y acento dulzón por parte de su ex. «Sí Julia supiera que he tenido a tiro a Carola y no he sucumbido, se daría cuenta de lo mucho que me importa. Lo tengo claro. Julia Verbeke, eres la mujer de mi vida», se sinceró mientras caminaba por la acera. Al llegar a un paso de peatones, revisó la nota. Tenía dos direcciones a las que acudir y priorizó por la más cercana. No anduvo más de doscientos metros hasta que se plantó frente a la puerta de Tomate. Las persianas estaban echadas y en la puerta había un ciclomotor marca Vespino, cubierto por un plástico negro. Sin perder más tiempo, pulsó el timbre y aguardó a que abrieran. Nadie salió de ella. Su estómago rugió. Tenía hambre. Entonces buscó algún lugar donde comer, para hacer tiempo. Carola salió de las instalaciones y se quedó mirándolo con una sonrisa desde la distancia. Roca bajó la mirada y telefoneó al teniente coronel, para contarle lo averiguado.

La visitas a casa de Rambo, la dejó para más tarde.

40
Interrogatorio a Damián Tocino

Viernes, 28 de mayo de 2022.

En la primera planta del edificio de la UCO, el teniente coronel Miranda, se mantenía enrocado en una esquina del pasillo. Con el móvil pegado a la oreja, respondía usando monosílabos a todo lo que su interlocutor le decía. No tardó mucho en absorber toda la información. Guardó el móvil, retomó una postura más cómoda y miró la esfera de su reloj —las agujas marcaban las cuatro menos diez—. Cuando elevó la cabeza, se topó con Julia Verbeke, que venía más sonriente que de costumbre.

—¡Teniente! No la esperaba tan puntual. ¿Ha ocurrido algo que deba contarme?

«Los pilares donde cimenté mi vida, se han ido a la mierda. Pero todavía tengo a mi madre para resurgir de las cenizas», le respondió mentalmente.

—Nada que deba saber.

—Ya veo —condescendió, percibiendo notas de vino tinto en su aliento—. Bueno, yo si tengo algo que contarle, teniente. El sargento Roca me acaba de telefonear. Presuntamente, hay dos socios asiduos al gimnasio, que llevan varios días sin asistir. Fruto de sus pesquisas, ha conseguido dar con sus domicilios. También se ha tomado las molestias de requerir a Mediavilla, para que compruebe si alguien ha interpuesto una denuncia por desaparición de alguno de ellos —Verbeke notó admiración en el Teco respecto al proceder de Roca, y por un instante, sintió celos—. Cuando acabemos con el interrogatorio, únase a su compañero. Tome un taxi hasta la sierra —dudó de sus capacidades al volante tras la ingesta de alcohol—. Forman un buen binomio. Confió en vosotros dos.

—¡Qué lata, estar yendo de la capital a la sierra, todos los días! Nos hubiera convenido montar la base de operaciones allí. Me estoy pensando lo de empadronarme en Buitrago.

El Teco Miranda, la aniquiló con la mirada; no le gustaba el inoportuno humor de Verbeke, en un asunto tan serio. En silencio, se encaminaron hacia la sala de interrogatorios. Custodiando el acceso, había una pareja de guardias civiles; al escuchar los pasos de los interrogadores, dejaron de charlar. Tras los pertinentes saludos, abrieron la puerta. Dentro, la sala era un despacho sobrio, con una ventana que daba al exterior y sin cristales opacos como en las

películas. Alrededor de una mesa de madera, muy rayada por el roce de los grilletes de algunos detenidos, había cuatro sillas. En pie, estaba la abogada de Tocino. Se trataba de una mujer con pelo corto. Sus facciones recordaban a las de una cabrita —quizás por la forma afilada de su barbilla y los tirabuzones que caían enroscadas sobre su frente como dos cuernos—. Vestía un traje de chaqueta con falda de color gris y su pecho, lo cubría con una carpeta negra que abrazaba a modo de escudo. Una de las sillas, la ocupaba Damián Tocino. Mantenía los codos clavados sobre la mesa y no hacía más que resoplar exhalando la angustia que le reconcomía por dentro. En cuanto a su aspecto, se había peinado a conciencia, remarcando con elegancia su flequillo. Se había afeitado la barba, sacando todas sus cicatrices a la luz. Verbeke no sintió repulsa por el rostro desfigurado del brigada, en cambio, el Teco, sintió un escalofrío en el estómago. «He visto cadáveres en el Depósito de Medicina Legal con mejor cara que este tipo», pensó.

—Buenas tardes. Soy el teniente coronel Miranda y ella es la teniente Verbeke. Somos de la policía judicial y estamos llevando a cabo la investigación sobre los crímenes del mar de Madrid, dentro del marco de la «Operación Caronte». Y solo queremos que Damián Tocino, colabore con la justicia.

—Ya sé quiénes son y mi cliente, no tiene por qué responder a ninguna pregunta.

Verbeke intervino, repudiaba aquel discurso manido de los abogados en los que le recordaba sus clientes, el derecho a no responder; y quiso boicotear ese pensamiento de impunidad sobre el acusado, buscando una grieta en su conciencia.

—Damián Tocino, como todo civil, está en su derecho a no contestar; pero no se trata de leyes, sino de solidaridad. Cuando los guardias civiles —procuró empatizar— juramos un cargo ante la bandera de España, nos ponemos al servicio de la ciudadanía. Y usted es un hombre, que esto, lo tiene muy claro ¿verdad?

Tocino aspiró moco por la nariz de una manera exagerada, como si hubiese estado llorando todo este tiempo. Rozó los grilletes por encima de la mesa y elevó su mirada con decisión.

—Soy un hombre íntegro y no tengo miedo a decir la verdad. Todo esto es un mal entendido.

—No sé si está encubriendo a alguien o si es usted el artífice de estas muertes —le aclaró el Teco, tensando su bigote como si fuese un cordón de acero—. Lo único que sabemos a ciencia cierta, es que no está diciendo la verdad, sobre todo lo que sabe.

El brigada miró a Verbeke. Y le preguntó, despertando la curiosidad del Teco.

—Has sido tú, ¿verdad? —la aludida se encogió de hombros y negó

con la cabeza—. Le has contado lo de las cintas de mi casa.

—¿De qué va esto? —miró con halos de sospecha a la teniente—. No intente desviar la atención, brigada. He sido yo quién ha dado la orden de retenerle en un calabozo. Verbeke me acompaña, solo eso.

—Está bien. ¿De qué se me acusa?

El teniente coronel tomó asiento. Se inclinó un poco hacia delante y le detalló lo que sabían sobre su sospechosa manera de proceder.

—No le cuento nada que no sepa. Usted estuvo junto a Verbeke el día que encontraron la bolsa de deporte en el maletero de Raúl Gallo. Dentro, había herramientas de corte, tabaco de contrabando, unos prismáticos, sogas y una cámara de video. Sabemos que fue usted quién se lo entregó al joven, la misma noche en que desapareció. Pero en vez de contar la verdad, se limitó a ocultar información. Su relación con la víctima, va más allá de un hola y un adiós. ¿Me equivoco?

—No tengo nada que ver con esa bolsa…

—¡Déjate de mentiras, coño! —desesperó Verbeke dando un manotazo en la mesa. A la abogada se le cayó la carpeta al suelo—. Tenemos las grabaciones de una estación de servicio, donde claramente, se te ve entregando la bolsa a Raúl, además de un fajo de billetes. También hemos averiguado que Raúl Gallo recibía ingresos mediante *Bizum* y transferencias: de usted, del edil de Buitrago y de Verónica Pedraza, que es paz descanse —mostró respeto ante la fallecida—. Ahí no queda todo, tras analizar la grabación de la videocámara casera y las cintas incautadas en su domicilio, hemos comprobado como filmaba la vivienda de Román Berasategui. En estas, aparecen otros individuos en los que tenemos especial interés, tales como: Rogelio Cortés, Diego Pinteño, Clara Tundidor y ese niño, que, velando por su dignidad, me he encargado de aclarar ante el equipo de investigación, que se trata de su hijo —tomó asiento para mirar a los ojos al brigada—. Como ve, no somos imbéciles. ¡Así, que vaya cantando lo que sabe! Está muriendo gente, mientras usted se dedica a marear la perdiz.

La abogada dio un paso en dirección a su defendido, para recordarle que no tenía la obligación de responder; pero fue interrumpida por su propio cliente, al propinar un golpe sobre la mesa con los grilletes. Luego, verbalizó sus pensamientos.

—Conozco a ese joven desde que era un niño… Jamás le haría daño. Si alguna vez me acerqué a él, fue para ayudarle con sus gastos, a cambio de que me hiciera un favor —chasqueó su lengua y echó de menos un pitillo—. Todo esto, no es más que una compleja coincidencia. Pero ni Raúl, ni yo, tenemos nada que ver con la muerte de ninguno de los asesinados.

—Le diré la conclusión a la que hemos llegado —le advirtió el Teco

Miranda, poniéndose más serio todavía—, y entenderá porqué está esposado. Creemos que Raúl Gallo se dedicaba al chantaje como profesión, además de socorrer a los bañistas de la piscina de Riosequillo. Por eso tenía una videocámara. Grabó a su hijo y a su mujer, bajo la amenaza de hacerles daño de alguna manera, por eso, usted le hacía pagos periódicos —entrelazó los dedos de sus manos mientras le acusaba—. Raúl viendo que le iba bien, buscó hacer lo mismo con Álvaro Cortés, grabando a Rogelio metiéndose en líos; ya que sale tras Clara Tundidor, acechándola. Luego, hizo lo mismo con Román Berasategui. Pero con este último, metió la pata. No sabemos aún, que se traía entre manos el piragüista, pero en las grabaciones se ve como la gente pulula por allí. Llegan coches y se van. Tipos andando que entran y salen —miro al acusado con firmeza—. Lo curioso, reside en una de las cintas más antiguas, en las que hemos identificado a Diego Pinteño, entrando en casa de Román. En estas, acontece un enfrentamiento que acaba con los dos, dándose puñetazos y rodando por el suelo. Igual, el piragüista tuvo algo que ver también, en la muerte de Pinteño —hizo una pausa y plisó su bigote—. Conclusión: Román, amenazó a Raúl. Tú le diste herramientas para defenderse. El piragüista no accedió al chantaje, y decidió quitarlo de en medio, fingiendo que Raúl Gallo se había suicidado. Arrepentido por el homicidio, decidió poner fin a su vida y a la de su pareja, a la cual acusaba de serle infiel en repetidas ocasiones.

Tocino se quedó sin palabras. Ni en sus mejores sueños, hubiese pensado que sus acciones pudieran haber sido interpretadas de esa manera tan retorcida; y comprobando, que la acusación era viable, decidió hablar con el corazón en la mano.

—Si les soy sincero, me he sorprendido con la conjetura, veo que tienen una manera de proceder muy solvente… Cosa que me da a entender que estoy metido en un asunto turbulento. Por eso, les contaré todo tal cual. Sin juegos —carraspeó la garganta—. Mi padre me decía: «Ser honesto, es el mejor atajo para prevenir que un error, se convierta en fracaso». Y eso haré —dijo con rubor—. La historia es más simple y patética de lo que imaginan. Yo estoy divorciado desde hace cuatro años. Tengo un hijo de nueve años que no me mira. Culpa mía, por supuesto, tuve una época turbulenta en la que bebía demasiado y un día, se me fue la mano con mi esposa. Tras un juicio rápido, me quedé sin casa y sin custodia. Tuve suerte de no perder el empleo —resopló—. Mi ex mujer, me negaba el contacto con mi hijo y cuando me veía rondando por el pueblo, no dudaba en amenazarme con volverme a denunciar. Entonces, conocí a Raúl Gallo, un chaval muy apañado, que trabajaba de socorrista en la piscina natural del pueblo. Tras hablar con él por un asunto, derivado de un vado para casa de su abuela, me comentó que estaba buscando curro para el

invierno. Entonces, la idea vino a mi cabeza de inmediato. Raúl Gallo vivía en El Berrueco y muy cerca de mi hijo. Le ofrecí dinero, a cambio de que filmase a mi hijo en su día a día. Era una manera de no perderme su infancia. Él aceptó y yo me sentí agradecido. Para no ser visto, Raúl usaba a su abuela, donde ponía la videocámara oculta en la silla de ruedas y así, no levantaba sospechas durante las grabaciones.

—Se me acaba de caer un mito —susurró Verbeke obteniendo una mirada asesina de su jefe—. Ya me sonaba raro que Raúl, dedicase parte de su tiempo a pasear a su abuela, solo por amor.

—Vale, ese argumento te lo compro —le aseguró el Teco, sin mostrar reminiscencias—. Pero ¿cómo justifica al resto de personas que aparecen en esos videos?

—Cuando ocurrió la tragedia de los padres de Rogelio y Álvaro Cortés, otra idea oportunista se gestó en esta cabezota de perro viejo —hizo una pausa para poner sus hombros rectos—. Pensé que todavía tenía una oportunidad de ganarme el cariño de mi hijo. ¿Cómo? Pues convirtiéndome en un héroe. Le propuse al alcalde, limpiar Buitrago y la mancomunidad, de delincuentes. Al puesto, cada vez venían más sanciones por consumo de drogas, así como denuncias de abusos sexuales, de chiquillas extranjeras que le echaban algo en las bebidas y luego, no se acordaban de nada. Álvaro y yo, acordamos un trato para limpiar las calles de delincuencia. Él, ganaría popularidad por limpiar el pueblo de maleantes, fomentando de este modo el turismo; yo, me ganaría la gloria de desarticular y detener a todos los malhechores que pueden torcer el futuro de nuestros niños. Los dos ganaríamos respecto a nuestros intereses —sonrió con tristeza—: buscábamos con desespero una segunda oportunidad… solo eso.

—¿Y Raúl Gallo se convirtió en vuestro detective privado?

—Más bien, en nuestro reportero. Por eso recibía ingresos míos y del alcalde. Comenzamos a filmar, para tener pruebas sólidas.

—¿Por qué sospechó de Román Berasategui? No tenían antecedentes.

—Le decomisé en un control de carretera, más de mil cajetillas de tabaco de contrabando. Supe que no era trigo limpio. Tengo que admitir que no denuncié al fisco, sobre el hallazgo del alijo incautado; me lo quedé para consumo propio —Tocino recibió el menosprecio de Miranda que negaba con la cabeza ante su relato—. También metimos a Pedraza en el ajo. Rogelio la acosaba a ella y a Clara. Si hacen memoria, el día que Pedraza fue atropellada, Rogelio estaba en las inmediaciones, observándola. Siempre lo hace en los cambios de turno —aclaró—. Por esto y otros menesteres, el alcalde quería quitarse de encima a su hermano e ingresarlo en un centro para personas con problemas mentales, ya que le traía muchos quebraderos de cabeza con los vecinos del pueblo. Por eso, en las filmaciones sale Clara

Tundidor y tras los coches, le acecha Rogelio…, no es la primera vez que se masturba en la vía pública —Verbeke hizo una mueca de asco con la boca—. Este es el misterio de las grabaciones. No les engaño. Pero debo de admitir, que todo es bastante casual. Me refiero, a que muchos de los que aparecen, ya están muertos; como si fuese víctimas de una maldición.

—No se disipe, Tocino —le llamó la atención Verbeke. En ese justo momento, el bolsillo de su cárdigan comenzó a sonar; se trataba de Iván Roca. Declinó la llamada—. ¿Y sobre las herramientas?

—La bolsa de Raúl Gallo, contenía las herramientas necesarias para forzar y levantar la compuerta, donde Román Berasategui, acopiaba todo el material con el que traficaba. Lo guardaba bajo una trampilla de acero, en el suelo de la cochera donde normalmente aparcaba su Dacia Duster. Raúl Gallo tenía planeado romper el candado con la cizalla. Luego, tiraría con las sogas para levantar la compuerta. Y, grabaría todo el alijo, para que tuviéramos una orden en firme del juez. Ese era el plan. Pero esa misma noche, Raúl fue a algún sitio y apareció asesinado… Igual tienen razón. Román lo descubrió y lo quitó del medio. Mi oportunidad por lavar mi imagen, se ha vuelto contra mí. Pero no hay más. Les cuento la verdad. Soy totalmente inocente.

—Sería importante detener a Rogelio Cortés, a ver que nos dice sobre Clara —propuso Julia Verbeke tras oír el testimonio del sospechoso.

—Sí. Y contrastaremos la versión del brigada, con la del edil de Buitrago, a ver si la coartada, coincide.

—Solo soy un padre desesperado y cobarde. Del tabaco ya me deshice hace tiempo.

El teniente coronel tragó saliva. El relato lo dejó conmocionado. Encontró una retorcida coherencia en su testimonio y la dio por válida. Verbeke, en cambio, ya conocía la parte de las grabaciones de su hijo, pero no, la revelación de que el piragüista fuese un narco. Tampoco conocía las pretensiones de Tocino: esa ambición por revertir su imagen de cara al pueblo, con el fin de convertirse en un héroe. Todo, por ganarse la admiración de su hijo.

—Agradezco su colaboración —agradeció el teniente coronel—. De momento, le mantendré retenido en el calabozo de las dependencias, el tiempo que la ley me permite. Veremos si los crímenes siguen su curso o no, estando lejos del río... Por otro lado, volveremos a casa de Román Berasategui y buscaremos en la trampilla de la cochera, donde asegura que oculta toda esa mercancía ilegal… Espero que diga la verdad, brigada.

—Acepto estar retenido… Pero pienso que quizás sea más útil participando en la búsqueda de Clara Tundidor. Se lo debo a mi

compañera Verónica Pedraza. ¡Pocos conocen esos parajes como yo! Y en setenta y dos horas, pueden suceder muchas cosas. Cosas de las que luego podemos lamentarnos.

La abogada avisó de su intención por revocar la detención preventiva en el calabozo, sin la orden de un juez; pero la teniente intervino.

—Si hubiese ido con la verdad por delante, estaría colaborando con nosotros. Pero como me has mentido a mí y a todo el equipo —hizo un chasquido con la lengua—. No merece una nueva oportunidad.

—Hubiese sido liar más las cosas y distraer el foco de la investigación —se reafirmó en su argumento—. Son solo unas grabaciones que nada tienen que ver con los crímenes.

—Usted, ya no es de fiar —sentenció Julia Verbeke—. Y olvídese de la fantasía de ser el héroe de su pueblo.

—Hemos acabado —apostilló el Teco.

El binomio de agentes, salió con una extraña sensación de la sala de interrogatorios. No sabían a ciencia cierta, si lo que les había contado Tocino, era cierto al cien por cien. Encontraban demasiada coincidencia que Diego Pinteño, Román Berasategui, y Clara Tundidor, saliesen en las grabaciones que realizó Raúl Gallo. El Teco levantó su móvil, dispuesto a dar la orden de detención de Rogelio Cortes, pero una llamada entrante, se adelantó a su propósito. Miranda descolgó y recibió una noticia de parte del cabo Mendoza: «Han detenido al tatuador en un control rutinario. Todo apunta a que estaba huyendo de Madrid»; Verbeke, aprovechó el gesto y leyó un Whatsapp del sargento Roca: «Rogelio Cortés, ha desaparecido sin dejar rastro. No hay que descartar que haya sido capturado por Caronte. Un abrazo».

—¡¡Mierda!! —exclamaron al unísono, antes de intercambiar el contenido de sus llamadas.

41
La vivienda de Rambo

Viernes, 28 de mayo
17:30 horas.

El cuadro de instrumentos del Renault Laguna, marcaba diecinueve grados de temperatura, ciento veinte kilómetros hora y tres mil revoluciones por minuto. La teniente Verbeke y el sargento Roca, compartían vehículo en dirección a El Atazar —un pueblo de noventa habitantes de la Comarca del Valle Bajo del Lozoya—. Desde la carretera se divisaba un terreno accidentado, árido y escabroso, donde las casitas se apiñaban en la ladera de una montaña. Entre sus conversaciones, destacaba el pensamiento compartido, de que el caso los estaba sobrepasando. Y eso, que habían lidiado con muchas tesituras distintas. Pero Caronte —que era como habían denominado a las fuerzas opuestas a sus propósitos —, estaba superando todas sus expectativas. El autor de los crímenes, no espaciaba sus muertes; no quitaba el pie del acelerador, a pesar de su nombre estuviese en los titulares de todos periódicos. Y a ese ritmo, si tiraban de calculadora, sabían que los cadáveres podían ser demasiados. Lo peor de todo, es que, a estas alturas del caso, todavía no tenían claro si se trataba de un homicida o de un complot de criminales. Aun así, no perdían la esperanza, sabían que, de un momento a otro, todo podía tomar un rumbo definitivo. Estaban en ese punto de la investigación, conocido en jerga policiaca como: “la gacela herida”; es decir, que con cada pista, van dañando al animal que persiguen, y aunque no pueden alcanzarlo, éste va dejando un rastro de sangre a su paso mientras se va debilitando poco a poco. Y es ahí, cuando hay que ser más fuerte y saber esperar a que les lleve hasta su manada.

Julia Verbeke miró con decepción el horizonte, reflexionando sobre todos los hombres que, de una manera u otra, la habían defraudado: su padre, su hermano, su mentor, su compañero e incluso Tocino; que le había mentido con el asunto de las grabaciones. En su cabeza hervía el eterno dilema: «condenar o perdonar. Esa es la cuestión». Roca la miró de reojo. Se mostraba abstraída, con los labios tensos y la cabeza apoyada en la ventanilla. Interesándose por su estado, le dio conversación.

—¡Conozco esa cara, Julia! Si necesitas hablar sobre lo que te atormenta, aquí me tienes. Es por el nuevo desaparecido ¿verdad? Rogelio Cortés —adivinó—. Al parecer, han sido sus vecinas las que

han puesto la denuncia: las ferreteras del pueblo. Dicen que ha dejado la puerta abierta de su casa y que nadie lo ve por el pueblo.

—¿No te da la impresión de que estamos persiguiendo a una sombra? Hay alguien secuestrando, haciendo daño y matando, en un pueblo donde todo el mundo se conoce. Si tu fueras ese criminal, ¿por qué te quedarías en este enclave? Siempre es mejor una gran capital o una zona costera donde las personas rotan constantemente. ¿Por qué el Mar de Madrid?

—Porqué algo le une a este lugar —sentenció—. Tendrá un trabajo, una pareja, un refugio o pocos recursos para emprender vida en otro sitio. Si no se ha ido, igual es porque es alguien conocido y podría levantar sospechas.

—¿Qué piensas de Andy, el tatuador? Le dije que se quedara localizable. Y no tiene mejor idea que intentar escapar. Resulta sospechoso ¿no?

—Parece que sabe algo… Por cierto —cambió el derrotero de la conversación—, háblame del interrogatorio de Damián Tocino. ¿Ha revelado algo importante?

—Nos ha dejado sin palabras. Al parecer estaba tramando algo gordo con ayuda del alcalde de Buitrago —Roca enarcó las cejas sorprendido—. El caso es, que le pagaban a Raúl Gallo para que hiciese un reportaje de los maleantes del pueblo, para tener pruebas y poder limpiar la sierra de delincuentes. Una extraña asociación, con fines justificados: uno por sumar papeletas de cara a los comicios; el otro, por ganarse la admiración de su hijo.

—¿Éstos se creen Batman y Robin? ¡Qué panda de chalados!

Verbeke sonrió con la comparación. Luego continuó con su relato.

—También confesó, que había incautado mil cajetillas de tabaco de contrabando, que nunca entregó al fisco ¡Se los quedo el muy cabrito! ¿Y a que no adivinas a quién se los decomisó? Pues ni más ni menos que a Román Berasategui —A Roca se le descolgó la mandíbula—. Lo curioso, es que tras el registro domiciliario, no han encontrado más que cien cajetillas en casa del brigada. El resto, a saber, dónde lo tiene oculto, ya que no le ha dado tiempo a fumarse todo el alijo —adivinó —. Pero de todo el relato, lo que más me preocupó, fue la afirmación de que Rogelio Cortés, acosaba a Clara Tundidor. Por eso le seguía en las grabaciones que proyectó el Teco. Por unos instantes, tuvimos un sospechoso, pero ahora ha desaparecido.

—¡Es de locos! Nunca nos hemos enfrentado a un criminal, con tanta sed de sangre. No tiene periodos de enfriamiento, no deja huellas y se ríe en nuestra cara. Pero no es una sombra, Julia, no te vengas abajo. Caronte, es de carne y hueso. Y le vamos a echar el guante.

Verbeke quedó pensativa. Y no pudo negar, que necesitaba ese

positivismo que Roca le infundía. Le dedicó una sonrisa y devolvió su mirada al frente.

—Bueno ¿y qué tal tu visita al gimnasio? ¿Se prestó a colaborar el gerente?

Roca se ruborizó. Soltó el volante para acariciar su calva y pensó en la conveniencia de contarle a Julia, que se la había reencontrado a su ex; de momento, postergó el dato.

—Para nada —silenció y sonrió—. Me atendió una chica muy seria y distante. Tuve que esperar a que terminase la sesión de spinning, pero luego se prestó. Supongo, que fruto de las desapariciones que están ocurriendo en los embalses, en el gimnasio no se hablaba de otra cosa.

—¿Una monitora? Eso siempre facilita las visitas, cuando el investigador en cuestión, es un hombre musculoso. A mí me pasa a la inversa, cuando entrevisto a un varón.

Roca no encontró nada interesante en la apreciación de Verbeke. Hizo como si no lo hubiese oído y continuó con su relato.

—Al acceder a la ficha de socios, dimos rápidamente con dos candidatos; Víctor alias Tomate y Juan Fenoy alias Rambo —Verbeke se giró, tensando el cinturón de seguridad contra sus pechos—. Sorprendente ¿verdad? Otra vez, Rambo. Estuve en casa del primero y pude habla con su padre: Me aseguró que Tomate, llevaba fuera un par de días. No quedé convencido con su palabra y me aventuré a pedirle el nombre de la empresa y el teléfono; tuve la ocasión de hablar con su jefe. Me corroboró que no había faltado al trabajo; por lo que, de momento, Tomate no me preocupa. Ahora, vamos a ver a ese *Silvester Stallone* de pueblo, que aparece en todas las quinielas, según me dijo, Ragnar, un amigo en común, Rambo vive con su novia…

—Interesante… A ver que nos cuentan. Es más fácil pillar las mentiras a dos, que a uno.

—Sobre Rambo, no sabría determinar si es sospechoso o víctima. Y, no es por ser pájaro de mal agüero, pero, además de la coincidencia de la ropa XL, este tipo tiene un tatuaje.

—¿Se puede saber dónde lo tiene? —esperó la respuesta para intuir donde podría aparecer la herida.

—Muy visible: lo tiene en la frente. De ahí su apodo. Se lo ganó en el gimnasio. Dicen que parece que tiene una cinta en la frente. ¡Qué mal gusto!

Verbeke añadió con preocupación.

—Tengo que contarte algo en confianza… Mi hermano tiene que ver en todo este asunto.

—¿Qué dices? Es eso lo que te preocupaba, ¿verdad?

—Es un cúmulo de cosas, Iván. En el coche del piragüista, Nekane,

encontró una tarjeta de visita donde se anunciaba la floristería de Gabriel; y escrito a bolígrafo, ponía el nombre de Rambo. Mi hermano me ha confesado, que este individuo le compra burundanga, relajantes y otras sustancias —Verbeke se arremangó el cárdigan y repasó el tatuaje con sus dedos—. No sé cómo se las apaña Gabriel, que siempre me trae problemas… ¡Con la que tengo encima!

—Vaya. La última vez que vi a tu hermano, lo encontré muy mejorado. No sabía que había vuelto a las andadas.

—Mi hermano tienen muy poca personalidad. Creo que todo esto, es cosa de su novio. Casualmente, trabaja en la farmacia de un hospital, por lo que si en casa de Román Berasategui, aparecen medicamentos, podremos descubrir gracias al lote, de donde han salido.

—¿Farmacéutico? —quedó pensativo—. Claro. Por eso Paco Pinteño, tenía inyectables en su casa. Me confesó que su hermano le traía calmantes y otras sustancias para paliar su dolor; que Diego Pinteño se las pillaba a un tipo apodado Rambo. ¡Qué cosas!¡El mundo es un pañuelo!

—Tengo un dilema moral, Iván —se sinceró Verbeke, imprimiendo tristeza en su tono—. No sé qué hacer. Si voy en busca del novio de mi hermano; Gabriel no me lo perdonará. ¡Nunca he visto a Gabriel tan bien! No quiero ser el verdugo de su felicidad. Pero por ética, no puedo permitir que ese tipo saque medicamentos que faciliten a los canallas, acometer sus delitos. Raúl Gallo tenía una dosis importante de sedantes en su torrente sanguíneo. Y vete a saber si Diego Pinteño también. Estas sustancias son desechadas por el organismo y en ocasiones, no dejan rastro.

—No es plato de buen gusto, ir a detener a tu cuñado, pero no tienes por qué ir tú. Puede hacerlo un compañero… así quedarías bien con Gabriel. ¡No sospechará que fuiste tú, la que le apuntó con el dedo índice! —hizo una pausa—. Así que no dudes… deja de proteger a las personas que nos actúan bien. Son mayorcitos para distinguir, lo que está bien de lo que no lo está. Y si están metido en el ajo, tienen que responder ante la justicia. No hay de otra.

—Vaya quién vaya a detenerlo, sabrá que he sido yo. Le monté un pollo en la tienda. Y, además, lo he amenazado con denunciarlo. ¡Ains! Mis impulsos y yo, ya me conoces.

El sargento, puso el intermitente para encarar la cuesta que los llevaría hasta el pueblito de El Atazar. Estacionaron en una plazoleta y bajaron del vehículo. Roca aprovechó para decirle algo antes de ir a casa del sospechoso.

—Gracias por confiar en mí y contarme lo de tu hermano. Yo también quiero decirte algo… y es que… Estoy muy seguro de mi amor hacia ti.

—¿A qué viene esto? —arrugó el ceño y torció la cabeza.

—Te lo debería haber contado de primeras. Lo sé, pero no quería ser brusco. La monitora que llevaba el King Sport Gym, no era otra que Carola —Verbeke alzó las cejas mostrando sorpresa—. ¿Y sabes qué? Cuando la tuve frente a frente, supe que no te llegaba ni a la suela de los zapatos. No puedo negarte que hubo tensión sexual, pero luché. Puse en una balanza lo que ella me dio y lo que tú me das; y todas mis dudas se disiparon. ¡Eres mi chica!

—¡¿Tengo que darte las gracias?! —ironizó y puso un tono infantil de alegría—. ¡Gracias por no sucumbir esta vez, Iván! Pero, los cuernos siguen en mi cabeza y la traición en mi pecho.

Roca negó con la cabeza. Y se sintió estúpido por abrirse con una persona, que, en ocasiones, se mostraba tan fría como un témpano de hielo. Resignado, mantuvo un silencio sepulcral con la intención de que Julia se diese cuenta, lo dura que era con él. La teniente hizo caso omiso, aunque en el fondo, le gustaba saber que Roca se había equivocado y que seguía sintiendo por ella. Muy cerca de ellos, en un poste, había un cartel realizado en madera, que les llamó poderosamente la atención. En él se podía leer: *«Por favor, circule con precaución, en este pueblo no sobran los niños. Gracias».* El letrero firmado por el propio ayuntamiento, provocó una sonrisa en Roca, que le hizo destensar su rostro. A Verbeke en cambio, le hizo recapacitar sobre su planificación familiar. «Nunca me he planteado tener hijos, resulta extraño, supongo que el gen encargado de hacerme la llamada maternal, tuvo que morir en algún momento de mi adolescencia».

En silencio, caminaron por aquellas calles estrechas y repletas de cuestas. Allí, las casitas estaban construidas en piedra con tejas de pizarra. Las puertas eran recias y la mayoría de ellas, tenían una gruesa capa de barniz sobre la madera. El pueblo parecía deshabitado —como si todos los vecinos de El Atazar hubieran fallecido en la pandemia mundial de la Covid-19—. Lo único que hacía pensar que no era así, era la ropa tendida que colgaba de unos cordeles a lo largo de las fachadas y un par de gatos con collares que miraban con curiosidad a los nuevos visitantes. Por una ventana, asomaba un anciano que regaba una maceta con la ayuda de un vaso de agua. Su mirada acompañó el paso de los agentes, como si fuesen dos extraterrestres que habían bajado de una nave espacial; tenía claro que no eran vecinos. Tras unos cincuenta pasos más, llegaron a la casa de Juan Fenoy. Tenía un patio cercado por las mismas piedras que conformaban la fachada de la vivienda. Las tejas estaban repletas de musgo y en lo más alto, junto a la chimenea, había una enorme palomera que escupía “ratas del aire”, con las alas marcadas de pintura. Dentro del patio, había un coche cubierto por una lona y una banca oxidada de hacer pesas, ésta con discos de cien kilos a cada

lado. Un hedor a animal muerto, trascendía más allá del muro que rodeaba la vivienda; Verbeke trazó una visual, pero no vio a ningún perro en plena descomposición. No satisfecha, se aproximó a la cancela de forja y al comprobar que el cerrojo tenía un candando echado, llamó al timbre. Insistió hasta en diez ocasiones, pero nadie abrió.

—¡Mira! —se aferró Roca a los barrotes de la verja—. Es posible que esté en casa. Su vehículo está aparcado.

—¿Y no ha retirado esos dos palomos muertos? —disintió, apretando a fondo el botón del timbre—. No creo que nadie pueda vivir aquí con esta peste.

Mientras conversaban, una voz resonó tras ellos. Les sobresaltó y pensaron en Rambo; pero no tuvieron esa suerte. Se trataba del mismo anciano, que momentos antes, regaba las macetas. Los había seguido, sediento de curiosidad por conocer que buscaban.

—¿Les puedo ayudar, parejita? —se prestó el hombre, que llevaba una boina encastrada entre las sienes y un pantalón sujeto por tirantes —. Soy Casimiro, ¿buscan una casa de alquiler? Mi nieto alquila la suya.

—Hola Casimiro, encantada —le estrechó la mano, recordando a su abuelo materno—. Dígame, ¿aquí vive su nieto?

—No, moza mía. Mi nieto es buena gente y muy formal. Todos los veranos alquila la casa a unos valencianos que vienen a pasar las vacaciones, buscando la paz de estos montes. Curioso, ¿eh? Los que somos de interior buscamos la costa y los que viven junto al mar, la montaña.

—Uno quiere lo que no tiene —espetó Verbeke mirando fijamente a Roca.

—Gracias, buen hombre —le atajó el sargento, a sabiendas que el anciano era de los que se iban por los cerros de Úbeda, con mucha facilidad—. Pero no venimos buscando residencia, venimos buscando a Juan Fenoy.

—¿Sabe si vive solo o con sus padres? —añadió Verbeke.

El anciano puso cara de desprecio, pasó la lengua por la dentadura postiza en repetidas ocasiones y luego dio la respuesta.

—¿El Rambo? No. Vive solo, pero no hace más que traer a toda la morralla de los demás pueblos… ¡Es un botarate! —aseguró—. Solo hace molestar. Tiende a montar barbacoas con porretas hasta altas horas de la noche.

—¿Sabe usted si tiene más vehículos aparte del coche? —indicó Verbeke al interior del patio. El anciano se acercó a la cancela—. Y perdone por tanta pregunta.

—Aquí lo sabemos todo, jovencita —sonrió el septuagenario remarcando su piel cuarteada—. Somos muy poquitos vecinos. Y no,

no tiene más coches ni motos.

—¡Estupendo! —respondió la teniente sacando la identificación—. No piense que somos unos cotillas, Casimiro, somos de la guardia civil. ¿Cuánto hace que no lo ve?

—¡Sois de la benemérita! ¿Y vuestros uniformes?

—Somos investigadores, no patrullamos las calles.

En anciano pensó en los timos con estafa que se cometían hoy en día y por un momento, desconfió de sus verdaderas intenciones. Luego, pensó en lo poco que le importaba Rambo, ya que le parecía un tipo despreciable. Y accedió a responder a todas las preguntas, aportando todos los detalles posibles; por un instante, se sintió importante.

—Ese gandul, se pasa las horas tumbado sobre el tejado contemplando sus palomos. Ese hombre no está muy católico —se llevó Casimiro un dedo a la sien y lo giró como un taladro—. Aunque ahora que lo menciona, es cierto que lleva varios días sin subir allí arriba, y sin armar jaleo.

—¿Recuerda si se fue con alguien en un vehículo? ¿Si vinieron a recogerlo? ¿Alguna pelea? —quiso saber Roca.

—Creo que vino su novia a recogerlo. Pero es lo único que sé. La moza es muy amable, siempre saluda.

—¿Cómo es esa chica? ¿Vino a recogerlo en coche, en moto o a pie?

—La muchacha vino en un coche. Ella es joven. Como tú —señaló a Verbeke; ésta le devolvió una mueca con la boca, como gratitud al halago—. Tiene el pelo corto por los hombros y es muy delgada. Pero no sé cómo se llama.

—¿Recuerda usted el modelo del coche? —preguntó Roca.

—Era una furgonetita… de esas de repartir pan —explicó el anciano.

«Otra vez sale el vehículo del panadero», pensó Verbeke.

—¿Y el color? —insistió el sargento Roca—. ¿Recuerda alguna pegatina o cristales tintados que sean fáciles de distinguir sobre la carrocería?

—No. No me acuerdo. Como le he dicho, no me gusta mirarlo con descaro ¡Sé ve que es mala gente! —masculló—. Con esas pintas, diría que ha estado entre rejas… Tiene el pecho lleno de tatuajes y uno en la frente —se pasó los dedos bajo la visera de la boina—. Ahora para colmo se ha rapado la cabeza. ¡A saber a qué se dedica!

—Le voy a pedir un último esfuerzo, Casimiro. ¿Usted recuerda si había alguien más en ese coche que lo recogió? —formuló la teniente una pregunta clave por saber si iba con cómplice.

—No. Iba sola. Recuerdo que la mujer no le dejó conducir —se extrañó el anciano—. Me resultó extraño que fuese ella la que llevaba

el volante. ¡Igual Rambo estaba borracho!

«Claro, es una vergüenza que una mujer conduzca habiendo un hombre», pensó Julia Verbeke, indignada por la retrograda conjetura.

—Pues muchas gracias, Casimiro. Nos ha sido de mucha utilidad —se estrecharon la mano—. Ahora necesitamos sus datos personales, si es tan amable.

—¡Estupendo! Pasen a mi casa. Tengo vino, chorizo, morcilla, butifarra… —a Verbeke le rugió el estómago.

—No, gracias —el sargento declinó la calórica invitación. Su compañera pensó en aprovechar el espíritu acogedor de Casimiro—. Tenemos que seguir trabajando.

—Por supuesto, tomen nota. —Éste se los dijo y Verbeke apuntó la información en su libreta Moleskine—. Y vuelvan cuando quieran, que aquí tienen su casa. El número 7: el de la buena suerte. ¡Así no se os olvida! Y si pasan otro día y no les conozco, no lo tomen a mal, parejita ¡Que yo no veo muy bien! Tengo cataratas...

Verbeke le hizo entrega de un recorte de papel, con su número de teléfono, escrito con dígitos bien grandes. El anciano lo tomó e insistió para que pasaran a su casa a almorzar.

—Muy amable. Pero, no podemos. Estamos trabajando.

«Pobre, debe estar muy solo», pensó sintiéndose apenada por el vecino y su estado de abandono.

—Vosotros os lo perdéis. ¡Hasta pronto!

—Gracias por su hospitalidad, Casimiro. La próxima nos quedamos a almorzar —se despidió Verbeke muy agradecida—. ¡Cuídese!

Cuando caminaron lejos de aquel anciano, el sargento ironizó sobre él.

—Menos mal que el viejo padece de cataratas. ¡No pierde detalle!

—Desde luego, ¡je, je, je! Ha faltado decirnos el número de bastidor del coche —bromeó la teniente olvidándose un poco de sus problemas—. Pero, ¡¿y lo bien que nos ha venido que sea tan cotilla?! Nos ha dado pistas y datos muy concretos. Muy posiblemente, sea la última persona que lo vio.

—¿Lo integramos en el equipo de investigación? —sugirió con sorna, abriendo el coche.

—Trabajaría mejor que muchos. Eso seguro —le siguió la broma—. Por cierto, conduce tú, no vaya a ir contando Casimiro que tuve que conducir yo, porque tú estabas borracho.

Roca la miró con la cara desencajada y no dudó en tomar el volante. Una vez respiraban el mismo aire dentro del habitáculo, se produjo una nueva llamada; se trataba del Teco y su tono serio, barruntaba un mal presagio.

«Diga».

«Verbeke, ¿dónde están?».

«En el pueblo de El Atazar, hemos dado con la casa de una de las víctimas, pero no hay nadie en su domicilio. Por lo que, intuimos que puede estar en manos de Caronte».

«Supongo entonces… de que ya se han enterado…».

«¿De qué? —le latió el pecho con bravura—. ¿Qué ha ocurrido?».

«¡Dios! Tengo dos noticias: una muy buena y otra muy mala. Durante las batidas, han encontrado una mujer desnuda, que asegura llamarse Raquel Falcón; y que decía, que había estado secuestrada. Tras contrastar la denuncia, podemos afirmar que la chaqueta y la falda de tubo color roja, son de ella; por lo que tenemos un testimonio —hizo un silencio ominoso, como si le costara usar las palabras adecuadas para transmitirle la noticia—. La mala… es que ha aparecido un nuevo cuerpo».

«No… no… no… no».

«Sí, teniente —le cortó consternado; mostrando decepción en cada sílaba—. Por desgracia, se trata de Clara Tundidor —aspiró por la nariz—. Su cadáver ya ha sido levantado por el juez y trasladado al Anatómico. Así, que os quiero allí, con el culo pegado al forense, por si descubrís algún indicio relevante. No podemos darle tregua al culpable de estos crímenes, ¿entendido?».

El teniente coronel colgó y Verbeke se quedó inmóvil bajo la mirada expeditiva de Roca. En su oreja oía el pitido de la desconexión de la llamada, como si fuese una máquina de cuidados intensivos, anunciando que el paciente al que querían salvar, había fallecido. La frustración se materializó en el gesto de su rostro: sentía que había fallado de nuevo. «Otra familia destrozada que tardará años en levantar la cabeza», se dijo, retozándose en el barro de sus pensamientos. Sin añadir, ni una sola palabra más, bajó el móvil, arrastrándolo por el tejido de su cárdigan lentamente, asimilando con dolor, como el asesino les sacaba ventaja y los hacía torpes.

—He oído que ha aparecido un nuevo cadáver… ¿Es el de Rogelio?

—No… Clara Tundidor —le confesó con la boca pequeña—. De nuevo, ¡uf! Hemos llegado tarde.

El sargento elevó las cejas y aguantó la respiración durante treinta segundos. La calva se le puso morada. La noticia lo dejó sin aliento. No podía enmascarar que aquella información produjo un revés moral en su conciencia. Y a pesar de su entereza, de estar granado en estos menesteres, la confirmación del hallazgo, le hizo mella. «El caso, se nos está yendo de las manos», se maldijo.

42
La autopsia de Clara Tundidor

Viernes noche, 28 de mayo de 2022
Instituto Anatómico Forense de Madrid

Las rodillas le flaquearon. La boca se le secó de golpe. Verbeke no tuvo más remedio que apoyarse sobre los azulejos del pasillo, para no perder el equilibrio. Iván Roca, la miró con consternación. La tomó del hombro y la retiró de la pared para poderla mirar a los ojos. Aquel comportamiento parecía exagerado, viniendo de una investigadora con un largo bagaje en homicidios; pero esta vez la pérdida, le había tocado la fibra sensible. Roca lo tenía claro, Verbeke había cometido un error de principiante: crear un vínculo emocional con la víctima.

—Hemos hecho todo lo posible por dar con ella y no ha podido ser… Yo también me siento abatido, pero no podemos permitirnos que Caronte nos haga sentir como unos perdedores... Así, que te quiero fuerte y entera. Ahora, vamos a cruzar esa puerta y a encontrar pistas determinantes en el cuerpo de Clara, ¿entendido?

Verbeke elevó la mirada y asintió. Roca le ofreció su mano. Ella se la tomó. Con paso firme y la cabeza bien alta, entraron en la correspondiente sala de autopsias. Dentro, el forense sacó la mirada de su teléfono móvil y les dedicó una tímida sonrisa —no tenía un buen pronóstico para los investigadores—. Verbeke soltó la mano del sargento e interpretó el gesto de Santana, como un mal presagio. Dispuesta a entender el silencio del forense, se aproximó a la mesa de autopsias. No dio crédito a la lesión que mostraba Clara en el cráneo. «Esto no me lo esperaba», asumió. En esta ocasión, el cadáver estaba oculto bajo una sábana blanca, que la cubría desde los tobillos hasta el pecho; como si el cuerpo tuviera consciencia y vergüenza, a que contemplaran su carne al desnudo. En cuanto al rostro, le faltaban los ojos y ni rastro de su melena rubia. Verbeke se mordió el labio y sintió un escalofrío que se le enroscó en la coronilla. «Lo siento», se disculpó, como si la fallecida pudiese leer su mente. El médico forense, esperó a que los dos estuvieran lo suficientemente cerca de la mesa metálica, para sacar a la luz los detalles más escabrosos. Roca se mostró más entero que de costumbre; quería transmitir tranquilidad a Verbeke. Aunque la realidad era otra: las autopsias no le gustaban nada. Ya que los cadáveres, tenían la facultad de recordarle lo frágil que realmente era, a pesar de su fortaleza física.

—¡Hola! ¡Por decir algo! —les saludó Santana sin mostrar alegría

—. Si les soy sincero, estoy totalmente descolocado. En esta ocasión, el criminal se ha cebado con su víctima.

—Ya veo —añadió Roca mirando el cuero cabelludo de Clara y aquel rostro sin ojos.

—¡Destápala! —le ordenó Verbeke, intrigada por ver el resto del cuerpo—. Quiero comprobar si existe algún rasgo que lo identifique con los dos cadáveres anteriores.

El forense hizo una mueca de expectación y luego se puso serio —su mirada advertía que no iba a ser agradable lo que escondía bajo la sábana—. Con sus dedos cortos y gruesos, agarró la tela por el borde y la bajó lentamente, dejando los dos senos de Clara al descubierto. A esa altura se detuvo, como si quisiera dejar el vientre tapado para revelar algún detalle a posteriori. El forense habló en consecuencia.

—Clara Tundidor, tiene un parte de lesiones distinto al de las otras dos víctimas, sin embargo, hay un rasgo que puede tener en común con Raúl Gallo y Diego Pinteño: la letra "A" tatuada —señaló en el punto concreto.

Verbeke resopló sobre el cadáver, cerró los ojos con fuerza y maldijo a Caronte, deseándole la muerte por lo que había hecho.

—Además del tatuaje, ¿qué nos puede contar sobre las lesiones? —tomó las riendas Roca ante el silencio de su compañera.

El forense apoyó su dedo desnudo sobre la frente de Clara y miró a los agentes como si aquello fuese una adivinanza.

—¿Qué diríais que es esto?

El sargento, dio la respuesta.

—Le has separado los planos perióticos-cutáneos para abrirle la cavidad craneal y examinar el cerebro, en busca de algún derrame.

La teniente volvió en sí y dio su respuesta prestando especial atención a la frente de la joven.

—No tiene cicatrices, Iván. ¿Ves los bordes lacerados? Un bisturí no traza un corte de esa manera.

El forense alzó una ceja, satisfecho con la objeción de Verbeke. Con conocimiento de causa, los sacó de dudas.

—El cadáver apareció con el cráneo desnudo: le han arrancado la cabellera de cuajo —tocó la bóveda con la yema de sus dedos—. Le faltan pequeñas lascas de hueso, provocadas por el roce de un arma punzo cortante. Su agresor se aseguró de que la melena saliera de una pieza: como una peluca —Verbeke dejó los párpados levantados y no pudo bajarlos, presa de su asombro—. Y para ello, no dudó en hundir la hoja de ese cuchillo con perseverancia. Yo diría que no se trata de una persona muy corpulenta, ya que la fuerza ejercida en el hueso del cráneo, no ha dejado marcas ni surcos.

—¡¿Qué clase de monstruo es capaz de hacer algo así?! —se abrumó Verbeke, llevándose una mano al pecho—. ¿Por qué este

ensañamiento? ¿Por qué le faltan los ojos?

—Solo uno —aseguró el forense girando la lámpara de led hacia el rostro del cadáver, arrojando luz sobre las perturbadoras cavidades—. El otro está desinflado dentro de la cuenca. Alguien se lo sacó con un filo cortante. Quién lo hizo empleó tiempo en diseccionar todos los músculos de alrededor para sacar el globo; no queda rastro de los músculos palpebrales. Respecto al perfil del corte, coincide con la misma arma empleada en arrancarle la cabellera; eso demuestra, que tiene preferencia por usar una herramienta concreta.

—Solo espero que estuviera muerta, una vez le hicieron todo esto —clamó Roca.

Santana se reservó la respuesta y miró a Verbeke con cierta lástima.

—¿Hay más? —intuyó la teniente.

El forense retiró la sábana de un brusco ademán, como quien quiere quitar el mantel de la mesa sin tirar la vajilla. El cadáver de Clara, estaba salpicado de heridas punzantes, muy unidas. Verbeke cerró los ojos. Roca retiró la vista hacia la puerta de salida.

—¡Esto es una carnicería! —se abrumó el sargento Roca.

—No. Es una rosa —aseguró el forense, fijando la vista en las lesiones que se alineaban en un orden premeditado.

—¿Cómo que una rosa? Supongo que se resistió y recibió una ráfaga de puñaladas, de manera aleatoria.

—No tenía piel bajo las uñas ni heridas en los antebrazos ni en las manos —confirmó Santana—. Además, encontramos una aguja en su carótida. Al analizar la sangre, hemos hallado un porcentaje de acidez, que responde a las intoxicaciones producidas por opiáceos o relajantes musculares; circunstancia que me hace pensar, que el agresor la indujo a un estado parcial de inconsciencia.

—¿Ha sido agredida sexualmente? —intrigó Roca mirando su pubis.

Santana negó con la cabeza.

—¿Cuántas puñaladas tiene? —quiso saber Verbeke.

—Trece. Y están dispuestas formando un dibujo. Concretamente, un mosaico con forma de flor.

—¿Por qué ha cambiado su modus operandi? —discrepó la teniente —. Si no fuera por la letra “A” tatuada y la ropa arrojada al río, diría que es obra de otro agresor. Los psicópatas son meticulosos, metódicos… Se muestran fieles a sus rituales. ¿Por qué ha hecho esto?

—Puede que esté jugando con nosotros —propuso Roca—. Quizá sea una muestra de su poder.

—Si me permiten dar mi opinión, diría que el asesino ha evolucionado —especuló Santana sorprendiendo a sus interlocutores —. Mantiene sus rasgos durante la ejecución: las lesiones han sido

realizadas con la misma arma en los tres cadáveres, lo único que cambia, es este nuevo simbolismo floral, realizado a base de puñaladas.

Como no podía ser de otra manera, un teléfono comenzó a sonar. Se trataba del Teco. Roca y Verbeke, echaron manos a sus móviles. Pero, la llamada, iba dirigida a la teniente.

«Verbeke…»

«Teniente Coronel —no lo dejó hablar—. ¡Estamos delante del cadáver de Clara Tundidor, y estamos abrumados por el ensañamiento al que la ha sometido; no tiene nombre lo que le han hecho a esta pobre mujer!».

«¿Me quiere escuchar, Verbeke? —le reprochó sus modales, restándole importancia a la autopsia derivada del cadáver—. Le llamo, para comunicarle que tenemos información relevante. Vengo del hospital. He visitado a la testigo que escapó de Caronte y a pesar de estar bajo sedación, he podido intercambiar algunas palabras con ella. No debemos tomarnos al pie de la letra la información que nos ha relevado, pero tampoco hay que dejarlas pasar por alto. Raquel Falcón asegura, que la persona que la llevó hasta la casa, se trata de una mujer… de nombre Ana. También habla de un hombre como cómplice de su cautiverio…».

«Andrés, Tocino, Rogelio, Rambo… —lo interrumpió de nuevo—. ¡Deme un nombre, teniente coronel!».

«No me ha dado ninguno. Solo que era corpulento y calvo».

«Bueno, algo es algo. Tenemos una mujer implicada y un tipo corpulento —miró a Roca con desconfianza—. Por cierto, ¿han acudido a casa de Juan Fenoy Rambo?».

«Un grupo de asalto acudirá de inmediato al domicilio de El Atazar… No sabemos si el homicida está en esa casa atrincherado o si dentro, yace el cuerpo de Rambo, Ahora, volved. Ya han hecho suficiente por hoy. Al alba, los quiero en la sala de operaciones. Tenemos que tomar cartas en el asunto».

«No creo que pegue ojo esta noche, después de lo que estoy viviendo aquí».

Verbeke cortó la llamada. En su boca, se dibujó una sonrisa lacerante, que no dejaba claro, si lo que estaba por contar era bueno o malo.

—¡Dime! —se sobrecogió Roca acariciando en un gesto nervioso su barba—. ¿Qué ha pasado?

—Raquel Falcón, la testigo, ha intercambiado algunas palabras con el Teco en el hospital…, asegura que la embaucó una mujer llamada Ana. Y que dónde estuvo retenida, había un hombre corpulento. El nombre del tipo, no ha trascendido de momento.

—Por eso deja una A tatuada en su cuerpo —enlazó el forense el

dato aportado.

—¡¿Usa un gancho?! —adivinó Roca—. Seguro que se trata de una mujer atractiva y encantadora para engatusar a las presas —se basó en otros casos que recordaba de memoria—. Una estrategia pasada de moda. Pero, parece tomar sentido, si tenemos en cuenta que la mayoría de sus víctimas son hombres, a excepción de una mujer.

Verbeke apoyó sus manos sobre los hombros del sargento. Lo miró a los ojos con decisión y le animó imprimiendo entusiasmo en su propuesta.

—Iván, tenemos que averiguar quién se esconde tras estas aberraciones criminales. Tenemos que parar los engranajes que mueven la maquinaria de matar, que han ideado dos mentes perturbadas. ¡Se lo debemos a ella! —señaló el cuerpo mortecino de Clara.

Roca lanzó una mirada esquiva, sobre el cadáver. El testimonio de Raquel Falcón revoloteó por su cabeza en ese momento. Algo le chirriaba en todo este asunto y dudó sobre la información recibida «Qué se haya escapado de un captor, bueno, se puede dar el caso debido a un despiste de éste. ¿Pero que se haya zafado de una pareja de criminales? Eso lo pongo en duda. ¿Qué ocurrió realmente para que se produjera ese milagro? ¿Por qué no la arrojó al río como a los demás? No sé… pero parece que aquí, hay gato encerrado».

PARTE II
EL MAPA DEL DOLOR

«Los tatuajes, para mí, son como una línea de tiempo de mi vida. Podría mirar cierto tatuaje, y recordarme un momento concreto y el por qué me hice ese tatuaje», Tyga.

«Si el cuerpo es un templo, entonces los tatuajes son sus vidrieras», Vince Hemingson.

«Los tatuajes solo son reales, si expresan una emoción. Tienen que contar un episodio de tu vida, decir a la gente quién eres y en qué crees. Solo así, merecen ser dignos de ser mostrados»,
A.M.O.R.

«Un tatuaje es ejemplo, de que la vida te regala hermosas heridas»,
Anónimo.

43
Siete años antes del crimen de Diego Pinteño

Sesión #1
13 de mayo de 2014
Centro Penitenciario de Mujeres
Alcalá de Henares, Madrid

El funcionario de prisiones, dejó a las dos mujeres en la habitación y salió al pasillo, desde donde vigilaba a la reclusa, a través de un ojo de buey.

—Hola. Mi nombre es Raquel Falcón —se presentó la mujer de treinta y cuatro años, apretando sus gafas de pasta contra la ternilla. Con suma delicadeza, deslizó la grabadora sobre la mesa—. Soy una de las psiquiatras de esta prisión… Por favor, tome asiento.

La reclusa, que vestía un mono azul marino y tenía el pelo de color negro, retiró la silla con el pie. Mediante un brusco gesto se sentó, encorvó los hombros hacia delante y controló la respiración para no parecer nerviosa. No se fiaba de la mujer que venía a entrevistarla. Anteriormente, aquel despecho pertenecía al antiguo alcaide, que tras la reforma que sufrió en centro penitenciario, quedó en desuso. La decoración estaba compuesta por: un plafón de cristal encastrado en el techo, papel rojizo en las paredes, una mesa de madera bastante robusta en el centro, varios muebles color abedul con cajones a los que les faltaba los tiradores, tres sillas de distintos fabricantes, un puñado de libros recostados sobre un estante y una ventana abatible con bonitas vistas al exterior de la prisión… en definitiva, un rincón acogedor para Ana. «Nada que ver con la triste celda de hormigón donde me consumen los días», pensó la rea.

Teniendo en cuenta, que era la primera vez que tenían un careo, a la psiquiatra, no le gustó ni un pelo la postura que adoptó su paciente: advertía agresividad. También, le llamó la atención, su deplorable higiene personal y esos cabellos cortados a trasquilones que caían como mechones a la altura de su barbilla; sin lugar a dudas, la apatía social hacia sí misma y contra el mundo, se había instaurado en ella.

—¿Qué quiere de mí? —le cortó la prisionera olfateando ruidosamente, el agradable perfume que rezumaba la chaqueta roja de la psiquiatra—. ¡Al grano!

—Antes de empezar, ¿cómo prefiere que la llame? —Raquel

repeinó sus rizos de leona con la mano—. Tiene nombre compuesto.

—Ana —espetó haciendo un rictus de desagrado.

—Pues Ana, mi intención no es otra, que rebajarle la pena al máximo para que pueda disfrutar de una segunda oportunidad. ¿Qué le parece?

Ana respiró hondo; desconfiaba de la propuesta. «Nadie da nada a cambio. A saber qué quiere esta hija de puta», caviló.

—¿Y por qué iba a hacer eso por mí? ¿Qué ganas tú con mi libertad?

—Para empezar, ese es mi trabajo —le aseguró mirándola a los ojos—. No sería psiquiatra si pensara que las personas no pueden cambiar. El cerebro se puede reprogramar para convertirnos en ciudadanos compatibles con la sociedad.

Ana se quedó con aquella frase —le resultó compleja, a la vez que alentadora—. No dibujó una sonrisa al oírla, ya que procuraba no regalar ninguna mueca que no fuera de asco o aversión, pero tenía que admitir que las palabras sonaron utópicas.

—Las personas no cambian… Y no creo que usted haga milagros.

—¿Me permite que la tutee? —preguntó y Ana asintió con la cabeza—. No se trata de mí, sino de ti y tus acciones. Tengo entendido, que ayer mismo, te peleaste con una compañera de celda a la que, tras golpearla, la desnudaste para humillarla ante el resto de reclusas. ¿Por qué?

Ana sonrió, no pudo detener su expresión a pesar de sus esfuerzos.

—Porque me recordó a la persona que más odio en este mundo: mi hermana. Le tengo dicho a los guardias que no me pongan compañeras rubias de ojos azules… es una provocación para mí.

Hubo un silencio. Luego, un juego de miradas y seguidamente, una charla.

—Entiendo… Ahora vamos con los formalismos —la psiquiatra extendió sus uñas de gel sobre la grabadora, pulsó en botón REC y dio paso a la entrevista—. Sesión número 1, con la reclusa número 8734531. 26 años, mujer de rasgos caucásicos. Ingresada por parricidio y tentativa de homicidio. Condena impuesta por el juez: diecisiete años, de los cuales ha cumplido ocho, sin provocar incidentes reseñables dentro de la instalación penitenciaria. Yo, Raquel Falcón Tinajero, procedo a evaluar su conducta y su estado mental, a fecha de 13 de mayo de 2014.

—¡Ocho años! —exclamó con aires de melancolía, contemplando desde su asiento el horizonte que escupía la ventana situada en la segunda planta del edificio—. ¡¿Si parece que fue ayer?!

—Son muchos días privada de libertad. Qué se te hayan pasado de una manera fugaz es un buen síntoma.

—No me refiero al paso del tiempo —se recolocó en la silla

poniéndose más recta—. Me refiero a lo fresco que tengo el recuerdo de la muerte de mi padre, mientras se le abrían llagas en su piel bajo el fuego. ¡Snif! —aspiró el aire de manera ruidosa por la nariz—. Aún huelo su carne chamuscada y veo su piel arrugándose como un plástico ante las llamas.

Ana recreaba aquella espeluznante escena, dejando la mirada firme y sus facciones congeladas; parecía catatónica. Raquel Falcón, usando un tono amistoso, la sacó de sus ensoñaciones.

—Tranquila. Sí estoy aquí, es para ayudarte. Para borrar esos fantasmas del pasado que tanto te atormentan. Pero, para ello, necesito que te abras y me hables de ti —le explicó comportándose de manera informal con la presa; quizá poco profesional, pero era su método—. Confía en mí.

Ana giró la mirada lentamente hacia su entrevistadora. Y pensó en la forma de cambiar la dinámica de la entrevista, con el fin de ser ella, quién llevase el control de la situación.

—¿Usted tiende a soñar? ¿Es de las que cuando ven una peli de miedo, no pueden pegar ojo? Porque mi vida es cruda.

—No me voy a asustar con tu pasado —respondió con contundencia sacudiendo la caspa de su chaqueta rojiza—. Igual, si yo te contara a ti todo lo que he escuchado de otros criminales, serías tú la que no te atreverías a cerrar los ojos.

—¡Ja…, ja…, ja! —carcajeó con cierto retintín Ana—. Veo que esto va en serio.

—Cuéntame tu infancia. Indaguemos en tu pasado. Quiero saber qué factores determinaron a la mujer que hoy tengo delante.

—¡¿De veras?! ¿No tiene otra cosa mejor que hacer, que escuchar el calvario que viví en el pasado? ¿No le gustaría mejor saber que haría si estuviera en libertad? —la psiquiatra se encogió de hombros —. ¡La libertad! Haría lo que fuera por pasear por la calle y pegarme caprichos. Tengo una gran lista: echar un buen polvo, meterme en una bañera de agua caliente, ver una película, pintar un cuadro.

—¿Pintar un cuadro? —se interesó la psiquiatra—. ¿Te gusta la pintura?

—Me apasiona —agachó la vista—. Pero ¿a quién le importa?

—A mí me resulta interesante. Se necesita talento, paciencia y una visión abstracta, para plasmar una idea en un lienzo.

—Pues a mi padre, le parecía una pérdida de tiempo… Él solo tenía ojos para mi hermana. Ella era buena en matemáticas, en lenguaje, en religión…

—Viajemos a esa infancia —le cortó—. ¿Qué edad tenías cuando te interesaste por la pintura?

Ana sacudió la cabeza varias veces, ordenando los mechones de su cabello sin tocarlos. Raquel Falcón, pudo apreciar como sus ojos

marrones no tenían matices ni brillo, simplemente eran lisos. Sus pupilas negras permanecían estáticas ante las emociones. La presa se agitó en la silla, como si estuviera incómoda y cuando parecía que iba a levantarse para abandonar la sala; se repantigó y comenzó a narrar su infancia con los párpados cerrados.

—Vivíamos en Getafe. En un chalet con jardín y piscina. Los cuatro: yo, mi madre, mi padre y mi hermana —el orden en que se colocó Ana y la distancia con su hermana, llamó la atención de la psiquiatra; y lo anotó con ayuda de un Pilot negro en su libreta, como un detalle a tener en cuenta—. Todo marchaba bien, pero fue a la edad de siete años, cuando mi madre se fue para siempre… y todo se fue a la mierda.

—¿Se fue de casa?

—Se fue del mundo —sentenció—. Una subida glucémica y ¡zas! Murió.

—¿Cómo se llamaba?

—Igual que mi hermana —puso la narradora cara de asco—: Rosa.

—¿Cuántos años te llevas con ella?

—Yo soy la hermana mayor… Bueno, era —mostró una sonrisa maquiavélica—; ahora soy hija única y ella un saco de huesos.

Raquel buscó algún rastro de lástima en Ana, pero sus facciones permanecían inmutables, como si llevara puesta una máscara de porcelana.

—¿Sueles hablar con tu madre a pesar de estar fallecida?

La presa se pensó la respuesta. No sabía si confesar la verdad o fingir que estaba cuerda.

—Ya no. He aprendido a pasar de ella. Es cierto, que tuve una época en la que le reprochaba, que me hubiese abandonado. Con ella a mi lado, yo hubiese sido otro tipo de mujer: es difícil crecer sin cariño, ¿sabe?

—Me imagino tu dolor…

—No se haga la compasiva, conmigo —la frenó—. No quiero dar pena. Usted no sabe nada de mí. Solo, lo que pone en ese informe.

—No, solo te muestro mi apoyo Ana —la llamó a la calma—. ¿Piensas que los motivos que te llevaron a prisión, vienen propiciados por el hecho de no tener madre?

La prisionera miró el techo de escayola con los ojos anegados, como si de esa manera pudiera contener las lágrimas. Mostró por primera vez un sentimiento distinto al asco. Con la voz entrecortada, sollozó.

—Era la única que ponía equilibrio en mi familia… Rosa era el ojito derecho de mi padre y yo, el de mi madre… Perdí mi único apoyo.

—Nadie decide padecer una enfermedad, y a tu madre

simplemente, le llegó su hora. No le guardes rencor por algo que no eligió.

—Mi madre no me hizo con amor. Solo hay que verme. Nací primera y no me puso su nombre, tampoco heredé sus cabellos rubios, ni su dulce carácter… seguro que fui fruto de una noche de borrachera con el imbécil de Tobías.

—¿Tobías? —quiso saber—. ¿Quién es?

—Mi padre —espetó cortando sus lágrimas en seco, como si hubiese estado fingido el llanto—. No me gusta llamarlo como tal. Prefiero nombrarlo por su nombre de pila… como si fuese un completo desconocido que no lleva mi sangre.

Raquel buscó entre los documentos que traía, hasta que halló la sentencia del juez. Sin levantar la vista del folio, le preguntó.

—En el acta del juicio, no veo que justificaras el parricidio, alegando que tu progenitor abusara de ti. Sin embargo, lo mataste —levantó la mirada—. Ahora, en intimidad y confianza, te quiero formular la misma pregunta. ¿Tobías te hacía tocamientos? ¿Te obligaba a hacer algo que no querías?

Ana abrió sus párpados más de lo normal. La psiquiatra pudo ver una malicia en sus ojos, que advertían que aquella presa de cabellos finos y constitución delgada, no era nada frágil; más bien era una bomba que detonaba cuando se sentía amenazada. Y así, se lo hizo saber. La reclusa se abalanzó sobre la superficie de la mesa y aprovechando la inercia, le escupió en la cara a la psiquiatra. En pie, le lanzó su respuesta.

—No hace falta que un hombre te roce con las manos, para que te sientas herida, ¿verdad? Todos le dan importancia al sexo, al abuso físico. Pero ¿qué hay del alma, del amor, de los sentimientos? Le diré una cosa, psiquiatra comecocos, las heridas de verdad no tienen nada que ver con las agresiones físicas; van por dentro y calan hondo en el corazón. Y ese daño, es el que me alentó a quemarlo vivo.

El funcionario de prisiones que la custodiaba, entró en la sala y se llevó a la reclusa de vuelta a su celda. No se lo puso fácil —tuvo que reducirla a golpe de porra—. Cuando la puerta se cerró y los gritos se desvanecieron, Raquel Falcón apagó la grabadora. Sacó un Kleenex de su bolso de polipiel y con total parsimonia, se limitó a frotar las gafas desde las patillas hacia los cristales. «Ana Olmedo, eres un diamante en bruto para cualquier psiquiatra», se emocionó, mientras trazaba círculos sobre las lentes. Sabía que no iba a ser fácil reinsertar en la sociedad a aquella psicópata, pero no tuvo que convencerse demasiado, le encantaban los desafíos.

44
Seis años antes del crimen de Diego Pinteño

Sesión #4
Primavera de 2015
Centro Penitenciario de Mujeres.
Alcalá de Henares, Madrid.

Raquel Falcón, llevaba unos minutos ganándose de nuevo, la confianza de Ana Olmedo. Cuando pensó que la tenía en el bolsillo, comenzó con las preguntas que realmente le interesaban.

—Háblame de tu padre. ¿A qué se dedicaba Tobías?

Ana se había cortado el pelo por los hombros y tenía una mirada más brava desde la última vez que ambas se vieron. Raquel supo que lo estaba pasando mal. Sobre la mesa había dos vasos de agua y Ana ya se había bebido el suyo de varios sorbos. Demostraba cierto nerviosismo. Tras saborear el líquido insípido, como si tuviera un gusto distinto al que le ofrecían en la celda, respondió.

—Era gerente de un pub. Se iba por la tarde noche y el muy cabrón, volvía a altas horas de la madrugada. Dejaba a sus dos hijas con una canguro adolescente, que pasaba de nosotras y se ponía a ver la televisión.

—Tenía que manteneros. Es algo normal, Ana. El dinero no crece en los árboles.

La reclusa elevó el dedo anular, como haciendo una peineta. En su falange pudo leer la palabra “AMOR”.

—¿Te gusta? Me lo han tatuado aquí. Tengo entendido que no es delito hacérselo.

Raquel iba entendiendo su conducta. Cuando a su paciente no le interesaba responder a algo, cambiaba de tema, intentando evadir las respuestas que le incomodaban.

—No está tipificado dentro del sistema penitenciario como falta grave, pero está prohibido por temas de salud —le aclaró—. Respecto al diseño, se trata de una bonita palabra. ¡El amor es el tesoro más grande que uno puede dar!

—Es curioso, que las iniciales de mi nombre y apellidos, formen la palabra «amor», cuando en esta vida, sea lo que menos he recibido — puso cara de asco.

—¿Te dolió?

—¡¿Una aguja entrando y saliendo de la piel con tinta?! ¡Bah! Eso no es dolor. No, no lo es —se reiteró con una sonrisa que mostraba sus dientes amarillos y enmarcados en sarro—. El daño verdadero no dura una hora, dura toda la vida.

Raquel anotó en un folio la palabra que Ana repetía sin cesar, aquel pleonasmo de sufrimiento, que tenía como protagonista al propio dolor.

—Yo tengo un tatuaje —aseguró Raquel agarrando en un manojo su melena de leona y mostrando su nuca desnuda a Ana—. ¡Levántate!

Raquel miró al vigilante, dándole a entender que le permitiera acercarse a ella. Ana se elevó de la silla. «Esta en los huesos», pensó la psiquiatra al ver aquel pantalón azul marino, danzando alrededor de sus piernas a cada paso. Bajo su camiseta de algodón, apenas se divisaba la protuberancia de sus senos. La reclusa caminó hasta Raquel, acercó sus ojos al cuello y se alejó haciendo morisquetas, sin entender que significaba aquella flecha enrevesada que imitaba el símbolo de infinito.

—¿Qué mierda es esa? —se quejó—. ¡Es minúsculo!

—Es de diseño minimalista. Me apetecía hacerme algo simbólico. A veces, las pequeñas cosas dicen mucho más, que las que parecen muy complejas —le explicó esperando a que Ana volviera a su silla.

—¿Y qué misterio encierra esa flecha? ¿Infinito?

—*Malin*. Se llama *malin* —respondió mulléndose los rizos a base de leves golpes—. Es un símbolo sueco. Viene a decir que la vida tiene sus dificultades, y que hay que aceptarlas para seguir adelante.

—¡Eso es lo que necesito! Un cambio en mi vida —exclamó Ana sorprendida.

—Tu comportamiento está siendo ejemplar. Me comentan los guardias que no has agredido y desnudado a ninguna presa para humillarla en este último año —la miró a los ojos para ver su reacción —. Voy a pedir tu traslado a otro módulo menos restrictivo.

Ana no pudo ocultar su entusiasmo y se colocó las manos delante de la boca. Raquel aprovechó ese instante, para llegar al punto que le interesaba.

—Volvamos a tu infancia. Ya me has dicho que tu… —se autocorrigió ignorando la palabra «padre»—. Tobías, trabajaba mucho, ¿pero hacía algo para cubrir ese vacío? ¿Os recompensaba con viajes en familia?

Ana subió el talón al asiento y colocó la rodilla frente a su cara, sujetando una pierna con ayuda de sus manos esposadas. Raquel anoto en su libreta, aquella reacción en la que usó su extremidad como parapeto, donde protegerse de las incomodas preguntas.

—Nos llevaba a parques públicos, a una heladería del centro y, sobre todo, a la casa de campo de mi abuela Mariola —puso un tono

más tierno al pronunciar el último nombre—. Aquel lugar era especial para mí. El río Lozoya abriéndose paso entre la vegetación, el ruido del agua cayendo de la presa como una melodía relajante… Pero a mí, no me entusiasmaban las salidas de a tres. Solo quería quedarme en casa y tener su atención… Una cosa tan simple, que parecía un mundo.

—Seguro que hacía otras cosas. Pero igual no las apreciabas. Nuestra visión, de cuando somos niñas, es muy egocéntrica.

—¡Tobías, solo tenía malas ideas! —se jactó—. El muy estúpido hizo una piscina en el jardín… no se imaginaba lo que estaba a punto de sucederle.

—¿Qué ocurrió?

—Se arrepintió toda su… vida —apretó sus mandíbulas al soltar la última palabra. Ana no paraba de mirar el cristal de la ventana, como si fuese un ave deseando emprender el vuelo—. Yo debía tener unos doce años y mi hermana diez. El muy imbécil, decidió construir una piscina muy profunda. ¡Casi olímpica! ¿Lo ves coherente? ¡Éramos dos retacos! —Ana puso cara de boba—. Empleó un mes en hacerla. Una vez la terminó, decidí asomarme. Sin agua, aquello parecía una tumba; un precipicio, un agujero para arrojarse al vacío… Estuve tentada de saltar, no te voy a mentir… ¡Siempre fui curiosa! Pero no lo hice, me senté al borde, mientras él la llenaba con una manguera. Y esperé a que mis pies desnudos se mojaran y quedasen inundados. Una vez llena, Tobías se metió con mi hermana Rosa en los brazos. Eso me molestó mucho. ¡Su favorita! —exclamó con retintín—. No tardó en darse cuenta, de que había construido una especie de embalse, en vez de una piscina. Entonces, nos pidió bajo nuestra responsabilidad, siendo niñas de diez y doce años, que no nos metiéramos en la piscina por la zona más baja —sacudió su cabeza lentamente—. Él se fue a dormir ¡Desoímos su advertencia! ¡Éramos traviesas! ¿Qué podía esperar de dos hermanas de edades parecidas? Supongo que esa fue la última siesta tranquila que tuvo en su puta vida… ¡Ji, ji, ji! —sonrió con sorna. Luego demostró su narcisismo al narrar la escena con ella en primer lugar—. Yo y Rosa, comenzamos a jugar en el borde de la piscina. Nos lanzábamos una pelota de goma roja, descolorida. En una de esas veces, Rosa trastabilló y cayó de espaldas al agua. Pensé que Tobías iba a venir como un superhéroe a rescatarla, como siempre hacía. Pero no, no vino. ¡Le falló a su hija favorita! Yo me quedé paralizada. Mi hermana no sabía nadar, yo tampoco; pero solo tenía que salir a correr para alertar al somnoliento de Tobías. Pude haberlo hecho, pero algo dentro de mí me dijo que no me moviera. Recuerdo sentir paz, mientras la observaba, como si tuviera todo el día por delante. Rosa se ahogaba, pataleaba y daba manotazos; yo en cambio no sentía nada, no sufría por ella —pausó mirando el vaso lleno de

agua de la psiquiatra y se quedó allí fija como si su hermana estuviese chapoteando dentro—. Recuerdo cómo me miraba con sus molestos ojos azules, gimoteando, tosiendo, preguntando dónde estaba su querido papá en ese agónico instante —levantó la vista y pudo ver+ como la psiquiatra, contenía a duras penas las lágrimas—. Su cuerpo se hundió en lo más hondo. Sus cabellos ondeaban rubios, como algas de oro sucumbiendo al vaivén de la corriente de la depuradora. ¡Y ese es el último recuerdo que tengo de ella!

«Su descripción poética, advierte de un claro desdoble realista con la que percibe toda la tragedia, signo de la demencia que le acontece», concluyó Raquel sacando un Kleenex y secando las lágrimas que se le saltaron con el sobrecogedor relato.

—¿Y qué pasó luego? —masculló, ya que realmente no quería seguir escuchando el macabro relato, pero así era su profesión—. ¿Cómo reaccionó tu padre?

—Tobías… To-bí-as —le regañó Ana, recalcando desprecio hacia su figura paterna—. ¡Imagínate! Ya no volvió a ser el mismo. Fue como si hubiese roto con mis propias manos, la rama que más apreciaba, de su patético árbol de la vida —silenció su relato para dejar aflorar un gesto de victoria en su cara—. ¡Hubiera sido tan fácil tenderle la mano o pedir auxilio! Pero no, no hice nada y a la vez, lo hice todo.

—¡Buff! —resopló Raquel, contemplando el tatuaje de "AMOR "del dedo índice de Ana; no tardó en entender que esa palabra carecía de validez y sentido, en el diccionario de las emociones de la reclusa. Y aunque todavía era pronto para sacar una conclusión determinante, pensó que la cadena de acontecimientos traumáticos, eran producto de una egolatría patológica por obtener el cariño desmedido de su padre —. Quizá, este suceso trágico fue un detonante en tu vida emocional. Es un trauma perder a una hermana y cargar con esa mochila ¿Sentiste cargo de conciencia?

Ana agitó sus escuetos hombros, para acomodarse en el respaldar de la silla, y luego, negó con la cabeza sacando los morros.

—Cuando la funeraria metió en una bolsa el pálido cadáver de Rosa, no sentí culpa ni remordimiento. ¡Fue fruto del destino! —se eximió de su inacción—. Si sentí el dolor de Tobías, nunca lo vi tan encolerizado… ¿Sabes que hizo el muy desgraciado? No, no me dio un abrazo: eso era demasiada muestra de apoyo hacia mi persona. Vació la piscina con ayuda de una bomba sumergible. La dejó con un palmo de agua y luego obligó a que me quitase la ropa. Me abofeteó, me reprochó lo inútil que era, por no ser capaz de cuidar de mi hermana pequeña. Sacó el odio que tenía guardado, desde que murió mi madre, y las pagó conmigo aprovechando el accidente —imprimió en su voz un tono lastimero—. Tras humillarme con insultos, me hizo bajar por la alta escalera de metal. Recuerdo que el agua me llegaba por las

rodillas y estaba bastante fría. Luego, retiró la escalera. Quedé atrapada y desnuda. Tobías me dijo que recapacitara, que era un castigo merecido —la reclusa golpeó la mesa haciendo ruido con las esposas. El funcionario de prisiones se asomó por el ojo de buey de la puerta de seguridad y Raquel le hizo un gesto de que todo estaba bajo control—. Estuve sola, durante toda la noche de velatorio, con la compañía de un cuervo que me miraba desde una rama en el árbol del jardín. Tenía miedo, creí que me quería comer los ojos… luego sentí compasión por él… el ave estaba tan sola como yo. Cuando mi padre regresó tras el velatorio, me tuvo que llevar al hospital por una hipotermia; cuando abrí los ojos, solo recuerdo a los enfermeros con sus batas verdes alrededor de mí. Me perdí el entierro. Pero eso me dio igual.

—Y después de aquel día, ¿tuviste una apreciación distinta de lo sucedido?

—¡Pues claro! —asintió Ana agitando el afilado mentón de arriba a abajo como si se tratase de una guillotina—. Me arrepentí de aquello. Convertí a Rosa en una mártir y a él, en un alcohólico que solo venía a casa a dormir la mona. A partir de ahí, comenzó mi pena —Ana cerró la boca y apretó la mandíbula hasta hacerla crepitar—. Un día apareció con un tatuaje de una rosa en su antebrazo. ¡El muy cabrón inmortalizó a mi hermana después de muerta! Eso no pude soportarlo. Fue un chasco para mí… La tinta quedó impresa en su piel, como si fuese una piedra tallada en memoria de alguien… Era como ver día tras día, la lápida de mi hermana, en el brazo del imbécil de Tobías.

—Acaba de terminar tu sesión Ana —le respondió con la voz rota —. Muchas gracias. En la siguiente sesión, seguimos hablando de este importante suceso, ¿entendido?

—No creo que vuelva… sinceramente.

Ana se levantó decepcionada y abandonó la sala cabizbaja, junto al funcionario que la custodiaba.

Raquel Falcón se desmoronó —se llevó las manos a la cara, comprimiendo el armazón de pasta de las gafas, contra sus cejas—. Y pensó en el tatuaje del brazo de Tobías, en la metáfora del cuervo sobre la rama y en cómo reproducía la humillación que sufrió, desnudando a sus compañeras de celda. «Su padre ha tenido bastante culpa en la conducta de Ana. Ha sido su detonante psicótico. Tengo que ayudarla a pasar página. Tiene muy presente su pasado; sobre todo, la falta de atención por parte de Tobías», concluyó. Luego se asomó por la ventana y miró fuera. La solución le vino al instante. «Tengo que alimentar su egolatría para que se sienta importante hoy y olvide su pasado. Puedo hacerlo. Lo mío es maquillar el buen estado de mis pacientes y darles una segunda oportunidad… lo merezcan o no».

45
Situación actual

Sábado 29 de mayo de 2022
9:00 de la mañana

La llovizna comenzó a azotar la cristalera del edificio de la UCO. El día fuera, no parecía mejor que dentro. Los componentes del equipo de investigación, llevaban ya horas tecleando, consultando informes y cotejando datos; la maquinaria de inteligencia contracriminal estaba en marcha, y solo era cuestión de tiempo, que tuvieran pistas sólidas sobre la identidad de Caronte. En la sala se encontraba sentada la teniente Verbeke junto a Iván Roca. En la cabeza de la mesa, se hallaba Lucas Mendoza con las manos ocultas tras un enorme portátil. También estaban los dos hombres que hacían todo el trabajo sucio de las investigaciones y pesquisas menores: los guardias Zamorano y Morientes —que iban en vanguardia como los míticos delanteros del Real Madrid—. El resto de sillas estaban desocupadas. Por primera vez en toda su vida laboral, el teniente coronel Miranda, llegó impuntual a la cita acordada. Su aspecto advertía que había sufrido algún tipo de contratiempo, ya que entró en la sala empapado en agua. Tenía el pelo aplastado hacia la frente y del bigote le colgaban gotas, que se resistían a precipitarse al vacío. Como un resorte, sus subordinados se pusieron en pie y lo saludaron al unísono.

—No está la cosa para dar los buenos días —dejó claro el teniente coronel en un tono seco y cortante—. El coche me ha dejado tirado y he venido a pie. Voy a mi taquilla a cambiarme de ropa. Vuelvo enseguida.

Nadie añadió nada más. El Teco salió por donde había entrado —con cada paso, dejaba charcos de agua—; su actitud dejaba claro, que estaba tenso por el devenir de los acontecimientos. Los agentes aprovecharon su ausencia, para ultimar los informes y así, responder con rapidez a las preguntas del teniente coronel. Miranda volvió de nuevo; vestía la ropa de ir a misa los sábados, ya que era la que guardaba en la taquilla, cuando se le hacía tarde en el despacho. Su indumentaria consistía en unos mocasines oscuros, pantalón de pana, camisa y jersey granate. Acostumbrados a verlo con el uniforme, en esta guisa, imponía menos —parecía un administrativo en vías de jubilación, en vez del teniente coronel de la Unidad Central Operativa —. Ante la mirada de sorpresa de los presentes, escribió en la pizarra blanca y a continuación, dio paso.

¿Quién es ANA?

—Agentes, está reunión es una toma de control para analizar en qué punto nos encontramos. Han ocurrido muchas cosas y no estamos dando la talla… ni mucho menos —agitó la cabeza como un perro sacudiéndose el agua del pelaje—. Ya estoy recibiendo presiones de los Mandos; y ya saben, la prensa nos hace un flaco favor dándole bombo a la noticia de los crímenes. Así, que pongamos las cartas sobre la mesa y juguemos nuestra mejor partida.

—¡Y eso haremos! —animó Verbeke a los suyos—. Estamos justo en el punto crítico. No vamos a rendirnos ahora.

—Hemos estado dando palos de ciego hasta el momento. Por suerte, tenemos nuevas pistas —respondió el teniente coronel, revelando la información de la que disponía—. Tras la confesión de Damián Tocino, hemos registrado la casa de Román Berasategui y en efecto, en una trampilla en el suelo del garaje, hemos hallado más de mil cartones de tabaco ilegal, todo un cargamento de fármacos de prescripción médica, además de burundanga, miau miau y otras sustancias supresoras del sistema nervioso; también hemos incautado dinero en efectivo y dos pistolas sin número de serie. Por lo que queda claro, que Román no era un simple carnicero amargado y machista, sino que su casa era el punto logístico de reparto de mercancía, para toda la sierra norte de Madrid.

Verbeke lo miró y resopló con fuerza; un folio salió despedido del mazo que tenía frente a ella, dejando a la luz el informe post mortem, con la foto del cadáver de Clara Tundidor, sobre la camilla de autopsias en el Anatómico Forense. Mediante un gesto reflejo, tapó la perturbadora imagen del cuerpo con su libreta Moleskine. No quería refrescar el recuerdo de aquella chica sin ojos ni cabellera. Ya había estado toda la noche soñando con ello.

—Prosiga.

El teniente coronel retomó la palabra.

—La situación actual es la siguiente: tenemos a tres cadáveres, dos desaparecidos que parecen sospechosos y una víctima que asegura haber escapado de su captora. Según la descripción ofrecida por Raquel Falcón, a Ana, le ayuda un hombre corpulento. En esa ecuación, hay tres posibles candidatos: Andrés Rufián, Rogelio Cortés y Juan Fenoy alias Rambo —hizo un silencio acordándose de un dato reciente—. ¡Ah! Y como noticia de última hora, han hallado en el embalse de El Atazar, un nuevo grupo de ropa.

—¿Otro? —se agobió Verbeke—. ¿Cuándo van a parar estos degenerados?

El teniente coronel hizo un mohín y les explicó el hallazgo.

—Se trata de un chándal con botones y un polo de color rojo. Es muy probable que pertenezca a Rogelio Cortés, el hermano del

alcalde. Siguen sin dar con su paradero.

—¡Joder! —expectoró Roca poniendo cara a aquel tipo que no andaba bueno de la cabeza y que interrogó en el puesto de Buitrago aquella noche—. Esperemos que el tonto haga perder la cordura a esa demente.

—¡Vayamos por partes! —llamó al orden el teniente coronel y señaló a Verbeke cediéndole el turno—. Háblenos de su entrevista con los familiares de Clara.

—Cuando acudí a casa de los Tundidor, me atendió su hermana. Valeria estaba a cargo de su abuela ya que el turno de la asistenta había finalizado. Se mostraba muy nerviosa y fue complicado hacerle preguntas. Me aseguró que Clara no tenía tatuajes —Verbeke fingió un silencio misterioso—. Respecto, a con quién se podía haber montado en ese coche, me aseguró que a Clara le gustaba tener aventuras fuera de su relación. Le hablé de la furgoneta y a priori, no le vino a la cabeza ningún amigo con ese modelo de coche. Pero si de algo estaba segura Valeria, es que Clara no tenía el carácter dócil como para sucumbir a una amenaza… por lo que no hay que descartar alguna conocida de su círculo, ahora que sabemos, que la mitad del monstruo Caronte, es una mujer.

—Bueno, eso dice Raquel Falcón —discrepó Roca—. Igual su mente, le jugó una mala pasada. No podemos dar fiabilidad a sus palabras y menos tras un shock.

El Teco Miranda agitó la cabeza absorbiendo la información recibida, tras engullirla, lanzó la pregunta al binomio Roca-Verbeke.

—Ahora habladme de la autopsia —quiso conocer, buscando en la mesa el informe post mortem de Clara Tundidor—. ¿Caronte ha actuado con ella de modo distinto?

—A priori, parece obra de otro criminal —aseguró Verbeke pasando su mano sobre la manga del cárdigan, palpando el relieve de su tatuaje—. Ya que Clara tenía: puñaladas repartidas por el torso, lesiones en los ojos e incluso, le habían arrancado la cabellera. Pero apareció desnuda en el río Lozoya y con una “A” tatuada. Por más que quiera disimular, su metodología persiste.

—¡¿Qué le ha habrá provocado ese cambio de tendencia sanguinaria?! —se asombró el Teco viendo las fotos de la autopsia de Clara. Su cara cambió esperpénticamente conforme leía los datos que se adjuntaban en el dossier—. Se ha ensañado con su víctima. ¿Será una advertencia?

Verbeke dio su punto de vista.

—Los asesinos en serie poseen hábitos indelebles a la hora de cometer sus crímenes. Pueden verse alteradas su manera de captar a las víctimas; el método que usa a la hora de abordarlas… digamos que se adaptan, con el fin de perpetuar su cometido a pesar de las

dificultades… Pero no en la forma —atajó—. En este caso, coincido con la conjetura del forense, parece que Caronte ha evolucionado.

—Yo creo que el teniente coronel tiene razón, sabe que le estamos siguiendo la pista y ha pagado su frustración con esta joven —Mendoza le mostró su apoyo—. Digamos que es una demostración de su poderío y de lo que es capaz de hacer.

—No —se mantuvo férrea en su decisión—. No se trata de una loca que va matando por placer. Si se ha comportado de otra forma, es por alguna razón. El cadáver tenía trece puñaladas en su torso —Roca apoyó el dato asintiendo con la cabeza—. No sé si trece, son los tatuajes que necesita para completar su obra o si trece, es un número importante para Caronte. Lo único que parece claro, es que sigue un plan y está dispuesto a consumarlo.

—A mí me dio la impresión de que quería borrar ciertos rasgos: los ojos azules, su cabello dorado… —enumeró Roca haciendo alusión a su belleza—. Además, esas puñaladas no estaban al azar, conformaban una rosa.

Mendoza quedó ojiplático.

—¿Una rosa? Esa flor puede ser un mensaje, un símbolo —pensó en voz alta el teniente coronel.

—Una rosa puede representar la pureza, la inocencia —respondió el sargento Roca poco convencido de lo que decía—. Vete a saber.

—¿Esta vez no se llevó el tatuaje? —intrigó Mendoza bajando la pantalla de su portátil.

—No tenía. Ya me lo advirtió su hermana. Y en su cuerpo no había ninguna herida avulsiva que pudiera indicar que hubiese uno en su lugar. Esta vez, ha sido todo distinto. Aunque si he de resaltar, que el agresor le tatuó una letra “A” en su cuerpo. Parece que los marca, los rubrica. Tengo la duda si esa vocal pertenece a Andy o Ana —lanzó el acertijo a sus compañeros de los cuales, ninguno respondió.

—Sería bueno cotejar el parte médico de Raquel Falcón, para saber que cuadro de lesiones presenta —aconsejó Roca mesando su barba de hípster—. Saber si ha sido narcotizada o si tiene algún tatuaje que pudiera interesarle a Ana.

Miranda hizo memoria y recordó los detalles de cuando fue a visitar a la testigo al hospital.

—Le han arrancado de cuajo uno que tenía en la nuca. Su marido me hizo un dibujo del diseño en una nota. Se trata de una flecha torcida como el signo de infinito —trazó en el aire el ocho tumbado—. También presenta llagas en los talones de caminar descalza durante horas y alguna magulladura en las muñecas que indican que fue maniatada. Su análisis de sangre indica que fue narcotizada con escopolamina y algún tipo de relajante muscular. Por lo que, el uso de sustancias opiáceas, podría explicar que una mujer llevara a cabo con

tanta facilidad, el rapto de esos jóvenes —soltó una connotación que sonó un tanto machista—. Su médico no nos permite verla, ya que el shock, la tiene sumida en una crisis nerviosa —aclaró—. Pero esa mujer es oro y esta noche, iré a presionar a la dirección del hospital para que me permita sacarle toda la información posible.

—¿En qué hospital está ingresada? —intrigó Verbeke.

—En el Hospital de la Paz.

Verbeke, quedó pensativa tras la respuesta. Sabía a ciencia cierta, que la fuente de todas esas drogas que usaba la asesina, estaban siendo suministradas por la pareja de su hermano Joaquín, a través de Rambo. Y pensando en la desdicha de Verónica Pedraza, Clara Tundidor y el resto de víctimas, decidió dar el paso y dejar de encubrir al novio de Gabriel.

—Yo quería hablar sobre un tema… Sé de buena tinta, que están saliendo de manera fraudulenta medicamentos de la farmacia de ese hospital, entre ellos, relajantes musculares. Y conozco quién es el sujeto que trapichea con ellos. Se llama Joaquín.

El teniente coronel taladró a la teniente con la mirada. «¿Por qué me ha ocultado esa información?», se preguntó. Luego, puso voz a su pensamiento.

—¿Y qué le hace pensar que ese tal Joaquín, tiene algo que ver en todo esto? ¿Qué certeza tiene de ello?

—Por desgracia, se trata del novio de mi hermano. Gabriel me confesó que Joaquín, le vendía estos relajantes musculares a un tipo llamado Rambo.

—¿Y dé que cojones conoce tu hermano a Rambo? ¿Puede tener información sobre ese sujeto? No deberías ocultarme estas cosas, teniente. Trabajar en la UCO requiere de sacrificios que van más allá de los propios intereses de cada uno de nosotros.

—Es una historia algo compleja… Pero por hache o por be, salió el nombre de Rambo. ¡Eso es lo importante! Solo nos queda averiguar si es cómplice o una víctima más de Caronte.

El teniente coronel ensombreció su mirada. Conocía el historial delictivo de Gabriel y sin dudar de la confesión de Verbeke, envió a Zamorano y Morientes a que fueran a detener al custodio de la farmacia del hospital. Luego, dio un descanso a su unidad, para que bajasen a por un café, mientras tanto, llamó a Nekane para que aportara los datos recogidos en el registro de la casa del sospechoso. Los compañeros salieron uno a uno en dirección a la sala de descanso. Verbeke, se quedó sola, con la mirada hundida sobre la foto de las trece puñaladas que formaban una elaborada rosa en el abdomen de Clara y pensó: «Quién lo ha hecho, tiene mano para las artes plásticas». Tras halagar la técnica empleada en la posición de las puñaladas, su mente abstracta enlazó la rosa con la floristería de su

hermano y fantaseó telepáticamente, con confesar a su hermano que había destapado el chollo de su novio. «Ya lo he hecho, Gabriel. No hay vuelta atrás. He delatado a Joaquín y a lo hecho, pecho. Sé que jamás me lo perdonarás. Pero, una hace lo que tiene que hacer y, estoy acostumbrada a caminar sola por la vida», asumió su culpa.

46
Sobre Juan Fenoy alias Rambo

Nekane, Mendoza y Roca, acudieron a la reunión. Dentro, ya estaba Verbeke sentada en su silla. El teniente coronel, con los dedos metidos entre las lamas de la persiana veneciana, contemplaba los nubarrones que enturbiaban el cielo de Madrid. «Se avecina tormenta», auguró. A continuación, miró su reloj y abrió el turno de preguntas.

—Sargento, usted fue a investigar al King Sport Gym, ¿cuéntenos cómo llegó hasta Juan Fenoy alias Rambo?

—¡Todo fue sobre ruedas! —alardeó—. Una de las monitoras del gimnasio, reconoció la camiseta nada más verla —encogió uno de sus hombros para rascarse el mentón—. Me facilitó dos direcciones y una de ellas, me llevó hasta Rambo. Una vez en El Atazar, no hayamos a nadie en la vivienda, pero un vecino nos aseguró que llevaba unos días sin dar señales de vida por el pueblo; cosa que le llamó la atención, ya que este tipo, al parecer, es un follonero de cuidado —miró a Verbeke recordando las palabras del anciano—. Como dato de interés, su vecino, Casimiro, nos aseguró que Rambo se veía asiduamente con una chica de pelo negro que conducía una Citroën Berlingo gris.

El teniente coronel anotó los datos en la pizarra y se alegró por el buen hacer del equipo de investigación. «Lo importante es poner negro sobre blanco, aunque luego la mitad de las pistas haya que desecharlas», pensó. Luego, dio paso a otra compañera.

—Nekane, usted viene de registrar la casa de Rambo, ¿algún dato relevante?

—Hemos encontrado un poco de todo —aseguró la agente de piel negra y dientes perlados—. Tenía una catana, dos navajas y un puño americano. Algunas macetas de marihuana, relajantes musculares, morfina, y otras sustancias que deberían ser prescritas por un facultativo en medicina… Pero eso no es todo, en una palomera que tenía en el tejado de su casa, en un doble fondo, guardaba las drogas que más me preocupan y que hablan de sus hábitos delictivos: un bote de escopolamina y dos de Popper.

—Un mal sitio para conservarlos —discrepó el teniente coronel—: a pleno sol.

—¡¿Escopolamina?! ¡No esperaba menos! La burundanga tiene la propiedad de actuar contra el sistema nervioso y, además, impedir la

memorización. Por lo que es un arma ideal para llevar a cabo una violación o un rapto —teorizó Verbeke, enfatizando con las manos—. ¡Menuda joyita ese tal Rambo!

Nekane añadió.

—En una de las mesitas de noche, encontré ropa interior femenina y en los roperos había pantalones vaqueros y jerséis de mujer. No hay restos de sangre por ningún sitio. Pero sí ha sido llamativo, encontrar una batería para una máquina de tatuar; además de infinidad de libros sobre el arte del tatuaje. Lo más relevante: dos carteras con carnet de identidad; una pertenece a Diego Pinteño y la otra a Raúl Gallo.

—¡Rambo está en el ajo! ¡Está claro! —obvió Verbeke—. Respecto a su personalidad, el hecho de que no se haya desecho de los DNI, me hace pensar que este tipo no tiene muchas luces y menos para estar oculto tanto tiempo de nosotros —el teniente coronel borró parte de la pizarra y puso a Ana y Rambo, metidos en un círculo con ayuda de su rotulador borrable—. Por lo que intuyo, que se trata de un tándem de criminales: Ana es la inteligencia, la seducción; Juan Fenoy, la fuerza bruta.

—¿Cómplices? Pero entonces, ¿por qué ha aparecido su camiseta y su pantalón? —discrepó Roca tronándose los nudillos—. La hallamos en el río, y eso solo ocurre, con las víctimas a las que luego mata.

Todos quedaron pensativos, procurando aportar lógica al rol de Rambo en todo este asunto.

—Igual, el cabo Mendoza, nos puede arrojar algo de lumbre. Exponga a sus compañeros lo que ha averiguado sobre los sospechosos.

El sevillano, bajó la pantalla del portátil y tomó el tocho de informes impresos que tenía al lado derecho; le dio un repaso rápido y explicó ante los presentes.

—Sobre el piragüista, Román Berasategui, tengo novedades candentes. Al parecer acudía al locutorio para hacer ingresos a una cuenta en concreto: a la de Juan Fenoy. Por lo que, una vez más, este individuo con apodo Hollywoodense, parece guardar una relación directa con todas estas desgracias. Eso nos condujo a buscar la reseña policial de Juan Fenoy, ya que por Rambo, no estaba inscrito. Descubrimos que este tipo tiene antecedentes por delitos contra la salud pública, lesiones, amenazas y agresión sexual. Estuvo implicado en una violación grupal de una adolescente alemana en Valencia, hace ya unos siete años. La prensa los llamó como: “la manada de las Fallas” —todos asintieron recordando el titular—. Finalmente, cumplió cinco años en prisión. Por eso tiene ese tatuaje: un alambre de espino con cinco nudos. Cada uno de ellos, representa un año de condena cumplida.

—No podemos descartar su implicación en los secuestros, está claro

—alertó Verbeke a los suyos—. Parece un tipo susceptible a cometer delitos.

—No hay que descartar que el hallazgo de su ropa, sea una estratagema para confundirnos; una coartada para hacernos creer que es una víctima más —sugirió Roca—. No sería la primera vez que los criminales buscan estos propósitos.

—Rambo y Ana, ¿en qué momento el destino une a dos perturbados? Es una coincidencia de lo más cruel —se indignó Mendoza clamando al cielo.

—El hecho de que haya aparecido su ropa en el cauce del río, también da lugar a pensar que en algún momento hayan discutido, y que uno se haya impuesto sobre el otro —conjeturó la teniente Verbeke, pasando la palma de sus manos por encima del pantalón—. Suele ocurrir, que el cómplice más sumiso, se subleva contra el dominante y acaban matándose entre ellos. En ese rol de sustitución, ha podido meter en sus planes a alguien manipulable, tal vez un disminuido mental: Rogelio Cortés. Aunque también ha aparecido su ropa.

—No descartemos a Andrés Rufián, el tatuador —intervino Roca—. De él no ha aparecido su ropa motera y, además, sabe tatuar. Por no hablar de la A que deja marcada en los cadáveres: puede ser tanto A de Ana como A de Andrés.

Miranda puso un interrogante enorme en la pizarra. Los acontecimientos no estaban nada claros. Sumido en un mar de dudas, dio su parecer.

—No hay que descartar nada, caminamos sobre un hielo muy fino. Y cualquier paso en falso puede dejarnos descolocados de un momento a otro. Así, que prudencia con las nuevas hipótesis. Procuremos no lanzar más supuestos al aire, así no crearemos tantos interrogantes, ¿entendido?

—Tenemos que hablar con Raquel Falcón y que nos cuente dónde estuvo retenida —sugirió Verbeke elevándose de su silla—. Que nos dé más pistas sobre Ana… y sobre su cómplice. Esto hay que pararlo, sí o sí.

El Teco puso las manos al frente y llamó a la calma.

—Antes, vamos a ir a interrogar al tatuador. No hay que olvidar que todo esto va de tatuajes y que en esa firma que deja en las víctimas, aparece la letra inicial de su nombre: una «A». Igual, es el tercero en discordia.

47
Cinco años antes del crimen de Diego Pinteño

Sesión #10
Verano de 2016
Centro Penitenciario de Mujeres
Alcalá de Henares, Madrid.

«El sol rasca el cristal de la ventana con ahínco, juega con los barrotes de hierro, los funde y libera a las presas de sus celdas», recitó Ana Olmedo, inspirada por la creatividad poética que en ocasiones se activaba en su mente. Y es que llevaba tanto rato en silencio esperando a la psiquiatra, que su cabeza había entrado en piloto automático. De pronto, un pitido la alarmó y la puerta de metal se abrió. Raquel Falcón entró en la habitación con una falda corta, chaqueta negra y unos botines de piel. Hoy estrenaba gafas de pasta roja y su cabello parecía más pelirrojo que nunca.

—Perdonadme —se excusó con el funcionario de prisiones y con la rea—. Mi marido tiene una óptica y acaban de atracar a la chica que la regenta. Parece que la delincuencia está cada vez más presente por el barrio.

—Disculpas aceptadas —respondió Ana que había ganado algo de peso corporal en todo este tiempo—. Quién espera un año sin tener noticias de usted, espera cuarenta minutos de retraso.

—Lo siento. De ahora en adelante, nos veremos cada seis meses —le guiñó un ojo tras las lentes—. Tu conducta en prisión está siendo ejemplar.

Ana esbozó una sonrisa. Se mostraba más abierta a conversar, ya que Raquel, era la única persona del exterior con quién tenía la oportunidad de hablar. Sintiéndose cómoda y en confianza, le preguntó sobre el negocio que regentaba.

—¿Dónde tiene la óptica? —intrigó rascándose la cabeza con ambas manos—. ¿Aquí en Alcalá de Henares?

—No. En el centro de Madrid. Llevamos cinco años con el negocio. Mi marido es el que se encarga de atenderlo. Y de momento, nos va bien. Las gafas han pasado de ser un complemento que producía complejo a las personas, a convertirse en un imprescindible de la moda de hoy en día.

—Cuando salga de aquí, iré a su óptica y me compraré unas gafas

bien guapas. Mi vista ha empeorado por la oscuridad que hay aquí dentro. Y tiene razón, las monturas de hoy en día son muy elegantes e incluso favorecen —sonrió y echó sus hombros hacia adelante, apoyando sus codos con psoriasis sobre la mesa—: Sin ir más lejos, usted parece más inteligente de lo que es, solo por el único hecho de llevarlas.

—La imagen es muy importante Ana —retocó su peinado con las manos como si sus dedos fuesen un horquillo de madera moviendo la paja—. Cambiar de aspecto es cambiar de actitud. Hay mucha gente que incluso transforma su personalidad a través de su fachada. Por cierto, veo que has ganado peso.

—Desde que me cambió de módulo: descanso mucho más, como mejor y tengo menos estrés. Quizá todo sea fruto de que en este pabellón las presas no son tan agresivas; Son normales —abrió la boca y bostezó—, como yo.

La psiquiatra se quedó con aquella afirmación clavada entre sien y sien. Ana se declaraba como normal, a pesar de haber quemado a su padre y dejado que se ahogara su hermana delante de sus narices. Aun así, seguía con su plan de reintegrarla en la sociedad a toda costa, con el simple propósito de ganarse un nombre en la profesión y encontrar así un sitio en la cima de la psiquiatría. Ya estudiando en la facultad, hubo un profesor que le auguró que tenía un don innato para cambiar a las personas. Para manipularlas a antojo…

—Me alegro —dictó expresándose de una manera poco profesional, mostrando una conducta experimental que no respondía a lo aprendido en la carrera—. Sí sigues así, en pocos años, estarás merodeando el escaparate de mi tienda para ver qué modelo de monturas, les van a tus facciones.

—¡Ojalá se cumpla esto que me acaba de decir! No hay nada en este mundo que me pueda hacer tan feliz como la libertad —se entusiasmó, restregando las esposas por la mesa—. Pero, le estoy agradecida, ya ha hecho bastante con cambiarme de módulo.

—¡Lo conseguiremos, Ana! Ya verás —Raquel tomó un informe de prisión. Lo releyó elevando la vista por encima de las gafas y le aplaudió su actitud entre rejas—. Veo que te has apuntado a varios talleres: pintura, recitales musicales y poéticos, animación a la lectura…

—Siempre fui muy artística. Cosa que Tobías nunca apreció —se indignó Ana mordiéndose el labio.

—¿Qué libro ha sido el último que has leído?

—Uno de un japonés. Una biografía de un médico forense: es un artista visionario. Sinceramente, me dio que pensar. El autor se llama Fukushi Masaichi. Descubrió que la tinta de los tatuajes, curaba las heridas que provocaba la sífilis en la piel.

—¡Vaya! No me suena esa historia —se sorprendió Raquel—. ¡Qué curiosa!

—El "japo", era una eminencia en su campo. Me ha inspirado su historia, y sobre todo, me sorprende como su paso por la vida, ha quedado inmortalizada para el resto de generaciones, en un libro. Supongo que eso es lo que tiene la fama: te hace imperecedero con el paso de los años. ¡Algún día haré una obra que todos recordarán! —se entusiasmó—. ¿Te imaginas que yo, saliera en una novela o en un periódico? Mis penas y mi lucha por ser una mejor ciudadana, se convertirían en algo eterno, a lo que la gente podría recurrir después de yo muerta… Sí lo consigo, en parte, sería gracias a ti; ya que entre rejas nadie se hace famoso por su talento. Fuera… fuera todo es posible.

A Raquel se le encendió una lucecita. El salón de la fama solo pertenecía a unos cuantos. Y pensó, que Ana tenía razón con el reconocimiento del talento. Una idea peregrina vino a su cabeza, pero le pareció demasiada grotesca. Quitándose ese pensamiento de la cabeza, se centró en su paciente. «Ana empieza a hacer planes fuera. Está dejando atrás su pasado y planifica un nuevo futuro. Tendré que escarbar en su infancia, antes de que su ilusión, me impida regresar a ella».

—Se nos va a ir la sesión y no vamos a hablar de lo interesante —vistió de palabras sus pensamientos—. Estuve revisando las cintas de la última terapia y nos quedamos en el funeral de tu hermana Rosa.

—¿Has visto alguna vez al mar de cerca? —cambió de tema para evadir la pregunta.

—Suelo veranear en Málaga. Este año todavía no he ido, ¡uf! —resopló Raquel al final de la frase—. Y eso que hace un verano asfixiante.

—¡Qué suerte! Yo nunca he ido a la playa. Pero si pasé varios años en un lugar, que poco tiene que envidiar a una zona costera. Fue lo más parecido a una playa —pausó y miró con añoranza a aquel cristal de la ventana que desprendía un halo turbio debido a la flama que soportaba del exterior—: el mar de Madrid.

—¡Me gusta tu sentido del humor! Te refieres a la Malvarrosa, ¿no? Es la playa más cercana a Madrid: está a 360 km de aquí.

—No le hablo de Valencia ni de otra costa del litoral, le hablo de la Sierra Norte de Madrid.

—¿Ein? —puso cara de póker—. No sé a qué te refieres. ¿Una playa artificial? Me han recomendado muchas veces que vaya a los pueblitos que hay en torno al río Lozoya, pero no me atraen las excursiones. Me llevo mal con la fauna de montaña. Digamos que no soy una mujer de aventuras camperas. Soy de ciudad y museos. De teatro, restaurantes y cines… dicho de otra manera: ¡carne de

urbanita!

—No parecía usted tan aburrida —bromeó Ana dibujando una sonrisa en sus labios—. Pues en la Sierra Norte, hay un río enorme, con varios embalses. Uno de ellos, es conocido como el mar de Madrid, debido a su extensión. Se hacen todo tipos de actividades. Es un lugar para disfrutar y para meditar…

La psiquiatra retomó las riendas y supo que tenía que andarse con cuidado, ya que no podía entrar en su juego. Centrada, insistió en retomar la historia de su pasado y miró a su paciente con firmeza. Ana se vio contra las cuerdas. Finalmente, tras subir el talón a la silla y poner la rodilla delante de su cara a modo de escudo, comenzó a narrar.

—Yo tendría unos diez u once años, cuando sucedió el accidente en que murió mi hermana —Ana quiso sonreír, pero se contuvo apretando los labios—. Tobías nunca levantó cabeza y desde el primer día en que faltó mi hermana, se aisló de mí. También se olvidó de la higiene y de lo que significaba estar sobrio. ¡Recuerdo su olor! El muy asqueroso apestaba a perros muertos —separó los labios y sacó la lengua—. Poco a poco, fue cayendo en la ruina: despidió a la canguro que contrató, cerró el pub, dejó de salir a la calle, se olvidaba de llevarme a clase; solo se dedicaba a beber día y noche. Llegue a comprender su falta de atención en mí, pero había algo que no toleraba: ese tatuaje dedicado a mi hermana que se había hecho en el antebrazo —dobló la cara y resopló soltando todo el aire de sus pulmones—. ¡Lo odiaba! Odiaba a Tobías y ese dibujo de tinta que siempre estaba presente: una rosa en honor a mi hermana.

Raquel hizo un intento por buscar la mano de Ana, pero la presa estaba muy acurrucada tras su rodilla y no hizo ningún amago por agarrar los dedos de la psiquiatra, tan solo los miró como un gesto extraño, como si nunca le hubiesen ofrecido apoyo emocional.

—Tu padre estaba experimentando un gran dolor debido a la pérdida y se sintió desahuciado. Se olvidó de sus obligaciones, de la gente que todavía estaba a su alrededor. Es algo normal, Ana. Pero, entiendo que te sintieras desplazada en un mundo en que tu aliciente principal, era acaparar la atención de tu padre. Con once o doce años, tu madurez no sabe gestionar las emociones adecuadamente. Aun así, no justifica que sintieras tanto rencor por un simple tatuaje.

Ana bajó su rodilla deslizando el talón por el asiento y se inclinó hacia delante para que Raquel Falcón le oyera bien.

—Eso fue solo el inicio… escuche, escuche —insistió Ana dispuesta a convencer a la psiquiatra de su victimismo—. Hubo un día, en que Tobías me desveló el plan de futuro que tenía para él. Solo para él— recalcó con un tono de despreció y alargó la última sílaba—. Recuerdo que hizo dos maletas: una para él y otra para mí. En la mía

metió mis cosas de malas maneras, con cólera. Luego, me dejó en casa de mi abuela materna, Mariola sin darme ninguna explicación. A los días, mi abuela me contó, que Tobías había decidido irse a Francia. Mi nuevo hogar estaba ahora en la mancomunidad de El Atazar, a cargo de una anciana con obesidad mórbida, que había visto una veintena de veces en trece años y que, en vez de llamarme por mi nombre, me llamaba "niña".

Raquel ladeo la cabeza hacía un lateral y comentó sus impresiones para darle a entender a Ana, que la estaba escuchando detenidamente; tenía que conseguir que aflorara todo el resentimiento.

—De Getafe a la Sierra. Del municipio más industrializado de Madrid al más descontaminado de la capital —ladeó la cabeza la psiquiatra dando magnitud al asunto—. Tuvo que ser un cambio radical en tu vida.

—¡Fue un mazazo! —aseguró dando un golpe sobre la mesa. El funcionario de prisiones se acercó a la presa. Raquel alzó la mano pidiéndole que no intercediera—. Un palo y de los gordos.

—Supongo que no te adaptaste al cambio —intrigó la psiquiatra anotando en el informe a bolígrafo, esa nueva pieza en la vida de Ana: su abuela Mariola.

—¡Imagínate! Me sentí como un juguete destronado. Se deshizo de mí. Y me dejó en manos de una anciana que vivía rodeada de cerdos, gallinas y vacas. ¡No me preguntó si yo quería eso, no me pidió opinión sobre su decisión! Tan solo se fue, para no tenerme cerca. Me dio un beso, eso sí… un beso de Judas —Ana escupió a un lateral de la sala—. Me hice a la idea de que no había vuelta atrás. Me mentalicé de que aquel sitio, era ahora mi nuevo hogar. Ya no había piscina ni jardín ni amigos. Pero tenía todo un bosque ante mí y un enorme río a los pies. Pero de verdad, ¿sabes lo que más me entusiasmaba? Pues que estaba a cientos de kilómetros del tatuaje que Tobías, se hizo en memoria de mi hermana.

—En el fondo ganaste —interrumpió a Ana para motivarla y evitar que abandonase el relato—. Ya no tenías que ver los ojos azules de Tobías ni el tatuaje de Rosa en su brazo ni tampoco la piscina donde te humillaba, dejándote sola y desnuda.

—Así es, aquella casa de campo, se convirtió en una especie de refugio nuclear. ¡Un búnker para mis emociones!

—Supongo que allí se crio tu madre —dedujo la psiquiatra buscando sus rasgos maternales, ya que los lazos paternos los había dado por perdidos.

—Sí. No conocía la historia de esa casa de paredes encaladas y mohosas. Por suerte, mi abuela me la contó —se entusiasmó Ana—: cuando se construyó la presa, Franco, el Caudillo, requirió de trabajadores y les levantó casas para que vivieran cerca del puesto de

trabajo. Mi abuelo era vigilante hidrológico y echó raíces en una casa cercana a la presa; tenía establo, pozo, corral y huerto.

Raquel Falcón, contempló ciertas emociones en su paciente, que le indicaban que Ana, no era una sociópata de manual. Se podían vislumbrar sentimientos y anhelos, tras una coraza oscura, forjada por rencores y envidias. Aunque la cosa se estaba poniendo interesante, la sesión estaba a punto de acabar.

—Me gusta verte emocionada. Mi opinión, es que necesitas enterrar el rencor que sientes hacia tu hermana. Ella ya no está. Solo es un vago recuerdo que pulula en tu cabeza y que no hace más que atormentarte. *Malin*, Ana, *malin* —hizo alusión a su tatuaje de la nuca.

—Tengo que matar a mi hermana Rosa de una vez por todas…Así la olvidaré. Tengo que afrontar mi pasado para avanzar. ¡Claro! Esa es la solución.

—Seguimos el siguiente día.

La entrevista concluyó y Ana salió de la habitación. Raquel Falcón se quedó pensativa, conectando aquellas dos palabras que se repetían en su cabeza como un mantra: Rosa y tatuaje, tatuaje y Rosa. Rosa y tatuaje…

48
Andrés Rufián, el tatuador motero

Sábado 29 de mayo de 2022

El teniente coronel, miró su reloj con detenimiento. Esperaba a que las agujas marcarán las cinco en punto, para atravesar la puerta de la sala de declaraciones. A su lado y en silencio, Verbeke leía el extenso Whatsapp que le había escrito su detective privado; le pareció tan fuerte lo que estaba leyendo, que decidió dejarlo para después del interrogatorio. La manecilla del minutero, cubrió el número doce en la esfera; el teniente coronel, dio el visto bueno para entrar en la habitación. Verbeke guardó su teléfono móvil y se remangó el cárdigan para dejar a la luz, la obra de tinta que le dejó Andrés en la muñeca. Dentro estaba el detenido y su abogado de oficio, Severiano Calatrava.

—¡Buenas tardes y a malas horas! —saludó Miranda enojado, mientras cerraba la puerta—. Somos de la Policía Judicial. Ella es la teniente Verbeke y yo el teniente coronel Miranda.

Verbeke, nada más entrar, analizó la postura corporal del que iba a ser interrogado, con la idea de valorar qué actitud traía el arrestado. Andy, mantenía las manos esposadas sobre la mesa, con su tatuaje de tres estrellas en el torso de una de ellas. Tenía el pelo enmarañado, una chaquetilla de cuero y una larga perilla trenzada que coqueteaba con el vaso de agua que tenía bajo su mentón. La sala olía a ese olor peculiar que despedía el tatuador, una mezcla a humo de tubo de escape y sudor recalentado.

—¿Qué hay de nuevo, tronco? —le saludó Verbeke usando la jerga del tatuador.

El teniente coronel le lanzó una mirada tajante a su compañera. Ella, actuó como si no hubiese visto el gesto de su jefe.

—Buenas, soy su abogado —se declaró usando un tono que dejaba a la luz que no llevaba mucho en el mundillo de la defensa—. Como bien sabéis, mi defendido no está obligado a responder a ninguna de vuestras preguntas. La ley le da el derecho a guardar silencio.

—Lo sabemos, pero también debería informar a su cliente, que su silencio, podemos usarlo en un juicio como un indicio incriminatorio —apuntilló Verbeke soltando un farol.

Andrés miró con desprecio a su abogado, ya que por la edad que aparentaba, debía de estar bastante verde en el mundo del mazo y la toga. La teniente aprovechó para pensar cómo iba a abordar el interrogatorio. «Las mejores preguntas son aquellas que permiten al interrogado que desarrolle sus ideas. Es más fácil sacar una conclusión de una respuesta larga, que de un monosílabo».

—Andrés, ¿sabe por qué está aquí detenido? —le preguntó el Teco.

—Por un error grave, del cual no pienso pagar los platos rotos.

—No —intervino Verbeke, girando su muñeca entintada con el fin de que el tatuador viese el trabajo que le hizo—. Está aquí porque hay sospechas que se ciernen sobre su persona. Y le haré una advertencia: esas tres estrellas que tiene entre el pulgar y el índice, son puntos que hablan de los tres años de talego que se comió. Si es declarado culpable, no tendrás piel en el brazo para sostener el firmamento de estrellas que le deparan.

Andrés restregó las esposas sobre la mesa y miró sus manos con detenimiento. Pensó sobre la amenaza de aquella rubia de pechos exuberante y caderas anchas, y supo que iba en serio. Respiró hondo y pensó en cómo debía dar sus respuestas; temía dar una contestación inadecuada y parecer sospechoso.

—No tengo nada de que ocultarme. Ya se lo conté en el puesto de Buitrago. Ese día salí del pub y me fui a cenar. ¿Se puede saber de qué se me acusa concretamente?

—Bueno, tenemos cuatro hilos de dónde tirar. Para empezar, hay testigos que lo vieron discutir con Clara Tundidor. En segundo lugar, hemos comprobado que tiene antecedentes y que cumplió condena en prisión. En tercer lugar, no permaneció en Madrid tras la entrevista en Buitrago, decidió poner rumbo a Zaragoza a pesar de la advertencia —hizo una pausa para ver cómo se expresaba su cuerpo ante la acusación. Andy bajó la cabeza y fijó su vista sobre los arañazos de la superficie de la mesa—. Y la cuarta sospecha, es la coincidencia entre los días de la semana en los que usted viene a su franquicia y en los que se cometieron los secuestros de Raúl Gallo y Clara Tundidor.

Andrés miró la puerta de salida, y bebió un largo sorbo de agua, agarrando con torpeza el vaso de plástico. Luego, respondió imprimiendo ansiedad en su respuesta.

—¡No tengo nada que ver con esos muertos! Si cree que soy un asesino en serie, demuéstrelo ante un juez. No pienso perder más tiempo con vosotros dos. Hagan bien su trabajo, y se darán cuenta que soy inocente.

—Andy, le recuerdo que está en una situación muy comprometida —le amenazó Verbeke—. ¿Secuestró y tatuó usted a Diego Pinteño, Raúl Gallo y Clara Tundidor? Resulta un tanto sospechoso que, tras aparecer el último cadáver, decidas tomarte unos días de vacaciones

lejos de Madrid, ¿no cree?

—Soy libre de viajar a donde me plazca… No tengo que dar explicaciones de nada a nadie —usó el tatuador un tono chulesco.

—Mi defendido ha hablado y su decisión es rotunda —aclaró el abogado ajustando el nudo de su corbata.

Verbeke esbozó una sonrisa esperpéntica; no estaba dispuesta a salir de allí con las manos vacías y cargó con todo.

—Vamos a ver Andrés Rufián, responda solo a una pregunta. ¿Qué significan para usted los tatuajes? ¿Tiene alguna especie de colección fetichista?

—No tengo nada que ver con esos desdichados —se reiteró Andy —. Y no, no soy un perturbado por llevar estas pintas.

Verbeke sacó del bolso su teléfono móvil y comenzó a mostrarle las fotos de los tres cadáveres una y otra vez, como si se tratara de una colección de arte macabro. El rostro del motero empalideció y sus barbas parecieron más oscuras. Mostrando desagrado, cerró los ojos y torció la cabeza.

—Esto es obra tuya —le acusó Verbeke—. Todas las víctimas tienen una letra "A" tatuada antes de ser arrojadas al río, y el único sospechoso con esa inicial y con dotes para tatuar, eres tú —se calló lo de Ana para ver como reaccionaba—. ¿Ahora que tienes que decir?

El interrogado golpeó el vaso de agua con furia. Sobre la mesa se formó un pequeño charco, que avanzó hasta el borde, donde se derramó; Verbeke vio allí el mar de Madrid y una de sus presas. Lo entendió como una señal.

—¿En serio pensáis que un tipo como yo es capaz de hacer algo así? Esa "A" puede significar muchas cosas…

—Esas "A" estaban cerca de las heridas que ya has visto. Y en esos trozos que faltan de piel había…

—¡Cállese, teniente! —le cortó el Teco pidiéndole hermetismo sobre los detalles—. Los datos derivados de la investigación son confidenciales y están bajo secreto de sumario.

Verbeke lo miró con desidia. Sabía que no podía revelar ningún dato concreto, pero tenía que poner toda la carne en el asador, si quería sacarle algo al tatuador. Sabiendo que no hacía lo correcto, siguió con lo suyo, a pesar de la advertencia.

—Andrés, todas las víctimas tenían un tatuaje en la piel —le soltó —. Y por alguna razón, se los llevaron.

Miranda resopló enojado. El tatuador no pudo ocultar su sorpresa y entendió por qué entraba en la quiniela de sospechosos. El abogado tragó saliva y dio un par de pasos hacia atrás.

—¿Y qué dibujos tenían? Seguro que no son ni míos.

El teniente coronel negó con la cabeza, pero Verbeke, que era especialista en sacar de quicio a su superior, le habló de los detalles.

—Un cuervo sobre una rama, en Diego Pinteño y el árbol de la vida en Raúl Gallo; estoy segura de que se los hizo usted y se los arrancó previamente anhelando sus propias obras.

La espeluznante teoría de Verbeke, sobrecogió a todos los presentes. Andy dejó de parpadear, para dejar fija su mirada en la teniente. Poco a poco, fue arrugando sus facciones, acorralando su nariz entre las cejas y el bigote.

—Me cago en la puta… ¡Esto es muy heavy! —se indignó el tatuador negando con la cabeza—. Ya entiendo porque estoy aquí: en las fichas de clientes aparece que yo tatué a esos dos individuos… y sí, es así. Pero solo es una coincidencia —el teniente coronel sonrió, el interrogado les acababa de dar una pista relevante—. A ese vándalo de Pinteño, le he hecho varios trabajos y al socorrista de la piscina de Riosequillo, le hice el árbol de la vida hace mucho. Fue de mis primeros clientes al abrir la franquicia. ¡Las primeras veces nunca se olvidan! Ya saben —admitió con aires de melancolía—. Pero no, no he arrancado a nadie mi obra de su cuerpo y de ser así, ¿dónde guardaría esos trofeos de piel? No sería tan estúpido de meterlo en mi casa. Y menos, en uno de mis locales ¡Buah! ¡Soy profesor de academia! No un coleccionista de tatuajes.

Verbeke miró a los pequeños ojos de su jefe con entusiasmo y éste, entendió el lenguaje no verbal; Andrés le había ofrecido una nueva manera de enfocar el asunto: «¿Y si alguien estaba coleccionando tatús? De ser así, tendría que tenerlos en algún lugar para poder deleitarse con su filia». La idea estimuló el pensamiento de ambos, en una nueva línea de investigación: «Caronte debía tener una especie de galería donde almacenarlos y exponerlos».

—Registraremos su casa y todos sus locales en busca de indicios, Andrés —le aseguró el teniente coronel señalándolo con el índice de manera acusadora—. Espero por su bien, que no oculte nada. Es mejor colaborar con la justicia, que obstruirla, sobre todo cuando hay madres y padres rezando porque sus seres queridos vuelvan.

—Por mi parte no hay problema, yo mismo le daré las llaves. Pero les advierto que no quiero destrozos en mis locales —respondió el motero mostrando cierto nerviosismo, que se manifestaba en sudor sobre la palma de sus manos—. No tengo nada que ver con esas movidas, se lo aseguro. Además, haría falta curtir la piel para que no se pudra. ¡Y eso tiene que apestar, tronco! Aunque hay lugares donde se donan los tatuajes después de muerto, pero solo admiten verdaderas obras maestras. Y yo, no estoy a ese nivel.

El teniente coronel lo liquidó con la mirada, la palabra “tronco” le sonó despectiva cuanto menos, pero supo, que no era el momento de cortarlo; era mejor que siguiera hablando. Verbeke anotó en su libreta: «Posibles páginas web o locales donde se puedan vender tatuajes de

muertos», luego elevó la cara de su cuaderno y le preguntó al interrogado.

—Mientras me hacía este diseño en su academia de la Gran Vía —le acercó la rosa de los vientos que tenía en su muñeca—, usted me contó que los tatuajes son arte vivo. Qué la máquina de tatuar es un pincel y la piel de tus clientes, un lienzo que camina. También me aburrió contándome que era una pena no poder firmar las obras con su nombre… Y que lo que más rabia le daba, es que como mucho, duraran cien años, ya que luego se lo comían los gusanos.

—¡Menuda memoria! —se sorprendió Andy con la retentiva de aquella mujer y pensó que además de guapa era inteligente—. Tengo que confesar que sufro de estigmatofilia. No puedo evitar sentir atracción sexual por mujeres tatuadas, pero jamás mataría a nadie de esa manera, ni sería tan estúpido de firmar mis delitos.

El teniente coronel sentenció antes de marcharse.

—Andrés Rufián, de momento hemos terminado con usted. Antes de pasar a disposición de un juez, permanecerá en el calabozo el máximo que permite la ley, que, si no lo sabe, son setenta y dos horas. Mientras tanto, haremos un registro en su domicilio y en sus negocios… Así que rece si oculta algo, pues daremos con ello.

El teniente coronel se despidió con educación de abogado y defendido. Julia Verbeke se bajó la manga del cárdigan y se dispuso a salir sin mediar palabra. Antes de abandonar la sala, Andy se dirigió a ella inclinando todo su peso contra el respaldar de la silla.

—¡Suerte teniente! Ojalá den con ese asesino y vengan a pedirme perdón. La gente cambia, yo no soy el que un día fui. ¡No me juzgue por mi pasado!

Nada más cerrar la puerta, el teniente coronel regañó a Julia, por la información otorgada al sospechoso y por el tono amistoso que usó mientras lo llamaba “Andy”. Tras el rapapolvo, también tuvo la decencia de alabarle, el no haber mencionado que tenían otra sospechosa en el candelero, cuya inicial también era la “A”; pues el acusado, podría haberse inventado una argucia que lo complicara todo.

—Creo que deberíamos centrarnos en Ana y Rambo —sugirió Verbeke a su jefe—. Este no va a moverse de aquí.

—No pienso dejar títere con cabeza. Ahora mismo voy a pedir una orden al juez para registrar la vivienda y los locales de este individuo. Así, que volvamos al despacho con el equipo, Andrés tiene razón, si está arrancando los tatuajes debe estar almacenándolos en algún lugar o, por el contrario, se lo está vendiendo a algún coleccionista.

El Teco se adelantó en el pasillo y Verbeke quedó rezagada aduciendo que iba al baño. Una vez a solas, sacó su teléfono móvil y leyó detenidamente el Whatsapp que le había enviado su detective

privado.

«Hola, teniente. Tengo que decirle que me han llegado rumores bastante fiables de que el único hermano vivo del clan de los Matasiete, Abraham, salió de la cárcel hace unas semanas. Al parecer, está dispuesto a vengar a sus hermanos. Sé de buena tina, que fue tu padre, El Belga, quién desmanteló todo el clan y los puso en jaque. Por lo que deduzco, atendiendo a la ley de la calle, qué al no estar tu padre para saldar su venganza, es posible que vaya a por sus hijos. Eso te incluye a ti. Así que ve con cuidado. Ya sabes cómo se las gasta esta gentuza».

Verbeke, quedó hipnotizada con la luz de la pantalla y sintió una sensación extraña que no sabía cómo asimilar. Aunque sabía que la mayoría de estos malechores no llegaban a consumar sus amenazas, y menos tras salir del talego, siempre albergaba la duda de hasta dónde podía llegar alguien que no tenía nada que perder. Como un soplo de inspiración, le vino a la cabeza el hombre que se sentó cerca de ella en la churrería de San Ginés y revisó en la galería del móvil la foto que le sacó con total disimulo. El tipo era obeso, con una barba cerrada y las cejas juntas como si las uniera un nudo. Al ampliar, pudo contemplar el tatuaje de las tres lágrimas bajo el ojo, y decidió enviársela su compañero de nuevo, para que, de manera extraoficial, cotejara la foto en la base de datos. «¿Será Abraham?» —se preguntó Julia achinando los ojos—. «Si estoy en lo cierto, Gabriel y yo estamos en peligro».

49
Cuatro años antes del crimen de Diego Pinteño

Sesión #16
Otoño de 2017
Centro Penitenciario de Mujeres, Madrid
Alcalá de Henares.

Raquel Falcón quería que Ana se sintiese lo más cómoda posible y quiso premiarla. Le gustaba ese cambio de actitud y el cuido de su aspecto físico —olía a gel de baño y tenía el cabello muy bien acicalado—. Para ello, trajo dos bebidas calientes en vasos de cartón. Ana olfateó el aire ruidosamente y cerró los ojos: el olor a café recién molido, le recordó las frías tardes de invierno, bajo aquel techo de vigas de madera de la casa de su abuela, donde preparaba la merienda en una destartalada cafetera italiana.

—¡Cuántos recuerdos! —expresó sin perder de vista el vapor que desprendían los vasos—. ¿Uno de estos es para mí?

—Pues claro. ¿Qué gracia tendría que me los tomase yo, a cara de perro? —dijo Raquel, sin perder de vista las manos de su paciente, ya que traía un folio enrollado que escondía torpemente bajo la mesa—. Espero que te guste el café con leche.

—¡Hace tanto que no me invitan! Aquí en prisión, nada es gratis… Cuando te ofrecen algo, tienes que hacer un pago a cambio —le dejó claro. Luego soltó el folio enrollado sobre la mesa, como si se tratase de un pergamino—. Yo también he traído un presente.

—¡Qué sorpresa! —dijo la psiquiatra mirando el canuto de papel. Antes de desplegarlo para ver su contenido, deslió dos sobres de sacarina y los vertió en cada recipiente. Luego removió los cafés, retiró los palitos de madera y acercó el vaso isotérmico hacia su paciente, arrastrándolo con los dedos—. Sopla antes de beber, no te vayas a achicharrar… Me los han servido muy calientes.

Ana pensó en cómo debería ser de dolorosa la sensación de estar quemándose, y a pesar de la advertencia, agarró el vaso con ambas manos y dio un generoso trago. Su garganta ardió y su estómago se calentó. Con una estúpida sonrisa en su cara, recordó a Tobías entre las brasas, y se reconfortó, pensando en el sufrimiento que le tuvo que causar el incendio que ella misma provocó. Raquel hizo una mueca ante su imprudencia. «Una cosa tan simple, resulta todo un lujo dentro de prisión. Espero habérmela ganado».

—Por cierto, aquí tiene la casa de mi abuela —le relevó Ana señalando el pergamino—. Esta dibujada a carboncillo.

—Gracias por haber invertido tiempo en pintarla para mí. Estoy deseando verla —tomó el pergamino y lo desenroscó—. ¡Pues sí que dibujas bien! Eres una artista.

Para mantenerlo desplegado, la psiquiatra colocó su vaso de café sobre un extremo, al otro, puso la mano. El rostro de Raquel, cambió de sorpresivo a desconcertado. Ana buscó una sonrisa en la boca de su "loquera".

Pero no llegó.

Al menos de inmediato.

El dibujo tenía una técnica asombrosa. Recreaba una casa rural a la perfección, con el tejado curvo por el paso de los años y las malas hierbas brotando de entre las tejas rotas. Incluso las manchas de humedad que emborronaban la pared, estaban expuestas de una manera muy realista; aquello parecía una fotografía impresa con grafito. Como dato relevante, Falcón encontró tres detalles que le abrumaron. La primera fue la cosecha marchita del huerto; la segunda, un aterrador fluido oscuro que salía bajo la puerta del establo; la tercera, Ana autorretratada de frente, insultantemente feliz y tras ella, una silueta de un espíritu al que le faltaba una pierna y que parecía llorar. La psiquiatra entendió que la sombra personificada, correspondía a su abuela… Pero no le dijo nada al respecto.

—¿Qué le parece? —intrigó esperando que cumpliera sus expectativas.

—Tienes técnica. Me gusta —dijo con la boca pequeña.

—Mi padre no supo verlo, pero siempre tuve talento… Algún día me dedicaré a tatuar a las personas. Haré pequeñas obras de arte. Todos llevarán una parte de mí en sus cuerpos —recordó la hazaña del forense japonés que leyó en uno de los libros de la biblioteca de prisión.

—Podrás. Tienes buen pulso y templanza. Habilidades muy importantes para hacer un buen trabajo —admitió con cierto estupor levantando el café y dejando que el espeluznante dibujo se enrollase sobre sí mismo—. Ahora Ana, tenemos que ir directas al grano. No pienses en lo que está bien o mal. Simplemente quiero que me cuentes todo lo que crees que te llevó hasta aquí. Esos cambios, esos estigmas, esas decisiones. Sin tabúes, Ana, sin medias tintas —dio un pequeño sorbo dejando una sutil marca de carmín en el borde—. Cuéntamelo todo lo que ocurrió en casa de tu abuela, hasta la muerte de Tobías.

Ana apuró todo el vaso de un solo trago, quemándose el esófago sin piedad, como si se tratase de una autolesión producida por ingestión de lejía. Luego, asintió moviendo el mentón repetidamente.

—Mi abuela tenía gallinas, pavos, cerdos, vacas. Aquella casa

estaba muy pegada a la presa y allí, siempre se oía el murmullo del agua cayendo por los vertederos a modo de cascada —indicó Ana sosteniendo el vaso entre las manos—. El pueblo más cercano estaba a 5 kms. Mi abuela por suerte tenía una Vespa. Yo iba con ella de paquete y traíamos agua y otros alimentos. Mariola recelaba de comprar productos frescos que no salieran de su huerto o su corral —recordó con cierto anhelo alzando la mirada hacia la escayola del despacho—. Todo un cambio de vida para mí. Esto, supuso alejarme de mis amigas de toda la vida. Con quince años, los cerdos, gallinas y vacas eran mis nuevos entretenimientos. Los primeros meses no fueron fáciles, ¿sabes? Me encariñé de aquellos animales, incluso les contaba mis cosas… —Ana miró el túnel que formaba el folio enrollado, y le pareció muy oscuro, debido al carboncillo de su interior—. Un error por mi parte… Mi abuela no tenía miramiento alguno con mis sentimientos. Parecía que escogía al que más aprecio le tenía, luego se plantaba delante de mí, les retorcía el cuello, ¡y a la cazuela! —hizo una pausa para devolver la mirada a Raquel Falcón—. Eso me hizo más fuerte, me hizo ver que lo que amamos es prescindible y sobre todo reemplazable. Pero no es lo mismo ver como matan a tu mascota favorita, a que te pidan que seas tú la que ejecute a algo que aprecias —Ana hizo un amago por beber, pero no quedaba nada en su vaso—. Lo peor no tardó en llegar. ¿Alguna vez te han pedido que mates a un amigo? Pues a mí, sí —continuó sin darle tiempo a que respondiera—. Pinky no era un cerdo corriente, yo… —sintió vergüenza de solo pensarlo—. Yo… quería a ese estúpido bicho, ¿vale? Lo vi nacer, lo cebé, me recostaba sobre su lomo mientras pensaba en mis cosas. Mi abuela, me puso a prueba y me dio un afilado cuchillo para que lo degollara. Intenté hacerme la dura, pero no fui capaz de hacerle daño. Ella me animaba, me decía que podía hacerlo… y la verdad que sus palabras fueron más fuertes que el deseo de salvar a Pinky —cerró sus finos labios creando una línea pálida, como una cicatriz—. Tobías jamás me dijo que creía en mí. ¡Nunca! Así que no podía defraudarla, no. Agarré el cuchillo con firmeza, pero el cerdo se olía lo que estaba a punto de ocurrirle y, a pesar de estar atado a una argolla de metal de la pared, se agitaba sin parar. Me lo estaba poniendo difícil. Por suerte, mi abuela tenía soluciones para todo. La recuerdo, dejada caer en el marco de la puerta, con aquel rodete sobre la coronilla y esa mirada impasible; revelándome un secreto que ella ya había usado en otras ocasiones: «Ve a la nevera y llena tres jeringuillas de insulina. ¡Ya verás como el cerdo se duerme y podrás hacerle lo que quieras, Ana! No importa que pese 200 o 300 kilos, lo tendrás a merced». Mi abuela tenía razón: el cerdo cayó a plomo. Eso me lo puso fácil, gané confianza… Pero ¿sabes qué fue lo que más me sorprendió?

—Dímelo tú —Raquel estaba expectante; dio un sorbo largo a su

café, para cubrir su gesticulación.

—¡La de sangre que tiene un cerdo! —se entusiasmó alzando las cejas. La psiquiatra, recordó el dibujo de su paciente y no pudo contenerse a la hora de lanzar una mirada al folio enroscado. Su mente coloreó ipso facto, el charco oscuro que salía de debajo de la puerta del establo de color rojo carmesí con brillo en tono bermellón por los bordes de la escabechina. Fantasía que le erizó los vellos de los brazos como si fuesen pequeños hilos de metal bajo el campo magnético de un imán—. Cuando vi todo ese fluido saliendo de su pescuezo, me noté rara, culpable... Pero a la vez, cuchillo en mano, me sentí poderosa. Sé que puede parecer contradictorio, pero fue como si una parte de mi fragilidad, se arreglase ¡Me sentía capaz de cualquier cosa! Entonces, decidí descuartizar a Pinky, mientras agonizaba. Le saqué incluso las entrañas, que aún estaban calientes, y luego las eché en un barreño. ¡Fue una sensación única! Mi abuela… se fue. No sé, parecía que le había molestado que me ensañara con mi mascota, pero ya no podía detenerme… Desde ese día, perdí el miedo a todo; porque cuando matas a un "ser querido" —hizo una pausa y volcó su vaso de cartón, con el dedo donde tenía tatuada las iniciales A.M.O.R—. Ya no temes a nada, ni a nadie.

Raquel tragó saliva. Tenía un dilema importante. Ana Olmedo, había sido elegida entre cientos de presas como la rea adecuada para ser reinsertada en la sociedad. Estaba convencida, que Ana le ayudaría a ganar prestigio, pues la mayoría de reinserciones que llevaba a cabo, resultaban todo un éxito. Pero ¿y si erraba con este caso en concreto? Raquel Falcón sintió, como la humanidad y la empatía de su paciente, se había esfumado de un plumazo. «La supremacía, la catapultó hacía su crueldad más abyecta». Y supo entonces, que eso había marcado un antes y un después en la personalidad de Ana. Aun así, cada vez menos convencida de sus propósitos, decidió seguir escuchándola.

—Tuvo que ser duro —se interesó la psiquiatra en un falso tono amargo—. No es una labor agradable despiezar un animal al que se le ha tomado cierto cariño.

—No. ¡Me acostumbré rápido! —se llenó de alegría y arrugó toda la piel que rodeaba sus ojos—. ¡Y menos mal! Hubiéramos pasado hambre, se lo aseguro —ratificó Ana agitando su cabeza en lentos síes —. A los dos años de estar allí, cuando yo tenía unos quince o dieciséis, mi abuela sufrió un importante ataque glucémico. Estuvo en coma inducido durante dos semanas. Luego volvió debilitada, con la cabeza algo ida y en una silla de ruedas. Cada vez estaba más torpe, para hacerse cargo de las matanzas. Pero, ella me enseñó a hacerme fuerte y solo nos teníamos la una a la otra para subsistir. Así, que tuve que tomar las riendas… Ella me animaba y yo, degollaba a las gallinas y a los cerdos. ¡Tomé una importante destreza con el cuchillo! Me

convertí en alguien imprescindible. Mi abuela me necesitaba —levantó el vaso—. ¡Me dio el sitio que nunca tuve! En ese instante, mi padre paso a ser como Pinky: un ser del que podía prescindir.

Raquel se levantó de la mesa, tomó el dibujo de Ana, el informe y los dos vasos. Tenía tan mal cuerpo, que decidió irse, antes que soltarle alguna opinión desacertada, que acabase con todo el trabajo realizado.

—Muchas gracias por contármelo. Tengo que irme. El próximo día… —suspiró—. Seguimos.

50
Conjeturas de tinta

Sábado, 29 de mayo de 2022
Edificio de la UCO

Roca, Mendoza y Nekane colocaban en la pizarra los diseños de los tatuajes, que previamente habían imprimido en un folio, con la ayuda de cinta adhesiva. La secuencia de dibujos, parecían un acertijo difícil de averiguar y cuya solución no estaba al alcance de ninguno de ellos. Al menos, de momento. Tras el interrogatorio con Andy, se incorporaron a la sala Miranda y Verbeke.

—Mi teniente coronel, ¿qué tal ha ido? —quiso saber Roca tomando asiento—. ¿Ha soltado prenda?

—No. Solo ha tratado de exculparse. Pero ha dejado detalles, que no podemos pasar por alto —intrigó atusándose el bigote—, como el hecho, de que dos de las víctimas pasaran por sus manos para tatuarse. Coincidencia o no, de momento correrá el mismo destino que el brigada Damián Tocino: lo mantendremos en el calabozo antes de ser citado ante un juez. De este modo, podremos comprobar si siguen apareciendo nuevos cadáveres flotando en el cauce del río, en su ausencia.

Roca y Nekane alzaron una ceja tras el testimonio. Resultaba sospechoso que precisamente, fuese el propio Andy, quien hubiese tatuado a los dos cadáveres; como si recelase de los dibujos que un día plasmó en la piel de sus clientes, para ahora reclamarlos dejando a cambio un pseudónimo, una inicial: la «A» de Andrés.

—El cuerpo de Clara ha aparecido estando Tocino en el calabozo, igual tendríamos que ir pensando en dejarle libre —sugirió Verbeke sintiendo empatía por el brigada de Buitrago—. Ha colaborado desmantelando la "guardería" de Román Berasategui.

—De momento, salvo que no haya una orden que me contradiga, Tocino seguirá en el calabozo. Así, tendremos una pieza menos en la que pensar, Verbeke —le aseguró Miranda caminando hacia la pizarra y observando los dibujos uno a uno—. El tatuador, nos ha hecho razonar sobre una cuestión: si esa psicópata colecciona tatuajes concretos, tendrá una exposición en algún lugar. Por lo que tenemos que buscar alguna página web, donde pueda albergar su galería del terror, ¿entendido? —Mendoza asintió con la cabeza, dándose por aludido. Ya que los barridos geográficos a golpe de satélite y las búsquedas por la red formaban parte de su trabajo dentro de la

Unidad—. También hay que buscar locales o puntos, donde se mercadee con este tipo de práctica; podría ser que haya algún ricachón perturbado con este fetiche.

—*Murderabilia* —precisó Roca, haciéndose el interesante. Todos pusieron cara de asombro al oír el "palabro"—. Es una práctica que consiste en coleccionar objetos pertenecientes o relativos a asesinatos o crímenes en serie. También a pinturas u obras de arte confeccionadas por estos psicópatas —sus oyentes no daban crédito al relato—. ¡Sí, el mundo está muy mal! En Estados Unidos es una práctica cada vez más habitual. Por lo que la teoría de que sea para un tercero, toma fuerza en mi cabeza.

—El caso está tomando un matiz bastante turbio —auguró Verbeke imprimiendo derrota en su tono—. A ver como acaba todo esto.

—No sabemos cómo va a acabar. Pero igual, esa psiquiatra que escapó de las garras de Caronte, nos pueda explicar cómo empezó todo —se convenció Iván Roca—. Igual, durante su cautiverio, oyó algo relativo a los planes de su captora.

—A la tarde, iremos a visitarla. Tenemos que poner apellidos a esa Ana —alentó el teniente coronel girándose hacia la pizarra donde estaban los dibujos corporales—. Me parece genial que hayáis colocado los tatuajes aquí, pensemos en ellos, igual nos están dando alguna pista.

—Un cuervo en una rama, un árbol sin hojas, un signo de infinito… —enumeró el teniente coronel señalando las fotos pegadas con cinta adhesiva—. ¿Pensáis que los ha escogido al azar?

—Falta uno, suponiendo que sea una víctima, claro —advirtió Julia —: el de Rogelio Cortés.

El sargento Roca resopló mostrando su descontento. No le gustaba que dieran por muerto a una víctima cuyo cadáver no había aparecido todavía. Nekane, buscó lógica y relación entre las fotografías, como si se tratase de una ficha para un test psicotécnico.

—Un cuervo, un árbol, el signo de infinito… me recuerda a la naturaleza. ¿Igual se trata de alguien ligado al monte? El infinito puede representar al horizonte…

Julia Verbeke se guardó su opinión sobre el comentario, le pareció carente de imaginación, cuanto menos.

—¿Y el ciclo de la vida? —lanzó su respuesta Mendoza—. Las raíces del árbol de la vida, en sus ramas se hacen nidos, crece un cuervo que se come los cadáveres y el infinito es el lazo de que todo vuelve a empezar…

La cara de Verbeke y Nekane mostró asombro. La conexión entre los dibujos, tomó algo de sentido. El Teco, tomó la palabra.

—No están mal planteadas vuestras conjeturas, pero ¿qué nos puede aclarar eso sobre la personalidad de Ana o su cómplice? —

buscó ser iluminado por los suyos—. ¡¿Qué adora la naturaleza?! ¡¿Qué le atormenta el ciclo de la vida como al personaje de aquella novela de Carmen Mola?! Llamadme escéptico, pero no le encuentro pies ni cabeza al asunto.

Tras un dilatado silencio, Verbeke se sintió molesta por la actitud de Miranda, pensó que era muy fácil destruir todas las teorías. Y decidió lanzarlo al ruedo con una pregunta directa.

—Usted es católico y practicante. ¿Por qué no busca si hay motivos religiosos tras los crímenes? Normalmente los psicópatas tienen una infancia complicada, llena de traumas e incomprensión; igual se crio en un orfanato religioso y fue adoptado por algún matrimonio, cuyas mentes estaban perturbadas.

El teniente coronel —que iba vestido con ropa de misa de ocho—, esbozó una mirada de maldad hacia la teniente y luego se implicó intentando buscar alguna correlación entre los tatuajes y la simbología de los pasajes bíblicos—. El cuervo puede significar confesión, penitencia e incluso los ojos del diablo. El árbol de la vida, puede representar la eternidad en el Paraíso, y el símbolo de infinito, me recuerda a *Ichthys*, el pez que hace alusión a la unión de lo divino y lo terrenal, o lo que es lo mismo, al bautismo.

La teniente no quedó satisfecha con la teoría religiosa de su jefe y aportó su particular punto de vista.

—La teoría que aporrea mi sesera, es aquella en la que Ana, debió tener una infancia traumática y que el agresor que la convirtió en un monstruo durante todos esos años, tenía algún tatuaje. Por eso, cuando ve cierto dibujo tatuado en la piel de alguien, le recuerda a su agresor, saca su lado tenebroso y se lo arranca. Es como si consumase su propia venganza. Eso podría explicar, que replique el comportamiento de su maltratador, haciendo lo mismo: los humilla con insultos y luego les quita la ropa. Los psicópatas necesitan sentirse superiores, empoderados, supremos. Buscan la clemencia, el ruego en sus víctimas; y ésta lo consigue, siguiendo con todo este proceso de dolor.

—No es mal razonamiento —admitió el teniente coronel—. No es la primera vez que una descabellada hipótesis —puso énfasis—, nos lleva a una pista concluyente.

Verbeke no gesticuló. Solo hizo una peineta bajo la mesa. Lo de descabellada hipótesis, la llevó a lanzar una propuesta arriesgada, poco ortodoxa en los modos de proceder, que no dudó en poner sobre la mesa.

—Andrés, debe estar todavía en el edificio, ¿no? —se iluminaron los ojos de Verbeke mientras lanzaba la pregunta—. ¿Y si traemos al tatuador? Igual él, tiene un modo distinto de visualizarlos.

—Es un profesional del gremio —apoyó Nekane la teoría—. Igual

conoce otros significados que escapan a nuestro entendimiento.

El Teco resopló. No daba crédito a lo que escuchaba. Y se quejó sin miramientos.

—A veces me pregunto, si nuestra efectividad como agentes, está relacionada en que estamos tan locos como los psicópatas a los que les echamos el guante. ¿En serio, teniente? ¿De veras, ve con buenos ojos traer al principal sospechoso de estos crímenes a la sala donde tenemos expuestas todas nuestras hipótesis?

—Nuestras conjeturas son una mierda, mi teniente coronel —se sinceró—. Y el tatuador, ya sabe que todos estos crímenes están relacionados con los tatuajes. Me fui de la lengua en el interrogatorio. ¡No va a descubrir nada nuevo!

—Veo que soy el único que se opone a otra descabellada hipótesis. Está bien —asumió viendo como todos lo miraban como si aquello fuese una gran propuesta—. No creo que Andrés Rufián quiera colaborar, pero por una vez, te voy a hacer caso. Llamaré a los compañeros para que lo traigan. ¡Espero que merezca la pena correr este riesgo!

Tras realizar un par de llamadas, el tatuador apareció en la sala de operaciones. Venía cabizbajo, emitiendo un sonido repetido en su avance, al rozar el cuero de sus pantalones por la zona de los muslos. Tenía las manos esposadas por delante de su prominente barriga. El guardia que lo trajo, se esperó en el pasillo. Verbeke no perdió ni un solo segundo ni le dio una sola explicación; le preguntó a bocajarro.

—Buenas, Andy. Tu tatuaste a dos de las víctimas: Raúl Gallo y Diego Pinteño… Pero ¿te suena haber trabajado para Rogelio Cortés?

Andrés elevó la cabeza y asintió antes de preguntar.

—¿También lo han matado?

Verbeke se resistió de no responder. No quería darle esa información.

—¿Recuerda sí lo tatuó? ¿Y de ser así, podría decirnos qué diseño plasmó en su piel? —intercedió Roca para evitar que su compañera resolviese a la duda del tatuador.

—¡Rogelio es un tipo peculiar! Sí, recuerdo que vino a mi academia, como todos los demás. Le tatué un corazón desquebrajado. Se lo hice cuando sus padres murieron atropellados en la carretera por Diego Pinteño. ¡Quería perpetuar ese dolor mediante un tatuaje! No es lo más normal, pero hay gente que se tatúa las fechas del fallecimiento de sus mascotas… Y lo lucen con orgullo.

El teniente coronel dibujó a mano alzada, un corazón partido en la pizarra, que unió a la secuencia de tatuajes. Luego, contrastó.

—¿Tenía este aspecto?

—Más o menos —le respondió Andrés, poniendo cara de asco, tras la mala ejecución del dibujo.

—Céntrese en ellos, por favor. Como profesional del arte corporal, ¿qué le evocan los tatuajes en un conjunto? —quiso saber Verbeke mirándolo con expectación.

—Un cuervo, un árbol, un signo de infinito y un corazón partido —enumeró Roca.

El tatuador se giró pensando que había sido mala idea venir a colaborar, pues tenía miedo de dar la respuesta adecuada y quedar culpable. Anduvo un par de pasos hacia la puerta. «Me piro, vampiro», se arrepintió. Antes de pasar por el dintel y reunirse con el guardia que le esperaba en el pasillo, se detuvo. Giró sobre sus talones y encaró a los agentes que lo miraban con clemencia.

—¡Está bien! Daré mi particular punto de vista, pero no tengo nada que ver con este guisado. No tengo culpa de tener la única academia de tatuajes de toda la Sierra de Madrid y que todos ellos, hayan venido a decorar sus pieles —Andy se aproximó a la pizarra con pasos lentos y ofreció su punto de vista—. En un conjunto… yo veo episodios traumáticos de una vida. Momentos… Un cuervo sobre una rama, habla sobre el sentimiento de sentirse solo en la vida; el árbol de la vida, puede significar la unión familiar y lo eterno; el corazón roto significa un desengaño o también una pérdida de alguien a quien se amaba; y ese signo no es el infinito, ¿veis la flecha en que acaba el trazo? Se trata de un signo de origen sueco, «*malín*», y alude a superar un pasado traumático para afrontar el futuro.

El teniente coronel se quedó sin palabras, sorprendido por la resolución del sospechoso.

—¡Nos está mostrando los traumas de su vida a través de los tatuajes! ¡Esa es su obra! —se emocionó Verbeke olvidando el hecho de que el sospechoso estuviese delante—. Si descubrimos cuál es su siguiente episodio traumático, podremos anticiparnos a su próxima víctima.

El teniente coronel dio por terminada la visita del tatuador. Y como si Andrés se fuese a inmolar con un chaleco explosivo de un momento a otro, se lo llevó del brazo hacia el pasillo, temiendo que la bocazas de Julia Verbeke, desvelara los entresijos de la investigación.

—Tendremos en cuenta su ayuda en caso de que se celebre un juicio. Gracias por colaborar —lo despidió y cerró la puerta.

Una vez quedaron solos los agentes, hablaron sobre la casualidad de que Andrés, fuese autor de los tres tatuajes implicados en el crimen; aunque el hecho de tener el monopolio de los tatuajes, en más de cien kilómetros a la redonda, hacía viable esa coincidencia. No estaba clara su culpabilidad, pero tenía todas las papeletas de estar de alguna manera implicado. En ese mismo instante, el teléfono de Verbeke comenzó a tronar dentro de su bolso. Estaba en modo vibrador, pero su quejido fue suficiente para atrapar la atención de los

presentes. Ésta miró la pantalla y descubrió que era el sargento Mediavilla. El teniente coronel le dio permiso para descolgar con un guiño.

—Sí… ¿qué tal?... No me diga… Eso es malo, joder, muy malo… Lo pondré en conocimiento de mis compañeros… cuente con ello, sargento… Gracias —la teniente colgó.

—Desembucha —inquirió Miranda atusándose el bigote con preocupación—. ¡Dime que han dado con el autor de toda esta masacre!

Verbeke soltó el móvil en la mesa y como si fuese una ruleta, lo giró enérgicamente con el dedo. Cuando el teléfono dejó de dar vueltas, la teniente despertó de aquel hipnotismo autoinducido y elevó el mentón; tenía el semblante bastante serio y su labio titilaba, mostrando nerviosismo ante lo que estaba a punto de contar.

—Ha aparecido un nuevo cuerpo en el río, en el embalse de El Atazar. Desnudo y con más de una herida. Se trata de un varón. Han confirmado que se trata del propio Rogelio Cortés. El sargento me ha advertido, que su hallazgo sin vida, ha causado gran conmoción en el pueblo, ya que se trata del hermano del alcalde de Buitrago.

El teniente coronel se tapó la cara con una mano. Arqueó la espalda y gruñó. Tras un minuto en silencio, oyendo el cuchicheo de los componentes de su equipo, dio instrucciones antes de ir en persona a visitar el mar de Madrid.

—Nekane, tú me acompañarás al lugar de los hechos. Mendoza, busque el asunto de las subastas o ventas de tatuajes. Verbeke y Roca, visitad a la testigo al hospital y sacadle toda la información posible sobre la identidad de Ana, y las características del lugar donde estaba retenida. Ahora, ¡todos fuera!

51
Dos años antes del crimen de Diego Pinteño

Sesión #21
Invierno de 2019
Centro Penitenciario de Mujeres, Madrid
Alcalá de Henares.

—Tengo buenas noticias, Ana. Te acabo de conseguir el tercer grado —vaticinó Raquel Falcón a su paciente, colgando el abrigo que la protegía del frío de Madrid.

La presa, que venía con mejor aspecto que nunca y una sonrisa amable, no pudo ocultar su fascinación al oír la noticia que le traía su terapeuta: llevaba años esperando esa maldita frase. A pesar de la alegría, se mostró desconfiada.

—Es broma, ¿verdad? Solo pretendes subirme el ánimo.

—No jugaría con algo así —se puso seria—. El régimen abierto es una oportunidad para ver si eres responsable fuera de la prisión. Es una toma de contacto con la sociedad. ¡No puedes fallarme! Te lo has ganado: estás cumpliendo con tus obligaciones dentro del Centro, no entras en disputas con internas, estas naturalizando todos tus traumas durante las sesiones…, solo tengo que hacer una rúbrica sobre este papel y tendrás un plan de semilibertad. ¿Qué te parece?

—Tengo propósitos, sueños… Pero realmente, ahora que veo que se acerca el momento, no sé si estoy preparada para salir fuera. No me queda nadie… Estoy algo perdida.

—Te toca empezar de cero. Ya conocerás a alguien y reharás tu vida de una manera digna. De todos modos, no te preocupes, te esperaré fuera y te guiaré: además, tengo un plan para las dos —le aseguró con cierto misterio—. Por cierto, ¿tienes algún lugar donde vivir?

—Si no la han demolido, tengo la casa del campo. Y si no, la unifamiliar de Getafe. Creo que mi padre la dejó pagada.

Ana inclinó su cabeza hacia el documento. Raquel percibió que su paciente se había duchado recientemente, ya que despedía un agradable olor a gel de baño. Tenía el pelo húmedo y las uñas cortadas. «Ana hace por cuidar su aspecto de cara a los demás; todo un logro, teniendo en cuenta la primera vez que la visité».

—Bueno, la firma la dejaré para el final de la sesión, ahora sigue

contándome tu pasado —le instigó Raquel—. Necesito que saques ese rencor que atesoras en tu pecho. Sentirás alivio. Hazme caso —palpó el torso de la mano de la presa—. Hablemos de Tobías, ¿qué pasó cuando lo volviste a ver tras tanto tiempo?

Ana subió la rodilla y la puso frente a su cara; tras el iceberg de hueso, asomó un ojo, qué en vez de atender, parecía cotillear. Tirando de recuerdos, comenzó a hablar.

—Al cabo de un par de años, Tobías volvió de Francia. Recuerdo ver su cara sonriente y su cambio de look. Ya no iba con barba de tres días y pelo abundante. Ahora se mostraba muy aseado y olía a colonia en vez de alcohol. Tuve una sensación extraña cuando lo tuve delante, fue como quien conoce a un primo lejano. Imagínate la estampa: yo mostrando indiferencia y él, entusiasmado con los brazos en cruz esperando un abrazo. Por unos instantes, sentí compasión… estuve a punto de hundirme en su regazo —Ana bajó la rodilla y mostró su rostro—. Pero, cuando vi en su antebrazo un brillo rojo, me di cuenta que no solo no había olvidado a mi hermana, sino que había coloreado y repasado el nombre de su esposa y su hija. ¿Y yo qué? ¡Y yo qué! —se enfadó mostrando la cara interna de sus brazos, como si Tobías la estuviese oyendo en aquel escueto despacho—. ¿Y mi nombre? Claro, yo no era importante en tu vida. ¿Qué trabajo te costaba ponerte: Ana?

—¿Qué te dijo cuando apareció? ¿Fueron suficientes sus palabras? —preguntó la psiquiatra devolviéndola a tierra firme. Ana volvió en sí.

—No. Pero supongo que estaba en su derecho, por ser mi padre. ¿Qué puede hacer una niña frente a eso? Además, venía dispuesto a quedarse aquí para siempre. Y me convenció de que volviéramos a Getafe; a la casa donde crecí.

—En cierta manera, se mostró con otra actitud. Según me cuentas, vino cambiado, ¡quería vivir junto a ti! —la iluminó. Ana comenzó a agitar la cabeza en un claro y repetitivo signo de negación—. ¿Me equivoco? ¿Qué pasó entonces?

—¿Qué tal le va en la óptica? —evadió la pregunta mirando a un lateral—. ¿Me recomienda gafas o lentillas?

—Si me respondes, te daré la dirección de mi óptica y te haré un buen descuento. Pero para eso, tengo que firmar este documento.

Ana devolvió la mirada a Raquel Falcón. No le gustaba que la presionara de esa manera, pero si quería la semilibertad, debía acceder a contar su pasado.

—Al parecer, le fue muy bien en Francia y ganó la suficiente pasta como para reabrir su pub. Me dolió mucho despedirme de mi abuela. Nuestro vínculo había crecido; fue como la hermana que nunca tuve. Yo tenía una habitación para mi sola y un estudio de pintura. Mi

abuela me alentó a pintar y me compro con sus ahorros un caballete, lienzos, pinturas al óleo, pinceles…, pero no me dejó llevármelos, me dijo que aquel rincón siempre sería mío y que así se garantizaría, que volvería a visitarla más a menudo; sabía que mi pasión, por plasmar mi vida en pintura, tarde o temprano me llamaría… —Ana tragó saliva—. Y es que, en aquellos cuadros volcaba mi ira, mis temores, mis experiencias, mis celos, mis traumas. Los lienzos se convertían en una ventana al exterior donde sacar el mundo interior que me atormentaba… una manera de explicarme… de comprenderme a mí misma —agitó sus manos como si dibujase una nube en el aire—. ¡Echo de menos manchar un lienzo! —silenció recreándose en la llegada de ese momento—. Como te iba contando, cuando subí al coche de Tobías, me llevé una gran sorpresa. Bueno, yo diría un mal trago… Había dos personas en su interior: una mujer de cara fina con ojos azules y su hija, un clon, pero con los ojos más grandes y súper rubia, como una *Barbie* —las pupilas de Ana se contrajeron; Raquel pudo apreciar aquel gesto ocular—. Por el camino, Tobías me explicó que era su nueva pareja, Babette y la Barbie en miniatura, su hija Ingrid, de diez años. ¿Qué esperaba el muy imbécil? —restregó las palabras en sus labios—. ¿Qué diera saltos de alegría? ¿Qué lo nombrara padre del año? No. No le di el gusto. Me quedé en silencio, sin mover una sola pestaña. Quería demostrarle que estaba herida. Qué no tenía perdón todo lo que me había hecho.

—Tuvo que ser un fuerte impacto que se presentara sin avisar y con una nueva familia— añadió Raquel Falcón—. Sobre todo, sin haberte prevenido con una llamada.

—Cuando llegué a mi antigua casa, la decoración estaba muy cambiada: Tobías la había acondicionado para nuestro regreso. Lo que más me sorprendió, fue ver la piscina rellena de tierra, por lo que ahora era una jardinera con margaritas y rosales. Había rosas de todos los colores, y el nombre de esas flores, me recordaban a mi hermana a la que tuve olvidada cuando estuve con Mariola —hizo una mueca de repulsa—. Pero Tobías, solo hacía dejar migajas de pan, para obligarme a regresar a esos recuerdos que tanto me atormentaban. Además, aquella niña angelical que adoptó Tobías, se parecía demasiado a mi hermana. Parecía que la había escogido adrede —sopesó sus sospechas buscando un gesto de apoyo en la psiquiatra. Ésta se encogió de hombros—. La madre era más fea que un tiro de mierda, como decía mi abuela. Supongo que Tobías se encaprichó de la niña, ya que era clavadita a Rosa. Y luego, pues no le quedó más remedio de traerse a Babette —Ana cerró los ojos por un momento. Parecía arrepentida. Pero todo era puro teatro—. Mi pad… Tobías, comenzó a mostrarme un álbum de fotos de mi nueva hermana adoptiva. Se me hizo pesado, eterno. ¡Figúrate ver tantas fotos de una

niña que no me interesaba su vida en absoluto! Recuerdo que Tobías me obligó a que me duchara, decía que apestaba a pocilga. La higiene no era el fuerte de mi abuela, sinceramente —abrió los ojos—. A pesar de que esta casa de Getafe siempre fue mi hogar, tenía la sensación, de que yo era la extraña. Como si fuese la adoptada fuese yo, en vez de aquellas dos francesitas. Y la historia se repitió… Tobías se metió en casa con su nueva amante, Babette, y cerraron el pestillo para intimar. Ingrid y yo, salimos al florido jardín —Ana silenció. Agachó la mirada y se puso las manos entre las piernas, muy cerca de los genitales. La psiquiatra se levantó y arrastró su silla hasta donde estaba la reclusa —. La niña hacía por hablarme en francés, pero yo no entendía ni media palabra. Es más, me empalagaba con su acento, pero sobre todo con sus ojos azules y sus cabellos dorados. Era tan hermosa, tan divina y tan perfecta, qué no podía permitirme que me quitaran el poco cariño que me tenía mi padre, no. ¡Otra vez no! No estaba dispuesta a pasar por lo mismo —enmascaró su tono con tristeza—. Recuerdo que se me acercó con una cándida sonrisa y entendí que quería jugar. Yo reaccioné mal… sentí que me estaba provocando. Mis manos se fueron hacia su cuello y apreté; notaba su pulso acelerado. ¡Tenías que haber visto su cara de sorpresa! No se lo esperaba… —se recreó con una maliciosa sonrisa—. Ingrid empezó a ponerse morada, azul: como mi hermana cuando en la piscina, luchaba por salir a flote. Para mi desgracia, Babette salió de la casa para comprobar que hacíamos, y se encontró con el percal. Tuvo que golpearme muchas veces para que soltara a su hija. No duraron mucho más allí en Getafe. Pidieron un taxi, creo. No las volví a ver —Raquel la miró a los ojos y Ana percibió cierta frustración en su psicóloga—. Tobías se puso hecho un basilisco y me dijo algo muy feo: «Deberías haber muerto tú aquel día, en vez de tu hermana». Eso me llegó al corazón —resopló—. Luego se pegó toda la tarde maldiciéndome, hasta que encontró una botella de ginebra y comenzó a beber del gollete. Me dijo que me quitase la ropa y me metiese en la bañera con agua fría para recapacitar. Sus ojos azules parecían dos llamas de propano capaz de hacer arder todo lo que miraba, pero yo ya no le temía y no obedecí. ¡Mi abuela me enseñó a ser una mujer dura, que no se achantaba ante la adversidad! —Ana inundó sus ojos en lágrimas, pero ninguna cayó hacia las mejillas. Solo se encargaron de dar más brillo a su inexpresiva mirada —. Ese cerebro de mosquito no se dio cuenta de que ya era una mujer. Tenía claro que no iba a desnudarme delante de un hombre borracho. ¡A saber, de qué era capaz en su estado! —la psiquiatra le agarró las manos—. Recuerdo que se encerró en su habitación y comenzó a llorar mientras empinaba el codo vaciando la botella. Pasadas unas horas se quedó dormido, ebrio y roncando como un cerdo… Tuve una idea y decidí entrar. Allí estaba a mi merced, tumbado bocarriba, sin

camiseta y con los zapatos quitados. En su antebrazo relucía el tatuaje en un tono intenso, brillante, como el neón de un puticlub. ¡Eso fue una provocación en toda regla! Una vocecita dentro de mí, me incitó a que le pusiera remedio. Fui a por una cuerda y lo até al sofá. ¡Ni se enteró, a pesar de que apreté los nudos con mucha fuerza! Le quité los pantalones, lo insulté, le dije lo mal padre que había sido…, pero me pareció poco. Entonces tomé un cuchillo de la cocina. No era como los que usaba mi abuela para las matanzas, no estaba tan afilado; pero yo tenía destreza y me resultó sencillo arrancarle el tatuaje de la rosa de su antebrazo. Degollar a un cerdo cuesta más, ¿sabes? —hizo un inciso aclarando el detalle. Raquel alejó su silla como si quisiera huir del recuerdo que le narraba Ana—. Los gorrinos huelen la muerte, ya podía esconder las jeringuillas con ingenio, que sabían que los iba a matar. ¡Demostraban más inteligencias que el pánfilo de Tobías! —detuvo su relato—. ¿Qué crees que pasó a continuación? —se inclinó sobre la mesa acorralando a Raquel con la mirada. Ésta, alzó la barbilla pidiéndole que continuase—. ¡Pues que recordé a Pinky! Me sentí empoderada, que podía llegar más lejos. Y al ver todos esos cojines donde estaba tumbado durmiendo la mona, decidí prenderle fuego. Su cuerpo no tardó en envolverse en llamas… olía a cerdo asado el muy cabrón.

—¡Dios Santo! —se le escapó a la psiquiatra a pesar de que se había tapado la boca.

—¿Cree usted en Dios? —cambió de tema Ana.

—Creo en las segundas oportunidades. Pero no siempre acierto —admitió en tono frustrado—. A pesar de esto, creo que lo tuyo fue una casuística fruto de muchos factores y tragedias, que te llevaron por la senda equivocada. Pero de todo lo que me has contado, puedo comprobar que no has reincidido en la prisión con ninguna presa. Nadie ha ardido, ni sufrido daño por tu parte, más que unas humillaciones al inicio de tu ingreso.

—Hay más —sobrecogió a Raquel cortándole el aliento—. Cuando el humo se expandió por toda la casa, apareció la Policía Nacional. Al parecer, Babette puso una denuncia por intento de homicidio hacia su hija, pero se llevó una sorpresa mayor, cuando vio como la casa era pasto de las llamas. Fui ingresada en un centro de menores… un correccional. Cuando cumplí los dieciocho, me dejaron libre un mes, y volví con mi abuela tras dos años sin verla —soltó aire por la boca—. Mariola se alegró, me dijo que aquella era su casa y este, mi cuarto de arte. La pobre mujer, estaba muy deteriorada. Se lo hacia todo encima y le habían amputado una pierna, por necrosis derivada de la diabetes severa que sufría. Pasó el tiempo y finalmente, el juez me citó, acusándome de parricidio y tentativa de homicidio. Entre en prisión con una condena de veinte años. ¡Y aquí me tiene! ¿Pero sabe qué fue

lo peor? —Raquel hizo un gesto con la cabeza como esperando la respuesta—. No fueron los años privada de libertad, no; la condena fue no poder seguir cuidando de mi abuela y saber que moriría sola, sin nadie que la cambiase, que le midiera el azúcar y que la tomara de la mano cuando le entraban esas crisis de hipoglucemia… ¡Esa fue mi mayor pena..! La amaba.

La psiquiatra resopló y arrastró su silla hasta la posición inicial. Una vez tuvo Ana en frente, retomó el informe de evaluación psiquiátrica y le dijo lo que pensaba.

—Si te soy sincera, tengo dudas de firmar este documento —apretó la montura de sus gafas contra la ternilla—. Pero creo que has consumado todas tus venganzas y como dices, ya no tienes a nadie que envidiar, ni con quién competir; por lo que solo te queda prosperar y olvidar tu pasado. Además, has desarrollado un vínculo de empatía con tu abuela, has sido capaz de crear nuevos lazos tras la relación fallida con tu padre ¡Demuéstrame que estás capacitada para salir! Si cumples con tus restricciones y no eres penalizada, en un año estarás en la calle.

Ana engrosó su mirada y mostró una sutil sonrisa, que anunciaba victoria.

—Le demostraré que estoy a la altura. Cambiaré poco a poco. Encontraré la manera de provocar ese efecto. Y como dice el simbolismo de su tatuaje minimalista, adoptaré esa mentalidad de cambio: “malin”.

—Una pregunta, Ana. ¿Cómo tienes pensado ganarte la vida fuera de la prisión?

—Cuento con el desempleo, pero no descarto hacer lo que mejor se me daba antes de ingresar aquí: cuidar de personas mayores. Eso me hará creer que sigo atendiendo a mi abuela. Será una especie de redención… Se lo debo.

A la psiquiatra, le tembló el pulso, pero tenía un plan que iba más allá de dar segundas oportunidad; y pensó que Ana, era la candidata perfecta para llevar a cabo su propósito más ambicioso. Con una rúbrica minúscula, firmó el documento. A partir de ese momento, la reclusa tendría aprobado el tercer grado penitenciario.

—Antes de que te vayas, respóndeme a una última cuestión, ¿qué es lo primero que vas a hacer cuando pises la calle?

Ana bajó su rodilla de la silla e hizo un gesto mordiéndose el labio. Luego respondió en un tono alegre.

—Pues tengo una larga lista de caprichos. Pero tras la charla, me ha entrado añoranza por la Sierra. Así que volveré la casa de mi abuela, pasearé por los pueblos para ver cómo han cambiado de aspecto y me apuntaré a una academia de tatuajes… Pero lo primero, primero, son mis necesidades primarias; me pondré un traje bonito,

saldré a una discoteca y echaré el polvo de mi vida con algún fortachón con tatuajes que me haga sentir una mujer de verdad. Eso me subirá la autoestima.

Raquel sonrió.

Pero no de alegría, sino de incertidumbre.

52
Entre delirios y recuerdos

Sábado, 29 de mayo de 2022

A las seis de la tarde, Roca y Verbeke entraron por las puertas del Hospital de la Paz. Acudieron con la idea de visitar a Raquel Falcón, que estaba ingresada tras huir de su captora. El revuelo en los pasillos y los cotilleos, se expandían por todo el edificio como una epidemia, llegando incluso a los oídos de los pacientes, que se debatían entre la vida y la muerte en una cama de UCI. Tras dos interminables minutos, el ascensor abrió sus puertas y varias personas salieron en tropel. Verbeke entró sin esperar a Roca y, pulsó el botón del número tres. No se dio cuenta, tenía en la cabeza la ristra de preguntas que le iba a hacer a la testigo. Su compañero, comprobando que lo habían dejado tirado, optó por las escaleras. Una vez reunidos, no hubo explicación sobre lo sucedido. Contemplaron el largo pasillo, allí había corros de personas hablando en voz alta y celadores empujando sillitas de ruedas. El suelo desprendía un fuerte olor a lejía y en la pared había dispensadores de hidrogel; Roca hizo uso de uno de ellos, frotándose las manos con ahínco. Al fondo, se divisaba a dos guardias civiles vestidos de uniforme, que custodiaban la habitación de Raquel Falcón. Se acogían a una orden judicial, donde nadie tenía autorización para entrar a visitar a la testigo, excepto los sanitarios y las personas que llevaban a cabo la investigación de la Operación Caronte. Tras identificarse, la pareja Verbeke-Roca, accedió hasta los pies de la cama. En un banco reclinable color verde, se encontraba el marido de la psiquiatra, con el rostro lánguido. Muy cerca de este, un doctor de espalda ancha y pelo entrecano, alumbraba las pupilas de la paciente con ayuda de una linterna de diagnóstico. Los cabellos rojizos y rizados de Raquel Falcón, resaltaban sobre el pijama blanco y los tonos verdes de la habitación, como si tuvieran brillo propio. Detalle que no pasó por alto para Verbeke. «Juraría que se ha teñido recientemente», apostó.

—Buenas tardes, doctor. Somos de la Policía Judicial y estamos llevando a cabo la investigación. ¿Qué tal se encuentra la paciente? —se preocupó la teniente, contemplando como un gotero se vaciaba en el brazo de Raquel a marcha acelerada—. Su testimonio es de vital importancia para resolver el caso.

El doctor, apagó la linterna con aspecto de bolígrafo, y encaró a los agentes.

—¡Buenas tardes! —ocultó las manos en los bolsillos de su bata—. Su vida no corre peligro —Roca alzó una ceja poniéndolo entre dicho. No era la primera vez que un perturbado decidía colarse en la habitación para asfixiar con una almohada a la testigo de su crimen—. Mañana le haremos una cirugía, para reconstruirle en medida de lo posible, el tejido que le falta en la zona cervical. Lo llevaremos a cabo mediante un injerto de su propia piel.

—¿Se le ha realizado algún análisis de sangre? —quiso saber Verbeke—. ¿Habéis encontrado alguna lesión distinta a la de la nuca?

—Según el informe… —recordó el doctor haciendo memoria—, ha sufrido una intoxicación por un alcaloide tropánico como es la escopolamina. Esta droga es altamente tóxica y puede causar delirios, psicosis, arritmias, colapso vascular e incluso la muerte. Por suerte, la paciente no ha desarrollado esos síntomas de una manera acusada, pero… —sembró algunas dudas—. Es posible que tenga lagunas, nieblas o que dé detalles incoherentes; está en proceso de recuperación. No lo olviden.

Los agentes asintieron con la cabeza, pero el marido de Raquel no lo veía claro. Intuía que venían a molestar a su esposa. Roca pudo percibir como les lanzó una mirada que hablaba de animadversión.

—¿No podéis venir mañana? Mi esposa está viva de milagro y lo que menos necesita es que la hagáis recordar el calvario por el que acaba de pasar.

—Muchas gracias, doctor —le agradeció Verbeke ignorando la sugerencia del hombre que acompañaba a la paciente—. No tardaremos más de diez minutos.

El esposo de Raquel Falcón, se levantó iracundo. Se aferró a la barandilla de la cama, que protegía a su esposa de una posible caída, y se interpuso delante de los agentes. Roca le pidió con educación que abandonara la sala. Este se negó rotundamente.

—Su esposa puede salvar a personas que ahora mismo están en peligro de muerte. Debe entender que hagamos nuestro trabajo en estas condiciones —fue franco—. Seremos lo más breve posibles.

—Por favor —masculló Verbeke haciendo entrar en razón a su esposo—. La cuidaremos. Estamos acostumbrados a manejar este tipo de situaciones.

El hombre se marchó dando un portazo como respuesta. Sin perder ni un minuto más, se dirigieron hacia la testigo. La teniente sacó su libreta, a expensas de cualquier dato que pudiera dar en su estado somnoliento; ya que un detalle aparentemente absurdo, podría ser relevante para el curso de la investigación. La superviviente del cautiverio, llevaba allí casi veinticuatro horas y era ahora cuando parecía que estaba volviendo a la normalidad: sus pupilas se coordinaban, su lengua mostraba cierta fluidez, el dolor se pronunció

en todos sus rasguños…

—¡Me duele el cuello! —se quejó apoyando los codos contra el colchón—. Les pido disculpas por no mirarles cuando me hablan.

—Si sientes dolor… significa que estás viva —le animó Verbeke, provocando que su compañero le diese un codazo—. Ya estás fuera de peligro. ¿Nos ayudas?

—¿Quiénes sois?

— Somos de la policía judicial. Yo soy Julia Verbeke y él, Iván Roca.

—¿Recuerdas cómo te llamas? —pregunto el sargento, alisando su barba con los dedos.

—No. Ahora mismo no.

—Te llamas Raquel, Raquel Falcón. Has sufrido un secuestro. Estamos aquí, porque necesitamos conocer datos, sobre el criminal o los criminales que te hicieron pasar por esto —le explicó Verbeke—. Necesitamos que nos digas todo lo que puedas recordar durante tu cautiverio.

—Sobre todo, háblanos de esa mujer de la que escapó —apostilló Roca.

Raquel hizo una mueca de horror, ya que, en la paranoia producida por la medicación y la toxicidad de su torrente sanguíneo, vio la cara de Ana en la de la teniente. Y, comenzó a temblar hasta desvanecerse. Sus extremidades perdieron tensión y sus ojos se volvieron blancos como la estructura metálica de la cama que la sostenía.

—Tranquilícese —dijo Roca tomándole la mano—. Está a salvo.

—Ana… era paciente mía en la prisión de mujeres de Alcalá de Henares —ralentizó la frase—. Después de mucho, vino a verme…, quería…

Raquel cerró los ojos, cayendo en un estado de seminconsciencia. Verbeke miró hacia la puerta y viendo que no había nadie vigilándolos, se tomó la licencia de darle una cachetada para espabilarla.

—¿Qué haces? —se molestó Roca por el guantazo que le propinó a mano abierta.

Raquel abrió un solo ojo, realizando un esfuerzo titánico por mantenerse despierta. Verbeke esbozó una sonrisa inocente, como si no hubiese roto un plato. La psiquiatra, masculló una frase, antes de quedarse profundamente dormida.

—Ana, fue a mi óptica… hace… días… Tengo un circuito de cámaras que vigilan…

La mujer silenció y sus párpados se deslizaron sobre sus globos oculares.

«*Game over*», obvió Roca tomándole el pulso.

—¿Le doy otra? —pidió la aprobación de su compañero.

La psiquiatra volvió en sí de nuevo. Como si intuyera que aquella mujer de pelo rubio y ojos azules, fuera a zurrarle.

—Vino a mi… óptica. Quería unas lentillas azules y luego… —se quedó callada como si se le hubiese olvidado que estaba entablando una conversación y fijó su vista en unos enchufes amarillentos que adornaban la pared—. Me quiso llevar a su casa para enseñarme una… obra que estaba haciendo… y le acompañé al coche. Me inyectó algo en el cuello y cuando me di cuenta… ya estaba atada.

—¿Su captora estaba sola o se ayudó de alguien?

Raquel tardó un rato en responder, sus pestañas descendieron como si fuesen de plomo y su lengua, parecía un trozo de carne muerta. Cuando se dispuso a dar respuesta, tuvo un momento de lucidez, que sobrecogió a los agentes.

—¡Ana y Rosa son hermanas!… Una me arrancó el tatuaje, la otra me lo curó… Os pido perdón… Me equivoqué al firmar su acta de reinserción. Todo ha sido una mala decisión por mi part…

Verbeke anotó en la libreta el nuevo nombre: Rosa. Y eso le hizo pensar en Clara Tundidor y las trece puñaladas de su tórax conformando los pétalos de esa flor. Roca pensó lo mismo y solo hizo falta una mirada, para que ambos le dieran credibilidad al testimonio de Raquel.

—¿Recuerda cómo era el lugar donde estuvo retenida? Diga colores, sensaciones, lo primera que le venga a la cabeza —le alentó Roca aprovechando su clarividencia.

—Estaba oscuro… Me ataron… Olía a orín y se oía un ruido de agua continuo… Recuerdo que estaba corriendo por el bosque, descalza, me clavaba piedrecitas. El cielo estaba repleto de estrellas…

Raquel quedó sumida en un sueño profundo. Verbeke le ordenó a Roca que se diese la vuelta.

—¿Qué pretendes?

—Voy a buscar si tiene una “A” tatuada. ¡Encárgate de la puerta!

Roca sujetó el pomo, para que nadie entrara en la habitación. Mientras tanto, ella levantaba el camisón abotonado, en busca de la marca que dejaba Caronte al llevarse el tatuaje. La puerta hizo un amago por abrirse y Roca empleó toda la fuerza de sus manos, con el fin de que la manija no tornase desbloqueando la puerta. Verbeke, se apresuró en su propósito. Recogió la permanente de rizos rojizos en un ramo y elevó los brazos de la psiquiatra. Nada. Estaba limpia. Luego abotonó el indigno pijama que vestía su blancuzco cuerpo y la tapó con la sabana a la altura de la cintura. En ese mismo momento, Roca retiró la mano del pomo y por ella, entró una doctora ceñuda con una bandeja en sus manos. Sin querer preguntar qué estaba pasando, les pidió que abandonaran la habitación. Una vez en el pasillo, intercambiaron impresiones usando el susurro.

—¿Tenía la marca?

—No —negó Verbeke con la cabeza—. Y casualmente, el tatuador está entre rejas. ¿Coincidencia?

—Raquel apareció antes de que le echáramos el guante a Andrés Rufián. Por lo que la pudo haber tatuado tranquilamente.

—Ya —le dio la razón.

—¿No hay algo en todo esto que te chirría? Si lo piensas fríamente, todo es bastante casual —desconfió Roca—. Raquel escapa con vida de la que fue su paciente durante unos años. No le deja marca de "A" y ahora, nos dice que fue a verla a la óptica, en vez de contarnos como era el lugar donde estuvo retenida.

—Tiene el pelo recién tintado, como si se hubiese preparado para estar presentable en su convalecencia —especuló dispuesta a arrojar más sombras de sospecha sobre la psquiatra.

—Me he dado cuenta… Pero te lo digo en serio, es muy extraño que haya salido ilesa de manos de Caronte.

—A Falcón le han hecho una carnicería en la nuca y tendrá un recuerdo traumático que le perdurará de por vida. ¿Qué redito puede sacar de este supuesto montaje?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Pero hay algo que me patina… Bueno, es hora de ir a por esas grabaciones a la óptica.

—Llamaré al Teco, hay que elaborar un listado con la relación de pacientes que Raquel Falcón ha tratado en prisión —le aclaró—. Hay que buscar los nombres de Rosa y Ana, por si hubiera alguna coincidencia.

El marido de Raquel Falcón, se posicionó en mitad del pasillo. Se aproximó a los agentes y con el rostro compungido, les pidió un favor.

—Juradme una cosa… ¡Que atraparéis a esa degenerada que secuestró a mi mujer! ¡Prometédmelo! Porque como a mi Raquel le pase algo, me tomaré la justicia por mi mano.

—Su esposa tiene todas las respuestas para atrapar a los culpables —le soliviantó, Julia Verbeke—. Sería de gran ayuda que en cuanto tenga lucidez, se ponga en contacto con nosotros. Necesitamos saber todos los detalles de su cautiverio.

—Es posible que en el mismo lugar donde estuvo cautiva, haya más personas retenidas en contra de su voluntad —apostilló Roca—. Su mujer ya no corre peligro. Pero el resto… igual no tienen tanta suerte.

El hombre hizo un mohín, se apartó a un lateral del pasillo y pegó su nuca en los azulejos de la pared. En aquella extraña posición de cansancio, respondió bastante decidido.

—No pienso presionar a mi esposa en su estado. Deben entender que está pasando por un duro trance. Le han arrancado un trozo de carne del cuello. ¡Por el amor de Dios!

La teniente lo miró de arriba abajo. Indignada, le respondió.

—Se equivoca. Un duro trance, es cuando le devuelven a su ser querido metido en una bolsa para que lo entierren. Eso sí es una putada. Y por suerte, su mujer aún respira. Piense más allá de su propio interés, por favor. Esas asesinas siguen sueltas y dispuestas a matar.

El esposo de la testigo, se puso las manos sobre las sienes y deslizó su espalda contra la pared, hasta quedarse acuclillado. El binomio Roca-Verbeke, no añadió nada más al respecto, lo dejaron debatiendo en aquel pulso mental entre lo correcto y lo egoísta. Tomaron el ascensor y aparecieron en la planta baja. Un alboroto tenía embrujado a un corro de visitantes, que observaban como dos agentes de paisano se llevaban hacia fuera del edificio, a un enfermero con las muñecas esposadas. Cuando Verbeke se asomó para ver de quién se trataba, conoció a los agentes Zamorano y Morientes, qué de malas maneras, empujaban al detenido. Y a pesar de no conocer la identidad del sanitario, intuyó que se trataba de su cuñado, Joaquín.

«A ver cuánto tarda mi hermano Gabriel en hacerme una llamada. Seguro que se pone como una fiera. Espero haber hecho lo correcto», vaticinó con cierto resquemor.

53
El inefable Rogelio Cortés

En la calle Mariposa Isabelina de Buitrago del Lozoya.
Antes de darse por desaparecido.

Aprovechando los cálidos rayos primaverales, Rogelio Cortés, se remangó el chándal hasta las rodillas y se convenció de que podía coger color en las piernas. «El verano, ya está aquí», auguró. Pero el hermano del alcalde, no se ponía allí por puro azar, simplemente, esperaba a que la mujer de pelo negro y cuerpo fino que cuidaba a la anciana, saliese de la vivienda, y así, hacerse el encontradizo. Y no tenía manera más elegante para el cortejo, que sentarse en el escalón de su patio, mientras se tomaba una lata de cerveza junto a la jaula de su canario. A la hora estipulada, Ana abandonó el domicilio. Al verla salir, la saludó. Ésta, como de costumbre, le dedicó unas palabras por puro compromiso. Con la intención de impresionarla, giró su pierna un cuarto de vuelta, y le mostró cómo en uno de sus gemelos tenía un corazón quebrado en dos mitades. Y lo consiguió. La mujer quedó embrujada con el tatuaje —sin palabras y con los ojos como platos—. Aquel diseño tomó sentido en su cabeza, como si Rogelio se lo hubiese tatuado para ella. Su perturbadas mente, le pedía a grito limpio, ese símbolo de tinta que encerraba un significado muy concreto. «Rompecorazones. A mí me lo quebraron… Y varias veces. El desgraciado de Tobías me abandonó; mi abuela murió sola; Rambo me drogó y me compartió con sus amigos. No hay mayor dolor que cuando te hieren la confianza», repasó mentalmente sus traumas, dando simbolismo al dibujo de su piel.

—Te mola, ¡eh! —se enorgulleció el hermano del alcalde sacándola de sus ensoñaciones—. Me lo hice en honor a mis viejos.

—Muy emotivo —opinó Ana—. Aunque yo le hubiese puesto las iniciales de tus padres, en cada pedazo del corazón.

—Tengo que ir a que me lo repasen.

—Yo podría hacerlo. Si tú quieres, claro…

—¿Sabes tatuar? —se asombró—. ¿Estuviste en la academia del pueblo? ¿A qué sí?

Ana le guiñó un ojo y luego respondió.

—Sí. Pero no quiero meterte en el compromiso. No quiero hacer algo que no deseas.

—Sí. Me encantaría… pero no tengo dinero. La pensión me ingresan los días 25 de cada mes.

—Por esta vez, no te cobraré.

—Nadie hace nada gratis —dijo el necio con total cordura—. Siempre hay un interés a cambio…

—Tienes razón. Me hace ilusión que luzcas un diseño mío —uso sus armas con tal de convencerlo—. Eres el hermano del alcalde y eso, daría caché a mis diseños. Algún día dejaré de lavar y pasear a ancianas, para dedicarme a mi verdadero hobby.

—Cuidar de esas ancianas tiene que ser aburrido. Vale. Te daré publicidad. Ya sabes que paseo mucho por el pueblo.

—No. Lo único que te pido es un poco de discreción. Ya sabes, no voy tatuando gratis. Mejor que nadie se entere. La gente especula y habla más de la cuenta.

Rogelio sonrió y balanceó la cabeza repetidamente, como si fuese un perro de plástico de los que se ponen en los salpicaderos de los coches.

—Esto es lo más parecido a una cita —abrió sus ojos marrones de repente. Con esa mirada fija que diferencia a los cuerdos de los que no lo están—. No quiero ser descarado. Perdona.

—Es una cita para una sesión de tatuaje. Dependiendo como te portes, igual viene una cita de otro tipo. Apenas nos conocemos, Rogelio.

—¿Y cuándo me lo vas a hacer?

—¿Qué tal ahora?

Rogelio apagó el cigarro, metiéndolo por la abertura de la lata de cerveza. Colocó la jaula en el poyete de la ventana y con una sonrisa de oreja a oreja, entró en su casa para asearse como un gato; convencido de que había conquistado a aquella mujer. En menos que cantaba un gallo, volvió al patio vistiendo un chándal Adidas, unas zapatillas deportivas y un polo de color rojo. Ana percibió dos cambios: se había echado colonia Brummel en cantidades abrumadoras y se había afeitado la cara, dejando al descubierto la papada que colgaba de su mentón; aquel tipo tenía bocio. Ana vio a un cerdo de los que tenía su abuela y recordó lo bien que se le daba degollarlos. Y pensó en aquellos tiempos, junto a su abuela Mariola. Rogelio la siguió y se montó en la furgoneta de Ana. Estaba eufórico. Tenía la estima alta, a pesar de todo.

—Veo que sigues con chándal. Pensé que llevarías un pantalón corto… ¿No pensarás quedarte en calzoncillos?

—Nunca llevo calzoncillos —admitió Rogelio—. Pero este chándal tiene botones laterales y se puede abrir. Tú querías que fuese discreto… si vuelvo con la pierna al aire, se van a dar cuenta del tatuaje, ¿no crees?

—Muy astuto —admitió Ana tomando un sendero fuera de la carretera.

—Soy más listo de lo que todos piensan. Solo que mi hermano no me deja brillar —mostró su rivalidad fraternal.

Por un instante, Ana se sintió identificada con aquel hombre. Empatizó con sus sentimientos y esa sensación de no ser admirable para nadie. Y se dio cuenta, que muchas veces compartimos estado emocional con las personas que menos esperamos.

—¿Adónde vamos? —intrigó Rogelio viendo que el vehículo los llevaba muy cerca de la presa del Villar—. Pensé que vivías por el pueblo.

Ana frenó en seco y quitó el contacto. No estaba segura de lo que se traía entre manos. No lo tenía planeado. Y las improvisaciones, la ponían de los nervios.

—A ningún lado. ¡Nos volvemos!

—Pero ¿no me digas que te vas a echar atrás ahora? —puso cara de decepción—. Claro, es mucho trabajo y te has dado cuenta que hacerlo gratis no te motiva. No importa. He traído dinero. Tengo una hucha con algunos ahorrillos.

—No es por el dinero —insistió luchando con su propio impulso—. Es por tu bien.

—¡No te eches para atrás! ¡No seas cobarde! Ya que estamos aquí, es mejor terminar el trabajo —dio un pisotón sobre la alfombrilla de goma—. O si no… o si no le contaré a la gente que eres una mentirosa.

Ana miró al pasajero y sintió algo parecido a lástima, pero no era eso. No le importaba lo más mínimo aquel necio. Solo tenía un dilema interno sobre la conveniencia de dejarlo marchar. El pretexto de repasar los tatuajes, era su gancho; y esta vez le volvió a salir bien. Ya lo hizo con Pinteño y con Gallo…. No iba a detenerse ahora. «Si Rogelio se va de la lengua, me torcerá el plan y todavía me quedan un par de tatuajes más», reflexionó.

—Está bien. Sigamos con el trato.

Ana arrancó el coche y condujo hasta una arboleda compuesta por sabinas, enebros, quejigos y encinas, los cuales hacían de telón, ocultando la casa donde estaba a punto de dar una macabra función. Estacionó junto a una enorme roca, que emergía del terreno. El invitado se bajó con cierta torpeza y estiró las piernas como si sufriera una especie de *jetlag* —lo suyo era caminar y caminar—. Miró en rededor, la inmensidad de la presa, la falda de las montañas y la ubicación en la cual se encontraba. Luego se fijó en los detalles de la construcción: las paredes encaladas, la puerta de madera carcomida y las genuinas tejas repletas de musgo; y llegó a la conclusión de que nunca había visto esta casa, a pesar de las veces que se había pateado el monte, en su haber como senderista. Tras varias zancadas, llegaron al huerto. Allí no había nada sembrado, solo semillas de malas

hierbas, germinadas por las heces de aves como: el acentor común o la collalba gris. En mitad de terreno, había un pozo sin polea, ni cubo; detalle que llamó la atención del hermano del alcalde.

—¿Aquí tienes montado tu estudio de tatuajes? —se sorprendió—. Parece que la casa se va a caer a pedazos.

—Era de mi familia —dijo Ana con cierto anhelo—. Ahora vivo aquí. Sola.

—Este sitio parece estar abandonado. No creo que tengas luz ni agua… ¿Cómo me vas a tatuar?

—Mi máquina se alimenta con batería. Además, tengo velas y agua embotellada.

—¡Podrías venirte a mi casa a vivir! No tendrías que pagar nada. Por cierto ¿aquí cómo te duchas? ¿Con agua de pozo?

—Me ducho en casa de otro amigo y con agua caliente. Luego te lo presento…

Rogelio sonrió, se sintió especial. Curioso, merodeó por los alrededores de la casa, como si fuese un tasador de viviendas rurales. De repente, algo llamó su atención. Como un lobo, estiró las orejas buscando el sonido que lo había sobrecogido. «Parece un grito», se sugestionó. Ana sabía de qué se trataba, y, fue a disipar a Rogelio, para que no accediese dentro de la vivienda.

—Me ha parecido escuchar a alguien pidiendo auxilio. ¡Ha sonado dentro de tu casa!

—Tengo una radio a pilas y salta sola de vez en cuando —argumentó tirando de Rogelio en dirección al pozo. Nerviosa por la situación, se metió en el habitáculo del coche y buscó la burundanga que tenía en la guantera, con la firme idea de someterlo. Cuando alzó la mirada, Rogelio ya no estaba—. ¡Mierda!

Preocupada porque destapara el pastel, corrió en su búsqueda. Ana entró dispuesta a todo. El hermano del alcalde, había abierto la puerta principal y estaba detenido en mitad de la cocina.

—Perdona, entré a apagar la radio. Para mí que era una radionovela de terror —se excusó Rogelio, contemplando la cocina repleta de muebles viejos, una nevera amarillenta y una encimera apolillada—. Pero no la encuentro por aquí.

—Está en otra habitación —se justificó escondiendo el bote de burundanga en un bolsillo de su pantalón—. Traeré la camilla. ¡Y no te muevas de aquí!

Ana entró a toda prisa en su habitación, preparó un inyectable de benzodiacepina y lo dejó sobre el colchón de su cama. No tardó ni un minuto y regresó de nuevo a la cocina. Rogelio seguía allí mirando, embobado con el techo de vigas, como si fuese un chino en la Capilla Sixtina. Ana encendió una lámpara portátil y la estancia se iluminó. Ahora sus pupilas brillaban como gemas, aunque su corazón no hacía

más que oscurecerse.

—Esa camilla aguantará mi cuerpo, ¿no? Peso casi cien kilos.

—Sí, Rogelio. Es resistente. Ahora, túmbate sobre ella y remángate la pierna.

El hermano del edil, se tumbó como quién va a recibir una sesión de masaje. Ana miró su culo aplastado y recorrió su espalda con la vista, notando bajo su polo rojo, una abultada alambrada de vellos. Pensó, que además de faltarle un hervor, no tenía atractivo ninguno. Mientras pensaba en estos sinsentidos, se recogió el pelo en una gomilla, se enfundó dos guantes de látex y tomó una mascarilla quirúrgica. Conectó la máquina de tatuar a la batería, le puso un cartucho de tinta negra y la dejó en un taburete cercano. Luego escogió un rotulador «*sharpie fine point*» y modificó el tatuaje existente, a mano alzada, antes de empezar a atravesar su piel a golpe de aguja y tinta. Tras unir las dos mitades del corazón con un hilo azul, el diseño obtuvo todo el sentido del mundo a los ojos de Ana. Y se sintió satisfecha.

—¿El tatuaje del dedo te lo hiciste tu misma? —le preguntó Rogelio mascullando boca abajo en la camilla—. AMOR. ¡Muy romántica!

«A este no se le escapa detalle», caviló. Luego le dio charla.

—Son las iniciales de mi nombre.

—¿Pues no te llamas María? —dudó—. Supongo que se trata de un nombre compuesto. Yo también tengo dos nombres, me llamo Rogelio José.

Ana alzó una ceja, y sonrió con su pensamiento. «Tiene nombre de galán de telenovela».

—Me lo hicieron cuando era más joven. Y no me trae buenos recuerdos —explicó mientras repasaba el corazón del gemelo—. Los tatuajes simbolizan muchas cosas. Para algunos son mensajes de amor o lemas de vida; para otros, cicatrices del pasado.

—¿Y qué son para ti?

—Fotos vivas. Un álbum que habla de momentos que marcaron mi vida.

Ana no perdió más tiempo con la reflexión. Tomó la máquina de tatuar y empezó a repasar el dibujo. Tras media hora, pensó que era el momento apropiado para sedarlo. Dio paso a un descanso, aludiendo que iba al baño, pero aquel no era el verdadero motivo. «No te muevas de aquí, vengo enseguida», le advirtió. Fue a la habitación y retomó la jeringuilla cargada de relajante muscular. Cuando volvió, Rogelio ya no estaba sobre la camilla. Ana se alteró y se puso en la peor de las situaciones. Con desespero, buscó en los muebles de la cocina un cuchillo y se preparó para actuar de la peor forma. Con las dos manos ocupadas, se dirigió al establo tras escrutar todas las

habitaciones. Al final del pasillo, bajo el dintel agujereado por la carcoma, se encontró de espaldas a Rogelio. Estaba quieto, con una mano apoyada en la jamba de la puerta y con la vista clavada en el suelo repleto de paja, heces y orín. Su cabeza intentaba asimilar lo que veían sus ojos: «¿Qué hace un hombre desnudo, atado de muñecas y pies a una cadena a la pared?». El rehén era musculoso, calvo y tenía los dientes anchos. Pecho y espada tatuada con dragones. En su frente, el singular tatuaje de un alambre de espinos con cinco nudos. Rogelio lo conocía de vista, pero no recordaba el mote que tenía. El sujeto, desde su incómoda posición, lo estaba avisando del peligro. El desdichado, no descifró el mensaje de aquellos ojos azules que zigzagueaban, advirtiéndole de la amenaza que le acechaba por la espalda.

—Corre… imbécil. Está… detrás de ti —masculló el rehén en un tono derrotero.

Rogelio, supo de inmediato que estaba en peligro. Echó a correr en dirección a la puerta del establo, que conducía directamente al exterior. Pero, ya era demasiado tarde. Notó un pinchazo en el cuello. Dio un respingo y sacudió sus hombros. Ana vertió casi todo el contenido, empujando el émbolo con fiereza, antes de que la aguja se rompiese en su carótida.

—¡¿Por qué tienes a este hombre aquí?! —mostró su sorpresa, llevándose las manos al pescuezo, bajo el bocio—. ¿Fuiste tú quién mató a mi Clara?

Ana sonrió con maldad. Rogelio, comenzó a sudar y a perder la visión. Las piernas le flaquearon. Su boca se secó. Cerró los puños y a ciegas, comenzó a estirar los brazos en busca de apoyo. Perdió el equilibrio y se desvaneció contra la pared, rompiendo una vieja pintura en tempera, que Ana hizo cuando solo era una niña.

—No la maté. La he elevado a otro nivel —se justificó la asesina—. Su nombre aparecerá en todas las búsquedas de internet relacionadas con este lugar. La he convertido en una mártir. En una pieza más de mi obra.

Dominado por su instinto de supervivencia, Rogelio aunó las pocas fuerzas que le quedaban y realizó un último esfuerzo por escapar de las manos de su verdugo. Pero los relajantes musculares, hicieron que su cuerpo, se convirtiese en una mole torpe y sin fuerzas; sin remedio alguno por evitarlo, cayó muy cerca del otro rehén.

—¡Sujétamelo! —le ordenó Ana.

Este obedeció, estiró los brazos tirando de las cadenas, hasta atrapar en la palma de su mano, el tobillo del hermano del alcalde. Sumido en un estado de sumisión debido al burundanga que acumulaba en su organismo, retuvo lo suficiente a Rogelio, para que no reptara sobre el lecho de paja; la fuerza empleada fue tal, que le

dejó una uña clavada muy cerca de la altura del gemelo.

Ana colocó la jeringuilla sobre la mesita de noche que decoraba el establo. De un cajón, tomó otro cuchillo —este más grueso y gordo que el anterior—. Con destreza, clavó la punta bajo la epidermis; y como si fuese una loncha de jamón, fue cortando el tatuaje, aprovechando que el forzudo rehén le sostenía la pierna. A Ana, le faltaba muy poco para extraer todo el pedazo de una sola pieza. Un solo corte y el colgajo estaría entre sus dedos. Pero entonces, espoleado por la adrenalina que el organismo liberaba en situaciones de máximo peligro, el que estaba siendo agredido, resurgió de su estado somnoliento, pillando por sorpresa a su captora.

—¡Arrg! —gritó lleno de rabia.

Tras apoyar los codos contra el suelo y aupar la espalda, gateó un par de pasos hasta zafarse de las garras del tipo, que a pesar de estar atado por una cadena al tobillo y en las muñecas, obedecía a su captora como si fuese su esclavo. Rogelio se puso en pie, trastabilló, pero mantuvo el equilibrio. Ana tomó el cuchillo más grueso y se lo clavó en el empeine, atravesando sus zapatillas deportivas y anclándolo al suelo arcilloso del establo. Luego, atenazó el tobillo de su víctima, como una hiena atacando a un ñu y, cercenó el filete de carne que pendía de su gemelo tatuado. El hermano del alcalde no gritó, tan solo cayó desplomado; su planta del pie, se mantuvo a ras contra el suelo.

—Lo tengo —le mostró el pedazo de piel con orgullo—. ¡Gracias, Rambo! —reveló el nombre del cautivo—. Me encanta cuando me obedeces. Y tendrás una recompensa por ello.

Rambo, pensó qué tras ayudarla a retener a Rogelio, Ana iba a recapacitar y lo iba a liberar. Se lo debía. Él, le había ayudado a elaborar el plan y a deshacerse de las ropas de las víctimas en el río Lozoya: tenía razones para darle una segunda oportunidad. Y sonrió en consecuencia, victorioso, empezando a ver la luz al final del túnel.

Pero, esa luz duró poco.

—Entiendo que quieres enmendar tu error conmigo, Ana…, y eso está bien. No te guardo rencor —susurró, debilitado por la deshidratación a la que había sido sometido tras dos días sin beber agua—. Ahora suéltame.

Ana empezó a despojar a Rogelio de sus ropas. Una vez lo desnudó, lo insultó bajo la atónita mirada de Rambo. Una vez acabó con su ritual de humillación, retomó el cuchillo de hoja fina y se acuclilló frente al que fue su novio y cómplice.

—¡Tah, tah! —negó con un chasqueo de lengua—. Todavía no has pagado todo el daño que me hiciste. Y no me mires así… con los mismos ojos cobardes de Tobías.

Lo último que Rambo vio, fue como Ana acercaba la hoja del

cuchillo a sus ojos. Luego, notó un intenso dolor bajo las cejas y el establo quedó a oscuras de repente.

—¡¡Grrrr!! ¡Ahh!

El rugido que profirió Rambo, espantó a un par de cuervos que estaban acomodados en una grieta del tejado. Sobre sus mejillas, se vertió un líquido viscoso, con la misma textura que la clara de un huevo crudo. La imagen de sus globos oculares desinflados en las cuencas, resultó espantoso incluso para Ana. Pero eso, precisamente, fue lo que hizo especial el momento: ver a un hombre con tanto carácter, derrotado; notar como esa mole de músculos pasaba de Alfa a Beta, de hombre a rata. La psicópata, llena de ego, dedicó una última frase a Rambo, antes de marcharse a deshacerse de las prendas de Rogelio.

—Al igual que tú me drogabas para abusar de mí, ahora me toca vengarme de un tío mierda, como tú. Ya me lo dijo mi abuela una vez: «Una mujer segura de sí misma, no tiene miedo a vivir sola, tiene miedo de vivir mal acompañada». Y tú, me has demostrado, que no eres de fiar.

54
Un cadáver mediático

Sábado 29 de mayo de 2022.

El reloj del cuadro de instrumentos, marcaba las 18:30. La lluvia no cesaba, aunque el cielo ya empezaba a mostrar sus primeros claros. El asfalto se volvía resbaladizo, circunstancia que no impedía que el BMW de color negro rodara como una bola disparada por un cañón. Al volante, Nekane Ndiaye; a su lado, el teniente coronel Miranda, que revisaba la cámara réflex, comprobando si quedaba espacio suficiente en la tarjeta de memoria. Interesado por su contenido, repasó las últimas fotos y en una de ellas, pudo ver el cuerpo de Clara flotando en el agua —estaba bocabajo y le faltaba la cabellera—. Un temblor se pronunció en el pantalón del Teco, no fue producido por la fuerza dramática de la imagen, sino por una llamada entrante. Ante la curiosidad de saber quién era, elevó el culo del asiento, apoyó los talones en la alfombrilla y sacó su móvil del bolsillo. Una vez lo tuvo entre sus dedos, miró la pantalla —se trataba del sargento Mediavilla, del puesto de Buitrago—. Al teniente coronel no le gustaba hablar por teléfono delante de nadie y menos en un habitáculo tan estrecho. Pero, esa llamada entrante no podía esperar. Podía tratarse de un nuevo hallazgo.

«Sargento Mediavilla, ¿qué ocurre?».

«Buenas tardes, mi teniente coronel».

«¿Algo nuevo que deba contarme?».

«No. Es de algo que ya ocurrió. Llevo un tiempo dándole vueltas, por eso no se lo he contado antes... Es sobre mi compañero, Damián Tocino. Sé qué está detenido y por eso mismo no quiero verme involucrado en sus turbios asuntos... No gano nada con todo esto, pero pienso que es mi deber ponerlo en su conocimiento».

«¡No se ande con rodeos, sargento!».

«Tuve la ocasión… de oír una comprometida conversación entre el brigada Tocino y la teniente Verbeke en el patio del puesto. Según oí, ella descubrió que mi Comandante de Puesto, era quién había grabado esas cintas de video halladas en el maletero de Gallo. También estuvo al tanto, de que había decomisado un alijo de tabaco. A pesar del testimonio, la teniente hizo una especie de trato con él, para guardar silencio y le puso en preaviso, de que irían a registrar su casa. No me gustó el tono que usaron… Esto se lo cuento, porque no me fio un pelo el brigada. Espero que sea discreto con esto que le cuento. Quiero que

sepa que yo soy un guardia civil íntegro y que no me gusta, andar metido en problemas».

«¡Verbeke y su polémica manera de proceder! Ha hecho bien, sargento. Gracias por contármelo. Seré cauto con la fuente y tomaré las medidas oportunas para esclarecer el suceso».

El teniente coronel finalizó la llamada, y lanzó el teléfono contra el parabrisas en un gesto de rabia. El terminal quedó encajado entre el salpicadero y el cristal. Por suerte no quebró la pantalla de su vetusto Alcatel. Nekane se encogió de hombros. La dirección del coche trastabilló levemente, como si el auto hubiese sufrido un escalofrío en los neumáticos debido a la temperatura del asfalto. A pesar del numerito de su jefe, no se atrevió a preguntarle nada. Tampoco se había enterado de mucho, ya que Mediavilla no vocalizaba correctamente y su voz parecía una cacofonía del más allá. El silencio dentro del coche se hizo tan molesto, que el propio teniente coronel, decidió darle explicaciones a su compañera. Nekane le prestó atención sin perder de vista el frente.

—Esta mujer siempre se anda metiendo en líos —lamentó Miranda bajando el parasol y contemplando su reflejo en el espejo. Cada arruga, cada cana, incluso las patas de gallo que bordeaban sus ojos, le recordaba a la factura del paso del tiempo y se sorprendió por el bajón que había sufrido de unos años para acá, concretamente desde que su mujer murió—. Me acaban de comunicar, que Verbeke descubrió antes que todos nosotros, que el brigada Tocino guardaba una relación intrincada con Raúl Gallo. También sabía que tenía tabaco ilegal en su domicilio. Por alguna razón no quiso delatarlo. Es más, según me cuentan, hizo una especie de pacto con él. ¿De qué va esta mujer? ¿Por qué lo encubrió al resto del equipo de investigación? ¿Por qué cojones siempre actúa a mis espaldas?

—Usted sabe, que la teniente es para mí, como una estrella del rock. Me declaro su fan. Pero es obvio, que tiene una manera algo temeraria de proceder. No sería la primera vez que actúa bajo un extraño código de conducta…

—No es una detective privada, es una pieza más del mecanismo de investigación —la interrumpió, imprimiendo enfado en su tono—. ¡No aprende! Nada más volver de su operativo en Andalucía, le di un ultimátum. Me dieron las quejas por su manera de resolver las cosas. A eso, hay que sumar que encubrió la relación criminal de su hermano Gabriel y su cuñado, con el omnipresente Rambo… Lo tengo claro. No quiero más disgustos... Verbeke no merece estar en el caso.

Nekane, enseñó su caja de dientes perfectamente blanqueados, pensando en lo peculiar que esa su compañera. Y no le pareció extraño, que la teniente hubiese acordado algún tipo de alianza con el brigada para sacar algún beneficio a cambio. Ella era así. Polémica,

brusca, pero no por eso, menos brillante.

—No sería la primera vez, que Verbeke se guarda un as en la manga de su cárdigan, para sacarlo cuando todos damos la partida por perdida.

—¿Cómo puedes admirarla? —se enojó expandiendo el olor a regaliz añejado de su paladar—. No lo entiendo —hizo un chasquido acomodando el caramelo para poder hablar con nitidez—. Le daré un consejo. No le siga la corriente a esa chiflada con apellido belga. Tiende a transgredir la ley continuamente bajo el pretexto de las pesquisas y sus intuiciones… Supongo que de casta le viene al galgo. Su padre, era igual que ella. Se pasaba la ley de enjuiciamiento criminal por los huevos, siguiendo su instinto, como si fuese una especie de Sherlock Holmes…

—Dele una oportunidad a explicarse, seguro que tiene un porqué —intentó apaciguar al Teco—. Igual todo forma parte de un mal entendido. Roca me habló de la competencia entre el sargento Mediavilla y el brigada Tocino, por hacerse con el reconocimiento de Comandante de Puesto en el cuartelillo de Buitrago.

—No hay más prórrogas. Esta es la gota que colma el vaso. Y sé que cómo le de la mano me cogerá el brazo. No. No pienso tener clemencia. ¡Verbeke, me tiene hasta los mismísimos cojones! —trituró el caramelo con las muelas—. Verás la cara que se le queda, cuando la retire del caso por haber cruzado el límite una vez más. ¡No sabes el peso que me voy a quitar de encima!

El resto del camino, lo pasaron sin hablar, como si se tratara de una taxista y un pasajero, que hablaban idiomas distintos. La llovizna se detuvo. A eso de las 19:00, tomaron el camino de tierra que daba a la presa. Allí, el alto muro de hormigón, ensombrecía todo el paraje como si ya fuese de noche.

—¡Menudo revuelo! —advirtió Nekane, dando por finalizada la sesión terapéutica de meditación—. ¡Mire allí! Ya ha montado la prensa su particular verbena.

El teniente coronel arrugó la frente y no dio crédito ante la turba que se arremolinaba alrededor de la escena del crimen. En la entrada a la orilla del embalse, había multitud de reporteros intentando acceder a la zona acordonada. Los guardias civiles ponían sabanas para intentar que no grabasen la macabra escena del cadáver recién aparecido —ya que flotaba como una hoja de arce en un charco—. Pero la noticia ya estaba en todas las cadenas en riguroso directo. Nekane abrió el maletero del BMW y le hizo entrega a su jefe de un mono anticontaminación. Luego, se pusieron los guantes de látex y el portaplacas sobre el cuello. Tomaron la cámara réflex, los dos maletines científicos evidencias y se dirigieron hacia las balizas de plástico. La expectación estaba servida en torno al hermano del

alcalde de Buitrago. La llegada de los agentes de la UCO, vestidos de blanco y con los maletines, no pasó desapercibida para ninguno de los reporteros. Micrófono en mano, los corresponsales de los distintos informativos, acudieron hacia ellos, como si fuesen moscas hacia dos pasteles de merengue. Ninguno respondió al aluvión de preguntas, pero si asumieron que más pronto que tarde, tendrían que hacer alguna declaración en los medios sobre el curso de la investigación. Como Moisés en el mar Rojo, el teniente coronel Miranda, abrió la oleada de periodistas a base de empujones, llegando con dificultad hasta la cinta verde y blanca que limitaba el cordón policial. Ante sus diminutos ojos, se abrió una panorámica espeluznante: la maleza que los rodeaba, se ennegrecía bajo el atisbo prematuro del ocaso, complicando la tarea de rescate a los buzos, que, a duras penas, arrastraban el cadáver hacia el margen del embalse. Una vez lo sacaron a la orilla, pudieron comprobar como Rogelio se mostraba encorvado, pálido, con las piernas semiflexionadas y los brazos unidos al pecho. Parecía que la víctima, se hubiese querido acurrucar en aquel lecho repleto de piedras rodadas y juncos, para aguardar a la guadaña de la muerte. El juez y el forense contemplaban la escena con total detenimiento. Y dictaminaron, qué atendiendo a la contracción de su musculatura esquelética, no habían pasado más de seis horas desde que se produjo su fallecimiento. Ahora sí, había llegado la hora de evaluar las posibles lesiones y vestigios, para su posterior contraste en la base de datos. Nekane aguardó su turno, pues el protocolo de actuación, determinaba que primero le tocaba el turno al forense, luego a los recolectores de vestigios y finalmente, al secretario del juzgado, quien notificaría el levantamiento del cadáver. El doctor Santana —en calidad de perito forense— avanzó junto a su equipo, hasta el cuerpo desnudo, y no tuvo que invertir más de tres minutos, para determinar que la causa de su muerte era de origen violento. Rogelio Cortés, tenía una herida en un pie y aparentes signos de haber sido sumergido con vida en el agua, ya que mostraba hongos de espuma en las vías respiratorias. En consecuencia, dio su opinión.

—Su muerte es reciente. Quizá hace una o dos horas de su fallecimiento —afinó, acaparando la atención de los que le rodeaban, mientras un auxiliar intentaba enderezar un codo del cadáver para conocer el grado de rigidez—. Es obvio, que fue arrojado con vida al agua. Sería interesante llevarlo al Anatómico, para practicarle el correspondiente examen.

—Por supuesto —el secretario del juzgado dio el visto bueno.

El Teco Miranda, oteó el horizonte. Escrutó desde la distancia el terreno rocoso que se recrecía desde el embalse hacia el cielo, en busca de alguna presencia insospechada. Tras no ver a nadie, ni nada que se moviera tras la maleza, le comentó a Nekane su parecer.

—No deberíamos descartar, que esa psicópata esté observándonos desde muy cerca. Se ha deshecho del cadáver, hace relativamente poco tiempo. Deberíamos hacer una batida. Igual la pillamos rondado su obra. ¡A estos degenerados les gusta ver el resultado de sus hazañas!

—¿Ahora? —discrepó la compañera de Científica viendo como el atardecer engullía los colores del paisaje—. ¡¿De noche y campo a través?! Una tarea compleja, cuanto menos.

—No pienso dejar respirar a esa hija de puta —se prometió Miranda agitando el bigote negro bajo la capucha blanca del mono—. Llamaré a la teniente Verbeke para que organice varios equipos y si es necesario, contaremos con el apoyo de Damián Tocino. Él sabrá cómo moverse por estos lares. Ahora, sigamos con lo nuestro.

Nekane sintió alivió por las palabras de su jefe: Julia Verbeke seguía contando para sus planes. El teniente coronel hizo la llamada pertinente. Una vez, finalizó la comunicación, caminó con paso firme hacia el mediático cadáver y le hizo entrega a su compañera de la cámara réflex. Los encargados de manipular el cuerpo, era el forense y su equipo, así, que se quedaron para poder voltear el cadáver.

—Usted dirá, jefe —dijo la agente de Científica.

—Nekane, quiero fotos de cada palmo de su cuerpo. ¡Que no se nos escape nada! Busca dibujos —le susurró para no airear el tema de los tatuajes—. También, le haremos un barrido con ayuda de la lámpara lofoscópica; aunque con la fuerza de la corriente del agua y la caída desde lo alto de la presa, dudo que quede alguna huella o resto de sangre.

Los flashes resplandecían sobre la palidez de aquel cuerpo, que tenía el mismo color que una rodaja de merluza cocida. El cadáver de Rogelio Cortés, aparentaba una edad de cuarenta y largos. Se mantenía bastante rígido. Su morfología presentaba una estructura desequilibrada, ya que contaba con dos piernas estilizadas y una cintura estrecha que no guardaba armonía con su barriga peluda y abultada. Quizás, fruto de la ingesta de agua en el tórrido cauce.

Nekane se fue hasta los tobillos de la víctima y tomó una fotografía bastante espantosa, eligiendo como ángulo para disparar, la planta del pie; a través de la herida con forma de ojal, se podía ver con total claridad, la papada del cadáver.

—Listo, mi teniente coronel —dijo Nekane bajando la cámara.

—Por cierto —añadió Santana—. La herida del pie tiene signos de coagulación, por lo que son anteriores a su fallecimiento.

—Es una lesión bastante extraña —especuló Miranda acercándose a la planta—. Igual, Caronte tenía pensado anclarle un lastre en el orificio, para que se hundiera en el fondo, como ya hizo con Raúl Gallo. ¿Volteamos el cadáver a ver si le falta algo?

Con ayuda, el forense giró el cuerpo de Rogelio. Presentaba la espalda repleta de vellos y algunas cicatrices antiguas. Pero hubo dos detalles que no pasaron de inadvertidos. El gemelo izquierdo, presentaba una herida avulsiva, en concreto, le faltaba un trozo de piel que dejaba ver parte del tejido blanco del músculo. Muy cerca a esta "llaga", una letra "A" tatuada en un tono azulado.

Miranda enderezó su bigote y Nekane se dispuso a seguir con el reportaje anatómico.

—¡Mira! Tiene la marca —advirtió realizando una foto en macro, para que se viese bien el detalle junto a la espeluznante lesión.

—¡Maldita hija de puta! Otra pieza para su perturbadora colección —masculló lleno de frustración el teniente coronel—. Santana, ¿podrías explorar su cuello? A ver si esa loca le ha dejado la marca de un pinchazo.

Santana palpó el cuello del hombre. A través de los guantes de látex sus dedos notaron una protuberancia.

—Aquí tiene algo… En la carótida o cerca de ella… Padece una pequeña lipodistrofia. Eso ocurre cuando se ejecuta una inyección de manera incorrecta. Además, está en el mismo lado del cuello que la de Clara Tundidor —corroboró la información.

El teniente coronel, volvió a la herida avulsiva de la pierna y le echó un último vistazo antes de que metieran al cadáver, en una bolsa mortuoria. Cuando se acercó, vio algo que le llamó poderosamente la atención. Del maletín científico, sacó una bolsita para evidencias y con ayuda de unas pinzas, extrajo una lasca opaca y alargada, que Rogelio tenía cerca del talón de Aquiles.

—¿Qué tenemos aquí? —especuló Miranda—. ¿Un fragmento de metal del arma homicida?

—Parece un trozo de uña —resolvió Nekane el enigma—. Sucio, por cierto.

El Teco, no pudo evitar sacar una conjetura sobre el hallazgo. Su bigote se escarpó como si fuese el rabo de un gato asustado: «¿Y si alguien le ha sujetado la pierna a la víctima para que no se mueva, para que no patalee mientras le arrancan de cuajo el tatuaje? ¡Cuánto sufrimiento, por Dios! ¡Maldita seas, Ana! Ahora mismo, voy a ir en tu búsqueda. Escóndete, porque como te localice, te va a faltar monte para salir corriendo».

55
En el silencio del bosque

Noche, sábado 29 de mayo de 2022.
En algún lugar del bosque.

La luna trazó una línea resplandeciente sobre el cauce del Lozoya. El cristalino río se ennegreció y las alimañas de la noche salieron en busca de sus presas. A pie de campo y alrededor de un mapa, se encontraba el teniente coronel Miranda, el sargento Roca, la teniente Verbeke y el brigada Tocino. Este último, al quedar libre de sospechas, fue llamado a filas, para que les ayudara con la batida en mitad de la noche. Este accedió, dispuesto a colaborar en todo momento. Ahora, formaban uno de los cinco grupos que se habían desplegado alrededor del margen señalado, para peinar la zona. Como *boy scouts,* con abrigos y linternas, buscaban un posible escondrijo donde la asesina podía estar oculta o al acecho. Tocino, que se sentía en deuda, le dio un consejo a su compañía.

—Por aquí hay cuevas naturales y chozos abandonados por algunos hippies que buscaban vivir en plena naturaleza. Tened cuidado donde pisáis, y, sobre todo, donde metéis los dedos; en estos parajes hay culebras, ratas y arañas de un tamaño considerable.

Bajo el foco de sus linternas, escrutaron todos los arbustos y la maleza, que ascendían por los barrancos que abrigaban el río. El frío y la humedad, se hacían notorios en aquel agreste paraje. Tras dos horas cruzando por fresnedas, saucedas, rocas repletas de musgo y algún que otro barrizal; decidieron hacer un alto en el camino —de momento ni rastro de una choza, zulo o cueva donde Caronte podía tener retenida a sus víctimas—. Los ruidosos animales nocturnos, mantenían al grupo en constante tensión. Estaba todo demasiado oscuro. Tocino, aprovechó para encenderse un cigarro de los suyos —*made* in Rumanía—, y ofreció tabaco al resto de la compañía. Miranda se lo tomó como una provocación, y desestimó la invitación, dibujando una falsa sonrisa en su cara. Roca hizo un ademán de rechazo. Verbeke expresó sus preferencias.

—Soy más de chocolatinas. A poder ser de Toblerone o de un buen bocadillo de calamares fritos.

—¿Podrías guardarte para ti esos comentarios? —se quejó el Teco —. Mantente concentrada y en silencio, ¡leches! Como si estuvieses en misa.

—Desde la comunión no piso una iglesia.

—Pues el domingo, si puedo, iré a misa de doce. Si quiere, me paso a recogerla. No le vendría mal acompañarme… Igual tiene algún pecado que confesar —miró a Tocino con desidia.

Verbeke no entendió el sentido de aquella pulla envenenada. Aun así, respondió a la sugerencia.

—Un poco bruja soy. En otros tiempos, ya me hubieran quemado en una hoguera.

El brigada encendió el mechero. Su rostro ajedrezado, por parches de carne, se iluminó mostrando todas sus cicatrices. A continuación, se oyó un escalofriante aullido que hizo callar a las ranas que croaban sin cesar.

—¿Eso ha sido un lobo? ¡Estupendo! Esto va a ser divertido —ironizó Roca mostrando preocupación—. Habrá que quitar el seguro del arma, por si las moscas.

—El hombre es más peligroso que el lobo —dio por sentado Tocino avanzando por la zona más pegada a la orilla del cauce—. Ya se lo digo yo. Conozco muchos testimonios de cazadores que se han encontrado con manadas de lobos en mitad del bosque, y aseguran que siempre huyen de las personas. No son tan agresivos como lo pintan.

—Pagaría por ver la cara del Miarma —se burló Verbeke—. Si ha oído ese aullido, es capaz de estar pidiendo el helicóptero de evacuación.

—Mendoza no está ello para salir, es un ratón de biblioteca— confesó el teniente coronel pisando en los mismos sitios donde lo hacía Tocino—. Son de esos agentes brillantes, que trabajan bien a la sombra, recopilando y cotejando datos tras un ordenador; luego los sacas a la calle y no brillan. Pero no quiero que se aburguese. Desde que tuvo a su hijo, hace todo lo posible por no exponerse ante los peligros.

—De una manera u otra, todos somos necesarios. Cada uno de nosotros desempeñamos un papel —puso en valor el brigada Tocino, acercándose a una cueva abierta en un barranco de granito. A ciegas, metió la mano entre la vegetación y retiró un palé que obstruía la entrada. Al fondo, se oía un respirar muy leve. Los agentes, desenfundaron sus armas.

—¡Esperad! Parece que dentro se agita algo —alarmó Verbeke al resto de la compañía, mientras apuntanba con su 9mm hacia lo más oscuro de la cueva—. ¡Guardia Civil! ¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta. Incluso el respirar, silenció.

—¿Y si es un lobo? —pidió Roca prudencia.

Tocino, sujetó el palé a modo de escudo y avanzó un metro con cierto temor. A pesar de que no tenía arma, confió en sus compañeros, por si fuese necesario protegerlo. Con ayuda de la linterna, alumbró el

interior de la cueva y pudo ver dos puntos rojizos que brillaban como rubís.

—¡Guardia Civil! —repitió el teniente coronel viendo dos ojos—. ¡Alto, salga con las manos arriba!

Tocino lanzó el palé y para sorpresa de todos, salió un animal muy extraño, que se zafó de ellos. Era robusto, bajo, con un hocico largo y pelaje oscuro. En cuestión de segundos, se perdió entre la maleza.

—¡Menudo susto! ¡Solo era un tejón! No disparen —advirtió el brigada avergonzado.

Verbeke guardó el arma en su funda y pensó en la extraña naturaleza de aquel animal. Le faltaban aventuras por vivir.

—Toca entrar. No sabemos si dentro puede haber un cadáver amordazado —explicó el teniente coronel.

—Esta cueva tendrá unos siete metros de profundidad —advirtió Tocino aproximándose con su linterna hacia el interior—. Desde aquí, se puede apreciar que no hay nadie.

—Entonces, continuemos —alentó Roca—. Cada minuto perdido, nos acerca más a un nuevo cadáver.

Corriente arriba, avanzaron por la ribera. Iban al encuentro del punto acordado con la dotación encabezada por Mendoza y el sargento Mediavilla. Sin desviarse del rumbo, continuaron escrutando a golpe de linterna el entorno, que, de manera hostil, les dificultaba la caminata. Damián Tocino, los llevó hasta dos cavidades más —escondites que por alguna razón conocía de sobra—. A su pesar, no hallaron más que latas de cerveza vacía, preservativos con nudos y algún que otro murciélago que les dio un susto. A las luces, acudían constantemente insectos de grandes dimensiones; venían al led como si fuese su alimento favorito. La teniente, apagaba de vez en cuando la linterna para que estos bichos se alejaran.

—¡Nunca había visto polillas tan grandes! —se sorprendió, espantando a manotazos, a los insectos voladores.

—No. No son polillas. Son mariposas Isabelinas. Y no le des guantadas, que están en peligro de extinción —le ilustró Tocino haciendo las veces de lepidopterólogo—. Ya mueren muchos ejemplares, con los faros de los vehículos. Acuden atraídas por el resplandor y acaban destripadas sobre el capó. Son ejemplares únicos, de unos nueve centímetros de envergadura. ¡Una pena no poder disfrutar de sus coloridas alas durante el día! Solo vuelan por la noche.

—¡Sí que sabe usted de naturaleza! —admiró el teniente coronel su conocimiento del entorno—. Yo tengo dos carreras, pero ni puñetera idea de fauna de monte.

—Me he criado en el campo, entre matas y sabandijas —aclaró Tocino—. Se aprende escuchando a los ancianos. Eso es algo que echo

de menos. Ahora el viejo, soy yo. Y, por desgracia, no tengo quién me escuche.

—¡Zum, zum!

El móvil de Miranda comenzó a vibrar, como si tuviera un avispero en el bolsillo del pantalón. Descolgó y deslizó su pulgar para ver de quién se trataba.

«¡Cabo Mendoza! Quiero buenas noticias».

«Mi teniente coronel. La cámara de visión nocturna del dron, ha divisado a un vehículo circulando a toda velocidad por una senda cerca a vuestra posición. Voy a redirigirlo hacia el habitáculo, para ver si puedo captar la identidad de los ocupantes o en su defecto la matrícula».

«De acuerdo. Nos mantendremos con los ojos bien abiertos. No podemos descartar ninguna posibilidad».

Miranda colgó y le trasladó la noticia a su compañía.

—El cabo dice que…

—Ya estamos al tanto —le interrumpió Verbeke ahorrándole la explicación—. Lo hemos oído.

Miranda le sujetó la mirada a Verbeke. Ésta, se centró en no amilanarse y no bajó la vista. Pero el pulso visual cesó, debido a un ruido que rompió con la melodía compuesta por búhos y sapos. Como presas ante un depredador al acecho, los cuatro agentes giraron sus orejas hacia el foco del sonido y allí pudieron oír con nitidez, el ronroneo de un motor que aceleraba en su dirección, muy pasado de revoluciones.

—Suena allí arriba —señaló Tocino con la linterna.

—Es un coche —adivinó Verbeke disgregándose del grupo con largas zancadas junto a Roca—. ¡Vamos!

Los tres hombres siguieron a la teniente, que encabezaba la carrera sin que el accidentado terreno supusiera un obstáculo. Cuando alzaron la cima, se dieron cuenta, que frente a frente y a no más de cincuenta pasos, había un vehículo con las luces apagadas. Como un toro ante un capote, daba bruscas aceleradas, esperando el momento adecuado para embestir. La teniente alzó la pistola, aguantó la respiración y le dio el alto. Guardando las distancias, Roca y Miranda rodearon el vehículo desde la distancia, apuntando con sus linternas hacia el interior con el fin de deslumbrar al conductor y que no tuviese buena visión. Tocino dio varios pasos hacia atrás y se colocó a cubierto, temiendo ser arrollado por el vehículo. Sin perder detalle de lo que sucedía, prendió un nuevo cigarro.

—Si acelera en nuestra dirección, disparar a los neumáticos —masculló el teniente coronel pendiente al coche—. No sabemos qué intenciones lleva.

De pronto, un dron de cuatro hélices se aproximó hasta la luna

delantera del vehículo. El ocupante del coche, al comprobar que había una luz sobrevolando su cabeza, dio un giro de noventa grados y huyó. Verbeke, realizó un disparo a uno de los neumáticos; Miranda la secundó, pero el vehículo quedó fuera del alcance de las balas.

—¡No puede escapar! ¡Llamad a Mendoza y que le corte el paso! Si está el dron, él no debe estar muy lejos de aquí —ordenó el teniente coronel.

El sargento Roca no tuvo tiempo de sacar el teléfono, a lo lejos se escuchó una secuencia de sonidos que abocaban a un mal presentimiento: primero se oyó un golpe secó, después un acelerón, por último, una ensalada de disparos. En un principio, Tocino pensó que el vehículo se había comido el tronco de un roble o las raíces superficiales de algún árbol, pero no fue así, los dos faros traseros del auto, se alejaban con rapidez, quedando tan solo un reflejo rojizo en las copas de los robles. Roca telefoneó a Mendoza, preocupado por los gritos que se oían cada vez con más ímpetu. Sin noticias, se guardó el móvil y corrió en dirección al alboroto. Algo grave había pasado. En la carrera, Verbeke pisó algo que crujió bajo su bota, al agacharse pudo comprobar que se trataba de los restos del dron hecho chatarra. Cuando llegaron hasta donde estaba el segundo grupo de agentes, el teniente coronel, se metió en medio dando codazos. Su sorpresa fue mayúscula, cuando a ras de suelo, se encontró a Lucas Mendoza. Gritaba poniendo los ojos en blanco; el dolor le resultaba inhumano. Y no era para menos, su pierna se mostraba aplastada a la altura de la rodilla; por debajo, solo se intuía una cascada de sangre.

—Lo han atropellado intencionadamente —se alarmó Mediavilla—. Le dimos el alto hasta en tres ocasiones, pero en vez de frenar, aceleró. El vehículo, es una Renault Kangoo, estoy seguro.

—¿Has visto su matrícula? —intrigó Roca—. ¿Cuántos eran?

—Juraría que uno con el pelo largo y rubio —dudó Mediavilla llevándose la mano al cogote—. Y no, no pude ver la placa.

Miranda hizo una llamada y comisionó un helicóptero para evacuar a Mendoza. Le dio las coordenadas GPS y esperaron mientras le practicaban los primeros auxilios. La pierna del herido, escupía sangre como una manguera y decidieron hacerle un torniquete con un cinturón, a expensas, de que los servicios sanitarios no se demoraran demasiado.

—¡Igual el dron ha captado algo! —pensó Verbeke buscando la manera de apartarse de los gritos de dolor de Mendoza—. Si tenemos la matrícula, será fácil dar con su identidad.

—Acompáñeme, teniente. Vamos a buscar las grabaciones del aparato volador —le incitó Miranda tomándola del brazo.

No tuvieron que alejarse más de veinte metros, para hallar los restos del artilugio bajo la luz de las linternas. Contemplando el

lamentable estado en que había quedado el dron, Verbeke se disculpó ante su jefe.

—Lo pisé sin querer, durante la carrera. Espero no haberla cagado.

—Ya ha metido la pata lo suficiente —sus palabras rasgaron la fe de Verbeke como una navaja de afeitar—. Desde este momento, queda apartada del caso.

La teniente pensó por un instante, en que aquello era una broma. Pero sabía de buena tinta, que el teniente coronel no las gastaba bajo ninguna circunstancia; y menos aún, con un compañero gravemente herido a pocos metros de allí.

—¿Y se puede saber por qué? ¿Por destruir un dron accidentalmente?

—¡Por obstruir la investigación con el tema de las cintas y no revelar a tu superior, que el brigada Tocino, había decomisado tabaco! Por no hablar de la relación de tu hermano y su pareja con uno de los principales sospechosos de asesinato… ¿Se hace a la idea del perjuicio que hubiera supuesto para el desarrollo de la operación si Tocino fuese cómplice de todo este embrollo?

Verbeke sintió un hormigueo en la barriga, como si tuviera un puñado de mariposas Isabelinas revoloteando dentro de sus tripas. «Otro varapalo emocional que sumar a mi turbulenta existencia», lamentó. El zumbido de su vientre comenzó a hacerse notorio, como si por el ombligo fuesen a ir saliendo en tropel, todas esas mariposas en busca de la linterna del teniente coronel, pero el sonido, venía de mucho más arriba; se trataba del helicóptero de rescate, que rasgaba con sus aspas las estrellas de la noche y agitaba con violencia, la maleza que danzaba sobre el suelo. Verbeke recogió los pedazos del dron uno a uno, como si fuesen los restos de su propia autoestima. Los guardó en su bolso y caminó cabizbaja hasta donde estaban el resto de compañeros, pensando en su estado actual de cara a su jefe, pero, sobre todo, temiendo por la vida del cabo Mendoza.

Su pierna, no tenía buena pinta.

Ni mucho menos.

56
Tres días más tarde

Lunes, 31 de mayo de 2022.

Tras pasarse todo el domingo de la cama al sofá, del sofá a la nevera y viceversa, Julia Verbeke decidió afrontar el lunes con otra actitud. Sabía que no iba a ser fácil, ya que su estado emocional se comportaba de manera aleatoria, como una *Rockola* de bar, a la que se le echaba una moneda de euro A pesar de saber que no todo estaba en su mano, se esforzó por levantarse el ánimo. Lo primero que hizo, fue guardar en el cajón de donde nunca debió salir, el álbum que usó para torturarse durante la noche anterior. Luego, tiró a la basura los fragmentos de las fotografías que rompió, encolerizada con la idea de que su padre, la había abandonado por otra familia. No satisfecha, quemó en el fregadero todas las cartas que atesoraba del Comandante Ruiz, así como los recortes de periódico y las menciones en prensa. Sabía que la única manera de zarpar, era levar anclas y poner rumbo hacia un nuevo puerto, tirando por la borda todo el lastre que le hacía encallar una y otra vez en su turbulento pasado. Con el corazón en un puño, se duchó, tomó un cárdigan de color verde y se puso unos *jeans* blancos. Una vez se secó el pelo, revisó su teléfono móvil, pero no tenía mensajes. Ninguno de sus compañeros le había enviado un Whatsapp preguntándole que tal estaba tras haber sido apartada del operativo; ni tan siquiera el sargento Roca, se dignó a mostrarle su apoyo. En cuanto apagó la pantalla, le entró una llamada. Se trataba de su hermano, Gabriel. Verbeke notó un redoble de tambor en su esternón y entre suspiros, aceptó la llamada.

«¡Hermano!».

«No. Yo ya no soy tu hermano. Lo acabas de matar».

«No seas cruel conmigo, Gabriel».

«Te has pasado media vida metiéndote en la mía. Regañándome. Recalcándome que me equivocaba todo el tiempo y que no servía para nada. Has pagado todas tus frustraciones conmigo, aprovechando que yo estaba perdido. Pero, he cambiado. Ya no soy ese Gabriel que andaba metido en líos. Ésto que me has hecho, no tiene nombre».

«Mientras tu novio y tú, hacíais billetes vendiendo drogas y medicamentos para violadores y asesinos, había madres que lloraban por sus hijos. ¿Qué querías que hiciera?».

«Dejar tu envidia a un lado. Te jode que un desgraciado como yo, haya tenido la fortuna de rehacerse. Te hace mal verme feliz.

¡Confiésalo de una vez! Te has pasado. Me has roto el corazón, Julia».

«Gabriel, ¡escúchame!».

La comunicación terminó y Julia se quedó rota. No iba a ser tan fácil retomar el día como ella creía. «Todo lo malo viene junto. Necesito hablar con mi madre», se convenció. Recolocó el teléfono en la palma de su mano y con torpeza, marcó el número.

«¿Quién es?».

«Mamá, soy yo. Julia».

«Hija mía. ¿Qué tal? Precisamente. Iba a llamarte ahora mismo».

«Supongo que es por lo de Gabriel. Si te sirve de consuelo, no quería hacerlo. Pero no tuve opción. Mi puesto estaba en entredicho a ojos de mi jefe».

«¿Qué has hecho? ¿Por qué te disculpas? ¿Gabriel, estás bien?».

«Llevo unos días complicados, mamá. Se ha juntado un poco de todo. Me han apartado de la investigación, he discutido con mi hermano, mis compañeros no se preocupan por mi estado emocional tras el despido… No termino de encajar en ningún sitio, destruyo todo el bienestar que me rodea. No sé si son mis modos, mi forma de ser, mi manera de actuar… Soy una catástrofe social en toda regla».

«No te culpes por ello, hija. Ya me lo comentó el psicólogo en su día, cuando os quedasteis huérfanos de padre. Me explicó que buscaríais aceptación en otras personas de manera obsesiva, ya que, tras la pérdida, necesitaríais reemplazar esa figura paternal con algún conocido de género masculino de vuestro entorno. Recuerdo que me explicó, que todo se reducía a encontrar un mínimo sentido de pertenencia en un tercero, que os diera algo de seguridad —reprodujo a la perfección—. Tu hermano fue acogido por un colectivo marginal donde abundaba la droga y el vicio. Tú, en cambio, te apoyaste en el comandante Ruiz y en las fuerzas del orden. Cada uno buscasteis donde encajar… aunque claro, uno con más acierto que el otro. Yo creo que vuestra debilidad, es que miráis mucho hacia afuera en vez de buscar vuestras virtudes dentro».

«Tienes toda la razón, mamá. Necesitaba esta conversación contigo. Y tú, ¿estás bien?».

«No me quejo. Simplemente te iba a llamar para comunicarte que me habían robado algunas joyas. Han debido entrar por la ventana o con una radiografía empujando el cierre de la puerta. No han forzado la cerradura ni han destrozado ningún mueble ¡Menos mal que no estuve dentro en ese momento! Menudo susto me hubiese llevado».

«¡Vaya! ¿Crees que ha sido Gabriel?».

«Tú hermano hace días que no viene por aquí. Entre su pareja y la floristería, le queda poco tiempo para las visitas».

«Ya… El barrio cada vez está peor. Mira que te tengo dicho que no luzcas los anillos ni los colgantes, que la mala gente está pendiente

nada más que a los objetos de valor».

«Éstos, sabían bien dónde las tenía guardadas. Por desgracia, la mayoría de las joyas que me han hurtado, son las que me has ido regalando tú, por cada uno de mis cumpleaños. Y por eso te llamaba —le aclaró—. Tengo entendido que, para poner la denuncia por hurto hay que presentar los tickets de compra».

«Con fotos tuyas, en las que aparezcas con ellas puestas, se da por válido para reclamar las joyas. Buscaré a ver si tengo fotografías en mi móvil. Pero las alhajas dalas por perdidas, mamá. Todo lo que sea oro, puede estar en manos de una casa de empeños, fundido en una joyería o en el cuello de un oportunista. De todas maneras, hay que denunciar el hurto. ¿Sobre qué hora fue y que te falta exactamente?».

«Fue el sábado por la mañana, durante uno de mis paseos. Se han llevado el sello de oro, el collar con la medalla de la Virgen de Atocha y los pendientes de oro blanco con la perla engarzada que tanto me gustaban. Entonces ¿te encargas tú? Con mi problema de cadera, lo último que quiero es estar en una de esas incomodas sillas a esperar que me atiendan».

«Ahora mismo iré a poner una denuncia… ¡No tengo otra cosa que hacer! Un beso mamá. El miércoles me paso por casa».

«Cuando quieras, hija. Te quiero».

Su madre cortó la comunicación y Julia encontró un motivo para no quedarse en casa.

«Después de comisaria, me voy a pegar un desayuno que me va a quitar todas las penas», se animó. Hurgó en los emails y encontró los justificantes de compra. Condujo su Mini hasta llegar a los aledaños de la comisaría de la Policía Nacional. Una vez dentro, cogió turno. Para hacer más llevadera la espera, sacó un pastelito de la máquina expendedora que ocupaba parte del pasillo. Tras media hora, fue llamada a la oficina de atención ciudadana. El policía que recogía las denuncias, era un conocido de la teniente desde hacía tiempo y ambos se saludaron con dos besos.

—Verbeke, ¿qué te trae por aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—El *Bollycao* que ha escupido la máquina de *vending* estaba caducado —bromeó sacando una sonrisa al agente vestido con uniforme. Éste, tenía los dientes apiñados en la zona delantera y barba incipiente rojiza, que tapizaba su rostro como una moqueta—: denuncia por delito contra la salud pública, Rubén.

—Pues cuando venga el reponedor se lo comentaré —añadió con sorna—. ¡Y seguro que te devuelve el euro! Ahora cuéntame.

—Vengo a denunciar un hurto en casa de mi madre. Fue hace dos días. El ladrón aprovechó que la casa no estaba ocupada en esos momentos y accedió a la vivienda. Mi madre vive en Vallecas, aquí te adjunto la dirección —le tendió una nota—. Por suerte no han

destrozado nada, solo se han llevado unas joyas que no solía ponerse muy a menudo y que guardaba en un cofre sobre la mesita de noche.

—¡Otra más para la colección! —asumió el policía dejando ver que no era el primer robo en la misma zona—. La semana pasada se pusieron varias denuncias de personas mayores que habían corrido la misma suerte que su madre. Entran sin forzar las cerraduras, aprovechando que salen a comprar el pan o al médico… Hay alguien que se está poniendo las botas a costa de los ancianos. ¡Qué poca clase!

—Y tanto, Rubén. Dame un correo y te envío los tickets electrónicos; son objetos comprados en internet. También tengo alguna foto donde mi madre sale con ellas puestas.

—Los tickets no hacen falta, con las fotos va bien —hizo la gestión y le dio el visto bueno—. Bueno, pues decirte que estás genial. Y me alegro de haberte visto después de tanto tiempo. ¡Aunque con un par de cervezas por delante hubiera sido mejor! —le soltó dejando la puerta abierta a una cita—. Por cierto, déjame tu móvil y te llamo en cuanto averigüemos algo sobre la identidad del ladronzuelo.

—Mi móvil, claro, por supuesto —se puso algo nerviosa—. Gracias, Rubén. Qué te sea leve la mañana. ¡Ah! Y no olvides, darle un tirón de orejas al reponedor de la máquina expendedora.

—Descuida.

Cuando Verbeke se montó en su Mini, pensó en Rubén y en las cualidades amatorias que podría depararle, teniéndolo desnudo sobre el colchón de su cama. Y no le pareció mala idea, le apetecía; lo de Roca ya parecía irreconciliable. Pero otro instinto le envió señales: escuchó a su estómago rugir. Miró el reloj y a pesar de ser las doce de la mañana, se antojó de churros y chocolate. Y no había otro destino más perfecto, que su templo de culto al chocolate y el churro: San Ginés. Antes de arrancar, miró por el espejo retrovisor, para maniobrar y salir del estacionamiento. Al fondo, vio a un tipo que la miraba fijamente. No le dio importancia al suceso, tenía hambre. Volteó la llave del contacto y se despreocupó de todo lo demás, ignorando incluso, que había un hombre a su acecho. Se trataba de Abraham. Llevaba días siguiéndola. Recolectando información. Siendo su sombra. Y en esas jornadas de vigilancia, había averiguado muchos hábitos sobre la hija de El Belga: donde desayunaba, el piso en que vivía, donde estaba ubicado el domicilio de su madre y dónde trabaja su hermano. «Te tengo, zorra. De hoy no pasas», pensó el hombre poniendo en marcha su destartalado Volkswagen Wolf de color azul.

57
El nuevo enfoque

Lunes, 31 de mayo de 2022.
Sala de operaciones de la UCO.

La preocupación se hacía notoria en el seno de la investigación. Nervios y malas contestaciones, que unidos a la falta de sueño, creaban fricciones entre los componentes del equipo. Con la teniente Verbeke apartada del caso, y Mendoza hospitalizado en la UCI, un nuevo agente se sumó a la operación: el alférez Téllez. Este hombre, de origen manchego, tenía el pelo a media melena, una argolla de plata en la oreja izquierda y la cara sombreada por puyones. Vestía una camisa de cuadros sin abrochar, que dejaba entrever una camiseta negra del grupo «Héroes del Silencio». Abajo, vaqueros oscuros y unas botas de piel de la marca Timberland. Téllez no era un hombre de acción. Su misión era recopilar y buscar información a golpe de ordenador, además, de ofrecer su particular punto de vista sobre la manera de abordar el caso.

Savia nueva.

Roca se sentó junto a Nekane. Atónito, contempló la superficie de la larga mesa, donde un mapa con marcas y objetos, señalaban cinco puntos concretos —aquello parecía una partida de Risk—. El teniente coronel miró con desdén al sargento, fruto de su repentina falta de puntualidad, y explicó parte de la estrategia a seguir.

—Gracias a las grabaciones de la óptica donde fue secuestrada Raquel Falcón, hemos podido hacernos una idea del aspecto de la asesina. Os aviso que se trata de una tipa lista. Llevaba una gorra y una pashmina que le cubría la boca; pero con las capturas de pantalla del video y el testimonio del anciano de El Atazar que vive cerca de la casa de Rambo, hemos conseguido elaborar un retrato robot de Caronte —explicó colgando el dibujo en el corcho. El rostro acaparó la total atención de los agentes; acababan de ponerle cara humana a un monstruo—: pelo negro corto, gafas de pasta, mentón afilado, complexión delgada. Nos podemos hacer idea de su fisionomía, pero lo que de verdad me obsesiona, es saber dónde consuma sus crímenes.

—¿Se ha enviado el retrato robot a los puestos de la Sierra?

—Sí, Roca. Están enviando el retrato a los distintos cuarteles y puestos —aclaró el teniente coronel, que vestía de calle—, con el fin de que se intensifiquen los controles de entrada y salida al pueblo. Ahora que sabemos su aspecto y el vehículo que usa, no se nos puede

escapar.

—¿Hemos podido recuperar la grabación del dron? —quiso saber Roca.

—Respecto al conductor, parece una mujer de pelo largo y cabello claro. Respecto a la matrícula, hemos ampliado la imagen y pudimos averiguar un detalle —intervino Téllez—. Aunque estaba llena de barro, se apreciaban las letras XY en la placa. De la numeración, no sabemos nada.

—¿Hablamos de otra persona? ¿Una mujer con el cabello rubio? —lanzó el Teco el enigma al aire.

—No está claro. La calidad de la grabación no es óptima.

—Esa malnacida está teniendo suerte —se desesperó el sargento Roca—. Tenemos que encontrar la manera de ralentizar sus ejecuciones.

El teniente coronel dibujó en la pizarra un reloj de arena.

—¿Qué sabemos sobre el fragmento de uña que hallamos en la pierna de Rogelio Cortés? —preguntó el teniente coronel desliando un caramelo de regaliz.

—Tras el cotejo en la base de ADN, nos ha arrojado una coincidencia inequívoca: pertenece a Rambo —Nekane, lo sacó de dudas—. Es muy posible, que forcejeara con él; por lo que lo convierte en cómplice directo de Ana.

—Pero, por lo que he leído, su ropa ha aparecido flotando como la de los demás ¿Se tratará de un burdo intento de distracción? —opinó Téllez, repeinando su media melena con los dedos.

—Ya barajamos esa opción… y ahora se ha confirmado —atajó Roca.

El teniente coronel se frotó las manos, como quién está en racha en un bingo.

—Pronto lo sabremos. Los indicios apuntan a que este tipo está metido en el ajo —aclaró—. Por otro lado, se están cotejando las matrículas de admisión de los alumnos que han cursado las academias de tatuajes de Andrés, para ver si hay algún dato que coincida con los sospechosos —hizo un inciso—. Mientras tanto, vamos a abordar un cambio de enfoque, para dar con la guarida de estos dos criminales.

—¿Tiene una nueva estrategia? —preguntó Roca.

—Acción, sargento, acción —le precisó el Teco señalando el mapa que había en el centro de la mesa—. A expensas de que la psiquiatra recupere el conocimiento, nos toca mover ficha. Y el alférez Aitor Téllez ha tenido la brillante idea de ubicar un radio de acción, teniendo en cuenta los lugares donde han ido apareciendo las víctimas.

—Así es —respondió el hombre de aspecto desgarbado, aproximándose al mapa vía satélite que se expandía sobre la mesa—.

El río Lozoya es un afluente del Jarama. Tiene 91 kilómetros desde que nace hasta que muere. Debemos tener en cuenta, que la mancomunidad de El Atazar, está compuesta por seis localidades: El Atazar, el Berrueco, Cervera de Buitrago, Patones, Puentes viejas y Robledilla de la Jara. Entre todos ellas, suman 2.050 habitantes —pausó para tomar aire y recolocó su dedo sobre el mapa—. Como apunte curioso, decir que todos los ríos de Madrid van de Norte a Sur y este va de Oeste a Este. El río esta embalsado varias veces en este orden: Pinilla, Riosequillo, Puentes Viejas, el Villar, el Atazar y Pontón de la Oliva…

—¡¿En resumen?! —se impacientó Roca ante la corriente de datos que escupió en medio minuto.

—Resulta que —siguió Téllez con la explicación—, si medimos la distancia desde el domicilio de las víctimas hasta donde fueron encontradas, da como resultado que Caronte, siempre escoge la presa o el embalse más alejado.

—Interesante —añadió Roca mesando su barba.

—Hay que tener en cuenta, que las ubicaciones no son exactas, ya que las corrientes han movido los cuerpos varios kilómetros, depositándolos a una distancia distinta de donde se deshicieron de ellos.

—Claramente, se trata de alguien que lo tenía todo bastante calculado —dedujo Nekane.

Roca, se inclinó hacia el mapa, con la intención de apreciar con mayor nitidez, cada uno de los objetos —dos clips, dos monedas de euro y una chincheta— que simulaban ser los cadáveres. Un detalle que escapó a todos, saltó a la vista del sargento.

—¿No lo veis? —levantó Roca el trasero de la silla y puso sus manazas sobre el plano señalando varios puntos—. Mirad, si os fijáis, os daréis cuenta de que todos los cuerpos se hallaron en la margen derecha del río.

—¡Bien visto, sargento! —admitió el teniente coronel—. Su zona de acción parece limitada. Es posible, que cruzar al otro lado con un cuerpo en el maletero, le resulte una pérdida de tiempo. ¡Excelente! Haremos un peinado del terreno en esa franja. Y usted, sargento Roca, encabezará la batida.

El aludido se pasó la mano por la calva, desde la frente hasta la nuca, y dada las circunstancias lanzó la proposición con la boca pequeña, pensando del mismo modo en que lo haría Verbeke.

—La montaña por la noche se transforma en un puto laberinto, ya lo sabe —salivó sabiendo que la proposición que iba a realizar no era popular a ojos de su jefe—. Dada nuestra experiencia en campo a través, igual no sería mala idea, contar de nuevo con el apoyo del brigada Damián Tocino. Ese hombre es como un perro lazarillo.

Ganaremos tiempo ¿Qué opina, mi teniente coronel?

Miranda enderezó el bigote. De entrada, no le gustó la propuesta, pero no era mala idea del todo. Así que, pidió a un guardia que trajese al brigada de Buitrago con la idea de sumarlo al operativo de inmediato.

58
A pan duro, diente agudo

Sala de operaciones de la UCO.
Lunes 31 de mayo de 2022.

Un monstruo entró en la oficina y sin abrir la boca, hizo callar a los presentes. Venía vestido con una camisa de cuadros y un pantalón vaquero. Su tez recién afeitada, dejaba al descubierto las cicatrices de la cara como si fuesen las costuras de un balón de futbol. Aquel brigada, parecía un excombatiente de Irak, en vez de un guardia civil de pueblo.

—¡Damián Tocino! —se entusiasmó el Teco—. Me alegra saber que ha acudido a la llamada.

—Llamémosle redención —respondió Tocino—. Tengo ganas de agarrar por el cuello a ese asesino, tanto como vosotros, pero deben entender que tengo el orgullo herido. Y qué me va a costar quitarme el San Benito de cara al pueblo, tras ser detenido.

El teniente coronel, escupió el caramelo de regaliz que apeaba entre la encía y los carrillos. Sus ojos ganaron brillo y su labio superior se agazapó bajo el espeso bigote como si fuese una astuta alimaña. Estaba a punto de confesar aquello que le atormentaba y del cual, estaba arrepentido. Sin que nadie se lo pidiese, se sinceró.

—Todos metemos la pata alguna vez. Y lo digo por mí. Yo también fui arrestado en su día —fue franco—. Mi esposa, Candela, se quedó en la mesa de operaciones tras una intervención a corazón abierto; se trató de una negligencia médica. Tras un examen clínico al cirujano que la operó, se demostró que había actuado bajo los efectos del alcohol y la cocaína. Pero para mí, no fue suficiente la sentencia que le impusieron y fui a detenerlo sin orden judicial. Lo llevé a un callejón y le di una paliza. Iba a matarlo. Me había robado lo que más quería. El parte de lesiones arrojó dos costillas rotas y fractura en la mandíbula —sus dedos se replegaron remarcando sus nudillos en el puño—. No solo me quedé viudo, sino que tuve que pagarle una indemnización al cirujano, por las lesiones. Me libre de la cárcel, gracias a que el homicida de mi esposa, cargado de culpa, decidió no inculparme en el juicio. Me dieron de baja temporal en el trabajo. Estuve siendo evaluado psicológicamente durante un año. Al final, me volví a ganar el respeto de mis superiores y de mi equipo —resopló como si se hubiese liberado de una carga—. Todos merecemos una segunda oportunidad. Y esta es la suya, Tocino.

El resto de la sala se quedó boquiabierto con la confesión. No pasó por alto, aquel detalle de humildad por parte de Miranda, que demostró que los mandos también sangran si se les pincha. El Teco, notó que la atmosfera de aquella sala se volvió más ligera; y no supo identificar si fue fruto del sentimiento de unión que afloró o del resultado de su propia liberación.

—Como decía mi padre: a pan duro, diente agudo. Espero que mi conocimiento sea de ayuda.

—Brigada, veo que su padre siempre tenía un refrán para todo —le estrechó el Teco la mano, cerrando el trato—. Bienvenido al equipo.

—Gracias ¡¿Por dónde empezamos?!

El teniente coronel le guiñó un ojo, Téllez elevó el pulgar, Nekane mostró sus dientes blancos y Roca mesó su barba. Estaba claro que el guardia de Buitrago era un recurso necesario para dar con la guarida de Caronte. Tras la misión, ya se las vería con el juez y de haberla, la condena correspondiente. Pero de momento, estaba aquí.

—Tenemos que encontrar el lugar donde la pareja de secuestradores lleva a sus víctimas para arrancarles los tatuajes —explicó Miranda tomando la palabra—. Téllez ha imprimido un mapa satélite de la zona, podrías…

—Espera, ¿qué me he perdido? —se extrañó Tocino rascándose la coronilla—. ¿Pareja?

—Te has perdido muchas cosas por estar en un calabozo —recalcó Iván Roca—. Los acontecimientos siempre van más rápidos que nosotros.

—Ha aparecido el cadáver de Clara Tundidor. La han cosido a puñaladas y, por si fuera poco, la han escalpado —aclaró Nekane poniendo los pelos de punta al brigada.

—¡¿Le han arrancado la cabellera?! ¿Para qué pueden querer una melena rubia? —se sobrecogió Tocino cambiando las direcciones de sus cicatrices—. ¿Se trata de un ritual de brujería o algo parecido? Pobre chica…

—Se trata de un tándem de psicópatas y eso los hace imprevisibles —admitió el sargento Roca.

—¿Le suena Juan Fenoy? —le preguntó el teniente coronel. El brigada negó arrugando el labio—. Alias el Rambo.

—¿Rambo? No me suena y eso, que nos conocemos casi todos.

—Pues es una joyita que vive en El Atazar y al que no podemos desestimar a la ligera —confirmó el sargento—. Podemos certificar que es la otra mitad de Caronte.

—Encontramos un pedazo de uña incrustado en el tobillo de Rogelio Cortés. Los análisis han revelado que es de él —apostilló Nekane—. Quizá fruto de un forcejeo.

El Teco retomó la conversación.

—Rambo, es todo un experto en el uso de sustancias con fines oscuros. Tiene antecedentes por estar implicado en una violación grupal, utilizando para ello la sumisión química. Según ha declarado Joaquín Martell —Iván tragó saliva. No pudo evitar acordarse de Verbeke, tras mencionar al novio de Gabriel—, este delincuente, era uno de sus mejores clientes.

—¿Quién es Joaquín?

—Atendiendo a su chivatazo y al contenido de las cintas, acudimos de nuevo a la casa de Román Berasategui y comprobamos la veracidad de su testimonio: había un zulo en la cochera donde guardaba sustancias ilegales. Entre ellas encontramos burundanga, excitantes, sedantes, relajantes musculares y tabaco de contrabando. Gracias al lote impreso en los medicamentos, pudimos seguir la trazabilidad. Eso nos condujo a la farmacia del Hospital de la Paz, y en consecuencia, hasta el responsable de custodiar y dispensar estos fármacos: Joaquín Martell. Tras detenerlo, confesó su relación con el susodicho —aclaró el Teco.

Roca aportó su particular punto de vista.

—A pesar de que las víctimas son narcotizadas mediante inyecciones, creemos que el papel de Rambo, es fundamental para reducir y someter a las víctimas. Ana es la mente pensante y el otro, la fuerza bruta que sigue sus designios. Ya esté motivado por sexo, amor o admiración… eso no lo sabemos.

—¡Aquí no dais puntada sin hilo! —se apabulló Tocino, echándose la mano al bolsillo delantero de su camisa en busca de un cigarrillo. Pero se la quitaron al entrar en el calabozo—. ¿Tienen a más rehenes?

—De momento no ha aparecido más ropa —confirmó el teniente coronel ofreciéndole un caramelo de regaliz al brigada—. Pero estamos trabajando sobre este mapa en busca del refugio donde acometen sus fechorías.

El alférez Téllez, intervino.

—Hemos apreciado que las víctimas, a pesar de la influencia de las corrientes sobre sus cuerpos, tienden a caer cercano al margen derecho del río; lo mismo ocurre con sus ropas. Esto nos da a entender, que se ha tomado la molestia de arrojar los cuerpos en puntos lejanos de sus respectivos domicilios, pero, por el contrario, ha descuidado el lanzarlos al agua desde ambos márgenes para crearnos confusión. ¿Recuerda si por ese lado, hubiera alguna cavidad natural o una vivienda abandonada, que hayamos podido pasar por alto en las batidas?

—Tú eres pescador, algo se te ocurrirá —le animó Roca resaltando su faceta.

—Hay dos maneras de pescar en un río —aclaró Tocino desliando el caramelo de regaliz y metiéndolo en su boca, como sustituto a la

nicotina—: con boya o con plomada. Con la primera, la corriente arrastra la boya a merced y si no le pones freno gastarás todo el carrete; pero si en vez de un corcho flotante, echamos un plomo, donde lances el anzuelo se quedará clavado en el sitio, independientemente de la fuerza del cauce.

—¡En castellano, por favor! —se quejó el teniente coronel que no había entendido el paralelismo ni tenía ganas de más acertijos—. Pescamos delincuentes, no truchas.

—Quiero decir, que en la orilla aparecen las prendas —se explicó —. Pero nada de objetos personales, como móviles o carteras. Supongo que la asesina despoja de ropa y pertenencias a sus víctimas cerca de su guarida, y luego desplaza en su coche el cuerpo para despistarnos. Pero puede ser que en el punto donde arroja la ropa, también tire los efectos personales… Por lo que, si las vestimentas actúan como una boya, los móviles, llaves del vehículo o monedero, deben permanecer en el punto exacto donde se arrojó, como una plomada.

Téllez miró a Roca sorprendido. Roca hizo lo propio con Nekane; y cuando la de Científica quiso mirar al teniente coronel continuando con la inercia, Miranda ya estaba llamando al equipo de buzos de la guardia civil, para que hiciesen un rastreo en el lecho del río.

Roca pensó en ese instante en Julia Verbeke. Y se preguntaba que estaría haciendo en estos momentos. Echaba en falta su presencia alrededor de la mesa, llevándole la contraria a Miranda y apuntando datos en su libreta Moleskine. «Si hemos podido contar con la ayuda de Tocino, ¿por qué no tiene ella derecho a participar de manera interna?», se indignó de sobremanera. El Teco acabó de dar instrucciones a los G.E.A.S y guardó su teléfono. Luego, trasladó el impedimento que le habían reportado los buzos.

—El río Lozoya es muy extenso. Me comunican que tardarían semanas en rastrear la zona… Y por desgracia, no disponemos de ese tiempo.

Roca, Téllez y Nekane agacharon la cabeza, asumiendo con resignación que buscaban una aguja en un pajar.

—Tendremos que elegir algunos puntos estratégicos y probar suerte barriendo el lecho del río —solucionó el brigada de una manera azarosa.

—¡Qué remedio! —se resignó Roca ante la propuesta de Tocino. Agradecido, le dio una palmada en la espalda que casi lo desmonta—. ¡Eres aire fresco, brigada! Ahora nos toca evaluar la zona y encontrar su escondite.

El teniente coronel mostró una sonrisa de victoria. La idea de incluir a Tocino, a su pesar, le pareció todo un acierto. Y pensó en el refrán que el brigada mencionó nada más llegar: «A pan duro, diente

agudo».

59
Ahogando las penas en más penas

Gran Vía, 12:30 de la mañana.
Lunes 31 de mayo de 2022.

Como de costumbre, Julia Verbeke aparcó el Mini Cooper en el vanguardista e-Parking de Callao. Salió al exterior de la plaza y respiró aire como si le faltase en el pecho. El cielo se mostraba celeste, sin nubes ni pájaros manchando su raso. El sol reverberaba por la interminable avenida, con tal fuerza, que no era extraño ver a los viandantes buscando cobijo bajo los toldos de los establecimientos. Verbeke miró el reloj y supo que ya era tarde para desayunar, pero no estaba dispuesta a renunciar a un sorbo del mejor chocolate que servían en la capital. Aceleró el paso, teniendo algún que otro tropiezo con los turistas chinos que a golpe de cámara, no dejaban edificio sin fotografiar. Mientras avanzaba, hacía sus propias apuestas sobre el rumbo que estaría llevando la investigación sin ella. «¿Cómo irá el caso? Si hubiesen dado con Ana, me tendrían informada. No creo que sean tan miserables de no contarme cómo van los avances. ¿Será Andy culpable? Joder, aquí todos parecen sospechosos… incluso el pedante edil de Buitrago, su inicial empieza por A». A lo lejos, por encima del flujo de cabezas que iba y venía por la acera, Verbeke divisó al toxicómano que le sopló los chanchullos en los que andaba metido Gabriel y decidió tomar otro camino desestimando un encuentro con él. Tras unos minutos a paso ligero, penetró en la Churrería de San Ginés. El local estaba más vacío que de costumbre; ya que había pasado el horario de los churros. Tras la barra, había un camarero reponiendo la cámara de batidos y otro pasando un trapo por la vitrina de los pasteles. Verbeke reconoció a Orellana. Este se giró al oír sus pasos.

—Hola. ¿Qué tal?

—¡Buenos días! —saludó al apuesto camarero.

—Más bien buenas tardes, ¿no? —le corrigió esbozando una bonita sonrisa—. Son las una menos cuarto.

—Se me han pegado las sábanas.

Orellana dejó el trapo y el pulverizador sobre el mármol de la barra y le atendió sujetando la libreta de comandas.

—Ya no nos quedan churros y el aceite no está en su punto. A las doce y media cortamos.

—Pues… ¡Mmm! —se mostró indecisa oteando los estantes.

—¡No te agobies! —bromeó—. Tómate tu tiempo. Mi turno ya ha terminado.

—Ya veo que te pagan bien las horas extras.

—No es eso —sonrió de nuevo—. Hasta que no llegue la jefa, no puedo irme. Lo mismo me da, quedarme media hora más que menos. No tengo planes para hoy.

—Ahora que lo dices, yo tampoco… ¡Ponme un gin-tonic en copa balón! —se decidió provocando una mueca en el camarero—. ¡Y con una rodaja de limón!

—¡¿En serio?! ¿O estás de broma?

—Llevo unos días de perros —le aseguró arrugando la frente y elevando los morros—. Te espero abajo, ¿ok?

Verbeke se sentó en el mismo sitio de siempre, sacó los pies de las botas sin asomar el talón de la caña y colocó el teléfono móvil sobre la mesa. En ese instante, miró el estado de Whatsapp de Iván Roca y pudo comprobar que estaba activo. «Todavía no se ha dignado a preguntarme siquiera como estoy. Y eso que quería reconquistarme. ¡Qué le jodan!», se sulfuró. Molesta, dejó de lado el teléfono y aguardó al joven camarero que bajaba por las escaleras hacia el sótano. Su cuerpo delgado pero fibroso, se marcaba bajo la camisa semitransparente, fruto del desgaste de los numerosos lavados que acumulaba. En su mano derecha, portaba una copa adornada con una rodaja de limón. En la otra, llevaba un vaso de tubo con un ron cola.

—Hoy invita la casa —le aseguró Orellana tomando asiento—. Si no te incomoda, claro.

—Para nada, es mejor beber acompañada que sola. Por cierto, ese deje que tienes, no parece de Murcia.

—Tienes buen oído. Yo nací en Cádiz, concretamente en Jerez de la Frontera, pero llevo años viviendo lejos de la tierra que me vio nacer.

—¡Jerez! El mundo es un pañuelo —mostró sorpresa recordando a su padre—. Bonita ciudad. Pero me trae malos recuerdos…

—¿Tú eres de allí?

Verbeke negó con la cabeza y pensó: «No, más bien allí, se quedó parte de mi». Luego dio un sorbo y respondió.

—No.

—Yo apenas recuerdo cómo es. Debe de haber cambiado mucho en estos años. Algún día volveré. Por cierto, tenemos que brindar. ¿Has completado tu misión de espía?

—¡Ya me gustaría, Orellana! Te haré un resumen: me han expulsado de la misión, a mis compañeros le importo una mierda, mi único hermano no me habla y el aceite de los churros ya está frío —enumeró su ristra de fracasos recientes—. ¡Una racha de mierda!

—¡Je, je! Bueno, pues busquemos un motivo de celebración. Siempre lo hay… Por ejemplo, el habernos conocido —elevó el vaso

de tubo esperando el impacto de la copa de balón, mientras la miraba con sus penetrantes ojos verdes—. Una atractiva espía y un camarero churrero... no todos los días hacen migas dos personas tan distintas.

Verbeke sonrió. Aquel chico le hacía sentir cómoda y en aquel estado de soledad, era lo más parecido a una amistad.

—Tienes razón. Yo brindo, porque he conocido a un chico majo y guapo, que me ha invitado a una copa. ¿Y tú? ¿A quién dedicas tu brindis?

El joven la miró con las dos esmeraldas que tenía incrustadas sobre los pómulos y con una sonrisa que expresaba emoción, le respondió.

—Si no estuvieras aquí, brindaría por mi padrastro. Con lo raro que es, que no hay quién lo saque del pueblo, ha venido hasta Madrid con mi madre para estar conmigo. La familia se echa mucho de menos cuando estás de viaje. Pero, este brindis, va por ti —se puso serio y se sinceró—. Igual suena cursi, Julia… pero cuando te vi, sentí un cosquilleo, una sensación especial: fue como si te conociera de toda la vida. Y tengo que admitir que no eres mi tipo, pero tienes algo en tu mirada, que me resulta muy llamativo. ¿Lo llamamos química?

—¡Chin! ¡Chin! —sonaron los vidrios al brindar.

Luego dieron un gran sorbo y tras este, llegaron las risitas bobas. Verbeke podía percibir el *feeling* que tenía con aquel joven diez años menor que ella. A sus treinta y largos, era capaz de discernir la gente con la que conectaba de la que no; y Orellana había traspasado todos sus filtros. Él le habló de su faceta de modelo y ella, de lo mal que estaba el mercado de hombres en *Tinder*. Tras quince minutos y sin nada más que llevar a la garganta, se dispusieron a subir hacia la planta de arriba. Fruto de la mezcla de ansiolíticos y alcohol, Verbeke trastabilló en el último escalón, siendo sujetada por Orellana. En ese mismo momento, llegó Pepa, la jefa del establecimiento.

—Hola, Julia —saludó a la parejita que se reían a carcajadas—. ¡Qué bien os lo pasáis!

—Sí, no sé qué tendrán los hielos, que me está sentando mal la ginebra —bromeó Verbeke entre risas—. Hay que hablar con el fabricante de los cubitos…

—¡Anda, anda! —le dedicó Pepa una sonrisa—. Orellana, te pido disculpas por el retraso. Sé que me dijiste que venían tus padres, pero estaba el tráfico cortado muy cerca de aquí. Dos coches de Policía Nacional, una moto de los municipales, una ambulancia, curiosos por todas partes… Creo que ha sido un atropello. Me han tenido parada, al menos veinte minutos, mientras se llevaban el cadáver del accidentado. Lo siento.

—No se preocupe, jefa. Son cosas que pasan. Ahora voy a acompañar a esta señorita a que tome un taxi y cada uno para su casa.

—Pues evitad la Gran Vía, hay una retención importante.

Orellana asintió. Sujetó del brazo de Verbeke y la llevó hacia el exterior. La teniente balbuceó, mostrándose patosa bajo los efectos del alcohol —en realidad no estaba tan mal, pero de este modo, Orellana se le acercaría lo suficiente—. Haciendo de lazarillo, el camarero la guío hasta una parada de taxis. Antes de subirse al coche, Verbeke recibió varias llamadas de Iván Roca, que dejó sonar hasta que se convirtieron en llamadas perdidas. Con medio cuerpo dentro del coche, invitó a Orellana in extremis, a tomarse la última copa en su casa. El joven sonrió y aceptó la invitación.

Cuando despertó, pasadas seis horas, miró el despertador y resopló. No recordaba bien que había pasado. Tenía la boca seca y estaba desnuda entre las sábanas. Por un instante pensó que le habían echado burundanga en el gin-tonic. Sugestionada, se giró. A su lado tenía al joven camarero, desnudo y mirándola con un gesto cargado de incredulidad, como si estuviese arrepentido. Verbeke lo pellizcó en el pezón, para comprobar si aquella situación no era fruto de un sueño húmedo. El chico emitió un pequeño jadeo y luego mostró sus dientes perfectamente alineados.

—Perdona, nunca me había pasado —se disculpó.

—¿El qué, Orellana? Si te soy sincera, no recuerdo bien que ha pasado.

—No tienes que hacerte la despistada conmigo —levantó las sábanas y le mostro su pene flácido—. No estoy acostumbrado a beber.

—¿Un gatillazo? Eres muy joven para fallar —le recriminó—. ¿No será que cuando me he quitado la ropa te has llevado un chasco?

Orellana cortó su risa y se puso serio.

—No. Me gustan las mujeres con curvas. Pero nos hemos tomado casi media botella en el salón, mientras nos contábamos nuestras miserias. Y al parecer, mi soldado ha muerto antes de entrar en combate.

—Pues ¡qué mala suerte! ¡Con lo bueno que estás! Por cierto, ¿qué te he contado?

El chico sonrió y le acarició la muñeca con ternura, repasando con la yema de sus dedos, los trazos de tinta que conformaban la rosa de los vientos.

—Me has contado que eres guardia civil. Que tu apellido es de origen belga. También has hablado de un tal comandante Ruiz, que te ayudó, pero que al final resultó ser un fraude. Que tienes un ex llamado Iván Roca, que no es muy guapo, pero está cañón. Que tienes un hermano que fue yonki y con el que no te hablas. También me has contado que no tienes padre —lo enumeró todo al pie de la letra—. De lo único que no me hablaste, es precisamente, de algo que me inquietó desde que te vi: tu tatuaje. ¿Qué significa?

—¡Sí que te he dado la chapa! —se sorprendió tras la perorata de Orellana—. Tiendo a perder el Norte y este dibujo es una especie de recordatorio. Una voz que me grita: ¡Julia, endereza el rumbo!

—Pues me voy a tener que hacer uno, para enderezar, ya sabes…

—¿Rematamos? —le sugirió con una sonrisa pícara, levantando la sábana.

—Me encantaría. Pero lo vamos a tener que dejar para otro día —se resignó el joven un tanto ruborizado—. Mi madre debe estar preocupada.

—No suelo dar segundas oportunidades… —se puso seria. Luego sonrió—. Pero contigo, haré una excepción.

En ese mismo instante, el timbre de la puerta sonó repetidamente y rompió la magia que unía sus miradas de color.

—¿No tendrás marido? —se asustó Orellana cayendo en la cuenta de que no habían hablado del tema—. ¿Me escondo?

Verbeke lo calmó, sujetándolo del brazo y dándole un pico en los labios.

—A mí nadie me aguanta… ¡Tranquilo! Serán de Amazon. Estoy esperando el invento que va a extinguir a los hombres —le aseguró al chico pensando en el juguete que se había pedido—: un *satisfayer*. Ahora vuelvo.

En la puerta se oyeron golpes producidos por fuertes manotazos. Verbeke se colocó una bata de seda y descalza, caminó hasta la entrada. Con disimulo, cogió la pistola de su bolso, pensando que podía tratarse de Abraham Matasiete; cuando fisgó por la mirilla, se encontró a un tipo con barba de hípster y una cicatriz que le coronaba la calva.

«Pero ¿qué demonios hace este aquí?», se preguntó y abrió con sumo cuidado.

—Julia, ¿por qué no me descuelgas el teléfono? Bueno, da igual. Verás. Ha pasado algo… eh… —Roca se frotó la calva como si fuese una lámpara mágica, solo que el genio salió de la garganta de Verbeke —. No sé cómo decírtelo…

—¡Suéltalo ya, coño! Me estás poniendo nerviosa.

—¿Puedo pasar? Mejor que estés sentada.

—No creo que sea buena idea —le sugirió con retintín. Roca alzó la mirada por encima de sus hombros y pudo ver media botella de ginebra sobre una mesita, dos rodajas de limón oxidadas y un par de copas—. Tengo compañía.

—Está bien —se explicó bajo el dintel de la puerta—. Se trata de tu hermano. Parece que se ha intentado suicidar… Se ha arrojado contra un coche en movimiento justo en frente de su floristería.

—¡Joder! —se llevó las manos a la cabeza y sus rodillas se aflojaron haciéndola perder el equilibrio durante un par de segundos

—. ¿A qué hora ha sido?

—Antes de la una del mediodía.

—Yo estuve a pocos metros de allí… ¡Mierda!

Verbeke se apoyó en una de las paredes, con el semblante preocupado. Tras suspirar con resignación, guardó la pistola en el bolso y recordó las palabras de Pepa cuando vino a hacerle el relevo a Orellana, donde le comentó que debía haber pasado algo gordo, ya que tenían cortado el tráfico de la Gran Vía en ambas direcciones para levantar el cadáver del accidentado.

«Es por mi culpa. ¡La he vuelto a cagar! No debería haber delatado a Joaquín».

—No te martirices —la calmó Roca intuyendo su pensamiento—. No eres dueña de las decisiones de tu hermano.

En ese mismo instante de empatía, apareció Orellana, vestido de camarero. Con un puño en alto, le pidió explicaciones a Roca.

—¡*Acho*! ¿Qué *pijo* pasa? —se puso gallito—. Julia, ¿te está molestando este tipo? ¿Por qué lloras?

—Mi semana de perros, no ha terminado todavía —atajó Verbeke usando un tono lastimero—. Nos vemos en otro momento, ¿ok? Tengo que tratar un asunto importante.

Orellana, reticente, desconfió de aquel tipo alto y con una cicatriz en la cabeza. El sargento Roca, lo calmó.

—Tranquilo, "Barman". Julia queda en buenas manos —respondió con sorna haciendo referencia a un superhéroe con el juego de palabras—. Soy su compañero de trabajo. Por cierto, me llamo Iván Roca —le estrechó la mano con el fin de serenarlo—. ¿Y tú eres?

—Blas —respondió el camarero—. Pero todos me conocen como Orellana.

Verbeke sintió un escalofrío al oír ese nombre. «Blas. Blas. ¿Dónde lo había oído antes?», pensó. Pero, no llegó a ninguna conclusión. El atropello de su hermano, la tenía sumida en un estado de ansiedad efervescente, que no le permitía pensar con claridad. El camarero se marchó, dejando a los exnovios solos en el piso. Verbeke comenzó a vestirse a toda prisa, paseándose desnuda de habitación en habitación. Roca quedó a la espera, sentado en el incómodo sofá Chester, observando que bajo la mesita del salón que sostenía las copas, había unas bragas de color morado y un pantalón vaquero vuelto del revés.

«¡Manda huevos! Una disfrutando y el otro sufriendo. ¡Qué mal día has escogido para echar un polvo, Julia!», pensó para sí. Celoso cuanto menos.

60
A perro flaco, todo son pulgas

Roca, sostenía sus dedos fuertemente apretados contra el volante, intentando sacudir de su mente, la escena de Julia en bata de seda junto a Orellana. Sin lugar a dudas, sentía envidia. Notaba que Verbeke estaba cada vez más lejos de él y ese miedo a perderla para siempre, le hizo entender que tenía que dar el paso definitivo para colarse de nuevo en su corazón. Aprovechando las circunstancias, le mostró sus sentimientos.

—Igual esto no viene al caso. Pero de nuevo te pido perdón. Nunca debí haberte dejado por otra. Fui estúpido y egoísta —chasqueó la lengua—. Ha sido ver a Blas en tu casa y sentía… que algo me recomía por dentro. No quiero perderte. Te quiero más de lo que imaginaba.

—No, Roca, en estos momentos no estoy para tus gimoteos de macho herido —le cortó el plan. Con el rostro esculpido en amargura bajó su mirada hacia la pantalla del iPhone esperando a que éste se encendiera. Las notificaciones comenzaron a bombardear su teléfono, haciendo vibrar el aparato entre sus manos. Tenía varias llamadas y mensajes, pero no le prestó mayor atención; solo quería saber la verdad sobre el accidente de Gabriel. Con el corazón en un puño, le preguntó—. Mi hermano… ¿Ha fallecido?

—Hasta donde yo sé, no. Cuando lo recogió el SAMUR estaba vivo —la tranquilizó—. Por lo visto, todo sucedió en cuestión de segundos. El conductor del vehículo que lo arrolló, les aseguró a los policías que Gabriel apareció de repente delante del morro de su coche. Por suerte, se trataba de un anciano en un *microcar*; circulaba lento, pero su capacidad de reacción a la hora de pisar el freno, fue tardía y se lo llevó unos metros por delante… hasta ahí te puedo contar.

Verbeke resopló al oír que estaba vivo, no era poco. Pero no podía evadirse de su sentimiento de culpa.

—No paro de cagarla, Iván. Me han expulsado del caso, y he empujado a mi hermano a un nuevo pozo de miseria sentimental… Y no me quito de la cabeza, que cuando mi madre se entere de esto, recaiga en una nueva crisis depresiva. Espero que no muera y pueda pedirle perdón por haberlo delatado.

—Tranquila. Todo irá bien —la serenó Roca—. A perro flaco, todo son pulgas. Solo es una racha… Y pasará.

—Dicen que lo malo viene junto. Pero, a mí la vida me está

administrando esos sorbos de veneno, en pequeñas dosis, como si fuese un puto cuidado paliativo que se alarga en el tiempo. A veces, deseo que esta agonía termine y que un día, no me levante de la cama.

Roca, giró un par de calles más y se detuvo bajo la luz roja de un semáforo. Viró su envergadura sobre el sillón y contempló las lágrimas que rodaban por las mejillas de Verbeke, como si sus ojos azules se estuvieran deshaciendo por la pena.

—La vida es una carretera llena de baches y cuando revienta una goma, necesitamos un tiempo para reemplazar el neumático. Unos tardan más en reparar el vehículo y otros se quedan esperando a que otros, le hagan el cambio de rueda. Pero, tarde o temprano, todos volvemos a circular…

—¿Alber Camus? ¿Slavoj Zizek? ¿Fernando Savater? ¿Kafka? ¿Eduardo Punset?

—Damián Tocino. ¡Esta hecho todo un filósofo!

Verbeke se quedó abstraída, mirando a través de la ventanilla del coche los viandantes que caminaban por las aceras. Y pensó en cada uno de ellos, obviando, que debían atesorar problemas, deudas, pérdidas, frustraciones y que ella, no era la única desdichada de todo Madrid. «Mal de muchos, consuelo de tontos», se dijo. Roca aceleró suavemente, escapando de la luz verde del semáforo. No quiso añadir más palabras, sabía que su compañera estaba rumiando la contestación. Tras dos minutos en silencio. La teniente salió del bucle.

—Y sobre el operativo, ¿alguna novedad? —preguntó con cierta desazón.

—Necesitamos tiempo, Julia. Suspender el puto cronómetro. Pero esa desgraciada parece que va a contrarreloj. No tiene periodos de enfriamiento entre víctima y víctima. Está sumida en un estado letal de frenesí.

Hubo un nuevo silencio por parte de Verbeke. Se moría de ganas de seguir con la investigación, pero ahora era un cero a la izquierda para la UCO; y temía, que más pronto que tarde, Miranda consumara su amenaza de destinarla lejos de Madrid, a una aburrida comandancia de periferia.

—¡Ains! —suspiró—. ¡¿Quién pudiera volver atrás en el tiempo?! Yo arreglaría muchas cosas. Pero, supongo que se me volverían a torcer más adelante… Así, que el único tiempo que podemos gestionar es el que regalamos a los demás… a los que de verdad nos importan. Tú de esos no entiendes mucho, ¿verdad?

Roca supo leer entre líneas y extrapoló el reproche a la primera.

—Julia, no te llamé porque estuvimos a muerte con reuniones y pesquisas. Siempre te tengo en mente, aunque no lo creas. Visionamos la grabación del dron una y otra vez —se justificó—. Tras editar la mala calidad del video, pudimos comprobar que la matrícula del

vehículo sospechoso, estaba completamente cubierta de barro. Pero gracias, a que se trataba de una placa metálica, pudimos ampliar y averiguar en el relieve dos letras: "XY". Además, tenemos constancia de que se trata de un modelo de vehículo mixto concreto, Renault Kangoo, en vez de una Citroën Berlingo; que era la que todos buscábamos por culpa de que los testigos decían que era como la del panadero.

—¿El dron determinó que solo iba un ocupante?

—Sí. No se apreciaba a ningún otro acompañante, aunque el rostro no se le veía bien. La conductora aparece con gafas de vista y una larga melena rubia. Cosa que choca un poco con las grabaciones recuperadas de la óptica, donde esa degenerada lucía pelo corto y negro, bajo la gorra —hizo una pausa para tragar saliva—. Con ayuda de Casimiro, el anciano que conocimos en El Atazar, hemos conseguido esbozar un retrato robot de al menos una de las dos autoras.

—¿Hum? Ana y Rosa. Una es rubia y la otra morena —repitió en voz alta dando crédito al testimonio de la psiquiatra Raquel Falcón—. ¿Tienes el retrato robot ahí? Me gustaría poner cara a la loba que perseguimos.

—No. No lo llevo encima —le mintió para no implicarla. Sabía que Julia era capaz de actuar en solitario—. Pero te puedo decir, que tiene la cara muy afilada, lleva gafas de pasta y el cabello negro por los hombros… De unos treinta y pocos años. Por cierto, Raquel Falcón nos adelantó que Ana, fue en busca de unas lentillas azules a su óptica… no sabemos si como excusa o para modificar su apariencia. Raquel Falcón, es la llave de todo esto, pero hasta que no esté en sus cabales, su testimonio no será válido. Los efectos de la medicación, pueden provocar que omita detalles o invente datos que nos confundan —cambió el tono y le confesó con el fin de que se viniera arriba—. A todo esto, decirte que el equipo te echa de menos.

—Ya —no quiso entrar en valoraciones—. Todavía no me explico quién me ha delatado. No creo que haya sido Tocino.

Roca le dio la respuesta.

—Te lo diré si no tomas represalias contra él —Verbeke hizo un gesto reticente—. Ha sido el sargento Mediavilla. Escuchó la conversación desde uno de los despachos del puesto de Buitrago, donde tenía la ventana abierta. Ya sabes que guarda cierta rivalidad contra Damián Tocino, por convertirse en el nuevo Comandante de puesto —cerró la boca y deslizó su opinión—. Siendo franco, si yo fuese Mediavilla, hubiese obrado de igual manera. Tu manera de proceder, no fue la correcta. ¡Somos un equipo!

Verbeke aceptó su error y asintió con la cabeza repetidamente. Luego cambio de tercio.

—Por cierto, con toda esta movida se me ha pasado visitar al cabo Mendoza. ¿Ya lo han pasado a planta? ¿Qué tal está?

—Muerto. Esta noche es el velatorio —sentenció usando un tono lúgubre.

—¿Qué me dices? ¡No puede ser cierto! ¿A nadie se le ha ocurrido avisarme? Entiendo que sea un cero a la izquierda como investigadora, pero ¿qué hay de la amistad?

—Lo siento. Con todo este carajal, el Teco me ha dado la noticia hará como una hora —se justificó imprimiendo derrota en sus palabras—. Me ha roto el corazón. Yo apreciaba mucho al Miarma.

—Joder… joder… ¿No puede ser? —se apenó.

—¡No somos nadie! Imagina como debe estar Miranda. Debe ser crudo, soportar el peso de la culpa que tiene sobre su conciencia, ya que él lo sacó de la oficina de dónde nunca debió salir —puntualizó mostrando acidez en su tono—. Mendoza evitaba por todos los medios, salir del edificio. Desde que nació su hijo, supo priorizar su integridad por encima del riesgo… y tenía razón.

A Verbeke se le terminó de venir el mundo encima. Y comenzó a llorar. Estaba rota. Roca también comenzó a gimotear. A la altura de la floristería, se secó las lágrimas en las mangas de su cárdigan y le pidió que detuviera el vehículo. Ambos se fundieron en un abrazo. Roca intentó buscar sus labios, aprovechando el acercamiento. Julia le hizo la cobra.

—¡No lo intentes, Iván! —le cortó—. Gracias por acercarme. Voy a echar un vistazo en el local y ya luego iré a por el Mini.

—¿No quieres que te acompañe al hospital para ver a tu hermano?

—Soy la última persona a la que querrá ver. Mejor dejaré que pase el tiempo. De momento, con saber que está vivo, me basta.

—No dejes para mañana, lo que puedas hacer hoy. Ve a verlo, Julia. El cabo Mendoza parecía fuera de peligro y mira: ha acabado en una caja de pino.

—Sé lo que me digo.

—¡Está bien! —Iván puso los cuatro intermitentes y oyó una desafinada sinfonía de cláxones sonando tras él—. Recuerda, que estaré por la zona, por si necesitas algo. Quiero comprarme unas botas cómodas para las batidas a través del campo. ¡Tenemos que encontrar la guarida de esa dos chaladas!

Verbeke se apeó del coche y se quedó en la acera a pocos metros de donde el SAMUR recogió el cuerpo accidentado. Junto a un peral de los que adornaba la avenida, pudo ver la manta térmica de color dorado con la que debieron cubrir a Gabriel —tenía salpicaduras de sangre—. La tomó del suelo, hizo una pelota entre sus manos y la tiró a una papelera que colgaba de una farola. Bajo el letrero de «Púas, espinas y pétalos», se encontró la floristería precintada y se dio

cuenta, de que la persiana no tocaba el escalón de entrada. Miró de un lado al otro, y comprobando que nadie la miraba, tiró de ella hacia arriba para poder entrar. Dentro, realizó una inspección visual: algo no encajaba, la tienda estaba intacta. Nadie había pretendido robar los sacos de fertilizante de cactus ni tampoco habían tocado la caja registradora. Y pensó que, en un acto de desesperación tras discutir con ella, su hermano corrió hacia el exterior de manera histérica siendo atropellado en un despiste. En la pared, buscó los restos de la pintada amenazante que le dejaron aquel día y realizó un esfuerzo por recordar el contenido del grafiti: «Muerte a lo *belga*». Y esta vez, las dos últimas palabras, no le pareció una manera de morir característica del país de las coles, sino el plural en andaluz, quedando la frase en «Muerte a los belgas». Tras no apreciar desperfectos, descartó el robo con violencia y, en consecuencia, cerró el establecimiento con las llaves que colgaban de una alcayata. «No deja de ser extraño, que opte por quitarse la vida contra un auto tan pequeño en una carretera donde se circula a baja velocidad. Un suicida, lo hace de manera eficaz, frente a un camión o un tren. No pretende sobrevivir y quedarse lisiado el resto de su vida», caviló sobre lo sucedido.

En silencio, caminó hacia el parking con aquel runrún en la cabeza, mientras la noche caía sobre los edificios de Madrid. Las farolas, los focos de los establecimientos y las luces de los coches, eran los encargados de alumbrar la ciudad. Cuando Verbeke anduvo un buen puñado de metros, oyó un siseo. Alguien estaba intentando acaparar su atención.

—¡Shh! ¡Shh! ¡Rubia!

Verbeke tornó la mirada y se encontró al yonki de siempre, con un brick de tinto en su mano.

—Hoy no estoy para nadie.

—Por veinte euros, te cuento lo que he visto.

Verbeke se frenó en seco y se fue directa al toxicómano, hasta arrinconarlo contra la pared. Lo tomó del cuello de la camisa y le apretó con los nudillos bajo el mentón.

—No te voy a dar un puto céntimo —le advirtió usando un tono seco—. ¡Ahora cuéntame lo que has visto!

El toxicómano se asustó, no esperaba esa reacción por parte de la mujer a la que quería sacar unos eurillos. Y respondió acojonado.

—¡Tranquila! ¡Tranquila! El florista no se ha suicidado. Yo he visto como alguien lo empujó para la carretera.

—¿Qué dices? —enarcó sus cejas rubias—. ¿No te lo estarás inventando para que te afloje pasta?

—No te voy a mentir: un billetito me haría un hombre —confesó recibiendo un empujón contra la pared, que provocó que el brick de tinto se cayese por el suelo—. Está bien. Yo estaba mendigando cerca

del escaparate, cuando oí un grito y vi a un tipo con una camisa de cuadros, que le dio dos puñetazos al florista en la boca del estómago y lo revoleó hacia un coche.

—¿Y cómo era el agresor?

—Lo he visto rondando por aquí más veces… Es gordo, con barbas y un tatuaje en las mejillas como si estuviera llorando. Luego se mezcló entre la gente. ¡Todos lo vieron, pero se callaron como putas! Ya sabe, aquí cada uno va a lo suyo…

—¿Por qué no le has contado nada a la policía?

—No, no. Yo me llevo mal con los maderos.

Verbeke le quitó una mano de encima y buscó su teléfono móvil. De un hábil gesto, localizó la foto de Abraham; la cara del toxicómano cambió de espanto a sorpresa. Y asintió.

—¿Es este el tipo que le dio una paliza y lo arrojó al coche?

—El mismo.

Verbeke se retiró de él. Guardó el móvil y le tendió cincuenta euros.

—Por la información —agregó.

El toxicómano elevó el billete y lo miró al trasluz de una farola, como si se tratara de una radiografía. Nunca había visto uno de cincuenta y dudaba de su veracidad. Verbeke aprovechó para ir a por su coche. El camino al parking se le hizo eterno. «Yo soy la siguiente. Como vea a ese malnacido por aquí, le meteré una bala entre ceja y ceja», se preocupó por la confesión del toxicómano. Con la mosca tras la oreja, lanzaba miradas furtivas hacia atrás, temiendo que el agresor de su hermano, la estuviera siguiendo. Estaba claro que a Abraham, no le importaba lo concurrida que estuviera la avenida, ya lo demostró arrojando a Gabriel a plena luz del día contra un microcoche. Con el fin de evadirse de ese pensamiento durante la caminata, revisó todas las llamadas perdidas de su móvil. La pantalla estaba atestada de notificaciones, y mientras las eliminaba, pudo comprobar que estaba equivocada. A lo largo de la tarde, durante su fallido encuentro con Blas Orellana, le habían llamado: su madre, Nekane Ndiaye, el brigada Tocino e Iván Roca. En cuanto al Whatsapp, le había enviado una nota de audio su investigador privado. Aunque estaba impaciente por desvelar el contenido, decidió oírlo una vez estuviera en el subterráneo, ya que allí habría menos ruido. Llegó a la Plaza del Callao, bajó varios escalones hacia el parking y en mitad de la escalera se detuvo a escuchar la nota de audio.

«Verbeke, le he estado llamando, pero su teléfono no daba señales de vida. La cuestión es que he descifrado el enigma de la inscripción que apareció en el zulo. Y creo que no le va a gustar. He averiguado que no

hay ningún "B. las Mercedes". Esa letra B, no es de una bodega, ni de un bazar ni un barrio; Mercedes era la amante de su padre y Blas su hijo —el nombre taladró la cabeza de Julia—. Nicolás Verbeke, alías El Belga, tenía otra familia. Le digo tenía, porque he podido averiguar que su padre fue quién mató al Matasiete que apareció en el coche; al parecer fingió estar muerto para aprovechar un despiste y arrebatarle el arma a su verdugo. Posteriormente se encargó de liquidar al resto de la organización, excepto a Abraham que fue detenido y condenado. Sé que no es agradable oír esto, pero, su padre se enamoró de una mujer con un hijo a cargo. Luego, según han llegado a mis oídos, el Belga, se ocultó en alguna parte del Levante español; una vez salió de Jerez, nadie ha vuelto a saber nada de él. Pero mis contactos aseguran, que escapó muy mal herido tras un tiroteo con los sicarios del clan…. Si le sirve de consuelo o por si quiere verificar la información, tengo que decirle que la mujer con quien se juntó su padre, se llama Mercedes Orellana Carpio. Un fuerte abrazo. Ya me cuentas».

Las piezas encajaron en su cabeza como por arte de magia. Todo tomó sentido, y por un instante, se sintió la mujer más desdichada del planeta. «Estúpida. Te has pasado media vida en busca de los restos de una persona, que sabiendo que sufríamos por su pérdida, no se dignó a hacernos una simple llamada para explicarnos que milagrosamente, seguía con vida. ¡Joder! He perdido mi felicidad en el camino. Todos estos años, todas las pastillas que ingerí, los atracones de comida debido a la ansiedad, el mal humor… Nada tiene sentido. ¡Idiota, soy idiota! He perseguido a algo peor que un fantasma: a un padre que no ama a sus hijos». Verbeke notó como su corazón estalló en su pecho. Las piernas se le aflojaron y notó un malestar en su estómago. Cuando pensó que ya nada podía empeorar su día, fruto de sus conjeturas, cayó en la cuenta de un detalle. «Retorcido destino… Te ríes de mí, ¿verdad? Pones en mitad de mi camino al simpático de Blas Orellana. ¡He estado a punto de acostarme con mi hermanastro, coño! Lo he desnudado, lo he deseado, lo he besado. Incesto… ¡¿Pero qué mierda de vida es esta?!». Derrotada, se sentó sobre un escalón, ensuciando sus jeans blancos con el tizne de las pisadas. Apenas entraba luz de las farolas más allá de la mitad de la escalera, la suficiente, para verse las piernas y las manos con claridad. De repente, esa pequeña claridad desapareció, dejando a oscuras la entrada al parking. Verbeke se extrañó por el suceso. Cuando alzó la mirada al cielo, por el maltrecho hueco de hormigón de las escaleras, no vio estrellas ni nubes; sino tres gotas tatuadas en una mejilla arrugada —una de ellas estaba coloreada de tinta, como signo de que habían consumado una de las tres venganzas propuestas—. Verbeke transmutó su rostro de sorpresa a pánico. Sí, se trataba de Abraham y venía dispuesto a consumar su venganza y rellenar con tinta la segunda lágrima. En su mano portaba

un palo de madera bastante robusto y en la otra, mantenía el puño cerrado. Sin mediar palabra, descendió hacia la oscuridad y atizó la espalda de Verbeke. Esta rodó hacia abajo hasta quedar panza arriba y con la columna apoyada contra los escalones. Por un instante, temió que aquel tipo le diera un pisotón y le crujiera las vértebras. A pesar de las contusiones, hizo un torpe intento por ponerse bocabajo y reptar lejos de su agresor. Pero Abraham, le puso un pie en la barriga impidiendo que se diese la vuelta. Verbeke miró a los ojos a aquel hombre y no halló un solo atisbo de clemencia en su mirada. «Este viene a matarme», obvio. Desde su incómoda postura, echó mano a su bolso en busca de la pistola o el móvil. Pero solo rozaba sus pertenencias con las yemas de los dedos. Podía gritar y lo sabía, aquella plaza solía estar concurrida, pero Verbeke estaba tan desalmada tras el mensaje que oyó de Enrique Aragón, que decidió rendirse. Y por un instante, pensó que acabar con su infame existencia, era lo correcto. El Matasiete, dejó caer el peso de su cuerpo sobre el estómago de la mujer y alzó el tarugo de madera con el fin de rematarla. La tenía a merced, no se resistía. Antes de abrirle la cabeza, le dedicó unas palabras usando un marcado acento andaluz.

—¡*Japuta*, zorra asquerosa! —le escupió un salivajo que maceró segundos antes en su garganta—. Llevo años esperando este momento. He movido cielo y tierra para dar con vosotros, los hijos de *lo Belga*; pero no perdí la fe, los ojos y los oídos de la calle lo saben todo. Tu padre me arruinó la vida y pagará por ello, aun estando muerto. Después de ti, buscaré a tu *mare* y acabaré con todo lo que más quieres —se señaló el tatuaje de la mejilla—. Y éstas tres gotas, estarán rellenas.

—Pues procura no fallar —le sugirió armada de valor—. ¡No sabes el favor que me haces quitándome de en medio! ¿Y sabes por qué estoy molesta con la vida? Porque mi padre sigue vivo y no ha tenido la dignidad de venir a verme. Sí. Mi padre liquidó al malnacido de tu hermano y fondeó su cadáver en un lago. ¡Nunca completarás tu venganza!

Verbeke no cerró los ojos, tan solo aguardó la ejecución de aquel Damocles, con camisa de cuadros y panza, que en vez de espada tenía un palo. Abraham pensó en aquella posibilidad como algo creíble. Concentró todo el resentimiento y la maldad que acumulaba en estos años, en la musculatura de sus brazos. Elevó las manos, y tras un grito de rabia, los bajó. La mujer hizo un esfuerzo inhumano por no retirar la mirada, quería que Abraham viese en sus ojos, el mismo azul que lucía Nicolás. A cámara lenta, quizá fruto de la adrenalina del momento, Verbeke pudo apreciar con todo lujo de detalles como la frente del Matasiete se abrió en cien pedazos, escupiendo a partes iguales carne, hueso y sesos.

—¡Pum! —impactó un proyectil de 9mm en el hormigón de la pared.

Abraham cayó abatido y rodó palo en mano por encima de Verbeke, llenando las escaleras con la misma sangre caliente con la que se dispuso a la hija de El Belga. Verbeke, gritó liberando la tensión acumulada por el momento. Y en aquel hueco, donde se veían las estrellas en el raso de la noche, pudo ver, el cañón de una pistola que humeaba y una calva que relucía bajo la luz de la luna.

—¿Roca? —preguntó con la voz entrecortada.

No obtuvo respuesta.

61
La mariposa Isabelina

Mañana del martes.
1 de junio de 2022.
Comisaría de Policía Nacional.

Tras toda una noche hospitalizada, Verbeke recibió el alta y acudió a comisaría para dejar por escrito, como vivió el truculento suceso que tuvo lugar en la boca del parking. Fruto de la medicación que recorría sus venas, se mostraba bastante tranquila, a pesar de la traumática experiencia. Una vez estuvo sentada frente al agente encargado de recoger el atestado, relató su testimonio dando pelos y señales de lo sucedido. También le explicó, quién era aquel tipo y porqué la buscaba. Para acabar de liar el testimonio, se inventó, que el tipo que le voló la cabeza al Matasiete, desde fuera del parking, dio a entender antes de apretar el gatillo, que se trataba de un ajuste de cuentas. El detalle de la calva asomada por el hueco de la escalera, se lo cayó, ya que no quiso dar pistas a la policía sobre su héroe, convencida que se trataba del bueno de Iván Roca. Una vez firmó su declaración y dejó sus datos de contacto, salió de la sala de denuncias con la certeza de que su madre y ella, ya no corrían peligro. Un alivio que no parecía ser suficiente, pues a su cabeza venía una y otra vez, el pensamiento recurrente de que su padre no la quería; por no hablar de que, por poco, no acabó consumando el coito con su hermanastro Blas Orellana. Realizando un ademán, lanzó una mirada furtiva hacia su tatuaje y pensó en la N que marcaba el norte. Antes de abandonar la comisaria, pensó: «Tengo que izar velas, mirar al frente y empezar a mirar por mí. ¡Qué les den a todos!». Frente a ella, se detuvo el policía que le recogió la denuncia del hurto de las joyas y, no dudó en ir a saludarla.

—Verbeke, ¿qué tal? Supongo que te han citado para recoger las alhajas de tu madre. ¿Y ese verdugón en la frente?

—Hola, Rubén. ¡Nada! ¡Gajes del oficio! —le restó importancia—. Pues no. Venía por otro asunto. ¿Hay novedades en el caso?

—¡La han pillado! —guiñó un ojo y se la llevó a una esquina para no airear el procedimiento policial—. Y no solo eso, han recuperado la mayoría de joyas hurtadas.

—¿Qué me dices, Rubén? ¡Eso es un milagro! Supongo que no les dio tiempo a venderlas en el mercado negro.

—Según me cuentan, se han tenido que quebrar el coco para dar

con ella. En apariencia, no había conexión entre las víctimas —dijo esbozando una sonrisa para hacerse el interesante—, pero el equipo de investigación encontró una coincidencia: todas eran personas de avanzada edad con problemas de movilidad. La casuística les llevó a pensar, que, además, no había ninguna puerta, ventana o cerradura forzada, por lo que tuvo que entrar con llaves o mediante una visita. El inspector que llevaba el caso, pensó en una pregunta: ¿Qué tienen en común estos ancianos? —Verbeke hizo una mueca esperando la respuesta. El policía sentenció—: Tamara, la asistenta social. Esta mujer resultó ser el nexo de unión entre todos y cada uno de los hurtos.

Los ojos de Verbeke, se asomaron un par de centímetros fuera de su cavidad, y la garganta se le secó de repente. En su cabeza se gestó una conjetura apabullante, que hizo que su corazón comenzase a latir con ansiedad. Su cuerpo tembló como un bambú tierno batido por el viento. «¿Y si estoy en lo cierto? ¡Ya sé dónde echarte el guante, Ana! ¡Se va a cagar la perra!»

—Gracias. ¡Eres un crack, Rubén! Tengo prisa. Hablamos. Llego tarde al entierro de un compañero.

Y se marchó sin más. Durante el camino, solo pudo pensar en una cosa: en el rostro borroso de aquel caballo de Troya que entraba con buena cara en casa de las desvalidas ancianas bajo el pretexto de cuidarlas; mientras su corazón oscuro guardaba otras intenciones. Verbeke extrapoló el hecho a la investigación que llevaba en Buitrago y no lo pudo ver más claro. Ahora solo tenía que hacer un ejercicio cognitivo con el fin de encajar las piezas de su fulgurante hipótesis. «Raúl Gallo y Clara Tundidor tienen abuelas y cuidadora. Por lo que hay dos coincidencias... Aunque, la cuidadora de su abuela, se llama María. Sin embargo, ni Diego Pinteño ni Rogelio Cortés, tenían una anciana a cargo. Eso me causa dudas. Pero no puedo desestimar este indicio, no creo en las casualidades… Si tengo razón, tendré una oportunidad única para demostrarle al Teco, que se ha equivocado conmigo, y que, por fuerza mayor, me necesita». Decidida a descartar la incógnita del nombre de la cuidadora, se detuvo junto a un buzón de correos muy próximo a su Mini y realizó la llamada pertinente a la hermana de Clara Tundidor.

«¿Sí?».

«Hola, Valeria. ¿Qué tal estás? Soy la teniente Verbeke. ¿Me buscaste el teléfono de la cuidadora?».

«¡Uy! Perdona. Con todo lo ocurrido, tengo la cabeza en otra parte. Te envío ahora mismo el número».

«Una cosa más, ¿tendrías algún contrato donde aparezca su nombre y apellidos?».

«No. Le pagamos en B. ¡Ya sabe! Para ahorrar un poco. Pero, sí le

pedimos en su día una fotocopia del DNI, por si le daba por roba algo de valor. No sería la primera vez que una limpiadora nos quita un anillo de oro o un cuadro. Dame un segundo y te lo busco. Mi padre lo guarda todo en una carpeta archivadora».

«Por un casual, ¿está María ahí?».

«Ha estado hasta hace poco, pero se iba a otra casa. Creo que a la de la ferretera… Espera, aquí lo tengo, acabo de encontrar sus datos. Apunta: Ana María Olmedo Requena».

«¿Sabes el nombre de la calle donde vive la ferretera?».

«Calle mariposa Isabelina, está justo al lado de la casa del fallecido Rogelio Cortés».

«Gracias. Cuídate y envíame una copia del DNI de Ana María en cuanto puedas, es muy importante. ¡Ah! Y si vuelve por tu casa, no le abras la puerta. Llámame de inmediato».

Terminó la llamada y dejó a Valeria con un millón de interrogantes en su cabeza. Al mirar la pantalla del móvil, supo que eran las 10:58 y que, por tanto, iba tarde al entierro del cabo Mendoza. «Lo siento amigo, sabes que el trabajo es lo primero. Ya te llevaré flores», le dedicó unas palabras a su conciencia y priorizó. Verbeke se puso del lado de los que todavía estaban vivos. Aún podía hacer algo por ellos. Mientras caminaba, tomó su libreta Moleskine del bolso, y anotó: «Ana María Olmedo Requena es la cuidadora de las abuelas de Clara y Gallo. ¿Se trata de Caronte?». Llegó al eParking del Callao. En las escaleras, apreció restos de sangre seca; y en la pared, el impacto de bala junto a restos de sesos diseminados por el hormigón. «¿Cuándo demonios van a limpiar esta carnicería? Un poco más y dejan el cadáver de Matasiete para que la gente se haga selfis con el fiambre», ironizó. Tras quejarse, quedó pensativa, y se sintió afortunada por no estar en una caja de pino como su compañero. «Esta boca de entrada al subterráneo, podía haber sido el panteón donde mi madre y mis compañeros me llevarían flores cada 31 de mayo. ¡Qué cosas! No somos nadie. Pero hay gente que lo son todo para los demás. Supongo que no era mi hora». Agradecida por lo sucedido, envió un mensaje de voz a Iván Roca:

«Podía haber sido, pero no fue. Sigo viva. Creo que es hora de enterrar mi pasado, ya he despejado todas las equis que me atormentaban. He llegado a la conclusión de que no merece la pena seguir la pista de un fantasma por más tiempo. Me has dado una nueva oportunidad para afrontar la vida, una visión diferente para enfocar el futuro. No puedo quedarme donde estoy y seguir derrotada, se lo debo a todos los que no han tenido mi fortuna. ¿Cuánto daría el cabo Mendoza por seguir vivo y ver crecer a su hijo? Reconozco que soy un desastre para mi círculo, pero siento que se me da de puta madre ser el azote de los delincuentes.

Asesinos, ladrones, proxenetas, terroristas… alguien tiene que frenarlos. Sé que oficialmente estoy fuera del caso, pero tengo una corazonada y no la voy a dejar pasar… Ya me conoces. Estoy muy cerca de enfrentarme cara a cara con la autora de los crímenes del mar de Madrid. Estoy segura de quién puede ser. Intentare detenerla y, de no poder hacerlo, os haré ganar tiempo para que deis con ella de una vez por todas… ¡Ah! Por cierto, gracias por salvarme en el parking. Vi tu inconfundible calva reluciendo bajo la luna. Vas por buen camino para conquistarme. Un beso».

Subida al Mini, tomó la autovía rumbo a Buitrago. Con el fin de ocupar su mente, decidió poner la radio, para ver si ofrecían avances del caso en las noticias. Al tratarse de un tema de rigurosa actualidad, los informativos hacían un seguimiento minuto a minuto del curso que estaba llevando la investigación. Pulsó el botón de sintonías memorizadas, hasta que halló Radio Nacional de España. Como no podía ser de otra manera, estaban radiando desde Buitrago. Expectante, subió el volumen.

«*Noticia de última hora en relación con los crímenes del Mar de Madrid. La guardia civil busca en inmediaciones del río Lozoya, una adolescente de quince años de origen inglés, llamada Peach Thompson. Desapareció ayer lunes, mientras practicaba paddel surf con un grupo de estudiantes. De momento, no se descarta ninguna hipótesis, y los servicios de vigilancia han intensificado la búsqueda para descartar que haya sido sustraída. Según sus compañeros, la chica es pelirroja, de complexión delgada, vestía bañador y tiene un tatuaje en uno de sus brazos*».

Verbeke apagó la radio, apretó los dientes y pisó a fondo el acelerador poniendo a prueba el caballaje de su vehículo. En menos de una hora, se plantó justo delante de la vivienda de Rogelio Cortés, que estaba junto a la casa de las ferreteras del pueblo. Cerciorándose que estaba frente al número indicado, se aproximó al patio de la casa. Por encima del murete, emergía la copa de un limonero y el trinar de un ave que rogaba por su vida. Del buzón, sobresalían cartas y catálogos de publicidad que estaban descoloridos por el sol. Atraída por el canto del ave, se puso de puntillas y miró por encima de la cancela. En el poyete de la ventana había una jaula con un canario de plumaje amarillo, que mantenía el pico abierto y las alas separadas. Verbeke vio reflejado en el pájaro, el sufrimiento de los rehenes encarcelados que aguardaban la muerte de manos de Caronte, en algún lugar de aquella extensa sierra. A ciegas, metió la mano entre los barrotes de la cancela y palpó el cerrojo. «¡Bingo! No tiene el candado». Ejerciendo un poco de fuerza, consiguió correr el perno y desbloquear la puerta. Bajo sus pies, pisó un manto de hojas secas y limones podridos, que ocultaban por completo la solería del patio. En una esquina había una

bolsa negra de basura colmada de latas de cerveza, con un enjambre de moscas alrededor, deleitándose con ansias de los restos de cebada y lúpulo. La dejadez y falta de limpieza, se hacían evidentes en aquel espacio, quizá, como fiel resumen de la personalidad de Rogelio Cortés. Verbeke avanzó hasta la ventana y miró el casillero del ave: tenia comida, pero no agua. Con cierta angustia, tomó la jaula bajo el brazo y salió fuera en busca de una botella que tenía en su coche. Justo en la acera de enfrente, vio algo que le obligó a contener la respiración. Se trataba de una sospechosa Renault Kangoo de color gris, con una tupida capa de polvo amarillento sobre la carrocería. Sobrecogida, miró de un lado a otro y luego fijó su vista hacia el habitáculo; no había ningún ocupante dentro. Con cautela, cerró la cancela de aquel inmundo patio y se dirigió hacia el vehículo mixto. Apoyando la jaula sobre el capó, se encorvó y en la placa emborronada por una sustancia marrón, pudo leer dos letras "XY": un escalofrío le recorrió la espalda. «¡¿Sangre?! Puede ser de un pájaro. No, de Mendoza, no —se regañó—. No pienses eso, Julia». Con ayuda de su uña, rascó la costra reseca que cubría el resto de números, como si fuese aquello un boleto de "Rasca" de la Once. Luego se puso en pie y miró a su alrededor con el pecho latiéndole como si su corazón fuese una rata encerrada en una caja de zapatos.

«¡Te tengo, tipa lista! No hay duda: la matrícula coincide. Hay sangre, polvo del camino y te llamas Ana», se entusiasmó. Sumida en un estado galopante de ansiedad, improvisó una excusa antes de llamar a casa de la ferretera. «La cuidadora, me puede reconocer. Me vio en su día en casa de los Gallo. No puedo permitir que huya. A mucho, que se atrinchere en la vivienda. Vamos Julia, ¿qué puede salir mal?». Bajo el pretexto del canario sediento, se aproximó hasta la puerta colindante al patio de Rogelio Cortés y subió la jaula a la altura de su rostro, para que no fuese identificada a la primera de cambio, en el caso de que, en vez de abrir la ferretera, fuese Ana la que se asomase por la mirilla. Verbeke aporreó la puerta usando el llamador con forma de aro. Expectante, aguardó una respuesta. Lo primero que oyó fue una especie de taconeo y luego el peso de un cuerpo contra la puerta. Seguidamente, la hoja se abrió y una mujer mayor con los cabellos morados —Gloria—, apareció con los brazos apoyados sobre los asideros de su tacataca.

—Hola —saludó esbozando una simpática sonrisa—. Paseaba por aquí y he visto en el patio del vecino este pájaro sin agua ni comida. La casa parece abandonada. Y la verdad, es que me dio lástima dejarlo morir. ¿Sería tan amable de llenarle el bebedero?

Gloria, miró a la teniente de arriba abajo. No le sonaba. Ese pelo rubio, las mejillas pronunciadas, los ojos azules. No, no recordaba haberla visto por el pueblo. Aun así, confió y aceptó la jaula.

—El vecino falleció. Se ve que, al pobre, nadie lo ha echado en falta. No se preocupe, yo cuidaré del canario... Todas las mañanas me alegra con su canto. ¡Qué pase un buen día, joven! —expresó la mujer de avanzada edad que sufría la misma operación de caderas que la madre de Verbeke. Al tener las manos ocupadas por la jaula, no pudo movilizar su andador y llamó a su cuidadora—. ¡María! Ayúdame, anda.

La teniente se estremeció cuando la anciana certificó que Ana estaba dentro del domicilio; fue como sentir un calambre que le recorrió todo el cuerpo. Con la puerta ya cerrada, Verbeke aguzó la vista por el hueco de la ventana para barrer el fondo de la casa; necesitaba saber que se trataba de ella. Y así era, estaba en lo cierto. Allí la vio: silueta delgada, pelo negro y gafas de pasta —su estómago se retorció en nudos producidos por los nervios de la emoción—. En consecuencia, se apoyó de espaldas a la fachada y con una sonrisa que aludía a la victoria, elucubró sobre lo sucedido con el vecino de las ferreteras.

«Tiene que ser ella y eso explicaría como Rogelio cayó en sus manos. Esta tipa se nutre del entorno de las ancianas que cuida. ¡Hija de puta! Estuviste desde el principio en casa de Raúl Gallo. Cerca de mí. Pero, no temblaste con nuestra presencia… Eres fría como un tempano de hielo. ¡Cuánto daño has hecho! Pudimos haber detenido toda esta cadena de tragedias desde el inicio. Pero ¿cómo íbamos a sospechar qué tras una cuidadora de ancianas, se refugiaba un monstruo que se alimentaba de los tatuajes de sus víctimas? Por suerte, a ti te queda poco. Te voy a detener y me vas a llevar derechita a tu guarida y a la de tus cómplices».

Tras dilucidar cuál sería la mejor opción, decidió dejar de lado el orgullo por llevarse todo el mérito y decidió pedir refuerzos. Desbloqueó la pantalla quebrada de su teléfono y se encontró con una notificación flotante —se trataba de un mensaje de Roca—. Al pulsarla, leyó el contenido del Whatsapp: *«Me hubiera encantado ser ese superhéroe que salva a la chica. Pero no puedo atribuirme un mérito que no me corresponde. Si quiero conquistarte, tengo que empezar por ser franco. No sé quién le voló la cabeza a ese malnacido, pero le estaré agradecido eternamente... En otro orden de cosas, no te metas en líos, puedes entorpecer aún más la operación. Cuando puedas, llámame»*. No le dio tiempo a devolverle la llamada; la puerta de Gloria se abrió de golpe y sopetón. Verbeke bizqueó su mirada, no queriendo ser descarada. La sospechosa salió de casa de la ferretera, caminando a paso ligero hacia el coche, pero no iba sola, sino que llevaba consigo a una mujer con gafas de metal y una cola alta. «Es una de las dependientas de la ferretera donde compré la videocámara. La más joven —descubrió—. No te lo crees ni tú, Caronte. Tu peor pesadilla

está a un metro de ti. Y por mis ovarios, que ha esta chica no te la vas a llevar», se prometió, mirando las golondrinas tatuadas que lucían muy cerca del tobillo de la que se postulaba como futura víctima.

Verbeke sabía que estaba sola. Sus compañeros estaban a una hora de allí. No le quedaba otra: tenía que actuar.

No se podía permitir una nueva muerte.

Sin perder la oportunidad, se plantó delante del morro del coche. Dentro del habitáculo pudo comprobar que ya estaba Ana, abrochándole el cinturón de seguridad a Carmen, la ferretera, como si ésta no tuviese facultades para hacerlo.

—¡Hola! —saludó la cuidadora de ancianas fingiendo que todo estaba en orden—. ¿Le puedo ayudar?

—Tengo una pregunta para ti —le mostró la placa de la guardia civil a modo de recordatorio. La asesina se puso blanca y sus cabellos y el armazón de sus gafas, parecieron más negros todavía—. ¿Adónde van?

—La llevo al trabajo. Va tarde —argumentó mirando a su copiloto —. ¿Verdad, Carmen?

—Sí, llego tarde —respondió su acompañante mostrándose hipnótica.

Verbeke trazó una visual a las manos de Ana, no fuera a ser que tuviera algún arma oculta. Tras no hallar nada peligroso, le replicó.

—¿También se le ha roto la cadera a esta mujer? ¡La ferretería está solo a un par de minutos andando!

—No sé a cuento de qué viene todo esto —se molestó la cuidadora ajustando las gafas contra su ternilla. La teniente pudo ver el tatuaje de su dedo donde ponía AMOR—. Pero como le he dicho, tenemos prisa.

—Viene a cuento, de que la matrícula de su coche coincide con la de una Renault Kangoo, que, en mitad de la noche, arrolló a un padre de familia quitándole la vida. ¿Te suena la escena?

—Yo no conduzco de noche. Tengo miopía y no veo bien. Se me juntan las líneas de la carretera —se justificó mirando a los ojos de la teniente mientras se rascaba el lóbulo de una oreja—. Supongo que está confundida.

—¿Dónde vives, María? —quiso saber.

—En… Getafe.

—Eso está a cien kilómetros de aquí. Lejos, ¿no? —dudó la teniente —. ¿Puedo ver su DNI para verificarlo?

—Por supuesto —aceptó. En parte, Ana se moría de ganas por meter la mano en su bolso, ya que allí era donde tenía el inyectable con el relajante muscular, por si la efectividad de la burundanga no era suficiente para amansar a la ferretera. Verbeke vio la punta de una aguja asomando por la tela del bolso, pero decidió hacer como que no

lo había visto. Ana le tendió el carnet de identidad—. ¡Aquí tiene!

La agente, estiró la mano hacia dentro de la ventanilla y puso el tatuaje de la rosa de los vientos, delante de las narices de la asesina con el fin de provocarla. Y entonces fue, cuando notó que Ana afinó sus pupilas ante el dibujo y lo siguió con la mirada, como presa de un hechizo.

«El diseño, es perfecto para culminar mi obra de arte», pensó la sospechosa.

—Ana María Olmedo Requena… tienes razón, vives en Getafe —leyó en voz alta a la vez que bordeaba el capó. La ferretera seguía con la mirada perdida al frente, mientras la sospechosa se mostraba cada vez más nerviosa—. Pero no he acabado contigo todavía…

Verbeke se posicionó delante del morro de la furgoneta. Buscó en su bolso la pistola, pero no la hayó. «¡Mierda! Está en el laboratorio de balística para determinar si ese plomo que le voló los sesos al Matasiete, pertenecía a mi arma», cayó en la cuenta. Luego tomó su libreta Moleskine y anotó todos los datos de filiación de Ana. Seguidamente, sacó el móvil para fotografiar la matrícula y el DNI de la sospechosa. Cuando se dispuso a reincorporarse, contempló un detalle que no escapó a su vista: en la rejilla de la furgoneta, muy cerca de uno de los faros, había una mariposa grande de unos ocho centímetros. Estaba claramente muerta, pero no llevaba mucho tiempo aplastada contra la parrilla de plástico. El ejemplar era verde, tenía cuatro alas con ocelos de varios colores y colas en las puntas de éstas. Y fue entonces, cuando en su cabeza, oyó la voz de Tocino hablando de mariposas en aquella batida nocturna: «Y ya mueren muchos ejemplares con los faros de los vehículos en mitad de la noche. Acuden atraídas por el resplandor y acaban destripadas sobre el capó. Una pena no poder disfrutar de su colorido vuelo, ya que lo hacen bajo la luna y solo durante los meses de mayo y junio».

Verbeke volvió a la ventanilla de la conductora. Se mantuvo en silencio, esperando a que Ana se entregase. Pero no lo hizo. Mostraba el pulso de un cirujano, a pesar de estar con su futura víctima en el mismo habitáculo y con una agente, acusándola de asesinato.

—¿Me podría devolver mi carnet? Carmen tiene que hacerle el relevo a su madre, para que ésta, cuide de la abuelita —se justificó ocultando entre sus manos el inyectable.

Julia Verbeke, le hizo entrega del documento. Luego miró hacia el fondo de la furgoneta. No tenía los sillones traseros, en su lugar había una madera en la zona de carga haciendo de piso, sobre la que tenía cuerdas enrolladas, un martillo de gran tamaño y unas sábanas viejas.

—Entonces, ¿me garantizas que no te gusta conducir por los senderos que dan al río Lozoya por la noche? —intentó retenerla lo máximo posible. Ana cambió el semblante y sintiendo que la habían

pillado, comenzó a prepararse para darse la fuga—. Sabe una cosa. El agente que fue atropellado por un vehículo de las mismas características que el suyo, tenía un hijo pequeño y esposa. Toda una vida por delante… como Diego Pinteño, Clara Tundidor, Raúl Gallo, Rogelio Cortés… y esa chica inglesa… —Verbeke, en un gesto de desesperación, se lanzó hacia el interior del coche en busca de las llaves que pendían del contacto—. ¡¡Te he pillado, zorra!!

Ana sujetó la mano de la agente, impidiendo que se hiciese con la llave. Con la otra, acertó en el cuello de Verbeke, sin la certeza de haberle inyectado el relajante vía intravenosa. Falta de reflejos, se alejó de la ventanilla y se llevó la mano al cuello. El relajante muscular, recorría ahora su sistema circulatorio, actuando de sobremanera, contra su sistema nervioso. Convencida de que estaba capacitada, hizo el amago por enviar un Whatsapp a Roca. «No puede escaparse, ahora que la he descubierto», se dijo sin darle tiempo a teclear. Lo siguiente que notó, fue un golpe en la cabeza, que la dejó aturdida. Trastabilló, pero se mantuvo en pie equilibrando su cuerpo con las manos. Ana recogió el bolso de la investigadora, y metió dentro todo el contenido que se derramó sobre la acera; todo excepto el iPhone, que rebotó hasta quedarse bajo el neumático de un coche a expensas de ser triturado. La perturbada, abrió el portón trasero y tiró del brazo de su nueva víctima hasta meterla en el maletero. Ana, no miró si hubo testigos; lo único que le importaba era llevarse a aquellas dos mujeres hasta su guarida. Una vez tapó a Verbeke con una sábana, cerró el maletero y puso el coche en funcionamiento. Mientras se alejaba de Buitrago, la psicópata recordó las palabras que Raquel Falcón le dijo en una ocasión: «Ana, busca tu propio Norte, siempre hay un nuevo horizonte donde empezar de cero». Y sonrió al respecto. Notó que el destino estaba confabulando con ella, para que culminase su obra.

—La rosa de los vientos de esta ingenua detective, es la última pincelada. ¡Ojalá salga de una pieza! —se emocionó sin recibir respuesta alguna de Carmen, que seguía sumida bajo los efectos del burundanga.

62
La sangre fría de Verbeke

Martes 1 de junio de 2022
19:00 horas
Hospital Universitario de la Paz, Madrid.

A las afuera del edificio, Miranda y Roca, esperaban a que el médico les diera el visto bueno para poder visitar a la testigo Raquel Falcón. Acodados en la barandilla de metal, degustaban un café son sabor a brebaje de brujas, mientras hablaban de lo sucedido la noche anterior.

—No sé cómo se las apaña Verbeke: siempre anda metida en líos —declaró el Teco reflexionando sobre la figura de su subordinada.

Roca dio un poderoso sorbo al café, deseando acabar con aquella "poción" de máquina expendedora. Molesto por el calificativo empleado, dio su opinión respecto a la excompañera.

—En todas las familias, siempre hay una oveja negra, y a veces es la que conduce al rebaño en la dirección equivocada. Lo digo por Gabriel —aclaró—, Verbeke no está metida en ningún asunto turbio, se lo aseguro, solo quiso encubrir a su hermano… y a Tocino —se encogió de hombros—. Respecto al Matasiete, quiso vengarse de Nicolás Verbeke, pero como está muerto, decidió ir a por sus hijos … Por suerte, el tiro le ha salido por la culata.

—Sí. ¡Qué casualidad que tú estuvieras a esas horas por el lugar de los hechos, comprándote unas botas de montaña! —insinuó empequeñeciendo sus ojos.

Roca dio un breve sorbo y negó con la cabeza mientras se explicaba.

—¿De veras cree que fui yo? —el Teco mantuvo su mirada—. Si le soy sincero, hubiese apretado el gatillo de mi arma sin dudarlo… Pero no estuve allí. No. No tuve nada que ver. Compré mis botas y me fui al poco. No le seguí la pista.

—No lo digo por tu absurda manía de arrastrarte tras la teniente, en busca de su compasión —aclaró sonrojando a Roca—. Conozco tu afición por coleccionar objetos antiguos. Los de balística pensaron en un principio, que el proyectil encontrado pertenecía a una Beretta de dotación. Pero en una papelera cercana encontraron la pistola de donde salió el disparo —hizo un breve silencio para recordar el nombre—: una *Star 30M Parabelum* de los 90´s, con el número de serie borrado, por supuesto.

Roca abrió sus ojos, sorprendido por la antigüedad del arma.

—Parece obra de un sicario. Un coleccionista no borraría el número de serie del arma ni se desharía de ella.

—Ya. Todo muy casual, sargento —se mostró incrédulo mostrando ciertas sospechas sobre el suceso—. Por cierto, ya que estamos hablando de la teniente, tengo que decir que no la he visto ni en el tanatorio ni en el cementerio. Le dieron el alta, ¿no?

Roca se quedó pensativo. Y no tuvo tiempo de responder, ya que su móvil sonó insistente —se trataba del brigada Tocino—. El sargento descolgó, masculló las respuestas, asintió durante treinta segundos y luego colgó. Con el rostro desencajado le trasladó la conversación a su teniente coronel.

—¡Esto no me gusta un pelo! —se mostró exasperado—. Se trata de Verbeke.

—¿Y qué quería?

—No era ella. Me ha llamado Tocino. Una vecina de Buitrago ha puesto una denuncia por desaparición. Cuando el brigada ha acudido al domicilio de la anciana, que aseguraba que su nieta había desaparecido, se ha encontrado con el Mini Cooper de la teniente estacionado muy cerca de la casa de Rogelio Cortés.

—Llámala, a ver si está bien —le ordenó el teniente coronel—. No vaya a ser que se haya metido en algún apuro.

—Me envió un mensaje a eso de las doce de la mañana y yo le respondí —le confesó ante la mirada de desapruebo de su jefe—. Me dijo que tenía un palpito de los suyos y que estaba en Buitrago, ¡qué estaba a nada de confirmar la identidad de Caronte!

—¿Y me lo cuentas ahora? ¡Dejaos de secretitos de enamorados! El asunto es bastante serio, sargento —se crispó—. Ayer casi la matan y hoy, en vez de quedarse sentadita en el sofá a recuperarse del shock, se va a hacer sus pinitos por ahí. ¡Esto es para mear y no echar gota! —se quejó revoleando su vaso de plástico—. Y tú, encima, haciéndole cobertura para que yo no me entere. Un poco de cordura, sargento, ¡por el amor de Dios!

Roca agachó la mirada y se alejó un par de pasos descontento por su comportamiento. Con el fin de evadir las explicaciones, realizó varias llamadas al móvil de Verbeke. A ninguna, respondió.

—Da tono, pero no lo coge.

—Lo intentaré yo —dijo el teniente coronel sacando su móvil del bolsillo—. ¡Vamos, teniente! ¡Descuelgue!

Roca se puso pálido y la cicatriz de su calva se volvió de un tono más intenso. La espera se hizo eterna. Justo cuando iba a darse por vencido, alguien descolgó. Tenía voz de hombre.

«Hola».

«¿Quién es usted? ¿Y la propietaria de este teléfono?».

«Soy el alcalde del pueblo y no tengo ni idea de quién es este teléfono. He estacionado frente al domicilio de mi hermano y cuando fui a bajarme, lo escuché sonando bajo mi coche. He descolgado sin más».

«Soy el teniente coronel Miranda. Llevo la investigación de los crímenes de su pueblo».

«Sé quién es».

«¿Podría llevarlo al puesto de la Guardia Civil de Buitrago? Es importante, se trata del teléfono de Julia Verbeke. Es muy posible que esté en peligro».

«¿Umm? ¡Qué de vueltas da la vida! —se apoyó sobre el morro de su coche con una sonrisa malévola—. Pues tengo pleno en el ayuntamiento. A la vuelta lo dejo».

«Le diré una cosa: si no lleva inmediatamente ese terminal al cuartel, le denunciaré por obstrucción a la justicia. Piénselo, dudo mucho que el revuelo mediático le venga bien de cara a su pueblo».

La conversación acabó.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era?

—¡El prepotente de Álvaro Cortés! Se ha encontrado el teléfono de la teniente bajo su coche y me quería hacer entender, que no te prisa por devolverlo. Juraría que ha tenido algún rifirrafe con Verbeke…

—En las entrevistas, la teniente lo amenazó… ya la conoce. Pero esto no es un asunto de orgullo ni venganza; se trata de una vida que está en peligro —se molestó caminando en círculo—. Cómo llame a Buitrago y no haya entregado el móvil, te aseguro que le romperé a ese mequetrefe, todos los piños de un puñetazo.

En ese momento, apareció el médico encargado de la recuperación de Raquel Falcón y dio aviso a los agentes para que subieran a planta. El Teco, sosegó a Roca.

—Sargento, cálmese. Deme dos minutos para que mande al equipo para allá. Les daré la orden de que me avisen con cualquier hallazgo —se puso frente a Roca y agarró con firmeza sus poderosos hombros. Sabía que su mente estaba muy lejos del hospital y lo necesitaba centrado para que no escapara ningún detalle de boca de la psiquiatra —. Nosotros, vamos a subir a la habitación de la testigo, le sacaremos toda la información posible y luego, iremos cagando leches a Buitrago, ¿estamos?

Roca no añadió ni una sola palabra. Se acordó de Verbeke y pensó que de alguna manera, su tatuaje podía ser la razón por la que Caronte la había secuestrado. Dispuesto a acabar cuanto antes con el careo, accedió a la petición de su jefe. Una vez arriba, entró junto en la habitación. Allí, se encontraron con una Raquel Falcón adormilada, sujetando con fuerzas la mano de su marido.

—¡Buenas tardes! ¿Ha ido bien la operación? —preguntó Miranda

poniendo su rostro más serio.

La psiquiatra confirmó con la cabeza.

—Ha ido bien. Tengo molestias, solo eso.

—Estupendo y perdone que no la dejemos reposar en su convalecencia como debe, pero usted es la única persona que nos puede ayudar a encontrar el escondite de esos criminales. Como sabe, ha estado narcotizada durante su cautiverio, y es normal que tenga lagunas. Aun así, no subestime cualquier dato que le venga a la mente, por ridículo que le parezca, ya que podría ser de suma importancia… ¿Recuerda adónde la llevó Ana o Rosa?

La psiquiatra le pidió a su marido que pulsara el mando y elevase la zona alta de la cama articulada. Una vez reincorporada habló, mostrando pesadumbre en su tono.

—Como bien dice, los recuerdos me vienen a flashes. Pero estoy segura que mi captora es una paciente que traté en la prisión de mujeres. La reinserté pensando que le estaba dando una segunda oportunidad… ¡Qué despropósito! —silenció para apretar los labios—. Se llama Ana María, pero no recuerdo su apellido, hace de esto ya unos años. El lugar dónde me tuvo retenida estaba oscuro. Estaba iluminado por lámparas a pilas y olía a humedad y a orín.

—¿Se trata de una cueva o una choza?

—No sabría decirte. Tenía un techo con vigas de madera y paredes encaladas. Estoy segura que se trata de una casa… Pero no sé cómo es por fuera, creo que no miré atrás ni cuando huía.

—¿Era la única que rehén? —le preguntó Roca apoyándose en la barandilla de la cama articulada.

—No. Había un hombre con ella. Le ayudaba, pero también discutían. Es un tipo musculoso, violento y con tatuajes por todo el cuerpo.

—¿Y de Rosa? ¿Qué nos puedes contar? —intervino el teniente coronel.

—¿Rosa? No recuerdo ninguna Rosa.

—Cuando usted ingresó el primer día, nos contó que había dos mujeres, una rubia y una morena… —insistió Roca—. Y hemos comprobado que es así.

—No sé. No lo tengo claro. Solo recuerdo a mi paciente, Ana.

—Bueno, pues al menos descartaremos las búsquedas en cuevas o caravanas —se dio por satisfecho el teniente coronel atusando su bigote, mientras Roca anotaba el dato en su teléfono—. Nos centraremos en viviendas diseminadas.

—En algún momento de su cautiverio o en alguna sesión psiquiátrica de prisión, ¿le contó Ana el plan que quería llevar fuera? —quiso saber Roca.

Raquel pinzó uno de los botones de su pijama y lo giró

nerviosamente haciéndolo oscilar sobre los hilos.

—De haberlo sabido, no hubiese evaluado su conducta como apta. Su propósito me lo desveló una vez me hizo cautiva —dejó la mirada perdida en la sábana que le cubría las piernas—. Me confesó que estaba haciendo una obra. Un collage. Algo con lo que pasar a la historia. Y por eso, quería mi tatuaje.

—Por favor, ¿podría darnos algún detalle más? —se interesó Roca provocando que el marido de Falcón, emitiera un gruñido a modo de queja—. Haga memoria. ¡Se lo ruego!

—Ahora mismo no sabría decirles. Los informes están en mi despacho… Recuerdo fragmentos sueltos sobre algunas de las sesiones que mantuvimos en prisión —cerró los ojos haciendo memoria como una abuela ante un nieto—. Ana era una persona de muy baja autoestima. Estaba obsesionada con el tatuaje que llevaba su padre en el antebrazo. Creo que fue acusada de parricidio… Sí, así fue, lo quemó vivo —tragó saliva y abrió los ojos—. Se entusiasmó con el mundo de los tatuajes, al leer un libro de un japonés que coleccionaba los diseños de los que ya estaban muertos, arrancándoles la piel… Eso es todo lo que recuerdo ahora mismo.

El marido de Raquel Falcón, que contemplaba absorto y en silencio, intervino dando por terminada la ronda de preguntas. Los agentes abandonaron la habitación por mera prudencia, dejando espacio a la pareja. Con el testimonio fresco de la psiquiatra, tomaron el ascensor con el fin de abandonar el hospital y trabajar sobre las pistas que le había dado. Antes de llegar al parking en superficie, el teléfono del teniente coronel comenzó a sonar —era Mediavilla—. Miranda aceptó la llamada y se tapó un oído para descifrar los balbuceos del rudo sargento de Buitrago. Cuando la conversación terminó, el Teco dio un brinco. Roca se sobrecogió. Nunca había visto a su jefe tan eufórico.

—¡La tenemos, sargento! ¡La tenemos!

—¿A quién? —enarcó las cejas y torció la cara deseando oír en nombre de Julia Verbeke.

—El alcalde de Buitrago le hizo entrega del iPhone a Mediavilla y éste, ha conseguido acceder al terminal de Verbeke mediante un patrón al azar: la N.

—¡Hay que joderse con el garrulo de Mediavilla! —puso las manos en forma de balanza—. ¿Y qué ha descubierto?

—Pues que Verbeke no va a cambiar por más que la aparte del caso. Usando su temerosa e imprudente, no solo dio con personalmente con Ana, sino que tomó fotografías de la matrícula completa del vehículo, la marca y el DNI de la sospechosa.

—¿Antes de ser capturada le dio tiempo a sacar unas fotografías? Aquí hay algo que no me cuadra, mi teniente coronel. ¿Por qué no la

esposó? ¿Por qué no pidió refuerzos? —se mesó la barba—. Verbeke tiene los ovarios suficientes como para plantarse frente al coche y no dejar que este avance. Y si lo hiciera, no dudaría en agarrarse al paragolpes para detener el vehículo si fuese preciso.

—Conociendo la trayectoria de Verbeke y sabiendo de lo que es capaz —vaticinó mostrando la dentadura—. Supongo… que se ha dejado capturar para meterse en la boca del lobo y saber de qué material y textura esta hecho su hocico.

Roca se quedó sin palabras. Sus pulsaciones se dispararon y su calva latió con intermitencia, como si fuese la tapa de una olla donde se hacían palomitas.

—De ser así, tenemos que ir a buscarla ya. No olvide que tiene un tatuaje en su antebrazo —se horrorizó Roca, notando como ese miedo se acrecentaba en su pecho—. ¿Por qué, Julia? Ahora que empezabas a ver la vida con otros ojos…

—Tranquilo, sargento. Aquí nadie va a dormir. Ahora mismo vamos a montar un operativo sin precedentes —golpeó su puño en la palma de la otra mano—. ¡Qué se prepare esa malnacida de Caronte! Te juro que ya no conducirá sobre su barca, más almas al Averno.

—Antes, iré a mi despacho. Tengo todo el material recopilado, tras hacer las pesquisas en las academias del tatuador. Sería interesante que el resto del grupo, conozca todos los datos… A ver qué opinan, yo ya tengo mi propia conjetura.

63
A uña de caballo

Miércoles 2 de junio de 2022.
Edificio de la UCO.

El reloj marcaba las 4:00 de la madrugada y nadie había salido de la sala de operaciones desde la noche anterior; ni siquiera para echar una meada. El devenir del caso, se sobreponía sobre cualquier necesidad fisiológica y lo único importante, en este preciso momento, era dar con la guarida de las asesinas y rescatar con vida a los tres rehenes que, en algún lugar de la sierra, aguardaban a su muerte. Esta vez estaban reunidos el alférez Téllez, el sargento Roca, el brigada Tocino; y como apoyo, los agentes con apellidos futboleros: Morientes y Zamorano. Sobre la mesa, se encontraba desplegado el mapa de la mancomunidad del Atazar, con el cauce y los embalses bien delimitados con un rotulador fluorescente. Miranda deslió un caramelo de regaliz, tenía la garganta áspera tras tanto diálogo. Tras saborearlo, continuó con la charla.

—Recapitulemos. Ayer fue secuestrada la teniente Julia Verbeke a manos de Ana. Al parecer, decidió pasarse mi orden por el arco del triunfo y actuó en solitario de manera imprudente —el Teco salivó—. ¡Ya sabemos cómo se las gasta! A pesar de ello, tengo que aplaudir su innegable intuición para dar con la sospechosa. Gracias al hallazgo de su teléfono, hemos podido rastrear las ubicaciones donde estuvo, y hemos reconstruido los pasos que dio antes de ser capturada —comenzó a narrar—. Verbeke acudió a testificar a la comisaria de la calle Leganitos, 19; dónde se encontró con el policía Rubén Gutiérrez, con el cual guarda una gran amistad. Éste, al parecer, le comentó algo sobre una ladrona implicada en una serie de hurtos en distintos domicilios de Vallecas, Usera, Tetuán y Moratalaz. Tras oír la información, el oficial Gutiérrez me aseguró que Verbeke se entusiasmó con sus palabras y que salió corriendo hacia afuera, como si este, le hubiese descubierto la pólvora. No le dio ninguna explicación al respecto —hizo un inciso—. Luego, hizo una llamada a Valeria Tundidor, con la cual he podido hablar. Me ha contado que Verbeke se interesó por la identidad de la cuidadora y por la ubicación de la casa de las ferreteras, pues a esa hora, acudía a cuidar a una anciana de nombre Gloria. Esta abuelita, fue la última en ver a la teniente. Asegura que una mujer, cuya descripción coincide con la de

Verbeke, le hizo entrega de una jaula con un canario sediento, bajo el pretexto de que no tenía agua —el Teco hizo un mohín. Roca desvistió sus dientes con una sonrisa—. Conociendo el proceder de Verbeke, intuyo que se buscó la excusa para cerciorarse de que Ana, estuviese en el interior de la casa. Según la octogenaria, su cuidadora salió junto a su nieta Carmen y jamás volvió. Por lo que es evidente, que Verbeke y la ferretera, comparten suerte junto a la adolescente inglesa, en algún lugar de la Sierra —hizo una pausa y se movió hacia un borde de la mesa—. Ahora, sargento Roca, exponga lo que ha podido sacarle al tatuador en este segundo interrogatorio.

Roca se frotó los ojos vencido por el sueño. Se enderezó sin levantarse de la silla e hizo crujir su espalda en un desagradable estrépito antes de hablar.

—Tras llevarle el impreso de inscripción de su academia, donde quedaba claro que Ana María Olmedo había sido alumna suya, el tatuador, Andrés Rufián, no pudo negar lo evidente y se prestó a colaborar en todo lo que pudo. Asegura, que estuvo hace mucho en la academia y que no completó el cursillo. También hizo referencia a que la chica era muy tímida, y que tenía bastante mano con los dibujos a mano alzada —bostezó colocándose la mano sobre la boca—. Bajo mi opinión, pienso, qué de alguna manera, Andrés la influyó con aquel rollo que nos contó sobre los lienzos, los gusanos y el arte vivo. Igual le dio alas para que pusiera en marcha su locura. Como bien sabemos, los sociópatas usan su mente de una manera muy distinta al resto de humanos. Y pueden interpretar las palabras de otra persona y las emociones derivadas de estas, de manera equivocada creando en ellos manías, filias o fobias. En su relación con Andrés Rufián, pudo haber sentido un impulso, que le llevó a querer experimentar sensaciones intensas —tomó un dossier repleto de diseños en cuya portada ponía A.M.O.R. Curso 2019—. Hemos encontrado la carpeta de trabajo de Ana. Y comparándola con la de otros alumnos, esta tenía el triple de bocetos que los demás. Como si se hubiese obsesionado por dibujar y destacar sobre el resto. Como dato curioso y a tener en cuenta, en su portafolio encontramos una foto de un tatuaje realizado en la espalda. Se trata de un cuervo posado en una rama con la luna de fondo. Casualmente, el afortunado que puso su piel a disposición de la psicópata para que ganara nota, fue Diego Pinteño.

—¡La virgen! —exclamó el brigada Tocino—. ¿Y todos los tatuajes de las víctimas han sido hechos por mano de Ana?

—No. Los hizo Andrés Rufián, todos, excepto este del cuervo; aunque el tatuador se lo adjudicó en primera instancia, preso de los nervios. Por lo que hemos encontrado una explicación —aclaró Miranda relamiendo el caramelo ruidosamente—. Verbeke encontró el nexo entre Clara, Rogelio y Raúl: Ana cuidaba a sus abuelas o se

movía por el entorno, siendo presas fáciles de seducir y embaucar. La "X" a despejar en la ecuación, era Diego Pinteño, no vivía cerca de ninguna anciana, por lo entendemos, que simplemente lo mató, para arrancarle su propia obra del cuerpo. Y ahí, empezó todo…

—¿Y la adolescente? —discrepó Téllez—. No creo que esa extranjera tenga contacto con Ana. Estaba de vacaciones por primera vez en Madrid, según su pasaporte.

—No podemos olvidar a Rosa. Igual, busca tatuajes al azar, tales como el de Peach, la psiquiatra o Rambo.

Roca frunció el ceño y agrupó su barba en un ramo.

—Está claro que Ana es la autora de las "A" que aparecen junto al tatuaje arrancado. Hemos encontrado una batería para máquinas de tatuar en casa de Rambo, por lo que es posible, que ésta les ofreciese algún tipo de servicio barato para repasar los tatuajes o hacerles algunos nuevo como gancho para embaucarlos. Por eso, ninguna víctima movía su coche, ya que Ana insistiría en llevarlos a su taller —hizo comillas con los dedos—, con el fin de que no supieran dónde estaba su guarida. Una vez a su merced, le inyectaría los sedantes, le arrancaría el trofeo y luego, simulando el suicidio, contaría con ayuda de Rambo o su hermana, para deshacerse de los cuerpos.

Téllez elevó la mano y aportó el resultado de sus indagaciones.

—Antes de que sigáis con las conjeturas, tengo que explicar algo muy importante. He podido averiguar detalles muy llamativos y que ponen en tela de juicio el testimonio de Raquel Falcón. Ana y Rosa, son hermanas, pero solo una de las dos está viva. El parte de defunción de Rosa Olmedo, demuestra que se ahogó cuando tenía diez años de edad en una piscina. Por lo que Ana Olmedo, está actuando en solitario o con ayuda de su pareja, Rambo; del cual queda confirmada su relación tras las fotos y las prendas íntimas encontradas en el registro de la casa del susodicho.

—No tenemos certeza de que sean una o dos. Igual Rosa es otra persona cuyo nombre coincide con el de la hermana de Ana —conjeturó el teniente coronel—. Pero al menos, gracias al disparatado ingenio de Verbeke, tenemos un nombre, una matrícula y un domicilio al que acudir. Así que iremos a su casa de Getafe para pillarla in fraganti. Sé que está lejos de los embalses, pero igual las retiene en otra ubicación antes de ejecutarlas. No tenemos nada que perder.

—Por mi parte deciros, que hemos grabado una búsqueda policial a nivel nacional de detención, para Ana María Olmedo. Además, de un control específico sobre el coche donde la sospechosa se mueve —agregó Roca.

Tocino preguntó con cierta preocupación.

—Por más que le doy vueltas. ¿En serio me estáis contando que Verbeke se ha dejado atrapar por una de las asesinas en serie más

cruenta de la historia reciente de España? ¿Como si fuese la carnada de un anzuelo? Me parece muy fuerte que sea capaz de cometer semejante locura, y sobre todo, que lo veáis como algo normal en su naturaleza.

El teniente coronel trituró la pequeña pastilla de regaliz que le quedaba en la boca y dio su opinión.

—Verbeke acudió desarmada, brigada. Tuvo que entregar su pistola a los de balística tras el incidente en la boca del parking. Pero en el universo Verbeke, todo es posible y no me extraña que, con tal de dar con el paradero de Caronte, haya hecho las veces de cebo. ¡No sabe bien cómo se las gasta esta mujer, cuando se le mete una idea entre ceja y ceja!

A Roca, se le llenó la boca de orgullo hablando de las hazañas de su compañera y sumó anécdotas al relato de su jefe.

—Un tiro en la pierna, un mordisco en la mejilla o un taconazo en el pabellón auditivo de la oreja, son algunas de sus heroicidades —relató con sorna—: es muy brava. Pero en esta ocasión discrepo, mi teniente coronel. Supongo que Ana ha sido más rápida que Verbeke. No subestimemos su potencial, ha secuestrado a muchas personas y visto lo visto, sus métodos son eficaces —arrugó la frente y dejó una sonrisa a medio ejecutar entre sus espesas barbas.

—Es posible, pero Verbeke no se lo va a poner nada fácil, estoy segura. Ana no sabe con quién se ha topado —añadió Nekane abogando por la fuerza de su compañera.

—Sí. Verbeke es una… tocapelotas de categoría —sonrió el teniente coronel empalagando la sala con el aroma que escapaba de su dentadura—. Y no le importa lo más mínimo tener delante a la Plana Mayor, al Ministro de Interior o a la asesina en serie más cruenta de Madrid. Cuando se lo propone, es capaz de desquiciar a la persona más templada del mundo. Solo recemos, porque aguante lo suficiente.

—¡Lo hará! —dijo convencido Roca—. Y no podemos fallarle. Pondrá su vida en juego con tal de que ganemos tiempo. Me lo confesó en un mensaje de audio, antes de ser sustraída.

«Menuda pajarraca está hecha, esta Verbeke», pensó el teniente coronel sobre la condición de la teniente. Luego animó a los suyos, aprovechando aquel instante de moral.

—¡Qué no se diga! Aprovechemos esa baza que Verbeke nos ha servido en bandeja y empleemos todos los recursos posibles —se dirigió al mapa—. Voy a llamar al Equipo de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil para ponerlos al día de los nuevos planes. También, estoy gestionando que controlen todos los accesos de carretera hacia los embalses, para evitar que Ana se mueva libremente de los pueblos aledaños a la montaña. No tiene sentido retener a los rehenes a más de cien kilómetros; para luego meterlos en el maletero

y conducir durante una hora y pico, hasta un embalse, para deshacerse de ellos. Pero no podemos desestimar la vivienda familiar de Getafe —dio su parecer—. Hasta que Raquel Falcón no recupere la memoria del todo, no tendremos una idea de cómo es el lugar donde la apresaron. Morientes y Zamorano, os quiero pegados a los buzos, si hay alguna novedad lo quiero saber de primera mano ¿entendido? Pues vamos, ¡Esta loca va a uña de caballo!

Los aludidos, que se mantuvieron en silencio durante todo el operativo como si estuvieran escuchando al técnico del Real Madrid, Benito Floro, salieron del despacho.

—A todo esto. Se me está ocurriendo una idea —intervino a la postre Tocino—. No quiero parecer un lunático, pero igual, no es mala idea.

—Hable —le concedió Miranda la palabra.

—Veo que los buzos están buscando una aguja en un pajar. Yo he pescado en esas corrientes y me hago a la idea del vasto lecho que les queda por rastrear. Dadas las circunstancias, nos va a pillar el toro —se elevó de su asiento para sorpresa de los presentes—. Es muy posible que en breve aparezca ropa o, Dios no quiera, un cuerpo —hizo un silencio mostrando su preocupación y señalando uno de las presas—. He pensado que, si se estancaran los embalses, podríamos acotar o descartar un buen tramo del río y los buceadores no malgastarían esfuerzos.

—¡Venga! Al grano, brigada —le instó el Teco.

Tocino le pidió dos cigarrillos al alférez Téllez. Hizo pensar a todos que se los iba a encender, pero no, los usó como marcadores sobre el mapa desplegado sobre la mesa. Sus dedos amarillentos, fruto de la nicotina a lo largo de los años, destacaban sobre el azul del río.

—El Lozoya tiene cinco embalses y siete presas. La ropa y los cadáveres han sido arrastrados por la corriente hasta las riberas o las orillas. Pero debido al caudal del cauce han podido ser arrojados desde cualquier sitio. Yo pienso que Raúl Gallo es la baliza que indica el punto más lejano a la guarida de Caronte. Por eso se tomó la molestia de ponerle un lastre, para despistar —explicó mostrando que se había estado exprimiendo la sesera con el fin de ganarse el respeto de nuevo—. Atendiendo a que nadie en su sano juicio, se desplazaría con un cadáver por carretera desde tan lejos, es posible que use cañadas y caminos rurales para evitar controles rutinarios de tráfico. ¡Yo haría lo mismo! —confesó sobrecogiendo al resto y quedándose más ancho que alto—. Los caminos son accidentados, algunas lomas tienen mucha pendiente… por lo que descartaría qué con las características de su furgoneta, sin tracción a las cuatro ruedas, pueda llegar hasta esos puntos más elevados. Por lo que la teoría de que busca el punto más retirado, para deshacerse de la ropa, no me parece

factible. A mucho, se aleja unos diez kilómetros de su guarida, cinco o diez minutos en la noche, para no despertar sospechas…

—La palabra al grano, no la ha entendido, ¿verdad? —se reiteró el teniente coronel—. ¡Me está haciendo un lío con tanta explicación!

—A veces me pierdo en los detalles, ya me conocen, pero creo que ahora me van a entender y les va a gustar mi propuesta —suspiró sobre el mapa—. Lo que digo, es que cerremos las compuertas sin que se entere Caronte. Cuando tire la ropa o, Dios no quiera, un cuerpo —se reiteró—, este quedará enfrascado en un embalse y sabremos mirando a contracorriente, en que tramo de los siete tiene la guarida —colocó los dos cigarros creando un segmento en el cauce—. ¿Me explico?

El alférez Téllez, abrió la boca en una "O" perfecta. Aquel pescador con la cara estaqueada, le había dejado sin palabras. El Teco Miranda no pudo ocultar su sorpresa.

—¡¿Eso se le ha ocurrido sobre la marcha?! Porque su idea es brillante, brigada.

Roca acarició su calva y dudó de las pretensiones de Tocino.

—¿Y cómo se cierran las compuertas de una presa? ¿Se puede hacer?

—A estas alturas del año, sí se puede, sargento —aseguró el brigada—. No es época de lluvias abundantes, y por tanto no necesitan desaguar los embalses, para evitar que las paredes de las presas soporten una presión anómala.

Las miradas de asombro seguían presentes. Miranda, dio la orden.

—¡Tenemos que buscar a los operarios encargados de las presas para que vayan con sus herramientas a cerrar las compuertas de inmediato! —dictó el teniente coronel poniéndose de los nervios.

—Ya hace mucho que las presas se controlan de una manera telemática, no es necesario acudir personalmente —aclaró Tocino usando un tono melancólico que dejó en evidencia a Miranda—. Una lástima, porque eso ha dejado a la mancomunidad de El Atazar despoblada. Aún siguen en pie las casas de los antiguos trabajadores, cientos de hogares abandonados. Yo me crie en una de ellas… eran otros tiempos.

—Viviendas abandonas… ¡¿Cientos de refugios para retener a las víctimas?! ¡Mierda! —soslayó Roca atraído por sus palabras—. ¿Y por qué no hemos buscado ahí?

—No he caído —rectificó Tocino rascándose la nuca—. Como les dije, no soy un lumbreras. Solo soy un guardia civil de pueblo que está aquí de prestado. Una pato nadando entre cisnes…

—¡Cierre el pico de una vez! —le interrumpió el teniente coronel aprovechando la comparación con las aves—. Alférez Téllez, comunica al juez nuestra intención, para que nos autorice a cerrar las presas

durante 24 o 48 horas o todo el tiempo que sea posible.

—Enseguida —afirmó el nuevo miembro del equipo tecleando en su portátil para hacer llegar la petición al juzgado.

—Voy a llamar a los GEAS para comunicarle nuestras intenciones y trabajaremos en esa zona de las viejas construcciones. Raquel Falcón nos aseguró que no estuvo retenida en una cueva ni en una caravana, sino que tenía paredes encaladas y un techo con vigas de madera —dijo el Teco, mientras marcaba el teléfono del jefe del grupo de Actividades Subacuáticas.

«¿Alguna novedad?».

«Vamos en el furgón, de camino al Mar de Madrid. Respecto a anoche, le tengo que decir que rastreamos unos tres kilómetros del río, pero las corrientes en algunos tramos son muy fuertes. Hemos encontrado todo tipo de objetos, desde cuchillos de gran tamaño a anillos de oro. Pero la mayoría de los hallazgos tenían restos de verdín o estaban en un estado de oxidación avanzado, lo cual nos indica que esos objetos llevan meses e incluso años, en el lecho del río».

«Buen trabajo. De momento, seguid con las inmersiones según el plan acordado, para ver si damos con el punto donde se deshizo de las pertenencias. En otro orden de cosas, comunicarle que hemos solicitado una orden al juez para cerrar las compuertas de las presas, con el fin de delimitar en qué tramo se queda embalsado el siguiente cadáver o la ropa; y así, centrarnos en una porción de río más exacta. También, le he enviado a dos agentes para que hagan de enlace en las comunicaciones: Zamorano y Morientes».

«Entendido, teniente coronel. Continuaremos con las inmersiones en cuanto amanezca; la luz del día nos va ayudará a tener mejor visión sobre el lecho del río. Seguimos en contacto».

El Teco dio por finalizada la llamada y miró a los suyos. Tocino aprovechó para recoger los cigarrillos que había colocado sobre el mapa, para fumárselos luego. «El día va a ser muy largo y luego no me da tiempo a ir a mi casa a por tabaco», se convenció.

De pronto, la puerta de la sala se abrió como si se tratase de una mugrienta cantina del viejo Oeste. Los agentes se impresionaron al ver el rostro desfigurado del tipo, que haciendo uso de su maestría echando abajo puertas, allanó la sala de operaciones sin previo aviso. No se trataba de un forajido… era el encargado de dirigir el asalto a la casa familiar de Ana y Rosa.

64
Asalto a Getafe

En la sala entró un hombre de estatura baja, con media cara quemada y la cabeza rapada. Vestía pantalón de pinzas, camisa lisa y un pisacorbatas dorado con el emblema de la Guardia Civil, sobre el que resaltaba un grifo mitológico de color rojo en mitad del escudo.

—Buenos días —saludó el recién llegado.

Todos devolvieron el saludo al tipo de aspecto siniestro y andares desenfadados. Miranda, se entretuvo tirando de la cuerda de la persiana, conteniéndose para no reprocharle sus modales. Las lamas de madera se replegaron, dejando ver el horizonte de Madrid. Una luz naranja despuntaba a lo lejos, como una bola de fuego que emergía desde el asfalto hacia las azoteas de los rascacielos, incendiando a su paso todo lo que encontraba.

—Bienvenido. Tome asiento, por favor —lo acomodó el Teco sosteniendo el tono para no parecer desagradable—. Os presento al teniente Julen Sotomayor, de la Unidad Especial de Intervención. En menos de una hora él y su equipo, van a llevar a cabo el asalto al inmueble de Ana Olmedo. El motivo por el cual hemos contado con la élite, es porque es muy probable, que dentro haya rehenes, Por lo que tenemos que minimizar el tiempo de intervención para que no dé lugar a que el secuestrador o secuestradores, se parapeten en su domicilio y usen los secuestrados como moneda de cambio.

—Está bien —confirmó Sotomayor mirando en perspectiva a los ocupantes de la mesa. Sobre el mapa de la sierra desplegó otro plano, confeccionado con Autocad, y en el cual se observaba la distribución de la vivienda a asaltar. Con ayuda de un rotulador rojo, marcó los puntos a los que se refería, mientras se explicaba—. Hemos estado estudiando la ubicación y las características del chalet. Se trata de una vivienda aislada, con patio y jardín. Según el registro, lleva años sin suministro de agua y electricidad, por lo que intuimos que está deshabitada. Pero podemos estar equivocados, no es la primera vez, que usan esta maniobra de engaño, para no parecer un “piso franco” —hizo un gesto de comillas con sus dedos—. Haremos una incursión rápida tanto por la puerta delantera como por la trasera que da al jardín. De esa manera, jugaremos al desconcierto cuando oigan simultáneamente como derribamos las puertas. El único dato que nos falta, es saber, cuántos rehenes podemos encontrarnos en su interior y de cuántos secuestradores hablamos.

El sargento Roca resolvió sus dudas.

—Secuestradores, máximo tres, no lo tenemos claro. Y en cuanto a los secuestrados, podemos hablar de tres como mínimo; entre las que está una de nuestras compañeras.

—¿Tenéis retrato robot de los delincuentes? Sería importante, por si llegado el momento, hay que abatir a alguna amenaza.

El brigada Tocino, leyó el lema que ponía en el pin del teniente Sotomayor: «U.E.I. Rapidez y precisión por la Patria». Y se sintió importante por codearse con aquel tipo.

—El alférez Téllez, ha impreso la fotografía de la sospechosa —le explicó el teniente coronel—. Hemos ampliado la del DNI, pero es de hace diez años. De todos modos, creo que sería buena idea que el sargento Iván Roca y la agente Nekane os acompañe, para no confundir ovejas merinas con churras.

Sotomayor recibió una llamada. Antes de descolgar, colocó los talones contra el parqué e impulsó su silla con ruedas hacia el fondo de la sala, en busca de intimidad. Una vez colgó, se levantó de su asiento. Caminó con chulería hasta el borde de la mesa y recogiendo el plano, puso al corriente al grupo.

—Mis hombres ya están en posición esperando mi orden.

—Pues no se diga más… tráigame a esa secuestradora —añadió Miranda estrechándole la mano—. Y usted, sargento Roca, lleve la cámara fotográfica. ¡Qué no se nos escape nada!

***

A las 5:00 de la madrugada, el equipo de asalto ya estaba preparado para entrar en acción. Los «caras negras» —que era así como llamaban informalmente a la unidad por llevar pasamontañas de color negro—, vestían un mono color verde con escudo negro y las iniciales «U.E.I» sobre la manga derecha a la altura del hombro; la bandera española lucía en la otra manga. Por encima de la ropa, cubrían sus torsos con dos chalecos: uno antibalas y otro técnico. También llevaban un casco con visera de protección balística para el combate urbano, además de rodilleras, espinilleras, guantes y botas. En cuanto armamento, llevaban pistola Glock 17 de 9mm, subfusiles y fusiles de asalto Heckler & Kock G41. Además del correspondiente ariete para echar la puerta abajo.

El equipo de apoyo técnico, se ubicaba en zonas elevadas y alrededor del inmueble sospechoso. Su misión era la vigilancia y mediante prismáticos de gran precisión, no perdían detalle de las ventanas por si percibían algún movimiento dentro de la casa.

El sargento Iván Roca, llevaba un chaleco verde en el que ponía «Guardia Civil-UCO». Aguardaba en retaguardia junto al teniente Sotomayor, a la espera de sus instrucciones. No podía negar que

estaba nervioso. No sabía si Julia y los demás rehenes, estaban dentro, ni en qué estado estaban. A pesar de no ser muy religioso, se santiguó.

—Equipo de asalto, tres… dos… uno —Sotomayor hizo la cuenta atrás.

Una decena de efectivos, se aproximaron en formación hasta la vivienda. Varios saltaron el murete y ocuparon la parte trasera donde estaba el jardín. El resto, se pusieron bajo el porche principal, listos para usar el ariete. De un solo impacto, tiraron la puerta abajo. Primero entraron los de los escudos balísticos para comprobar si los criminales usaban armas de fuego; el resto fueron ocupando cada estancia de la vivienda, fusil en mano, y a la voz de: «¡¡Guardia Civil, al suelo!! ¡¡Guardia Civil, al suelo!!». Tras una intervención relámpago, fueron confirmando uno a uno, que el domicilio estaba totalmente desocupado, y que, por tanto, no corrían peligro.

—¡Salón principal, limpio! —se oyó por radio—. ¡Jardín, ok!

—¡Dormitorios, negativo! —exclamó uno dentro del inmueble.

—¡Cocina y aseo despejado! —aseguró otro de los integrantes de la unidad.

Sotomayor, llamó a la calma al sargento Roca, que se moría de ganas por liberar a Verbeke del yugo que la aguardaba. Necesitaba saber si estaba ahí dentro y en qué estado.

—Parece que la vivienda no está ocupada. De todos modos, tenga el arma preparada por si acaso. Nos toca entrar.

Sargento y teniente, accedieron al interior, mientras que Nekane aguardaba a que todo estuviera despejado para tomar muestras. Una vez dentro, lo primero que percibieron fue un fuerte olor a resina acrílica. Cuando elevaron las persianas para revisar a fondo los últimos rincones de la vivienda, pudieron comprobar que en las paredes había coloridos murales. Pinturas que como arte urbano recreaban momentos cotidianos. En todas ellas estaba Ana, con su pelo negro corto y su delgada figura, en distintas y muy peculiares escenas.

—Es obvio que las paredes se han pintado recientemente, pero parece que se le ha olvidado ventilar el lugar —se quejó Sotomayor.

—No se le ha olvidado, simplemente quería seguir aparentando que esta vivienda estaba deshabitada —teorizó Roca conociendo las tretas usadas comúnmente por los criminales—. Y subir las persianas o dejar basura fuera, levantaría las sospechas de los vecinos.

Un miembro del equipo, buscó a Sotomayor y le confirmó el resultado tras el registro.

—Teniente. No hay rehenes ni secuestradores. Hemos mirado en la alhacena, los canapés, los armarios… ¡Ni rastro!

La lógica se sobrepuso a las conjeturas. Getafe estaba muy lejos del mar de Madrid y por loca que estuviese la psicópata, de tonta no tenía

un pelo. Pasear una víctima maniatada y drogada en un maletero, era sencillamente una necedad. El sargento Roca, frustrado por no haber encontrado a nadie en su interior, dio paso a su compañera Nekane mediante una llamada telefónica. Mientras tanto, el equipo de asalto, fue abriendo el resto de persianas para que la luz del amanecer fuese colándose en la vivienda. Su efecto, arrojó detalles desconcertantes. Nekane no pudo ocultar su asombro, abrió tanto la boca que se le veía la campanilla entre los dientes. Los grafitis que decoraban las paredes, estaban dotados de un realismo apabullante, como si la técnica usada fuese obra de un alumno aventajado del propio Antonio López —pintor hiperrealista considerado padre de esta técnica en España—. En cada paño, desde los rodapiés hasta la moldura de la escayola, se extendían las representaciones a todo color. En las distintas escenas, siempre aparecía una mujer de pelo negro y corto. Los momentos estaban ambientados en distintas ubicaciones: aparecía entre rejas en una prisión; tumbada sobre la hierba con una gran sonrisa y junto a una anciana en una silla de ruedas; recibiendo un abrazo mientras otra niña de pelo rubio y ojos azules la miraba; un hombre envuelto en llamas… pero hubo una imagen que llamó poderosamente la atención de Nekane y Roca: se trataba de una mujer de cuerpo entero, que estaba perfectamente dividida en dos por la mitad de manera vertical; una parte tenía el pelo largo de color rubio y los ojos azules y, la otra, con pelo corto de color negro, gafas y ojos marrones. Sobre sus cabezas había un signo de infinito cuyo lazo acaba en punta de flecha y con la leyenda “malin” a modo explicativo. Roca recordó el tatuaje de la psiquiatra de inmediato. Varias sospechas se columpiaron entre sus sienes. Iban y venían, iban y venían. «¿Qué tiene que ver Raquel Falcón en todo esto? ¿Por qué aparece cómo alguien importante junto a esta dupla de asesinas?». Nekane, sacó fotografías de los murales; ya que era lo único que parecía tener valor en aquella casa. Cuando subieron a la planta de arriba, hallaron un caballete, pinceles, lápices y una paleta con restos de pintura reseca, donde los colores se mezclaban formando una amalgama de tonos tristes. En la pared, había cuadros colgados. Eran de estilo realista y reproducían una secuencia de escenas que se repetían. En la primera, se veía a un hombre sin rostro y Ana hablándole algo al oído y con una jeringuilla en una de sus manos; luego, los mismos subidos en un coche con una sonrisa de oreja a oreja; a continuación, el hombre bocabajo, mientras una máquina de tatuar le hace un dibujo en la espalda; en el siguiente, el hombre con sangre en la espalda y un cuchillo clavado; desnudo y flotando en el cauce de un río; y por último, una escena en la que Ana, expone en una especie de galería de arte el tatuaje de este hombre, y donde el local está lleno de público que vitorea con los brazos en alto.

—¿Qué clase de arte es este?

—No es más que la fantasía de una mente perturbada. Ya sabes que los psicópatas dan rienda suelta a sus atrocidades en diarios personales, mutilando a muñecos o matando a perros, para ver que se siente.

—La fase áurea —apostilló Nekane—. Cuando se alejan de la realidad y sienten que tienen que llevar a cabo sus atrocidades imaginadas.

—Exacto, solo que ésta, expresó esas ilusiones criminales en pinturas al óleo —se mesó la barba sobrecogido—. Ni más ni menos, tenemos delante de nuestros ojos, el modus operandi detallado al dedillo. ¡Mira! Cumple con todas las fases: Seducción, narcotización, traslado, tatuaje, herida, humillación y finalmente, consumación arrojándolo al cauce del río.

—¡Qué horror! —se quejó Nekane—. Le sacaré fotos a todo.

En la habitación, había un colchón sobre el suelo cubierto por una manta, bolsas vacías de patatas y cajitas de zumos con pajita. El único mueble que adornaba aquella habitación, era una librería repleta de libros viejos, que parecían adquiridos en un rastro. Roca se aproximó hasta el lomo de todos ellos y los leyó inclinando su cabeza. «*Biografía de Fukushi Masaichi*, *El tatuaje como modo de vida, Irezumi para Dummies, La Bruja de Buchenwald, El significado oculto de los tatuajes, Piel muerta… arte vivo, El Doctor Tattoo*».

—¡Me los llevo! —le confirmó a su compañera, metiéndolos en una bolsa de supermercado. Con el botín en sus manos, Roca se dispuso a abandonar el inmueble. Antes de salir por la entrada principal, se detuvo a contemplar un mural que ilustraba el hall. En esa pequeña porción de pared, estaba retratada Raquel Falcón, con sus cabellos rojos y hablándole al oído a Ana. Y como un comic a medio editar, aparecía entre las dos un bocadillo de diálogo en blanco—. ¿Y esto? ¿Qué significa?

—Está incompleto… ¿lo habrá echo adrede? —quiso saber Nekane, mientras se rascaba el cogote—. ¿O no le dio tiempo a escribir lo que le estaba susurrando?

—¡Qué le jodan! —respondió Roca mostrando frustración en su tono—. No pienso estrujarme la sesera descifrando el significado artístico de una psicópata aficionada a la pintura… Solo es un puto dibujo. El peligro real sigue ahí fuera.

—Los sentimientos, los miedos, las visiones, las vivencias… los pintores plasman lo que llevan dentro a través del pincel. No lo olvide, sargento. Igual ha dejado una pista.

Roca recapacitó. Volvió tras sus pasos y repasó cada mural en busca de respuestas. «¡Hija de perra! ¿Dónde tienes retenida a Julia?», la maldijo mientras tiraba de los flecos de su barba.

65
15 horas antes del asalto a Getafe

Martes 1 de junio de 2022.

Su melena rubia se enmadejaba con las hojas de las ortigas, mientras que sus brazos sentían las punzantes agujas de los pinos clavándose en todas direcciones. Su espalda, llena de rasguños por las piedrecitas del camino, comenzó a producirle escozor. Sin duda, la naturaleza parecía empeñada en despertar a Julia Verbeke, para que escapase de las manos de su captora; y así lo hizo, con sumo cuidado, abrió los párpados y pudo ver un cielo cenizo surcado por aves negras que regresaban a sus nidos. «Demasiado gris para una tarde de junio», reflexionó recuperando la razón. Bocarriba y con las piernas por delante, pudo comprobar como Ana tiraba de ella, dándole la espalda. La teniente decidió, que lo mejor era fingir que seguía inconsciente, mientras asimilaba qué demonios había pasado minutos antes. Ladeando los ojos de derecha a izquierda, vio cuatro ruedas que apuntaban hacia las nubes y fragmentos de cristales por todas partes; la furgoneta de Ana estaba volcada a los pies de un enorme álamo… Y entonces lo recordó todo, al ver una roca que salía del suelo como un cuerno.

«Iba dando tumbos sobre la zona de carga. Estaba aturdida y cuando logré abrir los párpados, me di cuenta que estaba bajo una sábana en el maletero. Lentamente, retiré la apestosa tela y pensé en huir del coche. Pero si saltaba, nunca conocería la ubicación de su guarida. Entonces, aguanté el tipo, y fui deshaciéndome del cárdigan discretamente. Cuando noté que Ana reducía las marchas y repetía: "Ya casi estamos, ya casi estamos", actué. Me puse de rodillas tras su asiento y entonces vi que cruzábamos por medio de una extensa arboleda. Ese fue el momento. Até mi cárdigan alrededor del cuello de Ana y lo anudé al reposacabezas del sillón. Luego le eché la sabana sobre la cabeza para cegarla y obligarla a que frenara para no comernos un tronco. Pero, esta loca, hija de puta, aceleró. El coche se dirigió hacia una enorme roca que sobresalía del terreno, y a pesar de mis gritos, ella no hizo nada por cambiar el rumbo; nos estrellamos. La furgoneta dio varias vueltas de campana. Así ocurrió… aquí estoy. ¡Joder!¡Me estoy superando!».

Cuando la mente de Verbeke volvió al presente, ya se encontraba a las puertas del establo de la casa de Ana. A través de las lamas de

madera, escapaban gritos que advertían que dentro, había alguien más. La asesina le soltó los pies, y los talones chapotearon contra el fango. La teniente esperaba encontrarse dentro con Rambo, para averiguar de una vez si éste, era cómplice o víctima. La psicópata retiró el candado y abrió la puerta del establo. Arrastró a la teniente hacia adentro, lanzado quejas al aire que hacían referencia a sus kilos de más. Verbeke seguía metida en su papel, notando como su espalda surcaba ahora una textura distinta: un lecho de paja y tierra húmeda. Una vez dentro, percibió en su olfato una mezcla que maridaba rata muerta con pocilga; y eso le provocó nauseas. La estrategia de la zarigüella llegó a su fin, cuando una arcada le sobrevino. Ana reaccionó con rapidez y le colocó una presilla en los tobillos. La teniente intentó resistirse, pero sus músculos obedecían a cámara lenta: perezosos, pesados, engarrotados.

—Ahora voy a atarte esas muñecas obesas que tienes —anunció esbozando una sonrisa de victoria.

La nueva situación de Verbeke era la siguiente: se encontraba sentada en ángulo recto con la columna vertebral pegada a la cal de la pared y las manos unidas por una gruesa soga atada a su vez a una argolla metálica a la altura de su coronilla. Ana tomó la puerta que comunicaba el establo con la vivienda, y fue hacia el interior en busca de los sedantes apropiados para dejar fuera de combate a aquella fiera, que se la había liado en el camino. Verbeke aprovechó su ausencia, para chequearse la cara, ya que sentía un fuerte dolor en el rostro —la soga le daba el suficiente margen para llegar hasta la barbilla—. En su exploración, notó que tenía un ojo inflamado y pequeños fragmentos de cristal por frente y pómulos; señal inequívoca de que había impactado con una de las ventanillas del coche. «Lo conseguí, malnacida. Ya estoy en tu guarida. Ahora solo tengo que darles tiempo a mis compañeros para que den con este sitio. ¡Tiempo! Eso querías Roca, y lo tendrás. No me falles, capullo», se convenció haciéndose a la idea de que tras descartar escapar y detener a la asesina, le tocaba afrontar el plan más difícil: entorpecer y soportar todo el dolor posible, en pos de la investigación.

El ocaso llegó. Su luz naranja se coló a través de una pequeña ventana circular, iluminando el establo. Verbeke realizó una inspección ocular del lugar donde se encontraba: reconoció a la ferretera, a un hombre repleto de tatuajes y a una adolescente de cabellos pelirrojos. No tuvo que esforzarse mucho para intuir que se trataba de la desaparecida inglesa que anunció la radio, y del omnipresente Rambo. Ellos dos estaban desnudos y maniatados. Ana regresó con una mascarilla quirúrgica, que empañaba sus gafas con cada respiración. En una de sus manos, sostenía un bote con escopolamina. Sin mediar palabra, vertió burundanga sobre el torso de

su mano y sopló sobre la tez de cada uno de ellos. No les dio tiempo a contener la respiración, ya habían inhalado aquel fino polvo amarillento. Pasada una hora, cuando la teniente volvió a recuperar la razón, todo estaba más oscuro. A sus oídos llegaron de nuevo todos esos sonidos del bosque: la corriente del río, los sapos, los búhos y los aullidos de lobos; sinfonía nocturna que le trajo un recuerdo: la batida junto a Roca, Tocino y Miranda. «¿Y si estoy cerca de dónde atropellaron a Mendoza?», dedujo. Pero estaba equivocada, el monte sonaba así, tenía su propia banda sonora.

Una lámpara portátil a pilas, dotaba de luz al establo a duras penas. Los ojos de Verbeke veían a través de un velo gris. Poco a poco, esa opacidad se fue volviendo nítida y desaparecieron los destellos provocados por el "humor vítreo" agitándose en su retina, debido al fuerte golpe que se dio en la cabeza dentro del coche. A su olfato no escapó un pestilente hedor a heces. Miró en rededor y vio una mesa de madera donde había clavado un cuchillo largo y afilado. Un rugido inteligible, la sacó de sus ensoñaciones. El hombre que estaba más al fondo, se quejó.

—¡Joder! ¡¡Fuera de mi cara!! ¡Qué puto asco! —agitó su cabeza. Las moscas despegaron de sus mejillas hacia el haz de luz que pasaba a un palmo de su cara—. No soporto este olor a podrido. ¡Ana, te mataré con mis propias manos!

Cuando el claroscuro le permitió ajustar la luz en sus pupilas, la teniente enfocó su mirada en Rambo —su visión se había recuperado al cien por cien—. Y pudo observar que tenía el torso repleto de tatuajes de colores con motivos de dragones y nubes de marcado estilo japonés. Su aspecto le sobrecogió, y no precisamente por los tatuajes ni por estar desnudo o sentado sobre sus propios excrementos, sino por su rostro. La mole de músculos, echó la cabeza hacia delante y la puso en la trayectoria de la luz. Verbeke pudo ver detalles espeluznantes en su cara: tenía la frente y las mejillas desolladas; en sus cuencas oculares, se agitaban larvas dándose un festín con la carne putrefacta. Esa imagen de los gusanos, era de las que no se borraban fácilmente de la mente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la teniente, deseando estar en lo cierto.

—¿Y tú? —quiso saber forzándose a hablar entre toses secas—. ¿Cuántos somos?

—No ves nada, ¿verdad? Somos tres mujeres. Yo me llamo Julia. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

El hombre no respondió. La teniente separó su nuca de la pared todo lo que las cuerdas le permitieron, con el fin de oír mejor a aquel malherido rehén.

—Me llamo Juan Fenoy. Creo… que llevo tres días encerrado en

este maldito establo. Esa zorra decía que su padre la miraba a través de mis ojos azules, y me los sacó. No me da nada de comer, solo unos sorbos de agua por la mañana. Además, me ha arrancado un tatuaje que tenía en la frente —se enfureció agitando las cadenas que le mantenían sujeto a la argolla oxidada de la pared—. ¿Puedes liberarme?

—Depende, Rambo —le respondió haciéndole saber que tenía la sartén por el mango.

—¿Me conoces, Julia?

—Llevo días siguiéndote la pista y por fin te tengo delante. Soy guardia civil —le explicó con cierta chulería—. Pensé que tu ropa de gimnasio en el río fue una maniobra para despistar, pero solo era una premonición de lo que te aguardaba más adelante. Esta cabrona te la ha jugado, ¿verdad? ¿Cuándo se torció todo? ¿Qué ocurrió?

—¿Para qué quieres saberlo? ¡Libérame! Tenemos que salir de aquí. ¡Nos va a matar! —hizo un silencio razonando—. Me estás vacilando, ¿no? Estás tan perdida como yo.

—Tengo un micro en el pelo, solo tengo que decir la frase clave y entrarán.

—Pues te lo contaré cuando estemos a salvo, te lo juro, pero di esa maldita frase.

—No —se reafirmó—. Antes necesito encajar las piezas. Saber a quién nos enfrentamos —suspiró—. ¡Vamos! El tiempo corre.

—¡Cof, cof! —tosió Rambo antes de responder con la boca pequeña —. Está bien, no quiero alargar este calvario.

—Pues responde, ¿en qué momento pasaste de cómplice a víctima?

—Esa bruja, me ha utilizado para cometer fechorías… —en ese momento, se dio cuenta de las aberraciones que había cometido—. Yo no quería hacerlo, te lo juro, pero me drogaba. Me anuló la mente. La capacidad a resistirme —hizo una pausa y carraspeó su garganta—. Teníamos planes de pareja juntos y un trato: yo le ayudaría a recuperar el tatuaje de Diego Pinteño. Pensé que solo íbamos a arrancárselo y luego, lo dejaríamos a su suerte…Pero no fue así, tras seducirlo, drogarlo y arrancarle el tatuaje, Ana lo tiró al cauce del río. Luego se obsesionó… ¡Cof! —tosió de nuevo. Su estado de deshidratación era evidente, con la lengua áspera y los labios cuarteados—. Y me habló de su obra. Yo no estaba de acuerdo con su violencia, pero solo quería que acabase su maldito cuadro y que nos fuéramos al extranjero a vivir una nueva vida… Entonces, capturó a esa psiquiatra que conoció en prisión y Ana, se dejó comer el tarro por su loquera. Cuando me fui a dar cuenta, ella estaba libre y yo atado — en la cabeza de Verbeke, se dibujó la cara de Raquel Falcón, con una vía en el brazo y aquellos pelos rojizos en la habitación del hospital. Le resultó inquietante el efecto de giro que había producido en la

mente de la asesina—. He intentado zafarme de estas cadenas, pero la muy hija de puta, me inyecta relajantes musculares continuamente. Todos los años de gimnasio que acumulo encima, no valen una mierda…

—¡¿Qué retorcido es el karma, no?! —le dijo con sorna —. Después de tu violación grupal en las Fallas de Valencia, va la vida, y te convierte en siervo de la burundanga.

—Ya fui juzgado en su momento. Me comí cinco años de prisión. Ya he pagado con creces mi pena. ¡Ahora haz que nos saquen de aquí! —desesperó—. ¡Di la puta frase mágica!

—Frase mágica no, frase clave, zoquete. Te cedo el honor de pronunciarla. En minutos, vendrán a rescatarnos —le propuso Verbeke con total misterio—. Repite: Soy… un… mierda.

—¡Soy un mierda! —dijo sin pensar.

—¿Escuchas las hélices del helicóptero? —le mintió jugando con su desesperación. Rambo, ladeo la cabeza esperando oír con más agudeza —. Ah, no. Estoy confundida. Ese zumbido es el de las moscas que, tras tu declaración, van en busca de un apestoso truño.

—¡Zorra malnacida! ¡Cínica! Nos van a matar a todos…—se sulfuró tirando de las cadenas con las últimas fuerzas que le restaban—. Ojalá te mate la primera.

—Es una opción bastante factible. No hay micro, ni rescate… y por desgracia mis compañeros no saben dónde demonios estamos — asumió la situación real—. Pero están tras la pista y tarde o temprano darán con nosotros. ¡Son de lo mejorcito!

—¡Shh! —advirtió el hombre pidiendo silencio—. Creo que viene. Oigo sus pasos… su voz. Juraría que está hablando.

—¿Con quién? —se extrañó Carmen, interviniendo en la conversación.

—¿Tiene Ana una ayudante? —apostilló Verbeke.

—Habla sola. ¡Shh! Viene hacia aquí. ¡Espero que sea Rosa y no Ana! —rogó Rambo aterrorizado.

—¿Rosa? ¿Hay dos? —se mostró confundida la teniente.

Rambo no respondió; fingió estar dormido. Ana apareció con una bandeja metálica y dos jeringuillas. Tenía claro, que Peach y Rambo, no suponían una amenaza para sus planes. Las dosis fueron inoculadas con destreza en el cuello de Verbeke y Carmen, sumiéndolas en un profundo sueño.

Ahora, estaban a merced, de los deseos de aquella perturbada que empezó a quitarle las ropas y a insultarlas, cumpliendo con su patrón de humillación y superioridad.

66
Desnudas

Miércoles 2 de junio de 2022.
6 de la madrugada.

Bajo el pincel del alba, el interior del establo se esbozaba poco a poco. Los cuerpos desnudos de los rehenes tomaban forma y textura. Rambo y Carmen se mostraban de un tono pastel, mientras que los cabellos de la adolescente y los de la teniente, parecían pan de oro; como si los cuatro formasen parte de un óleo, obra del pintor ucraniano Artem Rogowoi.

Julia Verbeke, sentía la cara tirante y el cuerpo entumecido. A la altura de los pechos, empezó a notar un leve cosquilleo. Al bajar la mirada para saber de qué se trataba, vio sobre su pezón a un enorme moscardón de color verde azulado frotándose las patitas. «No pongas tus huevos sobre mí. Todavía no. Aunque siendo realista, me queda poco: la ropa ya está en el río. Mi cuenta atrás ha dado comienzo». Descorazonada por su propia fabulación, se agitó y la espantó. De repente, llegó a sus oídos una sinfonía de ronquidos provenientes del interior de la casa y supuso que se trataba de la asesina, que dormía a pierna suelta soñando con lo cerca que estaba de ejecutarla. A su olfato, vino un nuevo olor distinto al de orín, sangre y heces. Olía fuerte, a yodo. Se contempló y se dio cuenta que estaba completamente desnuda. En el torso tenía goterones marrones, y supuso que la tirantez de su cara al gesticular, venía dada porque tenía una fina película formada por povidona iodada. Verbeke hizo acopio de fuerzas y tiró con saña de las sogas. «Estoy muy bien amarrada y el anclaje de la argolla a la pared es sólido. ¡Lógico! En su día hubo aquí cerdos. La fuerza no vale para huir… tengo que usar la inteligencia». Frente a ella, Peach sollozaba con desconsuelo, intentando comprender que había hecho mal para merecer un destino así. Justo a su lado, más a la derecha, estaba Rambo, inerte, con la boca desencajada. «Éste, parece muerto», sentenció al no ver su pecho bajar y subir con la respiración. La teniente, volteó su cabeza hacia la izquierda, donde se hallaba la puerta del establo que daba al exterior; y se encontró con la mirada impasible de la ferretera. Esta tenía un vendaje en la cabeza y una tirita en el pómulo. Tras lo sucedido, le explicó a Verbeke porqué las habían curado.

—Inexplicable, ¿verdad? No sabes el miedo que pasé. Fue por la noche cuando noté un zarandeo, que me desveló. Se trataba de una

mujer que se parecía mucho a Ana. Solo que tenía el pelo rubio y los ojos azules. Pensé que me iba a abrir en canal, traía una lámpara a pilas y una bolsa de cuero. Estuve a punto de gritar, pero sacó el *Betadine* y con ayuda de unas pinzas, comenzó a quitarme los fragmentos de cristal que tenía en las mejillas. Luego, me vendó la frente mientras me hablaba con dulzura. Cuando terminó conmigo, se fue para ti e hizo lo mismo. ¡Juraría que no nos quiere hacer daño!

—Yo no estaría tan segura… —desconfió Verbeke—. Supongo que será Rosa. Igual, no está conforme con lo que está haciendo Ana y podemos convencerla para que nos libere.

—*Oh my God!* —exclamó la adolescente inglesa, despertando y entrando en un nuevo ataque de ansiedad.

Peach necesitaba un abrazo, pero en aquellas circunstancias, lo único que podía hacer Verbeke, con el fin de calmarla y no despertar a Ana, era estirar el pie en busca de contacto. A pesar del acercamiento, no hubo roce. Las sogas no le permitían desplegar sus extremidades al máximo. Entonces, recurrió a la palabra.

—No llores mi niña —Verbeke sintió molestias al hablar, como si los cristales que tuvo incrustados en la cara, le hubiesen dañado algún nervio facial—. ¿Cómo te llamas?

La chica no respondió; no parecía estar centrada como para mantener una conversación. La teniente escrutó su cuerpo con la mirada y encontró sus dos rodillas desolladas y algún rasguño en la cara de la adolescente.

—¡No seas zoquete! Es extranjera —le aclaró Carmen tornando la cabeza en dirección a Verbeke—. Se llama Peach y chapurrea algo de español. He podido hablar con ella, mientras tú roncabas.

«Joder con la ferretera, me ha llamado zoquete. Bueno, a ver qué hago para que me entienda esta adolescente. ¡Tengo que tranquilizarla!», pensó antes de responder.

—*Baby! Friend!* —continuó con su propósito. La chica la miró con odio, como si la culpase de su infortunio—. *Do you speak spanish?*

—Yes —murmuró entre sollozos—. Estudio en el Instituto Cervantes de Londres.

—Bien. Eso lo hará todo más fácil. Peach, quiero que te calmes. Vamos a salir de aquí —la tranquilizó—. Ahora cuéntame, ¿cómo te atrapó? ¿En qué lugar?

—Practicaba paddel surf *with my friends* —se explicó usando un *spanglish* bastante entendible—. Ana llevaba un rato mirándonos sobre una *boulder*. Pensé que esa mujer estaba aburrida y que simplemente le divertía ver como navegábamos —aspiró mocos—. Yo iba la última en la fila, rezagada, me sentía torpe sobre mi *table*, cuando ella comenzó a pedirme ayuda. Remé hasta ella y me alejé del grupo. Cuando estuve cerca… me pinchó algo en el cuello —sus labios

temblaron al recordarlo y sintió una mezcla entre temor y vergüenza — y me arrastró for the rocks. Desperté *nude* y atada. *I feel shame*…

Peach elevó el brazo y Verbeke observó su tatuaje. Se trataba de dos niñas cogidas de la mano; un diseño sencillo e infantil realizado a un solo trazo. Lo tenía detrás del bíceps, algo más arriba del codo. «Poco más que un garabato, te ha condenado a los ojos de esa perturbada. ¡Maldita la hora en que te tatuaste, niña!», pensó. Acto seguido, trató de esconder la indignación que bullía en su interior y se centró en la ferretera.

—Carmen, a ti no te pregunto porque sé que cuidabas a tu abuela en el momento en que te drogó, pero ¿qué tienes tatuado? ¿Pájaros?

—Golondrinas volando por encima de mi tobillo.

Las bisagras de la puerta de paso rechinaron, provocando que Verbeke y Carmen silenciaran ipso facto. De reojo miraron para ver de quién se trataba. Julia, apoyó su cabeza en la pared y dejó los párpados entreabiertos. Conjeturó sobre el aspecto de la captora: «¿Lleva una peluca sobre la cabeza? ¿Qué son esas cosas del pelo? ¿Garrapatas? No, demasiado grandes». Ana se posicionó bajo el haz de luz y los detalles no dieron lugar a la duda. La respuesta le sobrevino más rápida que el razonamiento. Sus macabros abalorios eran pedazos de carne y coágulos esparcidos a lo largo de sus mechones rubios. «¡¡Es la cabellera de Clara Tundidor!!», obvió aterrorizada. La asesina se dirigió a ellos, forzando un tono infantil que advertía de su trastorno de personalidad múltiple.

—¿Qué os ha hecho la perturbada de Ana? Andaos con cuidado. Mi hermana quiere mataros.

Verbeke enlazó de inmediato: «la cuidadora de pelo negro y la conductora de cabellos rubios que aquella noche se llevó el alma de Lucas Mendoza, eran la misma persona. ¡Dos chaladas por el precio de una! Esto lo complica todo», pensó mirando aquel aterrador espectáculo de interpretación dramática. Sumida bajo su alter ego, Ana, caminaba de manera distinta, como fingiendo ser estilosa. En sus manos llevaba un lienzo y un viejo caballete de madera que montó con cierto recelo, como si no quisiera que sus rehenes lo vieran. La asesina sonrió satisfecha. Con paso firme, se aproximó hasta Rambo y le dio una patada para comprobar si seguía con vida; lo único que consiguió fue espantar un puñado de moscones que se deleitaban con los fluidos que supuraban las heridas infectadas de su rostro.

—Este señor parece que está muerto —se sorprendió como si no se acordara de quién era Rambo—. ¡Shh! He venido aprovechando que Ana y mi abuela están durmiendo —aseguró poniendo una voz que no era la suya y mirando a las tres chicas—. No gritéis. Vengo a enseñaros en lo que estamos trabajando —giró el lienzo y en él, pudieron ver cómo había varios tatuajes cosidos al tapiz mediante

tanza de pescar—. ¿Sabéis de qué se trata?

Peach cerró los ojos aterrorizada; Carmen se mordió la lengua para no soltarle un improperio; y Verbeke, le dijo lo que pensaba, tal cual.

—De un trastorno mental agudo —resolvió imprimiendo repulsa en su tono. Sabía que, frente a ella tenía los pedazos de piel tatuada que les faltaban a los cadáveres que pudo ver en el anatómico.

—¡Tah, tah! —negó emitiendo un chasquido con la lengua—. Es un mapa del dolor. Todas las vivencias de mi hermana Ana y las mías están aquí, deseando ser mostradas al mundo. ¡A qué es genial!

—Para nada —le cortó la risa—. Demasiado dolor para un fin tan absurdo.

—No lo entiendes, investigadora… Te ocurre lo mismo que a todos —se quejó imprimiendo menosprecio—. Mi padre me inmortalizó en su brazo mediante un tatuaje de una rosa, pero cuando Ana lo quemó vivo, no quedó nada de ese recuerdo, más que carne achicharrada. Por eso ahora, los extraemos del cuerpo, para que no desaparezcan y perduren a los ojos de las generaciones venideras.

Peach, hizo un esfuerzo por entender el cometido de Ana. Y al entenderlo, sintió un nudo de nervios que le estrangulaba el diafragma. Comenzó a hiperventilar. Temía que le arrancara el tatuaje y lo expusiera en aquel horrendo lienzo.

—¿Y de veras piensas que a alguien le va a importar vuestra mierda de vida? —le reprochó Verbeke, enfrascada en aguarle el entusiasmo a Rosa—. Nadie respetará vuestra obra. Eres una asesina sin escrúpulos.

Carmen emitió un bufido como reacción al comentario. Verbeke no estaba en posición de reivindicar nada y menos aún, de ponerla de mal humor. Podía desestabilizarla y que acelerase el proceso de los asesinatos. Peach, tomaba aire ruidosamente, sin perder de vista el cuchillo clavado de punta en la mesita de noche.

—¡Te equivocas! ¡Seremos famosas! De hecho, ya lo somos: estamos en todos los periódicos. No te veo muy convencida —se quedó pensativa devolviendo el lienzo al caballete—. Voy a llamar a Ana y que ella te lo explique tan bien como a mí. ¡Seguro que te convence!

La asesina cruzó la puerta de paso y se perdió en el estrecho pasillo que comunicaba la casa con el establo, donde se apreciaba muestra de su talento innato cuando era adolescente, con dibujos de tempera y óleo, enmarcados y colgados en la pared.

—¡Deberías cerrar el pico! La vas a volver más agresiva con tu chulería —se quejó Carmen—. ¿Quieres que te mate? Vale, pues ofrécete voluntaria, ¡pero no nos arrastres contigo!

Al fondo, una voz se incorporó a la reprimenda. Era Rambo, que se agitó entre las sombras usando un tono prácticamente inaudible. Su

voz parecía una psicofonía.

—¿Qué has hecho, desgraciada? —murmuró—. Rosa es dulce y compasiva; Ana despiadada y sanguinaria. No vuelvas a molestarla o vendrá y te sacará los ojos como a mí.

De pronto, el marco de la puerta fue ocupado por una silueta espigada que venía embutida en un mono verde con cremallera. Bajo la tenue luz que entraban por las ventanas, destellaron dos objetos: sus gafas de pasta y la cabeza de un martillo de metal con mango de madera. Ana caminó hasta el peldaño de piedra que estaba a un palmo por encima del suelo del establo. Y allí, se detuvo con una maquiavélica sonrisa observando el lienzo.

—Rosa me ha dicho que tenéis curiosidad por saber por qué estáis aquí. Yo os lo explicaré; ya veréis como vuestro sacrificio tiene una razón de peso. Ahora formáis parte de mi arte. Parte de… —se calló mientras contemplaba extasiada su cuadro—. Un plan superior. ¡Vuestros tatuajes serán los encargados de dar sentido y vida! Seguro que os morís —hizo una pausa para sonreír con su chiste—, por saber qué título le he puesto a mi obra… Os daré la exclusiva. Mi cuadro se llama: el Mapa del dolor.

67
El sentido de los tatuajes

Verbeke se dio cuenta, que Ana tenía el plan bien estudiado. Y qué por desgracia, lo estaba llevando a buen puerto. De sus palabras, entendió dos cosas: su desdoble de personalidad y su afán por ser admirada. Sabía que los sicópatas eran ególatras por naturaleza y la falta de admiración, podía causar mella en su narcicismo. Así, que decidió hacerle cambiar de parecer sobre la perfección de su obra y minar su autoestima con malas opiniones, como haría un *hater* en las redes sociales.

—¿No has pensado en hacer un collage con recortes de revistas de tatuajes? No implicaría tanto sufrimiento —le reprochó Verbeke haciéndole saber de su demencia—. E igual, al no haber matado a nadie, la gente te tendría un poco de estima.

—Sufrimiento… de eso se trata. ¡Un recorte de papel no guarda emoción! —menospreció la idea—. Un tatuaje es arte vivo en sí mismo —señaló con uno de sus dedos la composición—. Algún día yo no existiré, pero todos podrán conocer mi paso por la vida. Lo que yo sufrí durante mi infancia y como me repuse de todos mis traumas —hizo muecas con la boca—. Mi arte es conceptual y que mejor oda al dolor que arrancar un pedazo de sufrimiento de esa persona, para simbolizar uno de mis tormentos.

—Tienes que parar, Ana —le propuso Verbeke con tono firme—. Esto no está bien. ¿No te das cuentas de tu locura? Nadie va a admirarte como artistas, ni como persona. Es hora de que detengas tu plan.

—¿Quién te crees que eres tú para hacerle ascos a mi talento? Recuerda que soy mucho más inteligente que tú. Te cacé como a una mosca, cuando tú ibas a detenerme —se aproximó amenazante hasta Verbeke poniéndole la cabeza del martillo sobre uno de los párpados. La teniente pudo apreciar que Ana tenía un cristal roto en las gafas debido al reciente accidente de coche. La perturbada arrugó los morros y conjeturó como si aquello fuese una encerrona—. ¡Ya sé lo que pasa aquí! Te he pillado, Tobías. Sé que no eres tú la que hablas; son las voces de mi padre que te dicen lo que tienes que contarme para hacerme daño. Lo veo en tus ojos azules… ¡Ciérralos, cerda! No me obligues a sacártelos como hice con Rambo y Clara.

Verbeke tragó saliva. Sabía que era capaz de hacerle lo mismo que a aquel musculoso tipo que agonizaba sobre sus heces. Y temiendo tal

fin, rectificó.

—Perdona. No entiendo de arte —agachó la cabeza y apartó la mirada de Ana; cambió la estrategia viendo que se le iba de las manos —. Y tu talento no es para una mente mediocre como la mía.

—¡Eso me gusta! ¡Crítica constructiva! —pavoneó Ana—. Os explicaré lo que significa cada una de las composiciones. Así lo entenderéis mejor —volvió al lienzo que sostenía los pedazos de piel y acarició cada trozo con delicadeza, mostrando fascinación en su mirada. La yema de sus dedos produjo un sonido algo repulsivo, que le recordó al roce con un plástico—. Los tatuajes no eran así originalmente, me he permitido la licencia de modificarlos. El cuervo solitario de Diego Pinteño, representa el momento en que mi madre falleció y me abandonó; la rama rota del árbol de la vida de Raúl Gallo, tiene un simbolismo brutal: cuando mi hermana cayó al fondo de la piscina y se ahogó, no murió ella, sino yo… que curioso ¿verdad?; el corazón roto de Rogelio Cortés, ahora cosido, representa el momento en que mi abuela me acogió en esta casa y arregló mi alma —la teniente se mordió la lengua para no reprocharle nada—; y a los cinco nudos del alambre de espinos de Rambo, le añadí ocho nudos más, para simbolizar mis trece años en prisión; y, este símbolo que parece infinito de Raquel Falcón, es todo un lema de vida, "malin": enfrenta tu pasado para prosperar… —apretó la boca y sus ojos se llenaron de gloria—. En este punto fue donde se produjo el cambio… Conseguí matar a Rosa y enterré el dolor de mi pasado. Ahora, Rosa y yo, hemos hecho las paces, nos hemos convertido en la misma persona —apretó los puños en señal de victoria—. Su belleza, su encanto y su inteligencia, junto a mi talento artístico y mi experiencia en la vida. ¡Formamos un tándem perfecto! Y pronto daremos por terminada esta obra. Solo me faltan vuestros tres tatuajes.

Verbeke reconoció los dibujos, aunque Ana estaba en lo cierto: habían sido modificados. Los trozos de cuero humano, despedían un tufillo a podrido que atraían a las moscas hacia ellos; por lo que se podía intuir, que la asesina no se había preocupado en curtir la piel para que perdurara en el tiempo. La teniente se guardó esa baza y no le comentó nada al respecto de su observación, por miedo a que buscara nuevas víctimas. Su plan más inmediato, era el de hacerla ver, que estaba perdida de cara a la justicia.

—Tarde o temprano, te meterán entre rejas. Sí te entregas ahora, igual te sobran años tras la condena, para exponer en internet una obra realizada en pintura sobre tus locuras.

—Para un artista no existe el mañana, solo el ahora —parafraseó una expresión que leyó en una revista de tatuajes—. Y pienso disfrutar de esta experiencia a tope. Por lo pronto, voy a deshacerme de este

desgraciado. Ya no me sirve. ¿Sabéis lo que me hizo? —se hizo la interesante apoyando el martillo sobre su hombro. Verbeke ya conocía la historia de boca de Rambo, y decidió escucharla para entender un poco más a la criminal que tenía delante—. Hicimos una fiesta en casa. Compramos botellas de whisky, ron y vodka. Invitamos a varios amigos del gimnasio de Rambo. ¿Y cuál fue la idea de este imbécil para que sus colegas se divirtieran? Pues me vertió burundanga y «miau miau», para ponerme muy cachonda y que no me resistiera a ser violada por todos ellos. ¡Eso no se le hace a alguien a quién se quiere! ¿Verdad?

Verbeke negó con la cabeza. Ana suspiró y enarboló la herramienta por encima de su coronilla. Con los ojos inyectados en sangre, se dirigió a Rambo y comenzó a majarle todos los huesos de su esqueleto a base de bruscos martillazos. Los estrépitos sonaban de manera horripilante, mientras su víctima suplicaba por su vida, sin poder defenderse.

—¡Bastardo, hijo de puta! —le gritaba cambiando el martillo de mano para dejar descansar la muñeca—. ¡Mírate ahora, eres un pedazo gigante de mierda! Debería hacerle esto mismo a tus colegas: Ragnar, Tomate, DiCaprio… esos que van de machos drogando a mujeres para abusar de ellas.

El musculoso delincuente, no tenía fuerzas más que para gimotear como una mala bestia. Ana, sujetó el mango con las dos manos, alzó la herramienta y la bajó con todas sus fuerzas como si fuese a clavar una estaca en el suelo. La cabeza de metal del martillo se hundió en el cráneo de Rambo. De su nariz salía un caño de sangre; de su piel, huesos afilados. La agresora se apresuró en extraer la herramienta, y no dudó en zarandearla con fuerza para liberarla de sus sesos. Las rehenes cerraron los ojos para no ver el esperpéntico espectáculo, pero hubo una cosa que no pudieron evitar: oírlo todo. Aterrorizadas, solo se les ocurrió una cosa para evitar escucharlo: gritar. Gritar como nunca lo habían hecho. Intentado que el sonido de sus gargantas, quedaran por encima de los desagradables chasquidos producidos por el martillo. Ana decidió parar, y alzó la robusta maza hacia el techo de vigas de madera, como una gladiadora siendo vitoreada por el público. Sumida en la adrenalina del momento, emitió una lunática carcajada y se perdió en el pasillo. En menos de treinta segundos volvió con unas llaves y una máquina de tatuar a batería. A horcajadas se puso sobre el cadáver y a la altura del corazón inerte, le tatuó una “A”. Satisfecha, abrió el candado que lo unía a la argolla de la pared, y con una fuerza sobrehumana para una mujer de su complexión, tiró de los eslabones, sacándolo a rastras para afuera del establo. Su propósito era el mismo que con el resto de víctimas: arrojarlo al cauce del río Lozoya.

—*Oh my God! Oh my God¡* —lamentó la adolescente sumida en un ataque de pánico, mientras se oía el tintineo de la cadena que lastraba Rambo, cada vez más lejano.

Una vez a solas, Verbeke intentó calmarlas. Había elaborado un plan entre martillazo y martillazo. Y dio por sentado, que había llegado el momento de contarles en qué había pensado. Al final, sostuvieron el lamento en un leve gimoteo y consiguieron atender a los labios de la única que había tenido la sangre fría de pensar una estratagema durante la agresión.

—Escuchadme, he estado dándole vueltas para encontrar un punto donde atacarla. Y creo que tengo una solución para no acabar con la cabeza abierta en dos —metió en situación a sus compañeras de fatiga —. Claramente, Ana tiene personalidad múltiple y eso la convierte en una persona inestable y muy peligrosa —evidenció resaltando su improvisación en cuanto a los métodos llevados hasta el momento—. La opción de escapar tenemos que descartarla, ya que las sogas están muy bien atadas y no tenemos ningún objeto con el que podamos cortarlas —explicó mirando el cuchillo de cocina que estaba clavado de punta en el viejo mueble artesanal—. Lo que sí podemos conseguir, es retrasar el momento en que nos quiera arrebatar los tatuajes y así, regalarles tiempo a los equipos de rescate. ¡No podemos permitir que esta chiflada complete su obra!

—¿Y cómo? —intrigó Carmen castañeando sus dientes.

—Fastidiando su proyecto —vaticinó la teniente convencida de su plan—. Vamos a boicotear sus piezas de colección.

—¡¿Estás delirando?! —divergió Carmen—. ¿Cómo pretendes llegar hasta ese lienzo? Míranos.

—Ana busca la perfección en su obra. Mostrar al mundo unos trozos de piel, en los que las escenas del recorrido de su vida se vean con nitidez. Por lo que… —dejó en suspenso su plan mostrando una sonrisa algo lunática—. ¡Nos destrozaremos los tatuajes!

—¡¿Qué?! —se atemorizó Carmen—. Así, no le seremos útil y nos matará. ¿Quizás sea mejor que nos estirpe el tatuaje? Igual luego nos deja marchar libre como esa testigo que escapó. Creo que tiene un lado tierno… cuidaba a mi abuela con mucho mimo y cariño. Igual es un brote y luego se le pasa.

Verbeke dudó de su plan por un instante, pero fue mirar a Peach y ver como temblaba sumida en pánico, que supo que tenía que tomar las riendas y llevar a cabo, uno de sus planes locos, que tan buenos resultados le daban.

—Carmen, tú no ves mucho las noticias, ¿verdad? —le reprochó haciéndole entender, que este cuento no tenía posible final feliz—. Hazme caso. No nos dejará irnos de rositas. Todas sus víctimas acaban flotando en el río. Tenemos que darles más tiempo a mis compañeros.

Ellos son los únicos que pueden sacarnos de aquí.

—¿Y si falla nuestro intento de inutilizar los tatuajes? ¿Y si no lo conseguimos? —comenzó a resoplar temiendo un final parecido a Rambo—. ¿Y si…?

—Y si te callas la puta boca… Igual escucharías el plan B, por si fracasa el primero —le interrumpió de manera brusca—. Nos ha contado sus puntos débiles, su pasado… Solo hay que usarlo en contra de ella. Tenemos que volver a enfrentar a las hermanas y que rivalicen.

—¡Eso es como echarle *Mentos* a una botella de Coca cola! —se quejó desconfiando del plan—. Estallará… ¡Perderá la razón!

—Acabas de ganar un "gallifante" —aludió su acierto a un premio que se otorgaba en un programa de televisión de los años 80—. Provocaremos un cortocircuito en su cabeza.

—Nos va a matar a las tres… por tu culpa. Lo sabes, ¿no?

La puerta del establo se abrió de golpe. La hoja de madera impactó contra la pared y un remache de herrería saltó por los aires. Ana entró triunfante, con el mono de jardinero ensangrentado y una sonrisa de oreja a oreja. Las tres quedaron en puro silencio, como si les acechase una pantera en mitad de la selva. La asesina pasó con parsimonia entre sus rehenes, lanzándoles terroríficas miradas que advertían de su demencia. Con sumo cuidado, soltó la machota sobre el escalón de piedra del pasillo y arrancó el cuchillo que estaba clavado en la mesita de noche. Esbozando una tenebrosa sonrisa, explicó su plan más inminente.

—Haberme desecho de Rambo, me ha subido el ánimo. ¡Estoy inspirada! —las señaló con la punta del cuchillo—. ¿Quién va a ser la primera?

68
¿Cómplices?

Mañana, miércoles 2 de junio de 2022.

Miranda salió de la comparecencia pública ante la prensa y se dirigió a su despacho. Con la cabeza baja, rumiaba el contenido de su discurso, pensando en qué había dicho y si había metido la pata contando algo que no debiera. Una vez allí, sacó la ropa de su taquilla y se dispuso a vestirse de manera informal. En ese instante, la hoja de la puerta se abrió de par en par y por ella, entró Iván Roca agitado. Venía de Getafe, descorazonado y fuera de sí; como un toro de lidia que sale a la plaza dispuesto a embestir a lo primero que se cruzase en su camino. El Teco lo miró con desdén y le dio un hábil capotazo, para hacerle saber, que no estaba dispuesto a recibir una cornada.

—Se están perdiendo los buenos modales —le reprochó subiéndose los pantalones—. Llame a la puerta la próxima vez. ¡Esto no es una comuna hippy!

—Disculpe, mi teniente coronel. He venido lo antes posible. La casa estaba vacía —le mostró un mazo de fotografías que guardaba en su puño—. Pero hemos encontrado unas pinturas en la pared, que cuentan una historia algo comprometida.

—Resuma, por favor…

—La casa de Ana estaba deshabitada, pero parece ser que la ha usado para pernoctar y plasmar su arte —dispuso sobre la mesa del despacho las fotografías, como si se tratase de una tirada de tarot—. Lo hallado en su interior, abre nuevos interrogantes. Las paredes del domicilio estaban repletas de murales, que mostraban una especie de recorrido gráfico de su vida: una niña rubia ahogada en una piscina, un hombre en llamas, una anciana a la que le faltaba una pierna, la prisión… ¡incluso Raquel Falcón salía en esas pinturas susurrándole algo al oído de Ana Olmedo! Curioso, ¿no? Y la asesina, omnipresente en todas, como no podía ser menos —tomó aire—. Además, tiene retratado cuadro a cuadro, su modus operandi. Su fantasía mental. Y no quiero ver a Julia Verbeke en esa tesitura. Se lo aseguro.

Miranda terminó de abrocharse los botones de su camisa de rayas, aprovechando que Roca quedó callado rememorando la galería de los horrores. Antes de que elevara la mirada, su jefe le dio un segundo pase de pecho, enfureciendo un poco más al que venía hecho un miura.

—Hablando de la psiquiatra… Tengo que comunicarle que ha

pedido el alta voluntaria. Su marido ha denunciado al hospital por el acoso de los periodistas y la presión policial a la que presuntamente hemos sometido a su esposa.

—¡Hay que joderse! —se sulfuró Roca cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra—. Pues hay que hablar con Raquel Falcón, como sea. ¡Qué nos explique porqué aparece junto a la asesina en los murales!

—No empecemos a apuntar a diestro y siniestro, con el dedo de acusar. Ahora, salga de mi despacho y recapacite antes de proponerme nuevas pesquisas, ¿entendido?

El sargento acudió a la sala de operaciones y dejó intimidad al teniente coronel tras haberlo pillado en calzoncillos. Angustiado, comenzó a dar vueltas alrededor de la larga mesa, como si fuese una bestia en un molino de aceite, exprimiendo el jugo de los recuerdos. A su mente, vinieron muchos momentos especiales con Verbeke, horas y horas compartidas entre aquellas cuatro paredes, donde sacaban ideas brillantes y pistas que se materializaban en gloriosas detenciones. Las miradas, los debates, las risas, los fracasos, los éxitos… todo podía convertirse en un recuerdo, en un pensamiento "achatarrado" en su cabeza, del cual, nunca se podría deshacer. Y esa idea, le pareció demoledora.

Iván Roca lo tenía claro. La amaba.

Miranda llamó a la puerta de la sala de operaciones —para de alguna manera, enseñar modales al sargento—, y luego abrió. Roca salió de sus ensoñaciones y lo miró desde el otro extremo de la mesa. El Teco, vestía un pantalón de pinzas gris, mocasines y una camisa con el último botón abrochado bajo el mentón. En sus manos traía el taco de fotos y en su boca un caramelo de regaliz, cuyo olor no podía competir con la penetrabilidad olorosa que producía la siempre clásica colonia que le acompañaba: Varon Dandy.

—Acabo de hablar con el juez y ha dado orden a la empresa correspondiente para que cierren las compuertas de todas las presas del río Lozoya —Roca se apoyó sobre la mesa y miró el mapa desplegado sobre él, emitiendo un suspiro de alivio—. Por otro lado, decirte que acabo de citar aquí a Raquel Falcón para que venga a aclararnos el por qué aparece en las pinturas de casa de la psicópata. No se ha negado. Está dispuesta a colaborar a pesar de su convalecencia.

—¡Bendito juez! La mayoría solo hacen poner trabas cuando se les pide algo —se alegró Roca devolviendo el brillo a sus ojos—. En cuanto a Raquel, me parece genial que esté dispuesta a dar la cara. Cuanto antes cortemos flecos, mucho mejor.

—Yo sufro igual que tú, aunque no lo creas. Verbeke y yo nos podemos llevar mal, pero no deja de ser una persona con la que he

compartido mucho tiempo de investiga…

—El tiempo se nos echa encima —interrumpió Roca los sentimentalismos de última hora de su jefe—. Tenemos que preparar la sala para el interrogatorio de la psiquiatra. Espero que no tenga nada que ver con toda esta insensatez.

El reloj de la oficina marcó las 13:30. Era la hora del almuerzo, pero allí nadie tenía hambre; más bien sed por ingerir nuevos datos que los pusieran sobre la pista de los asesinos. ¿Qué estaría dispuesta a contar la psiquiatra? ¿Les daría alguna sorpresa inesperada? ¿Quedaría todo en agua de borrajas? El maremágnum de preguntas les enturbiaba los pensamientos continuamente. Tras la correspondiente llamada, el Teco fue informado: en la sala de interrogatorios, estaba Raquel Falcón, que había acudido puntual a la cita. Roca bajó junto a su jefe, dispuesto a quitarle la máscara a la nueva sospechosa. Tras los pertinentes saludos, comenzaron las preguntas.

—¿Por qué me han traído como si fuese una delincuente? Estoy dispuesta a colaborar —se quejó la psiquiatra recogiendo sus cabellos rojizos en una gomilla. El apósito de su nuca salió a la luz remordiendo la conciencia del teniente coronel—. Pero deben entender que no estoy lúcida para dar detalles profusos.

—En primer lugar, le agradecemos que se haya desplazado hasta aquí sin demorar la citación policial. En segundo lugar, le pedimos disculpas por los modos —se excusó Miranda, tomando asiento en frente de ella. Roca hizo lo propio—. Sé que ha pasado por una operación y quizás no sea este el mejor sitio para recuperarse, pero tenemos que hacerle varias preguntas.

—Hemos encontrado hallazgos un tanto inquietantes en casa de Ana María Olmedo, cuyo origen nos gustaría que nos aclarase —añadió Roca a la postre—. Y por su bien y el de las víctimas, le pido franqueza.

La psiquiatra enarcó las cejas y miró de manera jurídica a su interlocutor. Respiró hondo, hizo una mueca de dolor y restregó su trasero de un lado a otro de la silla, como si quisiera encasquetarse en su asiento.

—Espero un tono cordial en esta comparecencia, ¿está claro? —puso los puntos sobre las íes—. Llevo suficiente tiempo trabajando de prisión en prisión como para conocer todos los recovecos y amparos que me ofrece la ley —miró con desidia a Roca—. Y si estoy aquí sin abogado y sin orden judicial, es porque quiero colaborar con la justicia. ¿De qué se me acusa?

Roca le explicó tomando un tono sobrio.

—De madrugada, asaltamos la vivienda dónde pasó la infancia Ana, en un operativo relámpago. Una vez dentro, no encontramos a rehenes ni captores, aunque sí, unas pinturas en la pared, donde usted

aparece de la mano junto a las dos hermanas asesinas, en un tono muy amistoso y porque no, cómplice.

—¿Estáis conchabadas? —apostilló el teniente coronel.

—No sé de qué pinturas me hablas.

—¡De estas! —aclaró Miranda arrojando las fotos a todo color de los murales encontrados en el hall—. Usted le está diciendo algo, pero Ana, no ha querido completar el bocadillo de diálogo. ¿Por qué le ha dado importancia a lo que usted le contaba? ¿Sabía que íbamos a ir a su domicilio y lo dejó en blanco para suscitar cierto misterio?

—Mi relación con Ana ha sido puntual, pero estos encuentros se han dado en años sucesivos. Yo tengo un prestigio que poco tiene que ver con secuestrar a personas y arrancarles tatuajes… Lo mío es reinsertar a personas, lo que luego hagan fuera, no es cosa mía —aclaró en un tono resolutivo—. En cuanto a una viñeta realizada con pintura en un mural, no puedo darles ninguna explicación, tan solo, que tenía talento para dibujar. No sé, igual ha podido entender algo que yo le haya inculcado en las terapias, de una manera equivocada. Supongo que saben, que la mente de una psicópata usa regiones cerebrales de manera distinta a la del resto de mortales. Igual se siente agradecida por el trabajo que hice con ella y expresa esa gratitud mediante la pintura. No sé. Pero hasta dónde la lógica me dicta, no creo que sea delito que alguien te dibuje.

El sargento decidió presionarla.

—Ya… ¿Sabe una cosa? Si hay algo que me chirría en todo esto, es saber cómo demonios consiguió escapar de la asesina más cruenta de Madrid. ¿Por qué usted? Diego Pinteño, Raúl Gallo, Clara Tundidor, Rogelio Cortés, Julia Verb… —recibió un codazo de su jefe.

—Me arrancó el tatuaje, supongo que no es poca prueba. Pero por más que hago memoria, no recuerdo bien si me escapé aprovechando un despiste o si me dejó huir. Igual quería que contase lo que estaba haciendo. Estos psicópatas disfrutan sabiendo que hablan en los periódicos de sus macabras obras.

—Puede ser que Ana bajase la guardia en algún momento —dijo Roca—. Pero me da a mí, que usted hizo uso de los puntos débiles de la asesina, tras tantas sesiones en prisión, para usarla a tu favor. Para colarte por un resquicio de su mente perturbada, convenciéndola de que te dejara libre. ¿Qué le ofreció a cambio? ¿Cómo negocio su huida? Las amenazas con este tipo de criminales no llegan a buen puerto, se lo aseguro.

A Raquel se le transmutó el rostro de rosado a blanco roto. Sus cabellos rojizos parecían ahora más intensos; como si fuesen los rescoldos de una hoguera a merced del viento.

—¡No me gusta lo que está insinuando! —mostró su malestar con cierta indignación. Roca volvió a su asiento y la miró sin parpadear

durante unos segundos—. Mi trabajo consiste en evaluar la posible reinserción de los presos y presas, susceptibles de ello. Normalmente, viven en un ambiente hostil y cuando alguien les muestra respeto, interés y los trata de tú a tú, se encariñan y crean un lazo de amistad incluso con su psiquiatra. Ana Olmedo no fue una excepción. Y por eso, me dibujó.

—No me ha respondido a la pregunta —insistió Roca al ver que se andaba por las ramas.

Raquel no añadió más. Pidió un vaso de agua y Roca fue a por él con el fin de que se relajase y siguiera hablando —todo formaba parte de sus estrategias a la hora de interrogar a una sospechosa—. Miranda aprovechó para hacerle una pregunta usando un lenguaje más amistoso y calmado.

—Durante su ingreso en el hospital, usted mencionó que se trataba de dos secuestradoras: Ana y Rosa. Pero, tenemos constancia que solo una de las dos vive. ¿Cómo es posible? ¿Recuerda que aspecto tiene esa cómplice de Ana que casualmente se llama como su hermana fallecida?

Raquel tomó el vaso que le trajo Roca. Dio un sorbo y comenzó a toser. Tras reponerse, respondió con total clarividencia.

—Ahora que parece que la niebla de mi mente se disipa, juraría que Ana estaba sola —Roca y Miranda arrugaron la nariz al unísono —. Apostaría a que ha desarrollado un trastorno de identidad disociativo. Recuerdo que en aquella casa donde me tenía retenida, se ponía a ratos una peluca rubia y cambiaba su voz. Se creía que era Rosa en determinadas ocasiones —hizo una pausa y se encogió de hombros—. Pero esta dolencia, nunca la presentó en prisión, se ve… que es algo nuevo.

Roca miró a su teniente coronel y no hicieron falta palabras; los dos pensaron en esa peluca rubia como la cabellera de Clara Tundidor.

—Ahora observe —le tendió las fotografías de la casa de Getafe—. ¿Le dan alguna pista los murales sobre dónde puede estar llevando los crímenes?

La psiquiatra se puso a mirar las fotos con detenimiento. Su rostro mostraba asombro y sus manos temblaban de una manera un tanto exagerada. Sin retirar la vista de las instantáneas, dio una explicación por cada una de ellas.

—En esta que sale Ana tumbada sobre la hierba —asomaron la cabeza como quien mira el fondo de un pozo—y aparece su abuela, refleja el día en que le amputaron una pierna por una necrosis debido a la diabetes —paseó las instantáneas con interés—. Aquí está entre rejas, cumplió trece años sin causar un solo percance. Su padre la abandonó y su vida dio un giro enorme. Sí, eso lo recuerdo bastante bien. Esta otra —indicó una fotografía en la que había una persona

gritando entre llamas—, hace referencia cuando quemó a su padre Tobías mientras dormía. Pero de todas las imágenes, hay una que me sorprende y es esa unión entre hermanas —señaló el dibujo en que se fusionaba una mujer rubia y otra morena con el signo de *malin* sobre la cabeza—. Ana odiaba a su hermana Rosa… pero ahora parece que han hecho las paces, que han olvidado el pasado que las desunía —ató sus cabos en voz alta llevándose la mano a la nuca— *¡Malin!* Claro… por eso se llevó mi tatuaje. ¡Arreglar el pasado, para afrontar el futuro!

—Espere un momento… no tenemos tiempo para repasar todo el pasado de Ana, ¡vayamos al grano! —interrumpió el teniente coronel sin paciencia alguna—. Céntrese en la casa.

—Sensaciones, detalles, olores. ¿Se oía tráfico? ¿Aves? —preguntó Roca mesando su barba.

—Recuerdo que oía la corriente del río constantemente y que tenía paredes repletas de moho y humedad. Me tuvo drogada la mayoría del tiempo, por lo que no sé, qué corresponde a la realidad y que a mi alucinación.

—¿De qué color era? ¿Tenía tejado? —insistió Roca.

—Hablaba mucho de esa casa donde vivía con su abuela —hizo por recordar apretando los párpados—. En el sótano de mi casa guardo cajas con sesiones y otros materiales que me entregan los pacientes que visito. Creo recordar que me hizo un dibujo de su casa de campo. Creo que reproducía a la perfección como era esa casucha dónde una vez fue feliz.

Roca alzó una ceja. Intuyó que ese tenía que ser el lugar donde estaba Julia Verbeke.

—Pues envíenos una foto por email en cuanto lo halle, puede ser determinante —le urgió Miranda, buscando en su cartera una tarjeta con sus datos. Como no la tenía, el sargento le hizo entrega de una de las suyas—. Si es necesario la llevamos a casa.

—Mejor no. Mi marido no está conmigo en todo esto, ya saben…

Antes de dar por finalizado el interrogatorio, Roca le lanzó una última pregunta.

—Una última cosa, ¿por qué firmó ese maldito informe de aptitud? ¿Qué gana liberando a una paciente con claro espectro psicópata? Y no quiero poner en tela de juicio su labor, solo le hablo de este caso concreto en el que su acción, ha causado un daño irreparable.

La psiquiatra dejó caer una lágrima bajo sus gafas de pasta. Su labio se hinchó y titubeó como si fuese una manguera a punto de estallar. Finalmente, no pudo soportar la presión y reventó, liberando un caño de palabras con cierto sabor a culpa.

—Lo hice porque tenía planes mayores. Me da vergüenza admitirlo ahora… pero necesito hacer esta confesión. Firmé todos esos informes

favorables aun sabiendo que no era una persona estable —Roca la miró con los ojos como platos—. Cuantas menos presos que tratar, menos papeleo, menos carga de trabajo y menos estrés para mí: esa es la parte objetiva —guardó silencio antes de destapar sus intereses más oscuros—. La razón subjetiva: cuanto más presos sacara a la calle, mayor prestigio ganaría en el sector. Los números avalarían mi trayectoria profesional como psiquiatra y podría montar mi propia consultoría.

Miranda dio un trago al vaso de Raquel y engulló el agua, ahogando la barbaridad que iba soltar por la boca.

—Ya veo. ¡Pues enhorabuena! Se ha colmado de gloria —aplaudió el sargento azotando las manos irónicamente—. No olvide enviar flores a sus tumbas, cuando por su culpa, aparezcan nuevos cadáveres flotando en el río.

El teniente coronel llamó a la calma al sargento, sujetándole del antebrazo.

—Tenemos que dejar este interrogatorio aquí, el tiempo se nos echa encima —hizo una pausa—. Manténgase operativa y localizable, Raquel Falcón. Y, si recuerda algo más o encuentra ese dibujo de la casa, no dude en hacérnoslo saber. Su testimonio es clave para dar con el paradero de esa asesina.

Una vez salieron al pasillo, vieron como el alférez Téllez venía galopando a su encuentro. Tenía el rostro sumido en pánico y los ojos le humeaban.

—¡Ha llamado el sargento Mediavilla! Al parecer han encontrado tres bultos de ropa en el Mar de Madrid. Cada una de un estilo, incluyendo un bikini.

—¡Uff! —suspiró Miranda llevándose la mano a la boca en un gesto que anunciaba preocupación—. La cuenta atrás es inminente.

—¿Ha aparecido un cárdigan? —se angustió el sargento.

—Solo ha trascendido lo del bikini. Tiene todas las papeletas, de que se trata de la ropa de baño que llevaba la adolecente inglesa cuando desaparecido.

Roca no quiso añadir nada en voz alta. Más bien se maldijo sumido en un pensamiento. «Mierda. Lo siguiente que aparecerá trabado en una de las compuertas de la presa, será un cadáver. ¡Mantente viva, Julia! Es tu misión más importante. Si te pasara algo, yo…».

En ese instante, el Teco recibió una llamada de los buzos. Y salió corriendo del edificio sin esperar a su equipo de investigación. No era para menos…

Habían hallado un cuerpo trabado en una de las compuertas de una presa.

69
La identidad del cadáver

Tarde, miércoles 2 de junio de 2022.
Puesto de Buitrago.

El teniente coronel y Nekane Ndiaye, llegaron al patio del puesto de Buitrago. Con detenimiento, contemplaron la construcción del carismático cuartelillo; en comparación con el Edificio de Cristales, aquello era la caseta de un perro. Tras la estampida del teniente coronel, se temieron lo peor. Pero no quisieron agobiarlo demasiado con llamadas, tan solo, se limitaron a realizar el mismo camino, como quién sigue a un delincuente, que se ha dado la fuga tras robar en una licorería. Una vez dentro, saludaron de manera general. Como novedad, se encontraron en recepción, una flamante máquina expendedora que surtía café y snacks. Roca pasaba de las grasas industriales, pero tras el cristal, vio una chocolatina que sí merecía su atención. Buscó en su cartera e introdujo un euro en la rendija. Recogió la chocolatina marca *Toblerone* y la guardó en su mochila, pensando en entregársela a Julia cuando la volviera a ver. «El pensamiento crea el resultado. Tengo que visualizarla ilesa. Masticando y dándome las gracias por haberle traído su chocolate favorito», se convenció.

—¿Dónde estabais? La espera se me ha hecho eterna.

—Hemos venido lo antes posible, mi teniente coronel —justificó Roca su demora—. Nos asustamos cuando salió a las bravas del edificio. Ahora no nos haga esperar con la noticia. ¿Qué ha pasado? ¿Está blanco?

—Ha aparecido un cuerpo.

—¿Qué? —se angustió Roca—. Pe… pero ¿por qué no nos ha comentado nada? ¡Mierda!

—Hubieras venido con el pedal a fondo todo el camino, poniendo en peligro tu vida y la de tu compañera.

—Pues menuda estrategia… ¡Se trata de Julia! Dígame que no.

—Siéntate y escucha —le propuso—. El cuerpo se ha quedado trabado en la compuerta de uno de los aliviaderos de la presa del Villar —realizó un silencio que los asustó. Nekane clavó la mirada en los labios del Teco, rezando por no oír el nombre de la teniente—. No han podido determinar su sexo todavía. Lo están rescatando ahora. Pero según me cuenta Tocino, ha oído que está calvo.

Nekane resopló con alivio, ganándose la mirada de desapruebo de

su jefe.

—Sé que es una pérdida humana —se disculpó la de Científica—. Pero, si le soy franca, me ha dado alivio no escuchar que tenía el pelo largo y rubio…

—¿Igual le han arrancado la cabellera? —vaticinó Roca poniendo los vellos de punta al resto—. No demos las cosas por sentado.

—Tenemos que salir de dudas ahora —animó Nekane—. Yo no aguanto más.

—Estoy que me como por dentro.

—Tranquilo Roca. A eso hemos venido —le advirtió metiéndose un caramelo de regaliz en la boca—. Toma las llaves de mi coche, no me fio del Renault Laguna. Tu conduces. Mientras tanto, haré una llamada a los buzos para que rastreen el tramo que transcurre entre la presa de El Villar y de El Tenebroso.

El BMW pilotado por el sargento Roca, puso rumbo a la ubicación enviada por Tocino —el Teco iba de copiloto y Nekane de pasajera—. Sin tiempo que perder, desestimó los límites de velocidad apretando el acelerador a fondo, como si las señales de tráfico fuesen farolillos de feria.

—Si nos basamos en su modus operandi: Caronte elige a su víctima, tira la ropa y en un margen mínimo de diez horas, aparece el cuerpo —teorizó Roca abriendo su ventanilla para que circulara el espeso aire que vaporeaba su jefe—. En otras circunstancias, apostaría que se trata del cuerpo de la adolescente; ya que fue la primera en desaparecer. Pero en esta ocasión, los bultos de ropa han aparecido al mismo tiempo. Eso me tiene bastante descolocado. ¿Se deshará de todas sus rehenes a la vez? ¿Nos depara un puto asesinato en masa?

—Esperemos que no —deseó Nekane—. No sería inteligente transportar a tres cuerpos a la vez. Supongo que tendrá que decidir de quién se deshace primero.

—Verbeke está jugando una baza muy peligrosa. Ya la conocéis. Ese carácter puntilloso, puede sacar de quicio a cualquiera y eso no es lo más sensato durante un brote psicótico —se entristeció Roca emitiendo un chasquido con su lengua—. Esperemos que sepa manejar la situación y que aguante hasta el final.

—Su acción de “dejarse coger” nos ha metido un plus de presión —lamentó el teniente coronel suspendiendo la pantalla de su teléfono móvil—; pero lo ha hecho en pos de la investigación y eso es digno de admirar. No puedo negar que la teniente es una kamikaze de manual —se giró como un aspersor hacia sus oyentes, dejando entrever un atisbo de aprecio en sus palabraas—. Capaz de sacrificarse sin pensar en ella, con tal de cerrar un caso o atrapar a un asesino. Y es en estas circunstancias, cuando te das cuenta de quién trabaja por vocación y quién está por la pasta.

Cuando comenzaron a ascender por la carretera de camino a la sierra, una espesa niebla les engulló y el coche desapareció entre los nudos grises de vapor como si hubiese cruzado un umbral hacia otra época.

—¡No se ve un carajo! —se quejó Roca, que se mostraba más irritado que de costumbre.

—Reduzca la velocidad, sargento, reduzca —insistió el jefe viendo como la carretera se desdibujaba bajo el banco de niebla—. Mejor llegar tarde, que no llegar.

—Me conozco el camino cómo la palma de mi mano. Llevo una semana dando viajecitos a la sierra. Y quiero conocer la identidad del cadáver que ha aparecido en la presa.

—¡Cuidado! —gritó Nekane agarrando la cabeza de Roca por detrás—. ¡Hay alguien en mitad de la carretera!

—¡Frene, coño! —le ordenó Miranda con la cara blanca y los ojos como platos—. ¡¡Que nos comemos la cabra!!

Roca pisó el pedal como quién aplasta a una cucaracha. Los neumáticos flotaron sobre el asfalto y vehículo se deslizó unos metros. Tras dejar una estela de goma sobre el alquitrán, se detuvo con media rueda metida en la cuneta. Por suerte, todo quedó en un susto. De entre la bruma, apareció un chivo. Era enorme, con barba y dos cuernos anillados que se enroscaban alrededor de su hocico peludo —Roca vio al demonio. Al emblema de las sectas satánicas por antonomasia, y lo tomó como un mal presagio respecto al destino de Julia—. Luego apareció un pastor con un perro de agua, dando voces a no menos de cien ovejas que berreaban insaciables.

—¡Bájese del coche! Mejor conduzco yo, sargento —le ordenó el teniente coronel—. Estás demasiado alterado.

Roca se apeó y tras pisar un reguero de cacas, volvió al habitáculo metiendo peste dentro del vehículo. Nekane bajó su ventanilla y asomó la nariz. El Teco lo miró con recelo y luego maldijo las ovejas.

Finalmente, llegaron ilesos hasta los aledaños de la presa de El Villar. Allí la niebla ya había encontrado cobijo en el cielo, anhelando ser de nuevo una bonita nube. Como no podía ser de otra manera, el entorno que rodeaba a la escena del crimen, estaba completa de aforo. Reporteros y furgones de los principales informativos nacionales, ya hacían correr la noticia por todo el país, en riguroso directo. El teniente coronel estacionó de cualquier manera y sus ocupantes, salieron despedidos del habitáculo, como si el airbag los hubiera proyectado hacia el exterior. El perímetro de seguridad estaba claramente balizado y vigilado por guardias civiles. Miranda, Nekane y Roca se colocaron los chalecos con la inscripción UCO en la espalda, como protocolo de identificación de cara a los miembros que custodiaban el lugar de los hechos. Desde aquel punto en alto,

pudieron ver como el río serpenteaba sin apenas corriente entre las faldas de las montañas. Sus aguas podían ser de las más puras de toda España, pero también parecían a día de hoy, de las más malditas de todo Madrid.

El río Lozoya ya era sinónimo de muerte.

Como un entrenador vigilando a su púgil, se encontraron al brigada Tocino sujetando las cintas que rodeaban la escena del crimen, como si fuesen las cuerdas de un ring de boxeo. Sus ojos mostraban preocupación, mientras dejaba consumir en sus labios un cigarrillo encendido, como si se tratase de una varita de incienso.

—Enhorabuena por su idea de cerrar las compuertas ha funcionado ¡¿Qué hace aquí?!

—Mi teniente coronel, ¿qué tal? Pues viendo los toros desde la barrera. No me queda de otra. No tengo un chaleco como el de usted.

—¿Sabes si han sacado el cuerpo del agua? —añadió el hípster mesando su barba.

—Buenas tardes, sargento —saludó el brigada—. Según he podido oír de un compañero, los buzos acaban de subir el cadáver a la lancha. Pero no han desvelado nada sobre su identidad. Lo van a traer a tierra firme. Supongo que a la plataforma de hormigón de la torre de vigilancia, para mantener a raya el revuelo.

—Gracias, brigada —se impacientó Roca poniendo su portaplacas por encima del chaleco sin mangas.

Tocino se quedó allí, expectante, arrugando su frente y afinando la vista, como un curioso más de los que hacían sus cábalas sobre la identidad del cadáver. Miranda, detuvo su paso y no meditó demasiado su decisión —se sentía en deuda con el brigada y decidido recompensarle por su ingeniosa idea de cerrar las compuertas de las presas—. Así que se giró sobre los talones de sus mocasines, se bajó la cremallera y le arrojó a las manos su chaleco rotulado con la leyenda a la espalda de “UCO – GUARDIA CIVIL”.

—¡Tocino! ¿Te vas a quedar ahí todo el día? ¡Vamos!

Los cuatro caminaron hasta la torre de control que emergía del embalse. Cruzaron la pasarela de hormigón armado, que se sostenía sobre tres pilastras sumergidas y llegaron hasta donde el forense determinaba la hora del fallecimiento y las posibles causas de la muerte. Los recién llegados sintieron alivio al comprobar que se trataba de un varón y resoplaron al unísono como si lo trajeran ensayado. «No se trata de Julia Verbeke… gracias universo», sintió Roca la gratitud del destino. Los flashes de la cámara de la compañera de Científica, hacían resaltar con su luz, el brillo de las múltiples heridas que mostraba el cadáver. Mientras tanto, el forense manipulaba el cuerpo con ayuda de una compañera del Instituto Anatómico.

—¡Muerte violenta! —obvió Santana tras inspeccionar las lesiones del varón que estaba desnudo y bocabajo—. Y diría que no han transcurrido más de dos o tres horas.

—¿Le faltan los brazos? —se sobrecogió el teniente coronel apretando sus minúsculos ojos para ver desde su posición.

—No. Solo que está sobre ellos. Los tiene atados por delante del pecho —aclaró Santana—. Parece que lo han torturado. ¡Mira las lesiones contusas que tiene repartidas por todo el cuerpo! Le han machacado los huesos y tiene el cráneo destrozado.

—¿Le han arrancado algún tatuaje? —preguntó Miranda sin alzar mucho la voz.

—De la espalda, no —certificó revisando de nuevo su anatomía en aquella postura antinatural, donde las rodillas miraban hacia fuera y los brazos no se veían—. Habrá que girarlo para examinarlo por delante.

El sargento Roca contempló la espalda del fiambre. Y le causó cierta atracción todos esos tatuajes que resaltaban sobre su blanquecina piel. Tenía nubes, flores de loto y dragones japoneses; varios litros de tinta inyectados gota a gota. Con sumo cuidado, el equipo forense tornó al cuerpo. Roca supo de inmediato que era Rambo. Además de tener la frente en carne viva, le faltaban los ojos. Tenía los brazos unidos por el pecho, por una cadena de eslabones robustos, que conformaban una espiral a lo largo de sus antebrazos. El pecho también lo tenía recubierto de coloridos tatuajes, en una mezcla reiterativa de tonos verdes, amarillos y naranjas que tomaban protagonismo sobre los músculos. En la mejilla, muy cerca de la frente descarnada, estaba la marca de la asesina.

—Este también lleva la firma de autoría de esa loca —indicó Nekane tomando la foto correspondiente—. Ahí tiene la dichosa letra "A".

—Parece que Andy, está limpio —susurró Roca—. Desde el calabozo no ha podido orquestar todo esto y menos aún tatuar esa letra.

—Guárdate tus deducciones para luego. No olvides que hay oídos por todas partes —le llamó la atención a Roca.

El forense se aproximó al fiambre. Le abrió la boca e inspeccionó sus fosas nasales con detenimiento. Luego determinó.

—Este no respiraba cuando fue arrojado al río. No muestra restos de espuma.

Tocino no salía de su asombro con el asesinado. Estaba convencido de que algo se agitaba dentro de los tejidos donde debían estar sus ojos. Nekane también se sintió atraída por lo mismo y se arrodilló muy cerca del cráneo de Rambo. No pudo callarse la duda que abordaba su intelecto.

—¿Cómo es posible que tenga larvas, si solo lleva unas horas muerto?

—Porque ya las traía —argumentó Santana. Tras la espeluznante conjetura, el forense anadeó hasta la cabeza del cadáver, se acuclilló y con sus manos enfundadas en látex palpó las cuencas orbitales sin ningún tipo de reparo—. La trayectoria del arma usada, ha entrado por la fosa toclear de un ojo —le abrió la mandíbula e inspeccionó el cielo de la boca con un ayuda de una linterna—. La lesión en el otro ojo parece más profunda, le ha traspasó el paladar. En cuanto al aspecto de sus labios, se aprecia que están cuarteados y violáceos: signos evidentes de deshidratación. Por lo que intuyo, que tuvo que estar retenido tres días sin recibir apenas agua, y muy posiblemente con la lesión ocular desde el principio. Los tejidos que rodean las órbitas craneales, tienen principio de necrosis. Y si ha estado maniatado, es posible que no haya podido evitar que las moscas se le posasen en su cara y que, por tanto, depositaran en la herida sus huevos. Las larvas solo precisan de veinticuatro horas para eclosionar.

—¡No se puede ser más salvaje! —se espantó el teniente coronel—. Nos está mostrando todo su potencial. De lo que es capaz… Pero está muy equivocada, si se piensa que vamos a dejarla terminar esta masacre, a la que ella llama obra.

Tocino retiró la mirada del cuerpo. Con ganas de vomitar, se alejó hasta la barandilla oxidada de la plataforma. Era su tercer cadáver en menos de un año y cada vez tenía más claro, que lo suyo era poner multas y detener a cazadores sin licencia de armas. Roca, que no se quitaba de la cabeza el sufrimiento por el cual podía estar pasando Julia, se apartó del cadáver y caminó en círculos alrededor de la torre intentado serenarse. Su pensamiento se volvió recurrente, como un mantra derrotista que le hacía temerse lo peor. «¿Y si esa malnacida le está haciendo lo mismo que a Rambo? ¿Le estará metiendo un cuchillo bajo el cuero cabelludo? ¿La estará apuñalando en el vientre? ¿Le habrá vaciado los ojos?», se afligió. Tras girar varias veces, como la manecilla de un cronómetro, se detuvo junto a la figura Tocino. No añadió nada, tan solo se acodó en la barandilla. Desde su posición, contempló la inmensidad de aquel embalse de 23 hectómetros cúbicos, donde las nubes se aplastaban contra el cauce como si de una plancha de acero se tratara. Y pensó en el futuro inmediato; supo que era tan tupido e incierto como el horizonte que se abría ante sus ojos. Tocino, en un acto de empatía desconocido hasta el momento, le echó el brazo por encima a Roca, y apretó con fuerza sus dedos amarillentos sobre uno de sus hombros. No sumó palabras a su muestra de apoyo. Sabía que el sargento necesitaba sentir que no estaba solo en este sufrimiento. Tras unos minutos en aquella postura, pudieron apreciar como bajo la superficie cristalina del agua,

danzaban dos botellas amarillas como si estuviesen frente a un estanque con carpas japonesas. Se trataba de los buzos explorando la zona. Éstos, descartaban que los pilares de hormigón que sostenían la plataforma de la torre, y que hacían de medidor de la altura del agua del embalse, estuviesen reteniendo ropa o incluso un cadáver. Uno de los submarinistas salió a la superficie con ropa mojada entre sus manos y la subió a la lancha. El que estaba arriba, la extendió con cierto desespero y pudo comprobar que se trataba de una rebeca larga sin botones de color verde y un pantalón vaquero con manchas marrones.

—Diría que esa es la rebeca de… —exclamó Tocino quebrando la calma del silencio.

—Sí, Tocino. Me temo que es el cárdigan de Verbeke—asumió Roca convencido de lo que veían sus ojos. Luego apretó la barra de la barandilla con todas sus fuerzas como si pudiese constreñirla con los dedos—. Precisamente, se la regalé yo por su cumpleaños. Me temo que la teniente está sentenciada.

Tocino desplazó su mano, del hombro a la nuca de Roca, y lo acaricio como si fuese un cachorro desvalido. El Teco, atraído por las voces que proferían los buzos, acudió hasta dónde se encontraban los dos observadores.

—Tranquilo, sargento. La tenemos cercada. De esta presa a la otra que se remonta río arriba, solo hay nueve kilómetros. Los buzos van a hacer dos grupos y van a barrer desde los puntos opuestos hacia el centro —lo llamó a la calma—. Nosotros, no vamos a descansar. Nos surtiremos de café de la máquina expendedora del puesto de Buitrago, para no pegar ojo hasta dar con esa criminal. Y por supuesto, vamos a estar dando zancadas por el monte, mientras estos submarinistas rastrean el lecho del río, en busca de las pertenencias.

—Creo que ya vamos tarde. Aun así, no voy a tirar la toalla. ¡Pienso morir con las botas puestas, mi teniente coronel! —se descorazonó zafándose del brazo del brigada. Sumido en un gesto de rabia, se fue hacia un lateral de la plataforma y sacó el pecho por encima de la barandilla. Mirando el cauce, rugió con toda su alma, como si fuese una bestia que reclamaba el dominio de su territorio—. ¡¡Juliaaaaa!! ¡¡Aguantaaa!!

70
Personalidad múltiple

Noche, miércoles 2 de junio de 2022.

«Una avispa», pensó Verbeke al notar un picotazo en la cara. Luego vino otro y otro todavía más doloroso. Cada pinchazo, venía acompañado de un característico tintineo que sonaba muy cerca de sus oídos. A pesar de sus esfuerzos por descubrir que estaba ocurriendo, no atinó a abrir los ojos. Los medicamentos, el calor y la sed, caían como bombas de racimo sobre su debilitado cuerpo, minando sin compasión, sus reservas de energía. «¿Y, esto? Noto un peso muerto sobre los muslos», se inquietó averiguando que alguien estaba encima de ellos. Tras insistir, consiguió elevar los párpados y fue cuando sus peores pronósticos se materializaron: tenía a la asesina encima. A horcajadas, se distraía con unas pinzas de depilar, con las que extraía los fragmentos de cristal que ensartaban el churretoso cutis de Verbeke; en la otra mano, sostenía un bol de cerámica donde los depositaba, provocando un sonido repetitivo: «¡Tin, tin! ¡Tin, tin!».

—Buenos noches, dormilona —le saludó Ana con la cabellera de Clara Tundidor encastrada hasta bien entrada la frente—. No te muevas, ayer me quedé a medias. Todavía tienes cristalitos.

—¿Ya me has arrancado el tatuaje?

—¡Tah, Tah! —negó con la cabeza—. De eso se encarga Ana, pero estaba tan agotada tras arrastrar a Rambo hasta el filo de la presa, que me ha dejado a mí que venga a atenderte.

Con un fugaz golpe de vista, averiguó que las otras dos tenían los tatuajes intactos y que, por consiguiente, todavía podían llevar a cabo el plan de estropear los dibujos. Verbeke suspiró aliviada. Luego, aprovechó la cercanía y la atención, para comprometer la dualidad de su psique.

—Claro, supongo que Ana es la jefa. La líder. Y tú tienes que obedecerla a pies juntillas, ¿no?

—¡No creas! Ana me ha ordenado que te saque los ojos por volcar nuestro coche —le confirmó pinzando un cristalito de la mejilla. Verbeke la miró fijamente y pudo apreciar el halo transparente de las lentillas azules sobre sus iris—. Pero no voy a hacerlo. Al menos por ahora. Estamos muy centradas en el Mapa del dolor.

—Pues tu hermana me dijo ayer, que el lienzo es obra suya. Y qué no habla de ti, tú solo eres un incidente más en su vida —usó sus malas artes para envenenar la bondad de Rosa—. Supongo, que te está

utilizando… como a todas nosotras.

—Cada una, tenemos un fin determinado. Ana es la artista —admitió con orgullo—. Vosotros sois la materia prima y yo… ¡Yo soy su musa de inspiración!

—Pues como hermana, deberías inspirarla hacía el buen camino —añadió convenciéndola de su buena fe—. Este cuadro solo le traerá problemas con la justicia y os volverá a separar. Está en tus manos… salvarla.

—¿Cómo? —preguntó soltando el bol a un lado y metiendo las pinzas dentro—. ¿Qué harías tú?

Por un instante, Julia Verbeke dudó de Ana, ya que podía estar fingiendo que era Rosa para sonsacarle sus intenciones. Aun así, no desaprovechó el intento.

—¿Por qué no dejas libre a esa adolescente? Sería un gesto de grandeza por tu parte.

Rosa se retiró de encima de su rehén. Recogió el bol del suelo y lo posó en la mesita de noche. Del primer cajón, tomó un mechero de gasolina de marca Zippo, y encendió una vela que estaba hecha un mazacote, sobre un cenicero de barro de una esquina del establo. La estancia tomó algo más de claridad.

—Si la dejo libre, nos delatará. ¡Tah, tah! Eso no puede pasar. Además, Ana se enfadaría muchísimo y la pagaría con vosotras, como hizo con el inepto de Rambo.

—No le dirá nada a nadie. Fingirá que se ha perdido, ¿verdad, Peach? —susurró Verbeke guiñándole un ojo. La adolescente agitó la cabeza con cierto pavor—. Será un secreto entre nosotras —luego miró a los ojos de Rosa—. Tiene toda la vida por delante. Tiene ambiciones, sueños que cumplir, un padre al que abrazar, amores que conocer… Está muerta de miedo, ¡mírala!

—Nadie tiene asegurado el mañana —respondió Rosa bastante consternada—. Igual mañana, se ahoga en una piscina con un golpe de calor.

—¡Piénsalo! Ana necesita salvar a su hermana y esta niña, puede provocar que su alma repare la cicatriz.

La asesina se llevó las manos a la cabeza como si estuviese oyendo una vocecita que le decía algo que no debía. Lentamente, bajó los brazos y usando un tono derrotero, respondió cabizbaja.

—No puedo echarme atrás ahora. Hemos llegado muy lejos. Diego, Raúl, Clara, Rogelio, Rambo… No fue fácil convencerlos de que íbamos a repasar sus tatuajes gratis. Nos costó mucho engañarlos para que vinieran hasta aquí. ¡Dejarla escapar, sería dejar a media la obra de nuestras vidas!

—Tu hermana solo te quiere para limpiar su conciencia —malmetió enfrentando las dos personalidades—. No eres más que una

excusa para sentirse en paz consigo misma. Eres un falso reflejo de su conciencia. Para ella, no existes.

Rosa cambió el semblante. Seria, se adentró en la casa. Una vez llegó a su dormitorio, y como si estuviese en el camerino de un plató, se deshizo de la cabellera y de las lentillas. Las tres rehenes, aprovecharon aquel momento a solas.

—A estas alturas, no creo en los milagros —le reprochó la ferretera —. Pero, ya puestos, ¿por qué no le has dicho que me libere a mí también? Me conozco estos parajes mejor que esta guiri y podría volver al pueblo en menos que canta un gallo.

—¿No te da lástima verla tan joven y frágil? —buscó compasión en Carmen—. Me recuerda a mí con su edad. Enfrentándome a un monstruo mucho más grande que yo.

—Muy bonito. Pero, en esta situación, prefiero ser yo la que salve el pellejo. Tengo abuela y una madre a la que abrazar —alegó la ferretera—. Su vida no vale más que la mía.

—No. Pero si te soy sincera, tu aburrida vida de ferretera junto a tu madre, me parece un tanto triste. Sin embargo, a ella la veo indefensa, infantil y aterrorizada.

—Tienes una hija, ¿es eso?

—Nunca me he planteado ser madre. Ser mujer no implica ser una fábrica de bebés —desistió Verbeke. Luego se giró todo lo que pudo con el fin de poder mirar a la adolescente y entonces intentó calmarla —. ¡Peach! Peach. Girl…

La inglesa sacó su cabeza de entre sus cabellos grasos. Tenía los ojos rojos y bolsas bajo los párpados fruto del insomnio.

—¿Sí?

—Vamos a salir de aquí, ¿me entiendes? —le auguró Verbeke en un tono bajo y muy vocalizado.

—¡No quiero morir! ¿Por qué la *police* no viene a rescatarnos?

—Porque nadie sabe dónde estamos… Pero darán con nosotros, ya verás.

—Deberíamos rezar —sugirió la adolescente buscando consuelo en una plegaria—. Jesucristo nos guiará.

—¡Va a ser que no! —se enfadó Verbeke, provocando que Peach abriera los ojos—. Tu Dios no es de fiar. ¿No ves que no ha hecho nada para evitar que esta asesina en serie te atrape? Confía en mí. Yo no soy la Virgen, pero haré todo lo posible por guiarte hacia la salvación, ¿me entiendes, Peach? —la chica asintió con la cabeza—. Escúchame atentamente, ahora tenemos que ser fuertes…

—*Strong!!* —añadió la ferretera aportando su conocimiento básico de inglés.

—Muy valientes… porque vamos a sufrir —le explicó imprimiendo emoción en el tono—. Rosa y Ana están muy obsesionadas con esa

porquería de cuadro. Y nosotros somos la paleta de colores perfecta que necesita para encumbrar su obra de arte. Por esa razón nos retiene… lo malo es que, después de arrancarnos los tatuajes, se deshará de nuestros cuerpos —la adolescente comenzó a tiritar—. Peach, *keep calm*. Es hora de comportarnos como mujeres adultas, ¿ok? Escúchame, vamos a raspar nuestros tatuajes con lo que esté a nuestro alcance; tenemos que destrozarnos los dibujos y que la piel quede deslucida. Así, no le valdremos para el lienzo.

—La idea no es buena —discrepó la ferretera con aires de menosprecio—. Está muy bien hacer de heroína, pero te recuerdo que estamos atadas como si fuésemos bestias de arrastre. Nosotras igual tenemos una posibilidad de desgarrarlo por la zona en la que tenemos el dibujo. Pero ¿cómo vas a hacerlo tú? Tienes las muñecas juntas.

Verbeke miró sus manos, apenas podía ver al completo la O de Oeste, en su rosa de los vientos. «¡Mierda! No he caído en eso. En mi propio plan, he sacado la pajita más corta».

—¡Duele! ¡Ahh! —se quejó Peach, frotando con delicadeza su tatuaje contra la pared—. *Oh my God!*

—Más dolerá cuando te clave una aguja en el cuello y luego te cercene un filete de carne ¡Eso sí que será intenso! —advirtió la teniente con el fin de que no cesara en su cometido—. Lo que os pido es que lo pongáis borroso. Que lo arañéis y que esa piel no le valga para su Mapa del dolor.

Peach lo entendió a la primera. Mordiéndose el labio con los dientes, raspó con más ahínco la parte superior del brazo, mientras rezaba mentalmente un padre nuestro. Cuando llevaba treinta segundos, y su delicada y blanca piel comenzó a abrasarse debido a la fricción, empezó a jadear y llorar. Sus rezos se desvanecieron encapsulados en las lágrimas que recorrían sus mejillas.

—*Strong!* —le animó Verbeke—. Lo estás haciendo muy bien.

La ferretera comenzó a buscar la posición perfecta para desollar su tobillo contra las piedrecillas del suelo. La postura le resultó bastante incómoda, pero consiguió hacerse sangre sobre el tatuaje. La que propuso el plan, no podía hacer más que asistir al macabro espectáculo. Tenía un billete en primera fila para contemplar el resultado de su película de terror. La directora, se quedó sin palabras, viendo como interpretaron con maestría el guion. Tras una hora, Carmen aniquiló su bandada de pájaros y Peach, emborronó a una de las dos niñas que aparecía en su tatuaje.

Unos pasos lentos y medidos, auguraron que la psicópata venía por el pasillo en dirección al establo.

—*Stop!* —alertó Verbeke a la extranjera, que estaba sumida en un frenesí por deshacerse del dibujo que se hizo el día en que murió su madre.

Peach frenó y bajó el codo. En la pared quedó una mancha anaranjada con restos de pellejos enrollados. La dueña de la casa —y de sus vidas— hizo acto de presencia. Se posicionó junto al caballete con el lienzo y lanzó una escalofriante carcajada. Esta vez, no traía cabellera, pero si tenía las gafas puestas —todas llegaron a la misma conclusión—: se trataba de la temible Ana. En una de sus manos traía una jeringuilla cargada de alguna sustancia lisérgica, dando a entender que una de ellas estaba a punto de ser sacrificada para ilustrar el lienzo.

—Ya he descansado lo suficiente. ¡Hora de trabajar! —se entusiasmó la psicópata—. Ahora le toca el turno a la inglesita… Su tatuaje habla de mi hermana y yo, caminando de la mano hacia un futuro infinito.

—¡No, no, no, no! —pataleó la elegida.

De repente, Ana se quedó callada y quieta. Luego, mandó a callar a Peach. Sus cejas se enarcaron y fijó su mirada en la claraboya del establo. Se había dado cuenta de un detalle, que las otras tres habían pasado por alto: había demasiado silencio en el ambiente; como si el bosque hubiese pulsado el botón de *mute*.

—¿Rosa? —quiso saber Verbeke, esperanzada porque aquel estado catatónico, fuese un interruptor mental, que hubiese apagado a Ana.

—¡Shhh! —la mandó a callar. Su expresión mutó de entusiasta a preocupada, como quién se cambia una máscara por la otra. Soltó la jeringuilla en la mesita de noche, retomó el cuchillo de hoja larga y salió con cautela al exterior—. ¡¿Qué está pasando aquí?!

—¿Qué le estará rayando? —intrigó Carmen buscando respuesta.

Verbeke la obtuvo de inmediato. Se acaba de dar cuenta del detalle.

—Es la corriente. No se oye.

—Es cierto —giró Carmen la cabeza como si fuese una parabólica —. Se ha detenido.

—¿Y eso es normal? —intrigó haciendo sus cábalas.

—Que yo sepa no —se extrañó la ferretera—. Mi abuelo trabajaba de mantenedor de las presas… y ésto, lo hacen cuando van a reparar algún tramo o hay sequía.

Ana entró de nuevo en el establo, sabía que algo no marchaba bien y que muy posiblemente, ya la tenían cercada. «El tiempo se me acababa», vaticinó. Con cierta ansiedad, se aproximó a su Mapa del dolor y señaló el espacio donde iba a poner el tatuaje de la adolescente.

—Pelirroja pecosa, el dolor que sufriste cuando te hicieron el tatuaje, alimentará ahora esta obra dándole realismo, sentido y emoción —Ana se dirigió hacia Peach y volteó su pálido bíceps. Para su sorpresa, pudo ver que allí no estaba aquel dibujo especial repleto

de significado, sino que en su lugar había una quemadura reciente que envolvía con su halo descarnado, a un monigote de tinta—. ¡No! Pero ¿qué has hecho? ¡Estúpida! ¡Has destrozado un momento muy importante de mi vida! —le propinó una bofetada con la mano abierta —. Ya no me sirves…

—Peach, cierra los ojos —le aconsejó Verbeke viendo como Ana agitaba el cuchillo de un lado hacia otro.—. *Close your eyes!*

La adolescente obedeció. Temía que Ana le clavara el cuchillo en sus pupilas como hizo con Rambo; sin embargo, la psicópata cambió el arma por la jeringuilla.

—¡Ana! —le llamó la ferretera armada de valor—. Mira mi tobillo. Yo he hecho lo mismo.

La asesina subió sus gafas hacia arriba, ya que la montura patinaba sobre el sudor de su ternilla como si el armazón fuese de mantequilla, y su nariz una plancha al rojo vivo.

Ana estaba agobiada.

Desesperada.

Llena de ira.

«Les voy a rebanar el cuello. Y voy a disfrutar viendo cómo se desangran. Sus vidas no tienen ningún sentido».

—Ha sido tu hermana la que nos ha dado la idea —lanzó Verbeke un órdago, sacándola de sus nocivos pensamientos—. Tu obra requiere de un trabajo impecable, minucioso… y nuestros tatuajes no harían más que arruinar lo que ya tienes. Si sigues con esto, tu talento quedará en entredicho para otros artistas. No te sirven… ¡asúmelo!

—¡Rosa jamás boicotearía nuestro plan! —Ana levantó la jeringa apuntando al techo. Luego apretó el embolo y el espeso líquido comenzó a caer lentamente hacia el suelo—. ¡Mentirosa!¡Quieres confundirme!

—Creo que con lo lista que eres, no has caído en una cuestión primordial: esos trozos de piel están podridos —insistió en su proceso de desestabilización—. No perduraran en el tiempo. Las pieles hay que curtirlas. Tendrías que haber separado los tejidos grasos; influyen directamente en la putrefacción.

—¿Cómo sabes tú eso? —se mostró dolida.

—Digamos que conozco muy bien la piel de los cadáveres y el proceso de necrosis.

—¡Cállate! —se sulfuró Ana caminando hasta la teniente. Aproximó tanto la jeringuilla al parpado derecho de Verbeke, que ésta notó el bisel de la aguja coquetear con sus pestañas—. Estoy pensando en cómo arreglarlo.

—Ya no te son de utilidad, ¡déjalas marchar! —insistió usando un tono convincente—. Yo en cambio, tengo mi tatuaje intacto.

—Ni hablar, investigadora de pacotilla —se negó Ana, alejando la

jeringuilla del rostro de su rehén—. Tengo que acabar mi obra. Necesito esos tatuajes —se llevó una mano a la sien—. Y te recuerdo, que por tu culpa ya no tengo coche para ir en busca de materia prima.

Verbeke empezó a quedarse sin argumentos, aquella degenerada estaba muy convencida de su propósito. Cada vez parecía más distante de la realidad, y el dolor ajeno que producía el acto de arrancar un tatuaje de cuajo.

—No te saldrá bien. Deberías entregarte a la justicia —se empeñó buscando una grieta en su férrea coraza—. ¿Has pensado en qué harás cuando termines con tu obra? Estás a punto de convertirte en la asesina en serie más deplorable de España —Ana abrió la mirada como quién había recibido un halago—. Y no podrás ir a ningún lugar. Tu cuenta bancaria será congelada para que no puedas sacar dinero. Habrá controles en las aduanas. Serás perseguida y humillada por la sociedad. ¡No sumes tres muertes más a tu historial delictivo!

Ana se aproximó a los pies de la adolescente, tocando con sus zapatillas deportivas las plantas desnudas de Peach. Su mirada, mostraba confusión. No hacía más que pensar en las palabras que Verbeke le había inoculado. Y empezó a sentir que su plan de fuga tenía fisuras. «Esta imbécil tiene razón, tenía pensado marcharme lejos de España para emprender una nueva vida junto a Rambo, pero ese mierda ya está muerto, y yo estoy sola de nuevo… bueno, casi sola. Aún tengo a una aliada», se convenció.

—¡Rosa! —gritó Ana hacia el interior de la vivienda como si la estuviera persiguiendo por el pasillo—. Tengo un plan.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Carmen aprovechando que estaban solas.

Peach, miró a Verbeke, como si esta fuese su madre. A cambio, recibió una respuesta esperanzadora.

—Esta confundida. ¡La tenemos en cortocircuito! No nos queda otra que seguir ganando tiempo. Mis compañeros nos encontrarán pronto. Deben de estar empleando todos los medios posibles para dar con este sitio. Conozco sus métodos y son… ¡la hostia!

Ana apareció de nuevo, pero no lo hizo por la puerta del pasillo, sino por la del establo que daba al exterior. Venía con una carretilla de color verde, colmada de paja y follaje. Respecto a su apariencia, se había colocado la cabellera rubia de Clara de malas formas y no se había quitado las gafas. Era una versión de ambas hermanas en el mismo cuerpo. Lo que la hacía más impredecible a la hora de saber con quién estaban tratando.

—¡Buenas noches! —susurró usando un tono espeluznante.

—¿Rosa? —dudó Verbeke de su identidad, ya que la asesina había fusionado su look.

—Sí —respondió empleando una vocecilla aterciopelada.

—¡Te echábamos de menos! Tienes que liberarlas —le rogó con desespero—. La obra de arte que quiere llevar tu hermana a cabo, ya no tiene sentido.

Rosa soltó el carrillo de mano. Y comenzó a lanzar pasto seco a puñados sobre sus rehenes. Cuando consideró que tenían una buena capa de forraje, desistió en su gesto. Caminó hasta la mesita de noche, y del primer cajón sacó un mechero de gasolina de marca Zippo.

—Tienes razón. ¡Qué desperdicio! Pero no podemos permitirnos que nos delatéis —encendió de un hábil gesto el mechero y la llama resplandeció en la lente rota de sus gafas, creando un espeluznante crisol—. Gracias a ti, no tenemos coche para dejar los cadáveres en un punto apartado del río. Nos has obligado a improvisar; Ana ha tenido la fantástica idea de que os recubra de pasto seco y… os prenda fuego. ¡Arderéis como brujas!

71
Strong!

Noche, miércoles 2 de junio de 2022

Con el fulgor de la llama grabada en la retina y el olor a gasolina blanca atizando su olfato, Verbeke intentó convencer a Rosa, para que cesase en su empeño de hacerlas arder en una pira.

—Si nos cubres de paja y nos quemas, la chimenea de humo se verá desde muy lejos. Los servicios de vigilancia del monte, no tardarían ni quince minutos en plantarse aquí —le amedrentó a que desistiera de su obstinación—. Tú eres la más inteligente de las dos hermanas. Tienes que advertir a Ana de que no es buena idea.

La asesina se quedó pensativa. Miró el carro de mano que estaba a media carga y lanzó una mirada a Peach, pensando en recubrirla hasta las cejas de hierba seca. Pero no lo hizo. Cerró la tapa del mechero asfixiando a la llama, y volvió a quedarse catatónica.

—¡No! —respondió haciendo vibrar sus finos labios. Su tono de voz cambió a brusco. Ahora era Ana la que dominaba la psique. Su cuerpo dejó de estar inerte—. Si no me servís para enaltecer mi obra, os haré ceniza. Como hice con el imbécil de mi padre. ¡Echo de menos el olor de su carne chamuscada! Me traerá buenos recuerdos.

A Verbeke se le puso la carne de gallina. No resultaba agradable, digerir una confesión tan abrumadora. Pero la vida, a veces, era así: ella dando lo que fuese porque su padre estuviese vivo, y Ana en cambio, dándolo todo por matarlo de una manera agónica.

—Tu plan se ha desmoronado —intervino Carmen—. No te servimos.

La teniente, ya no sabía si aquella mujer era Ana o Rosa. Su psique se combinaba alternando las dos identidades sin establecer un orden lógico. Aun así, sabiendo que la negociación podía resultar catastrófica, siguió empeñada en liberar al menos, a una de las rehenes. Sería fundamental para proporcionar la información necesaria de la ubicación a sus compañeros. Y cualquiera de las dos valdrían para tal fin. Aunque si era cierto, que la ferretera, estaría en disposición de explicarse mejor y dar detalles más concisos. Tras sopesarlo sobre la marcha, se decantó por Peach; le producía ternura y posiblemente, en algún rincón de Rosa, podría caber la posibilidad de que sintiera un atisbo de humanidad.

—Creo que es hora de que te cuente la verdad, Ana —se sacó Verbeke un as de la manga—. La guardia civil tiene el monte

acordonado. Ya deben estar cerca. Verán el coche volcado con ayuda de un dron y te cazarán antes de que termines tu Mapa del dolor —la miró a los ojos para ver su reacción y por suerte, había conseguido su atención—. ¡Te propongo un trato! —se hizo la interesante, acrecentando las ansias de la asesina por tener una alternativa a su plan—. Si dejas a la adolescente libre, te diré como escapar sin dejar rastro.

Ana mesó los mechones rubios que caían sobre sus hombros, uniendo las puntas en un ramillete dorado. Luego hizo como que no había escuchado ni una sola palabra. Se acercó hasta el cuchillo y lo sujetó con fuerzas. Caminó sobre sus pasos y volvió frente a Peach. Amenazante, apuntó a la frente de la extranjera y apoyó el filo donde empezaba su cabellera. La chica comenzó agitarse inútilmente, notando el frio metal danzando sobre sus cejas. Ana, demoró el momento de hundir la hoja bajo el cuero cabelludo, ya que disfrutaba oyendo a su víctima pidiendo clemencia; eso le hacía sentirse poderosa.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa, tienes que parar a tu hermana! —insistió Verbeke desde su posición, invocando a la psique buena.

Sin saber cómo, funcionó. Ana alejó unos centímetros la punta de acero de la frente y comenzó a hablar en voz baja, como si librase una batalla interna con su dualidad. Tras un ininteligible monólogo, alzó el cuchillo a la altura de la coronilla de Peach, y cortó las cuerdas que unían sus muñecas. Luego hizo lo propio con el nudo de las piernas. La adolescente en vez de echar a correr como un tejón de los que pululaban por aquellos bosques, se quedó agazapada como un conejo, esperando a ser desnucada a palos o quemada por aquella cazadora de almas.

Ana continuó hablando sola, como si oyese una voz que le dijese que apuñalara a la adolescente a sangre fría. Pero se contuvo. Se acuclilló, y para la sorpresa de todas, la abrazó con fuerzas. Peach temblaba como un flan, notando la fría hoja del cuchillo sobre su espalda, mientras que Carmen y Verbeke, contenían el aliento temiendo un repentino cambio de parecer. Tras el cariñoso gesto, Ana, tiró del brazo de la joven hacia arriba para ayudarla a ponerse en pie. La quinceañera trastabilló como un cervatillo recién nacido equilibrándose a cuatro patas.

—Eres libre… Pero no digas nada a nadie… sino Ana te buscará y te sacará los ojos —le advirtió Rosa esbozando una dulce sonrisa.

La asesina abrió la puerta del establo, movió la carretilla a un lado y respiró hondo. La adolescente caminó muy lentamente, temiendo una puñalada por la espalda. Una vez rebasó a su captora, se preparó para salir corriendo. Peach no dio ni una sola zancada más. Ana estiró la mano y la sujetó del cabello con fiereza. La adolescente se postró a

sus pies como una perra ante su amo.

—¡Running! —le animó Verbeke con angustia—. ¡Corre y no mires atrás!

—¡Vete guiri imbécil! —receló la ferretera de su suerte.

—¡¿A dónde crees que vas?! —le reprochó Ana usando un tono maquiavélico—. Tienes un pelo precioso. A Rosa le encantará tener una nueva peluca. ¡Te sacaré la cabellera como a Clara!

La adolescente miró el cuchillo que tenía Ana en su mano y el brillo de la hoja le produjo terror. Entonces, volvió la cara y miró el oscuro horizonte que se abría ante sus ojos. Todo un bosque de copas negras que aserraban un bello firmamento plagado de estrellas. Y a pesar de no tener conocimiento de adónde tenía que ir, sabía que por delante tenía mucho espacio para correr… La oportunidad era única. «Ahora o nunca», se convenció.

—*Stroooong!!* —Peach gritó como una si fuese una autentica guerrera. Su famélico cuerpo se cargó de adrenalina y echó a correr como si mirar atrás.

Ana se quedó con un mechón de pelo en sus manos. La adolescente se perdió bosque a través temiendo por su vida, temiendo porque aquella psicópata fuese tras ella y le arrancase el cuero cabelludo. Y ciertamente, no estaba equivocada. Ana no tenía otra intención muy distinta a eso que le atormentaba a chica inglesa.

Ana se asombró por la actitud de su víctima, que se soltó como un perro hambriento, de la correa que lo sujetaba. Enfurecida, dio un par de pasos hacia el escalón del establo y retomó el martillo en la otra mano. Ataviada con su cabellera rubia, el mono verde y bien armada, salió corriendo tras la pista de la adolescente, con el fin de darle caza.

A solas, Verbeke y Carmen, maldecían la situación actual. Estaban aterrorizadas por la dantesca escena que acababan de ver. La esperanza estaba ahí, Peach había escapado, aunque no llegaría muy lejos debido a su débil estado de salud. La ferretera entró en pánico y mostró un tic nervioso en el habla, que zancadilleaba cada una de sus palabras.

—¿Y… ahora qué… qué… qué… hacemos? —le preguntó Carmen provocando un cacareo involuntario en su garganta.

—Nunca me había enfrentado a una psicópata con esta disociación de personalidad —mostró su asombro—. Parece que está en mitad de un proceso de fusión de ambas psiques. Por lo que intuyo, que en ese duelo de poder, una de las dos personalidades se convertirá en Alfa y la otra en Beta. Por lo que hay que fomentar la admiración por Rosa y relegar a Ana a un segundo plano. Su narcicismo, hará el resto.

—¿No… no… te entiendo?

—Quiero decir que tenemos que convencer a Rosa de que Ana la manipula a antojo. Qué es una marioneta. Rosa, se cree más lista…

¿Lo pillas?

—Pero ya lo estabas haciendo y no ha funcionado. Pienso que eso la enfurecerá más —temió Carmen—. Cada vez se le ocurre hacernos cosas peores. Nos quiere quemar vivas.

—¿Tienes una idea mejor? —le sugirió molesta—. ¡Dejemos que improvise! Los psicópatas son gente que necesitan tener todo medido antes de actuar. No suelen llevar acciones a cabo, si no lo ven claro —le dijo con total seguridad—. Se trata de ganar tiempo. Y ahora dependemos la una de una de la otra, así que espabila, Carmen. Hay que desestabilizarla, seguir con el plan de cortocircuito mental —hizo una pausa asegurándose de que Ana no estaba pegando el oído cerca de la puerta del establo—. Y recuerda una cosa: si nos separase por alguna razón, tenemos que hacerle creer que tienen la casa rodeada por la policía y que están a punto de entrar.

—¿Y se lo va a tragar? —dudó la ferretera, arrugando un labio y mirando con pavor, los hierbajos que escapaban del carrillo de mano.

—No lo sé. Pero en un estado de nerviosismo, cualquier incertidumbre puede crear una grieta de inseguridad que paralice sus planes. De todas maneras, tengo un plan C.

Pues yo tengo un plan A desde el principio: huir —le aseguró Carmen agitándose como el rabo de una lagartija, sin perder de vista el marco que le mostraba el establo—. Se ha dejado la puerta abierta, joder… ¡Nuestra libertad está ahí mismo!

—No malgastes tus energías. Sabe hacer muy bien los nudos y no te vas a soltar tirando de esa manera. Aprovechemos el silencio de la noche. ¡Gritemos! Igual alguien nos oye.

Pasó una media hora profiriendo chillidos desgarradores de auxilio y sus voces se volvieron afónicas. Fue justo en ese silencio, cuando oyeron una voz en los aledaños de la casa. Carmen giró la cabeza hacia fuera del establo —el hecho de que no sonara la corriente, permitía que los sonidos de la noche se escucharan con total nitidez—. Y escrutó el hueco de la puerta, donde no se veía más que un bosquejo oscuro.

—Parece que viene alguien —le advirtió la ferretera.

La silueta de Ana no tardó en dibujarse bajo el dintel carcomido de la entrada al establo. Había vuelto sola y tatareando sumida en un grado de satisfacción insospechado. Tras la persecución, había perdido la cabellera rubia de Clara y el martillo. La luz de las velas, dejaban ver detalles poco alentadores en su mono verde, tales como manchas rojizas y salpicones oscuros.

—¿Qué has hecho? —se apenó Verbeke—. ¡Tenías que dejarla libre! ¿La has matado?

—Ahora es libre como un ave —respondió usando una voz bronca que no era ni la de Ana ni la de Rosa—. Literalmente, ha volado.

Quiso escapar de mí, bajando por un barranco… ¡Resbaló! La muy estúpida se quedó agarrada a una piedra con dos dedos. Me acerqué y pensó que la iba a ayudar. ¡Será idiota! ¡Después de la carrera que me pegué tras ella! —hizo un gesto con el puño cerrado como si estuviese golpeando un yunque en una herrería—. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Le di tres martillazos en la mano y pude ver como sus dedos estallaban en todas direcciones. Por desgracia, perdí mi bonita cabellera y el martillo.

—¿Está mal herida? —quiso saber Verbeke temiendo por su devenir.

—Esa niñata solo hacía gritar una palabra en su idioma. Creo que decía: *storm* —pronunció de malas formas la palabra: *strong*—. Así, que le di un cuarto martillazo para que se callara. Todo estaba muy oscuro y no la vi caer. Pero seguro que se ha reventado contra las piedras del río… No volvió a abrir el pico.

—¡No tienes alma! —le reprochó la ferretera—. ¡Solo era una cría!

—¡Tú cállate! ¿Quieres que prenda fuego a ese cuerpo fofo? —la amenazó—. ¿Sabes que la grasa explota a mucha temperatura? Lo leí en una revista.

A paso lento, Ana se aproximó hasta la teniente. Se secó el sudor de su frente con la manga, retomó el mechero y lo prendió. Su voz parecía más inestable que nunca, como si estuviese modulada por algún sistema informático

—Investigadora bocazas, ya he cumplido mi parte del trato. ¡Te toca!

—¿Eres Rosa o Ana? —tentó Verbeke la identidad predominante, para enfrentarla a la sumisa.

—Pensé en llamarme Rosana en esta nueva etapa… Pero, no lo vi justo. La verdadera artista es Ana —confesó engrosando su ego—. Ahora somos una. La inteligencia y el arte se dan la mano en un solo cuerpo.

A la ferretera se le cambió la cara con la fusión de psiques; ya que el plan Alfa/Beta no iba a ser viable. A Verbeke no le quedó más remedio que poner en funcionamiento el plan C: el sacrificio.

—¡Está bien! —asumió la pérdida de la adolescente y su plan de enfrentar a su jerarquía mental—. Te seré sincera. Como has matado a Peach, no te ayudaré a escapar —provocó en Ana un cambio en la dirección de sus cejas—. Pero a cambio, te daré la oportunidad de que acabes con tu obra antes de que te den caza. Es más, para que veas mi buena fe, te ayudaré a que tu trabajo quede perfecto. Pero antes tengo que criticar tu obra —hizo un silencio para ver la reacción de la psicópata y la notó bastante atenta—. Cada pedazo de piel que muestras en el lienzo es de distinto color, están putrefactos y no son cien por cien, trabajos salidos de tu puño.

—¿Y? —respondió con desgane, aproximando la llama del Zippo al

caballete para valorar la opinión negativa que recibió—. ¿Cómo piensas solucionarlo?

—Te ofrezco que uses mi espalda —dijo la teniente provocando que Carmen no pudiera ocultar su asombro—. Tatúa los diseños sobre ella y extráelos de una sola pieza. Así, mantendrán todos los fragmentos el mismo color de piel. Y lo más importante —cerró la boca arrepintiéndose a la vez que lo decía—: demostrarás que no eres una impostora que toma diseños de otros artistas.

Ana se sujetó el mentón. Alzó sus ojos hacia el tejado de vigas de madera y pensó en la trascendencia de su obra. Se recreó pensando en que aquel establo, sería visitado por curiosos como si fuese una galería de arte, donde se expondría el Mapa de dolor y otras pinturas que realizó en la adolescencia. Y la idea, sencillamente le fascinó.

—Por fin dices algo coherente —le reprochó usando un tono chulesco—. Así, quedará todo más uniforme. Y aunque será muy difícil de arrancar la lámina de piel de una sola pieza… Estoy dispuesta a esforzarme para que sea así —admitió la asesina con los ojos brillando como luciérnagas. Verbeke tragó saliva con torpeza, como si tuviese un hilo de silicona entre la campanilla y la nuez—. Tendré que buscar algún barreño grande para curtirla, quizás con sal. ¡Pero me gustan los retos! Acepto tu propuesta, investigadora. Tengo muchos cuchillos distintos: con sierra, de hoja larga, de precisión…Y he realizado muchas matanzas en esta casa… Mi abuela y yo, comíamos los cerdos y gallinas que criábamos aquí, justo donde estáis vosotras ahora mismo. ¡Será pan comido!

—No lo hagas, Julia —se conmovió la ferretera, arrugando la nariz mientras hablaba—. ¡No merece la pena morir de esa forma! Yo no haría lo mismo por ti.

—A ella, libérala —añadió Verbeke intentando salvar al menos a una de las secuestradas; ya que Peach, se había despeñado—. Tienes toda mi espalda a tu disposición, y en mi tono blanco de piel, resaltará muy bien la tinta.

—No —se negó Ana tomando la carretilla y dejando caer sobre Carmen todo el follaje seco que quedaba. Luego amagó con prender la paja—. No cometeremos más errores. Como bien dices, esta gorda no me sirve.

La ferretera comenzó a llorar aterrada, sacudiéndose la hierba del cuerpo mediante espasmos. Pero no lo consiguió, ahora le asomaban las piernas y los brazos; el resto del cuerpo, era un montículo listo para arder. Sin perder de vista la dantesca escena, Verbeke sentía como su corazón le aporreaba el pecho. El sudor se mezclaba con las lágrimas, los nervios con la desesperación. Sí, Verbeke estaba al límite de su cordura, pero era precisamente ahí, cuando sus neuronas trabajaban a destajo para sacar las mejores soluciones a los retos que

se le presentaban sobre la marcha.

—¡No la abrases! —le propuso a la asesina—. ¡Carmen, será mi recambio! Si no te salen bien los tatuajes de mi espalda, tendrás una segunda oportunidad para terminar tu obra de una manera perfecta.

Los ojos de Ana se engrosaron tras las gafas de pasta y reconoció la brillantez de aquella investigadora.

—Cuando te vi por primera vez en casa de los Gallo, no te creía tan lista. Pero te pareces mucho a la antigua Rosa. ¡Siempre tan perspicaz! Pues que no se diga más, estoy deseando hacer la composición y darla a conocer al mundo. Nos compararán con el doctor Tattoo… saldremos en los libros, contarán nuestra historia —fantaseó Ana acariciando las muñecas de Julia con el filo del cuchillo. Agradecida por la idea de rehacer los tatuajes, le dio a elegir—. Ahora dime, ¿quieres estar viva cuando esté trabajando sobre tu espalda para sentir el dolor o prefieres que te rebane el cuello?

Verbeke se lo pensó. Por un instante recordó todos sus traumas y planteó en su mente un mapa del dolor como el que estaba confeccionando la psicópata. «Tengo que retrasar su propósito. Demostrar a mi teniente coronel que soy capaz de sacrificarme por el bien de la sociedad. Tengo que vengar a esa adolescente, a Clara Tundidor y a Lucas Mendoza que, a ojos cerrados, cambiaría esta situación por la suya. Se lo debo. A él y a Roca que me salvó la vida en la boca del parking y por qué no, a mí misma. Demasiados frentes abiertos, demasiadas heridas sin cicatrizar. Pero no tiene sentido morir ahora. Tengo que resistir». En consecuencia, respondió.

—El tatuaje ha de hacerse con la piel viva. Una vez se mueren los tejidos, la tinta no se distribuye bien ni la herida cicatriza. Usa burundanga para que no me resista —escogió la teniente su sino, sintiendo un escalofrío por su espalda—. Porque como me des una sola oportunidad, te sacaré los ojos y te meterte la máquina de tatuar por el culo…

La ferretera se desmayó y su cabeza quedó apoyada sobre el montículo de paja que cubría su envergadura. Ana sonrió entusiasmada y apagó el mechero. Clavó el cuchillo en la mesita de noche y se marchó hacia dentro de la casa sin mediar palabra. Allí, abrió un blíster de chorizo, lo acompañó de un pedazo de pan y luego, peló una manzana acostada sobre la camilla que desplegó en la cocina. Luego salió fuera y orinó junto al pozo. Entró, echó el cerrojo y caminó hasta su habitación. Agotada por los sucesos del día, se acostó en la cama, bebió un poco de agua y acarició la almohada como si se tratase de la tez arrugada de su abuela. Bocarriba, pensó en lo que estaba por venir. Antes de dormirse, se convenció. «Con los primeros rayos del amanecer, convertiré la piel de la espalda de esta investigadora, en el lienzo de mi vida: mi Mapa del dolor».

Verbeke, sumida en una taquicardia por la situación, escuchó roncar a Ana, y supo que su agonía se alargaría un poco más. Por un lado, le gratificaba la idea de ganar unas horas para sus compañeros, por el otro, temía que no aguantase el dolor que le deparaba la sesión de tatuaje salvaje que Ana le tenía preparada. Sin quitarse esa sensación de peligro constante, dejó caer su cabeza contra la pared encalada y exhaló como un globo que se desinfla, liberando parte de la tensión acumulada. Descorazonada, pensó mientras sus ojos de desvanecían. «No sé yo, si estaré viva cuando den con el escondrijo de esta loca. Qué mal lo he tenido que hacer para acabar así, como mi padre. ¿Será la maldición de los Verbeke? Tonterías, Julia. No digas gilipolleces…».

72
Los submarinistas del Lozoya

Jueves, 3 de junio de 2022.
10:07 de la mañana.

Con la cabeza apoyada sobre una biblia abierta en dos, el teniente coronel roncaba sobre la mesa de su despacho, agotado tras pasar la noche junto a los buzos en el río Lozoya. Sin esperarlo, su móvil comenzó a sonar. Al abrir los ojos se dio cuenta que no estaba en su casa. Se frotó la cara y descolgó con la voz tomada.

«Sí, sargento Roca».

«Teniente coronel. Le llamo porque los buzos han encontrado una evidencia a tener en cuenta. Como ya sabe, aquí hay tramos con cincuenta metros de profundidad y con mucha basura en el fondo. Estamos separando las pertenencias que muestran algas u óxido del resto, para darle prioridad a lo que lleva poco tiempo bajo el agua. Y parece que hemos tenido suerte».

«¡Al grano!».

«Hemos encontrado la cartera de Rambo, un reloj, dos móviles, un candado y unas llaves a no más de seis metros las unas de las otras, por lo que intuimos que las pertenencias han sido arrojadas desde un mismo punto. Si atendemos al mapa, hemos recortado cinco kilómetros de los nueve por explorar. Lo preocupante no son los cuatro kilómetros en línea recta que restan, sino las hectáreas de monte que nos aguardan. Esta zona en concreto parece más frondosa y accidentada que las que hemos peinado con anterioridad».

«Joder, no podemos permitirnos perder más tiempo. Por cierto, oigo mucho ruido de fondo, ¿está conduciendo mientras habla?».

«Afirmativo. He partido desde el lugar donde se han encontrado las pertenencias. Estoy haciendo el recorrido a la inversa, para ver si el sendero me lleva hasta el punto de partida que tomó Ana».

«No me haga un Verbeke, ¡por el amor de Dios! No vaya de héroe en solitario. Y recuerde no usar el arma. No necesita saber que el Estado de Derecho no nos permite ir pegando tiros. Así que no cometa una locura y vuelva al puesto. Voy a poner este asunto en manos del SEREIM de Navacerrada —le aclaró usando un tono animoso—. Ahora reúnase con el brigada Tocino. Nos vemos en Buitrago».

«¿La Sección de Rescate e Intervención en Montaña? Me alegra oír eso, mi teniente coronel. ¡Tienen helicópteros y perros! Podremos cubrir buena parte del terreno a vista de pájaro y bajo las copas de los

árboles...».

El Teco colgó. No terminó de escuchar las palabras de entusiasmo de su hombre. Había mucho que hacer, mucha burocracia de por medio para movilizar los medios con los que querían contar. Antes de abandonar su despacho ordenó la mesa, sacudió sus botas y retiró el barro seco de debajo de la silla con ayuda de un folio. Al cerrar la biblia, se quedó embrujado leyendo el título del versículo «Corintios 10:13». En su cabeza resonó la voz del párroco de su iglesia hablando sobre este pasaje: «Cuando Dios te da una cruz, también te envía las fuerzas para soportarla».

A varios kilómetros de allí, Iván Roca ponía a prueba la amortiguación del Renault Laguna, recorriendo todos y cada uno de los senderos que se encontraba a su paso. Estaba obsesionado con la idea de salvar a Julia, y su empeño no era otro que tener un golpe de suerte que lo llevara a dar con la furgoneta de la asesina. Pero de momento, nada. No se había encontrado ni una miserable tienda de campaña; solo pasto, matorral, arboledas y algún que otro riachuelo cortándole el paso. En cuanto a su estado físico, se notaba fatigado —pero la presión lo mantenía tenso y en constante estado de alerta—. Sobre el portavaso del vehículo, llevaba una lata de *Redbull* a la que le daba sorbos muy de cuando en cuando, haciendo de esta bebida dulce una terapia de choque contra el sueño. Desesperado, detuvo el coche en un tenebroso pinar. Los troncos ascendían hasta el cielo solapando sus copas y ensombreciendo sus raíces. El sol apenas alumbraba las piedras repletas de musgo y la hojarasca que daba cobijo a insectos y víboras. Roca, se bajó del Renault, tenía que caminar para apaciguar el ataque de ansiedad que le atizaba el pecho como baquetas contra un tambor japonés. Al alzar la vista, vio un árbol bastante singular. Era grueso, alto, con musgo en la base del tronco y ramas que se retorcían de una manera tétrica. Como si sufriera una especie de embrujo, el sargento avanzó entre las columnas corintias de aquel templo de madera y llegó al altar que se erigía en forma de árbol; el silencio sepulcral que envolvía el bosque en aquel tramo, convertía el emplazamiento en un lugar sagrado. Sin pensar demasiado, abrazó el longevo tronco con todas sus fuerzas. Su espesa barba de hípster quedó aplastada ente la carne y el macizo. Presa de la desesperación, Roca se convenció de que los árboles poseían la capacidad de transformar las malas vibraciones en energía positiva. Inexplicablemente, notó esa conexión con la naturaleza. Sintió una paz repentina que le devolvió el aliento y calmó su ansiedad, como si aquel arcano “Rebollo de la Maleza”, agradecido por su gesto, llevara sus tres siglos de vida esperando que un ser humano, le diese un fuerte abrazo. El sargento, le imploró ayuda. «Gracias… Me devuelves

sosiego y calma. Sé que hay una sabiduría universal. Canaliza lo que sabes hacia mí. Necesito saber dónde está Julia Verbeke. Sé que está en este bosque, pero no en qué dirección. Envíame una señal, por favor. La quiero mucho. Quiero encontrarla antes de que la asesinen». En ese mismo momento, le entró una llamada y su pierna comenzó a temblar. Desabrochó sus fuertes brazos del tronco, despegó sus barbas como un velcro de la áspera corteza y descolgó con cierta incertidumbre. No tenía registrado el número. No sabía de quién se trataba.

«¿Diga?».

«¿Sargento Roca? —preguntó una voz femenina—. ¿Le ha llegado la imagen que le envié?».

«La oigo muy mal. ¿Quién es?».

«Soy Raquel Falcón —se identificó—. He estado buscando entre los expedientes de mis pacientes y hallé algo que creo que puede ser relevante. Durante las entrevistas que mantuve con Ana Olmedo en prisión, me habló de la casa donde vivió con su abuela. Allí su padre la abandonó por tiempo indefinido y fue cuando su mente enferma comenzó a manifestarse… —hizo un silencio para comprobar si escuchaba el aliento de Roca—. ¿Sigue ahí? Continuo, por si me oye. Ana me contaba, que estaba muy cerca de una presa. En una ocasión me hizo un dibujo, un retrato de esa casa. Y aunque no tengo los recuerdos nítidos, juraría que me retuvo allí».

«La estoy oyendo atentamente. Ahora mismo reviso el email para ver esa ilustración de la que me habla. No me cuelgue… —abrió la bandeja de correo—. No. No me ha llegado. Supongo que donde estoy no hay cobertura de datos. Estaré pendiente. Gracias».

Tras media hora surcando caminos repletos de baches y barro de vuelta al puesto, el móvil ganó cobertura y varias notificaciones sobresaltaron a Roca apuñalando su oído con agudos pitidos. Sumido en una marejada de nervios buscó el email de la testigo. Apretando la pantalla, abrió el archivo adjunto y ante sus ojos, se desveló el aspecto de la guarida de Caronte. Tétrica y en ruinas, como poco.

«¡Qué lugar más horrible para aguardar a la muerte! No te mereces algo así, Julia. Aguanta. Daré con tu paradero cueste lo que cueste».

73
Cadena de favores

A esos de las doce de la mañana, Iván Roca llegó al puesto de Buitrago. Acodado en el capó de un Land Rover, el Teco lo esperaba sujetándose el bigote mientras miraba la puntera de sus botas. Se mostraba meditabundo. Pensativo. Y es que buscaba la manera de trasladar la información al sargento, sin inducirlo al desánimo.

—Ya estoy aquí. ¿Qué ha ocurrido? Diría que nada bueno —intuyó aproximándose hasta su jefe—. Diga algo, mi teniente coronel… Me va a salir el corazón por la boca.

—He estado hablando con Navacerrada y las noticias no son buenas —negó con la cabeza a cámara lenta—. El equipo de montaña que estaba disponible, acaba de acudir a rescatar a un inoportuno espeleólogo que se ha caído en una grieta mientras exploraba una caverna. Por lo que nos toca esperar a que terminen o avisar a otra comandancia a ver si pueden desplazar a sus efectivos hasta aquí.

—Llueve sobre mojado… —maldijo su suerte Roca, sacudiendo de su camisa el musgo que se llevó del tronco del árbol que abrazó en el bosque—. Si algo tengo claro, es que no podemos quedarnos quietos.

—Sé que tras la muerte del cabo Mendoza, estamos todos más afligidos; pero tenemos que estar preparados para lo peor —elevó su cabeza para mirar al sargento—. Igual perdemos a Verbeke y a esos rehenes que tiene… Pero te juro por Dios, que pienso meter a esa loca entre rejas, aunque me cueste el puesto.

—Eso es lo que me quita el sueño, mi teniente coronel —se indignó Roca recolocando los pelos de su barba con ayuda de sus dedos—. Entran por una puerta de la prisión y a los pocos años salen por otra dispuesto a reincidir en su locura. Los sociópatas no merecen segundas oportunidades…

—Deberían ejecutarlos a todos —apostilló Tocino integrándose en la conversación—. Aunque sé que mi comentario no es popular.

—No lo es —sentenció el Teco.

—Bueno, no tenemos al SEREIM, pero tenemos un retrato de la guarida de Caronte.

Roca sacó su teléfono y envió la foto a su jefe. Miranda desbloqueó la pantalla, abrió el correo y contempló con detenimiento cada trazo del dibujo realizado a carboncillo. Sobre un fondo blanco, se apreciaba el buen hacer de la asesina con el lápiz. Con todo lujo de detalles, recreaba una casa rural de una sola planta con un tejado al

que le faltaban algunas tejas, un pozo en mitad de un huerto, un establo en la parte trasera e incluso grietas en la pared. Los trazos estaban dotados de un realismo asombroso y por desgracia, eso era lo que más sobrecogió a los agentes, ya que apareció un autorretrato de Ana junto al espíritu de una persona mayor, que levitaba del suelo con una pierna amputada. La vivienda estaba rodeada de muchos árboles que no daban lugar a dibujar el sol ni el horizonte. Al pie del dibujo, estaba aquella «A» que dejaba como firma de autora en la piel de los cadáveres. Miranda sintió un escalofrío y giró su teléfono para mostrarle el boceto a Tocino.

—Mire, brigada. ¿Le suena esta vivienda?

Tocino sujetó el dispositivo y jugó con las sombras que proyectaba el edificio para ver con claridad la pantalla. Tras arrugar la frente y producir un chasquido con la lengua, dio su opinión.

—Por estas zonas hay muchas casas despobladas con ese aspecto. ¡Cientos! Todas de los antiguos trabajadores de las presas. Pero hay un detalle que la hace diferente —se hizo el misterioso—. Parece una casa diseminada y cuenta con huerto, pozo y establo; cualidades que la hacen fácil de distinguir a primera vista… Pero a bote pronto, no podría ubicarla en ningún lugar concreto.

El teniente coronel miró su reloj y supo que era hora de convocar a los efectivos para la batida.

—Tenemos que ir barriendo el terreno desde ya. La Renault Kangoo de esa chiflada debe estar en algún punto del bosque, ya que los controles de paso entre la carretera y los accesos al monte, no han divisado ningún vehículo de esas características. Y me temo que el terreno marcado por los buzos es bastante accidentado como para realizarlo en coche.

—Necesitamos gente experimentada en caminos y montañas —se desesperó el sargento—. Deberíamos movilizar hasta aquí a todas las patrullas posibles de Seprona. Seguro que se bandean mucho mejor que nosotros sobre el terreno —resopló palpando acariciando su calva —. Aunque me temo que tardarán en coordinarse y acudir hasta la zona, hasta bien entrada la noche.

Tocino sacó de su abollada cajetilla de metal un cigarro. Lo prendió y exhaló el humo en dirección al teniente coronel, mientras hacía su particular propuesta.

—Tengo un plan —sonrió dilatando sus cicatrices—. Y por suerte, es hora punta.

—Tocino, no te andes con rodeos —se molestó el Teco Miranda con la manera en qué deslizó la proposición—. ¿Hora punta de qué?

—¡Del desayuno! —aclaró dejando patidifusos a sus compañeros—. ¡Vamos, montémonos en los vehículos! Ya sé quién nos va a ayudar.

Roca abrió los ojos de par en par. Ni él, ni el teniente coronel,

cuestionaron al brigada, tras la brillante idea de cerrar las presas. A pies juntillas, lo siguieron sin saber qué tramaba. Tras conducir durante diez minutos, llegaron al bar Jara y Sedal. La zona de aparcamiento estaba colapsada por vehículos cuatro por cuatro y por remolques con perros de cacería. Una vez abandonaron el coche, los tres agentes caminaron en dirección al antro. Los canes que estaban encerrados en las jaulas, les ladraron a su paso, percibiendo a golpe de olfato la ansiedad y la excitación que liberaban a través del sudor. Antes de que Tocino cruzase la cortinilla de plástico que daba intimidad al local, Miranda le posó una mano sobre el hombro y le trasladó su inquietud respecto al plan.

—¡¿Me traes a un bar de carretera en mitad de la investigación?!

Tocino se giró en dirección al Teco y le respondió con una sonrisa altiva que se difuminaba entre las cicatrices de su rostro.

—No le traigo ante una panda de borrachos. Le traigo ante el mejor grupo de montaña de Madrid —separó la cortinilla con ambas manos como si fuese el telón que abría una función de teatro—. Pescadores, cazadores, seteros… esta gente y sus perros, nos ayudaran en el rastreo mientras llega el séptimo de caballería.

Sin chistar, Miranda y Roca siguieron los pasos de Tocino hacia el interior del bar. Al menos veinte hombres jugaban al mus y otros tanto al dominó. Todos alzaban la voz mientras fumaban y fanfarroneaban sobre cacerías pasadas. El ambiente olía a tabaco y a sudor; con notas de fritanga de pescado y cerveza añejada sobre la madera de las mesas. La tele sonaba a todo trapo, retrasmitiendo un documental donde un tipo algo chalado, sobrevivía sin víveres ni ropas en el Amazonas, comiendo hormigas y raíces de plantas exóticas. Tocino dio dos palmadas. Los clientes del establecimiento se quedaron en silencio, y se giraron dejando de inmediato aquello que hacían.

—¡Hombre, Tocino! —saludó Ambrosio pasando un trapo sobre la barra—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Celebramos un ascenso? ¡Pues hoy invita la casa! Un carajillo para el mejor pescador de Buitrago y un par de cervecitas para tus compañeros.

Tocino desestimó la invitación del camarero y rogó silencio ante la propuesta que estaba a punto de hacer. Sus acólitos le pidieron que bajara el volumen del televisor e hiciese sonar una cuchara contra un vaso. Ambrosio, apagó el televisor pulsando repetidas veces el botón rojo del mando a distancia. Y luego, provocó un tintineo repetido, como quién va a dedicar unas palabras de cariño hacia los novios de una boda.

—¡Atención! ¡Atención!

Los naipes volvieron al mazo y las fichas de dominó fueron colocadas bocabajo. Los parroquianos pusieron las orejas de punta,

expectantes por saber, que tenía que contarles aquel grupo de guardias civiles.

—Vengo a pediros un gran favor —tomó la iniciativa el brigada—. Como bien sabéis, se están cometiendo crímenes en nuestro pueblo. Clara la hija de Alonso Tundidor, Rogelio Cortés, Carmen la ferretera, Diego Pinteño… ¿Quién será el siguiente? ¿Vuestros hermanos? ¿Vuestros hijos? Esa psicópata tiene secuestrada a varias personas, y no pide un rescate por ellas, no, solo quiere torturarlas para luego quitarles la vida.

—¿Y qué pintamos nosotros en esta película? —se quejó un tipo con una gorra de pana.

—Necesitamos expertos que sepan moverse por estos bosques como si estuvieran en casa. Vosotros estáis acostumbrados a pasar horas y horas en el monte, en las riberas del río y por las montañas…

El Teco dio un paso al frente, para apoyar aquel llamamiento, ya que los cazadores no estaban muy dispuestos a colaborar en primera instancia.

—Hola. Soy el teniente coronel Miranda, investigador de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. Llevamos días tras la pista de esa sanguinaria y os aseguro, que la tenemos contra las cuerdas. Pero os necesitamos para dar con ella lo antes posible. Es muy probable que intente deshacerse de los cuerpos, aprovechando la caída del ocaso. El tiempo corre en nuestra contra —buscó la empatía de los rudos hombres—. Entre las secuestradas se encuentra: la ferretera de este pueblo, una de las más brillantes agentes de la Guardia Civil y una adolescente de no más de quince años. Esa criminal, no dudará en drogarlas, mutilarlas y arrojarlas al río para que mueran de manera agónica —buscó las muecas de repulsa en los rostros de los parroquianos—. Ya hemos perdido a mucha gente. Y os ruego vuestra ayuda. Sus vidas dependen ahora de todos de vosotros. Este pueblo necesita héroes…

—¿Y por donde empezamos a buscar? —dio un paso al frente un tipo con una chaqueta Barbour y pantalones de color cazuela.

—Tenemos una ilustración de la casa, ¿la habéis visto alguno en vuestra montería? —mostró Roca el dibujo en la pantalla de su iPhone como si fuese una azafata en un ring de boxeo—. Tiene un pozo y tejas viejas.

Los asistentes se aproximaron en manada hasta el móvil y empezaron a decir lugares donde podía estar. Al principio discreparon, luego arrojaron como pista que podría tratarse de la zona más pegada al río de Robledillo de la Jara; les pareció un lugar apropiado por las características de la arboleda pintada por Ana. Uno de ellos, frenó al resto, sembrando dudas en los frágiles corazones de los voluntarios.

—¿Y qué ganamos con esto? Esta misión parece peligrosa. ¿Y si esa

loca nos mata?

—Ya cobrasteis a pronto pago. ¡No me toquéis los cojones! —se indignó Tocino—. Tápese los oídos teniente coronel —éste lo miró con desidia—. ¡Os he regalado tabaco moldavo para más de un año, desagradecidos! Solo os pido colaboración.

—¡Hay que joderse! —expresó Miranda, ante la revelación de que tenía mucho más tabaco de contrabando en posesión, del que encontraron en su domicilio—. Ya veo que le avisaron. Y me imagino quién fue.

—¡Cadena de favores! —le respondió Tocino guiñando un ojo—. Verbeke es una visionaria y me dio una segunda oportunidad. Ahora tengo la ocasión de devolverle el cumplido.

Los cazadores se pusieron a negociar entre ellos. Con el murmullo de fondo, el teniente coronel se fue hacia la puerta con cierta indignación. «Es más fácil hacer al Papa ateo que conseguir la colaboración de esta banda». Antes de correr las cortinas, apareció por ellas el alcalde de Buitrago con una camisa rosa y un pantalón azul —demasiado elegante para pasar desapercibido entre los cazadores que vestían ropas desgastadas—. Con el mentón elevado y paso altivo, penetró en el alboroto del local acaparando la mirada de los que discutían.

—¡Buenos días! Estaba de paso, pero he visto el Jeep de Damián Tocino aparcado, y no he podido seguir con lo mío sin saber que se estaba cociendo aquí. Lo he oído todo desde bambalinas —señaló la cortina—. Me ha parecido entender que estos señores os están pidiendo ayuda con desespero para encontrar a unos rehenes. Os informo —elevó el dedo índice poniendo un tono serio—: esta publicidad de gente desaparecida no nos viene bien a la economía del pueblo. Vivimos del turismo, y si no resolvemos esta oleada de crímenes, pocos serán los turistas que querrán venir a dejar aquí su pasta. Así que llamo a la cordura y al compromiso de los vecinos de Buitrago del Lozoya, ante la situación que se nos presenta —usó un tono embaucador, digno de un líder político con casta—. Yo, como edil de Buitrago del Lozoya, y bajo el juramento que hice de mi cargo, pienso arremangarme y ayudar a las fuerzas del orden a dar con el paradero de esas mujeres. Ya no os hablo como alcalde; me dirijo a vosotros como damnificado que ha perdido a su hermano de una manera cruel y repentina. Esto tiene que acabar, ¡ya! —miró en redentor a aquellos variopintos cazadores—. Sois libres de elegir, yo ya lo he hecho y no estoy solo. Cuento con Alonso Tundidor, el panadero, el cartero y los chicos de la academia de tatuajes, que también se han solidarizado para aunar esfuerzos. Solo tengo que hacer unas llamadas y emprenderemos una batida por el monte. ¿Quién se suma? Los buitragueños somos gente de bien… ¡Qué no se

diga, leñe! —sentenció haciendo de embajador de las víctimas.

Los cazadores, seteros y pescadores, se miraron los unos a los otros, rumiando las palabras de ánimo que les había inoculado el alcalde de Buitrago. El discurso había calado en ellos y como quién encabeza un estandarte con su respectivo batallón, consiguió sacar del bar a todos los clientes en dirección al aparcamiento. Sin excepción, todos se sumaron a la batida. Incluso el que estaba tras la barra, sacó un rifle Winchester de debajo del mostrador y cerró el bar. La improvisada horda, subió a sus coches con tracción a las cuatro ruedas, motocicletas con serones y quads, dispuestos a dar con el paradero de las secuestradas. El alcalde fue en busca de su retén, entre los que se encontraba Alonso Tundidor, qué tras varias noches en vela esperaba una búsqueda de este calibre para dar de una vez por todas con la asesina de su hija.

Roca contempló con asombro el contingente de búsqueda para la batida de Julia y le pareció que estaba asistiendo a una escena de la película *Mad Max*, de George Miller. Cuando el teniente coronel se subió al destartalado coche de Tocino, no dudó en darle su opinión.

—Brigada, siendo franco. Cuando le conocí pensé que era uno de esos guardias civiles chapados a la antigua, que se limitan a poner multas en los pueblos y emborracharse en los bares. Un acomodado, que espera que pasen los años para jubilarse. Me equivoque —asumió con firmeza—. Usted está tocado por el ingenio y la inventiva… Se nota que los años de servicio a su espalda, no han pasado en balde. ¡Ojalá, la teniente Verbeke tenga la oportunidad de darle las gracias personalmente!

—De niño era un zángano. Un gandul. Pero a veces ponía empeño y, conseguía hacer algo provechoso a los ojos de mi madre. Mi padre siempre me decía con ironía la misma frase —respondió Tocino poniendo en marcha su viejo Jeep—: «Incluso los relojes que están parados, dan la hora exacta dos veces al día».

74
Hasta la última gota de tinta

La práctica del tatuaje está íntimamente ligada a la experiencia del dolor, forma parte del ritual, y eso lo sabía de sobra Julia Verbeke. Lo tenía muy reciente, no hacía ni una semana que había decidido hacerse su primer diseño: una rosa de los vientos. Ahora, el escenario era completamente distinto. La pocilga en la que se encontraba, en nada se parecía al estudio esterilizado y luminoso de Andy. Y, por si fuera poco, las manos que ejecutaban el tatuaje, tenían la destreza de un chimpancé con los nudillos escayolados. El zumbido seguía recorriendo su espalda como un calambre de bajo voltaje. Verbeke se espabiló un poco y se auto chequeó. «¿Cuánto tiempo llevaré bocabajo? ¡Me duelen los pechos! Tengo la soga demasiada apretada… No siento las manos ni los pies. El cuello me duele, no puedo doblarlo, lo noto rígido». Cuando abrió los ojos se dio cuenta que tenía la cabeza de lado. La camilla que la sujetaba, no tenía agujero para asomar la nariz, parecía más bien de las usadas en las consultas para explorar a los pacientes. En frente, vio unos muebles de almacenaje con puertas descolgadas, tiradores de porcelana y una encimera donde se sostenían guantes de látex, agua, clínex y una manzana roja a medio comer. Al ver el agua, se percató de la sed que tenía. Paseó su lengua entre los dientes, y notó un sabor amargo, a rancio, además, de un cuerpo extraño alojado en su encía. Tras localizarlo, lo escupió: era una brizna de paja. Por su cabeza desfiló la manera en que la tuvo que llegar allí. «Recuerdo que me inyectó el relajante muscular. Cortó las sogas en el establo. Tiró de mis tobillos, me arrastró por el pasillo, y a pulso, me tuvo que elevar a unos cincuenta centímetros del suelo para ponerme sobre la camilla. ¿De dónde sacará tanta energía este fideo con gafas? ¿Le habrá ayudado alguien? Yo peso más que un mulo ahogado». La tatuadora apagó la máquina. Aprovechó para tomar unas gasas y retirar la sangre que soltaba su víctima por la espalda. Seguidamente, bebió agua y preparó una jeringuilla con una gran dosis de Midazolam; la suficiente como para ejecutar a un preso en EE.UU. Entusiasmada con su trabajo, se acuclilló cerca de los ojos azules de Verbeke y le enseñó la inyección.

—No chilles tanto que me desconcentras —le reprochó acercando la aguja a su párpado—. Y es una pena. Está quedando divino… ¡Tuviste una idea estupenda!

—¡Qué te jodan!

—Voy a revelarte un secretito. Supongo que viste el cuerpo de Clara en el Anatómico Forense, ¿no? Pues tengo que confesarte una cosa… Tú fuiste mi primera opción. Cuando te vi en casa de Raúl Gallo, supe que tenías que ser tú. Tenía que matar a mi hermana, Rosa, para poder perdonarla por todo el daño que me hizo en su día. Tú te parecías bastante… pero Rambo me convenció de que no lo hiciera, ya que siempre ibas acompañada de ese tipo calvo con barbas. Clara Tundidor te sustituyó. ¡Y tú sin saberlo! Fue fácil, sabes. La seduje. Clara era una chica muy predispuesta a ser infiel. Ya le cubrí en un par de ocasiones para que no se enterara su novia. Y esa fue mi baza para traérmela aquí: le ponía enrollarse con la cuidadora de su abuela. No te imaginas la cara de susto que puso cuando vio a Rambo apareciendo de entre los árboles. ¿A qué no esperabas que yo fuera tan inteligente?

—¡Brsrlrss! —balbuceó fingiendo decirle algo.

—¿Qué dices? —se acercó.

Verbeke le escupió en la cara e intentó morderle la nariz, pero no la alcanzó.

—No mereces perderte este dolor —dejó la jeringuilla sobre la encimera—. Recurriré al burundanga.

Ana vertió escopolamina sobre el torso de su mano y sopló. La teniente, lo aspiró involuntariamente, quedando narcotizada en cuestión de segundos. Doler dolía igual, pero se resignaba a maldecirla. Ana aprovechó para jugar con ella a verdadero o falso con el fin de humillarla. Una hora más tarde, Verbeke volvió de nuevo a sus cinco sentidos. Elevó los párpados y se evaluó para conocer su estado. Sentía frío y molestias en todo el cuerpo. La cabeza le zumbaba como si le hubiese entrado un abejorro por el oído. Seguía desnuda y bocabajo sobre la camilla. La nuca le latía y la espalda le ardía como si estuviera en llamas. Las extremidades, directamente, no las sentía y por un instante, pensó en que aquella psicópata se las había cercenado. Poco a poco fue retomando la consciencia. La iluminación de la cocina se mostraba pobre, dando a entender que la noche caía en avalancha sobre aquella casa del terror. «¿Habrá terminado ya con los tatuajes? Me va a matar… Falta poco. No quiero pensar que sentirá mi madre al ver mi esquela en un periódico. Mi hermano igual se alegra… no, más bien se remorderá. Iván Roca… se buscará a otra que comparta sus hobbies. ¡Papá, te buscaré al otro lado! Tenemos mucho de qué hablar. Me debes muchas explicaciones», fabuló temiendo su inminente final. Tras olvidarse de sí misma, cayó en la cuenta de que no estaba sola, sino que la ferretera debía de estar en el establo; aunque no sabía si viva o muerta. Con la intención de fisgonear, Verbeke despegó la cabeza del cuero cuarteado de la camilla, pero sus cabellos no le permitían ver

con claridad. A su olfato vino el olor a putrefacto que despedía el lienzo, donde Ana se fijaba para replicar todos los diseños. Muy cerca, había un taburete negro con una bandeja de plástico que contenía gasas usadas, dos cuchillos de distinta longitud y la dichosa máquina de tatuar. Tras realizar un esfuerzo titánico por alzar el mentón, pudo observar que una de las ventanas, cubiertas con tablones a modo de postigo, dejaba ver un cielo en pleno atardecer. En ese mismo momento, escuchó un tímido gemido y luego palabras que sonaban desde del establo. Se alegró por la ferretera. Seguía con vida y dando guerra a su manera.

—¿La has matado, hija de puta? —quiso saber Carmen mirando a Ana a los ojos—. Hace un rato que no la escucho gritar. Sí, lo has hecho. Las personas como tú fingen sentir amor, pero no tienen corazón —le recriminó imprimiendo odio en su tono—. ¿Por qué le dabas mimos a mi abuela, si en el fondo eras un monstruo? Me das asco.

La psicópata fantaseó con la idea de encender el mechero de gasolina y prender la paja que ocultaba su figura; pero se contuvo. Tenía que esperar a que toda la piel de la espalda de Verbeke saliera de una sola pieza, antes de deshacerse de Carmen. Ana también tenían un plan B.

—No actuaba. Cuidaba a tu abuela con toda mi buena fe —le confesó usando un tono convincente—. No porque le tuviera un aprecio especial, sino porque veía en cada anciana el rostro de mi abuelita. Encontré una manera sencilla de sentirme en paz conmigo misma. Resarcirme, al poder cuidarlas como si fuesen la mía —le confesó—. No tienes ni idea, pero estuve presa muchos años y mi abuela murió sola, desvalida… Y lo hizo en esta misma casa. ¡Qué triste! Después de mí nadie la recordará —se emocionó y sonrió maquiavélicamente—. Por eso hago esto. Quiero perpetuar mi vida más allá de mi existencia. Dejar huella.

—Lo que perdurará en el tiempo, será el desprecio que la gente sentirá por ti tras esta atrocidad —le respondió con repulsa y la tanteó —. Ya no hay vuelta atrás, Ana. Supongo, que ya has terminado con todos los tatuajes en la espalda de Julia.

La teniente aguzó sus oídos desde la cocina, aquel testimonio estaba a punto de revelarle qué había pasado mientras estaba inconsciente.

—Casi. Solo me queda un diseño —chasqueó la lengua—. Pero me duelen las muñecas y estoy descansando para tener la fuerza suficiente para clavar el cuchillo y arrancar la lámina de piel de una sola pieza.

—¡Ojalá, te mueras! —masculló la ferretera armada de valor—. Dime, ¿a qué aspira alguien como tú? ¿Qué futuro tiene? Yo al menos tenía una vida al servicio del pueblo... Despachando herramientas,

fregaderos, pequeños electrodomésticos, desbrozadoras, alimentos para mascotas…

—¡Mecheros! —añadió prendiendo el encendedor Zippo, que precisamente había comprado en su ferretería, y se quedó pensativa contemplando cómo la llama danzaba sobre la mecha de algodón, como si el fuego le estuviese dando las respuestas de lo que tenía que decir—. Yo tuve una vida; ahora una misión —la asesina hizo un rictus lastimero—. Quiero mostrar a la sociedad que, si no educan a sus hijos con cariño y amor, estarán alimentando a un monstruo que cuando crezca será devastador de cara a la sociedad —su pecho se aceleró y su mirada se volvió maléfica—. Es un mensaje para esos padres que están pensando en traer al mundo a una persona, sin tener en cuenta que tendrán que dedicarles atención y cariño incondicional. La base de la vida es el amor. Y yo no tuve más que desprecio —apretó su mandíbula sin perder de vista la llama del mechero y le mostró su dedo tatuado con las iniciales de su nombre: A.M.O.R—. Yo no elegí venir a este mundo infame. Ahora, no soy más que la consecuencia de una mala infancia provocada por un padre que no me amaba. Un monstruo lleno de resentimiento que busca la belleza en el arte y el dolor.

—¿Y por qué no luchas porque ese monstruo interno no tome el control dentro de ti?

—Ya es tarde. La bondad que un día hubo dentro de mí, hace mucho que murió —respondió con un tono triste—. Mi infancia fue dura, ferretera. Me ocurrieron muchas desgracias seguidas: mi madre falleció cuando yo tenía menos de diez años, mi hermana murió ahogada delante de mí. Luego cargué con esa culpa de no haberla salvado. Mi padre me humillaba en una piscina noche y tarde. Y no contento con eso, se hizo un tatuaje de una rosa en su antebrazo, para tener presente a mi hermana Rosa como su favorita. Más tarde, Tobías, me abandonó con una anciana que apenas conocía. —pasó uno de sus dedos sobre la llama palpando el fuego; excluyendo el relato de cómo había quemado vivo a su padre—. Cuando salí de la cárcel después de trece años, mi abuela ya estaba muerta. En el permiso de la condicional, conocí a Rambo, con el que hice planes de futuro lejos de aquí; pero el muy cabrón no tuvo mejor idea que drogarme para violarme junto a sus amigos, como si yo fuese una diversión para todos… —resopló agitando la llama—. Es muy fácil juzgar a una persona cuando no se conoce el viaje que ha tenido desde el vientre materno hasta la madurez. —Cerró el mechero y miró a los ojos de Carmen llena de satisfacción—. Yo, represento el dolor de todos los niños y niñas que han sufrido una mala infancia. Y eso es lo que quiero con esta obra. Crear una oda al dolor. Una advertencia de lo que puede ocurrir, si no se da el amor y la atención suficiente a

cada uno de los hijos de los que se es responsable. ¡El Mapa del dolor, será expuesto en todos y cada uno de las ciudades de esta mierda de país! Y yo, su autora, pasaré a formar parte de la historia del arte… Ahí, encontraré mi sitio de una vez por todas.

Desde la cocina, Verbeke suspiró abrumada por el manido relato de Ana, que no paraba de repetir las palabras dolor, mala infancia y amor. No esperaba una catarsis tan lúcida en un perfil psiquiátrico tan delimitado. Y de un modo injustificado, entendió los motivos que la habían llevado a cometer todos estos crímenes. Sus palabras le ayudaron a comprender su ritual hacia las víctimas, tales como desnudar a sus víctimas replicando el castigo de su padre hacia ella; el por qué ahogaba a sus víctimas, replicando el incidente en la piscina con su hermana; y la inmortalidad e importancia simbólica de los tatuajes. La psicópata, guardó el Zippo en el bolsillo de su mono verde, y le contó con entusiasmo a la ferretera, el coletazo final de su plan.

—De momento, no te voy a quemar. Todavía me sirves —sonrió sin enseñar los dientes—. Como ya sabes, me queda un último tatuaje que hacer en la espalda de esa rata chillona, concretamente el tuyo de las golondrinas volando libremente —se agachó y separó la paja para contemplar el tobillo tatuado de Carmen—. Pero me ha surgido un problemilla que puede convertirte en protagonista de mi obra: el palmo de piel que le queda libre a esa perra, está plagado de lunares —la ferretera pudo comprobar que Ana tenía los ojos inyectados en sangre debido al esfuerzo ocular realizado durante la interminable sesión de tatuajes—. Por lo que no descartes que pases a ser mi nuevo lienzo.

Carmen notó un escalofrío generalizado. Los vellos de sus brazos desplazaron las briznas más finas de paja que reposaban sobre sus extremidades. El terror de instaló de nuevo en su sistema nervioso. Y presa del miedo, lanzó una excusa poco elocuente.

—Pues yo tengo muchas verrugas y estrías en la espalda. Estropearé la belleza de tu obra.

—¡¿Quién te ha dicho que quiero la piel de tu espalda?! Tienes una barriga lo suficientemente tierna y ancha como para meter la hoja del cuchillo sin dañar los tatuajes.

La ferretera quedó petrificada por el destino que le tenía preparado aquella criminal. De su ombligo partió un calambre que recorrió su pecho hasta llegar al mentón. Ana volvió a la cocina. Verbeke hizo una respiración profunda y se mentalizó de que no iba a ser fácil aguantar la tortura que le deparaba; pero si quería que la rescatasen, tenía que seguir ganando tiempo. Temía no resistir: el efecto de la droga se había esfumado de su metabolismo. Ahora tenía los nervios a flor de piel y estaba a punto de recibir una nueva sesión de aguja y

tinta. Pero eso no era lo peor… lo peor era que Ana llevara a puerto su propósito de arrancar toda la piel de su espalda de una pieza. La asesina revisó todos los tatuajes con expectación. Pasó sus dedos enfundados en látex retirando restos de sangre cuajada y pellejo. Verbeke notó dolor con cada roce y pensó en chillar para liberar la rabia que tenía dentro, pero en vez de emitir un grito vacío, lo vistió con significado.

—¡Tranquila, Carmen! —berreó desde la cocina con el fin de que la ferretera no perdiera la fe —. ¡A esta pájara no le queda ni tiempo ni tinta, para hacer otro lienzo sobre tu cuerpo!

—¿Qué sabrás tú? —exclamó la asesina retomando la máquina y acercando el taburete a la camilla—. ¡Cierra el pico! Te toca sufrir… y mucho.

El zumbido comenzó a trotar en la zona lumbar más pegada a la rabadilla del culo. Verbeke apretó los dientes, cerró los puños y encogió los dedos de los pies. No podía hacer otra cosa que soportar el dolor de las profundas y mal ejecutadas incisiones que provocaban la aguja al penetrar hasta la tercera capa de piel; muy cerca de las terminaciones nerviosas de su musculatura.

—¡Arggh!¡Ahhh!¡Uff!

Ana le recogió la sangre con una gasa, sin detenerse en su empeño por acabar la bandada de golondrinas, pero el cartucho de tinta parecía estar fallando.

—Estate quieta o te clavaré esa sobredosis de *Midazolam* en el pescuezo. Ya me da igual si mueres, solo quiero terminar —le amenazó recordándole la inyección letal que tenía preparada.

—¡Espera! ¡Espera! ¿No oyes eso? —le mintió buscando confundirla—. ¡Ya están aquí!

—¿¡De qué hablas!? —detuvo la máquina.

—Escucha. Estoy oyendo voces fuera de la casa. La policía judicial y el equipo de asalto están aquí.

La asesina no solo silenció, sino que aguantó la respiración para oír con total nitidez. Ciertamente oyó una voz: la de Carmen gritando.

—¡Auxilio! ¡Estamos aquí! ¡Auxilio!

Ana se bajó del taburete y cogió un cuchillo. Apagó la lámpara portátil y dejó la estancia a oscuras. Con sigilo se asomó por un agujero de la puerta principal, pero no vio nada; fuera todavía había luz. Luego, caminó hasta el establo desconfiando del origen de esos extraños sonidos. Allí pudo comprobar que la ferretera se mostraba entusiasmada, como si aquel rescate fuese toda una realidad. Sin perder más tiempo, salió hacia fuera dispuesta a acuchillar a los agentes. Pero fuera no había nada ni nadie. Solo se oían las aves, los grillos y un nuevo grito de la ferretera, desgañitándose pidiendo auxilio. Ana cerró las puertas del establo. Tomó un trozo de viga que

en su día cayó del tejado y golpeó en la cabeza a Carmen mandándola a callar de inmediato. Sus gafas volaron por los aires, y la rehén se quedó inconsciente. Verbeke respiró hondo y le dio las gracias a la ferretera de una manera telepática, ya que estaba ciñéndose al plan de desestabilización que acordaron cuando Ana salió campo a través tras la inocente Peach. Pero sabía, que por esta acción había pagado un alto precio. «He oído un golpe. Espero que no la haya matado», se angustió. Por el pasillo sonaron unos pasos acompañado de un roce continuo. Cuando se vino a dar cuenta, reconoció a Ana en la penumbra, arrastrando un tarugo de madera en dirección a la cocina. Apoyó la viga en la pared y encendió la luz. Retomó la máquina de tatuar y le mostró su indignación por lo sucedido.

—¿Pensáis que soy una estúpida, no? Igual que Tobías en su día. ¡Malditas perras! —les recriminó—. Nunca darán con este lugar. Está apartado, escondido y a ojos de cualquiera, abandonado. Aunque estoy segura de que tus compañeros te encontraran… de eso no tengo duda… pero con los ojos blancos y flotando en un embalse. Ahora, voy a terminar lo que empecé. Si chillas o chilla esa estúpida ferretera, te rebanaré el cuello, y a ella, la quemaré viva. ¿Entendido?

Verbeke aguantó la respiración. Luego, se mordió los labios para no chillar. Solo gemía y bufaba, mientras la máquina de tatuar taladraba su piel. De un momento a otro, el zumbido se detuvo de manera abrupta: Ana había apurado hasta la última gota de tinta. Y por suerte para su rehén, ya no le quedaban más cartuchos. La asesina sopeso la idea de ir a por más cartuchos de tinta. «Me faltan la mitad de las aves y firmar el lienzo con la A. Pero está bastante bien. Estoy desenado verlo terminado», se convenció. Julia Verbeke realizó un último envite, intuyendo lo que estaba por venir.

—¡No lo hagas! ¿Qué estará pensando tu abuela de todo este sufrimiento que estás causando? Ella murió aquí sola. Es una buena manera de que te perdone por dejarla sola.

—Ya me ha perdonado. Cuando estoy en silencio oigo su voz. Y te aseguro que es más agradable que tus gritos de rata —Ana fue hasta su dormitorio y de un cajón tomó unas bragas viejas, y se las metió en la boca a su rehén para que se callase—. Ahora muerde con fuerza, ¡voy a sacarte la piel de una pieza!

Verbeke escuchó como el cuchillo fue tomado de la bandeja. En consecuencia, eintentó zafarse de la camilla sin conseguirlo. Se empeñó en volcarla zarandeando todo su cuerpo. Ana, viendo que podía volcar la estructura, se puso sobre su trasero. Verbeke, sumisa tras su fallido intento, no le quedó más remedio que apretar con fuerza su mandíbula contra las bragas, percibiendo aquel sabor a rancio y moho en su paladar. La aguda punzada no tardó en llegar, la asesina hundió la punta del cuchillo a la altura del omoplato. «A ver si

sale todo de una pieza: desde los hombros a los lumbares», se animó Ana, mostrando poca seguridad en sí misma. Verbeke notó como la hoja de metal sesgaba su pellejo con total parsimonia. Y sin poder retener más el aliento, se desgañitó en un grito que espantó a los pájaros que mullían sus nidos en las grietas del tejado. Tuvo que asumir que su fin había llegado y no le quedó otra, que desear que su propia muerte llegase pronto. Antes de desfallecer, pensó en la persona que siempre estuvo ahí, a pesar de todo. Esa persona especial e incondicional, que la hacía sentir parte de este mundo: «Te quiero mucho, mamá».

75
El último rastro

Los todoterrenos de los cazadores llegaron hasta las inmediaciones de Robledilla de la Jara. Una vez fuera de sus vehículos, desplegaron un mapa en el que trazaron varias rutas para peinar la zona. Los efectivos se organizaron en cuatro grupos, a expensas, de que llegaran los refuerzos. El sargento Roca acompañó a un equipo de cazadores para escrutar la zona más al filo del cañón que daba al río; el teniente coronel Miranda, peinaría los caminos centrales donde se concentraban la mayoría de pinos, robles y hayedos, junto al Seprona; Tocino, con ayuda de voluntarios, las zonas más exteriores donde estaban los poblados abandonados; y el sargento Mediavilla, junto a un buen puñado de guardias civiles, controlaría las salidas y entradas, desde la zona agreste hacia el asfalto. Transcurrieron dos horas. El tiempo les daba caza, como un depredador veloz ante una presa tullida. Resultaba descorazonador saber que todos los esfuerzos empleados hasta ahora en dar con el paradero de los rehenes, no terminaba de dar sus frutos. Damián Tocino y los suyos, allanaron todas las casas de los antiguos asentamientos. Ni rastro o sospecha, de que hubiera estado por allí alguien recientemente, en ninguna de las viviendas abandonadas. Lleno de frustración, telefoneó al Teco. Hubo una desesperanzadora conversación y decidieron seguir buscando.

A pocos kilómetros de allí, Miranda colgó. Resopló y rezó dos «Padrenuestro»; pero hoy, su Dios parecía tener los tímpanos reventados. Los picos de cortisol, la falta de sueño y los bocadillos fríos en carretera, conformaron una factura demasiado elevada a cuenta de la energía de Rafael Miranda. Agotado, se acuclilló junto a una mata de romero e impregnó sus dedos en ella. Luego, miró en rededor y vio a todos esos cazadores siguiendo rastros con sus perros y a los del Seprona con sus motos dando bandazos de aquí para allá. «A este paso, no las encontraremos con vida», temió. El alcalde de Buitrago, se conmovió al ver al jefe del operativo hincado de rodillas sobre el terreno, clamando un milagro al cielo. Y se plantó delante del él, con la mano extendida para que pudiera asirse y ponerse en pie.

—No se detenga ahora. Tarde o temprano daremos con la asesina —le reconfortó aupándolo de los hombros.

—Eso lo doy por hecho, Álvaro —se sacudió las rodillas—. Lo que me preocupa es llegar tarde… Encontrarlas sin vida —se atusó el bigote con dos dedos—. No me puedo permitir perder a más gente.

Hace unos días fue el cabo Mendoza y ahora la guadaña reclama el alma de la teniente Verbeke. Jamás pensé que podía echarla tanto de menos a esa tocapelotas de ojos azules y apellido belga, que tiende a nadar como un salmón a contracorriente. ¡Manda huevos!

—Cuando no están, es cuando de verdad se les echa de menos —confesó buscando la empatía de Miranda—. Nadie vuelve de entre los muertos. Mis padres, mi hermano Rogelio… Entiendo a qué se refiere cuando habla así de su compañera —el alcalde arrancó un tallo de romero y se lo metió en el bolsillo al teniente coronel—. Dicen que da buena suerte y no está la cosa para desestimar el embrujo de los amuletos.

Miranda, miró al cielo de soslayo, guardó sus manos en los bolsillos y percibió el tacto de la planta aromática. A continuación, caviló: «Julia, ¿qué harías tú en mi lugar? ¿Qué locura pondrías en marcha?». La respuesta fue inmediata: algo poco usual pero ingenioso. Antes de que bajara la cabeza, vio pasar entre las nubes a un águila real que surcaba el cielo como una cometa sin dueño. Lo hacía lento, contemplando sus dominios, convencido de que ninguna alimaña escaparía a su aguda visión. «¡Eso es! Al más puro estilo Verbeke», obtuvo respuesta a su incógnita. Sin darle explicaciones al alcalde, que lo miraba con intriga, el Teco se limitó a seguir con su ingeniosa idea. Tomó el teléfono móvil y llamó a la Guardia Civil de tráfico. «Estos tienen helicópteros que disponen de una potente cámara con la que multan a un conductor mientras wasapeaba con su teléfono desde el cielo; partiendo de esa premisa, pueden escrutar alguna vivienda o vehículo bajo las espesas copas de los árboles. ¡Bien pensado, pero demasiado tarde! Debería haber sido un recurso a tener en cuenta desde el principio. Pero estuve intentando enfocar el problema a ras de suelo, con los ojos de un hombre, en vez de usar la perspectiva de ver las cosas en conjunto como lo hace Dios». Fue entonces, cuando dudó de sus capacidades para llevar a cabo misiones de esta envergadura. Tras explicarle su plan a la central, no pusieron pegas y enviaron el “cuco”. Satisfecho,, supo que los pensamientos temerarios y alocados como los de Verbeke, eran el complemento perfecto cuando lo tradicional y la lógica, no dan más de sí. Albergando algo de esperanza, le comunicó su plan al brigada, mediante una llamada.

«¿Damián Tocino?».

«Sí, mi teniente coronel».

«¿Le dan miedo las alturas?».

«A esta edad, lo único que me da miedo es que mi hijo no me vuelva a hablar nunca más».

«Pues gánese el respeto de su hijo y el de todo su pueblo. Vaya al campo de futbol que hay junto al puesto de Buitrago, y suba al helicóptero que aterrizará allí para recogerlo. Indique al piloto qué

zona tiene que explorar a vista de pájaro. Tengo depositada mucha fe en usted. ¡Encuentre a Verbeke!».

«Cuente con ello. Salgo de aquí de inmediato».

La comunicación se terminó.

A un kilómetro de allí, muy pegado al filo del acantilado por donde fluía el río Lozoya, el grupo encabezado por el sargento Roca avanzaba en dirección a la presa de El Villar. Los cazadores iban ataviados con prismáticos, perros y brújulas, poniendo como valor en alza su conocimiento sobre el terreno. También llevaban escopetas —era una temeridad, pero fue la condición que pusieron estos batidores por arriesgar su pellejo—. Todos ellos se conocían los parajes y sabían dónde podía ocultarse un vehículo bajo la arboleda o en qué lugar había casas diseminadas y abandonadas.

—No hay buenas noticias de momento, ¿no? —preguntó Alonso Tundidor que llevaba en una mano un fusil típico del Oeste y en la otra, la correa que sujetaba a Cobi, su perro.

—¿Es un Winchester modelo 94? —evadió el sargento la respuesta inmediata y se asombró con el arma—. Todo un clásico del género western.

—Lo heredé de mi abuelo. Era un fanático de John Wayne —admitió el padre de Clara.

—Pues debería cuidarla. Yo colecciono antigüedades. Su fusil es una pieza de museo.

—Prefiero disfrutarla a verla expuesta cogiendo polvo —discrepó y recondujo la conversación—. Por cierto ¿qué harán cuando encuentren a la asesina?

—Pues la ley no nos da otra opción que sentarla frente a un juez. En la academia nos metieron en la cabeza la idea de que, si disparábamos por la espalda o por encima de la cintura, tendríamos un grave problema. La ley de enjuiciamiento criminal nos deja con el culo al aire —respondió el sargento Roca tras la insistencia de Alonso —. Así, que por poco que nos guste, solo nos queda rezar porque se pudra en la cárcel.

—Eso ya lo veremos… igual no llega viva a los juzgados —amenazó el padre de Clara con volarle la tapa de los sesos.

Antes de que Roca diese su opinión, el pastor alemán que sujetaba Alonso Tundidor, comenzó a ladrar y a emitir un llanto. El hocico y las orejas del can, apuntaban hacia una dirección concreta: el fondo del barranco. La voz de alarma, no tardó en llegar.

—¡Aquí hay algo! —señaló uno de los pescadores a un pedrusco alargado, que asomaba como un balcón hacia fuera del desfiladero—. Hay carne y sangre sobre las rocas.

Todos acudieron al punto señalado con el corazón en un puño. Sobre la rugosidad de la piedra había una mancha granate, y lo que

parecía un trozo de falange con uña. Pero el perro, no estaba marcando con sus aullidos la posición de aquel trozo de dedo machacado, sino un olor que le resultaba muy familiar. Guiado por su instinto, bajó por el escabroso barranco.

—¡No toquéis nada! Puede ser la prueba de un crimen —advirtió a los cazadores. Roca sacó su móvil para realizar una fotografía. Luego tomó el trozo de dedo con sumo cuidado y lo metió en una bolsa para evidencias. Una vez a buen recaudo en su mochila y a sabiendas de que podía haber más, se asomó al filo del acantilado. Allí, el perro de Alonso Tundidor tocaba con la pata una melena rubia que brillaba bajo los rayos del sol como si tuviese luz propia—. Voy a bajar, quedaos aquí.

Un escalofrío recorrió la espalda del sargento y notó el pulso acelerado latiendo en la cicatriz de su calva. «Parece una cabeza decapitada. ¿Y si es de Julia?», se castigó. Sin pensar en que podía despeñarse, descendió por las resbaladizas piedras repletas de líquenes y musgo, siguiendo los pasos del pastor alemán. Alonso Tundidor hizo lo propio, intrigado en el interés de su perro con el hallazgo. Una vez abajo, Roca se dio cuenta de que se trataba de una cabellera, y que por tanto, bajo los mechones no podía haber un cráneo. Alonso, que se había lanzado barranco abajo tras el sargento, tiró de la correa de Cobi, con el fin de separar al perro de los cabellos. Una vez lo consiguió, contempló con detenimiento el tono, la largura y el grosor de cada uno de esos mechones ensangrentados, y sintió cómo un clavo helado le atravesó el corazón matándolo en vida. Ipso facto. De rodillas, gritó con cólera apretando la cabellera contra su pecho.

—¡Es el pelo de mi hija! ¡Mi niña! Mi pequeña Clara…

Roca sintió un coctel de emociones muy contrario: alivio al no toparse con la cabeza cortada de Julia, e impotencia por ver como Ana Olmedo había destrozado el alma de Alonso Tundidor. El sargento le dio un fuerte abrazo, no había palabras para consolarlo.

—Lo siento, de veras. Ahora dámela —le exigió Roca, arrebatándole la cabellera de las manos para meterla en la mochila que llevaba a la espalda—. Es una prueba que puede ayudar a enchironar a la asesina de su hija.

—Le encantaba mirarse al espejo mientras se cepillaba la melena... Tan suave, tan rubia, tan angelical —narró con ternura, entre hipidos y sollozos—. ¡Mi hija no merecía esto!

—Nadie merece acabar así. Pero no podemos detenernos ahora. Toca ir a por ella, Alonso. Esa perturbada es capaz de repetir esta atrocidad de nuevo.

El dueño del pub enjugó con la manga de su camisa todas las lágrimas que embalsaban sus mejillas. Y aunque estaba roto, la venganza pareció darle fuerzas para continuar con la batida.

—¡Como la tenga frente a frente, por mis muertos que me la cargo!

Roca no le respondió, tan solo se limitó a escalar barranco arriba. En un hueco, halló un martillo ensangrentado. Le resultó altamente sospechoso y por si las moscas, lo metió en su mochila como evidencia para usarla ante un juez. El perro le pasó por su vera, ascendiendo como si tuviera pegamento en las patas. Alonso coronó la cima con ayuda de los otros cazadores que le aguardaban arriba con palabras de consuelo.

—¡Vamos! En breve comenzará a caer sol y no veremos bien detalles como este— advirtió uno de los cazadores, acercando el hocico de su braco de pelo duro a los restos de sangre que había sobre la roca. El perro agitó el rabo, sabía que tenía que buscar ese rastro entre la maleza.

En línea recta, avanzaron durante una hora cruzando arboledas y prados. Ante sus ojos, se dibujó la presa del Villar en todo lo alto. A sus oídos, no escapó el zumbido de un helicóptero que venía como apoyo a la incursión. Roca alzó la mirada y se sorprendió al ver un *Pegasus* de la DGT surcando el aire. «¿De quién ha sido idea? Juraría que ha sido Verbeke como recurso ante la jugada fallida de traer hasta la sierra de Madrid al Servicio de Montaña y Rescate. Pero, mi lógica me dice que ha tenido que ser idea del Teco, ya que sería al único al que le recogerían la petición».

Los perros comenzaron a ladrar, y no precisamente por la presencia del artefacto volador, sino porque habían olido algo. El braco de pelo duro alzó su pata y estiró el rabo señalando una casa a medio derruir. El pastor alemán de Alonso, corroboró el rastro. La vivienda se mostraba sin tejado y con paredes arrumbadas. Un par de pilares de hormigón con grafitis y latas de refresco oxidadas, destacaban entre la maleza que habitaba en su interior. Los perros intuían mediante el olfato, que el resto del cuerpo al que pertenecía el dedo se guarecía allí. Como un pelotón de fusilamiento, los cazadores tomaron formación entorno a las ruinas y apuntaron al frente con sus escopetas dispuestos a apretar el gatillo al más mínimo indicio de peligro.

—¡Shh!¡Callad! —alertó uno de los cazadores con la culata de la escopeta contra el hombro—. ¡Estoy oyendo un llanto!

—¡No disparéis, esperad! —les rogó Roca, corriendo hacia uno de los marcos de entrada a la vivienda. Con decisión, quitó el seguro de su arma y avanzó al grito de: ¡Guardia civil!¡Al suelo! Para su sorpresa, se encontró con una silueta enclenque, desnuda y pálida, que se mantenía sentada sobre unos cascotes de escombro. Sus brazos sujetaban sus rodillas magulladas; una de sus manos estaba desfigurada. La chica pelirroja comenzó a temblar. No levantó la cabeza ante las voces. Solo se limitó a sollozar. Roca arrugó el ceño y le preguntó queriendo conocer su identidad—. ¿Cómo te llamas?

En ese instante, notó el frío cañón del Winchester sobre su hombro. Alonso apuntaba a la adolescente, dispuesto a pagar con ella la muerte de su hija. Cegado por la ira, preparó el dedo sobre el gatillo. Roca apartó el cañón de un manotazo. El tiro salió desviado, perdiéndose entre las copas de los robles. Abrumado por la falta de coherencia del padre de Clara, lo desarmó con maestría, evitando que cometiera otra temeridad.

—¿Es ella? ¡¿Ella a ha matado a mi hija?! —quiso saber.

—¿Qué cojones haces? No ves que es una niña herida. Mira su mano… Y la sangre de sus rodillas. ¡Esta chica puede ser la adolescente desaparecida!

Los perros comenzaron a ladrar intimidando a la joven que se tapaba la cara y gritaba con desespero. Temía que se la comieran mordisco a mordisco.

—¡*Help me*! ¡Ayuda! *My name is Peach Thompson!*

Roca guardó su pistola y le entregó el rifle a otro cazador que se mostraba algo más sereno que Alonso. Luego pidió una chaqueta, y se la colocó a la adolescente sobre el torso, para que cubriera su desnudez. Con suma delicadeza, la agasajó y le dijo que estaba a salvo.

—Do *you speak spanish?*

—Sí.

—¿Qué te ha ocurrido? Estabas secuestrada, ¿verdad? ¿Quién te ha hecho esto?

—*A monster*… —respondió mostrando su rostro blanquecino salpicado de pecas, sangre y tizne—. Tiene a dos mujeres más. ¡Las va a matar! —sumida en un ataque de ansiedad cerró los párpados y se aferró al cuello de Roca como si éste fuese un salvavidas—. Escapé y me caí por el barranco. Me agarré a una piedra. Pero ella me golpeó con un… *hammer*. Pude escalar y me escondí aquí.

—¿Dónde está esa casa? Es muy importante que me lo cuentes —desesperó Roca agarrando por los hombros. Cada vez que la agitaba despedía un hedor nauseabundo—. ¿Está cerca de aquí?

La chica alzó su mirada azul. Tenía el labio inflamado y dos ojeras casi negras. En un burdo intento por ponerse en pie, Peach trastabilló apoyándose en el sargento. Este la acercó hasta la ventana haciendo de muleta. La adolescente no dudó y estiró el apéndice del dedo amputado, a la vez que realizaba una mueca de dolor.

—Por allí… *Oh my God!*

—¿Cuántos secuestradores hay? —quiso saber Roca—. *How many monster are inside the house?*

—*Only one*. Y es una mujer.

—No temas Peach, ya estás a salvo —le calmó el sargento llevándola al exterior—. ¿Entre las rehenes había una mujer llamada

Julia? Rubia, gordita, con ojos azules… —La adolescente se encogió de hombros, sumida en un estado de shock debido a los más que evidentes signos de deshidratación e hipotermia por haber pasado la noche al raso—. ¡Llevad a la joven a un hospital de inmediato y que le curen esa mano antes de que se gangrene! —ordenó a uno de los cazadores. Luego sacó el teléfono—. La quiero sana y salva. Es una testigo que nos podrá aclarar qué demonios ocurrió allí dentro…

«Dígame, sargento Roca».

«¡Hemos encontrado a la adolescente inglesa! Responde al nombre de Peach Thompson. Está herida, pero su vida no reviste gravedad».

«¿Está consciente?».

«Sí. Me ha señalado que la casa está cerca. Le envío la ubicación de dónde estoy ahora mismo. Por cierto ¿ha sido idea de usted lo del helicóptero de tráfico?».

«Afirmativo. Están barriendo el bosque desde arriba. De hecho, le voy a enviar la ubicación al piloto, para que escrute desde el aire si hay una construcción con esas características. De todos modos, voy a pie a su encuentro».

Iván Roca emprendió una carrera campo a través, sin esperar a los cazadores. Su forma física le permitió recorrer dos kilómetros en línea recta sin bajar el ritmo. De entre la maleza, apareció el Teco con el bigote, la camisa y las cejas empapadas en sudor. Se mostraba agotado tras la galopada, a pesar de que recorrió menos distancia que el sargento. «Estoy en baja forma», admitió apoyando las manos sobre las rodillas.

—Peach Thompson señaló hacia allí, mi teniente coronel —dijo seguro de que estaban muy cerca—. Y, por cierto, hemos encontrado la cabellera de Clara Tundidor… Por desgracia… Alonso estaba presente.

Miranda cerró los ojos y por un instante se acordó de su mujer. Aquella tarde en el hospital, cuando tras una mala praxis, le devolvieron a su esposa cubierta por una sábana. Y rescató el momento en que destapó el cuerpo para verla por última vez: tenía los ojos cerrados y su sonrisa era una mueca cadavérica. Lo único que guardaba brío en ella, lo único que parecía seguir vivo, eran sus cabellos castaños. Sedosos y con ondas perfectas. Cuando volvió en sí, concluyó.

—Lo seres queridos no deberían morir. Producen un daño irreparable —lamentó la escena vivida por Tundidor e hizo suyo ese dolor—. Ahora, centrémonos en Verbeke.

—Avancemos, está a punto de anochecer.

El Teco recibió una llamada, que sacudió su bolsillo como una chicharra cantando sobre la ramita de romero. Este metió la mano y descolgó. Intercambió información y colgó.

—Era el brigada Tocino, llamaba desde el *Pegasus* de la DGT. Han divisado una casa con las mismas características que la que dibujó Ana Olmedo. Está a poca distancia de aquí. Han tomado suficiente altura para no alertar a la asesina con el zumbido de las hélices. ¡Verbeke está ahí, Roca! ¿Te enteras? —le alentó viendo que seguía serio—. ¡La tenemos! ¡La tenemos!

—Usted me lo dijo una vez: no vendamos la piel del oso antes de cazarlo.

Sacando fuerzas de donde no las tenían, continuaron en la dirección indicada. Allí, el terreno se volvió más frondoso. Los senderos estaban recubiertos de vegetación y no había marcas de rodadura sobre el terreno; circunstancia que advertía, que por aquellos lares no acampaban los domingueros. Se adentraron en una zona tupida de matorral muy cercana a la presa, y para su sorpresa, encontraron algo. Roca taladró el horizonte con la mirada, y entre la breña observó un reguero de cristales, un tubo de escape descolgado y una Renault Kangoo panza arriba con los neumáticos apuntando al cielo. Como peculiaridad le faltaba la rueda de repuesto y eso, les recordó, que pudo ser la usada como lastre en la muerte de Raúl Gallo.

—¡Mire eso! Parece…

—¡Una Kangoo! —resolvió el acertijo—. ¿Qué ha pasado aquí? —se llevó las manos a la calva—. Parece que ha habido un accidente, mi teniente coronel.

Ambos empuñaron las pistolas y avanzaron con cautela como si pisaran la escarcha de un lago congelado. Una vez cerca de la furgoneta, miraron hacia su interior descartando que dentro no había nadie atrapado en el habitáculo. El terreno que rodeaba el vehículo mostraba un charco verdoso que desprendía olor a anticongelante. A su alrededor, no había pertenencia alguna, más que una sábana llena de sangre y la libreta Moleskine de la teniente. Como si fuese una pieza única de coleccionista, Roca la rescató del suelo. La abrió y se encontró con muchos datos distintos. Entre ellos, tenía un billete de avión desgastado de cuando los dos fueron a Bruselas para visitar a la bisabuela de Julia, que celebraba su noventa y ocho cumpleaños. Al pasar un mazo de páginas, se encontró el nombre de la asesina en letras mayúsculas: «*ANA MARÍA OLMEDO, la cuidadora de las abuelas de Buitrago, es Caronte*».

Parapetándose tras los troncos de los árboles, Miranda y Roca avanzaron con sigilo, evitando pisar la hojarasca y las ramas secas que minaban el tupido terreno. De repente, el dibujo de la casa que les envió Raquel Falcón, se materializó frente a ellos, aunque un poco más deteriorada. Las paredes tenían moho y grietas; la vegetación se alzaba casi un metro contra la fachada; y el tejado tenía mellas por

todas partes.

—Ahí tenemos la ansiada guarida —sentenció el Teco haciendo vibrar su garganta en un tono que no dejaba claro si sentía euforia o ansiedad—. ¡No perdamos más tiempo!

En el mismo momento en que se disponían a correr hacia la vivienda, oyeron un grito desgarrador, que partía de dentro de la casa. Roca sintió un zarpazo que le resquebrajó el alma. Se detuvo en seco, miró a su jefe y le expresó su angustia.

—¡Es Julia! ¡Conozco su voz! ¡La están matando!

76
La casa del dolor

El sol se apagaba lentamente en las aguas del mar de Madrid, devolviendo al cielo un tono fúnebre. El silencio que envolvía la casa parecía premeditado por alguna entidad demoniaca. No se oía la corriente ni los sapos ni los lobos ni los búhos… Ni siquiera soplaba el viento agitando las hojas secas; situación que magnificaba el sonido los desgarradores gritos de Verbeke, escapando de la casa.

—Ahora es cuando hay que actuar con cabeza, Roca; y no con el corazón —le sostuvo por la muñeca—. Improvisemos un plan de asalto.

—Lo siento, pero no puedo pensar más que vaciarle un cargador en el pecho —se sinceró, quitándose la mochila y colgándola en la rama de un álamo que había a su espalda—. Diga algo o voy solo.

El conjunto de cazadores, seteros y pescadores, llegaron hasta el mismo punto donde estaban los guardias civiles preparándose para entrar a la vivienda. Y tanto el grupo que trajo consigo Miranda, como el que ayudó a Roca, quedaron expectantes apuntando con sus escopetas hacia la vivienda, como si se tratara de un concurso de caza mayor.

—Esa loca no tiene escapatoria —supo el Teco al ver tanto tirador experimentado—. Si Ana sale al exterior, esta comitiva de cazadores de monte, la dejaran como un queso gruyer en menos que canta un gallo. Pero no somos justicieros, nos debemos a la ley… —aclaró sin perder de vista la casa—. Yo entraré por el establo. Veo algo de luz escapando bajo la puerta. Tú ve por delante.

Un grito largo y profundo, desestabilizó la cordura de Roca. Sin demorar más su intención de entrar, se acercó hasta el fusil Winchester de Alonso Tundidor y se lo arrebató al cazador que lo portaba. Una vez lo tuvo en sus manos, se giró sobre los talones de sus botas nuevas y se encaminó hasta la vivienda.

—¡Yo echaré la puerta delantera abajo! No hay cerradura que se resista a una de éstas.

—Está bien. Pero cuente hasta cien antes de reventar la cerradura. Necesito tiempo para evaluar la situación y posicionarme. ¿Podrá hacerlo?

Roca respiró hondo, accionó la palanca del rifle y cargó el arma.

—Uno, dos, tres, cuatro…

El Teco pegó su espalda a la cal de la fachada. Con pasos rápidos y

silenciosos se aproximó a la puerta del establo y se asomó haciendo crujir las viejas bisagras. Un fuerte hedor a cadáver y heces, le provocó nauseas. Pero estaba tan acostumbrado a visitar cadáveres en los anatómicos y en las escenas del crimen, que se repuso de inmediato. Aguzando su visión, oteó el interior. De la inspección visual sacó en claro que no quedaban rehenes con vida. Solo había un mueble viejo, argollas que emergían de la pared, paja en el suelo y una cabeza decapitada. Ésta asomaba sobre una pila de pasto seco, con una mueca inexpresiva e inclinada hacia un lateral. Dispuesto a averiguar si se trataba de Julia, se arrodilló y escrutó sus facciones. El rostro correspondía al de una mujer. Una mujer que parpadeó y movió los globos oculares en dirección a las pupilas dilatadas de Miranda. «¡La leche!», pegó un respingo el Teco al comprobar que, bajo la montaña de pasto seco, estaba el resto de su cuerpo conectado a la cabeza.

—¡Shh! No grite —susurró alumbrando a la secuestrada con la pequeña linterna que sostenía bajo el cañón de su Beretta—. ¿Dónde está la secuestradora?

La ferretera cambió su rostro. No esperaba que el plan de Verbeke hubiese funcionado. Entre lamentos y entusiasmo, musitó.

—Al final… de ese pasillo. En… la cocina. Le está arrancando la piel de cuajo. ¡Tienes que salvarla! ¡Por Dios!

Sobrecogido por las palabras de la ferretera, siguió las indicaciones y divisó la nueva puerta. Pistola al frente, avanzó lentamente por la penumbra del pasillo, apagando la linterna para no ser descubierto. Los desgarradores e interminables gritos de Verbeke le pedían que corriese a frenar su sufrimiento, pero eran ya muchos años y sabía, que debía mantenerse templado para no propiciar una desgracia. Cuando llegó al marco que daba paso a la cocina contempló la escena, y entonces supo que esa imagen jamás se le borraría de la mente: la teniente Verbeke, bajo la tenue luz de una lámpara portátil, bocabajo, muerta, con los ojos vueltos en blanco. Tenía el tejido subcutáneo al descubierto, formando una sección rectangular que iba desde la zona cervical hasta la parte más baja de los omoplatos. La asesina estaba subida sobre las nalgas de la teniente, de rodillas, tirando hacia atrás con todas sus fuerzas. Se empeñaba en despegar el colgajo viscoso. No satisfecha, daba tirones y cambiaba su postura sobre Julia, con el fin de hacer fuerza de palanca, y sacar de una pieza parte de la piel de su espalda. El Teco dio un paso más y pisó un charco oscuro y viscoso. Por un instante se le heló la sangre y contuvo la respiración. El chasquido no despertó sospechas en Ana, que seguía sumida en su particular estado de frenesí. Con sumo cuidado, retiró sus botas de lo que creyó que era sangre. Haciendo de tripas corazón, mantuvo sus pulsaciones a raya y siguió observando la tez inexpresiva de su

compañera. «Hazme un gesto, Verbeke. No me digas que te vas a ahogar en la orilla. Estamos aquí. Venimos a rescatarte». Alrededor de la camilla, divisó un taburete negro que sostenía una bandeja con gasas y un par de cuchillos; pero lo que realmente sobrecogió a Miranda, fue el cuadro que reposaba sobre un caballete de pino. Al forzar su vista en ese punto, pudo contemplar cómo el lienzo exponía todos los tatuajes de las víctimas que se cobró, como si se tratara de un panel de trofeos. A ras de suelo, destellaba una escabechina con huellas de pisadas que iban de un lado a otro; también había gasas y guantes de látex usados. Miranda dio un pequeño paso al frente y se plantó en la cocina. Solo tenía que sujetarla por la espalda, inmovilizarle las manos y todo acabaría, pero un fuerte estruendo ensordeció a los tres: se abrió un primer agujero a la altura del cerrojo. Ana se detuvo en seco. Seguidamente, vino otro cartuchazo que hizo volar la mitad superior de la puerta, proyectando astillas en todas direcciones, y dejando ciego de un ojo al teniente coronel.

—¡Cien! —finalizó el sargento pateando la hoja de madera—. ¡Guardia Civil! ¡No te muevas hija de puta o te vuelo la cabeza!

Iván Roca se encontró de bruces con la misma estampa terrorífica que Miranda: con la asesina sobre el cuerpo desnudo de Julia, tirando hacía atrás de aquella lámina de carne con suma violencia. Ana, desoía la advertencia del que la encañonaba desde escasos metros, pues estaba dispuesta a culminar su obra. Como si Roca fuese un mero espectador, se inclinó hacia el taburete y agarró uno de los cuchillos. Sabiendo que el tiempo se le acababa, empleó fiereza y comenzó a cortar con movimiento de sierra, la piel que se resistía. Verbeke ya no gritaba. Tras la camilla, bajo el dintel de la puerta de paso, se encontraba el teniente coronel con una mano sobre un ojo y la pistola en la otra. Esperaba la señal de Roca para reducirla y no recibir un disparo a cambio. Ana elevó las manos como si se hubiese rendido. Borracha de satisfacción, dio respuesta al agente de la ley.

—¡Estoy llegando a la culminación de mi obra! Sería una pena no finalizarla.

—Esto no es arte. Solo es daño… ¡Degenerada! —le reprochó Roca.

—Van de la mano, ya lo dijo el francés Edgar Degas: *«Un cuadro debe ser pintado con el mismo sentimiento con que un criminal comete un crimen…»* —pausó y apretó la empuñadura cortando la circulación de sus dedos—. Y por suerte, yo he experimentado ese tipo de emociones y sensaciones.

—¡Tu carrera termina aquí, Ana María Olmedo! ¡A un lado teniente coronel! —El Teco se tiró al suelo. Roca disparó a la mano de la agresora, haciendo volar sus dedos por la cocina. El colgajo repleto de tatuajes, volvió sobre su posición original, provocando un desagradable chapoteo al entrar en contacto con la herida de la

espalda. Ana gritó como una rata acorralada—. ¡El próximo irá a tu cabeza!

—Hazlo —masculló Verbeke volviendo en sí, girando el cuello en dirección al foco de voz. Bajo el marco de la puerta. Vio a Roca, rifle en mano y con su calva brillando bajo la luz de la luna—. Haz… lo.

«¡Está viva!», se alegró Miranda sin abandonar las sombras del pasillo. Ana se arqueó sobre la espalda de Julia y desde encima, agarró el taburete y lo lanzó contra la lámpara. Los cuatro quedaron a oscuras. El helicóptero comenzó a tronar en el cielo y sus luces penetraban por las grietas del tejado, alumbrando la estancia en tonalidades rojas y azules.

—¡Tah, tah! —negó Ana dejando sus intenciones muy claras—. ¡Nadie va a impedir que acabe mi "Mapa del dolor"!

El sargento dejó el rifle en el suelo y salió corriendo hacia donde intuía que estaba la asesina. A oscuras, se llevó por delante el caballete, la camilla y a sus dos ocupantes. El Teco encendió su linterna y se encontró a ras de suelo a la teniente sujeta a la camilla, que gemía retorciéndose de dolor. Cegado de un ojo, buscó algo con que cortar la soga. No tardó en dar con uno de los cuchillos, el otro, lo tenía Ana en su mano amenazando con clavarlo en el pecho de Roca. Miranda ayudó a Verbeke a que se reincorporase. Ésta se apoyó contra la encimera, asimilando todo lo que había sucedido en cuestión de segundos. Su jefe la contempló y con una sonrisa triunfal le susurró «que ya ha pasado todo». Una vez la liberó de sus ataduras, tomó la pistola y colocó la linterna junto al cañón para alumbrar allí donde apuntaba. Bajo el haz de luz enturbiado por el polvo, pudo ver a Roca en una situación comprometida, ya que Ana se encontraba sobre él, decidida a clavarle la hoja en uno de los ojos. El sargento, bocarriba, le sostenía las muñecas a duras penas, sin dar crédito a la fuerza que empleaba la agresora en su afán por malherirlo.

Miranda guardó su arma junto a la linterna en su bolsillo. Y con las manos libres, acudió en auxilio del agente. A oscuras, se posicionó a la espalda de Ana, y de un brusco movimiento la tiró hacia atrás. La asesina se revolvió como una rata acorralada y le lanzó un mordisco en el brazo. Luego blandió el cuchillo haciendo lazos en el aire, consiguiendo herir en el muslo al teniente coronel. Nada más oír el grito y sentir como su cuchillo había cortado carne, echó a correr. Miranda no sabía de la magnitud de su corte, tan solo se llevó la mano a la herida. Roca, que permanecía tumbado, estiró su brazo consiguiendo retener a Ana por el tobillo.

—¡La tengo! —gritó con euforia esperando a que su jefe la redujera —. ¡Se me escapa!

—Sargento, me ha herido en el muslo y no veo con claridad. Voy a por la linterna y por mis cojones que le meto un tiro en la pierna.

La asesina se agitó como el rabo de una lagartija y se zafó de las tenazas del sargento. Se levantó como un resorte y huyó en dirección al establo. El Teco, con un ojo cegado por las astillas que proyectó la puerta durante el asedio, no tuvo que guiñar para apuntar. Apretó el gatillo y erró en su disparo. La psicópata llegó al establo, pasó por delante de Carmen, y al verla semienterrada en pasto, se detuvo. No hubo palabras, solo una sonrisa malévola mientras buscaba el mechero en el bolsillo de su mono verde. Tras oír las voces de Roca y Miranda desistió en su intento por abrasar a la ferretera. Una vez en el exterior de la casa, se topó con varios perros gruñendo, guardias civiles y cazadores armados con escopetas. No tenía escapatoria. Entonces, volvió sobre sus pasos y cerró la puerta del establo. Roca se recompuso, comprobó el estado del Teco y le preguntó por Julia. Tras conocer que su compañera estaba consciente y fuera de peligro, fue en busca de Caronte, galopando por el pasillo como si fuese un toro en San Fermín.

—¡No tienes escapatoria! —le advirtió el sargento escuchándola maldecir su suerte en voz alta—. Te pudrirás en una cárcel…

Ana mantenía el afilado cuchillo al frente, dispuesta a no entregarse. El sargento no le temía, llevaba años reduciendo a criminales y solo tenía que hacerlo una vez más. Con más sangre fría que destreza, esquivó las cuchilladas que sesgaban el espeso y fétido aire del establo. Muchas de esas cuchilladas pasaron muy cerca de su cuello y su vientre, pero por suerte no lo hirió. Roca sabía que las fuerzas de su agresora flaquearían de un momento a otro, debido al repetitivo gesto que ejercía contra él. Cuando lo vio oportuno, ejecutó un contrataque a máxima velocidad: sostuvo la mano que portaba el arma y con la otra, golpeó el mentón de la agresora. De un solo golpe, la hizo volar un metro hacia atrás. Desconfiando de que volviese a levantarse como si nada, el sargento fue a hasta ella, la elevó del suelo por los cuellos del mono de jardinera, y no le leyó los derechos, tan solo le amenazó con matarla si no se quedaba quieta.

En la oscuridad de la cocina, Verbeke buscó a tientas la jeringuilla con *Midazolam* que Ana dejó sobre la encimera, cuando la amenazó con matarla si no se callaba. La sujetó entre sus dedos y comenzó a caminar con torpeza por el pasillo en dirección al establo. Miranda fue a su encuentro acusando una cojera exagerada. Juntos, siguieron la luz de la linterna en dirección a los gritos. Allí se encontraron con la ferretera horrorizada y sumergida en el pasto, contemplando con impotencia el duelo. Verbeke, valoró el enfrentamiento, y la ventaja, claramente, se decantaba del lado del sargento. La agresora estaba bocabajo, con la bota del 45 de Iván Roca sobre su espalda. Ana no se resistía demasiado, tan solo movía los brazos intentando alcanzar el cuchillo que estaba a pocos centímetros de sus dedos.

—¡Julia, tenías razón! ¡Hemos sobrevivido! —se alegró la ferretera al verla aparecer. Pero su sonrisa duró poco tras ver como Ana rebuscaba en uno de sus bolsillos. No tardó en sacar el mechero y encenderlo. Cuando Roca se vino a dar cuenta, el Zippo ya volaba en dirección a Carmen. La paja que la cubría prendió en llamas—. ¡Noo! ¡No!¡No! ¡Socorro!

La asesina comenzó a reír y Roca no tuvo más remedio que clavar la rodilla contra su espalda y sujetarle ambas manos, como si estuviese esposada. Miranda rescató el mechero y lo apagó. Tenía que evitar que se abrasara como un monumento de cartón en las Fallas. El establo comenzó a llenarse de humo e incertidumbre. Verbeke, extenuada y llena de odio, se aproximó hasta la posición de Roca para mirar a los ojos a esa perturbada que había causado tanto mal, y como si hubiese ensayado el discurso durante todas las horas que estuvo en la camilla a merced de sus manos, le enumeró.

—Mi hermano, Rambo, tú… ¡Me habéis demostrado que no hay lugar para la reinserción! Tarde o temprano volvéis a reincidir en vuestras filias —vaticinó Julia forzándose a hablar. Roca arrugó el ceño y miró a su compañera que tenía la jeringuilla entre sus manos en una postura amenazante y no le dio tiempo a detenerla cuando Verbeke se arrojó como una hiena hambrienta sobre el cuerpo de Ana —. ¡Y si algo tengo claro, es que no pienso esperar a que salgas de la cárcel y causes más daño!

Con acierto, clavó la aguja en su cuello. Usando un torpe juego de dedos, consiguió inocular todo el contenido del vial, tras empujar el embolo a fondo. Roca retiró su bota de la detenida, separó a Verbeke de la agresora y advirtió del humo que se expandía por todo el establo con suma rapidez.

—¿Qué haces? ¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí!

Las llamas envolvieron de repente la figura de Carmen. Miranda cogió el cuchillo que había en el suelo y comenzó a cortar las sogas que sujetaba a la ferretera, mientras las llamas le quemaban los puños de su camisa. Pidió ayuda, pero Roca no se atrevía a dejar suelta a la psicópata. Verbeke intentó salir fuera del establo para pedir ayuda a los que estaban fuera, pero no le dio tiempo a hacerlo; la puerta se abrió de sopetón. El humo escapó y la vista dentro se volvió turbia. Atravesando la fumarada, entraron el brigada Tocino y el sargento Mediavilla a punta de pistola. No dudaron en prestar ayuda a sus compañeros a pesar del riesgo que podían correr. Lo primero que vieron fue a Verbeke ilesa, desnuda y con una loncha de carne colgando de la espalda. A su lado, al teniente coronel con las mangas de su camisa llameando mientras tiraba con desesperación del cuerpo de la ferretera. Mediavilla, viendo la angustiosa escena, enfundó su Beretta en el cinto, colocó la suela de su bota contra la pared y tiró de

la argolla con tanto ímpetu que la arrancó de cuajo. Tras sacudir algunas briznas de paja que prendía sus cabellos, el rudo sargento de Buitrago la cargó entre sus brazos como si se tratase del propio King Kong, con Ann Darrow. Damián Tocino fue a socorrer al Teco; le ayudó a deshacerse de la camisa que ardía con vigor. Las lenguas de fuego del pasto, treparon por las vigas apoyadas en la pared, hasta que coronaron el tejado de madera. El incendio se apoderó del establo, provocando una contundente lluvia de tejas.

—¿Y el sargento Roca? —preguntó el brigada.

—Tras la cortina de humo. ¡Ahora todos fuera! —advirtió Miranda temiendo que quedaran atrapados.

Verbeke en vez de salir, se fue hasta el fondo, donde Roca retiraba la jeringuilla del cuello de Ana y la arrojaba contra las llamas eliminando cualquier rastro del barbitúrico. El sargento se alegró al ver a su compañera, pero al verla desnuda se descamisó y le cedió su ropa para que saliera al exterior de una manera decente. Juntos, abandonaron a la asesina a su suerte, con el fin de ponerse a salvo.

—¿Y Ana? ¡Tenemos que evacuarla! —sugirió el brigada Tocino señalando a la mujer que reptaba a ras de suelo—. Aunque sea una hija de puta, merece sentarse ante un juez y responder ante la opinión pública.

—¡Cof! ¡Cof! ¿Y que la dejen libre otra vez? ¡Tocino, tápese los oídos! —le atajó Miranda, y parafraseo su comentario en el Jara y Sedal ante los cazadores—. Ana María Olmedo Requena, ¡tu obra acaba aquí!

—Pero ¿qué dice? Todos merecemos una segunda oportunidad.

—No habrá una tercera —dijo el Teco, tirando del brazo del brigada hacia afuera y cerrando la puerta del establo con decisión. Luego, citó un verso de la biblia—: «*Dios castiga sin piedra ni palo. Dios castiga y no da voces. Dios consiente… pero no para siempre*».

Sin remordimiento alguno por la pérdida, se alejaron de las llamas que ascendían por el techo envolviendo la casa a un ritmo acelerado. En cuestión de minutos, la vivienda se convirtió en una hoguera. La asesina supo que ya no podía escapar. La tos apenas le permitía hablar, sus ojos se inundaban en lágrimas y en su piel se le abrían llagas. Y entonces, tuvo una última reflexión: «Ahora somos inmortales. Tú y yo. Nuestro Mapa del dolor será recordado por siempre. No te preocupes Rosa, fuera contamos con una aliada que hablará de nuestra obra. ¡Somos leyenda! —se sintió plenamente realizada—. A partir de hoy, la sociedad aprenderá a apreciar su día a día, cuando comprueben que sus problemas son una minucia en comparación a lo que nosotras vivimos desde la infancia. Aquí mi vida. Aquí mi sufrimiento. Aquí mi obra recién terminada…». Ana Olmedo exhaló. Su cuerpo se carbonizó por completo, y todas las

vidas que se llevó por delante, cobraron menos sentido.

El equipo de salvamento aéreo desplegó una camilla para auxiliar a los heridos. Los sanitarios, tumbaron a Verbeke bocabajo. Los cazadores, seteros, pescadores y agentes, crearon un pasillo hasta el helicóptero. Al paso de la teniente, cada uno de ellos, le dedicó un halago haciéndola saber la admiración que sentían por su valiente proeza.

—¡Verbeke!¡Eres una jabata! —le alabó Mediavilla mostrando tizne en su amplia frente.

—Digna de una medalla al valor —soltó uno de los cazadores.

—¡Con dos ovarios! —le dijo el padre de Clara.

En la mitad del pasillo, estaba Tocino con una sonrisa de cicatriz a cicatriz.

—Gracias, Verbeke. ¡Le debía una! ¡Es usted muy grande!

Luego, le tocó el turno a Miranda, que quiso darle su agradecimiento antes de subirse al helicóptero. Tenía un ojo magullado, el pecho al descubierto, quemaduras diversas y una mano taponando el corte de su muslo. Antes de que pudiera hablar, Verbeke le lanzó una pregunta temiendo la respuesta.

—¿Y… la adolescente? Peach —se preocupó sin atender su propio estado de salud—. Su cadáver debe estar por algún barranco. Buscad sus huesos y que la puedan enterrar. Su familia debe estar desesperada…

—No pienso buscar sus restos. ¡Está viva! —le premió el Teco esbozando una sonrisa de satisfacción—. Ella fue quién le indicó a Roca la dirección que debíamos tomar para dar con la guarida de la asesina. No sé cómo lo hiciste, pero la has salvado. ¡Ah! Y la ferretera también está bien. ¡Enhorabuena!

—¡Uff! Juraría que esta es la primera vez en que me cae en gracia lo que me dice —se llenó de satisfacción y picó a su jefe—. Por cierto, tras lo de hoy no descarto ir a misa, mi teniente coronel. Supongo que sus plegarias han sido oídas desde el Cielo.

—¡No metas a Jesucristo en esto! Esto es obra tuya, Verbeke. Gracias por habernos brindado tiempo para llegar hasta ella —le alabó su gesta—. Has pagado un precio muy alto. Y, eso te honra como persona y como agente.

—Amo mi trabajo —respondió la teniente con una sonrisa pausada —. Solo eso.

Cuando Verbeke llegó al esquí derecho del helicóptero, se topó con una última persona: Iván Roca. Llevaba una mochila de cuero, cuyas asas enmarcaba su musculoso y tiznado pecho. El sargento quería asegurarse que la vida de la teniente no corría peligro. Julia, bocabajo y con la cabeza ladeada, lanzó una mirada cómplice a su compañero; pudo percibir emoción en su gesto.

—¿Estás bien, Julia? ¿Dime algo? —le preguntó con un nudo en la garganta.

—¡Tengo un hambre de mil demonios, Iván! —respondió guiñándole un ojo.

—Eso es buena señal —se alegró mientras hurgaba en su mochila la chocolatina que sacó de la máquina expendedora—. Pues precisamente, te traigo un presente. Te subirá el ánimo.

—¡*Wow*! *Toblerone* —guardó en su puño la barrita de chocolate como si fuese un tesoro—. Ves, al final te vas a convertir en mi héroe. ¡Dame un beso!

Roca no se las pensó. Le plantó un beso y fue correspondido. Los que portaban la camilla, no dejaron lugar a más achuchones; no era el momento. El helicóptero despegó agitando las hojas de los árboles y removiendo el humo que envolvía la casa en llamas. Los que quedaron abajo elevaron la mirada al firmamento, como si el tronar de las hélices y los destellos del aparato fuesen fuegos artificiales que clausuraban la macabra cita, en la que arte y crimen, se unieron para sembrar el pánico.

A partir de ese día, el mar de Madrid, se hizo famoso en todo el mundo. No solo vendrían turistas y curiosos desde recónditos lugares atraídos por el suceso, sino también periodistas, criminólogos y porque no, nuevos psicópatas dispuestos vanagloriar los asesinatos de la demente que un día soñó con llevarse los tatuajes de sus víctimas para elaborar un lienzo humano.

La obra comenzó a ser famosa.

Durante los meses venideros, no se habló de otra cosa en los medios, más que del espeluznante y controvertido «Mapa del dolor», de Ana María Olmedo.

77
Siempre hay una segunda oportunidad

Madrid, agosto de 2022.

En verano, pocos eran los valientes que se quedaba en Madrid para soportar los 40º a la sombra que despachaban sus calles. Apenas había tráfico, ruido o turistas sacando fotos de sus monumentos. En estas fechas, la capital de España se convertía en un "pueblo" tranquilo y apacible, que poco tenía que ver con el estrés que presentaba el resto del año. Y los que se quedan por voto propio, seguían con su vida y sus costumbres. Este era el caso de Julia Verbeke, que, a regañadientes, se había llevado a Iván Roca a su churrería favorita. Allí, el calor que desprendía el aceite de freír los churros y la gente que ocupaban las mesas, creaban un murmullo insoportable que hacía que la conversación se convirtiese en toda una proeza. El aire acondicionado estaba averiado y con el fin de no agobiar más al sargento, Verbeke decidió ponerse en una mesa cercana a la puerta de salida. Mientras esperaban que le tomaran el pedido, hablaban de sus cosas.

—Quedarnos aquí no ha sido buena idea. Madrid es un horno en verano —se quejó Roca—. Tengo ganas de estar en las aguas de un pueblo marinero. Allí se lleva mejor el calor.

—Eso, playa. No quiero volver a ver un lago, embalse o derivado en mucho tiempo —se quejó—. Lamento haber fastidiado tus vacaciones. Podías haberte ido sin mí.

—Pero no lo he hecho. Si estoy contigo, estoy a muerte.

—Cuando me someta al láser para borrar los tatuajes de mi espalda, te prometo que iremos en tu Van Camper a perdernos por la costa levantina. Después de lo que nos ha hecho pasar, no pienso darle el gusto a esa loca de mostrar su obra al mundo como si yo fuese un lienzo andante.

Roca miró de un lado a otro. No le gustaba que la gente reconociera a Julia tras haber aparecido en todos los telediarios del mundo.

—Visto así. Por cierto ¿y del brigada Tocino? ¿Sabes algo?

—¡Sí! Se ha convertido en un héroe de la mancomunidad del Atazar —le respondió dibujando una sonrisa divertida—. Me envió una foto con su hijo. Han hecho las paces.

—Aunque no es un tipo de mi agrado, me alegro por él. Tuvo dos ideas muy brillantes y le estaré siempre agradecido por haberse

implicado en tu rescate.

—Pues vete haciendo a la idea de seguir viéndolo —le cortó haciéndose la interesante—. El teniente coronel me ha chivado, que Damián Tocino está dentro de la UCO.

Roca alzó una ceja mostrando incredulidad. Luego elevó la mano para llamar a la camarera que iba y venía con una bandeja plateada colmada de cafés y churros.

—¿En serio? No me lo imagino fuera de su ámbito rural, sinceramente, pero si el Pirata busca agentes comprometidos que sientan devoción por el cuerpo, Tocino es uno de ellos. Lo ha demostrado.

—¡¿Ya le has puesto mote al teniente coronel?! Pero si fuiste tú el que casi le vacía el ojo de un disparo.

—Gajes del oficio —añadió con sorna.

Verbeke sonrió, lanzando miradas peregrinas por el local en busca de Blas Orellana, pero parecía no estar. Una camarera bastante jovencita y bien perfumada, se acercó a la mesa y les preguntó empleando un tono amable.

—Lo siento por la demora, parece que los pocos que quedan en Madrid han quedado aquí para desayunar. ¿Qué van a tomar?

—Son las 12:00. Me apetece un gin-tonic con pepino y pimienta —dijo Iván Roca.

—A mí me pones un chocolate caliente, una ración de churros y otra de porras—pidió. La camarera se marchó con la comanda—. ¡Y no pongas esa cara, Iván! Me lo merezco.

—Por supuesto… pero luego vienen los cargos de conciencia.

—Desde que bajé de la camilla de tatuar de esa perturbada, veo el mundo desde otra manera. Lo único que vale, es hacer lo que a una le da la gana cuando le apetece. Punto. El resto viene solo —Roca hizo una mueca con la boca—. ¿Y sabes una cosa? Cuando estuve al filo de la muerte a manos de Ana, pensé en un último deseo… ¡Adivina!

—Comer una ración de churros bañados en chocolate, ¿no? —obvió.

—Frío, frío —le respondió estirando los brazos por encima de la mesa sujetando las muñecas de Roca—. Pensé en volver a verte… y quién sabe —sonrió con picardía—. Igual te doy una segunda oportunidad y te pido que dejes el cepillo de dientes en mi piso.

La cicatriz que coronaba la calva de Roca, se encendió junto a sus mejillas en un tono rosado. Sus ojos se agrandaron, y en el hueco que dejaba sus pobladas barbas, asomaron unos dientes bien alienados.

—Sabes una cosa… No pienso desaprovechar la oportunidad. ¡Te lo juro!

—¡Oportunidades! ¿Cuáles son acertadas y cuáles no? El tiempo pone todo en su sitio —reflexionó esperando no equivocarse de nuevo

con su compañero—. Por cierto, ¿qué sabes de Raquel Falcón? Yo con tanto quirófano y cirugía, me he perdido muchos cotilleos.

—Ya no trabaja para las prisiones del Estado. Ahora se pasa el día de plató en plató y firmando libros en centros comerciales; incluso está rodando un documental sobre todo lo que ocurrió en el mar de Madrid: ¡Está sacando rédito a su historia como psiquiatra y rehén de Caronte! Digamos, que ahora vive del cuento.

—¡Qué país más morboso! La tele da asco —se indignó Verbeke—. Y lo peor, es que Rambo tenía razón…

—¿De qué hablas? —quiso saber intuyendo que Julia le había ocultado algo que debió descubrir durante su cautiverio—. ¿Rambo tenía razón de qué?

—Nada, ya no tiene importancia.

Roca quedó pensativo. Luego bromeó.

—¡Somos como la vieja del visillo! Nos falta hablar de la vida del cromañón de Mediavilla y del tatuador.

—Pues de ellos sí sé algo. El sargento Mediavilla es ahora el Comandante de Puesto y al parecer, ha emprendido un noviazgo con la ferretera. El propio sargento me contó también, que Andy había vendido la academia de tatuajes y que nadie lo ha vuelto a ver por Buitrago. ¡Se ha quitado de en medio! Yo hubiese hecho lo mismo.

La camarera les interrumpió sirviendo el banquete sobre la mesa. Verbeke rebuscó en su monedero y pagó. El billete vino acompañado de algo más: una hoja doblada en cuatro partes con un dibujo hecho a rotulador, que atesoró entre sus dedos. Lo desplegó con delicadeza y se lo mostró a Roca. En él, había una adolescente pelirroja y una mujer rubia, que sonreían subidas a un colorido arcoíris donde podía leerse en mayúsculas y bien grande la palabra: «*STRONG*».

—Mira, me lo envió Peach Thompson al puesto de Buitrago. ¡Me hizo una ilusión tremenda saber de ella! Tuvimos incluso una videoconferencia. ¡¿Si la hubieras visto lo feliz que estaba tras todo lo que pasamos allí?! Es una chica estupenda. Y el hecho de haberse salvado gracias a mi aliento, supone un plus para mí —suspiró pensando en todo aquello, como si por delante de sus ojos pasase un carrusel de fotografías a toda mecha—. Ahora, nada podrá detenerla. Cualquier problema al que se enfrente será insignificante. ¡Se ha hecho mujer de sopetón! Y, ahora tiene una historia que contar a sus nietos: cómo su abuela consiguió reunir el valor para salvar la vida.

«Más bien es un relato de terror, con pesadilla asegurada», discrepó Roca en un pensamiento. Verbeke desvió su mirada y vio dos piernas pegadas a la mesa. Al alzar la vista, comprobó que se trataba de un joven alto, moreno y con ojos verdes. No tenía ropa de camarero, sino que vestía una camiseta ajustada y un pantalón vaquero con dobladillo a la altura de las rodillas. En sus manos sujetaba un ramo

de flores. Ante el suceso, puso cara de incrédula.

—Eh… Hola, Blas. Tenemos que arreglar un asuntillo. Tú y yo no podemos…

—Tranquila Julia —le cortó el camarero—. Lo sé todo. Soy tu hermanastro.

—Pues por esa razón… —arrugó el ceño metiéndose una porra en la boca. Roca, se hizo el sueco bebiendo un trago de su ginebra—. Y porque he vuelto con mi ex, no puedo aceptar el ramo.

—El ramo no lo envío yo. Me lo han dado para ti. Y, por cierto, tiene una tarjeta.

Orellana se marchó al sótano de la churrería. Verbeke lo siguió con la mirada hasta que lo engulleron las escaleras.

—¡Cuánto misterio! ¿No será cosa tuya? —preguntó Julia. Roca negó con la cabeza y eso, le causó más intriga todavía.

—Igual es cosa de Gabriel. Quiere hacer las paces… Después de todo, la sangre os une —aventuró Roca mirando la tarjeta que acompañaba al ramo.

—No creo. Sé que definitivamente he perdido a mi hermano… pero a cambio, mira la vida: me ha presentado a un hermanastro. Llámalo segunda oportunidad.

—Ya. ¡Qué cosas! Bueno ¿por qué no salimos de dudas?

Verbeke deslió la carta de la cinta que lo sujetaba. El ramo despedía un fuerte olor a rosas frescas. Nada más desplegar la dedicatoria, supo que aquella caligrafía grandilocuente no pertenecía al puño de Gabriel. Expectante, leyó en silencio cada línea, imaginando quién podría ser el remitente. Sus dedos temblaron sobre el papel, creando un terremoto en el folio donde bailaban las letras. El sargento, se mesó la barba con cierto nerviosismo, muy atento a la expresión facial de su pareja.

«Querida Julia, antes de nada, pedirte perdón. Te debo muchas respuestas y sé que no es fácil aceptar mi comportamiento ni las decisiones erradas que tomé en su día. Pero quiero que sepas que eres la persona que más quiero en este mundo y que si he estado a la sombra, era por protegeros; para que vuestra madre siguiera cobrando la pensión de viuda para manteneros sin que tuviera que trabajar. Esta vida son momentos, querida hija, y hay que saber seleccionarlos con acierto. Momentos en los que uno ha de saber dónde estar y qué hacer. El destino me tenía reservada una jugada maestra, y me llevó a lo largo del tiempo a ese punto concreto. Una sola bala disparada con acierto, salpicó de vida las escaleras del subterráneo de la Plaza del Callao. Tu salvación, su muerte, mi venganza… Todo resuelto en un instante. Preciso… precioso. Y como en una carta no puedo resolver todas tus preguntas, me gustaría que aceptaras mi invitación. Te esperaré durante toda la mañana en la mesa de siempre, abajo en el sótano, junto a la tele. Si declinas mi invitación, lo entenderé.

Te quiero mucho. Un enorme abrazo de tu papá Nicolás Verbeke».

Verbeke miró en rededor, pero no lo vio. Sus dedos arrugaban la carta mientras los huesos de su padre se recomponían en un proceso inverso, en que ganó peso, músculo, piel, textura, aliento; todo lo necesario para tener el aspecto de la foto más reciente. Y como por arte de magia, sintió como de su pecho se descolgó un lastre y su corazón se elevó como un globo aerostático hasta la estratosfera. No pudo mediar palabra, la voz se le quebró en mil pedazos y comenzó a llorar como una niña pequeña que conoce la noticia, de que su papá, seguía con vida después de haber sido dado por muerto durante tantos años.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —insistió el sargento con preocupación, sin entender su emoción—. ¿Qué pone?

Ella tornó el antebrazo y señaló la N, de su rosa de los vientos.

—Pone —sujetó el llanto para responder—: qué vas a conocer personalmente a Nicolás Verbeke… tu suegro.

Roca abrió los ojos como las compuertas de la presa de El Atazar en plena época de lluvia, y sobrecogido por la noticia se bebió la ginebra de un solo trago.

Verbeke, esbozó una sonrisa de oreja a oreja, expectante de lo que estaba por venir. Tomando a Roca del brazo lo levantó del sillón y tiró de él hacia las escaleras que descendían a su rincón de siempre. Al fondo, pudo ver a su padre sentado junto a Mercedes y a Blas. Los tres mantenían un semblante risueño lleno de expectación y emoción. Julia Verbeke se dijo a sí misma antes de dar los respectivos abrazos: «No sé si éste será mi sitio definitivo en el mundo ni sé cuánto durará esta paz. ¡Pero pienso vivir el momento sin mirar atrás! Hora de darme una nueva oportunidad».

¿FIN?

EPÍLOGO
78
La instigadora y el precio de la fama

Un día de mayo de 2022

Los asesinos no destacan por nada en especial. No llevan un cartel de neón que los identifica ni tatuajes en la cara que adviertan que son homicidas. Por desgracia están entre nosotros, vistiendo la misma ropa, comiendo en los mismos sitios y porque no, acechándonos sin que nosotros mismo lo sepamos. Este era el caso de Ana Olmedo, que tras cometer un parricidio y haber asesinado a un par de inocentes, caminaba entre los viandantes del centro de Madrid con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba gorra y pashmina, y no por moda, sino para evitar ser reconocida por las cámaras de vigilancia de la óptica donde se disponía a secuestrar a su psiquiatra. «Seguro que se alegra de verme en persona. Hoy es el día en que todo puede cambiar», pensó Ana asomándose al escaparate de la óptica. Allí, vio a Raquel Falcón hablando con una de sus empleadas. Ana se ciñó al guion, entrando en la tienda y poniendo interés en las gafas de sol como si fuese una clienta más. La luz del local era blanca, muy intensa, al igual que todo el mobiliario que decoraba el negocio. En la pared había estantes con gafas para niños y adultos; también expositores con audífonos y lentillas. Sobre una mesa había una máquina gris de medición óptica, de esas que parecía microscopios binoculares. Curioseando la tienda, se aproximó a un pilar vestido por un espejo y contempló su aspecto. El reflejo le devolvió un mentón afilado, con dos pómulos que resaltaban como riscos bajo las gafas de pasta. Sus lentes estaban arañadas, algo turbias. Pero si algo no le gustaba, era su pelo negro. Negro como el azabache. Negro como la oscuridad que hallaba al cerrar los ojos. El negro poco tenía de ángel; todo lo contrario, a la melena rubia de Rosa. «Necesito un cambio. ¡*Malin*! A eso he venido», se convenció.

—¿Puedo ayudarla?

Cuando oyó la voz firme y tranquilizadora de Raquel, sintió un burbujeo en su estómago. Las endorfinas se dispararon y sus pupilas se dilataron unos milímetros. No pudo esperar más. La nombró.

—Hola, Raquel.

Su psiquiatra había sufrido un deterioro notorio a ojos de Ana.

Tenía más arrugas y el pelo menos voluminoso que cuando la visitaba en prisión. Y aunque tras su libertad, nunca perdieron el contacto telefónico, no la había visto físicamente hasta hoy. La jefa del establecimiento agitó su cabeza de rizos rojizos, como si se tratase de un espasmo. Luego clavó la mirada en la enclenque mujer que vestía: falda corta, gorra, pañuelo al cuello y una camiseta; y le hizo un guiño demostrándole que estaba todo bajo control.

—¿Qué necesita? —fingió no conocerla para no levantar sospecha ante su empleada.

—Venía a por unas lentillas… azules.

Raquel miró a la cámara de vigilancia y se aseguró de que la lucecita roja parpadeaba.

—Pasemos a esta sala. Voy a graduarte la vista —la condujo a una habitación donde había más maquinaria, pero sobre todo intimidad.

—¿Recuerdas esa sesión de, hace cuánto, tres años? Me dijiste: «Sí sigues así, en poco estarás merodeando el escaparate de mi tienda a ver qué modelo de montura les van a tus facciones». Y *¡voilá!* Aquí estamos.

—¿En serio quieres las lentillas azules? —bajó el tono—. ¿Para qué?

—Todo tiene que ver con Rosa. Quiero engañar a mi padre… Tobías, me idolatrará creyendo que soy mi hermana. ¡Va a ser divertido!

—Ya... Por cierto ¿oyes voces? —respondió trasmutando su rostro mediante una mueca de preocupación. Ana no iba por el buen camino. Tenía que andarse con cien ojos con su esquizofrenia—. ¿Tobías te dice que hagas cosas raras?

—No. Pero sé que me observa desde el infierno. ¿Crees que eso es posible?

—Puede. Ahora, tenemos que irnos antes de que venga mi marido. ¿Tienes el coche cerca?

—Sí.

—Estupendo —masculló—. Voy a recoger unas facturas y tus lentillas para que la cámara me filme. Luego sujétame del brazo para salir fuera. Así cuando revisen las grabaciones nadie sospechará, ¿ok?

Ana la siguió con la mirada, vigilando que hacía; pensaba que igual había llamado a la policía y que todo era una trampa para enchironarla de nuevo. Raquel cerró la puerta y la dejó a solas. Con el fin de hacer más llevadera la espera, Ana contempló la carta óptica de *Snellen* que ocupaba una pared. Las letras grandes descendían de tamaño hacia la zona inferior de la tabla —las de abajo no las veía bien—. Raquel volvió de nuevo a la sala e invitó a Ana a salir. Esta hizo lo propio y le sujetó el brazo. La jefa se despidió de su empleada hasta el día siguiente. Nada más pisar la acera, la psiquiatra sintió un

sentimiento agridulce. Se la estaba jugando a una sola carta, en una partida donde no conocía las reglas. Si le salía mal, perdería la vida. Si le salía bien, saldría de su zona de confort, se divorciaría de su marido y empezaría a vivir una segunda vida rodeada de lujos y fama. En menos de tres minutos llegaron al subterráneo. La oscuridad les engulló como si hubiesen descendido a las propias entrañas del averno. Raquel tuvo dudas de última hora. «Los psicópatas son impredecibles. Pero creo que seré capaz de seguir manipulándola aun cuando le dé un brote. Llevo haciéndolo desde hace años en prisión. ¿Por qué iba a equivocarme ahora?», se metió la idea en la cabeza. Cuando llegaron a la plaza de garaje, la psiquiatra vio una Renault Kangoo de color gris. Ana pulsó el mando y se encendieron los cuatro intermitentes. Una vez dentro, Raquel se dio cuento que la higiene brillaba por su ausencia.

—Tu salario en B como cuidadora de ancianas no da para un coche nuevo, pero nadie se arruina por pasarle un trapito con agua y jabón al salpicadero —criticó abrochándose el cinturón. Una vez dentro se tapó la nariz—. ¡Uff! Huele fatal, ¿a cobre?

«Huele a sangre», pensó Ana, pero se calló la respuesta.

—Es una chatarra y tiene óxido por todas partes —admitió cogiendo un neceser de la guantera. Luego abrió la cremallera mostrando el contenido—. Por cierto, ha llegado el momento.

—Veo que has traído el relajante muscular y la jeringuilla. ¡A ver! —pinzó el medicamento—. Vale, no está caducado. La dosis para mi peso es ésta que tengo aquí apuntada.

Ana se quitó la gorra, encendió la luz interior del habitáculo y revisó los mililitros anotados en el papel. Llenó el vial, soltó una gota empujando el émbolo y miró a los ojos de la psiquiatra con firmeza.

—¡Espera, espera! No lo hagas.

—¿No te irás a echar a atrás ahora?

Raquel sabía que esa posibilidad se había esfumado en cuanto abandonó su óptica. Le había dorado tanto el plan, que quisiera o no, Ana le arrancaría el tatuaje de su nuca con tal de completar la macabra obra que estaba llevando a cabo. No tenía opción. Y le explicó su temor.

—Solo quiero que tú y yo ganemos. Repasemos el plan. Todo ha de salir a la perfección. Enumérame los puntos, Ana.

—Tenemos dos horas antes de que se pase el efecto. Te cortaré muy superficialmente la piel, te curaré con agua oxigenada la herida —Raquel sintió un escalofrío—. Rambo, no debe saber nada de nuestro plan. Cuando nos vea, creerá que eras una pieza más de mi obra. Luego, te tendré dos días atada a una argolla para que no sospeche… el nudo estará flojo, así podré fingir que te has escapado sin que yo tenga nada que ver. ¡Ahh! Y te daré agua dos veces al día.

—Casi.

—¿Qué se me ha pasado?

—Antes de dejarme ir, tienes que darme alguna droga para que en mis análisis aparezca sustancias tóxicas. Y lo más importante, tienes que deshacerte de Rambo en cuanto lo utilices para capturar a todas las víctimas ¿entendido? Puede ir a por nosotras, si el plan no sale bien.

Ana la miró con emoción, ya que nunca le habían apoyado en su vida. Desde niña, se sintió un completo desastre ante los ojos de los suyos y años más tarde de la sociedad. Pero Raquel había depositado toda su fe en ella, y no podía fallarle ahora. Antes de inocularle el relajante le hizo una última pregunta, necesitaba escucharlo de sus labios.

—¿Crees que la gente hablará de mi vida? ¿Qué mi obra será conocida en el mundo? ¿Lo harás? ¿Me lo prometes?

—Iré de plató en plató. Escribiré un libro sobre lo sucedido en la casa, y explicaré el porqué de los tatuajes, del modus operandi… —los ojos de Ana se agrandaron como si fueran a explotarle en las cuencas y a salírsele de la cabeza—. Acudiré a los programas de radio, y los periódicos del mundo hablarán de tu Mapa del dolor. ¡Tu obra será inmortal, Ana! Te lo juro. Pero, ya sabes, para que todo eso se cumpla tienes que ser fuerte de mente y que no haya fisuras en el plan. Tienes que completar tu obra y llegar hasta el final de tu propósito —le alentó sin escrúpulo alguno—. ¿Y cómo te harás con todos esos tatuajes de los que me hablaste sin que te pille la policía? Pues siendo más rápida que ellos. No descanses. Trabaja día y noche, y finaliza. ¡La fama te espera!

—Y así sucederá. Soy muy escrupulosa con los procedimientos y sobre todo astuta. ¡Nada escapa de mi control mental! Incluso, ya he pintado en mi casa como debo dar mis pasos para embaucar, narcotizar y extraer el tatuaje de las víctimas. Lo he visualizado y saldrá, tal cual lo he imaginado.

Raquel Falcón, en todos estos años atendiendo a criminales, había luchado por ganar prestigio. ¿A cuántos homicidas había reinsertado a lo largo de su carrera? A muchos. ¿Quién le había dado las gracias por conseguir una segunda oportunidad a personas cuyo futuro no iba más allá de envejecer en una celda de hormigón y acero? Nadie. El resultado: todo irrelevante, una pérdida de tiempo. Y tras darle vueltas al asunto, esta fue la descabellada conclusión a la que llegó. «Ana es la candidata perfecta para hacer esto. Una asesina en serie que está completando una espeluznante obra con tatuajes. Además, la tengo completamente supeditada a mis designios. Me obedece. Solo he tenido que darle un poco de amor y confianza. Solo he tenido que influir en su autoestima, para hacerla creer que le espera la

admiración de toda la ciudadanía. Soy mala, cínica, calculadora, pero si pongo en la balanza los pros y los contra, sacó en claro que solo tiene que perder ella: nadie echará de menos a un ser como éste, con una mente centrada en matar. Ya me veo viviendo la vida que imagino. Al igual que un psicópata tiene la fase de imaginación, yo también he diseñado y visualizado mi éxito. Rodeada de lujo, fama y prestigio. Sin depender de un marido inepto y de un salario precario del Estado. Ana es ese cañón que me lanzará al estrellato… suponiendo, que salga viva de esta apuesta kamikaze, claro está».

—Quedo en tus manos, Ana María Olmedo —se santiguó y se remangó el brazo—. Y recuerda no meter el cuchillo muy profundo, cuando vayas a extraer el tatuaje. En la nuca están las vértebras y en esa zona hay muchas terminaciones nerviosas.

—Todo saldrá bien —sonrió inoculando el vial—. Seré inmortal…, seré historia de España, una artista que será estudiada en las universidades por su originalidad —se llenó de gloria—. Pero, sobre todo, seré alguien más importante de lo que jamás hubiera pensado el imbécil de Tobías.

FINAL

Ahora, hablemos tú y yo.

En primer lugar, darte las gracias por haber leído mi novela. Que hayas dedicado tu tiempo en leer este trabajo literario, me llena de entusiasmo. Yo he invertido dos años en tramar, pulir y publicar Los crímenes del mar de Madrid. Mi intención como autor, no va más allá de haberte hecho pasar un buen rato de lectura. No busco la gloria, como estas dos pajarracas de la novela, Ana y Raquel (je, je, je,); solo quiero que hayas vivido cada escena como si estuvieses junto al equipo de investigación. Que hayas sentido real a los personajes con sus defectos y virtudes. Que hayas sonreído con alguna situación y temido por la integridad de alguno de los protagonistas. También espero que te haya cautivado los motivos que llevaron a Ana a cometer los crímenes. Que te haya interesado su pasado cuando hablaba en las entrevistas con su psiquiatra. Que hayas saboreado los churros y el chocolate de San Ginés. Que hayas sentido la pérdida de un amor y las cicatrices del pasado. En definitiva, que te hayas quedado con ganas de leer otra novela de Julia Verbeke, o en su defecto, otro libro de mi autoría. Por mi parte, solo darte las gracias por todo el tiempo que has invertido en leer esta novela negra, densa y con muchos matices, que nada tiene que ver con un thriller comercial que se lee de una sentada.

Como último favor, ya que hemos coincidido en esta novela con la que concurso en el *Premio literario de Amazon 2022*, pedirte si eres tan amable, que me dejes una **reseña en Amazon con tu opinión y marcando alguna estrella**. Los autores que estamos luchando por mantener viva la literatura independiente, necesitamos un cosmos repleto de estrellas y reseñas; un firmamento forjado por ti; una constelación que pueda guiar a otros lectores a navegar y llegar hasta El mar de Madrid. Un abrazo y nunca dejes de leer.

Ahora te cuento de mí, para que esto no sea tan frío. Mi nombre es Manuel Delprieto, soy un escritor de Jerez de la Frontera (Cádiz). Actualmente, trabajo como Técnico en un laboratorio de materiales de construcción. Estoy casado y con tengo una maravillosa hija llamada Daniela (futura escritora, fijo). Mi pasión por la escritura me llegó en la adolescencia y vino dado por el apoyo de una profesora de literatura, Mari Luz, que vio algo en mi narración durante un examen y me dio alas para que participase en un concurso literario. Luego, vinieron los relatos cortos, los manuales de novela y mi primera novela: Ambiciona. Amazon me dio la vida y a día de hoy, cuento con cinco novelas en solitario, dos escritas a cuatro manos, un cuento, varios prólogos, relatos en varias antologías, audiolibros, traducciones

al francés y al portugués. A destacar, estas novelas por si quieres bichear un poquito: Escapando a mi destino, Expediente Tangram, Hilasterion: la isla de la purga, Ambiciona: el precio de la ira.

Sin más, un abrazo. Por cierto, de signo soy Acuario y nací en 1982.